
3 1761 05093829 9

LA VIUDA DE PADILLA,

NOVELA HISTORICA,

ORIGINAL

DE D. VICENTE BARRANTES.

ILUSTRADA

CON LÁMINAS TIRADAS Á DOS TINTAS.

Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos muero por tí, *é que tu has criado á tus pechos á quien podria tomar enmienda de mi agravio.*

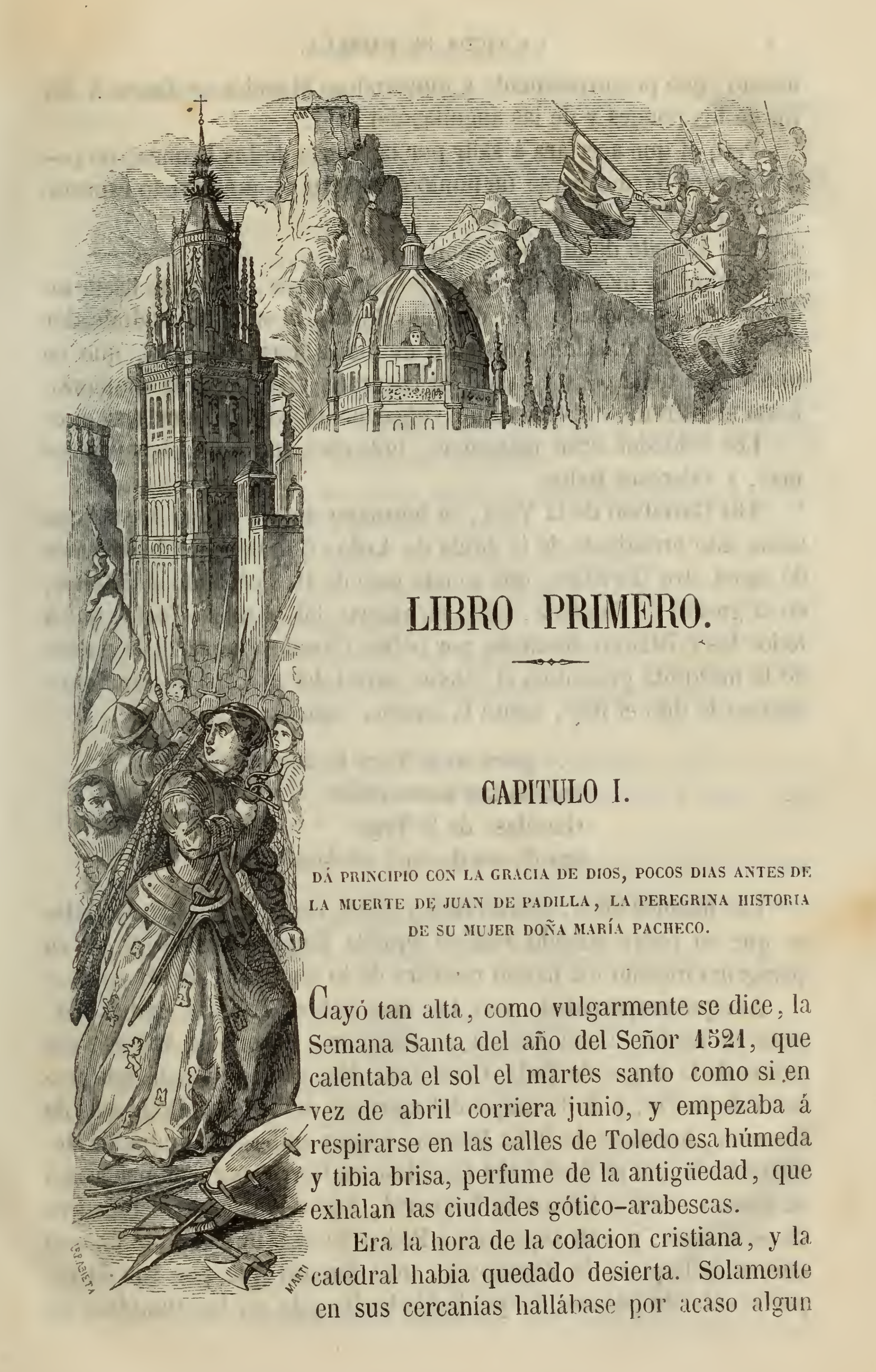
CARTA DE PADILLA A LA CIUDAD DE TOLEDO.

Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, *dejo en vuestras manos;* vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quiso.

CARTA DE PADILLA A SU MUJER.

MADRID:
IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA,
CALLE DE JACOMETREZO, NUM. 26.
1857.


LA VIUDA DE PADILLA
NOVELA HISTORICA ORIGINAL
de
D. VICENTE BARRANTES
TOLEDO Y COMUNIDAD



LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

DÁ PRINCIPIO CON LA GRACIA DE DIOS, POCOS DIAS ANTES DE LA MUERTE DE JUAN DE PADILLA, LA PEREGRINA HISTORIA DE SU MUJER DOÑA MARÍA PACHECO.

Cayó tan alta, como vulgarmente se dice, la Semana Santa del año del Señor 1521, que calentaba el sol el martes santo como si en vez de abril corriera junio, y empezaba á respirarse en las calles de Toledo esa húmeda y tibia brisa, perfume de la antigüedad, que exhalan las ciudades gótico-arabescas.

Era la hora de la colacion cristiana, y la catedral habia quedado desierta. Solamente en sus cercanías hallábase por acaso algun

devoto, que presurosamente y limpiándose el sudor se dirigia á dar fin de los potajes y de las anguilas del Tajo.

Pero el que acertara á salir por la puerta de los Leones, no podria menos de detenerse un punto á reparar el nunca visto espectáculo que el átrio presentaba.

Era á modo de una procesion.

Rompia la marcha un golpe de comuneros, armados hasta los dientes, y capitaneados por Gonzalo Gaitan, el entusiasta admirador de Padilla, el humildísimo siervo de Doña María Pacheco, que en uno y otra tenia puesta su fé, su corazon, y su honrada confianza, hasta el estremo de ver, como vulgarmente se dice, por sus ojos.

Los soldados eran mancebos, imberbes muchos, plebeyos los mas, y valerosos todos.

Allí Garcilaso de la Vega, el hermano de D. Pedro Laso, que habia sido presidente de la Junta de Avila; Garcilaso, el hijo menor de aquel otro Garcilaso, que siendo paje de D. Fernando el Católico, en la guerra de Granada, mató en abierta lid al moro Tarfe, que á todos los cristianos desafiaba por haber clavado Pulgar en la puerta de la mezquita granadina el célebre cartel del *Ave María*; con cuya ocasion le dijo el Rey, segun la antigua comedia:

. . . pues en la Vega hiciste
hazaña tan memorable,
Garcilaso de la Vega
has de ser de aquí adelante.

Los mismos años, apenas diez y siete, contaria nuestro Garcilaso que su padre cuando remató aquella famosa hazaña, y ya su peregrino ingenio iba dando muestra de lo que habia de ser.

Aunque emparentado con las mas nobles familias castellanas, pues su madre Doña Sancha de Guzman, Señora de Batres, era prima de la mujer de Pedro Girón Doña Mencía de Guzman, que acababa de morir, y de la mujer del marqués de Villena, Doña Ana de Guzman, hermana de Doña Mencía, é hijas ambas del duque de Medinasidonia, no se desdeñaba Garcilaso en llevar por compañeros á su diestra mano á Leonardo Noguerol, hijo de la pobre campanera de San Ginés, y á su izquierda á Pedro Rivas, hijo de un famoso odrero de la plaza de Zocodover, mas famoso que por sus odres, por el robusto pulmon de que habia hecho gala en los tumultos de

las comunidades, vitoreando á Padilla, á la libertad y á Doña María Pacheco.

Otros contrastes semejantes hallaríamos en los soldados que á la catedral de Toledo se encaminaban, si no merecieran mas nuestra atencion, dos damas en mantos negros envueltas y de gallardos pajes seguidas, que sostenian en sus brazos ó punto menos á otra dama al parecer doliente, que con trabajo y pena se arrastraba, llevando suelto el cabello, descalzos los piés y clavados los ojos en la tierra.

Ninguna de las damas lucia en la mano la vistosa matraca que en aquellos tiempos era moda lucir, para semejar con su ruido los azotes que sufrió el Señor, ni tampoco ocultaban bajo el manto pañuelos llenos de confitura para comer en la iglesia.

En cambio uno de los pajes conducia sobre sus brazos una arquilla bermeja tachonada de clavos negros.

El paso de las tres damas era recatado y beatífico.

A este punto acertó á salir de la catedral un devoto, que sin duda quedara rezagado en alguna capilla, y poniéndose la mano sobre los ojos, porque el sol daba de lleno en el átrio con toda la deslumbrante viveza del medio dia, murmuró entrecordamente, como si hablase para sí mismo:

—¡Válame Dios, y cúan doliente y maltratada está la pobre mujer de Juan de Padilla! Sin duda viene á la catedral á hacer voto para que Dios ayude á su marido.

Dibujóse en los lábios de Doña María Pacheco una sonrisa triste y dulce á la par, é inclinándose un tanto hácia la dama que del brazo derecho la sostenia, murmuró:

—Duéleme que haya reparado en mí, hermana condesa de Monteagudo.

—¿Por qué os duele? repuso Doña Casilda Pacheco en voz débil y monótona, como la de aquellas hembras que en el mundo ó en el claustro solo para alabar á Dios y confesar sus culpas á los piés del sacerdote despegan sus lábios.

—Porque pensarán las gentes de Toledo, repuso Doña María, que haya malas nuevas de la comunidad, ó flaqueza en mí para rendirme al desmayo. No es el brío del alma, no por Dios, el que me abandona, añadió irguiéndose y aun soltándose de los brazos que la ayudaban á andar; es el del cuerpo ¡ay de mí! No temo yo ni tan siquiera imagino que sufran un solo revés las comunida-

des, cuando está á su frente como capitan general mi esposo y señor Juan de Padilla; pero su ausencia junta con la prision de mi hijo D. Gonzalo, me roban el sosiego y con él la salud.

—Lo que importa, hermana mia del alma, dijo cariñosamente la de Monteagudo, es que nada hagais contra Dios ni contra su iglesia, que siendo así, yo espero ver á Padilla triunfador y al rey premiando sus hazañas.

—¡Premiarle el rey! murmuró la de Pacheco.

—Pero vueseñoría que cura las agenas enfermedades, y que tan sabida es en todas las cosas, añadió la otra tapada en tono humilde, ¿cómo se deja vencer de un mal tan liviano, que es solo sombra ó fantasía? Toda la santa noche pasóme yo en vela junto á su lecho, añadió encarándose con Doña Casilda, y no reparo que la aqueje calentura ni deliquio alguno, ni tan siquiera dolor de los que arrancan ayes.

—Pero reparas otra cosa, Menda, ¿no es verdad? replicó la dama con cariño. Cada vez que abres las corredizas de mi lecho, bien me ves á la luz de la lámpara...

—Con los ojos encendidos, repuso Menda, y las mejillas anegadas en llanto.

—¡Calla! ¡calla! esclamó la de Pacheco. No me afrenta el llorar por mi hijo; pero importa á mi esposo que nadie lo sepa.... ¡Gonzalo de mi corazon!

Y haciendo un esfuerzo al parecer sobre sus males, anduvo algunos pasos hácia la catedral.

Ya habia llegado á la puerta de los Leones Gaitan con sus comuneros.

Volvióse humildemente desde allí, como el que espera un mandato, y Doña María le hizo con sus mústios ojos una señal imperceptible.

—Pena es, dijo la condesa de Monteagudo entrando en el templo, que el prior de San Juan se niegue á darnos á vuestro hijo Don Gonzalo; pero amen de que tengo ya hecho un voto en la Sisla, sobre el sepulcro de la monja de San Pablo, María de Ajofrin, que cura las dolencias, y hace, como sabeis, todo género de milagros, y amen de que vos sin duda venís á hacer otro voto sobre la astilla de la mismísima cruz de Nuestro Señor, que en la catedral se guarda como tan preciosa reliquia que es, ó sobre la calabaza del apóstol



Y avanzaron en silencio por las anchurosas naves de la catedral.

Santiago, nuestro buen tio el marqués de Villena, que á estas horas habrá entrado ya en Toledo, mediará con el prior para que recobremos pronto al doncel.

— Hágalo Dios así, repuso Doña María. En él tengo puesta mi esperanza toda.

— Hermana, dijo la condesa gravemente, que ¿nó fiais en nuestro voto, ni en los milagros de las sagradas reliquias? Cuenta que ofendeis á Dios.

— Cuando supe, murmuró la rica hembra como si hablase consigo propia, sin duda por no combatir la inocente conviccion de su devota hermana; cuando anoche supe que el Ayuntamiento se negaba á admitir en la ciudad al marqués, temeroso de que viniera en ayuda del bando imperialista, por dar calor á esa dulce esperanza que vos alimentais, renuncié yo tambien á mis sospechas.

— ¿Qué le creereis capaz, hermana mia, dijo la de Monteagudo, de hacer contra los comuneros armas? No parece sino que os tienta el ángel malo.

— Perdóneme Dios, Doña Casilda, la mengua que pongo en el hermano de nuestro padre, en deudo tan cercano nuestro, en tan respetable y tan anciana persona como el marqués de Villena; pero de quien trata á su esposa y señora doña Ana de Guzman como vos sabeis, debe de esperarse todo.

— Merecido tiene Doña Ana su desden, replicó prontamente la devota, que es harto dada al mundo, y apenas confiesa una vez al año. No sé cómo hay marido que sufra tales demasías.

Y avanzaron en silencio por las anchurosas bóvedas de la catedral, respirando la aromática frescura y el divino perfume que el incienso, la cera, las flores y el mármol forman para acompañar á los himnos que suben al cielo.

Mas que nunca imponente y aterradora estaba entonces la insigne basílica, tendida toda de negro, cubiertos de paño negro los altares, y hasta convertidas en sargas negras las cortinas de sus setecientas cincuenta ventanas.

Así los reflejos del sol en sus pintados vidrios que representan pasajes de la sagrada historia, daban mas tenebroso aspecto á las jigantescas naves, tomando tintas indefinibles, ya rojas, ya negras al caer en los bruñidos mármoles ó en las góticas pilastras.

Desierta con efecto yacia la catedral. Solamente se oian los pasos

de los perreros, que con su inmenso baston de puño de plata, su túnica de terciopelo carmesí y su birrete de juglar, visitaban los rincones de las capillas, acomodando en su sitio los bancos, los candeleros, los facistoles, los atriles, ó arrastrando tras sí con monótono chirrido aquellas innumerables puertas de hierro, que valen tanto como si fuesen de oro.

Empezaban tambien á salir uno á uno de la sacristía los canónigos, con su bonete en la mano, su latin en la boca, y su rodilla siempre dispuesta á doblarse delante de los altares.

—¿Qué hora fué la que dió ha poco el reloj de la catedral? dijo de repente doña María, cuando llegaban al Retablo.

—Fueron, señora, las once, respondió Menda.

—Ya estará mi padre en casa, repuso la de Pacheco, mirando á todos lados con cierto misterioso temor. Mucho me pesaria de que así no fuese.

—En el crucero se arrodilla de ordinario su merced, y yo no le he visto.

—¡Pobre Pedro Lopez! murmuró la condesa de Monteagudo.

—Tambien se asienta en los confesonarios á rezar, dijo la dama, escudriñando desde el sitio por donde iba todos los confesonarios que á una y otra parte habia.

—¡Pobre viejo! repitió Doña Casilda. ¡Estraña pasion le aqueja! El ha criado á Juan de Padilla en el amor de la comunidad y de sus libertades, y ahora porque en armas las defiende reniega de su hijo.

—Otro pesar es ese de los que acaban conmigo, repuso Doña María. ¿Cómo ha de haber para mí ventura ni reposo?

—Una sola persona saca á sus lábios la sonrisa, dijo Menda en tono indefinible de puro misterioso, juvenil y espontáneo.

—¿Por Garcilaso lo dices? replicó la de Monteagudo, mirándola severamente.

—Sí, señora, por Garcilaso, repuso la jóven poniéndose colorada. No mas que para él se abren las puertas de nuestra mansion desde que el señor amo está en la guerra.

—Tú reparas demasiadamente en ese mancebo, replicó la de Monteagudo. A una doncella cristiana, que por añadidura vá á casar pronto, mejor proceder le toca.

—Ni tal cosa penseis, hermana mia, repuso la de Pacheco, ni semejante plática prosigamos en este sitio.

Y adelántandose algunos pasos á sus compañeras, se postró de hinojos en el altar de la capilla del Cristo de la Columna, que es la inmediata á la sacristía.

Un momento despues, azorado y cariacontecido, recorria todas las capillas olfateando como un perro cierto canónigo de abultados mofletes, de grueso cerviguillo, y de mirar turbio que revelaba escasa inteligencia.

Llamábase el licenciado Gaitan, y era hermano de Gonzalo el comunero.

Al llegar á la capilla en que Doña María se hallaba, colóse de rondon en ella.

Al verle Doña María se estremeció hasta el alma.

Doña Casilda y Menda pusiéronse á contemplar embelesadas un lienzo de la Verónica que habia en el muro oriental, donde hoy existe una efigie de la misma santa mujer. Era tenido aquel lienzo en mucha devocion, porque en 1469 se habia aparecido milagrosamente á la devota Teresa Alonso.

—¿Qué sucede? esclamó Doña María levantándose presurosa para ahorrar camino al canónigo.

—Lo que esperábamos, respondió este, juntando las manos sobre el pecho en señal de afliccion; lo que esperábamos y mucho mas. Saben la nueva.

—¿Quién se la ha dicho?

— El marqués de Villena.

—¿Pués entró en Toledo ya?

—Sí señora.

—¿Y dónde se aposenta? Su palacio está desguarnecido, que de ordinario habita en Escalona.

—Pues en su palacio pára.

—En mi casa le esperaba yo.

— Y las gentes de Zúniga le han cogido en rehenes á su mujer, añadió el canónigo.

—¿Será posible?

— No se murmura de otra cosa en Toledo.

— Mas lo que nos importa, dijo doña María bajando la voz, es el cabildo. ¿La nueva que nos dá Acuña no le determina?

— No en modo alguno. Cada canónigo espera que recaiga el arzobispado en su protector ó pariente, cuando no en sí propio.

—¿Con qué en vez de ganar cómo creíamos...?

—Perdemos, respondió Gaitan en voz ahogada.

—Perdónelos Dios, y perdóneme á mí, balbuceó doña María.

—Tan cierto es lo que digo, que han barruntado vuestra venida, y uno tras otro...

—No se irán de la catedral, no lo temais...

Un rumor de precipitados pasos que fuera de la capilla resonaban, hicieron á los interlocutores suspender la voz y hasta el aliento.

—Idos á la sacristía, dijo la de Pacheco en imperioso tono.

Hízola Gaiton una reverencia, y se fué con las mismas precauciones con que habia venido.

—¡Perdóname, Dios mio! balbuceó en voz imperceptible la dama, cayendo otra vez ante el retablo del Cristo de la Columna, que es de piedra, y semeja una concha.

Su actitud sin embargo era diferente; sus ojos centelleaban.

—Tornan los canónigos á la sacristía, dijo la de Monteagudo llegándose á su hermana.

—Enojados hablan entre sí, repuso Menda, que se habia acercado á la reja de la diminuta capilla.

Doña María palideció con tanto estremo, que su hermana hizo un ademán de espanto.

—¿Por qué te detienes aquí? le dijo procurando llevársela á pesar suyo. La húmeda frescura de estas capillas acabará por dañarte. Vamos á la de Santiago.

Pero antes que Doña María contestara, cruzó por delante de la capilla el canónigo D. Pedro Tenorio, que caminaba apresurado: detúvose al verla allí; reflexionó un momento como si vacilase en continuar su camino, y acercando luego á la reja de la capilla su rostro verde de cólera, esclamó temblando de ira:

—¿Sois vos, señora Doña María Pacheco, la que ha puesto centinelas á las puertas de la catedral para que no salgan los canónigos?

Menda, que tenia por acaso clavados los ojos en su señora, la vió á punto de caer.

—¿Qué es lo que dice, hermana? esclamó la de Monteagudo como herida de un rayo. ¿Aquellos comuneros que con nosotros venian?...

—Yo soy, señor D. Pedro Tenorio, yo soy la que ha puesto los centinelas, contestó Doña María desembarazándose de la de Montea-

gudo, y trayendo instantáneamente á sus ojos, á su rostro y á sus ademanes, toda la energía que su alma encerraba.

— ¡Vos! balbuceó el canónigo, trabándosele la lengua.

— ¡Tú! repitió Doña Casilda como un eco sordo.

— *¿Si occiditur in sanctuario Domini sacerdos et propheta?* repuso el canónigo, que era erudito, y pedante, y anticuario, y muchas cosas mas.

— Nadie asesinará al sacerdote en la casa de Dios, replicó Doña María, que es una débil hembra la que á su encuentro viene.

— ¡Vos!

— Yo, que vengo á requerir al cabildo para que cumpla sus promesas, tanto tiempo retardadas. Yo, que no he de ser de hoy en adelante juguete de pequeñas miras, ni de interesados propósitos.

— ¡Mirad lo que decís, señora! repuso D. Pedro bajando la voz y penetrando á lentos pasos en la capilla.

— ¡Ah! que me has engañado, hermana! ¡ah que no era voto lo que á la catedral te traia!

— Entrad, señores, entrad, dijo la de Pacheco alzándose sobre sus descalzos piés, para llamar con la mano á cuatro ó cinco canónigos de los que habian llegado á la reja de la capilla detrás de Don Pedro.

— Mas ¿qué intentais? dijo mudo de asombro este.

La de Monteagudo yacia á dos pasos de su hermana con la frente hundida entre ambas manos.

Los canónigos se arremolinaron, guarneciendo las puertas de la capilla.

— *Nunquam apparuit sic in Israel*, murmuró el latino.

— Señor D. Pedro, replicó la dama con enojo; verdad es que nunca se ha visto cosa como esta, pero tampoco se han visto en las catedrales canónigos como esos.

— *Hic blasphemat*, dijo el anciano Ruiz, que estaba tocado de perlesía, y á una y otra parte agitaba sus brazos y su insegura cabeza, como un espectro movido por resortes.

— Cuando proclamamos la Santa Comunidad, dijo la de Pacheco irguiéndose y sacudiendo su hermosa cabellera destrenzada; cuando salió de la ciudad Padilla con su gente en auxilio de Segovia y desagravio de Medina, el cabildo de esta santa arzobispal iglesia, cabildo tan poderoso como los mismos reyes de Castilla, enojado

porque le daban un arzobispo flamenco, niño por burla, intonso por escarnio, fué el primero á encender en los toledanos corazones el fuego de la libertad; fué el primero á proclamar en plazas y calles, en púlpitos y libros, que no se debe obediencia al rey sino cuando se ajusta á los venerables fueros de Castilla; y por remate y corona de tan noble proceder, el arzobispal cabildo ofreció sus rentas al Ayuntamiento de Toledo para sostener por armas su razon. ¿Teneis algo que replicar á lo que digo, señor D. Pedro Tenorio?

—No, á fé mia, respondió el sacerdote, siempre con los ojos bajos, y acercándose mas y mas á la dama, como para impedir que el eco de su acento retumbase en aquellas inmensas bóvedas.

— Pues bien, repuso doña María, adelantándose al comedio de la capilla con régia magestad; la lucha está trabada; ¿qué espera el cabildo arzobispal? Yo he vendido mis joyas, he empeñado mis rentas, he empobrecido á mis deudos para enviar á Padilla, como todos sabeis, 5.000 ducados con Martin Aguirre, el hermano de la sacristana de S. Ginés; pero se necesita mas dinero, mucho mas, y puesto que el cabildo no lo envia, yo vengo por él, señores canónigos.

— ¡Vos! esclamaron los canónigos pasmados de aquella audacia.

— ¡Hermana!...dijo la condesa con las mejillas arrasadas en llanto.

— Yo, la muger de Juan de Padilla, que por falta de dineros está á lo presente encerrado en Torrelobaton, con grave peligro de las libertades castellanas, y manifiesta mengua de sus defensores.

— ¡Hermana! murmuró la de Monteagudo, tirándole por detrás del manto. Poneis en riesgo la salvacion.

— Dejadme, dijo doña María en voz breve.

— Mirad lo que haceis.

— Menda, apártala de aquí.

— Temo que un rayo nos aniquile á todos, murmuró la condesa cayendo en brazos de la jóven.

— Mas para alcanzar vuestro propósito, señora doña María, dijo el sacerdote, un tanto repuesto de su sorpresa, y despues de haber platicado en voz baja con sus compañeros, que hasta lo presente se contentaban con arquear las cejas, subir las manos al cielo y hacer otras demostraciones de admiracion é ira; para alcanzar como digo,

vuestro propósito, bastábaos hacérselo saber al cabildo por boca del Ayuntamiento. *Omnis enim qui petit accipit*, como dice S. Mateo.

—Hícelo ya, respondió grave y reposadamente doña María. Ya he pedido y no me habeis dado. Há mas de un mes que el jurado de la parroquia de Santa María Magdalena, Rafael de Vargas, vino á requeriros en mi nombre al cumplimiento de la oferta; y el viernes de pasion, á la hora de vísperas, vuestro canónigo Cosme Gaitan os requirió en mi nombre asimismo; y todo fué en balde.

—Mas nosotros al hacer la oferta, así como vos y la comunidad al exigirnos su cumplimiento, olvidamos que las rentas de esta poderosa mitra arzobispal pertenecen á su arzobispo, que ya tiene en Toledo procurador que las recaude.

No sin clavar la vista en el suelo, y subirle al semblante vivos colores, habia pronunciado Tenorio estas palabras.

Miróle de hito en hito doña María, é hiriendo las losas con su descalzo pié, y agitando sarcásticamente la cabeza, como si dudára de lo que veia, repuso:

—¡Que eso me digais á mí!

—Es la verdad, señora.

—Miradlo bien, D. Pedro Tenorio.

—La verdad dice, repitieron los demás canónigos en voz que revelaba cierta confusion y zozobra.

Doña María tornó á mirarlos como antes mirara á Tenorio.

—Libreme Dios, repuso, de poner en duda la verdad de tan santas y respetables personas como los canónigos de Toledo.

Y callando un momento para recobrar su calma, añadió:

—¿Es esa solamente la razon que tiene el cabildo para no ayudar con dineros á la comunidad?

—Esa sola, respondió al punto D. Pedro Tenorio.

—¡Ojalá estuviéramos en sede vacante! añadió el hipócrita Don Garcia, sacerdote gazmoño y cortesano, tesorero del cabildo.

En los lábios de la dama retozó una sonrisa de triunfo y burla juntamente.

—De manera, que sin eso ¿el cabildo cumpliria lo prometido?

Los canónigos callaron de repente como si hubiera caido fuego en sus lenguas.

Pero Tenorio no pudo menos de responder:

—Al punto y con su ordinaria largueza lo cumpliria.

— Vedlo bien, señor Tenorio, dijo irónicamente Doña María.

— Somos hombres de verdad, repuso D. Pedro exasperado. *Non potest arbor bona malos fructos facere.*

— ¿Aceptan como suya propia vuestra palabra y fé todos los canónigos?

— La aceptan.

— ¡Loado sea Dios! esclamó la dama con una sonrisa de triunfo.

Y volviéndose al altar, se puso de rodillas por tercera vez.

Los canónigos se miraron unos á otros asombrados.

En sus miradas, sin embargo, se traslucía temor y ansiedad.

Tras un breve espacio de silencio alzóse nuevamente Doña María, y sin pronunciar palabra, atravesó entre Tenorio y sus compañeros para salir de la capilla.

— Guárdeos, señora, Dios, dijo D. Pedro saludándola con el bonete.

— Todavía no parto, respondió la de Pacheco.

— ¡Ay de mí! esclamó una voz lúgubre que era la de la condesa.

— Hacedme la merced de venir todos conmigo.

— ¿Adónde? gritaron los canónigos, retrocediendo asustados.

— A la sacristía.

Y sin esperar respuesta salióse de la capilla: su acompañamiento la siguió confuso, y los sacerdotes fascinados.

— Si la mitra estuviera vacante, dijo en sencillo tono, volviéndose á D. Pedro, que detrás de ella avanzaba por la silenciosa nave, podria dar el cabildo mucho dinero, ¿no es verdad?

— Sí, señora, murmuró Tenorio; podria dar...bastante dinero.

— Mucho.

— Malos son los tiempos que corren *¡Cuantum mutatus ab illo!*

— Vos mismo acabais de decir que la mitra es poderosa; y con efecto, una mitra que tiene ocho obispos sufragáneos, el de Córdoba, el de Palencia, el de Osma, el de Sigüenza, el de Jaen, el de Cuenca, el de Segovia y el de Cartagena; que, amen de innumerables rentas, feudos, alcabalas y pechos de todo linaje, tiene señorío y jurisdiccion desde el tiempo de Alonso VIII, sobre los pueblos de Valdetorres, Loeches, Valdemera, Quexo, Vilches, Aldea del Campo, Valtierra, Arganda, Valmores, La Olmeda, Pozuelo, el Villar, Perales, Valdelecha, Tielmes, Caravaña, Orozco, Embiz,

Herencia, las aldeas de Torrijos y Talamanca, y la mitad de Esquivias; ese arzobispado puede consagrar millones á la defensa de sus legítimos derechos.

— En sede vacante, sí, murmuró el canónigo; pero como no acontece tal cosa...

Y bajando los ojos, y temblándole los labios, añadió:

— ¡Ojalá aconteciera!

— ¡Ojalá! repitió bondadosamente el tesorero.

— ¡D. Pedro! ¡D. García! repuso la dama parándose como la estátua de la indignacion.

— ¿Qué quereis decir, señora?

— Que la verdad no baja á vuestros lábios en este momento.

— ¡Señora! ¡tal afrenta!..

— La mitra está vacante.

Los canónigos quedaron como heridos de un rayo.

— Todos lo sabeis, añadió la de Pacheco. Todos lo sabeis como yo.

— ¡Vacante la mitra! murmuró el hipócrita.

— ¿Pués Guillen de Croy...? atrevióse á decir el doctor Castro.

— Ha muerto.

— ¡Ha muerto!

— Todos lo sabeis.

— El cabildo lo ignora.

— El cabildo lo sabe.

— El rey no se lo ha participado, y es posible dudar...

— Esas son argucias. Venid.

Y penetrando resueltamente en la sacristía, se vió rodeada de otra docena de canónigos, que al parecer se hallaban en una grande perplejidad.

Tenian unos su bonete en la mano, y dábanle en ella vueltas y mas vueltas; otros, á medio desnudar sus vestiduras sacerdotales, mirábanse entre sí cariacontecidos; otros, apoyados de codos en los armarios, meditaban hondamente ó las uñas se roian, y de otros en fin los escuálidos semblantes y la mirada vaga revelaban que en medio á su profunda meditacion les era doloroso aquel retardo en dia de ayuno.

A Doña Casilda le faltaron las fuerzas para seguir á su hermana, y quedóse con Menda en la ante-sacristía, que no era entonces, como

hoy, un pequeño museo; pues ni Jordán habia pintado los frescos de su bóveda, ni los Bassanos *el diluvio*, ni Orrente *el nacimiento*, ni Pantoja el *san Agustin.*

—Señor licenciado, dijo al entrar Doña María dirigiéndose á Gaitan; hacedme la merced de mostrar á estos señores la letra que de su real de Tembleque me escribe el obispo Acuña.

— ¡ El obispo! repitieron los canónigos, que al pararecer esperaban aquella visita, segun la recibieron de ceñudos.

— Señor secretario del cabildo arzobispal, repuso la dama dirigiéndose á un prebendado alti-seco, de mirada torba, de cabellos lácios, de frente abultada y boca hundida, que tenia puesto el bonéte y la vestidura sacerdotal en cuyas mangas ocultábanse sus manos. Hacedme vos la merced, señor secretario, de leer la letra del obispo.

Con efecto, Cosme Gaitan, no muy sobre sí, pues temblábale mano y cuerpo, alargaba un papel á quien tomarlo quisiera.

Reinó un profundo silencio, y las miradas de algunos comenzaron á ser tranquilas y á augurar bonanza.

— Si cierta sale la muerte del arzobispo... murmuró el canónigo Juan Ruiz.

— Ciertamente la sabe Acuña, respondió Doña María.

— Letra del obispo Acuña herejía debe ser, dijo el secretario en voz vibrante.

Y sin abrir tan siquiera la carta, la hizo mil pedazos, que desparramó al viento.

Exhaló Doña María tal grito de enojo que retemblaron las bóvedas de la sacristía. No era ya la moribunda que hemos visto á la puerta de la catedral.

Corré, y tráeme los soldados comuneros, dijo á uno de sus pajes en voz baja.

Solo Gaitan apercibióse del recado.

—¿Qué desacato es este? ¿qué descortesía es esa? gritó luego la dama al secretario, que con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada altiva arrostró la suya. ¡Vos á mí! ¡vos á mí afrentarme de ese modo! En otro tiempo fuisteis de los mas ardientes partidarios de la comunidad; en otro tiempo fuisteis, como algunos de los aquí presentes, el primero en sitiar el Alcázar, en echar de Toledo á su alcaide, y en proclamar la rebelion; vos ibais á toda hora pegado al jubon de vuestro primo D. Pedro Laso y de mi marido Juan de Padilla.

aconsejándoles violencias y catástrofes, tal vez pidiéndoles prebendas ú obispados... No repliqueis, añadió en viendo que D. Gabriel intentaba atajarle la palabra; no repliqueis y acordaos, que cuando murió el doctoral de esta santa iglesia, la víspera de partir de Toledo Padilla, le digisteis claramente que os placeria mucho de reemplazarle.... y porque D. Pedro Laso hoy se rinde á los halagos del rey, porque mal comunero y mal ciudadano falta á lo que debe á su ciudad y á su fé, seducido por el obispo de Badajoz, Ruiz de la Mota, consejero de la regencia, que quiere ser arzobispo de Toledo; vos, así como algunos de los aquí presentes, abandonais á Juan de Padilla en lo mejor de su empresa, faltando á la fé del santo juramento y de la honrada palabra, con otras cosas que por prudencia no digo... Señor secretario, señores canónigos, débil hembra soy; pero me está encomendada la honra de los Padillas, y no la dejaré humillar. Necesita dineros mi marido para mover su campo de Torrelobaton, necesita dineros, y pues vosotros no se los enviais, vengo por ellos yo.

—No los tiene el cabildo, respondieron muchas voces.

—Si los tiene, dijo doña María.

—¿Mejor que el cabildo lo sabeis? repuso el tesorero.

—Muchas cosas sé yo mejor que el cabildo, pues sé certisímamente que el ayer entusiasta comunero D. Pedro Tenorio, hoy es entusiasta imperialista, porque ha puesto los ojos en el arzobispado.

—¡Yo arzobispo!... murmuró confuso Tenorio.

—Vos, D. Pedro, vos, que descendeis de una familia de arzobispos, y ese es el fundamento de vuestra ambicion.

—No ofendais su modestia y su virtud, dijo Ruiz. *Hic blasphemat.*

—No es blasfemia lo que digo, ni la verdad ofende, repuso doña María, como á vos no os ofenderá el oir de mi lábio que ya no sois comunero, porque vuestro amigo fray Antonio de Guevara os ha prometido, si le ayudais á ser arzobispo...

El perlático estremecióse todo, como una veleta azotada por el huracan.

Tenorio se apresuró á interrumpirla.

—Mas viniendo, dijo, á tratar en paz este asunto, ¿cúantos dineros necesita el señor Padilla?

—Mil marcos de plata.

— ¡Mil marcos! repitieron todos los canónigos.

— No han producido esa moneda este año las rentas de la mitra, añadió el tesorero.

— Sea como lo decís, aunque dicen mis libros otra cosa, replicó doña María. Tambien me place el tratar en paz este asunto. Dadme bajo recibo alhajas de oro ú plata, y yo las empeñaré.

— ¿Alhajas de nuestras casas?

— O de la iglesia.

— De la iglesia, nunca, esclamó Tenorio. *Nolite dare sanctum canibus.*

— Señor canónigo, no eran perros los que á las comunidades seguian cuando blasonabais de comunero vos.

— ¡Las alhajas de la iglesia! ¿Y pediréis, quien lo duda, las mas preciadas, acaso los que nos regaló San Luis, *cuando las hubo del tesoro de Constantinopla?* ¿pediréis la espina de la corona de Nuestro Señor, ó el lienzo con que enjugó los piés á sus discípulos, ó el trozo de la túnica que llevaba, ó acaso las gotas de leche que poseemos de la Santísima Vírgen?

— Líbreme Dios, esclamó fervorosamente Doña María, de poner mis manos en tan sagradas reliquias. Joyas de oro y de plata quiero solamente.

— ¡Joyas de este santo templo! ¡Jamás! ¡jamás! Perezcan las comunidades, perezca toda Castilla primero.

— Si D. Juan se contentara con cien marcos... murmuró Ruiz el viejo, mas blando ya.

— ¡Cien marcos! repuso doña María en tono de burlas. Sois como el hombre de quien habla San Mateo, que le pide pan su hijo y le dá una piedra.

— No ha edificado Dios su santa casa para cimiento de rebeliones.

— ¿Es esa la última resolucion del cabildo?

— Esa es, digeron casi todos.

— ¡Ah de la comunidad! gritó en robusta voz la de Pacheco, lanzándose á la puerta de la sacristía.

— ¿Qué intentais, doña María? esclamaron los canónigos.

— ¡Ah de la comunidad! ¡á mí los comuneros!

Y con gran sorpresa de todos los circunstantes, cada capilla de la catedral abortó uno ó dos soldados, que só capa de devotos encubiertos en sus tabardos se habian introducido en ellas.

Pero al mismo tiempo se apareció en la ante-sacristía un venerable anciano, cuya presencia infundia respeto y dolor. Negra su vestidura desde el zapato al capotillo, negro el encaje de su gorguera y de los vuelos del puño, hacian estremadamente resaltar la roja cruz de Santiago sobre su pecho, y las blancas canas que hasta los hombros le caian, contra la costumbre de rasurarse introducida por Cárlos V.

Su rostro demacrado, su andar lento, sus ojos llenos de susto y de cierto fulgor semejante al que la demencia ó el fanatismo produce, y sus manos en forma de cruz sobre el pecho crispadas, conmovieron tan hondamente á doña María que retrocedió como herida del rayo hasta Menda.

— ¡El padre de Juan de Padilla! murmuraron á una voz todos los canónigos.

Penetró Pedro Lopez en la sacristía con abatido continente, y encaminándose derecho á su nuera, le dijo en voz ronca:

—¡Quién me digera á mí, doña María, cuando en la guerra de Granada peleaba al lado de los Católicos reyes y del gran Capitan por mi Dios y mi religion, ¿quién me digera á mí, doña María, que en mi propia casa, de mi propia sangre, habia de nacer andando los tiempos quien á mi Dios y á mi religion afrentara?

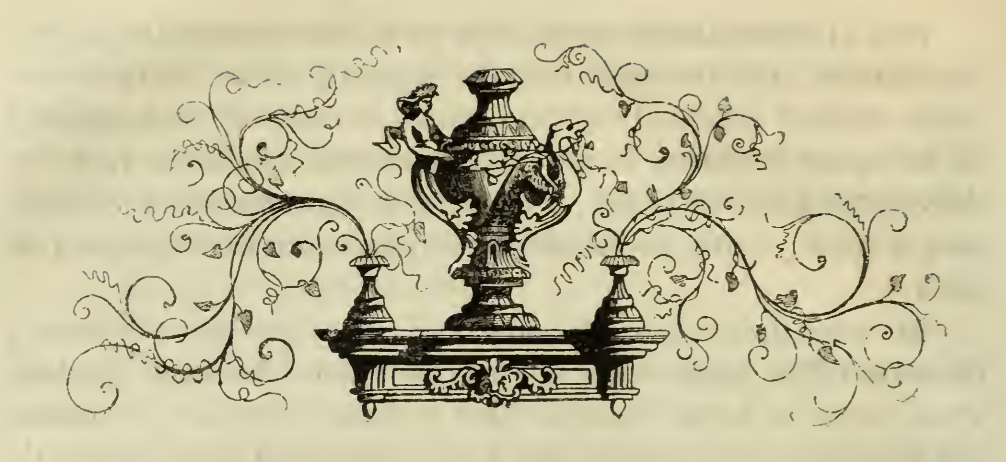
La mujer de Juan de Padilla, que habia doblado la frente al peso de tan tremebundas palabras, irguióse luego con magestad, puso en su grave rostro una calma que sin duda no habia en su pecho, y besando respetuosamente la rugosa mano del venerable viejo, que mas de una vez quiso retirarla, en voz firme y serena le replicó:

—Ni en los Padillas ni en los Pachecos, padre y señor, caerá nunca la mancha de impíos, que lo que hacen ahora no es en verdad contra Dios ni contra su santa iglesia, sino contra los ministros que mal la sirven.

Y como si temiera que su corazon flaquease con dilatar un punto sus propósitos, se volvió á los soldados y en alta voz les dijo:

— ¡Ah de los comuneros! Prended al canónigo Tenorio, y al licenciado Mejía, y á Juan Ruiz el viejo, y al doctor Castro, y al tesorero y al secretario del cabildo.





CAPITULO II.

DONDE EMPIEZAN Á VISLUMBRARSE RASGOS DE LA SANTA PAZ Y ARMONÍA QUE GOZABA EN SU MATRIMONIO EL MARQUÉS DE VILLENA.

AL tornar á su casa Doña María, melancólica y meditabunda como su misma hermana la condesa, que no alzaba del suelo sus ojos de llorar escandecidos, exhaló un grito de júbilo y ensanchóse alegre su corazon.

Henchida estaba la calle de los Tendillas de mulas de paso, fatigadas y sudorosas, como si acabaran de hacer un largo viaje; y abierta de par en par contra la costumbre la ferrada puerta de su casa.

Con ligereza increible en su doliente estado, penetró en el zaguan Doña María revolviendo á un lado y otro ansiosas miradas, y á voz en cuello preguntando:

—¿En dónde está mi buen tio y señor el marqués de Villena?

Pero así sus criados propios como los escuderos, hombres de armas y mozos de mulas que henchian el zaguan, se contentaron con mirarse estúpidamente unos á otros.

Absorta y alarmada la de Pacheco, subió la ancha escalera y metióse como un rayo en su retrete.

Poco despues se oyó un grito y una sonrisa loca de mujer.

—Buscábais al marqués, sobrina mia, y hallais á la marquesa de Villena, dijo una voz dulce y vibrante, pero un tanto sarcástica.

—¡Tia y señora! balbuceaba llena de emocion Doña María. ¡Vos en mi casa! ¡en Toledo vos! ¡Pues dícenme que os cogieron prisionera los soldados de Zúñiga!

—Sí, en verdad, respondió Doña Ana. Vuestro amado y noble tio, D. Diego Pacheco, dejóme lindamente en poder de aquellos villanos, como si fuese yo una dueña setentona de retorcido colmillo y rugoso pellejo; como si no fuese yo su esposa Doña Ana de Guzman, hija del duque de Medina-Sidonia, y jóven por añadidura, y al decir de las gentes bella. ¡Cómo ha de ser! vuestro tio sin duda conoció en sus mocedades bellezas tan peregrinas, que tiene en poco lo que en su casa guarda. Pero, decidme, añadió la marquesa mudando su amargo tono en la graciosa volubilidad que le era característica; ¿no mora el marqués aquí? Ni dueñas ni criados saben darme razon de su persona.

—Ni tan siquiera le he visto yo desde su venida, respondió la de Pacheco.

—¿Eso es posible, Doña María?

—Y confusa me tiene y doblemente apenada.

—Por vos, y no mas que por vos, vino á Toledo. Eso lo sé muy bien.

—Mal lo muestra, muy mal, repuso Doña María, cayendo en una misteriosa meditacion.

—Pues ¿dónde mora? ¿en su palacio de Villena por ventura? Mucho me holgára de ello.

—¡Holgaros vos, que de muerte aborreceis aquella lúgubre y vieja vivienda, edificada por Samuel Leví, el tesorero de D. Pedro el Cruel, encantada en sentir del vulgo desde los tiempos de D. Enrique de Villena, el nigromante, y hoy nido en sus contornos y dependencias de judíos conversos, de gitanos ladrones y de gentes de mal vivir!

—Ya soy otra, sobrina mia, dijo Doña Ana, riéndose locamente. Dejadle al marqués allá, morando solo con los buhos de su casa solariega, teniendo por música y son de las meditaciones á que es tan dado el sordo rumor del Tajo que se rompe en la roca Tarpeya.

— ¡Solo allí! repitió confusa la de Pacheco.

— No vuelvo jamás á su compañía, esclamó enérgicamente la marquesa.

— ¿Qué me decis, señora!

— Hagamos punto hasta despues en esto. Mejor creyera yo que morase vuestro tio en casa del canónigo Tenorio, que ha sido, como sabeis, su capellan.

— ¡Ah que teneis razon! esclamó Doña María, dándose en la frente una palmada. Ahora comprendo la mudanza de Tenorio y del cabildo.

Y las dos ricas hembras guardaron silencio.

Repuesta Doña María de la agitacion que el gusto y la ansiedad le habian causado al llegar á su casa, volvió á palidecer su rostro, su mirada á desmayarse, y á caer toda su persona en aquella doliente languidez, que solo un momento en la catedral habian podido sacudir sus nobles enojos exasperados.

— Mal hice yo en traeros estas alarmas, dijo su tia reparando con atencion en ella, que ya han llegado á mis oidos nuevas del hondo mal que os aqueja.

— Hondo es con efecto, señora tia, repuso melancólica la de Pacheco, que es mal del alma por estos sempiternos pesares producido; mas con la ayuda de Dios y de las alegres esperanzas que en Padilla fundo, espero pronto vencerle.

— Abatida por demás y desmayada os veo, repuso la de Guzman cogiéndole una mano seca y pálida, aunque bella, como flor de otoño.

— No cureis de mis males, y hablad, señora, hablad.

Y con esto se asentaron en frente una de otra en sendos sillones de baqueta estampada.

— La carne es flaca, pero el espíritu es fuerte, dijo Doña María en el tono doctoral y reposado de las mujeres sábias de aquel tiempo. En todo el dia de hoy no sucede cosa que no me atribule mas y mas. ¿Qué os dejó el marqués entre los soldados enemigos? ¿que él viene en esta manera y tan desamorado nos trata á todos? ¿qué vos venís sola y misteriosa, y ofendida, é ignorante de su paradero?

— ¿Qué me abandonó decís? repuso la de Guzman sonriéndose mal su grado. Con mil amores. A la primera vez que los imperiales insinuaron que yo me quedase allí en prenda de su conducta en la ciudad, volvió el rostro y me dijo: — «Quedáos, Doña Ana.» — Ya

sabeis, sobrina mia, añadió la marquesa tornando á sonreir melancólicamente, que entre los maridos corteses, entre los galanes celosos, entre los caballeros rendidos, se debe poner por modelo á vuestro noble tio el marqués de Villena. ¡Ah! si no ofendiera mi propio nombre, pensaria que fué trama suya para venir á Toledo solo.

—¿Tanta prisa le aquejaba?

—Mucha en verdad.

—Y en venir solo ¿tanto le iba?

—Mucho mas, Doña María, y por eso me admiro de que no haya platicado con vos hasta lo presente. Yo sé que la ocasion de su viaje es haceros ciertas desleales proposiciones del rey de Francia, y temió sin duda que os lo descubriese.

—¡Necia de mí, que esperaba de él buenos consejos y buenos ducados! esclamó Doña María.

—¡Consejos y ducados! repuso Doña Ana sonriéndose. Mirad no os los pida á vos.

—Mas ¿no viene comunero?

—Ignora él mismo como viene.

—¿Nos prestará ayuda?

—Cincuenta lanzas trae, y además espera de hora en hora á su amigo el duque de Maqueda, que trae doscientos soldados.

—Muchos son para metérnoslos aquí, murmuró meditabunda la de Padilla. Con esa hueste bien pudiera guerrear en campo llano.

—Cerradle las puertas de Toledo, dijo la marquesa en firme tono.

—¡A un caballero tan leal como el duque!

—Cerrádselas.

—Con mi tio lo consultaré de bueno á bueno.

—Haced lo que mas os plazca, repuso encogiéndose de hombros la marquesa; que á mí no me place entender en esto de luchas civiles.

—Y propósitos, ¿cúales trae mi buen tio?

—Ninguno bueno, aunque vos se lo llameis.

—Miradlo bien, señora, dijo gravemente Doña María. Es vuestro esposo, es mi deudo.

—¡Válame Dios! repuso la de Villena, riendo á carcajadas locas. A punto os veo hace rato de enojaros conmigo, cuando por vos no mas vine á Toledo. Hareis que me pese de no haber tornado á Escalona desde el real del prior.

—¿En su real estuvísteis?

— Allá me llevaron los soldados.

—¿Y escapásteis por ventura, segun veo?

—¿Soy yo caballero andante, Doña María? le respondió con una de esas sonrisas afectuosas de las mujeres que nada quieren decir. El prior me ha dado libertad.

—¿Habeis visto al prior? repuso mudando los colores su sobrina.

— Con él he platicado, respondió la de Guzman.

— ¿Y mi hijo? esclamó levántandose de su asiento Doña María. ¿Qué traeis nuevas de mi hijo y hasta ahora no me lo decís? ¡Calma inaudita! ¡increible pesadez!

— ¡Quién tuviera hijos, como vos, Doña María para olvidarse así de todas las cosas!

—¿Con qué visteis á Gonzalo?

— Tambien le ví, tambien con él platiqué.

— ¡Oh! repetídmelo, señora, repetídmelo una mil y mil veces, murmuró su sobrina abrazándola y besándola hasta en los cabellos, que eran en verdad hermosos, como la endrina de negros, y como la seda de finos.

— Si la palabra me atajais, contestó la de Villena, si en toda ocasion me interrumpís, mal podré...

— Teneis razon, señora tia, repuso la dama sentándose y respirando mas á placer. No fué en mi mano reprimir estos sentimientos de mi corazon afligido. ¡Gonzalo de mi alma! ¿Qué le visteis? ¿qué hablasteis con él? ¿qué vive? ¿qué ese perro de prior no le ha matado? ¿qué se acuerda de mí?—¡No há de acordarse, loca que soy!... añadió Doña María pasando por la frente su hermosa mano descarnada y pálida. ¿No ha de acordarse de su madre, que con él sueña y por él vive?

— Otras memorias le desvelan tambien, dijo sonriéndose la de Guzman.

— ¿Otras? esclamó vivamente la toledana.

— Si así os habeis de alterar, sellaré el lábio.

— No, no, decid. — Pero ¡ah! ¡qué perdido tengo el seso! ¡Otras memorias! Ya se vé. ¡Pobre hijo mio! ¡es tan tierno! ¡tan amoroso! ¡Otras memorias! claro está: las de su padre y mi señor Juan de Padilla.

—No por cierto, dijo Doña Ana tornando á sonreirse maliciosamente; mas presumo que si os lo declaro sois capaz de tomar celos.

—¿Qué decís? esclamó sobresaltada la de Padilla. ¿Qué quereis decir señora? ¡Tomar yo celos!... pues mi hijo...

—Vuestro D. Gonzalo es un apuesto niño que ya raya en doncel...

—Sí, pero...

—Que se adelanta á los años en galanura y brío...

—Sí, pero...

—Que arde en deseos de pelear y de correr aventuras...

—Sí, pero...

—Pero que empieza en conclusion, esclamó la de Guzman con su eterna sonrisa picaresca, á sentir en su pecho...

—¿Amores quereis decir?

—Justamente.

Doña María soltó una carcajada, ruidosa pero insegura.

No necesitaba la de Villena de semejante ejemplo.

—Temprano es en amores, como el almendro en florecer; dijo entre carcajadas locas y retumbantes. Mirad que los muchachos de estos tiempos son una maravilla. Vuestro hijo D. Gonzalo, si no me es infiel la memoria, contará catorce primaveras, y ya le centellean los ojos cuando de amores habla. ¡Si le hubiérais visto, sobrina mia!

—Va á ser todo un caballero, esclamó su madre llorando de ternura.

—Decid todo un Amadis.

—Se acordará de la infanta Doña Catalina.

—No por Dios.

—¿No es esa la señora de sus pensamientos? dijo con asombro la toledana.

—A mí no me la ha mentado.

—¡Otra es! repuso Doña María mas pálida.

—Escuchad. Al punto que me vió saltóme al cuello, y despues que hablamos de Padilla...

—¿Y de mí? esclamó su madre.

—¿Quién lo duda? repuso la marquesa sonriéndose.

Doña María se sonrió tambien de gozo.

—Hablamos en lo que os digo, y luego bajando los ojos, y con

el semblante como la grana, me preguntó:—«¿Está D. Juan Bravo en Toledo, señora tia?»

—¡D. Juan Bravo! repitió la de Pacheco llena de asombro.

—Está con vuestro padre en Torrelobaton, le dije.

—Eso es amistad, repuso Doña María. ¡Tiene un corazon de oro!

—Esperad, replicó la de Villena; esperad antes de tenerle por un Pilades.—«¿Y no sabreis por ventura tornó á preguntarme el doncel, si en los encuentros y trances de la guerra, ha acontecido alguna malandanza...

—¿A quién? esclamó Doña María.

—¡Cuanto vais á reiros!

—Acabad por Dios. ¿A quién?

—Al escudero de Bravo.

—¡Al escudero! repuso la dama, como quien de un sueño despierta.

—Igual admiracion produjo en mí.

—Villana amistad ha hecho.

—Esperad, esperad, dijo la de Villena dejándole caer una mano sobre el brazo, y mirando á su sobrina con malicioso misterio.

—¿Qué hay mas todavía?

—Hay, que tornó á ponerse colorado, y yo curiosa, y él á balbucear, y yo á preguntarle, hasta que, antes por malicia que por razon, concebí la sospecha de que el escudero...

—Acabad, dijo en tono breve la de Padilla.

—Es una mujer.

—¡El escudero una mujer!

—Atreviérame á jurarlo.

—¡Ah! esclamó Doña María dándose en la frente una palmada. Teneis razon, marquesa de Villena.

—¿Conoceis por acaso á la aventurera dama escuderil? Debe de ser su historia peregrina. Contádmela, contádmela.

—La conozco...es decir, la he visto... murmuró Doña María meditabunda.

—¿Cuando fuisteis á Tordesillas y al real de los comuneros?

—Justamente.

—Vuestro hijo la pondera mucho de hermosa.

Doña María no respondió. Su semblante habia ido por grados

oscureciéndose, hasta ponerse entre melancólico, taciturno y temeroso.

O no reparó en esto la marquesa de Villena, ó con su acostumbrada veleidad y desenvoltura, no quiso hacer alto en la plática como su sobrina lo habia hecho.

— Tras estas preguntas amorosas, prosiguió, que en sus lábios me parecieron trozos de búcaro de los que continuamente paladea, hízome el gallardo niño partícipe en un secreto muy tenebroso que cabizbajo y espiritado le traia.

— ¡ Otro secreto ! esclamó aterrada la de Padilla.

— Ya os poneis tenebrosa vos. Al fin tendré que callar.

— Soy su madre.

— Traia en mientes...

— ¿ Alguna empresa de honra?

— Mirad que callo.

— ¿ De peligro? decidme por Dios, ¿alguna empresa de peligro?

— Su fuga.

— ¡ Santos del cielo ! ¡ hijo de mi alma !

— Pero, sobrina mia...

— Vos, por supuesto, le aconsejariais...

— No despegué mis lábios.

— Hicisteis mal, muy mal, señora marquesa, dijo la de Pacheco mirándola con ira.

— Oidme en calma, si podeis. El real de los imperiales está lleno de mozos imberbes como Gonzalo, que siguen la bandera del rey, porque no se les ha puesto delante la de la comunidad.

— ¿ Intenta ganarlos?...

— Los tiene ya ganados.

— ¡ Ay Dios mio ! ¡ hijo de mi alma ! ¡ en que trance vá á ponerse ! ¿ Y vos callasteis ? ¡ vos ! ¡ su tia !

— Esperad.

— ¿Y si su industria fracasa?

— No ha de matarle el prior.

— Le matará. El corazon me lo dice.

— El prior le quiere como á sus ojos. ¡ Es tan niño y tan bizarro !

— Eso, sí, respondió su madre á boca llena ; pero los soldados del prior cuando le cojan...¡ Oh Dios mio ! ¿ por qué me lo habeis

dicho? ¡ Y el cobarde obispo Acuña no ha hecho una hombrada todavía! ¿Qué haré yo, Dios mio, qué haré? no debo consentir semejante locura...no debo, ¿es verdad, señora?

— Lo mismo pensé yo, dijo la marquesa.

— ¡ Ah ! repuso Doña María, respirando á torrentes. ¿Luego no callasteis? ¿cómo habiais de callar? vos tan tierna, tan amorosa... ¡ mal hice en daros crédito!

Doña Ana se sonrió, como quien oye hablar á un niño.

— Ya sabeis que me placen las empresas arriesgadas, dijo luego.

— ¿Pero le hicisteis desistir de la suya?

— Incontenenti.

— Respiro.

— Con una sola condicion.

— ¡ Ay triste !

— Que habia yo de imaginar otra traza para que recobre su libertad. ¡Como adivina mi gusto aquel mancebillo de perlas?

— No revuelve su madre en mientes otro pensamiento desde que su ausencia llora, pero no hay para ello traza que menguada no sea. Rehusa el prior los canges, rehusa los dineros, todo lo rehusa. Ya pongo solamente mi esperanza en el obispo Acuña, que vencerá al prior, de seguro le vencerá. ¿Por qué moveis la cabeza, señora tia? ¿Dudais de la victoria de Acuña? esclamó la de Padilla en el parasismo de aquel dolor amoroso, de aquel maternal frenesí.

— No por cierto, repuso Doña Ana sonriéndose compasivamente; mas como le habeis acusado en antes de cobardía...

— ¡ Que yo dige tal cosa! imposible. ¡Vos soñais! ¡Cobarde el obispo Acuña!

— Otra esperanza debeis de abrigar tambien.

— ¿Tratasteis por ventura con el prior... ? ¡ oh tia del alma!

— Nada traté.

— Pues señora, ¿qué hicisteis en el real? ¿cómo habeis venido sin traerme nuevas mejores de mi Gonzalo?

— Doña María, dijo sériamente la marquesa, veo que no podeis prestarme ayuda en la traza que imagino, y desde este punto callo.

— Pero, ¿de veras imaginais una traza? repuso la de Pacheco temerosa de exasperar el carácter firme y juntamente fantástico de Doña Ana.

— Cuando con mi sobrino platique, os responderé.

— ¡Con Garcilaso! repitió Doña María adoptando la misma gravedad que la marquesa.

— ¿Tampoco os agrada que tercie en el asunto?

— Es que no debeis de platicar con él.

— Le importa á vuestro hijo, y á mí me place.

— Pues hacedme la merced de renunciar á ese propósito.

— Ya es imposible, sobrina mia.

— ¿Por qué?

— Porque sabedora de que con vos habia ido á la catedral, he enviado en su busca á uno de mis escuderos. Urge ejecutar la traza mia antes del viernes Santo.

— Yo bien quisiera que con cualquier ardid, renunciarais.....

— ¿A hablar con Garcilaso?

— Sí, señora.

— No se me alcanza la razon, sobrina mia. Los Lasos de la Vega son muy queridos del marqués, y yo misma apadriné el año pasado á ese mancebo cuando le armaron caballero en la catedral.

— Ahí tocais alguna de las razones que me asisten....

— Hablad sin rodeos.

— Temo enojaros.

— Enojarme no, confundirme lograreis.

— Pues bien, dijo Doña María acercando misteriosamente al oido de la marquesa sus lábios que apenas al hablar se movian: sabed que el mancebo os tiene muy en memoria.

— ¡Cuanto me place!

— Que habla de vos con grande fuego.

— Es cortés y agradecido.

— Que á todos los que de Escalona vienen acosa con indiscretas preguntas.

— ¿Indiscretas? ¿ hay nada mas natural?

— Y sabed, en fin, que desde que corrió la nueva de vuestra venida, no hace sino visitar á mi padre Pedro Lopez.

— Le paga su cariño al buen viejo.

— Pero, ¿no me entendeis?

— Claro está. Pedro Lopez le cuenta por menudo la guerra de Granada....

— No es eso.

— O le relata cantigas y romances del tiempo antiguo...

— Señora tia, dijo gravemente la de Pacheco, otra es la ocasion de las visitas de Garcilaso.

— Yo no puedo acertarla.

— Mi buen padre le anunció un dia, en la puerta del nuevo hospital de espósitos, donde él y los ancianos de Toledo pasan sus mejores horas....

— ¿Qué le anunció?

— Vuestra venida.

— ¡Ah! y desde entonces...

— Acude á nuestra casa diariamente.

— Ya entiendo, sobrina mia. No me equivocaba há un año al decir que ese mancebo seria la flor de los Lasos de la Vega. ¿Y es verdad, sobrina, como se murmura en Escalona, que se ha dado Garcilaso á componer trovas y romances, ni mas ni menos que si peinára canas? ¡Cuánto me holgaré en que sea verdad! A vuestro tio, que tan afecto es á las cosas antiguas, y que pone su orgullo en descender codo á codo de D. Enrique de Villena, el trovador y nigromante, ¿creereis que no he logrado todavía, ni á poder de ruegos, ni á poder de amores, hacerle componer una trova?

— Pero no me habeis entendido, señora tia, repuso la toledana con angustioso despecho. Digo que Garcilaso piensa en vos mas de lo que á sus verdes años cumple.

— ¿De veras? esclamó riéndose la marquesa.

— Digo, en fin, que os requerirá de amores, si con él hablais.

— Hablárais vos para mañana. ¿Y eso os asusta? Ya lo habia yo entendido.

— ¡Señora tia!

— Ya ardo en deseos de verle.

— ¡Señora! repitió la de Pacheco poniéndose en pié.

— No os alarmeis, ni tan ceñuda os pongais, que solo anhelo por distraer las penas que me ocasiona vuestro tio.

— ¡Con un galan!

— Con un niño.

— Los niños de estos tiempos se parecen á los hombres de los pasados.

— Dejadme hacer á mí, que vuestro hijo lo ganará. Tengo el propósito de que Garcilaso le ayude á libertarse.

— ¿Qué eso me digais, señora? Ni por mi hijo consintiera yo...

—Hablemos del marqués.

— Su honra me importa mas.

—Poco á poco, Doña María: yo la tengo bien guardada, repuso gravemente la de Villena. Aunque vuestro padre el conde de Tendilla os educó lejos de la córte, en un recogimiento y clausura, solo para la vida del claustro bueno, se os debe de alcanzar lo bastante de la del mundo...

— La honra es una flor, señora.

—¿Y se marchitan por acaso las flores con el aire?

– Cuando no se marchiten, se ajan.

— Esos son cuentos de dueña devota. Sin ofender á Dios, puédese vivir en el mundo placenteramente. Viviérais vos en la córte dos solos años, como yo en mi doncellez viví, y de otra manera pensariais.

— Lo que se mama con la leche no se olvida.

—Una santa era Doña Isabel la Católica, y consentia el galanteo del gran Capitan.

— Esos sí que son cuentos de villanos, dijo encarnada de rubor y de enojo la de Padilla.

—Y á la marquesa de Moya, Pulgar la galanteaba.

—No negaré que en estos míseros tiempos que alcanzamos imaginan posible algunas hembras hermanar sin ofensa de Dios el deber y el gusto; pero la mujer casada ni un cabello tiene suyo, ni las pupilas de sus ojos debe mover sin licencia de su marido. ¿Cómo ha de dar tan siquiera el habla á otro caballero? Dios no perdone á la que tal haga.

— ¡Si os oyese vuestro tio!

— El pone en vuestra mente esos pensamientos. Bien lo sé. Dicen que los ilustres varones del tiempo de los Reyes católicos son casi todos así; firmes como rocas en los deberes de caballeros; flojos como arena movediza en los de cristianos. Reniego yo de tales hombres, que valen mas los de ahora.

—Como eran casi moros, dijo riéndose la marquesa, y los moros en amor son mariposillas...

Antes que acabara de hablar la de Villena, aparecióse Menda en el retrete, y lanzándole una mirada ceñuda y fria, se volvió á su señora y dijo:

—Un escudero de la casa de Villena acaba de llegar.

—Hágase todo honor al mensajero de mi buen tio, respondió la de Padilla.

— Pregunta solamente en qué ocasion podrá besar las manos su señor á su sobrina y mi señora.

— ¡Miren qué embajada! murmuró la marquesa. ¿Cuándo ha sido tan cortés? ¿cuándo se ha hecho tanto desear en casa de sus deudos?

— Que ha de ser á boca de noche, añade el mensajero.

— ¡A boca de noche! repitió Doña María.

— Para que no le vean las gentes, dijo la marquesa mirando á su sobrina con significativo misterio.

Doña María dió algunos pasos con Menda por la estancia advirtiéndole á media voz lo que habia de responder al escudero, y admirada de la turbacion que habia notado en la doncella, quedóse contemplándola cuando se alejaba.

Pero Menda volvió lentamente àtrás, como quien tiene algo embarazoso y grave que decir.

— ¿Qué acontece? esclamó Doña María sobresaltada. ¿Qué nuevo mensaje traes? ¿ha venido alguno triste de mi hijo ó del real comunero? ¿se ha enojado mi padre Pedro Lopez? No sé que pasa por mí estos dias que todas las congojas, todas las sospechas y temores se meten á cada instante en mi corazon.

— Olvidábame de decir á vueseñoría, murmuró Menda, encarándose con la de Guzman, pero sin mirarla, que tambien por vuestro mandato viene...

— ¿Garcilaso? esclamó Doña Ana.

— Sí, señora, dijo la jóven alzando la cabeza, y por los ojos vertiendo ira.

— ¡Loado sea Dios!

— Menda, le dijo al salir Doña María en voz baja, si bien su semblante estaba oscurecido por mas de una nube; Garcilaso es deudo nuestro, es sobrino de mi tia la marquesa, es grande amigo de mi Gonzalo, y puede entrar y salir cuando le plazca.

— Pero ahora viene alegre, murmuró Menda.

— Alegrías infantiles que una sola quimera produce.

— ¡Ay señora del alma!

— Basta, Menda, que me enojas. Por tu fortuna te conozco bien. y sé lo que valen esos estremos cariñosos. Entre Lope y Garcilaso...

— Lope es mi amante, señora, será mi marido.

— Pues no hagas pensar malamente de ti á los que mal te conocen.

— Señora...

— Basta. Vete.

La jóven obedeció sin replicar.

— Sobrina mia, dijo Doña Ana rodeando el cuello de la enferma con su ebúrneo brazo, y juntando rostro á rostro con cariñoso artificio; vais á dejarme á solas con Garcilaso.

— ¡Señora! murmuró Doña María. Temo ofenderos con el pensamiento si tornais á decírmelo.

— Pues delante de vos no le he de descubrir mi traza, con que ved que vuestro hijo lo pierde.

— Piérdalo mi hijo.

— Basta, Doña María. No mas he de consentir vuestras sospechas. Sóbrame con ser quién soy para guardar mi decoro. Idos: obedeced á vuestra tia.

La de Pacheco dobló la cabeza, y se dispuso á salir del retrete.

— Venid acá, dijo Doña Ana riendo á carcajadas. Probar quise juntamente vuestra condicion humilde y vuestra beatitud. Huélgome de que la primera venza á la segunda, que el ser santa en el mundo solo sirve para creer pecadores á los demás. Quedáos conmigo aquí.

— No, señora tia, dijo la de Pacheco desarrugando el rostro, que quien es dama tan cumplida como vos, no necesita de mi presencia.

Al salir la de Padilla del retrete, entraba Garcilaso de la Vega, encarnado de rubor, enrojecida la frente, los lábios temblorosos, pero centelleantes las miradas.

Doña Ana de Guzman le recibió con los brazos abiertos.





CAPITULO III.

DE CÓMO ERA EL MARQUÉS DE VILLENA FALTO DE MEMORIA Y DE ENTENDIMIENTO, Y DE LAS BUENAS PRENDAS DE MARIDO QUE TENIA.



ESDE que Juan de Padilla marchó á la guerra y el canónigo D. Baltasar Nebrija á Lisboa, únicamente se abria la honrada casa de la calle de los Tendillas á algunos canónigos amigos de Pedro Lopez, á Gonzalo Gaitan y su hermano el clérigo, al mancebo Garcilaso de la Vega, al maestrescuela de Jaen D. Tomás Fernandez, y tal vez á algun mensajero de Padilla ó de Acuña.

Menda habia dicho en la catedral que solo se franqueaban aquellas puertas á Garcilaso, porque para ella, que con sus ojos de quince años los miraba, los canónigos no eran hombres como los demás.

Cuando el ayuntamiento de Toledo tenia que tratar algun asunto con Doña María, ó algun consejo pedirle, cosa por estremo frecuente, dábala aviso con un jurado de su confianza, y ó bien ella le escribia su opinion ó su respuesta en llano latin castizo, ó bien iba en persona á la casa consistorial, custodiada por algunos hombres de armas de la propia suya.

Tal apartamiento y reclusion era costumbre de las mujeres hon-

radas de aquellos tiempos, que en ausencia de sus maridos no ponian los ojos en hombre barbado, ni los piés en sitio público que no fuera casa de Dios.

Tambien con esto se dá á entender claramente que la de Doña María se hallaba apercibida á la defensa, pues la guardia de los muros, ni el estar por la comunidad las puertas y el Alcázar, bastaban á que los comuneros no temiesen á la hora menos pensada un rebato de sus mismos convecinos imperiales. Cierto es que los mas poderosos habian ido escapando de Toledo, unos á sus castillos, otros á juntarse con el ejército de la regencia, ya en el campo del Almirante, ya en el del prior, y otros en fin, á esperar en poblaciones retiradas y oscuras el término de aquella revuelta, que los mas con buenos ojos veian, aunque no la ayudasen; pero los enemigos declarados, los que alzaron desde el primer movimiento el pendon de Cárlos V, acaso porque no les fiaba el suyo la comunidad, esos, activos y revoltosos, mantenían dentro de Toledo inteligencias, criados, espías y hasta deudos, que atizaran los rencores, que encendiesen los ánimos, y espiasen el menor descuido para caer sobre la ciudad como hambrientos tigres.

Subió de punto en lo angustiosa esta situacion, cuando el prior de San Juan D. Antonio de Zúñiga vino á talar las tierras de Toledo, y asentando sus reales entre las villas que hoy forman el lindero de aquella provincia con las de la Mancha y Andalucía, burló repetidamente los esfuerzos de Gonzalo Gaitan, que con gente comunera habia salido en mas de una ocasion á castigarle, sobre poner de manifiesto que de él y de sus amigos debian esperarse todo género de deslealtades, cuando en el Romeral atacó por la espalda al obispo Acuña, con quien habia ajustado media hora antes una tregua.

Así, pues, quedó confusa Doña María Pacheco y aterrada, cuando al caer de aquel mismo sol digéronle sus servidores que estaba la calle henchida de hombres de guerra. Previno los suyos inmediatamente, rodeóse de ellos como un capitan que al combate se apercibe, y con sereno continente marchó allá.

Pero pronto se deshizo la nube de sus ojos, si bien siguió apenado su corazon, pues en el pecho de las dalmáticas traian aquellos soldados el escudo de su tio.

—¡Ah de la gente de Villena! gritóles Doña María entre confusa y regocijada desde el postigo de la puerta; ¿cúantos venís?

—Cincuenta, respondió un soldado. Los mismos que de Escalona salimos.

—Todos, repuso sordamente la dama. Todos los trae.

Y haciéndose paso entre ellos, seguida de los suyos, mandó abrirles de par en par la puerta.

Los hombres de armas iban entrando uno á uno.

Detrás de todos, vestido de guerra, rodeado de sus mas forzudos vasallos, y seguido de inmensa muchedumbre toledana, que examinaba con recelo aquel aparato misterioso, apareció el marqués de Villena, caballero de regular estatura, de años maduros, de vulgarísimo continente, de sonrisa falsa y de mirada aviesa; pero que encubria todos estos defectos con un hablar meloso, cortesano y penetrante, con un orgullo desmedido, prenda de estima en aquellos tiempos, y sobre todo con los altos aires de superioridad y sabiduría que se daba, fundado en el ilustre nombre que su abuelo D. Enrique habia ganado en las ciencias y en las letras.

Iba tan allá D. Diego Lopez Pacheco en esto de creerse obligado á ser sábio por su alcurnia, que estudiaba en el archivo de su casa las costumbres de D. Enrique, y punto por punto las seguia todas, menos la de hablar alguna vez en latin, y la de ser verdaderamente sábio, que no son cosas estas al alcance de la voluntad, ni con la sangre y los nombres y los pergaminos se trasmiten.

—Abierta teneis mi casa, deudo y señor, le dijo Doña María al verle en el dintel, que sois el dueño en ella como en el albedrío de sus moradores. Dadme á besar vuestra mano por la merced que me haceis.

—Dadme los brazos vos, sobrina, respondió el marqués con gentil donaire, y dadme asimismo nuevas de vuestra salud, que miro quebrantada, y de Juan de Padilla, que lamento ausente.

—Las de Padilla son las nuevas que más á todos importan, replicó Doña María desprendiéndose de sus brazos.

—A todos, bien decis, repuso Villena bajando la voz para que no le oyesen los circunstantes.

—En Torrelobaton se halla con la gente comunera. ¿Mas sabeis, tio y señor, dijo en el mismo tono la dama con magestuosa gravedad, que al traeros tan custodiado vuestras gentes, pensarán que de mi recelais?

—No lo hice, sobrina, respondió el marqués mordiéndose los

lábios, ni por recelos de vos, ni por temores de linaje alguno, antes bien por decoro de mi persona. Como sois entendida y docta, que no fuerais Pacheco, de lo contrario se os acordará que nuestro ilustre ascendiente D. Enrique el trovador, llevaba de contínuo junto á sí un golpe de hombres de armas, que diesen buena muestra de su señor. ¡Oh! no me repliqueis, sobrina mia, pues en todo, segun cuentan, soy traslado de mi abuelo.

— Bastan siempre al marqués de Villena, replicó Doña María volviendo al zaguan, su nombre de Pacheco y los gloriosos timbres de su casa.

— Pues en la vuestra estamos ya, repuso D. Diego, sabed que de solo á solo tengo de hablaros, y esta es la ocasion de mi viaje.

— En verdad, amado tio, dijo haciéndose de nuevas la de Padilla, que no esperaba yo semejante cosa. Pues por mí venís desde Escalona á Toledo, ¿por qué no habeis de hónrar mi casa, morando en ella?

— Harto llena la teneis de soldados y de pesadumbres para que yo viniese á acrecentároslas, repuso en dulce voz el caballero. Mas porque mi estada no se dilate hasta el punto de dar ocasion á murmuraciones, venid conmigo y hablemos.

— No será, dijo Doña María, mirándole escrutadoramente con ojos sarcásticos, no será sin que os pida nuevas de mi tia y señora Doña Ana.

— ¡Doña Ana! repitió el marqués maquinalmente, y quedándose traspuesto, cosa que hacia muy amenudo para figurar hondos pensamientos, meditaciones profundas, éxtasis filosóficos.

— ¿Cómo no la veo en vuestra compañía?

— ¿Cómo no la veis en mi compañía? tornó á repetir maquinalmente Villena.

— ¡Es para vos tan amorosa Doña Ana!....

— Doña Ana....

— Pero ¿no me escuchais, tio y señor?

— Sí, sí. Yo estoy en todo. Si tal vez me distraigo, nada acontece sin que de ello me aperciba. Verdad es que en esta ocasion tenia á mi esposa olvidada.

— Os abruman tan graves pensamientos....

— Esa es la verdad, sobrina. Vos me entendeis, que solo vos y yo somos en nuestra casa dignos de nuestro ilustre nombre. Por eso

os he llamado siempre la Pacheca, así como el Pacheco lo soy yo. Los demás no tienen gota de sangre de D Enrique.

— Cuéntase en la ciudad, dijo la dama sonriéndose imperceptiblemente, que venia con vos Doña Ana.

— ¿Que venia? esclamó el marqués en tono glacial, que no era repeticion, ni admiracion, ni interrogacion.

— Pero que unos soldados del prior la cogieron en rehenes....

— ¡Ah! sí, los soldados... ahora recuerdo... sí, la cogieron... los soldados... Subid á vuestro retrete y platiquemos.

Y juntando la palabra á la accion, trabó de la mano á Doña María, é iba subiendo los primeros peldaños de la escalera, cuando acertaba á bajar todo lleno de gozo é hinchado de orgullo el apuesto doncel Garcilaso de la Vega.

La de Padilla no pudo menos de estremecerse.

Aunque habia caido el sol, como dicho queda, no estaba la escalera envuelta en sombras aun, que era harto espaciosa y clara.

— ¡Ah señora! dijo el poeta en voz conmovida, sin apercibirse del caballero de Doña María, dadme á besar vuestra mano, que ya no tornaré á veros hasta que me acompañe vuestro hijo.

— Si mis ojos cansados por la vela y el estudio, añadió el marqués, no me engañan, este mancebo es mi sobrino Garcilaso.

El poeta retrocedió vivamente dos escalones, lleno de pesar y enojo.

— Soy Garcilaso el mancebo, pero no vuestro sobrino, respondió, que niego desde este punto vuestra sangre.

— ¿Qué dice, Doña María? repuso Villena aparentando que estaba distraido.

— ¡Garcilaso! esclamó la dama.

— No puede en mis venas correr sangre de quien deja á su esposa y señora en manos de foragidos.

— ¡Garcilaso! tornó á esclamar la dama.

— ¡Y tan garrida hembra como es! ¡y tan hermosa!

— ¿Qué sabes tú de mujeres, rapaz? dijo el marqués prorumpiendo en una carcajada; ¿qué sabes tú de mujeres ni de trances de guerra? Por Dios que muestras unos aires de Amadis, que aunque apenas te apunta el bozo, si yo no fuera tu tio, ya te hubiese cortado la lengua. ¡Osas ponerla en mi proceder! ¿no sabes que soy el jefe de tu casa, que soy D. Diego Pacheco, que no puedo errar? Para

esto he pasado tantas noches estudiando, para esto he ganado fama de docto, para esto mi nombre es de los mas ilustres de Castilla, para que rapaz tan imberbe ose contender conmigo por si hice bien ó hice mal lo que hice! Direte, sin embargo, que mi conducta fué prudentísima, fué modelo de circunspeccion y entendimiento; pues de resistirme yo á dejar á Doña María, los soldados...

— Eso no mas quise oir, esclamó el jóven airándose á medida que hablaba su tio. ¡Prudencia, y ceñis espada! ¡circunspeccion, y era vuestra mujer la que os pedian!

— Ellos, rapaz, eran soldados del rey.

— Aunque del Papa fueran.

— Soy buen vasallo.

— Pero mal caballero.

— ¡Garcilaso! esclamó Doña María, que en el fondo de su corazon escuchaba al poeta con placer. Sois harto niño para alzar la voz donde vuestros deudos hablan. Idos, y oid mañana tres misas en descuento de este pecado.

— Señora... murmuró el jóven.

— No vuelvo de mi asombro, dijo el prócer con aire doctoral. He menester todo el dominio que tengo sobre mí, todo el amor que á su madre Sancha profeso, para no darle el castigo que su demasía merece. Estos muchachos de ahora han de dejar muy mal parados nuestros nombres. Mírenle, mírenle; aun su lábio chorrea leche, aun no sabe siquiera alquimia, ni teologia, ni latin... ¡ni latin! que es un dolor, y tiene ya soliviantada la cabeza, como si hubiera ido á las Indias. Nunca será mozo de provecho.

— Besad la mano á vuestro tio, dijo la dama con aparente sequedad.

— ¡Señora! murmuró el mancebo abochornado.

— Yo os lo ruego.

— Yo se lo mando, añadió el marqués. Los mayores en edad, saber y gobierno, no ruegan, mandan.

— Pues á Doña María obedezco, repuso el jóven doblando la rodilla en el peldaño inferior de la escalera; que desoir á una dama, aun sin ser la propia, ni deuda, como vos lo sois mia, es accion de villanos, villanamente nacidos.

Y satisfecho con este irónico desahogo, que le vengaba del beso de la mano, añadió volviéndose á la de Pacheco:

— Ahora vos, Doña María, habeis de hacerme la merced de trasladar al domingo el cumplimiento de las misas, pues sobre ser mañana Miércoles Santo, he de partir de Toledo.

— ¿A dónde vais? esclamó con ansiedad la dama.

— Solo deciros puedo que no he de tornar sin Gonzalo vuestro hijo.

— Cuenta, Garcilaso, que por el amor que os tengo os prohibo hacer locuras y niñerías.

— Revelaros quisiera mi propósito para que no me le tildáseis de locura; mas no es posible. Dios os guarde, señora.

Y sin mirar siquiera al marqués en su infantil enojo, volvió reposadamente la espalda á entrambos.

— Perplejo me tenia el muchacho, dijo su tio cuando acabó el poeta de bajar la escalera. Para enojarme como debí, hubiera necesitado olvidar por un momento ciertas profundas ideas que me tienen abstraido. ¡Miren mi mujer que defensor ha ganado! Ya sé yo á quien fiarle su custodia cuando á punto venga.

— ¡Oh señor tio! murmuró asustada la de Padilla; no hagais tal cosa en vuestros dias.

— Si realizo mi propósito de enviarla algunos meses á Madrid, Garcilaso la acompañará en el camino.

— ¡Tio! tornó á esclamar la dama.

— Pero ¿estudian con Satanás estos muchachos de ahora? ¿Quién ha dicho á Garcilaso que mi mujer quedó en el real? Si no estuviera yo seguro, segurísimo de que esto es lo cierto, pensaria...

— ¿Qué pensariais? esclamó con ansiedad su sobrina.

— Nada, nada, porque yo no puedo pensar cosas absurdas. ¡Cómo ha de hallarse mi mujer aquí!

No acertando á mentir, ni tampoco á callar la verdad, balbuceó la dama algunas frases, al tiempo que penetraban en el piso alto de su vivienda.

— ¿De qué hablabais? repuso el prócer, como saliendo de una meditacion.

Temerosa Doña María de que se hallase allí cerca Doña Ana, pues habian acabado de subir la escalera y estaban las habitaciones harto oscuras, hizo punto en prevenir al marqués, no sin que involuntariamente una sonrisa de compasion entreabriera su boca.

— Nuestra plática ha de ser secreta, muy secreta, le dijo con

misterio su tio al sentir que se apartaba de él. Donde nos oigan tan siquiera las paredes no despegaré mis lábios.

La de Padilla, que en la oscuridad se habia adelantado algunos pasos á D. Diego, topó con Menda por fortuna á la puerta de su retrete.

—¿En dónde está la marquesa? preguntóle en voz baja.

—¡Ay señora! dijo Menda en lastimoso tono; acompañó hasta la escalera á Garcilaso y entróse despues en vuestro oratorio.

—¿Con quién hablais, sobrina? esclamó asustado el marqués, tropezando con manos y cabeza en las paredes, como un hombre que en la oscuridad se aturde y pierde el tino. ¿Tenéisme puesto algun espia?

—Tio y señor, respondió la de Padilla con enojo, menos de la que yo creí es vuestra memoria; pues olvidais que estas paredes son de mi casa, y que yo soy mujer de Juan de Padilla, y descendiente como vos de D. Enrique de Villena.

—El en mi caso recelara tambien, repuso Villena, que era receloso, y vivia como yo rodeado de traiciones.

—En vuestro caso sí, pero en mi casa no, dijo enérgicamente Doña María.—Menda, añadió dirigiéndose en la oscuridad á la jóven; cierra la puerta de la escalera y haz que no entre persona aquí hasta que salga yo.

—En estos malos tiempos que corren.... murmuró D. Diego, como respondiendo á sus propias ideas.

—¿Qué debe hacerse? repuso la Pacheca.

—Desconfiar de todo el mundo.

—Eso se debe hacer siempre...

—Vuestra opinion es docta.

—Pero no se debe decir nunca.

—¿Nos venderá esa muchacha? añadió el marqués entrando en el retrete detrás de su sobrina.

—Aunque valiéramos doble de lo que valemos, respondió sonriéndose la dama, no nos venderia. Pero, tio y señor, repuso mirándole atentamente á la luz de la lámpara de cobre encendida ya en la cámara, ¿qué profundos secretos habeis de revelarme que tan temeroso os tienen?

—¡Temeroso yo! dijo Villena, haciendo como siempre el abstraido y mirando á las labradas vigas del techo. Nunca lo fuí, ni

semejante cosa penseis de vuestro tio. Secretos... tampoco... paréceme que traia en mientes... pero no recuerdo ya... ¡Tengo tan llena la cabeza!...

Doña María comprendió la estratégia del marqués, y sin decirle mas palabra sentóse en un sillon designándole otro.

Sentóse tambien con efecto Villena, y puso los ojos en la lámpara, estudiando sin duda el físico misterio del chisporroteo de la luz, con la frente arrugada y hácia atrás caida, los ojos entreabiertos y los lábios entornados, como si para sus adentros dijera:

— ¡Qué asombro! ¡qué pasmo! ¡qué admiracion!





CAPITULO IV.

DONDE SE TRATA DEL REY FRANCISCO PRIMERO Y DE SU DINERO.

A riesgo de cansarse y aburrirse no despegó Doña María sus lábios.

Villena empezó por toser; pero fué en balde: ella no le dijo nada.

Luego bajó los ojos de la lámpara al suelo, y aun los puso en la falda de Doña María.

Tambien en balde.

Luego se llevó las manos á la frente, dándose un golpe tremebundo en ella, como aquel que de súbito concibe un pensamiento ó de un recuerdo se vé asaltado.

Ni pestañeó siquiera su sobrina.

Entonces el marqués, impaciente y cándido, desdobló su gravedad y los pliegues de su alma, empezando por decir:

— ¿Qué tan prósperas nuevas hay de los comuneros?

—Prósperas son ciertamente, respondió la de Padilla sonriéndose, que esperaba aquel principio, pues tenia la seguridad de que á no ir

victoriosos los comuneros no hubiera venido á Toledo el de Villena.

— ¡Gran contento gozará Padilla, como yo lo gozo! repuso el marqués.

— A mí no me contenta, dijo Doña María, su estancia en Torrelobaton...

— A mí tampoco, se apresuró á responder el marqués mirando fijamente á su sobrina.

— Si un punto mas se dilata, pudiera semejarse á la que hizo en Cápua Annibal.

— ¡Annibal en Cápua!... ¡ah! sí...

Doña María se sonrió pensando que su tio ignoraba quien fuese Annibal.

— Sin duda por eso, replicó Villena, córrese á Zamora y Toro, para que allá se le junten las huestes del conde de Salvatierra.

— ¿Cómo lo sabeis? esclamó la dama alegre y recelosa al par. Yo misma lo ignoro, si bien lo presumo, que de mí salió el consejo.

— Un vecino de Escalona, que sin duda creyó que los imperiales iban á fiestas y torneos, háse venido á todo correr á su casa, contando que del 15 al 20 de abril habrá salido Padilla de Torrelobaton, siguiéndole de cerca los imperiales, á quien sin duda derrotará, pues mayores fuerzas lleva.

— Así vivo de ansiosa estos dias, que ni un punto sosiego. Por mi cuenta de hora en hora pueden venir á las manos, pues lleno como tienen los imperiales todo el campo de Castilla, difícil le será á mi marido correrse á Toro sin pelear algo.

— ¡Venceremos! ¡venceremos! esclamó el marqués olvidado de su gravedad y prudencia.

— Comunero se hace, dijo en su pensamiento Doña María.

— Tened ya por seguro el maestrazgo de Santiago, replicó el prócer bajando los ojos y la voz.

— ¡Tio y señor! esclamó la de Pacheco tras una breve pausa, cuya ocasion era el asombro que suspendia su mente y la indignacion que ataba su lengua. Solamente oyéndoos puedo creer que salgan semejantes palabras de vuestra boca, y por salir de ella las escucho yo en paz. Que los imperiales, que el vulgo ruin, que los amigos peligrosos pongan en Padilla y en su mujer esa tacha, no me admira, no me desvela, que es achaque de los ojos pequeños no abarcar las cosas grandes; pero que tan sábia persona y tan respe-

table deudo nuestro como el marqués de Villena, caiga en el mismo lamentable error é igual mengua nos impute, á par del alma me duele.

—De consuno caminan por lo comun, sobrina mia, replicó el marqués en tono sentencioso, la propia conveniencia y el albedrío, que el hombre se vá naturalmente á donde mas le importa. Líbreme Dios de pensar que defiende Juan de Padilla los castellanos fueros, por tan miserable ganancia como es el maestrazgo de Santiago; mas si al ceñir de laurel su frente, da el rey á sus hazañas ese premio, juzgo que le recibirá agradecido, saboreándole gustoso.

—Hágase punto en esto, señor tio, dijo ceñuda la de Padilla.

—Pienso por lo contrario, replicó D. Diego en tono jovial, que importa no hacer punto, y yo como deudo que al lustre de nuestra sangre miro holgareme en ayudar á vuestros propósitos cuanto en mí sea. Que abrigarlos debemos no hay quien lo dude. Pues la victoria se nos mete en casa, no echemos por otra puerta á la fortuna. Menos que hoy valian los maestrazgos en tiempo de nuestro ilustre abuelo D. Enrique, y ya sabeis cuantos sacrificios hizo por el de Calatrava, empezando por divorciarse de su mujer Doña María de Albornóz. ¡Y él era noble, nobilísimo! para un simple hidalgo como Juan de Padilla arrancar un maestrazgo al rey, que al presente los tiene todos, es lauro nunca visto. Solo Beltran de la Cueva lo alcanzó mayor.

—Digo, tio y señor, repuso Doña María agitando iracunda la cabeza, que no se hable mas en esto, que no se hable. ¡Mal haya el maestrazgo de Santiago!

—¿Ambicionais otro? Si atentamente se considera la situacion de estos reinos, otros ricos galardones hay en verdad para los comuneros leales como Padilla.

—No se trata ahora de galardones, le interrumpió Doña María, ni Padilla los quiere, ni yo tampoco. Se trata solamente de pelear y de vencer; esto queremos, y esto en conclusion os digo.

El marqués se sonrió de ese modo cortesano, que vale como conceder por no replicar.

—Escuchadme atentamente, sobrina, dijo quedándose como traspuesto, que él creia señal infalible para sus interlocutores de que meditaba profundamente.

—¿Nada me direis en menoscabo de la honra de mi marido?

—Nada.

—¿Ni de la propia mia?

—Tampoco.

La dama le miró de hito en hito. El marqués tenia clavados sus ojos en la lámpara.

—¿Ni mentaréis al mensajero..? murmuró Doña María ansiosa de cerrar la puerta á aquella plática.

—¿Qué mensajero? esclamó el marqués poniéndose pálido.

—El que recibisteis ha pocas noches en Escalona.

—¡Un mensajero yo!

—Que de Valencia venia.

—¡De Valencia!

—Y venia por la posta.

—¿Agermanado? esclamó D. Diego sonriéndose como quien piensa deslumbrar á su interlocutor. ¿En pláticas me suponeis con la ruin germanía de Valencia? ¡á mí! ¡á un Pacheco! ¡á un Villena! ¿Estais loca, sobrina?

—No por cierto, respondió la dama en voz vibrante. El mensajero que en Escalona recibisteis era francés.

El de Villena se mordió los lábios.

Doña María le devoraba con sus ojos.

—Sí... con efecto... era francés; lo habia olvidado, dijo D. Diego sobreponiéndose á su turbacion, y recobrando en un punto el tono y la veleidad cortesanas; mas, ¿qué hallais de vituperable en que yo reciba en mi palacio de Escalona á un mensajero francés?

—Hallo mucho, porque ese mensajero venia de París.

—No es imposible. De París vienen los franceses, repuso Pacheco haciendo del chistoso.

—A éste lo enviaba el rey Francisco.

—¡Ah!

—Con cartas para vos y con otras cosas.

El marqués se puso mas pálido que nunca.

—¿Qué cosas? dijo balbuciente.

—Y en la frontera, repuso Doña María sin contestarle, se ha visto con mosen d'Asparros, general de las tropas que van á invadir la Navarra.

Don Diego estaba trastornado.

—Y se embarcó en San Sebastian, y desembarcó en Valencia.

—Pero ¿qué hallais de vituperable, repuso perdiendo la poca

sangre fria que le quedaba, qué hallais de vituperable en ese mensajero? ¿Iréis por ventura á recelar de mí, de vuestro tio, del jefe de la mas ilustre familia castellana? Vamos, hablad. ¿Que hallais de vituperable?

— Nada en él, respondió la dama levantándose y adoptando aquel tono de magestad y energía que tan comun le era. Nada en él, mucho en vos.

— ¡En mí, vive Cristo!

— En vos, D. Diego Lopez Pacheco, marqués de Villena, mi ilustre tio.

— Mirad lo que decís, sobrina.

— Mirad vos quien soy yo, para no hablarme en cosas que amengüen nuestra fama.

— Bien presumí que ibais á faltarme al respeto.

— Yo no presumí nunca, á Dios gracias, que me dierais ocasion de ello.

— Mas ¿por ventura sabeis?...

— Hartó sé lo que os propone el mensajero.

— Lo tengo ya olvidado.

— Al parecer, sí, en realidad, no.

— Dejad que refresque mi memoria.

— Yo os daré ayuda.

— Tratábase de... ¡si no se me acuerda!

— Mosen de Asparros, dijo intencionalmente Doña María, vá penetrar...

— ¿En Navarra?

— Vos lo habeis dicho.

— Porque recuerdo que en antes lo digisteis vos.

— ¿Y nada mas recordais?

— La Navarra no es de Castilla, replicó el prócer, aparentando que cogia de sus recuerdos solo un hilo.

— Sangre de Castilla nos costó.

— Sus reyes, los Albrets, son deudos del rey de Francia.

—Eso los hace enemigos nuestros.

— Enemigos de nuestros antiguos reyes.

— Que nos dieron su sangre y alma.

— Cárlos V no es castellano.

— Es nieto de los Reyes católicos.

— Pero Castilla le mira mal.

— Porque él no la trata bien.

— ¿Y si nunca se enmienda?

— ¡Dios no lo permitirá!

— Mas el rey Francisco primero...

— Harto sabeis lo que nos pide.

— ¿Acaso traiciones?

— Deslealtades que es lo mismo.

— ¿Lo sabeis, sobrina, bien?

— Tan bien como vos.

— Y en cambio ¿que nos ofrece?

— Eso lo ignoro. Si vos refrescarais vuestra memoria....

— Yo no lo sé, dijo Villena temblando ante la mirada acusadora de su sobrina; pero nada mas fácil que presumir... siendo entendido en estas cosas de política y armas....

— ¿Qué presumis? preguntó la de Pacheco sonriéndose irónicamente.

— El rey Francisco podria ayudar á la comunidad.

— Sin su ayuda triunfaremos.

— Podria enviar á Valencia dos galeras francesas con quinientas lanzas de desembarco...

— Por dondo vinieron, tornen.

— Es que yo digo, que podria enviarlas.

— Es que yo sé que las ha enviado.

— Si vos lo sabeis...

— Consultad vuestra memoria.

— Podrian las lanzas venir á Toledo.... prosiguió D. Diego huyendo de aquella idea, como el hidrófobo huye del agua.

— Eso quieren los franceses, y eso vos; mas á mi no me place, señor tio.

Estaba tan distraido el marqués, que nada replicó á tan paladina respuesta.

— Pienso, Doña María, dijo cariñosamente, que correis infinito riesgo.

— De algun modo se ha de ganar el maestrazgo, contestó irónicamente la dama.

— ¿Y si el prior asalta la ciudad?

— Le rechazaremos.

—¿Y si no le rechazais?

—Será entrada á saco.

—¿Y si la comunidad es vencida allá en Castilla?

—Haga el rey de nosotros lo que le plazca.

—Los regentes son crueles.

—Nos degollarán.

—Mas ¡vive Cristo! sobrina mia, esclamó el marqués de Villena perdiendo su gravedad, que no os entiendo á vos, ni á vuestro marido, ni á ninguno de los que en este negocio suenan. ¿No habeis enviado á Portugal un mensajero?

—Sí, en verdad, el canónigo Nebrija.

—¿No vá á entenderse con el rey D. Manuel?

—Sí por cierto.

—¿No vá á pedirle ayuda para las comunidades?

—¡No, vive Dios! que ya tanta menguada calumnia dá con mi paciencia al traste, esclamó á su vez Doña María.

—¡Como! repuso el marqués. ¿Tan sándio me juzgais que ignore....

—Todo, á lo que veo.

—Pues, ¿qué propósito lleva Nebrija?

—Otro diferente.

—Decidlo: hablad.

—Sella mis lábios la prudencia....

—Decid el interés.

—¡Señor tio!

—¿Quereis que á mis años ignore lo que en esto de política y armas llamamos prudencia? Dijerais que no conviene á los comuneros divulgar que Nebrija pide socorro al rey D. Manuel....

—Yo por mi honor os juro que eso no es cierto.

—¿Viajara en balde el buen canónigo?

—Yo os juro que si el rey de Portugal nos pide en cambio de lo que le pedimos nosotros, un palmo de tierra castellana....

—Pues el vulgo dice que le pedís ayuda de gentes y de dineros. Algun pago le dareis.

—¿Eso dice el vulgo?

—Y eso creo yo.

—No me estraña, dijo con sangrienta ironía la de Pacheco, que deis crédito al vulgo ignorante.

—Si aun siendo yo como soy vuestro principal deudo, vuestro mejor consejero, vuestro único valedor, negáisme la verdad....

— No la niego, la callo.

— Porque es ella como es. ¡Miren si alguna persona de cuenta pensara hacerse comunero!...

—¿Me empeñais, esclamó gozosa Doña María creyendo ganado ya á su tio para la comunidad; me empeñais vuestra palabra de no revelar á hombre nacido lo que os diga?

— Fiad en mí.

— ¿Como deudo mio? repuso la dama en malicioso tono.

— Como deudo y marqués de Villena, respondió el magnate llevando la mano á la cruz de su espada.

— Pues habeis de saber, prosiguió Doña María acercándose mas al caballero y bajando la voz, que lo que al rey de Portugal se pide no es su ayuda, no sus lanzas....

— Su dinero será, esclamó interrumpiéndola el marqués.

— Tampoco.

— ¿Su presencia por ventura? ¿osareis pedirle que venga él mismo á Castilla?

— Tampoco, amado tio.

— Pues ¿qué le pedís al postre?

— Su reino, respondió Doña María con suma naturalidad.

— ¿Su reino de Portugal?

— Ese, ese.

— ¿El que gobierna D. Manuel? esclamó Villena con las cejas tan arqueadas de asombro y los ojos tan salientes y el rostro tan contraido, que inspiraba lástima. ¿Sus señoríos, sus vasallos, su tierra en fin le pedís?

— Eso, eso.

— Pero ¿cómo osais á pedirlo, ni qué ganareis con alcanzarlo? ¿para qué sirve un reino á quien no es rey ni roque? Locura rematada me parece.

— No me entendeis, señor tio, dijo la dama con una sonrisa despreciativa.

— Pues cuando yo no os entiendo, ni todos los sábios de Grecia....

— Aquellos no eran tan sábios como los de ahora.

— ¿A quién quereis dar el reino portugués?

— Al de Castilla.

— ¡Cómo! ¡cómo! esplicadme esa peregrina dádiva.

— Ella se esplica sola.

— ¿El reino portugués puede darse á Castilla?

— Fácilmente.

— ¿Cómo?

— Juntándose con ella.

— ¡Juntándose en uno! es decir....

— Es decir, siendo un solo reino Portugal y Castilla.

— ¡Hablarais para mañana! esclamó el marqués frunciendo el ceño. ¿Vuestro propósito es á la cuenta....

— El de los Reyes católicos, cuando quisieron casar al infante castellano con la infanta portuguesa.

— ¡Qué locura! ¡qué desvarío! murmuró D. Diego desconcertado, tembloroso, y sujetándose la frente con las manos, sin duda para que no reventaran sus pensamientos.

— ¿Locura decís? si no hubieran muerto los hijos varones de nuestros Católicos reyes, ya serian un solo pueblo Portugal y Castilla.

No acertamos á esplicar en este punto lo que al buen D. Diego Pacheco le acontecia. Si mirase abierta á sus piés la tierra para tragárselo, no clavara en el suelo unos ojos mas espantados, ni haria con la frente y cejas mas estupendas contorsiones.

Su sobrina le contemplaba, primero con aire de triunfo, mas pensando luego que no iba su plan de seduccion tan victorioso como habia esperado, quedóse taciturna y acongojada.

— ¡Locura! ¡desvarío! esclamaba el magnate recorriendo la cámara á grandes pasos con las manos en la cabeza. Antes creo que descubrirán el oro mis alquimistas de Escalona.

—Para verdades el tiempo, repuso la dama secamente.

— Pero ¿habeis olvidado que tenemos un rey?

— Que es emperador de Alemania.

— ¿Le quitaréis su corona de Castilla?

— Le rogaremos que nos la preste.

— ¿Para quién? ¿tiene acaso otro hijo la reina Doña Juana?

— Tiene una hija.

— ¡Ah! ¿luego el príncipe nos vendrá de Portugal?

— ¡Ojalá quiera venir!

—Esa si que es felonía, esclamó el marqués, como quien ha cogido en un lazo á la incauta avecilla, y en darle á entender se goza su falta de libertad. Esa si que es felonía, traicion, deslealtad, infamia, que yo no consentiré por mi honrado nombre. No quereis el Portugal para Castilla, que brindais con Castilla al Portugal.

— *Oculos habent et non videbunt*, murmuró Doña María.

—¡Arre allá los latines! repuso el prócer exasperado. A los que no los entiendan podeis decírselos. Bien sabeis que todos los varones de nuestro nombre son doctos.

Doña María se sonrió imperceptiblemente.

—*¡Oculos habent!*... repitió el marqués poniendo los suyos en el techo, como quien recapacita. *¡Oculos habent!*... harto se yo que se trata de ojos...

— Que no ven.

—Porque el estudio me los ha cegado. Aun era mas ciego que yo nuestro ilustre ascendiente D. Enrique. Paso, paso Doña María que ya me enojo. Ni creais que por ello deje de ver el camino que los comuneros siguen. ¿Qué será de la nobleza castellana, qué de nuestros dominios, qué de nuestro poder, cuando haya un rey en Castilla que no nos deba su trono? Todas las mercedes de los antiguos reyes serán revocadas; los duques y marqueses quedarán hidalgos, acaso los condes pecheros, y todos míseros y desvalidos, para que la frente doblen á la nobleza de Portugal, hinchada y hueca como buey del Guadiana. Ellos mandarán en nosotros, y eso ¡vive Cristo que no puede ser! Confiésoos francamente, sobrina mia, prosiguió el marqués tras una breve pausa en que dió tantos resoplidos como el cansado animal que le sirviera en antes de término de comparacion; francamente os confieso, sobrina mia, que ganado por vuestras razones, por vuestro amor, por el de Padilla y por los pesares que ocasiona á España este rey tudesco, determinaba ya de ayudar poderosa y descubiertamente á las comunidades; mas ahora que en su seno abrigan propósitos infames, ahora que sobre alzarse contra su rey se alzan contra sus hermanos y contra su tierra.....

—Repítoos á mi vez, señor tio, replicó la hija del conde de Tendilla, que no van los comuneros encaminados á afrentar á la nobleza castellana, ni menos á disminuir nuestra tierra, que palmo á palmo defenderán con su sangre y con sus aceros, sino que anhelan solamente....

—Hacer un rey que bien se lo pague, esclamó el prócer interrumpiéndola. Basta. Callad he dicho, ó tanto me enojareis, que abra esos balcones y grite al pueblo toledano que yo no soy de vuestra sangre, que Padilla ni comunero alguno me.... me....

Y cegado por la cólera y trabada su lengua, prorumpió en un diluvio de maldiciones, entre tanto que recorria á grandes pasos la habitacion, atropellándolo todo, mesas, bufetes y sillas.

Mucho menos se necesitaba para que comprendiese la de Pacheco lo peligroso de la confianza que á su tio acababa de hacer.

—Ya me duele á par del alma, dijo artificiosamente, que no camine vuestra docta opinion de consuno con la mia, pues tengo por cierto ya que será errada.

—¡Cuando yo lo digo! repuso el marqués deteniéndose en medio de la cámara, satisfecho en su orgullo lo bastante para olvidar su enojo.

—Si no fuera tan ruin la propuesta del francés....

—¿Ruin la llamais sin meditarla?

—¿La habeis meditado vos?

—Si por cierto.

—¿Y qué os parece?

—Todo lo contrario.

—¿Aceptable?

—Aceptable.

—¿Si fueseis vos Juan de Padilla?...

—¡Oh! ¡si yo fuese Juan de Padilla!...

—Pues entonces... murmuró Doña María como si empezase á variar de opinion, para dar el golpe de gracia al amor propio del magnate.

Y guardó incontinenti silencio para que el saboreára su triunfo.

—Navarra no pertenece á Castilla, prosiguió D. Diego con mucho reposo, como si cada una de sus palabras encerrase una profundísima idea. El papa excomulgó al rey de Francia, no recuerdo cuándo ni cómo, por entrar sus tierras á saco. Aquel rey era pariente del de Navarra, y D. Fernando V, como buen católico, imaginóse que la Navarra estaba excomulgada tambien. Por eso la conquistó, por eso, contra *jus et ratio*, como dice Tenorio. Ya sabeis lo que *jus et ratio* significa. De no ser así, ¿cómo diera yo oidos al mensajero de Francisco? Pero me apena vuestra situacion, veo á la ciudad apreta-

da por Zúñiga, y huélgome de proporcionaros un buen auxiliar. El nada pide; nada quiere; ni un vítor al rey de Francia ha de echarse al aire; ni para cosa ninguna ha de sonar su nombre, y nos dá al punto quinientas lanzas que á la vista de Valencia están....

— ¿Qué nada quiere, señor tio? repuso la dama calmando con sus prudentes reflexiones su justísima indignacion, y resistiendo lo bastante para coronar su plan. ¿Os parece poco la Navarra? ¿os parece que amengua poco el brío de los comuneros decir que vencen ayudados de vecino? Haga Dios que nunca mis ojos vean dentro de los toledanos muros un solo peon francés.

— Arrebatadamente lo pensais, replicó el de Villena, y no es de personas doctas ese proceder. Cada instante que pasa me acuerda una nueva razon poderosísima de las que mis profundas meditaciones me han inspirado. Si la guerra de Navarra distrae á los capitanes del emperador, ¿paréceos que ganará poco nuestra bandera?

— Esa es la ganancia que para sí ambiciona el francés.

— No os comprendo, Doña María.

— Francisco I quiere que los comuneros distraigan de la Navarra á las tropas del rey.

— ¿Quién pensará semejante cosa de un rey tan caballero?

Doña María se sonrió por toda respuesta. Desde que un arrebato de altivez femenil habia sido parte á que revelara el grave secreto de la mision de Nebrija, no desmayaba su profunda inteligencia en buscar trazas para que en las torpes manos del marqués se rompiese aquel arma terrible; y ya que no á tanto, creyó alcanzar á embotarla con este nuevo secreto que él en las suyas ponia.

— Tienen mucho en que entender los ardides de la política, dijo al cabo de un instante respondiendo á las última palabras del de Villena.

— ¡Si lo sabré yo! repuso D. Diego. Todos los de nuestra casa han sido políticos profundos.

— Hay lazos debajo de las flores.

— En esto ninguno puede haber. El nos dá buenos soldados, acaso nos dará mañana buenos dineros....

— Si así fuera.... murmuró Doña María queriendo traerle á cierto punto.

— ¿Quién lo duda? esclamó gozoso el marqués.

— ¡Nos hacen tanta falta!

—¿Andais míseros?

—Con estremo.

—El rey de Francia es muy rico.

—Como que yo esperaba anhelosa vuestra venida.

—¿Para qué? esclamó Villena frunciendo el ceño. No pude venir antes, porque me faltaban dineros para el camino.

—Eso justamente era lo que yo iba á pediros.

—Pues ya veis.... no tengo blanca.... ni blanca, os lo aseguro. El francés vendrá en nuestra ayuda....

—Pero necesitamos que sea muy pronto.

—Acaso en Valencia....

Y se quedó el prócer con los lábios entreabiertos.

—¿Qué ibais á decir, señor tio? preguntóle la de Pacheco interiormente satisfecha.

—¿Qué iba á decir? repitió Villena, adoptando su tono de autómata.

—Tratábamos de dineros....

—¡Ah! digo que acaso en Valencia.... yo no lo sé.... pero es muy posible.... como hay dos galeras en sus aguas....

—¿Traerán tambien dineros por ventura?

—Yo no lo sé.... creedme.... no lo sé....

—Si trageran dineros....

—¿Aceptariais el pacto?

—Lo consultaria con mi marido.... lo propondria á la comunidad toledana....

—¡Voto á brios! dijo el marqués montando en cólera nuevamente. De ese modo.... si publicais mi secreto....

—Para nada sonaria vuestro ilustre nombre, repuso la hija del conde de Tendilla sonriéndose de desprecio.

—Teneis razon. ¿Para qué ha de sonar? Pues de cierto os digo que no sé si traerán dineros las galeras.

—Fácil es averiguarlo.

—¿Cómo?

—Preguntándolo al mensajero.

—Ha partido ya á Valencia.

—Escribidle una carta vos.

—¡Vive Cristo! ¡carta!

—Yo la enviaria con persona segura.

—No, no, dijo el marqués meneando la cabeza. De ningun modo. No se hable en eso.

—No se hable.

—Otro mejor me ocurre.

—¿Cuál? le preguntó gozosa Doña María.

—Es el mas seguro; el que debemos de poner por obra incontinenti.

—Pongámoslo, pues. ¿Cuál?

—Escribid la carta vos, dijo su tio acercándose presuroso al escritorio.

Doña María se puso pálida como la muerte.

—La escribiré, dijo pasado un instante de reflexion, como si hubiera cruzado una idea por su mente.

—Venid.

Al ponerse en pié la toledana, sus ojos se revolvian en las órbitas como los de una demente, y temblaba de ansiedad.

Sin embargo, por uno de aquellos esfuerzos de energía que tan comunes eran á su alma elevada, acercóse al bufete sin que advirtiera el marqués su turbacion, tomó asiento delante del tintero, y apercibió papel y empuñó la pluma con tanta maestría como el secretario del cabildo.

—¿Cómo se llama el mensajero? preguntó al de Villena temblándole de ansiedad la voz.

—Esperad que lo traiga á la memoria. ¡Son tan revesados estos nombres de allende!

Y despues de rascarse la cabeza, y morderse las uñas, repuso:

—Ja.... que.... sí, sí.... eso es. Mosen de Jaqueminot.

Doña María repitió con aire de triunfo aquel nombre para sus adentros.

—¡Jaqueminot!

—Si.... si.... aprendedlo bien. ¡Son tan revesados estos nombres! No sé porque no han de llamarse lisa y llanamente, como nosotros, Padilla, Pacheco, Guzman, Ramirez....

—¡Jaqueminot! seguia repitiendo Doña María. Nunca lo olvidaré.

—Veamos. ¿Qué es lo que en la letra vais á decirle? murmuró el prócer colocándose detrás del sillon de la dama y apoyando los brazos en el espaldar. Aunque vos seais muy docta, sobrina mia, pensad que yo lo soy tambien.

— Pienso que bastará decirle: — «Mosen de Jaqueminot: el »asunto que en Escalona tratasteis con mi ilustre deudo....

— ¡Cuerpo de Cristo! eso no, dijo el marqués dando en el bufete un puñetazo.

— Teneis razon, repuso Doña María sencillamente; esto descubre de un modo palpable á vuestra ilustre persona; pero si nada le digo de vos, ni de las pláticas pasadas, ¿cómo entenderá el mosen la letra?

— Es verdad, dijo D. Diego apesadumbrado. ¿Dónde tengo yo el caletre?

— Pienso que debeis de escribirla vos.

— ¡Arre allá!

— No hay traicion en esto, como antes deciais.

— Sí, pero dado que esa letra llegara á manos del Rey....

— No llegará. ¿Somos nosotros niños?

— Paso, paso. Escribidla de otro modo.

— Véamos si este os contenta. — «Mosen de Jaqueminot, hámc «hablado de vos la persona con quien de mí platicasteis, y siéndome «ella tan cara y próxima....

— Borrad lo de próxima.

— ....« Siéndome tan cara, no dudo ya en teneros por amigo, «mas antes que este nudo se estreche, hacedme la merced de avisar «al momento si las galeras de Valencia traen ayuda de dineros, «como de hombres la traen, pues aquí en la ciudad, antes que de «hombres de dineros necesitamos....»

— ¡Qué me place!

— ¿Os place de veras? dijo frunciendo el ceño Doña María.

— Es una maravilla la tal carta. Estendedla al punto.

La de Pacheco tembló de piés á cabeza, pensando que no habia modo de alcanzar victoria, pues involuntariamente habia escrito una carta digna de Maquiavelo, cuando queria escribirla de modo que comprometiera al marqués.

— ¿No os parece, tio, balbuceó, que esto de la «persona con «quien platicasteis» puede descubrir la vuestra?

— ¿Por qué?

— Porque todo se averigua en un proceso, y si en Escalona se sabe de público que un francés estuvo allí, lo declararán....

— No lo espero.

— Cosas mas difíciles se averiguan.

— Esta no.

— Sin embargo.... la justicia es lince....

— Iba disfrazado de fraile.

Doña María se mordió los lábios y volvió á quedar meditabunda y aturdida.

— Escribid la carta.

— Esperad un poco. Hay que mirar mucho lo que se escribe. Yo por vos lo hago, que no por mí.

— Miradlo pues.

— Cuando se habla de la ciudad, estais palpablemente descubierto.

— ¿De veras? esclamó el marqués temblando. Mirémoslo bien, mirémoslo.

— Vuestra venida á Toledo ha sido pública.

— Es verdad.

— Pública tambien vuestra visita á mi casa.

— Es verdad.

— Públicos son los lazos que nos unen.

— Es verdad.

— Con que dado que esta carta escrita hoy por mi en Toledo, cayese en poder de la justicia....

— ¡Estaba yo descubierto!

— Justamente.

— Pues si no acudís á tiempo.... ¡ah sobrina! ¡qué cabeza teneis! Pacheco al fin.

Doña María respiró, como aquel que ha estado para ahogarse y pone el pié en la tierra.

— Bórrese, bórrese al punto lo de la ciudad, esclamó el marqués limpiándose el sudor con la manga de su gaban de terciopelo. Al punto, al punto.

— Mas no hay modo de escribirla, repuso Doña María.

— Discurrid uno vos.

— No se me alcanza.

— Pensadlo bien.

— Es en balde torturar la mente.

— Ahora doy en nueva dificultad, dijo el marqués fuera de sí de terror. Al mensajero prometíle aviso de vuestra resolucion.

— Dádsele, pues, contestó gozosa Doña María.

— Yo no he de escribir una letra.

— Pues entonces....

— Llévelo todo el diablo.

La de Padilla, que habia encontrado ya medio de salir del apuro, esclamó de repente:

— Mejor traza me ocurre.

— Hablad, hablad con presura.

— ¿El mosen está en Valencia?

— Allí espera nuevas mias.

— ¿Hasta cuándo?

— Hasta el quince de mayo.

— Yo iré á Valencia.

— ¡Vos!

— Yo misma. Saldré de Toledo disfrazada de peregrina; pondré postas en el camino; peregrinando tambien entraré en Valencia, y dentro de una semana tendremos arreglado el negocio.

— Peregrina debiérais de vivir siempre, que sois en todo peregrina, esclamó el marqués radiante de satisfaccion. Mas temo que vuestro doliente estado.....:

— No lo temais....

— Brios son menester para tan árdua empresa.

— Para mayores me los siento yo.

— ¿Qué hareis un viaje?

— Y ciento.

— ¿Por la posta?

— Por el aire.

— Pacheco al fin.

— A Dios gracias.

— Dadme un abrazo.

— Y alma y vida.

— ¿Quién os acompañará?

— Un solo paje, pues el bachiller Sosa, nuestro criado, marchó con Padilla, y Martin Aguirre no ha tornado aun. Enviéle con dineros al real. Ya comprendereis, amado tio, prosiguió Doña María con aire inocente, que para tener crédito con mosen de Jaqueminot, necesito una carta de creencia.

— ¡Otra carta! dijo el marqués, volviendo á quedar como herido de un rayo. Bástaos con ser quien sois.

— Pero me tomará el mosen por una aventurera.
— ¿Y si en el camino se os estravia?
— Espero de ella mucho para arriesgarla.
— ¿Y si algun desman os acontece?
— Tiempo me sobrará para ponerla á recaudo.
— ¿Si os matan....
— Entonces, señor tio, dijo la de Padilla, trayendo la gravedad á su rostro, entonces poco os debe de importar lo que á la carta suceda, pues perdereis sobrina tan amada como yo.

Ser tragado por la tierra hubiese preferido el buen marqués al estraño giro que la conversacion habia tomado. Sudaba á mares, íbasele un color para venirle otro, y como en esta vacilacion y en estos recelos suyos habia no poca descortesía de caballero y de deudo, cada vez que alzaba los ojos hállabase con la mirada burlona y al propio tiempo altanera de su sobrina, que acabó en levantarse de su asiento, y con mansedumbre mezclada de enérgica resolucion decirle:

— No discurrais tanto, señor tio, en cosa tan sencilla como una carta. Yo, que como Pacheco, soy casi tan docta como vos, diréosla palabra por palabra.

Cogido en el lazo, tomó el marqués asiento maquinalmente, empuñó la pluma, y como niño humilde, esperó que su sobrina abriese la boca.

— « Mosen de Jaqueminot, » dijo esta empezando el dictado.
— « Mosen de Jaqueminot, » repitió como un eco el marqués.
— « Lleva la presente una peregrina »....
— ... « peregrina... » repitió Villena.
— ... « que es la propia persona de Doña Maria Pacheco....
— ... « checo....
— ... « tratad con ella sobre seguro....
— ... « guro.
— ... « de vuestra empresa de Navarra....
— ... « varra....
— « y yo quedo rogando á Dios que fine...
El marqués no tuvo ya alientos para repetir la frase.
— ... « como todos deseamos...
Un suspiro fué el eco de estas palabras.
Inmediatamente se puso en pié D. Diego.

—Falta todavía.... murmuró su sobrina poniéndole una mano sobre el hombro.

— ¡Falta! esa letra no va bien.

— Acabemos y la leereis.

— ¡Os digo que no vá bien! cuando yo lo digo....

— ¡Acabemos!

— ... «para libertad de Castilla y gloria del rey de Francia.»

El marqués cayó á plomo sobre el asiento.

— ... «Francia...»

Don Diego sentia en el pescuezo un dolor semejante al que produce la soga en el ahorcado.

— Signad ahora, le dijo Doña María.

— No pudiéramos escusar.... repuso humildemente el prócer.

— ¿Cómo escusarlo?

— No la llevais en persona vos....

— Mas carta sin firma vale menos, como dice el vulgo, que caballero sin espada, bolsa sin blanca, mujer sin honra, troton sin crines y obispo sin latines.

Don Diego firmó como un autómata.

A pesar del dominio que sobre sí misma tenia la Pacheca no pudo menos de abalanzarse al papel, doblarlo arrebatadamente, y tenerlo empuñado en la mano como si fuera un tesoro.

Por fortuna su buen tio no estaba para reparar en aquel arrebato.

— ¿Partiréis esta misma noche? le dijo en voz angustiosa.

— Esta misma noche no es posible, señor tio.

— ¿Cómo así?

— Traigo entre manos otro asunto de dineros que tambien importa.

— ¿Será por acaso el de la catedral?

— Sí por cierto. ¿Ya lo sabeis?

— Sí.... sí....

— ¿Os lo ha dicho D. Pedro Tenorio?

— Sí.... respondió el marqués maquinalmente.

— ¿Luego antes de ir á la catedral sabia de mi peticion? esclamó la de Pacheco llena de enojo. Vos despues de los oficios no habeis podido verle.

— No en verdad.

—¿Luego iba determinado á negarme los dineros? ¡Oh! yo se los arrancaré.

— No lo espereis. Los canónigos no os darán un solo ducado.

— ¡Hasta el arca llevaba yo prevenida!

—Partid sin curaros de eso.

— ¡ Imposible!

—Partid, os lo repito.

—Me urgen los dineros.

— Los de Valencia son seguros.

— Los de la catedral tambien.

El tono de seguridad con que pronunció estas palabras Doña María, puso en el aturdido marqués tan grande terror, que oyósele apenas balbucear:

—¿Habreis empleado los sortilegios que os achaca el vulgo?

— ¡Sortilegios! murmuró sonriéndose Doña María. Cuentan que me ayuda á hacerlos mi esclava negra, y no se halla en la ciudad.

— Pero ¿teneis vencidos á los canónigos?

— Los tengo mas aun.

—¿Qué me decís? esclamó el marqués temblando.

— Los tengo encerrados en la sacristía bajo de llave á los mas revoltosos y testarudos, sin viandas para comer, ni lecho para dormir, y allí se morirán de hambre sino cumplen mi deseo.

D. Diego, que habia aconsejado á los canónigos la resistencia, influido por D. Pedro Tenorio, para que se viese obligada la de Padilla á aceptar la oferta del rey de Francia, enmudeció de asombro y de indignacion.

— ¡Pecadora de vos, sobrina! esclamó luego cubriéndose el rostro con las manos. ¡Qué profanacion! ¡qué impiedad! ¡qué sacrilegio! Cuando la iglesia llora la muerte del Redentor del mundo, ¿vos mas y mas la afligís? ¿qué no dirán los imperiales, qué no dirán de estas herejías comuneras? ¡En martes santo! Bien hago yo en resistirme á que me crean las gentes comunero.

—¿Era quizás Pascua florida cuando los canónigos quebrantaron la promesa que me tenian hecha? repuso Doña María tranquilamente. Como cordera humilde fui; leona me hicieron ellos; á ellos la culpa.

—En descargo de la vuestra, debeis renunciar al dinero del cabildo....

— Os digo que no es posible.

— Y partir.

— Mucho menos. Antes del sábado de Gloria he de enviar á Padilla, si no dineros, alhajas de la catedral para que las empeñe.

— ¿Con alhajas os contentais ahora!

— En ello está la salvacion de las comunidades.

— ¿Y no partireis á Valencia hasta que el cabildo os las dé?

— Así lo determino.

— Pues devólvedme la letra, para que entre tanto la custodie yo. Vuestra casa es insegura. Puede el prior asaltar la ciudad....

— No lo temais, dijo sonriéndose la dama.

— Si entraran aquí sus feroces soldados....

— ¿Qué importara....?

— No.... no.... ¿lo oís? devolvédmela.... que en mis manos está segura.

— Tambien en las mias.

— Dígoos que no, y cuando yo lo digo....

— Dígoos que sí.

— ¡Sobrina que me enojo!

— Yo la pondré donde nada temais.

— ¿Dónde será?

— En mi pecho.

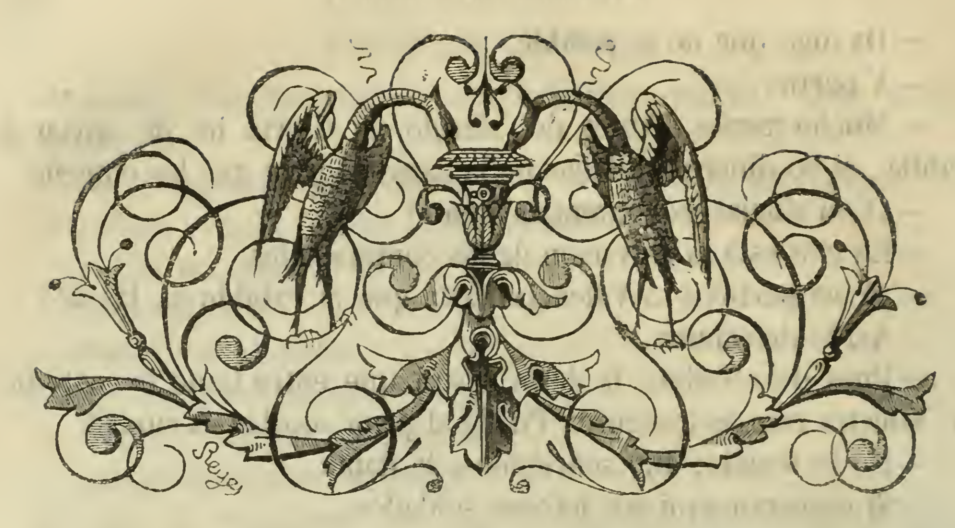
Y cuando el marqués daba un paso, quizás para arrebatársela por fuerza, la guardó la dama en aquel sagrario donde solo el amor penetra.

D. Diego quedó confuso y avergonzado.

— Os dejaré mis gentes para custodia.... no vivo tranquilo... murmuró sordamente.

— ¡Silencio! dijo Doña María, poniéndose un dedo sobre los lábios. Paréceme que escucho la voz de Gonzalo Gaitan... Algun mensaje del ayuntamiento ó de los canónigos....





CAPITULO V.

TIERNAS LAMENTACIONES Y SUSPIROS DE LA CAMPANERA DE SAN GINÉS.

EN direccion á la iglesia de San Ginés, famosa en Toledo y en toda España, por hallarse dentro de ella la cueva de Hércules, caminaban presurosas al amanecer del Jueves Santo dos mujeres tapadas, que ni aventureras, ni mancebas públicas debian de ser, juzgándolas por su continente, por la riqueza de su atavío y el miedo que el rumor mas ténue les causaba.

Aunque apacible y tibia la madrugada, hallábase desierta y silenciosa la empinada calle, que suspendido todo género de labor en el tiempo santo, los buenos vecinos de Toledo reposadamente descansaban de anteriores fatigas. Ni eran tampoco las procesiones de aquel tiempo cosa tan poco notable, que no desvelara en la noche anterior á viejos y mozos y doncellas, cual pensando en los disciplinazos que habia de darse en las desnudas espaldas, cuál irguiéndose á la idea de tremolar en su diestra mano el pendon de su cofradía ó de su gremio, y ellas en fin, las mozas y mujeres, estudiando el modo y manera de agitar mas y mejor sus destempladas carracas. ó de arrojar vidrio molido, como era costumbre, á las heridas que los disciplinantes se hiciesen; mas como la cuesta que subian las

tapadas es de las mas penosas de esa imperial ciudad, que á semejanza de Roma se asienta en siete colinas, llegaba á sus oidos entre la dulce brisa del alba el murmullo del Tajo que se quiebra con rumor sonoro en los puentes de Alcántara y San Martin, y el que en Zocodover hacian los mercaderes al pormenor y pescadores, juntos con las hembras y villanos, que á proveerse acudian de anguilas y legumbres.

— ¡Ay Menda! dijo de repente una de las damas parándose á tomar aliento. No puedo mas. ¿Nos persigue todavía?

— No, señora, contestó Menda volviendo el rostro hácia atrás. Ni tampoco pienso que tal hizo, pues muy reposadamente, cuando pasamos por Zocodover, llamaba á la puerta del odrero Rivas.

— Pero nos vió, Menda, nos vió, no lo dudes, que tú le miraste de un modo....

— ¡Yo señora!.... dijo turbada la doncella de Doña María.

— Y tras nosotras se vino, que era cosa natural. Miradas como las tuyas al mas prudente mancebo descomponen.

— ¿Prudente le juzgais, señora condesa? esclamó la niña con mal reprimido encono. Pasaron ya los tiempos en que lo fué.

— ¿Qué me dices Menda? repuso la de Monteagudo, pues no era otra la tapada. ¡Válame Dios, y como pierden estos tiempos á toda la juventud! ¡que en tan cristiana familia como los Lasos de la Vega haya nacido ese mozo! Así se le vé tan temprano en las calles, como si fuera hortelano de Illescas ó corchete. Escapado se habrá de su casa. Su madre la comendadora, que es una santa, ¡cuán afligida estará!

— Mas no piense vueseñoría, replicó Menda, que se haya hecho Garcilaso hereje, ni que falte los domingos y disantos á misa, ni que en falso jure, ni que blasfeme....

— Librele Dios, que eso fuera ya perdicion completa de su alma.

— En otras cosas ha dado que yo tengo por peores.

— Si no ofenden mi recato ni el de persona alguna, dilas, dilas.

— Válgale el nudo que ponen á mi lengua los respetos, esclamó casi llorando la jóven.

— Con harta razon, Menda, te reprendí en la catedral ayer, que ponias los ojos en Garcilaso demasiadamente.

— ¿Puedo impedirlo yo, si como á hermano le quiero?

— Difícil será que en tu pecho no se introduzca otro cariño

— Aunque pobre y vil de condicion, casi me he criado con él, que Leonardo y Lope Noguerol, mis hermanos de leche, eran grandes amigos suyos desde que aprendieron á andar, y mi señor Padilla es tambien grande amigo de su hermano D. Pedro, con que mientras niña veíale y jugaba con él á todas horas en la casa de mi buena madre Joaquina Aguirre, y á lo presente, veóle y á todas horas con él platico en casa de mi señor.

— Oye mi consejo Menda, le dijo Doña Casilda. Amar á un caballero es en las doncellas villanas ocasion de pecar solamente. Casarte con él seria locura esperarlo, con que olvidarle debes.

— Mas vueseñoría lo toma de tan estraño modo.... esclamó la hija adoptiva de la campanera. Si vueseñoría dice amor á esto que los novios dicen, y en que me habla Lope mi novio á cada hora, se equivoca grandemente. ¡Buena diferencia del cariño que yo tengo á Garcilaso y Leonardo, y el que le tengo á Lope!

— Antojáseme que el menor es el de tu novio, dijo mirándolas fijamente Doña Casilda. Todo lo haces al revés.

— No niego á vueseñoría que á cada hora me enojo mas de Lope y en los otros hallo mas amables prendas; pero la voluntad de su madre es la que en esto se ha de hacer, y yo casaréme segura de corregir su mala condicion. El me quiere como á las niñas de sus ojos, con que mire vueseñoría si le haré caminar derecho.

— Pero á Garcilaso ¿no le amas en verdad?

— Con amor de hermano, mucho.

— Asi es preciso que lo hagas, Menda, pues de no, diréselo á Joaquina, que corres gran peligro.

— No haga por Dios tal cosa vueseñoría, esclamó sobresaltada la jóven, que ella vé por los ojos de su hijo, aunque tantos pesares le ocasiona, y embelesada con el pensamiento de que venga su marido un dia ú otro rico de las Indias, á Leonardo piensa hacerlo canónigo, y á Lope señor principal casándolo conmigo.

— Y la buena Joaquina Aguirre ¿lo espera asi confiada?

— Confiada, como en que se ha de salvar.

— Tú no lo pienses tan siquiera, hija mia, que eso es locura, repuso la de Monteagudo.

— ¿Quién sabe?

— Dos meses habrian pasado, segun los de casa cuentan, de la noche en que misera, desnuda y sin cristianar te hallara Joaquina

á la puerta de la iglesia del Tránsito, cuando su marido Mendo Noguerol, que era un perdido, vagabundo y borracho, perdóneme su memoria pues ya habrá muerto, desapareció de la ciudad otra noche, dejando en miseria y abandono á Joaquina y á sus dos hijos. Díjose á la sazon, que desesperado de verse tan malamente, habia partido á las Indias; pero algun tiempo despues, cierto marinero que vino á cumplir un voto á San Juan de los Reyes, contó á mi padre el conde de Tendilla, Dios le tenga en su santa gloria, que entre los piratas argelinos del jeque Tumí habia un toledano, de nombre Mendo, que á todos se aventajaba en crueldad y en horrores. Estos piratas has de saber Menda, por si lo ignoras, que están fuera de la religion de Jesucristo, solamente á Satanás se encomiendan, y son en suma peores que los herejes y que aquellos que hace pedazos la justicia para ponerlos en la picota. Permita Dios que nunca torne á Toledo.

— ¿Y quién le dice á vueseñoría que aquel pirata era el padre de los Nogueroles? Yo tengo para mí, como la santa de mi madre, que adonde marchó fué á las Indias, y que el dia menos pensado le vemos entrar por la puerta de San Ginés hecho un poderoso caballero. Tres veces lo ha soñado ya Joaquina, y lo que tres veces se sueña....

— ¿Estaba en gracia de Dios?

— Uno de los dias acababa de confesar con el canónigo Tenorio.

— Si para bien de tu casa ha de ser, haga Dios que torne luego; pero yo te repito, Menda, que mires bien lo que haces en eso de Garcilaso. Lope es atravesado y aun le juzgo perverso como su padre. No des ocasion á una desdicha....

— Más me importa ocultarle el fraternal amor que á Leonardo profeso, que él le mira como si no fuese hermano suyo.

— Nunca tomará tanto enojo de su hermano como de su amigo, ténlo por seguro.

— Vueseñoría no le conoce.

— Ni de Leonardo tampoco debes recelar tú lo que del otro receles, añadió la condesa bajando la voz, bien porque la fatiga del andar se la entrecortase, bien porque el pensamiento que aquellas palabras le inspiraba no fuese muy devoto. Diz que los hombres son mañeros, atrevidos y pecaminosos.

— ¡Dulces atrevimientos los de Garcilaso! murmuró Menda sin poderse reprimir.

—¿Qué es lo que dices, hija mia? habrás por ventura permitido.... ¡El Santo Cristo de la Vega te ayude!

—Yo no lo permití, repuso la doncella sencillamente; pero figurese vueseñoría que una mañana, hará cosa de tres meses, peinaba yo mis cabellos al sol en la fuente del jardin de mi señora, cuando acertó á pasar él, que iba en busca de Pedro Lopez, y viniéndose á mí sin decirme Dios te guarde tan siquiera, cogió una mata de mis cabellos, miróios en sus manos y los volvió á mirar, exhaló unos profundos suspiros que me partieron el alma, y en voz que por lo ronca llenóme de susto, aunque no era á mí dirigida, centelleándole al propio tiempo los ojos con estraño fuego, púsose á decir:

Flérida, para mí dulce y sabrosa,
más que la fruta del cercado ajeno,
mas blanca que la leche, y mas hermosa
que el prado por abril de flores lleno....

—Garcilaso, ¿que tienes? le dije atónita yo.—Y él sin contestar volvióme la espalda, repitiendo:

Flérida para mí dulce y sabrosa,
más que la fruta del cercado ajeno....

— Yo creí que á lo presente estaba aprendiendo á trovar, pero veo con asombro que ya sabe. Eso de la fruta y la leche y el cercado, parece ya un perfecto romance, como los que andan en los libros.

—Desde entonces... murmuró Menda, ahogando una esclamacion semejante á un suspiro.

—¿Y cómo has cogido tan de memoria el romance? le preguntó la de Monteagudo.

—Porque.... porque.... yo no sé por qué.... será porque no he podido olvidarlo. Sin querer se me sale de la boca á cada instante.

—Basta, que vas á ofender mi recato y el tuyo. ¡Con diez y seis abriles no mas aprendes trovas, y pones tu mente en devaneos! ¡Qué tiempos alcanzamos tan desmedrados! ¿Y ha vuelto otra vez á tomarte de los cabellos?

—Nunca mas, señora, dijo tristemente la jóven; pero de contínuo los mira y tambien á mi rostro.

— ¿Es que te duele, Menda?

— En el alma me duele.

— ¿Con qué le amarás?

— No por mi vida. Igualmente me duele de la desventura de Leonardo, que como á Garcilaso le miro.

— Pues ¿qué le pasa?

— No quiere ser de iglesia, y mal su grado estudia teología por empeño de su madre en el colegio de santa Catalina, que desde el año pasado le llaman universidad.—«¡Ay Menda! me dice cada vez que con los libros le veo. No ha nacido este corazon para meterse debajo de una sotana.»

— ¡Miren el intonso! esclamó la de Monteagudo irritada. Pues si le dan capellanía ó alguna prebenda, ¿qué mejor suerte podrá caberle, que servir á Dios?

— Si no fuera enamoradizo....

— ¿Enamoradizo es? repuso la condesa.

— Yo presumo, dijo tristemente la jóven, que si á mí me quiere es porque me parezco en lo rubia y blanca á aquella novia que se le murió el año pasado. El nunca me vé sin mudar la color y ponerse cariacontecido.

— ¿Y tambien te duele eso?

— Tambien me duele en el alma.

— Mas por Dios, hija mia, que no haces á toda hora sino pecar con el pensamiento.

— ¿Qué todo es pecado?

— Todo es pecado en las doncellas.

— ¡Ay señora! esclamó la jóven con la mayor sencillez del mundo. Si es así, no sé como pueda vivir doncella.

Doña Casilda, que iba tapada de medio ojo, se cubrió todo el semblante y hasta la cabeza con el manto.

Y prosiguieron en silencio su penoso camino hasta llegar al átrio oscuro y viejo de una mezquina iglesia que se alzaba en la cumbre de la calle.

— ¡San Ginés! murmuró la jóven, deleitándose en contemplar aquellos lugares donde habia corrido su infancia.

— ¿Estará tu madre levantada? le preguntó la condesa.

— ¿No ha de estarlo? Ya es de dia y tiene muchas obligaciones en Semana Santa.

— ¿Y la penitente de la cueva?

— La despertaremos, si duerme.

— Eso no, ¡cuitada mujer! Habrá pasado la noche disciplinándose y rezando. Mucho me duele venir tan de madrugada; pero no imaginé cosa mejor para que mi hermana no se apercibiera de nuestra venida.

— Yo creí que temiese vueseñoría las burlas de la marquesa.

— Burlárase en buen hora.

— Es tan enojosa la de Villena.

— Poco amor la tienes.

— Personas hay que le tienen mas del que quisiera yo.

— Inmerecido, Menda, inmerecido, que aunque es mi sangre, duélenme sobremanera sus mañas. Así se acuerda ella del amor de mi buen tio, como yo de vestirme galas y sedas, y con él y con todos los hombres tan desenvueltamente platica, que no parece dama de los Guzmanes sino de villano apellido. ¡Ah que bien dice el vulgo que de casta le viene al galgo.... pues diz que su hermana, la mujer de Pedro Giron, muerta hace poco, tambien fué en sus mocedades un tanto desenvuelta y enamoradiza. Donde no hay religion ni temor de Dios, Menda, no lo dudes, falta todo. Anhelando estoy porque se la lleve el marqués á su casa.

— No por Dios, señora mia, dijo Menda.

— Pues ¿qué te vá en ello á tí?

— A mí.... balbulceó la jóven bajando los ojos; dígolo porque en su casa gozará de mas libertad....

— El de Villena es prudente.

— Más lo soy yo.

— La cela con estremo.

— Yo más.

— ¡Tú! dijo Doña Casilda asombrada. ¿Por qué la celas?

— Porque.... porque no falte al temor de Dios, como dice vueseñoría.

Y haciendo la deshecha se adelantó á San Ginés, mientras su señora se santiguaba dentro del átrio ante la cruz que sobre la puerta del templo habia.

Por la izquierda mano, rodeando el semicírculo en que al átrio abrazaba un arriate de tierra convertido por la vecindad en pocilga, llegábase á un angosto postiguillo, desvencijado y ruin, que condu-

cia á la escalera de la torre, pasando antes por tres ó cuatro zaquizamies humedos y oscuros, que eran la morada de la campanera.

El postiguillo estaba abierto.

—¡Señora madre! dijo en blanda voz la niña, dando un paso en el oscuro y estrecho corredor, ¿está ucé levantada?

Pero nadie respondió.

A la mano izquierda habia una habitacion, que era la de su novio Lope.

Tanteó la puerta con las manos y estaba cerrada.

Dentro se oian ronquidos salvajes, que hicieron estremecerse á Menda y huir de allí.

A la mano derecha habia otra habitacion, que era la de Joaquina Aguirre.

Tanteó la puerta y abrióse de par en par.

—¡Madre! volvió á decir, metiendo la cabeza en aquel calabozo.

Pero estaba tambien vacío.

—Ya se ha levantado, murmuró Menda á media voz. El bueno de Leonardo habrá pasado la noche probablemente en el alcázar ó en las puertas, y Lope es harto holgazan para ahorrarle á la viejecica ningun trabajo de la iglesia.

Y volviendo piés atrás se dirigió á la puerta, á esperar sin duda que abriese la campanera la del templo.

Pero esta vez, como viniesen derechos á sus ojos los rayos de luz que por ella entraban, pudo Menda vislumbrar pegado á la pared un bulto semejante á un hombre.

Al dar un grito se le trabó la lengua.

Y en el mismo punto una mano suave cogió la suya, al compás de una dulce sonrisa mal reprimida.

Esto la tranquilizó.

Las medrosas doncellas del siglo XVI, como las de todos los siglos, no temen á los fantasmas que empiezan por estrecharles la mano.

Menda se imaginó además que era su cariñoso hermano Leonardo.

Su novio Lope roncaba á pierna suelta, que desde allí mismo le oia.

—¡Qué dejes á la pobre de nuestra madre trabajar y madrugar con tanto estremo! díjole en tono de reconvencion.

Pero la única respuesta que obtuvo fué la sonrisa ahogada.

—No tienes sangre en las venas, añadió en el mismo tono.

Y la misma respuesta obtuvo.

— Suéltame.

Entonces sintió su mano mas estrechada.

—No estoy para juegos, que me aguarda mi señora.

El fantasma soltó su mano, y apartóse ya de la pared sin reprimir la risa.

Entonces su figura se destacó claramente en el luminoso hueco de la puerta; pusiéronsele á Menda los cabellos como puas, y se nublaron sus ojos, y tembló todo su cuerpo del frio de la muerte, pues aquel hombre era mas pequeño que su hermano en estatura, y la miraba en la oscuridad con ojos centellantes, y se rebullia á un lado y otro con toda la gravedad de un duendecillo de los que tanto abundaban por aquel tiempo en las iglesias y en las casas, al decir de las gentes.

Hasta un hábito franciscano ceñido con un cordon de fuego chispeante, creyó verle Menda.

Y buscando desatentada apoyo para sus manos temblorosas, cayó sobre la puerta del cuarto de su novio, donde se puso á dar fuertes porrazos, acompañados de gritos.

— ¡Leonardo! ¡Leonardo! ¡ampárame!

Lope habia querido decir.

— ¡Válgate Dios por medrosa! dijo un acento indifinible, á la manera del de los niños que se hallan abocados á ser hombres.

— ¡Garcilaso! murmuró Menda.

—¿Al fin me conoces?

—Perdona....

—¿Por quién me tomaste?

— ¡Calla por Dios, que me has dado un susto!

— Todavía castañetean tus dientes.

—¿Y mi hermano Leonardo?

—Ha subido á despedirse de su madre.

—¿Qué va á partir? esclamó la jóven tristemente.

— Ambos partimos.

— ¡Tú tambien! ¿adonde?

— En busca del prior.

— ¡Ah triste de mí! dijo Menda en amoroso tono de reconven-

cion y tristura. ¿Qué realizas el loco proyecto de la marquesa de Villena?

—¿Tú sabes cual es?

—Ella le llama un paso honroso.

—Es verdad, mas á nadie se lo digas. Un paso semejante al que cuentan los libros que sostuvo Suero de Quiñones por su dama en el puente de Orbigo.

—¡Por su dama! repitió Menda en el mismo tono de reconvencion. Y tú ¿por quien le sostendrás?

Garcilaso no respondió.

Abrióse en este punto la puerta aporreada, y una voz desagradable dijo tartamudeando de sueño:

—¿Quién viene á despertarme tan de mañana?

Menda tapóse los ojos, y soltó Garcilaso una ruidosa carcajada.

Era Lope que en paños menores, y con un palo en la mano, salia de su habitacion.

Entonces pudo repararse, aunque la luz era escasa, la figura innoble y ruin del hijo menor de la campanera.

Mal conformado de partes, de cintura torcida, de piernas zambo, en todo su continente descubria el disgusto con que le creara la naturaleza. Para mayor desagrado hasta era tuerto de un ojo.

—¿Cuánto vá que os mido las costillas? murmuró el jayan cuadrándose en la puerta. Pues miren que para burlas está el mozo. ¡Hacerme saltar de la cama cuando despunta la aurora!

—No te apenes, Lope, dijo Garcilaso en tono familiar, que al que madruga Dios le ayuda. Uno por madrugar se encontró un costal.

—Mas madrugó el que lo perdió, repuso Lope, dando á aquel dicho vulgar la contestacion que el vulgo le daba. ¿Acompañado vienes?

—Sí por cierto.

—¿Quién es esa hembra que me vuelve la espalda?

—Una que te holgaras tú de verle el rostro.

—Aun siendo Menda, no dejaria de tornar á acostarme incontinenti. Adios.

—Menda es, le dijo Garcilaso.

—Acuéstate, acuéstate, repuso la jóven resentida.

—¿A qué vienes aquí tan á deshora con Garcilaso? esclamó Lope, que tenia la puerta á medio cerrar.

—Pero, hombre, dijo Menda, con ese tono regañon y al propio tiempo melifluo que usan las mujeres en las cuestiones de familia. ¿Es posible que teniendo veinte años y ese cuerpo de hierro dejes á la pobre de madre hacer sola todos los oficios de la iglesia?

—¿Por qué no la ayuda Leonardo?

—Bien que la ayudaba cuando podia. Ahora es soldado de la comunidad.

—Que no lo sea.

—Tan atravesado eres como tu padre, dijo Garcilaso. Siempre vas contra el hilo de la corriente.

—Le ha de quitar la vida á la pobre vieja que en él adora.

—Mira, Menda.... murmuró Lope, levantando el palo.

—Manos quedas, repuso el hijo del comendador haciéndoselo bajar á toda prisa. Mas de una vez te he visto amenazar á tu novia, y nunca te ví luchar con un hombre.

—¿Cobarde me llamas?

—La verdad te digo solamente.

—¡Si no fueras Garcilaso....!

—¡Si tú no fueras hermano de Leonardo y novio de Menda!

La jóven hizo un esfuerzo para ahogar un suspiro.

—¿Por qué habrá puesto empeño la buena de Joaquina en que se case contigo? murmuró el poeta.

—¿Qué, no la merezco yo?

—Garcilaso, dijo la jóven en voz balbuciente. Calla, no te escuche mi pobre madre. Yo le quiero bien, aunque no lo merezca, y en casarme agrado á la que me dió mas que la vida.

—¿Quién habla ahí? esclamó en el fondo del corredor un acento que de puro cascado y viejo parecia un estornudo.

—De Menda es esa voz, dijo alegremente Leonardo que detrás de la anciana pareció.

—¡Madre! gritó la jóven corriendo á abrazarla. Buenos dias le dé Dios á ucé.

—¡Tú en casa al romper el dia! dijo Leonardo abrazándola tambien.

—Vengo con mi señora la condesa de Monteagudo á ver á la penitente.

Lope, que seguia clavado en la puerta de su habitacion, hizo un movimiento misterioso al oir estas palabras.

— ¿Dónde está tu señora? murmuró Joaquina Aguirre, poniéndose la mano sobre los ojos para mirar á todos lados.

— En el átrio está esperándome.

El tuerto, que no apartaba su ojo de su hermano desde que le vió bajar la escalera, preguntóle ahora en tono duro:

— ¿Adónde vas con tus arreos nuevos, con tu mas primorosa espada, con ese reluciente talabarte, con el capacete bruñido y las calzas de terciopelo? ¿Adónde vas tan de mañana?

— Riña tenemos, balbuceó el poeta volviéndose á la jóven. ¡Si yo fuera Leonardo!...

— Y tu, hijo de mi alma, dijo cariñosamente la vieja acercándose al tuerto; ¿por qué te has levantado tan temprano?

— Voy de faccion, respondió Leonardo á Lope.

— ¿A qué santo se encomienda hoy la santa comunidad?

— Al que menos te importa á ti, replicó secamente Garcilaso. El dia que nos encomendemos á Lucifér, te importará.

— En eso gastas tu dinero y tus horas y tu salud, como sandio que eres; mas lo peor del cuento es que vas á pagarlo todo con la garganta.

— No insultes á tu hermano, Lope, dijo la anciana, en tono de cariñosa reconvencion antes que de enojo.

— Me es insoportable su delirio, repuso el tuerto. Siempre con la espingarda al hombro, siempre pasando noches de claro en claro, siempre malgastando dineros por esa maldita comunidad que Dios confunda.

— Piensa que yo tambien soy comunero, díjole iracundo Garcilaso.

— Lo propio te digo á ti. Es mucha sandéz la vuestra.

— Porque tú no sirves para nada, ofendes á la comunidad.

— Porque soy buen cristiano.

— De los que no creen en Dios.

— El permita que os condeneis todos, y Leonardo el primero. ¡En Jueves Santo comenzar empresas guerreras! Valiérate mas ir como yo á la procesion disciplinándote y mortificándote, en memoria de las disciplinas y mortificaciones que sufrió nuestro Redentor divino.

— Nunca has sido tu devoto.

— Hasta que hubo herejes.

— ¡Un trasunto de su padre! murmuró la anciana, cubriéndose el rostro con las manos. Pues ven acá, perro judío, ¿por ser soldado de la comunidad deja de ser hermano tuyo para que así le denostes? ¿sirves tú por él? ¿trasnochas tú por él? ¿te pide los dineros á tí?

— Es que yo no se los diera.

— Porque no los tienes, porque no eres capaz de ganarlos, dijo Menda sin poderse contener, que hasta el bocado que comes él te lo dá.

— ¡Menda! gritó el mancebo levantando el palo.

— ¡Amenazas á mi hermana! esclamó Leonardo ronco de ira, empuñando su escopeta.

— ¡A tu novia!... añadió Garcilaso.

— Si tú la defiendes, no me contentaré con amenazarle.

— ¡Caín! dijo la pobre madre ahogada en lágrimas.

— ¿Cuándo querrá Dios que ahorquen á Doña María Pacheco en la plaza de Zocodover? ella tiene perdida á la ciudad y á toda su gente dementada.

Garcilaso arrojó un tremebundo voto á Dios, á Leonardo, aunque estudiaba teología, escapósele una blasfemia, y la jóven se deshizo en llanto.

— ¡Cruel! ¡impío! ¡sin entrañas! ¡en la Inquisicion he de verte al fin por mi desventura! esclamó la pobre Joaquina Aguirre ahogándose de pena y revelando en la dulzura de sus imprecaciones el entrañable amor que profesaba al que menos lo merecia. ¿Pues á quién le debes el vivir sino á los Pachecos y á los Padillas? Cuando el perro de tu padre me abandonó para hacerse corsario y renegar de su Dios y de su ley, de puerta en puerta hube de pedir muchos dias el pan para vosotros, y esa mujer á quien quieres ver ahorcada, esa hija de los condes de Tendilla, que Dios nos conserve muchos años, aunque como ángel para sí la quiera, quitóme un dia de los brazos á mi hermosa Menda, que de hambre lloraba sin consuelo y el corazon me partia, llevósela á su palacio, criómela como si fuera su propia madre, y hoy á su lado la tiene querida, regalada, y hasta la enseña á deletrear en los libros, que es un portento en sus diez y seis abriles. ¡Desleal! ¡ingrato! ¿no estoy cansada de decirte que Doña María me tiene prometidos mil ducados para casarla contigo cuando llegue á sazon, amen de algunos terrones en los

Cigarrales para que me cerreis los ojos en la ciudad donde los abrí por vez primera? ¡Perro! prosiguió Joaquina, cada vez mas ronca de afliccion, y soltando su cascado acento con el monótono ruido de la lluvia que en los cristales cae. ¿Te atreves á poner tu lengua vil, donde tengo yo puestos los ojos y el alma agradecida? ¿Quién me hizo campanera de San Ginés, donde honradamente gano mi vida y la tuya, sino mi Sr. Pedro Lopez, y su hijo mi Sr. D. Juan de Padilla, que tienen tanta mano en el ayuntamiento? Y tu tio, el que acaba de desaparecer en la guerra de las comunidades, ¿no era tambien recadero de su casa? ¿no comia su pan? Y ahora, ahora, para enviar á su marido esos tesoros que le ha enviado, ¿de quién se acordó primero Doña María? De tu hermano Leonardo, si, lo tienes que saber para tu afrenta, de tu hermano, aunque es tan mozo, y yo supliqué á mi señora que no me le sacara de Toledo, porque á disgustos no me mates, y entonces envió con los cinco mil ducados á mi hermano Martin, aunque el trueco no le placía, que tiene aquel tambien algo de tu mala sangre.... ¡Ay de mi, que estas penas han de acabar conmigo! murmuró la pobre anciana reclinándose en la pared sin fuerzas para echar el aliento. El padre marchitó mi mocedad y el hijo amarga mi vejez ¿Cómo he parido un ingrato, yo que no sé olvidarme de un beneficio?

— ¡Mira, mira, como por tu culpa llora nuestra pobre madre! dijo Menda sosteniendo en sus brazos á la anciana.

— Mas no creas, hija mia, le murmuró casi al oido Joaquina, que Lope sea tan malo como alguna vez parece.... ya le conoces.... su genio le arrebata; pero en el fondo es un bendito.... no le aborrezcas.... tu amor le corregirá.

La jóven exhaló un suspiro por toda respuesta.

— ¡Siempre tiene el llanto á la raiz de los ojos! respondió Lope descaradamente á Garcilaso, que tambien le reconvenia en voz baja.

— Dios te castigará, repuso el poeta en tono mas severo del que á sus verdes años cumplia. Una gota de sangre has de verter por cada lágrima suya.

— Vámonos, amigo, murmuró Leonardo, trabándole del brazo.

— ¿Y le deja ucé marchar? dijo Menda volviéndose asustada hácia su madre adoptiva.

— Me promete de tornar pronto, respondió Joaquina enjugándose las lágrimas con la mano.

—¿Sabe ucé adónde es la partida?

—No, repuso maquinalmente la anciana.

—Partamos, dijo Garcilaso.

—¿Hay peligro en ella? esclamó Joaquina, comprendiendo la ansiedad de la jóven.

— Solo peligro hay.

—¡Leonardo! ¡hijo mio!....—Pero ¿hay honra? añadió Joaquina dirigiéndose á Menda.

—Y aunque la hubiese.... murmuró Lope.

—Tampoco, porque no alcanzarán su fin. ¿Qué han de alcanzarlo? Plegue á Dios no nos le entren difunto por esas puertas.

—¿Qué dices, Menda? ¡Hijo mio! tente por Dios. ¿Adónde vas?

— Al campo del prior, dijo la jóven.

— ¡Al campo del prior! repitió Lope misteriosamente.

—¡A los enemigos! dijo la anciana ¡adonde pueden matarte!

—A retarlos á duelo singular, añadió Menda.

— Es posible, hijo mio.... no.... no puede ser. ¿Querrás tú que se muera de pena tu pobrecica madre?

—Madre y señora, balbuceó el jóven todo confuso; verdad es lo que dice mi hermana, que ha de perderse por la lengua, añadió sonriéndose; pero tambien es lo cierto que hay honra en la jornada y solo imaginario peligro.

— Si asi es....

— Pero, ¿le dejará ucé partir?

—¿Qué he de hacer, niña? en tratándose de la honra los hombres no tienen sangre. Aunque me viera muerta, partiria.

— ¡Señora madre! calle ucé por Dios ó no parto, dijo el campanero.

— Parte, parte, si lo tienes prometido.

—¡Garcilaso! murmuró la jóven; tuya es la culpa. ¡Maldita Doña Ana!

— ¡Doña Ana! repitieron todos los circunstantes asombrados.

— Si señor, repuso Menda con sincera afliccion; van al real hostigados por la marquesa de Villena, que pretende....

— ¡Silencio, Menda! esclamó Garcilaso con enojo.

—Tuya es la culpa.

—Suya será la gloria si vencemos, respondió Garcilaso volvién-

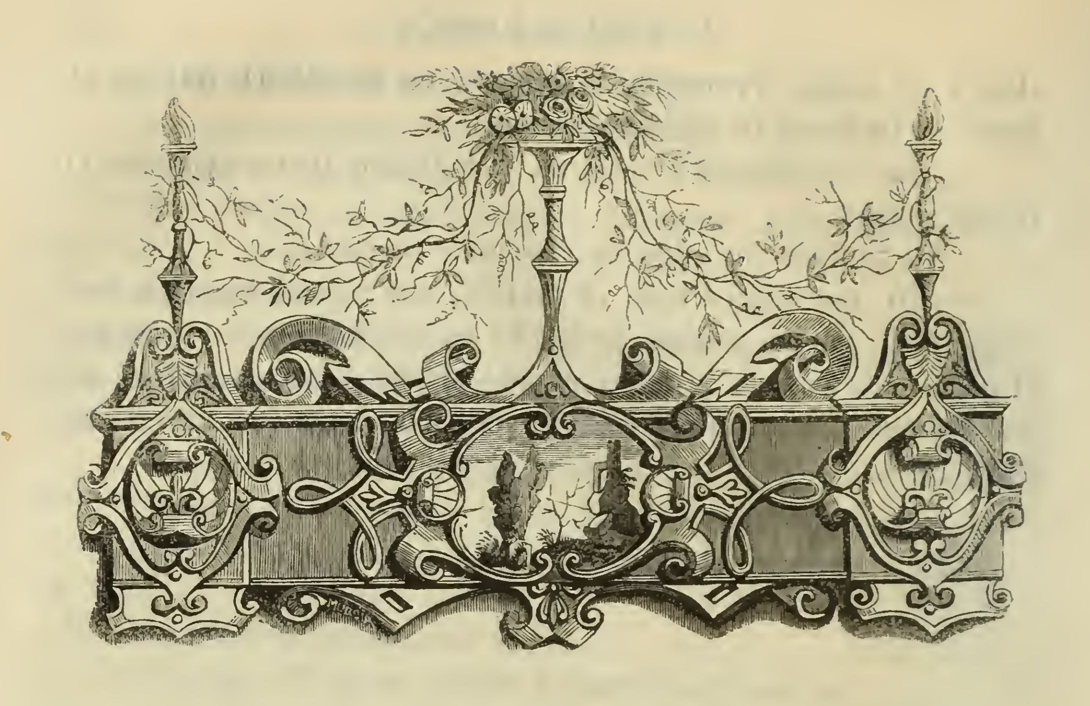
dose á su amigo. Prometido le tengo á mi vez dejarle que sea el Suero de Quiñones de este *paso honroso.*

—¿Que nos importa á nosotros, si le matan, de ese Quiñones ni de esa gloria?

— Yo tambien voy, dijo de repente el tuerto.

— ¡Tú, que ódias á todo el mundo, que á nadie haces un servicio, y que por no trabajar no hablas en muchos dias!.... esclamó el poeta. Por envidia lo haces ó por estraño capricho. Solo sé de una persona tan envidiosa é incomprensible como tú; mi cuñada Doña Teresa.





CAPITULO VI.

ESPLÍCASE COMO LA CONDESA DE MONTEAGUDO IMITÓ AL REY DE LOS GODOS D. RODRIGO EN COSAS DE ENCANTAMIENTOS Y FANTÁSTICAS VISIONES.

Arrodillada beatificamente á la puerta de San Ginés, ora dándose golpes de pechos, ora con los brazos en cruz, como las devotas de aquel tiempo hacian, no echó de ver tan siquiera Doña Casilda el que tardó Menda en salir á encontrarla; y sin los balbuceos y escusas de la jóven tampoco su tardanza comprendiera.

La pobre madre de los Nogueroles salió á recibirla á la puerta de la iglesia, franqueada ya á los devotos, y haciendo los estremos de cariño que en su agradecido corazon eran naturales, condujo á entrambas por debajo del coro á una capilla humilde y oscura, lindante con su propia vivienda que en el capítulo anterior describimos. Allí se cantaba el último responso á los difuntos, que por un fétido y oscuro boquete, cubierto con una losa á la derecha del altar mayor. bajábase á las bóvedas ó enterramientos de San Ginés.

La losa estaba levantada de ordinario, y puesta en un rincon de la capilla.

No habia contado seguramente con su valor la de Monteagudo para aquella empresa, pues apenas bajó los primeros escalones, apenas dejaron de alumbrarla los débiles rayos del naciente dia, y empezó en cambio á respirar el ambiente húmedo y mefítico de los subterráneos, volvióse á la doncella que detrás bajaba, y agarrándose convulsivamente de su brazo, murmuró:

—¡Ay Menda!

Pero Menda necesitaba de ayuda y valor en vez de prestarlo.

—¡Ay señora del alma mia! dijo á su vez, asiéndose con todas sus fuerzas al cuerpo de Doña Casilda.

Y á poco mas ruedan ambas los carcomidos peldaños.

—¿Por qué no bajan ya? dijo desde lo profundo una voz que los gases y las bóvedas enronquecieron estremadamente.

Y una lucecilla fosfórica dirigió sus opacos rayos á las dos mujeres.

—¡Ay Menda! tornó á murmurar la dama con doble pavura.

—¡Ay señora!

—¿Oiste?

—Es la voz de mi madre, que bajó primero.

—Pues ¿por qué tiemblas?

—¿Por qué tiembla vueseñoría?

—¡Qué lugar tan espantoso allá abajo!

—Está lleno de cadáveres.

—Y ¿tenemos de verlos?

—Forzosamente.

—¡Ay Menda!

—¡Ay señora!

—Reza un padre nuestro.

—Llevo rezados tres.

—¿Y te hallarás mas tranquila?

—¿Se halla vueseñoría?

—Yo nunca bajé á la cueva.

—Yo tampoco, y á no venir con vueseñoría ciertamente que jamás bajara.

—Pero tú habrás visto bajar á otras damas.

—A muchas. Desde que la santa penitente mora en ella, vienen á granel á pedirle ayuda y consejo.

—¡Pecadoras son y se atreven! murmuró Doña Casilda. Atrevámonos. Ven.

—Dé un grito vueseñoría á mi madre, que con la luz se acerque más.

—Dáselo tú.

—¡Ay señora!

—No tiembles, que estamos en gracia de Dios.

—¡Madre! dijo en voz ahogada la jóven.

—¡Ay Menda! repuso Doña Casilda bamboleándose como si fuera á caer. ¿Has tenido alientos para gritar? parece que se abren las paredes. Escucha, escucha.... ¿quién repite allá lejos: «madre....»

—¡Dios mio!

—¡Y hay quien dice que la cueva no está encantada!

—Eso digo yo: bien encantada que está.

—Cuando volvamos á tener arzobispo en Toledo, he de suplicarle que ahuyente de aqui á los malos.

—Ya viene mi madre con la linterna. Bajemos.

Y casi sentadas en los escalones, se arrastraron cuatro ó cinco que eran la mitad de la escalera. Hasta entonces Joaquina Aguirre acostumbrada á aquellos lugares, no se habia apercibido bien de la detencion de sus compañeras, y repitió volviendo piés atrás:

—¿Por qué no baja vueseñoría?

—¡Calla por Dios! dijo Doña Casilda saltando á su cuello desde el último peldaño. ¡Si hablas, el techo nos vá á caer encima!

Pero como encima de la buena anciana, que era ya un monton de tierra, habian caido la de Monteagudo y su hija, cayósele á su vez de la mano la linterna.

Ambas exhalaron un grito lúgubre, espantoso, que retumbó primeramente en la bóveda, y luego descendiendo por sus ángulos produjo un eco inmenso y fatídico, capaz de aterrar á un Cid.

Afortunadamente no se apagó la linterna.

Pero fuera mayor fortuna que se apagara.

Sordos y ténues rumores, que al principio el miedo les impedia escuchar, crecieron ahora imponderablemente, ya viniendo de los suelos, ya de las paredes, ya de las bóvedas, tal vez lentos y monótonos, rápidos tal vez como el roer de unos dientes carnívoros, y frios como el roce de la culebra que se arrastra; y al medroso rayo de la luz se vió cuajado el suelo de reptiles, que en torno á la

linterna se agitaban, desapareciendo por aquí, por allá, por acullá, estrellándose en las cajas de los cadáveres á un lado y otro puestas, removiendo al huir los huesos de los esqueletos, y gruñendo y chillando al ocultarse.

Otro espectáculo mas horroroso aun las esperaba.

Un cráneo cóncavo, blanquecino como la nieve, como el esparto seco, saltó de una sepultura atropelladamente y con medroso estruendo lanzóse á la linterna, hízola rodar; y entonces salió de él silvando y azotando los vientos con su cola una larga culebra, que fué á perderse en lo mas oscuro del subterráneo.

Las damas de aquel tiempo no rayaban por fortuna tan alto como las de ahora en el arte peregrino de desmayarse, bien que los nérvios sean como algunos autores pretenden, una invencion muy moderna, bien que los hombres de entonces fuesen asaz atravesados y duros de corazon para soportar mojigangas y bellaquerías, con lo que ellas hubieron de comprender que les eran de todo punto inútiles.

Doña Casilda, sin embargo, yacía convulsa, agarrada á la campanera y oculta la frente en su seno, de tal modo que á la luz de la linterna, semejaban en aquel horrible antro los esqueletos de dos amantes.

Por lo que á Menda toca, era tal su estado, que antes á risa movia que á compasion. Aunque mas avezada que su señora á semejantes escenas, como la presente era para espantar, saltaba y corria por la oscura habitacion dando chillidos, y ora por huir de un reptil tropezaba con un cadáver, ora por no poner las plantas en el suelo, dábase en el bajo y nauseabundo techo de cabezadas, ora en fin caia por no caer poniendo los lábios donde sus plantas no querian ponerse.

De repente brilló otra luz mas viva entre aquellas inmundas tinieblas, y las tres exhalaron á la par un grito.

— Acérquese aquí, hermana Marta, dijo la campanera, que pronto se repuso, y estaba harto anhelosa de verse libre de Doña Casilda.

— ¿Háseos apagado la linterna, hermana? contestó la penitente, saliendo con otra en la mano de un tenebroso agujero que á la derecha habia.

— ¡Loado sea Dios! dijo Menda arreglándose el tocadillo de su cabeza asaz desordenado.

—¿Mas ocurrió algun tropiezo? repuso la penitente avanzando

en la oscuridad como una fantasma, y haciendo rechinar bajo sus desnudos piés con lúgubre chirrido las secas astillas de las mortuorias cajas, los destrozados huesos de los difuntos y las piedras desprendidas de las paredes.

— No basta la religion, hermana, para vencer los terrores de la carne, dijo la condesa en tono beatífico. Pusierónsenos en la mente á esa doncella y á mí tales fantasías, que vano fué cerrar el corazon al miedo y la boca á los gritos.

— La carne es flaca, noble señora.

— ¡Dios la hizo así! ¡Cómo ha de ser!

— Mas ¿ya estareis repuesta y sobre vos? dijo Marta llegando al fin al sitio donde como clavadas yacian la dama y la campanera, y mirando á hurtadillas con viva curiosidad á la de Monteagudo.

— El veros solamente me restaura, contestó la condesa, desprendiéndose poco á poco de Joaquina.

No era en verdad para restaurar semejante aparicion, pues el hábito de la penitente era el mismo que los lectores de *Juan de Padilla* vieron en la emparedada de la Fuencisla de Segovia; un monjio pavoroso con un velo negro que ocultaba todo el semblante.

— Si os place que en mi cueva entremos.... dijo la reclusa en voz humilde.

— ¿Vuestra llamais á esa mansion fabricada por el idólatra de Hércules? replicó la condesa entre asustada y llena de religiosos escrúpulos.

— Hoy es la mia, señora, y en ella he de pasar los tristes dias que me resten.

— ¿Sola? ¿sola morais ahí, lejos del mundo de los vivos, cerca del mundo de los muertos? ¡Qué horror, Dios mio!

— Sola con mis grandes pecados y mi profundo arrepentimiento, respondió en voz lúgubre la penitente. Quien está con Dios, noble señora, nunca está solo. Quien esta de su gracia alumbrado, nunca está oscuro.

— Pero vivir debajo de la tierra, en compañía de los muertos, cuando á Dios se sirve en todas partes, en el mundo como en el claustro....

— Hay, noble dama, conciencias que merecen tener sobre sí la pesadumbre de la tierra, y ser pisoteadas por todos los nacidos, para gozar un tanto de sosiego.

—¿Tan pecadora sois? esclamó retrocediendo con susto Doña Casilda.

—Hélo sido, respondió humildemente la devota. Há pocos meses que la gracia de Dios ha vuelto á mi alma.

A este punto la campanera y su hija tornaron á subir la escalera, sentándose en el último peldaño á esperar á la de Monteagudo que no sin profundísimo terror las veía alejarse; pero el fanatismo religioso de que se hallaba poseida, y la santa fama de la reclusa, pudieron mas en su pecho que los temores.

Trabada de la mano, como la tenia Marta, echaron á andar entre los escombros en direccion á la cueva, cuya boca les dió facilmente entrada, pues contra lo que el vulgo se figura es un arco de medio punto, para su objeto espacioso.

Esperaba la condesa tener que inclinarse para andar ó sumergida verse en un antro pavoroso, estrecho, húmedo como antesala del infierno. ¡Cuánta no seria su admiracion al reflejarse la reconcentrada luz de la linterna en un acueducto, admirablemente compuesto con arcos y pilares, y hasta labores de peregrina invencion, que se prolongan artificiosamente de unos en otros, como un inmenso tubo aplicado á las entrañas de la tierra para oir su aliento, para contar los latidos de su corazon!

Y con efecto se oian, ya filtrándose por las grietas que ocultas debe indudablemente de tener, ya traidos en alas de la humeda brisa por toda la estension del acueducto, ya en fin abortados por el mismo vacío, rumores sordos, semejantes á pasos humanos en la inmensidad perdidos, á estrépitos de cataratas y saltos de agua, á detonaciones horribles como de minas que rebentasen ó ejércitos que combatiesen, y cuando mas en silencio quedaba, murmullos compasados, vagos, lentos, aéreos, interminables y profundos, como si los invisibles moradores de las entrañas de la tierra tuviesen de contínuo allá á lo lejos trabada una conversacion.

Estos rumores, que la ignorancia de aquellos tiempos y de todos abultaba, pueden ser de mil maneras acasionados, por el aire, por el vacío, y hasta por míseras sabandijas que á un lado y otro se rebullan.

El vuelo de un murciélago, estraviado en un acueducto, puede semejar á legua y media de allí el estampido de un cañon.

Y la cueva de Hércules, segun las tradiciones que son su

única historia, estiéndese lo menos á tres leguas, pues antes que el cardenal Siliceo la tapiara en 1546, un robusto moceton habíala recorrido á todo escape, yendo á salir junto á Añover del Tajo.

Los antiguos coronistas, que así hacen fundadores de Toledo á *los griegos que en España habia poco despues del diluvio, y que llamaron á la ciudad Tolietron*, cómo á Tago ó Tagorma, nieto de Jafet, y quinto rey de España, que dió su nombre al Tajo, cuentan todos á una remontándose á las esferas celestes, que esta cueva la hizo nada menos que Hércules egipcio, y que en ella moró y tuvo cátedra de mágia, amen de construir asimismo en una de sus mas recónditas vueltas y revueltas el palacio encantado, que D. Rodrigo, último rey de los Godos, desencantó en mal hora, hallando adentro, en vez de las grandes riquezas que codiciaba, un arca cerrada, que tambien abrió en mal hora, pues contenia en anchos lienzos pintarrajeados el seguro vaticinio de la perdicion de España, ó como dice el antiguo romance:

Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro un pilare,
dentro dél nuevas banderas
con figuras de espantare;
alárabes de caballo
sin poderse meneare,
con espadas á los cuellos,
ballestas de bien tirare.

Pero la opinion mas razonable y general entre las personas doctas de nuestros tiempos, se inclina á que la cueva fué templo dedicado por los gentiles á Hércules, como otro que junto al estrecho de Gibraltar habia, ó cloaca construida por los romanos, á imitacion de muchas que en todo el mundo se conservan, ó templo gentílico consagrado á los dioses infernales, ó tal vez por último, subterránea mina para abastecer á la ciudad durante los cercos ó escapar de ella.

A principios del siglo decimosesto algunos frailes eruditos daban en decir que durante las persecuciones ordenadas por los reyes Godos, habia servido la cueva de catacumba á los cristianos.

Unicamente sintió Doña Casilda al entrar en ella un frio húme-

do que le calaba los huesos, y si por ventura ponia las manos en las paredes, la blandura del encalado helaba á poco tiempo sus dedos; pero el lejano ruido interminable le causó impresion mas honda.

Marta hizo reparo en ello.

— No apliqueis el oido, esclamó presurosa, ni os asuste el escuchar....

— ¡Pasos de un hombre! balbuceó la condesa con los cabellos erizados. ¡Pasos de un hombre.... á lo lejos.... y aun jurara....

— Visiones de la loca fantasía. Ni los reptiles penetran adonde yo....

— ¿Es muy en lo hondo, santa reclusa? preguntóle Doña Casilda, cuando hubieron dado algunos pasos mas.

— Lo bastante, respondió Marta, para no oir la voz del mundo desde mi lecho.

— ¿Lecho gastais? repuso con asombro la dama.

— Y peregrino, que acaso y sin acaso, como dice el canónigo Tenorio, que viene á menudo á verme, acaso y sin acaso habrá pertenecido á algun mártir de los tiempos de San Hermenegildo.

— Ya ardo en deseos de contemplarle.

— Pues mirad.

Y como llegaban á la sazon á un sitio donde el acueducto revuelve á mano derecha, dejando en la interseccion de dos pilastras un hueco ennegrecido, abocóse la penitente á él, y señaló á Doña Casilda en el suelo con su mano descarnada una inmensa piedra carcomida.

A la débil luz de la linterna, de propósito enderezada á aquel sitio, veíase otra piedra mucho menor haciendo veces de cabecera ó almohada.

— Reparad en ella bien, dijo la penitente en misterioso tono.

— Mas nada veo que me admire, contestó la de Monteagudo.

— Reparadla mejor.

E inclinó hácia el lecho la mano en que tenia la linterna, añadiendo en voz abultada y retumbante como de sibila:

— ¿Qué ves, hija de los hombres, con tus ojos que cegará la tierra?

— Veo, respondió la dama, conmovida por la solemnidad de aquella pregunta, veo una cruz toscamente en la piedra labrada.

—¿Qué otra cosa ves, hija de los hombres?

—Veo debajo de la cruz unos hoyos á manera de letras.

—Lee.

—Me falta la luz.

—Lee con los ojos del alma.

—Dios me los tiene ciegos.

—¡Pecadora! lee.

Y con ademan de sibila acercó Marta la linterna más y más.

Doña Casilda se restregó los ojos, y balbuceando como si estuviera en la presencia de Dios, dijo:

—*Beatus Liuvigildi filius, ora pro nobis.*

—*Ora pro nobis*, repitió Marta alzando los ojos al cielo, y puesta de rodillas sobre la piedra mas larga.

Doña Casilda permanecia muda é inmóvil, que á pesar de su fanatismo y de su ciencia latina, se le alcanzaba muy poco de historia para comprender la razon de que la reclusa estimase en tanto aquella piedra.

—¿Callas? esclamó ésta en tono acre de reconvencion, despues de haberla besado fervorosamente. ¿Será que el idioma divino de la santa madre iglesia te sea letra muda?

—No en verdad, respondió humildemente Doña Casilda; mas no se me acuerda bien cuál era el hijo de Leovigildo.

—¡Y te llamarás cristiana!

—Vos misma quizás, si el canónigo Tenorio no os lo hubiera revelado....

—Yo en sueños veia sobre mi frente la palma de los mártires, dijo la reclusa haciendo un gesto de desagrado bajo su toca. Ignorábalo yo en verdad como presumes, pero mi corazon y mi fé lo adivinaban.

—¿Fué mártir por ventura el hijo de Leovigildo?

—De raza de herejes debes de venir.

—¡Oh piedad! esclamó la condesa arrodillándose á los piés de la eremita. La débil criatura lo ignora todo.

—Pero no la que tiene comercio con el cielo. ¡Oh glorioso San Hermenegildo! perdónala.

—¡San Hermenegildo! repuso la condesa, cayendo sobre el lecho frio y una y mil veces besándolo. ¡Qué San Hermenegildo ha reclinado sus preciosos miembros donde ahora vos!



¡Pecadora! lee.

—No digas tal, cristiana, que fuera para mi ventura inmerecida. En el mismo sitio que hoy ocupa, yace esa piedra desde el tiempo de los Godos, y acaso sirvió de lecho á algun mártir que se encomendaba á las oraciones de San Hermenegildo.

—¡Qué felicidad, hermana, qué felicidad la vuestra! ¿Mas cómo en este templo de gentiles puede hallarse tan santa reliquia?

—Por permision de Dios, repuso la penitente subiendo al cielo con fantástico ademan la mano en que tenia la linterna. Demás, que segun dice el canónigo Tenorio, en aquellos tiempos nefandos en que la cristiandad era apellidada la heregía de la tierra, debió de servir de cementerio y lugar de oracion á los cristianos, á modo de las catacumbas que por sus mismos ojos ha visto D. Pedro en Roma. Tambien lo pienso yo así fundadamente, y si el canónigo no lo digera, lo adivinara, que tengo halladas en estos sitios muchas cosas que trascienden á reliquias de cristianos desde legua.

—¿Y conservais alguna, por ventura mia?

—Un solo clavo conservo, semejante en forma y tamaño á los que clavaron al señor los judíos, mohoso y podrido, que debió desgarrar las carnes de algun siervo de Dios, pues reparándolo con calma vislumbro en él manchas de sangre.

—¡Manchas de sangre! dijo estremeciéndose la condesa. ¡Oh veneranda reliquia!

—Otras muchas hallé cavando con mis dedos la tierra en horas robadas á la oracion; pero hánmelas arrebatado las damas que á verme vienen de contínuo.

—¡Así pudiera yo imitarlas con la presente!

—¿Qué decís? esclamó triunfalmente Marta, como quien ha ganado una victoria para el cielo. ¿Será por ventura tan sincera vuestra devocion que ambicioneis.... ¡Oh! Dios me oye. ¡Gracias Dios mio! no entra por esas puertas una pecadora que no salga una arrepentida.

—Ninguna tanto como yo, dijo la condesa.

—Tomadlo.

—¿Qué me daís, venturosa de mi?

—El clavo.

—¡El clavo del mártir godo!

Y poniéndose de rodillas para recibirlo, se deshizo en lágrimas placenteras al besarlo.

La penitente la miraba con celestial sonrisa.

— Y ¿pensais, santa reclusa, mujer sin par, dijo Doña Casilda alzándose del suelo tras un instante de silenciosa y beatífica contemplacion, pensais que esta preciosa reliquia pueda hacer milagros aplicada en gracia de Dios?

— No permita el que todo lo puede, repuso Marta doblando la cabeza y juntando las manos sobre su pecho en ademan humildísimo, que una pobre pecadora como yo, criatura flaca y miserable, dé en el orgullo de pensar que vengan á sus manos tan preciosos objetos; mas cuando miro con los ojos de la fé ese bendito clavo, paréceme oirle decir á los pecadores en voz divina: — *in hoc signo vinces.* — Con mi ayuda vencerás las tentaciones del demonio. — Igual parecer al mio tiene el santo D. Pedro. Aplicado en gracia de Dios, debe hacer milagros ó maravillosos efectos tan siquiera.

— ¡Venturosa de mí como se cumpla! repuso la dama, pues salvar podré de los peligros en que por su propia voluntad se precipita, á una hermana que mas que á mis ojos quiero.

— ¿Son peligros de la castidad, en amorosos devaneos ocasionados? preguntó la reclusa con mal encubierto interés y curiosidad visible.

— ¡Ojalá lo fueran! dijo Doña Casilda. Ella victoriosamente los salvaria, que es casta como una doncella de quince abriles. Sus peligros nacen, santa reclusa, de los empeños en que á su marido ha puesto la revuelta que á lo presente sufre Castilla.

— ¡Será por acaso comunero?

— Y de los mas encumbrados, que capitanea la gente de la comunidad.

Enderezóse Marta como si hubiera crecido un palmo, y en voces y ademanes pareció inspirada.

— Si me placiera á mí consagrar á las cosas mundanas cierto don de adivinacion que el cielo me ha concedido, al propio instante diria que vuestro nombre es Doña Casilda, condesa de Monteagudo, y Doña María Pacheco, mujer de Juan de Padilla, el de vuestra hermana.

— ¡Oh portentoso milagro! esclamó la condesa cayendo de hinojos á los piés de la reclusa, y besándole con religioso fervor las haldas. ¡Oh santa entre las santas, celestial criatura, por el divino espíritu alumbrada!

—Paso, noble señora, paso, que á los vivos no se deben consagrar tales adoraciones, aunque las merezcan, y yo de merecerlas estoy harto lejos. De tal modo habeis ganado mi corazon con esa piedad sincera, con esa alma sencilla, que ya me determino de hacer por vos y por vuestra hermana cuanto el señor de los cielos me permita.

—Salvada la miro por vuestra intercesion poderosa, esclamó con entusiasmo la condesa. Harto lo ha menester, que á la boca de un abismo la veo. Mas decidme, y perdóneme Dios si de mi hermana abrigo tan afrentoso pensamiento: contábase en la ciudad estos dias, que toda su ciencia, potencia y prudencia la debe á hechizos que le ha dado una esclava negra de color que tiene. Vos que todo lo sabeis y mirais, decidme si esto es solo desvarío de la plebe.

—Para contestaros como á entrambas nos cumple, dijo la reclusa, me falta espacio y calma, que eso del sortilegio es cosa para muy pensada antes de dicha. Santos y doctos son los Inquisidores, y no osan fácilmente á afirmar ó negar en puntos de sortilegios, sino despues de hechas las pruebas de cuerpo y alma, bien con el fuego, bien con el hierro. Satanás rehuye el salir á los ojos humanos, cuando el espíritu de Dios los abre. Para ir poniéndome en lo justo bastará sin embargo saber algunos hechos de los de vuestra hermana que á mala parte echais.

—¡Ay de mí, santa penitente! esclamó Doña Casilda afligida hasta el fondo del alma, que me duele revelar á un nacido los secretos de María.

—Caen en mi pecho, que es un pozo. Mis pecados me aconsejan la compasion, mi alma la blandura, mi terneza y mi arrepentimiento propio la esperanza de ver curados los agenos males.

—¿Dudáralo yo, santa penitente?

—Pues hablad.

—Paréceme que tengo en la lengua un nudo.

—¿Desconfiais del que todo lo puede?

—No por mi salvacion.

—Pues las llagas decidle que ha de cerraros.

—Oid.

La reclusa, que un momento antes se habia sentado en la piedra del mártir godo, apoyó su barba en la mano, y con la mas

prolija atencion, devorándola á hurtadillas con sus ojos, escuchaba á la condesa de Monteagudo.

La linterna yacía sobre la piedra menor ó almohada de aquel eremítico lecho, en tal manera colocada, que su luz vacilante y lúgubre caia perpendicular sobre la inscripcion latina de que hemos hablado.

—Habeis de saber, piadosa hembra, dijo la de Monteagudo arrodillándose junto á Marta, que Doña María, apoder de males del cuerpo y del alma, se encuentra asaz doliente y melancólica desde que hijo y marido llora ausentes. Cuánto su desmayo sea no acierto á decirlo, que en mas de una ocasion héme encomendado á todos los santos del cielo teniendo su muerte por inevitable y próxima; pero si en el mismo punto en que agonizar parece, le encomienda Padilla alguna empresa, ó de la comunidad recibe mision ó nueva que mucho importe, al punto mismo recobra como por arte mágica todo su vigor perdido, hasta los colores de su rostro, hasta la agilidad de sus encorvados miembros, y hace y dice cosas que antes que me admiran me espantan, porque las juzgo sobrenaturales. ¿Habrá algo de hechizo en esto, docta reclusa?

—Algo y aun algos puede haber, contestó Marta meneando la cabeza y absorta en profundísimos pensamientos. No quiere Dios que cuando del cuerpo sufrimos, nos asista aquella potencia soberana que es la vida, y esto solamente Satanás lo puede querer. Si lo quisiera Dios los mártires de su creencia sacrosanta ni hubieran padecido, ni hubieran muerto.

—¡Pobre María! murmuró su hermana exhalando un lamentable suspiro.

—Bien haceis en compadecerla, noble señora.

—¿Qué os afirmais en que pueda haber en ello malas artes?

—No lo diré mientras no pongais término á vuestro relato, que á tan docta y cristiana mujer como la de Padilla, no ha de imputársele cosa alguna ligeramente.

—Además de esas súbitas trasformaciones en que os hablo, prosiguió Doña Casilda, aquejan á mi hermana otros y otros achaques, ni de la locura lejanos, ni de toda heregía limpios.

—¿Qué es lo que osais decir, válame Dios? esclamó la penitente, llevándose á los ojos la manga de su capuz. ¿Habrá dado tan ilustre señora en ese escollo de los revueltos mares de este tiempo?

—¡Ay de mí! no sin rubor y honda pena debo de confesaros una cosa.

—Hablad, hablad, dijo Marta con interés creciente.

—Desde que se agravaron sus males, con ocasion de haber tenido que allegar muchos dineros para enviárselos á Padilla, sus noches son horrorosas velas, de ensueños y delirios pobladas, como las de un alma que no reposa en su Dios y Señor.

—*Malum signum, malum signum,* como dice el canónigo Tenorio.

—¡Triste de mí, que en las telas de mi corazon la tengo!

—Acontece tal vez, dijo la reclusa en tono magistral, que las almas poseidas de un demonio ó de un hechizo, que vienen á ser la propia cosa, en sus ensueños declaran paladinamente la fantasía que mas el cerebro les conturba, descubriendo el flaco por donde fueron tentadas, como á través del cristal se descubre la luz de esa linterna.

—Cata ahí mi afliccion y desventura, que las palabras que dice Doña María son desembozados sacrilegios, y ofensas manifiestas á la casa de Dios.

—¿Pues qué dice la desventurada?

—Dice.... que en la catedral está la perdicion de las comunidades de Castilla, que los canónigos son traidores y malsines, con otras cosas que por amor suyo he de callar.

—¿Eso dice?

—Y mis oidos lo escucharon anoche, por desdicha mia, que alarmada de sus dolencias, y deseosa de aliviar á la pobre niña que de camarera la sirve, púseme junto á su lecho en vela.

—¡Oh desdichado linaje, esclamó la penitente, sobre todos los de Castilla puesto en otros dias, y hoy amenazado de perdurable afrenta!

—¿Qué dais por seguro el hechizo de mi hermana?

—Por seguro y cierto como esa luz, y hará tambien sortilegios, que el pecado es como la lluvia, empieza gota á gota, acaba á torrentes. ¿Habéisla visto por acaso levantar figura, escribir signos misteriosos, hablar con animales cabalísticos, como gatos, comadrejas y murciélagos, encender crisoles al soplo de su boca, evocar espíritus íncubos y súcubos en la alta noche, y desaparecer por último invisiblemente de su cámara, sin que ella misma sepa decir adónde ha ido?

—¡Callad por Dios y todos sus santos, que la sangre tengo ya helada en el cuerpo de imaginarlo solo! esclamó Doña Casilda castañeteándole de fanático terror los dientes. No la he visto por ventura encender crisoles, que á eso llama ella desvarío, ni vive en compañía de alimañas, si bien la enamoran algunas aves, como el jilguero, cuando en la espesura de nuestro jardin suelta en el mes de mayo sus dulces trinos, y los perros la embelesan cuando agradecidos y leales por un pedazo de pan se tienden á sus piés mirándola con ojos húmedos, ni á los espíritus invisibles invoca estasiada, que solo tiene en sus lábios el nombre de Dios cuando padece su cuerpo, el nombre de Dios cuando padece su alma, y el nombre de la Vírgen María cuando su hijo ó su marido padecen; pero en cambio ¡ay de mí! pero en cambio....

Púsose Marta la mano sobre la boca para ocultar una sonrisa de júbilo, y luego esclamó:

—¿Levanta figura?

—No por cierto.

—¿Auséntase dias enteros de su morada?

—Tampoco. ¡Triste de mí, en aconteciendo eso!

—¿Escribe signos misteriosos?

—¡Ay triste! esa es la verdad.

—¿Con sangre de sus venas?

—No por Dios, que ya tiemblo toda. Ni tampoco aseguro que sean misteriosos los signos que traza; mas como para entenderse con su marido, con el obispo Acuña y con el canónigo Nebrija, pasa noches y noches escribiendo abultados cartapacios, y como ellos, segun de público se dice, no andan en las cosas de la religion como fuera de desear, pienso ¡ay de mí! devotamente que acaso les comunica su hechizo en las misteriosas letras, y que es un mismo aliento de la boca de Satanás ese fuego en que arden unos y otros.

—Permitidme, santa señora, dijo la penitente, que haga oracion en un lugar mas apartado.

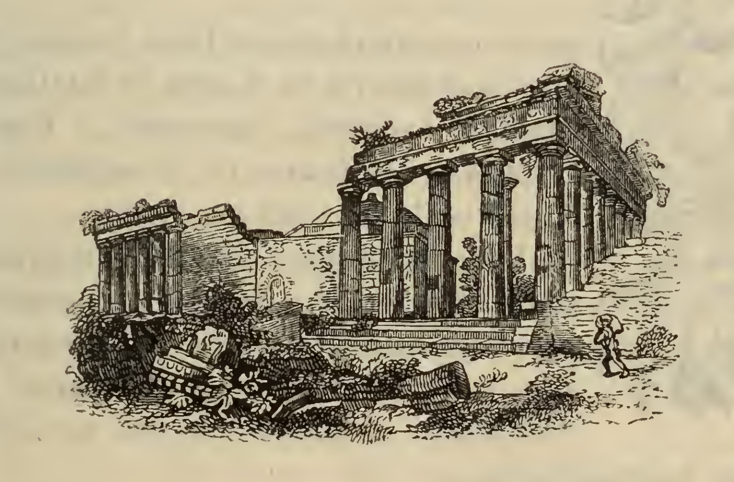
Y diciendo y haciendo metióse á oscuras por la sombría catacumba, que repitió el eco de sus pasos por largo tiempo, como si se alejara mucho.

Doña Casilda quedó poseida de tan estraños terrores, de tan religiosa fascinacion, que un apagado murmullo de palabras, traido

mas tarde por el eco, parecióle segurísimamente cristiana oracion que elevaba al cielo la reclusa, y arrebatada en santo entusiasmo dobló al instante las rodillas sobre el lecho de piedra y se puso tambien á orar con los brazos en cruz.

Menos ascéticos que ella, podemos nosotros oir algunas palabras que la penitente decia sin duda al viento, pues no nos es dado ver en la oscuridad de aquellas profundidades.

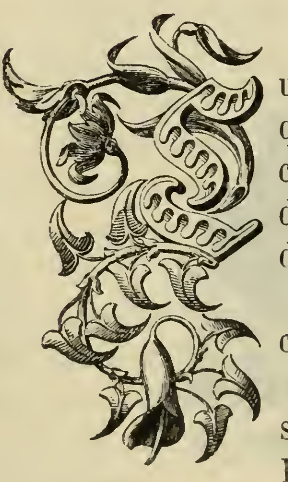
— Al punto, al punto.... que venga á Toledo con todos sus hombres de armas, pues si al fin es Tenorio nombrado Inquisidor, como promete Villena, tenemos segura la victoria.





CAPITULO VII.

DE CÓMO SE DESCUBREN LAS COSAS MAS OCULTAS, TAL VEZ POR CULPA DE UNA MUJER LARGA DE LENGUA, TAL VEZ POR CULPA DE UN VILLANO CORTO DE ENTENDIMIENTO.



uando tornaron á su casa Doña Casilda y Menda. quedaban todavía en el átrio de San Ginés Garcilaso y Leonardo, esperando á Lope, que despues de obstinarse en acompañarlos habia desaparecido sin saber por donde.

El sol empezaba á elevarse en el firmamento con toda la limpidez de un dia de primavera.

— En mal hora se averiguó nuestro propósito, amigo del alma, dijo el hermano de don Pedro Laso, paseándose de aquí para allá aguijoneado por la impaciencia.

— Mas que este tiempo que perdemos por su culpa, respondió Leonardo, me duele el pensar que con nosotros venga.

— Obstinacion estraña fué la suya.

— Y mas estraña aun su presente ausencia.

— ¿Reparaste bien todo el templo?

— Hasta la sacristía recorrí sin hallarle, dijo Leonardo.

— ¿Adónde habrá ido.

—Que dentro está, no lo dudes.

—¿Habrá bajado á la cueva á encomendarse á la penitente para que Dios le libre de mal? añadió Garcilaso.

—No en modo alguno, respondió el campanero, que ni es él tan devoto, ni mi madre y Menda, á quien hallé sentadas en la escalera de la bóveda, mientras Doña Casilda departia con la reclusa, le han visto bajar. ¡Vive Cristo que me inspira no pocos recelos semejante proceder!

—¿Tú presumes...?

—¡Ay amigo del alma! solo á tí confiára yo esta sospecha. Lope es capaz de todo.

—¿Y que sospechas? dijo con interés Garcilaso.

—No lo diré, no quiero decirlo; ni aun pensarlo quiero. ¡Yo! ¡su hermano!

—¿De tu mejor amigo desconfías?

—Bástete saber que le he visto en misteriosas pláticas trabado con ciertos canónigos imperialistas, con ciertos enemigos de la comunidad.

—Quizas por eso quiera retardar nuestra partida.

—En Dios y en mi ánima, dijo Leonardo, apercibiendo sus arreos de guerra y echando al hombro su espingarda que estaba apoyada á la pared de la iglesia, lo que debemos de hacer es irnos los dos como si tal hombre existiera.

—Mas dirá luego tu madre que así atizas la discordia, le respondió Garcilaso con su reposada prudencia.

—Razon tienes, amigo.

—Y ella hartas pesadumbres, para que se las aumentes tú.

—Ella se apesadumbra por sus delirios, que nada en el mundo le falta, ni mientras yo viva le faltará. Pero ha dado en la manía de soñar que mi padre torna pronto de las Indias rico y respetado, y ya no goza instante de sosiego.

—Esperanza del deseo, dijo Garcilaso. Paréceme que debió de amarle mucho.

—Mas de lo que por la cuenta mi padre merecia, perdóneme Dios, que la buena señora siempre ha padecido ese desliz de amar con mas estremo á los que menos la aman. Ya ves lo que con Lope acontece; ya ves á lo que á mí me obliga; ya ves la boda infeliz que á Menda prepara. Todo es errores mi buena madre.

—Eso te duele mucho, dijo Garcilaso, oyendo el suspiro con que remataba Noguerol su plática.

—No te lo niego, amigo. Mi pobre hermana le quiere poco: lo que él merece no mas, que tiene el alma como el ojo, seca.

—¡Pobre Menda! murmuró con otro suspiro el hijo del comendador.

—Y ella se casará con Lope, que es una paloma en lo humilde.

—Tenlo por seguro.

—Y la veré desdichada.

—¡Ay de él si la hace!

—¡Si no fuera hermano mio!

—Pues si no lo fuera, ¿presumes que yo consentiria en ese loco amor? dijo con fuego el poeta.

—¡Ni yo tampoco!

—¿Cuándo pudo esperar tanta ventura?

—El que menos la merece.

—¿Y reparas, amigo, esclamó Garcilaso, cuán hermosa se va haciendo Menda?

—¿Qué si reparo, dices? contestó Noguerol ahogando un suspiro. Embellecerse la veo de hora en hora.

—Como una flor que pasa del abril al mayo, añadió el poeta.

Y quedaron en silencio y melancólicos los dos amigos.

Habia pasado mas de una hora. El sol calentaba ya.

—Repara si es aquel Lope, dijo Garcilaso luego, parándose enfrente de la puerta de San Ginés.

—¿Cuál dices?

—Aquel que á toda prisa atraviesa el templo.... por mi vida que es él, porque cojea.

—Pálido viene, murmuró su hermano haciendo reparar en ello á su amigo misteriosamente.

—Y azorado.

—Y descompuesto el traje.

—Y turbio el ojo.

—¿Dónde estaria?

—Plegue á Dios que mi desconfianza no lo acierte.

—¿Qué presumes?

—Nada bueno. Este empeño en venir con nosotros el que tanto nos ódia....

— Y esta tardanza....

—¿Tardé mucho? dijo el jóven, saliendo apresurado de la iglesia y juntándose con su hermano y amigo.

— Demasiado, respondió el campanero.

— Ya determinábamos de partir solos, añadió Garcilaso.

—¿Por voluntad de mi hermano?

— Por voluntad de los dos.

— ¿Adónde fuiste? preguntóle el campanero.

— A rezar, dijo Lope bajando la media vista que tenia.

— Devoto está el diablo, repuso el poeta sonriéndose.

— Porque no es comunero, añadió Lope.

— Si lo fuera, dijo Leonardo, no mentiria como tú.

— ¿Que miento dices?

— Yo he registrado la iglesia toda en tu busca.

— ¿De veras? balbuceó su hermano.

— Capilla por capilla, altar por altar.

— Es que en todas partes se reza.

—¿Cómo así?

— En todas partes está Dios.

— Si digo que el diablo se mete á fraile.... murmuró Garcilaso.

— Marchemos, dijo Leonardo por evitar la conversacion.

— Como no hayas subido á la torre....

— No es imposible.

—¿Rezas en los aires?

— Rezo en donde me acomoda.

— Como el diablo es espíritu que vuela por las nubes.... repuso el hijo del comendador.

— No, pues á mí, dijo Leonardo, no me dá tu ausencia buena espina. En la torre has podido hacer señales....

—¿A quién? esclamaron á un tiempo Garcilaso y Lope.

— A los espías del prior.

Los tres jóvenes, que ya habian emprendido su camino en direccion á la plaza de Zocodover, tuvieron el paso.

— No he subido á la torre, se apresuró á replicar el tuerto.

— Lo presumia, respondió su hermano.

— Tu ves las cosas ocultas.

— Sí las veo, como que á veces te veo el alma á través del ojo.

— ¡Leonardo!

—¡Amigos! esclamó el hijo del comendador interponiéndose entre ellos. No mas disputas. Que diga Lope dónde estuvo, y emprendamos el camino.

—Dígalo pues, repuso el campanero echando á andar con su escopeta al hombro.

—A burlaros vais de mí, dijo el mozalvete en tono hipócrita, pues me teneis mal conocido y estimado. En la cueva estuve.

—¿En la cueva de la penitente? esclamó Garcilaso con sorna. ¿Ibas quizás á disciplinarte por adelantado, como habias de hacer en las procesiones?

—Madre no te ha visto, replicó el campanero con desconfianza.

—Ni la condesa tampoco, repuso Lope. Eso bien lo sé yo que de ellas huí.

— ¿Cómo lo hiciste?

—Por no asustar doblemente á Doña Casilda y Menda, que ya lo estaban mucho, ni dilatar su plática con la reclusa, metíme por la cueva adentro, no sin susto mio.

—Pues ¿qué viste? le preguntó Garcilaso.

—Nada ví que de contar sea, respondió el jóven haciéndose el desentendido; pero la mente es fecunda en forjar quimeras.

—Tambien pensaba yo que allí estarias, dijo su hermano, mas y mas receloso.

—¿Por qué? repuso Lope perdiendo el color que ya empezaba á recobrar.

—No acierto á esplicármelo á mí propio.

El tuerto le miró con su ojo escrutadora y solapadamente.

—Mas no pensaba, prosiguió Leonardo, que tu devocion fuese tan viva.

—Para ser mayor que la tuya necesito poco, y cuenta que yo no estudio teología ni á la iglesia me inclino.

—Tú te inclinas á otras cosas y en otros libros estudias.

—¿Te encomendaste á la penitente? dijo Garcilaso.

—Dás en lo cierto.

—¿Echóte su bendicion?

—Llena de virtud.

—Falta te hace.

—Si, porque con vosotros voy á una empresa de herejes.

—No vengas, que no haces falta.

—¿Sabes lo que pienso, Lope? añadió Leonardo.

—¿Qué piensas, hermano mio?

—Que vá para medio año de la aparicion de esa santa reclusa, y para medio año vá que haces tú vida devota.

—No lo niego.

—¿Es que ella te ha iluminado?

—No es imposible.

—Pues yo pienso otra cosa mejor, dijo Garcilaso que caminaba pensativo tiempo hacia. Si tú y Pedro Rivas me acompañais, añadió encarándose con Leonardo, á la vuelta del viaje bajaremos á la cueva de Hércules hasta salir por Añover del Tajo. ¡Es cosa menguada, vive Dios, que en tantos siglos como de fecha cuenta no haya habido mozos en Toledo que de punta á cabo la visiten! Esto cede en mengua nuestra, pareciendo que solo cobardía haya en nuestros corazones. Ya ardo en deseos de ver por mis propios ojos las misteriosas maravillas que guarda.

—No hagais tal, dijo prontamente Lope, ó con lágrimas habreis de llorarlo.

Su hermano le miró de través.

El poeta sin apercibirse de aquella significativa mirada preguntó al tuerto:

—¿Das tú crédito al dragon que el tesoro de los romanos guarda?

—Ni al tesoro ni al dragon se lo doy.

—¿Se lo dás, pues, á la jigante estátua de bronce, que con una maza de hierro golpea sin cesar un yunque que brota llamas?

—Cuentos son esos de cobardes viejecillas, dijo Lope.

Leonardo lo devoraba con sus miradas de través.

—Pues entonces ¡cuerpo de Cristo! esclamó Garcilaso parándose; tienes miedo. No vengas con nosotros, ni al real ahora, ni á la cueva luego, que los medrosos no están bien donde nosotros estamos.

—¿Miedo has dicho, vive Dios?

—Miedo.

—¿Sois cristianos? esclamó Lope haciendo como si reprimiese el enojo.

—¡Miren la pregunta!

—Como sois comuneros, lo dudaba.

—Lope, dijo Garcilaso con una seriedad que en sus verdes

abriles tentaba á risa ó punto menos; ten cuenta Lope con lo que digo: tu hermano sufre tus agravios por no apesadumbrar á su pobre anciana madre; yo por amistad que os tengo á todos, tambien te los sufro á veces; pero vive Dios que todo acaba en el mundo, la paciencia lo primero, y si á hacérmelos tornas por ese tenor, á mojicones y puñadas te cerraré la boca.

A su maldad sin par juntaba Lope una cobardía sin ejemplo, que siempre marchan por lo comun unidas estas dos flaquezas del alma humana, pero como á Leonardo asistia gran valor, no quiso verse en su presencia humillado, y alzaba ya los ojos al jóven para decirle palabras descompuestas y descorteses, cuando el otro, arrimada á la pared su espingarda, cogió á cada uno con sus dos brazos de hierro, y separándolos de acera á acera de la calle, en voz estentórea dijo:

—¡Vive Dios que si reñís, á entrambos habré luego de matar, á tí, Lope, porque te alzas contra mi amigo, á tí, Garcilaso, porque contra mi hermano te alzas!

Es entre los muchachos donde mas firmemente asienta su imperio la superioridad de los años ó de la ciencia, con que Lope y García sin decir palabra, por amor el segundo á los Nogueroles, y por causas no menos poderosas el primero, bajaron humildemente sus cabezas, y formada otra vez la compañía siguieron su camino á la plaza con mayor prisa, pues habian perdido tanto tiempo que iba ya mediada la mañana.

De las razones que tuviera el tuerto para aconsejar que no bajasen á la cueva de Hércules si eran cristianos, ninguno volvió á acordarse en el atolondrado hervir de sus cabezas juveniles.

Tambien pudo ser parte á este olvido su llegada á la plaza de Zocodover, donde á la sazon estaba reunida con grande asombro de los hombres y mujeres que con beatífica apostura tornaban de los oficios de la catedral, una lucida compañía de mancebos tan mancebos, que á juzgar por sus imberbes rostros, el mas entrado en años era el hijo mayor de Joaquina Aguirre.

Como la mayor parte de los vecinos importantes de Toledo habian marchado á la guerra con la tropa de Padilla ó la del rey, entre los concurrentes de la plaza solo habia que reparar al odrero Pedro Rivas, que llevaba la voz en un corro de menestrales, comuneros todos hasta dejárselo de sobra, y á los hermanos Gonzalo

y Cosme Gaitan, que platicando paseaban debajo de los arcos por donde al alcázar se sube.

Es cosa peregrina de observar en los menestrales que acaban por parecerse de todo en todo á los objetos que construyen: acaba el zapatero por curtirse como la suela, el bonetero por ennegrecerse, el librero por apergaminarse, y el cerero, y el carpintero, y el herrero por confundirse con las velas, con los maderos y con los enverjados.

Érales por otra parte necesaria á los antiguos tanta asiduidad en el trabajo, que de sol á sol lo emprendian si no eran viciosos ú holgazanes, y solo á la madrugada ó al anochecer sacaban sus respetables personas á las plazas públicas ó los mentideros.

Figúrese el lector una odre con pequeños brazos y diminutas piernas. Tal era el odrero Rivas.

Escusado parece advertir que ni los artesanos ni los Gaitanes hacian cuenta para nada con la mas numerosa reunion de los muchachos. La llegada de Garcilaso y sus camaradas, movió primeramente un rumor de alegría, pues además de su inesperada tardanza, ellos eran el alma de aquella juvenil asamblea; mas vióse pronto turbado por la llegada de algunas mujeres que descompuestas y presurosas corrieron al hijo del embajador amenazando tragársele.

—¡Aventurero desalmado! gritaban de consuno como furias desatentadas. ¡Llevar quieres á nuestros hijos á la muerte! Que defiendan la santa comunidad al abrigo de los toledanos muros, empresa digna de sus años y de su temprano brio es; pero que salgan á retar á las tropas del prior, como si fueran los legos del obispo Acuña, solo á demencia ó á torcida intencion podemos achacarlo.

—¿Quién contó semejante cosa? dijo Garcilaso mudando cien colores en un minuto.

—Menda, la doncella de Doña María Pacheco, respondió una mujer, dijóselo anoche con secreto á un criado de la marquesa de Villena, y el criado de la marquesa al ama del canónigo Tenorio, y el ama del canónigo al cura de Santo Tomé, y el cura de Santo Tomé á su campanera, y la campanera á una menestrala de la calle Mayor, y la menestrala....

—A Satanás que con todas vosotras cargue, dijo Garcilaso desasiéndose trabajosamente de ellas y volviéndoles la espalda.

—¡De nuestro dolor se burla! esclamaron las mujeres enristrando los puños.

—¡De nuestras ánsias!

—¡De nuestro llanto!

—¿Y ha de llevárseles?

—¡Si él los hubiera parido!

—¡Maldita comunidad!

—Pedro, Juan, Antonio, Rufo, gritaron cien mujeres á la vez, manoteando como condenadas; si con Garcilaso os vais, á Toledo no torneis.

—Poco á poco, dijo el jóven plantándose enfrente de su estraña compañía. Ocultar quise nuestra empresa, pero ya es en vano, que donde hay una mujer no hay manera posible de secreto. Ya sabeis todos la ocasion que nos mueve. Al real vamos del prior, á sostener un paso honroso, á semejanza de los que cuentan los libros de caballerías, como ya os lo iré esplicando en el camino. El que sienta por ello desmayar su corazon, el que prefiera las haldas de su madre á los lauros del caballero, torne á su casa incontinenti.

—¡Si tornarán, pobrecitos de mis ojos, que engañados iban! Pedro, Juan, Antonio, Rufo....

Pero ni Pedro, ni Juan, ni Antonio, ni Rufo, desampararon sus puestos.

—¡Eh! tú, cara de vinagre, Pedro Rivas, odre en ciernes, añadió otra mujer acercándose á un mozo y pellizcándole con furia ¿qué es lo que dices á los pobres muchachos? ¿por qué les amenazas con el puño?

El odrero con efecto, iba de un paladin á otro, diciéndoles en voz baja:

—El que tan cobarde sea, conmigo se las habrá.

—¡Miren el hermano de las odres! repuso otra mujer poniéndose en jarras. Como él y su casa están llenos de aire, querrá hacerse caballero andante á costa de nuestros hijos.

—Mal pronóstico se me acuerda, murmuró una viejecilla. En mis tiempos habia en la ciudad un decir que decia: —*Soplará el odrero y arderá Toledo.*

—¡Hijo de mi corazon!

—¡Hijo perverso!

—¡Hijo de mis entrañas!

—¡Hijo de Barrabás!

—¡A casa!

—¡Tira pronto esos arreos!

—O no me vuelves á ver.

—O te doy una zurra.

—O me hallas muerta al tornar.

—O te deshereдo.

Pero ternezas, ruegos, razones, amenazas, todo fué en balde.

Los mancebos estaban entusiasmados con su empresa, íbales ya en no rendirse el punto de su infantil honra, y solamente uno raquítico, débil y quizás amoroso en demasía, atrevióse á desfilar hurtando el cuerpo, y se recogió á las haldas de su madre.

Pedro Rivas le enseñó el puño, y él tapóse los ojos con toda la magestad de un César que le duele ver el puñal de Bruto.

No llevaban las mujeres traza de poner fin á su vocerío y aspaventeo, que por momentos crecia amenazando ponérselo á la paciencia y los ojos de Garcilaso y sus compañeros, y llamando ya la atencion de los dígnos menestrales que debajo de los arcos platicaban; mas acertaron á desembocar en la plaza por la calle de la Sillería algunos ginetes, y en ellos se puso al punto la admiracion de todos y de todas.

Rompia la marcha en un asno reposado, que severa y magestuosamente miraba las piedras del suelo con ojos y orejas, un campesino atezado, barrigudo y mofletudo á la manera de Sancho Panza y del odrero Rivas, largo de lengua y de brazos corto, de espaldas anchísimo, con un bosque por cejas y una enmarañada montaña por cabellos. Su hablar y su atavío palmariamente le calificaban de vecino de Tembleque ó del Romeral, y era en Toledo conocido por consagrarse al oficio de guia de los caminantes.

En mula al parecer de convento por lo rolliza, arrogante y andariega, marchaba detrás del guia un corpulento ginete, entrado en años, en el mirar profundo y cariñoso, en el sonreir amable, en el ademan imperativo con sus puntas de insolente, y en el arreo sobre toda ponderacion peregrino y de ver.

Un capuz de viaje, mas ancho y mas fino de los que las gentes del pueblo usaban, cubria imperfectamente su rica armadura, el puño bruñido de su montante, la ostentosa banda de su pecho; mas no acertaba ni con mucho á cubrir la negra loba de los sacer-

dotes que por debajo de la armadura le corria hasta los piés, ni en su cabeza el deslumbrante casco con gallardas plumas.

Por el mísmo tenor vestidos, si bien mas humildes en ademan y traje, y mas cuidadosamente encubiertos con sus tabardos y capuces, seguian á este viajero otros dos, tambien en mulas franciscanas ó dominicas. Por las partes que de sus cuerpos se vislumbraban y aun tal vez por la estatura, parecian asimismo de menos edad.

Como bandada de palomas á puñado de trigo, abalánzaronse mujeres y mancebos al guia, que se puso mas horondo que Pizarro en Indias, y pavoneando gallardamente su barriga sobre el lomo del rocin, abria paso á sus señores entre la muchedumbre.

No hay que decir que los menestrales corrieron tambien allá.

—¿Quién será ese apuesto capitan? esclamaban á un lado y otro mujeres y hombres.

—Toda es novedades Toledo. Ayer vino el marqués de Villena: hoy este señor.

—Plegue á Dios no sea el duque de Maqueda, que vendrá tambien un dia ú otro segun dicen las gentes de Pacheco, y se me antoja que viene en son de guerra, pues asi estiman estos señores á la santa comunidad, como yo á mi suegra que muchos años me espere en la gloria.

—¡Calle la bachillera! dijo el guia desde el asno, que ya me enojo de escuchar sus dislates. El que conmigo viene, guárdele Dios, no es señoron ni duque, aunque pica muy alto, y en lo de comunero nadie se le aventaja. Tentaciones me dán de decirle su nombre para afrentarla; pero tiénemelo prohibido su reverencia. ¿Piensa la estulta que á ser así le hubieran dejado entrar por las puertas de la ciudad? ¡como hay en ellas tan pocos guardas y vigias! desde antes de amanecer nos tienen detenidos para tomar la vénia del Ayuntamiento.

—¿Y la ha dado?

—Con mil amores. Ni era posible negarla al obispo....

—¡Al obispo! repitieron todos los circunstantes.

Y por los ángulos de la plaza sonó lento y prolongado un murmullo que se repetia de boca en boca.

—¡El obispo!

—Pecador de mí, dijo el labriego, que ya os di mal mi grado á entender su condicion.

— ¡Obispo! repitieron todas las voces.

—Y de los mas famosos de España, repuso el guia.

Esta plática no impedia al bueno del labrador adelantarse paso á paso con su grave rocin entre la muchedumbre, dándole con las riendas blandamente en el pescuezo, y trás él avanzaban los caminantes abriendo paso con sus cabalgaduras sin decir palabra.

Solo uno de los de corta estatura que caminaban zagueros, sacó un ojo del embozo de su capuz al pasar enfrente de Garcilaso y de sus amigos.

Emparejaban ya con el arco del alcázar, cuando Gonzalo Gaitan, que allí estaba en compañía de su hermano el canónigo, gritó repentinamente con todos sus pulmones:

—¡El obispo Acuña!

Imposible parece describir este momento.

Aquel de nuestros amables lectores que á la novela *Juan de Padilla* haya consagrado sus ocios, recordará sin duda el frenético delirio con que el buen pueblo de Segovia recibió en sus muros al héroe toledano, que iba á prestarle ayuda contra el conde de Chinchon, cierta noche del estío de 1520; y trasladando los sentimientos, los vítores y el concurso desde la orilla del Eresma á la de Tajo, se dibujará á lo presente en su fantasía, el tierno espectáculo que presentaba la plaza de Zocodover.

Mas no pasaremos adelante, como escritores de verdad que somos, afectos á dar al César lo que es suyo, y á abrir de par en par las puertas del corazon humano con las llaves de oro de la historia, no pasaremos sin decir que era mas vivo aun el entusiasmo escitado por Acuña en Toledo, que el que escitó Padilla en Segovia, pues sombreaban la frente del obispo los frescos lauros del Romeral, fresco tambien se hallaba en la memoria de todos el entusiasmo con que los estudiantes de Alcalá y los vecinos de Madrid acababan de festejarle á su tránsito reciente por ambas villas, habia volado ya de un cabo á otro del reino la fama de su amor á la plebe, de la blandura de su carácter, de la dulce miel que vertian sus lábios, y muy en particular de los altos propósitos que su corazon abrigaba, mientras la fama de Padilla, cuando entró en Segovia, era flor en capullo ó punto menos.

Otra diferencia muy notable se debe apuntar aquí, no ya porque establece, aclara y dibuja las que habia entre los caractéres de

los dos capitanes de la Santa Comunidad, sino tambien porque hace el mismo oficio respecto al estado social de aquella época, tan merecedor de estudio y tan difícil de comprender por lo estremoso y contradictorio.

Cuando aborrece el pueblo á una clase de la sociedad y á uno de sus individuos ama, que es cosa vista con frecuencia, traspasa en un punto los límites racionales del amor, como ha borrado los del ódio, llega al frenesí, deléitase en él, y de no sacudirlo hace gala, bien porque se goce en humillar á los aborrecidos con el espectáculo de los amados, bien porque sus sentimientos de suyo nobles y generosos necesiten de pronta y grande reaccion cuando van por tan áspero camino.

Acuña pertenecia al alto clero, despótico, fanático, malamente enriquecido, y odiado por lo comun.

Demás de esto, y reparando bien hoy su estraña figura con el catalejo de los tres pasados siglos, hallaremos en sus predicaciones y en su proceder con la plebe, un vislumbre de las ideas revolucionarias que alumbraron despues toda la Europa en la hoguera encendida por el insensato Lutero.

Los otros capitanes de la Comunidad se daban ostensiblemente la mano con el primer estado, con el elemento aristocrático; mientras Acuña se la daba el tercer estado, con que hoy llamamos democracia y entonces era plebe.

A tan poderosas razones conviene agregar por última y remate, el apego á lo maravilloso, á lo estraño, á lo increible, que domina al vulgo.

Hacia con efecto un espectáculo capaz por sí solo de trastornar las inocentes fantasías de aquel inocente pueblo un obispo caballero andante, revolucionario, tribuno, pendenciero, alegre y dadivoso, que traia *sobre la hopalanda el espaldar*, como en Tordesillas le censuró fray Antonio de Guevara, *sobre el alba el peto, y en vez de mitra casco con plumas.*

Y era de ver este espectáculo, no por la novedad que tuviera en la imperial ciudad, ganada tantas veces, tantas veces perdida, y tantas y tantas defendida por príncipes de la iglesia contra los sarracenos y toda clase de enemigos; no en el pueblo castellano, que acababa de ver al gran cardenal Mendoza ocupado en la conquista de Granada, y al mas grande Cisneros, ocupado en la de Orán: era

maravilloso este espectáculo, porque obispos revolucionarios de aquel jaez no se habian hasta entonces visto en Castilla, así como no se habian visto movimientos de aquella índole, imaginados y hechos para dar al pueblo mas holgura, mas vida, mas representacion social.

Era harto diestro D. Antonio para que no comprendiese lo amable y simpático de su situacion; y por eso sin duda, al oir los vítores y al verse mal su grado reconocido, se pavoneaba orgulloso en su palafren.

Calmado un tanto el patriótico delirio, cuando para verle, tocar sus ropas, estrechar sus manos, y en sus mismas barbas aturdirle á gritos, se abalanzaba medio Toledo á él, acabó de alzarse la visera que antes le cubria los ojos, y empinándose sobre los estribos, recreando sus ojos en aquel humano mar donde sobresalia como galera capitana, soltó su robusta voz en estos términos:

—No es por mi voluntad, hijos mios, pedazos de mi corazon, que se turba el solemne silencio de este dia en que recuerda nuestra Santa madre Iglesia con llantos y lamentaciones la muerte del Divino Maestro, que á todos nos redimió; pero la flaca lengua de mi guia hace ya vano mi propósito, y solo me cumple rogaros que no pobleis los aires de alegres vítores, pecaminosos y profanos en tan solemne ocasion como esta, ni menos me impidais llenar mi piadosa obligacion sacerdotal, oscuro y olvidado como cualquiera canónigo. Hasta la Pascua florida tengo hecho punto en el pelear, casi todas mis gentes licenciadas, y en faccion mis capitanes en Tembleque y Ocaña; con que si llegase esta nueva al prior, llanto nos costaria la Semana Santa. Digoos, pues, ¡voto á mi corona! entrañables amigos de Toledo, plebe como ninguna bizarra y comunera por quien siempre daré mi sangre, digoos que hagais como si no me viérais, que orar me dejeis á mis solas como sacerdote humilde, y si razon faltara aun para demandároslo, añadiré que solo esta ocasion de la Semana Santa me trae á vuestra ciudad, que estaba en Dios y en mi ánima determinado de no venir nunca á ella, y que esto cumple á mi honra, pues los villanos imperiales murmuran que tengo puestas las miras de mi ambicion en el arzobispado de Toledo. Mas ellos me pagarán su calumnia, ¡voto á mi corona!

Nunca tal hubiera dicho el bueno de D. Antonio.

—¡Arzobispo de Toledo! esclamó con tanta boca abierta y los

ojos traspuestos el canónigo Cosme Gaitan, volviéndose hácia su hermano que habia desaparecido de allí.

— ¡ Arzobispo de Toledo ! gritaron cien voces con acento cóncavo y estraño, como el que siempre hallan en el vacío aquellas frases que han de tener importancia suma. ¡ Arzobispo de Toledo !

— ¿ Por que no? repuso en tono de sochantre el odrero Pedro. Rivas. ¿No es obispo de Zamora, mitra rica?

—¿No es bravo caudillo? añadió un menestral.

— ¿No es del linaje de los Osorios?

— ¿No es mejor que todos los flamencos juntos?

— Vaca está la Sede....

— Ovejas somos sin pastor....

— ¡ Arzobispo ! ¡ arzobispo ! dijo Rivas.

— Hagámosle arzobispo, esclamaron todos de repente con tal espontaneidad y tan al unísono, que á no mirarlo se dudara de ello.

Y atronó toda la plaza de Zocodover esta esclamacion inmensa.

— ¡ Arzobispo ! ¡ arzobispo !

Las sensaciones que D. Antonio esperimentara no son para dichas, ni acaso por sus históricos hechos anteriores y posteriores á este famoso Jueves Santo se comprende bien las que debió de esperimentar, pues aunque ambicioso del arzobispado, era asaz entendido en cánones y asaz firme y resuelto en sus ambiciones para quererlas ver tan malamente realizadas.

Lo que sí está averiguado, es que no le dieron tiempo tan siquiera á descabalgar de la mula, pues al compás de los vítores y escitaciones de sus compañeros de viaje, que estaban locos de alegría, arrojáronse sobre él Cosme Gaitan, Pedro Rivas y otros robustos menestrales, y alzaronle en sus brazos como en régio pavés, dirigiéndose por la calle Ancha á la insigne basílica toledana, no sin seguir atronando los aires con sus vítores á Acuña y los repetidos gritos de:

— ¡ Arzobispo ! ¡ arzobispo de Toledo !

Mudas yacían las venerables campanas, así como yacían mudas para la alegría las voces de los fieles; pero la sorda y lamentable carraca de la catedral llamaba á la sazon á las Tinieblas. Cantábanse temprano para que el cabildo pudiera asistir á la procesion, que de la iglesia del Cármen calzado sacaba la ilustre cofradía de la Vera-Cruz, fundada por el Cid campeador.



¡Arzobispo! ¡ya tenemos arzobispo! gritaba la plebe encaminándose á la catedral.



CAPITULO VIII.

QUIÉN ERA EN SENTIR DE DOÑA MARÍA PACHECO EL CAUDILLO MAS COBARDE, MAS VIL, Y AL PROPIO TIEMPO MAS VALIENTE, MAS DIGNO Y MAS GLORIOSO DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

Por los ayunos de aquel santo tiempo desmayada, y por sus propios pesares abatida, acababa la mujer del héroe toledano de entrar en su oratorio, y arrodillarse devotamente sobre un almohadon de terciopelo carmesí á los piés del crucifijo, sin fuerzas para dirigir al cielo sus devotas preces, cuando sonaron en la vecina estancia rumores de precipitados pasos, y armado hasta los dientes como por la plaza de Zocodover andaba un momento antes, penetró en el sagrado recinto Gonzalo Gaitan.

Incontinenti alzóse del almohadon Doña María con visible sobresalto, que solo causa muy grave y apretada podia llevar al caballero allí.

—¿Qué acontece, D. Gonzalo? esclamó encarándose con él. ¿Hácenme los canónigos alguna propuesta? ¿bríndanme ya con mayor suma de dineros? Quiéralo Dios, pues ha acabado de envenarme el alma este suceso. Mi padre Pedro Lopez ni tan siquiera

me habla, y mi hermana la condesa en pecado mortal me cree. Pero ¿no contestas? ¿tanta prisa trajiste que te falta el aliento? ¿acontece cosa peor?

—Sí, señora, respondió lacónicamente D. Gonzalo. Cosa peor acontece.

—¿Se han escapado los canónigos?

—No por cierto.

—¿Es cosa peor?

—Si por mi vida.

—¿Me han escomulgado?

—¡Dios nos libre!

—¿Me delatan á la Inquisicion?

—Tampoco. Está vacante por fortuna la inquisitoría general de este reino de Toledo.

—¿Se ha amotinado la plebe?

—¿En pró de los canónigos? repuso el capitan sonriéndose con ironía. No señora, ni es posible.

—¡Gran Díos! balbuceó la dama, llevándose la mano al corazon, como si cegar quisiera la fuente de todos sus males. ¿Ha venido por desdicha algun mensajero triste de Padilla?

—No, señora.

—¿Ni hay de mi hijo nuevas malas?

—Tampoco, repuso Gonzalo con su acostumbrada torpeza.

—Entonces, dijo la dama leyendo en sus ojos cuyo tosco lenguaje entendia, entonces.... si.... eso es.... el obispo ha venido.

—Sí, señora, respondió el capitan.

—¿Quién le franqueó la entrada?

—Los centinelas.

—¡Imposible! esclamó la dama volviendo sobre sí y olvidándose de sus padecimientos. Yo le escribí que no viniera. ¡Por rezar esta Semana Santa pone en peligro nuestra gente y nuestra ciudad!

—La ha licenciado.

—¿Ha licenciado sus gentes?

—Eso dicen los villanos que le rodean.

—¡Nos deja á merced de Zúñiga! caerá al punto sobre Toledo: bien lo sospechaba: ya le aguardo.

—¡Ojalá venga el prior! dijo el capitan.

—¿Y en dónde se halla el obispo?

—En la catedral.

—¡En la catedral! ¿Tanta prisa de rezar le aquejaba que no ha venido á verme?

—Se está haciendo arzobispo.

—¡Arzobispo! ¿Sabes Gonzalo lo que dices?

—Arzobispo se está haciendo, no lo dudeis.

—Tú estás loco. Los hace el Papa.

—A Acuña lo hace la plebe.

—¡Jesus mil veces! ¿qué me cuentas? ¿pero eso es posible? ¡D. Antonio Acuña! ¡el varon docto! ¡el pecho mas sano, y el alma mas libre....! se deja cegar de la ambicion hasta ese estremo.... ¡Dios mio! quieren perder á las comunidades.... corre.... detenle....

—¡Que le detenga! repuso con sentimiento Gaitan.

—Corre, menguado.

—Ya no es posible.

—¿Entonces á qué has venido?

—Pensé que vueseñoria, dijo humildemente el capitan, quisiera ayudarle....

—¿A ser arzobispo?

—Sí señora.

—¡Yo! ¡ayudarle yo! dígote que estás loco.

—Pero Doña María....

Y despues de un instante, como si mejor lo pensara, dijo:

—Ven.

—¿Adónde?

—A la catedral.

Gonzalo respiró satisfecho.

—Todos los que me rodean están desatinados, murmuró Doña María. ¡Qué desventura la nuestra!

—¿Desatinos llamais....? repuso Gonzalo nuevamente apesadumbrado.

—No repliques. Esto ha de ser.

—La plebe....

—¿Qué me importa la plebe?

—El obispo....

—¿Qué me importa el obispo?

—A muchos canónigos les place.

— Solo á tu hermano.

— Y á otros más que en la calle Ancha encontré.

— ¿De veras?

— Como la misma plebe le vitoreaban.

— Trae la llave de la sacristía.

— Pero, señora....

— Tráela y no repliques.

— ¡ Doña María....!

— Basta ¡callad! Segun veo, traíais otra cosa pensada....

— Como el obispo es tan buen comunero....

— Peregrina prueba.

— Me placeria de verle arzobispo.

— ¡ Calla ! ¡ calla !

Y con planta presurosa aquella débil mujer, un momento antes moribunda, salió del oratorio seguida del confuso y cabizbajo capitan.

— ¡ Qué ambicion tan necia! ¡ qué pechos tan desmedrados! murmuraba al cruzar las cámaras, dirigiéndose á la escalera. ¡ Por una mitra arzobispal pierde su honra y la de sus amigos, y la del pueblo que le vitorea, y su misma alma, que irremisiblemente se condenará! ¿Qué pueblo es este de Castilla, donde nacen semejantes hombres? Estoy afrentada. Mírenle, mírenle.... D. Antonio Acuña, el mas famoso de los comuneros, el mas renombrado de los obispos, mírenle cómo baja hasta recojer en el polvo de la infamia una mitra mejor que la suya....

— Eso, sí, mucho mejor, dijo el caballero detrás de Doña María.

En esto llegaban á la escalera.

— ¡ Cielo santo ! esclamó la dama, retrocediendo de súbito.

— ¿Os asalta algun dolor?

— ¿ Quién habla de dolores?

Gaitan dobló la cabeza como un esclavo.

— ¡ Mi hijo ! ¡ mi Gonzalo de mi alma queda á merced del prior!

— Es verdad, repuso el comunero bajando los ojos.

— ¿Qué tambien será cobarde el necio del obispo?

— ¿Cobarde? no por Dios, y miente quien lo diga, esclamó fogosamente Gaitan, como un corcel que se olvida de que es su dueño quien le espolea.

—¡Vos mentís!

—¡Señora!

—¡Mentís! ¡mentís! ¡hacer punto en la guerra estando prisionero mi hijo! es cobarde á mas de necio, y de mentecato, y de ruin, y de todas las cosas malas de este mundo. No me digas que no; si me lo dices por tan cobarde y tan mentecato como Acuña te tendré. ¿Quién suelta la lanza hasta rescatar á mi hijo? Pues si yo fuera capitan, ¿no estarian á estas horas todos los imperiales desbaratados? ¿no tendria yo cien hijos suyos prisioneros? ¡Ira de Dios! ¿qué hasta votar me hagan estos varones de mi rueca dignos? —¡Y así permaneces, Gaitan! esclamó tras una breve pausa, volviéndose al caballero, que estaba aturdido y dementado. ¡Así permaneces! Vé, corre, pregúntale si tiene honra, si es hidalgo afréntale, escúpele á la cara.... ¡Oh cuando yo le vea....! ¡no vendrá....! no se atreverá á ponerse delante de mis ojos....

—¡Madre mia! gritó á lo lejos en las habitaciones bajas de la casa una voz que ya iba perdiendo su argentino timbre infantil, como los lectores de *Juan de Padilla* recordarán.

Dió Doña María tres ó cuatro vueltas sobre sí misma con los ojos desencajados, con los lábios convulsos, con la respiracion suspendida, como quien está á punto de perder la cabeza.

—¿No oís, señora? dijo el capitan alegre y reanimado.

—¡Tú oyes....! tú! murmuró sordamente la dama.

—La voz de vuestro hijo.

—¡Mentecato!

—Era su voz, Doña María.

—¿Osas burlarte de mí?

—Júroos que sonaba....

—¡Mentecato! sonaba en mi corazon.

—Suben la escalera.

—¡Ay de tí si me engañas!

—Señora, volved por piedad en vos.

—¿Querrás conocer su acento mejor que su madre? repuso despreciativamente volviendo la espalda, pero sin apartarse de allí.

—Pues era el suyo.

—¡Mientes! repito que mientes. ¿No me lo habia de anunciar mi corazon?

—Dejadme bajar.

—Y si no es, y si no es mi Gonzalo, ¿qué castigo habrá para tí bastante?

—¡Madre mia! tornó á decir la voz, desde la escalera.

—¡Ah! esclamó la toledana tendiendo sus brazos al caballero, sin articular mas frase.

—¿Dónde estais, madre y señora?

—Aquí, Gonzalo, aquí estoy.

Y faltándole fuerzas para bajar cuando se inclinaba presurosa á la escalera, sin desprenderse de los brazos de Gaitan, como si á su propio hijo abrazara en él, cayó de rodillas, murmurando:

—¡Hijo mio!

Ya estaba el doncel abrazado de ella.

Habia subido los escalones como el pájaro sube de un vuelo desde las ramas á la copa del árbol.

No menos rápida habia sido esta escena.

Enjuto el llanto de la alegría, calmadas las convulsiones histéricas de la risa, echóse hácia atrás la dama, se le dilataron los ojos con celestial espresion, y reparando á su hijo de piés á cabeza, esclamó con acento radiante, si es permitido decirlo así:

—¡Qué gallardo mozo estás! ¡Dichosos catorce años!

—Para quince van, señora madre, dijo el niño besando su mano una y mil veces con deleitosa ternura.

—Pero esto es un sueño, repuso la Pacheca suspirando de fatiga, y hablando tan desmayadamente como si de un letargo saliera. Esto es un dulce sueño y me aqueja el temor de despertar.

—Desechadlo pronto, señora madre de mi alma, querida de mi corazon sobre todas las cosas de este mundo. Aquí me teneis libre y como nunca amoroso.

—¿Os escapásteis al fin? ¡cuánto me alegro! y por Dios que lo temia.

—¡Escaparme! repitió avergonzado el niño.

—Vuestra tia la marquesa me lo anunció.

—No hubo modo de hacerlo.

—Si lo hubiera habido.... ¡es tan valiente! ¡tan aventurero! añadió la dama dirigiéndose al otro Gonzalo.

El niño se iba por instantes avergonzando mas y mas.

—Tal era, murmuró en voz imperceptible, desde el primer dia mi propósito.

— ¡Venís rescatado! tanto mejor.

—Vengo.... libre.

— ¡Libre!

—Como el pájaro en el aire, como el pez en el agua, como D. Gonzalo Padilla en el regazo de Doña María Pacheco, añadió con donosura cortesana.

— ¡Picaruelo de mis ojos!

— ¡Ah! cuanto anhelaba por verme aquí, en mi casa de Toledo, entre estas paredes que parece que me hablan, dulces y blandas como mi señor padre, como mi señora madre cariñosas.

— Que habreis hecho alguna locura, ya se entiende.

— No en verdad, murmuró el niño tornando á bajar los ojos.

— ¿Pues cómo libre os veo?

— Gracias al obispo.

— ¡Al obispo Acuña!

— Al mas esforzado de los comuneros, al mas leal de los amigos de mi señor padre.

— Razon teneis, D. Gonzalo, dijo sin poder reprimirse el hermano del canónigo.

—¿Qué os decía, Gaitan? esclamó la dama encarándose con él tan resueltamente, que pareció que iba á decir todo lo contrario. No hay hombre como el obispo Acuña. Es sin par. Es un dechado. No hay hombre como él.

— Por mi sola libertad ha dado una batalla.

— ¡Una batalla, Dios mio!

— En las calles de Tembleque.

— Y vos ¿qué hicísteis en ella?

—¿Qué habia de hacer? pelear.

—¿Corrísteis algun riesgo? esclamó Doña María sobresaltada. El niño se sonrió despreciativamente.

—¿Peleásteis por los imperiales? díjole Gaitan en tono de reconvencion.

— Por los comuneros, contestó con orgullo el doncel.

— Pues ¿no estábais con el prior?

— Estaba ya libre.

— ¿Desde cuando?

— Desde el amanecer.

— Contadnos la aventura, dijo su madre.

— Oid.

Entrambos le rodearon con interés vivísimo. Doña María le entrelazó su brazo al cuello, á manera de amoroso yugo.

— El martes santo á la madrugada.... dijo el niño.

— ¡ A la madrugada! repitió su madre. Por eso en toda la noche cerré los ojos. Por eso al rayar el dia se ahogaba de sobresalto mi corazon.

El niño por respuesta le dió un beso y repuso:

— Hallábase tranquilo el prior en su real, sin duda dormitando, pues yo hacia lo propio, cuando de súbito.... ¿qué os imaginais que aconteció?

— ¿Cayeron los de Acuña sobre su gente?

— Ni por pienso.

— ¿Envió el obispo algun heraldo?....

— Tampoco.

— ¿Algun cartel de desafio....?

— No lo acertais, señora madre.

— Pues ello ¿qué fué á la postre?

— Teníamos con carros en la plaza hecha una á modo de tienda, que á un lado y otro pudiera moverse, pues el real del obispo estaba desde muchos dias á la vista de Tembleque, y era general propósito huir cuando acometiera; mas de repente empezaron á arder los carros.

— ¿Dónde estábais vos? esclamó su madre sobresaltada otra vez.

— Dentro de uno.

— ¡ Dios mio !

— Y un tanto me chamusqué.

— No me lo digais.

— Curóse ya.

— Pero ¿quién si no vos, loco y desprevenido, no salta incontinenti....

— ¿No os dije que dormia?

— ¡ Teneis el sueño mas pesado!....

— A saltar iba, pues, cuando oi que por de fuera menudeaban los cintarazos y las estocadas....

— Bien hicísteis en no saltar.

— Pero me sacaron mal mi grado.

—¿Cómo? ¿quién? dijo asustada la dama.

—Un brazo de hierro, que al pronto no ví cuyo era.

—¿Y os hallásteis entre los combatientes?

—Halléme caballero en una mula, rodeado de negras visiones que al crepúsculo matinal, mezclado con el vivo resplandor de las hogueras, ponian miedo.

—¿Negras visiones? esclamó Gaitan.

—Negras como el humo que nos envolvia.

—¿Entonces huísteis espantado?

—¡Espantado! ¿de quién, señora madre?

—De las visiones.

—Eran los legos del obispo.

—¡Ah! ¡benditos legos! no lo acertaba.

—Rodeáronme seis ú ocho, obedientes á una voz poderosa que gritó—llevadle,—y picando espuelas....

—¿Salísteis de Tembleque?

—Como el viento.

—¡Gran hazaña! ¡valeroso obispo! ¡valerosos legos!

—Mas despues torné yo solo, dijo irguiéndose y pavoneándose D. Gonzalo.

—¿A dónde?

—A la villa.

—¡A Tembleque! repitió Gaitan asombrado.

—¿Habian huido las gentes del prior? esclamó ansiosa Doña María.

—No por cierto, sino que de tal modo cargaban sobre las de Acuña, que las tenian á punto de rendirlas. Yo, que tal ví desde una eminencia al primer rayo de la aurora, pico á mi mula....

—¡Qué desvarío! ¡qué insensatez!

—Y metíme en Tembleque.

—Pero ¿os seguirian los legos?

—No hay que decirlo.

—¡Ah! ¿y eran muchos?

—Tres....

—¡Y con tres compañeros tornásteis!.... ¡qué locura!

—En tan buen punto llegamos, que nuestra fué la victoria. Los de Zúñiga, que en el fragor de tan estraño tumulto acababan de despertar, chamuscados como herejes, hallábanse cariacontecidos y

pavorosos, viendo arder aquellas fantásticas hogueras que ellos no habian encendido, sintiéndose atacados por negras visiones que les echaban la bendicion y les encomendaban el alma en latin antes de matarlos, con que viendo que otro golpe de negros combatientes acudia capitaneado por una fantasma blanca....

—¡Fantasma blanca! repitió su madre con asombro.

—Sí, señora, repuso el niño sonriéndose. Blanca como el ampo de la nieve.

—Pues ¿no érais vos?

—Pero estaba en paños menores, añadió D. Gonzalo riéndose á carcajadas.

Gaitan y Doña María hicieron lo propio.

—Salté del carro como yacia en el lecho.

—¡Cuanto frio pasaríais, hijo de mi corazon! dijo la de Padilla abrazándole de nuevo.

—¿Os olvidais de la lumbre?

—Es verdad.

—Caliente como el infierno estaba Tembleque.

—¿Y vencísteis al fin? le preguntó el comunero.

—Mio fué el lauro de la jornada. Hasta mi ropa recobré, no sin trabajo; pero por la banda, señora madre, que me bordásteis vos, matar me dejaria.

—Pues no hagais tal otra vez. ¡Por una mísera banda ponerse en trances que los hombres barbados no afrontan sin temblar!

—Peor era el que por mí corria D. Antonio Acuña.

—Empresa digna de un Cid, y sabe Dios que ya ardo en deseos de hacerle alguna muestra de gratitud. ¡Qué estraordinaria bizarría! ¡qué nunca vista amistad! ¡qué pecho tan generoso y alentado!

—Aun ignorando el suceso, porque no me han conocido mis amigos propios, ni he descubierto el semblante, solamente por el amor que el pueblo le profesa, ahora, ahora en Zocodover, han vitoreado á D. Antonio Acuña hasta ensordecernos, y á la catedral se le llevan para hacerle arzobispo. No sin dificultad pude yo escabullirme entre la muchedumbre, torciendo el rumbo á mi casa. Ya vereis cuando por arzobispo de Toledo le tengamos, ¡ya vereis que arzobispo!

Doña María enmudeció y se puso ceñuda.

—Bien que merece serlo, añadió Gaitan.

—Como ninguno, repuso el niño.

—Será un San Ildefonso.

—No ofendais á Dios, dijo secamente la dama.

—Tambien es bueno y santo, señora madre, repuso D. Gonzalo. Por rezar y hacer penitencia en estos santos dias viene á Toledo, y para que sus gentes no pequen ni viertan sangre, las ha licenciado hasta la Pascua.

—¡Cierto es todo lo que me digiste! murmuró tristemente la dama, dirigiéndose al capitan.

—Mas ya no pondreis reparo en su elevacion, repuso éste.

—Vamos á la catedral.

—Huélgome en ello, dijo el niño, demandando á un criado su capotillo y sus arreos de córte.

—Quedaos y reposad, le contestó su madre.

—No por mi vida, que le estoy harto agradecido para no regocijarme en su nueva victoria. Quiero yo verle sentado en aquella hermosa silla arzobispal del coro con su báculo y su mitra y su inmensa córte de canónigos....

—D. Gonzalo, dijo la dama severamente, os ordeno que permanezcais aquí.

—Pero señora madre....

—En breve damos la vuelta.

—¿Ya mandais que me aparte de vos?

—No por apartaros, sino porque reposeis.

—Mas si no estoy necesitado de reposo.

—Quedaos, añadió en tono firme aunque conmovido de ternura Doña María.

Y seguida de Gaitan, que como un perro se arrastraba á su lado, bajó la escalera y salió de su casa.

La calle estaba desierta, como la hora y la solemnidad del dia dejaban esperar; pero cuando desembocaron en las Cuatro Calles, toda la del Arco de palacio y la plazuela del Ayuntamiento que la coronan, las vieron enchidas de gente.

El canónigo Tenorio vivia en la esquina de las Cuatro Calles, donde empieza la que poco despues se llamó del Hombre de Palo, por el autómata que hizo Juanelo Turriano que en ella tambien vivió.

Este autómata salia por su pié de casa del artista, atravesaba

las Cuatro Calles, bajaba la del Arco de palacio, y al llegar á la plazuela del Ayuntamiento entraba sin equivocarse nunca en el palacio del arzobispo, subia la escalera, buscaba por todas las habitaciones al mayordomo, saludábale cortesmente, y recibiendo de sus manos una racion de carne y vino, se volvia á casa de Juanelo con la misma gravedad y exactitud.

Y véase cómo el hombre grande hasta las cosas mas pequeñas engrandece. Turriano dejó en Toledo la calle del Hombre de Palo, y en Madrid la calle de Juanelo. Muchos poderosos de la tierra han dejado menos.

Volvamos á Doña María, que junto á la casa del canónigo Tenorio sintió que le tiraban por detrás del manto.

Gaitan puso mano al montante.

Al volver el rostro se hallaron con un embozado que misteriosamente les hizo seña de que paráran, y abajó un si es no es el embozo.

— ¡Tio y señor! dijo Doña María.

Gaitan se apartó de allí, como pudiera hacerlo un rodrigon ó un miserable escudero.

— ¡Silencio! repuso el marqués, mirando á todos lados como si de las gentes recelara. ¡Silencio!

— ¿Venis de la catedral?

— Vengo de ella.

— ¿Habreis presenciado....?

— Nuestra mayor victoria.

— ¡Victoria la llamais! balbuceó la dama, sonriéndose amargamente.

— Arzobispo le tenemos.

— Todavía no. El Papa....

— ¿Quién se acuerda del Papa? repuso el marqués.

Doña María le contempló con irónico asombro.

— Héle llamado aparte un momento, prosiguio el de Villena, á la capilla de San Ildefonso, y allí hemos platicado lindas cosas. Primeramente le ofrecí ayuda de todo linaje, de hombres, de dineros....

— ¡Vos!

— Sin duda alguna.

— ¡Vos le ofrecisteis dineros!

— Cuantos haya menester para defensa de la comunidad y ayuda de sus própositos.

— Mucho me place, repuso Doña María, con su irónico sonreir, mas no lo creyera posible, pues anteayer estábais sin blanca.

— Y le he determinado á vencer los escrúpulos del cabildo, añadió el marqués sin contestar á su sobrina.

— ¿Cómo?

— Por la fuerza.

— ¿Le habeis aconsejado algun desman?

— No, sino que prenda á los canónigos que se le oponen.

— ¡ Profanacion ! murmuró absorta Doña María.

— ¿No hicísteis vos lo propio el martes Santo?

— Mas yo, repuso la dama perdiendo su serenidad, lo hice por el bien público.

— Al bien público tambien le importa que él sea arzobispo.

— ¿Lo creeis así?

— De todo corazon lo creo. Siendo Acuña arzobispo nos dará todos los dineros que habemos menester, y siendo inútil la carta de Valencia....

Doña María empezó á comprender al ilustre prócer.

— Y me ha placido mucho, prosiguió el marqués, que continúen presos vuestros canónigos.

— ¿Por qué? preguntóle Doña María, con creciente recelo.

— Porque entre ellos hay algunos que seguramente se opusieran á la proclamacion.

— ¿Aun sabiendo que vos la aprobais?

— Es que eso, dijo el marqués temblando, solamente el obispo y vos lo sabeis.

— Diréselo si os place á los canónigos que tengo presos. Tenorio, que es la cabeza de motin, solo á vuestra voz atiende.

— No hagais tal.

— ¿Por qué, tio y señor?

— Porque á esta gente de ciencia no se le alcanza nunca razon que contradiga á la de sus libros y latines, ni quieren que la iglesia ceda un tanto al mundo.

— Mas ellos son razonables y amigos de vuestra casa. Tenorio particularmente....

— No me le nombreis tanto, esclamó ceñudo D. Diego. Con todas

sus razones y toda su amistad, apostára que de hacerse así, el canónigo Tenorio por lo menos alguna desazon nos daba.

—¿Por qué no venís á convencerle vos?

—¡Ir yo á la catedral!

—¿No tornais de ella?

—Torno sí.... porque me hallaba en casa de Tenorio, leyendo unos doctos libros que el padre Guevara le ha enviado, cuando pasó en tumulto la plebe, y temiendo alguna sedicion.... pero á lo presente iba á la vuestra á pediros ayuda para el obispo, y á enojarme con vos al propio tiempo.

—¡A enojaros, tio y señor!

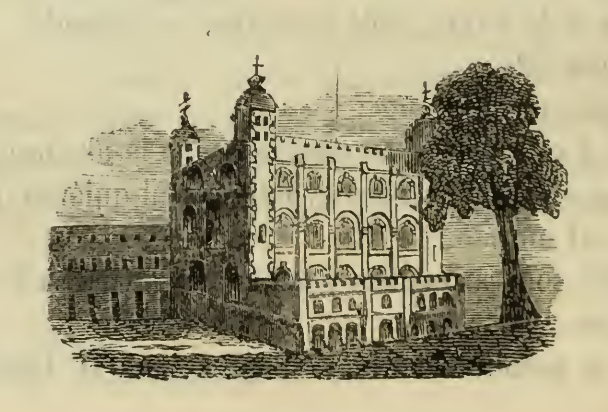
—Grandemente.

—¿Por qué?

—Porque con mucha afliccion me ha enviado un recado mi sobrina Doña Teresa Martinez....

—¡Ah! repuso Doña María, ¿la mujer de Pedro Laso? no quiero oirla mentar; no me la menteis. Ella tiene la culpa de que D. Pedro vuelva la espalda á la comunidad. ¿Qué le he hecho á esa mujer? Dícenme que tiene envidia; ¡pues digo que para envidiada es mi situacion! Antes la tenia simplemente por necia y agorera y amiga de dar nuevas malas; pero ahora....

—Dejadme concluir, que estoy en ascuas, dijo D. Diego Lopez Pacheco, reparando si los transeuntes reparaban en él. Avisame Teresa que mi prima Doña Sancha de Guzman está desesperada diciendo que por novelerías de mi mujer se le escapa su hijo Garcilaso. Yo me vuelvo loco. ¡Mi mujer en Toledo! y vos sabeis cómo y donde, pues á mi prima se lo ha dicho cierta Menda.... que es de vuestra casa.





CAPITULO IX.

PRUÉBASE LA FALSEDAD DE LOS EPITAFIOS CASTELLANOS, ASÍ COMO LA VERDAD DE LAS SENTENCIAS LATINAS.

Ya de mediodia era la hora en que el popular tumulto llevaba alzado en su pavés al obispo Acuña á la arzobispal iglesia, y aunque temprano para el caso, ya estaba llena la plaza del Ayuntamiento, el átrio y hasta los mismos pórticos, de mercaderes charlatanes, de vendedores de matracas, de confiteros, de cereros, de vidrieros y de los peregrinos artífices del mazapan, que acaso empezaban entonces á estender por todo el mundo la fama de sus culebras.

Delante de sí tenia cada cual de ellos su mesa cargada de golosinas deliciosas con harto placer de las moscas y de los muchachos, y quién pregonaba *dulces de San Antonio* á voz en cuello, quién *confituras de la Vírgen*, quién *vino del Santísimo Sacramento* ó *cucuruchos del Espíritu Santo*, pues íbales mucha ganancia á los mercaderes en dar nombres retumbantes á sus mercancías.

Pasmado quedará el lector de estas palabras, y antes que imaginarse en una sinagoga hebrea, esperando por momentos que venga

el hijo de Dios á arrojar á latigazos á los impíos, tildará de visionario ó mentiroso al novelista, le acusará de ignorante y desconocedor de nuestras antiguas costumbres, y acaso acaso llegue á presumir que por descrédito de su pátria y de sus mayores, atropella la verdad de la historia de propósito.

Siempre las generaciones nuevas tienen á las viejas por mejores que fueron.

Siempre la humanidad ha dicho, como el epitafio del altivo conde Pedro Ansurez, aquel glorioso adalid de D. Alfonso el Católico, que en el cerco de Toledo, llegó un dia hasta arrancar las aldabas de la puerta Visagra:

Porque en este claro espejo
veamos cuanta mancilla
es lo que encierra hoy Castilla,
segun lo del tiempo viejo.

Y sin embargo, en cosas de religion, el siglo de Cárlos V. no podia poner mancilla en los tiempos anteriores, así como nosotros podemos en cambio ponerla en él.

Habian degenerado mucho las costumbres castellanas desde la revolucion moral que hizo la casa de Borgoña.

El miércoles Santo por la tarde comenzaba en los templos una bacanal cuyo fin era el sábado á la hora de la Resurreccion.

Por fortuna hemos llegado temprano á la basílica toledana, y solamente los preparativos de la procesion y de la nocturna vela podemos ver.

Esos dulces de San Antonio, esas confituras de la Vírgen, esos cucuruchos del Espíritu Santo, ¿piensa el lector que no toman parte activa en las ceremonias religiosas? Esta misma noche van á comérselos las damas en compañía de sus galanes dentro de la catedral, rociados con vino del Santísimo Sacramento; ó pararán en la sacristía, donde los reverendos canónigos para sobrellevar las pesadas cargas del ayuno, de la vigilia, y de la vela del monumento, preparan un festin en compañía de lo mas pulido y granado de la ciudad.

Figúrese el lector que la inmensa catedral se queda casi á oscuras.

Figúrese que cada capilla se convierte en un pandemonium.

Figúrese que en los rincones mas oscuros se juntan las damas cargadas de escapularios y de cruces, á comer y beber con sus galanes, que no cesan un punto de agitar sus destempladas carracas, esos instrumentos monótonos llamados tambien matracas, que segun dicen los mismos que los venden á la puerta, imitan en su destemple el rumor de los azotes que sufrió el excelso Jesus, aderezados para todos los gustos, condiciones y caudales; unos de palo tosco y humilde, otros chapeados de oropel ó de metal, y cuajados de geroglificos y figuras, que tanto tienen de divinas como de profanas, pues los hay que á una parte ostentan al Redentor del mundo con la cruz acuestas, y de la otra al Dios Cupido con su flechero, ó á la Diosa del amor con sus desnudos encantos.

Estos son los preferidos de las damas y galanes.

Los verdaderos devotos no pueden rezar: tanto es el ruido de los dientes, de las conversaciones y de las matracas.

Porque los galanes que no tienen damas, se desquitan golpeando los confesonarios con gruesas estacas, que no parece sino que llega el fin del mundo.

Duda el autor que haya quien le crea bajo su palabra, y aunque ha probado mas de una vez que en esto de profundidades históricas se vá con mucho tiento, quiere copiar aquí la descripcion que de una noche semejante hizo un enamorado poeta de aquella época.

Ayer en el monumento
que ponen los Mercenarios,
cargada de escapularios
vide á mi dueño é tormento.
Rezaba con fervor santo
é entre estacion y estacion,
endulzaba su oracion
comiendo bajo del manto.
Viendo su tal apetito
é deseando osequiarla,
me salí para comprarla
dulces de San Antoñito.
E volviéndome á su lado
cargádo de confetura,

allé en ella mi ventura
despues que ubo rezado.
Que luego que el cucurucho
abrí para regalarla,
forcé la mano á besarla....

A medida que se acerca la solemne hora de la vela del monumento suben de punto los escándalos.

De media noche en adelante quedan solo en la catedral las arrebozadas, alumbrando al Santísimo con una vela en la mano y cubierto el rostro.

¡Deliciosa costumbre que recuerda la afliccion de las vírgenes de Salem!

Así velaron ellas y Maria junto al marchito lirio del Calvario en la noche de las tremendas desventuras.

Pero los galanes permanecian en el templo acompañando á las arrebozadas, lo que mas de una vez dió ocasion á escenas en que hubieron de intervenir los Inquisidores.

Hubo mas de una vez rostros que se destaparon, velas que de las manos se cayeron....

Demos, pues, gracias á Dios, de haber llegado á la catedral antes de las estaciones y de la vela.

Y tambien antes de la procesion.

Porque las procesiones del jueves y viernes por la tarde, y sobre todo la del sábado por la mañana, eran tambien escandalosas con estremo.

Los disciplinantes hacian el gasto.

Introducida esta costumbre por el arrepentimiento, la desnaturalizó la vanidad.

Destrozarse con su propía mano las desnudas espaldas hasta que la sangre corriese, era punto de honra para los mancebos, que así se veían celebrados de valor y firmeza todo el año por las damas.

Particularmente en los dias posteriores á la Semana Santa hablábase de las proezas de los disciplinantes, como de las valentías de un torneo.

Iban cubiertos con un antifaz semejante á nuestros modernos dominós, rematando en una caperuza puntiaguda, y con todos sus

pulmones soplaban el destemplado clarin de los nazarenos, dándose á conocer de sus queridas por ciertos puntos y tocatas.

Concluida la procesion curábanse los disciplinantes en los átrios de los templos.

Si por recurso del arte les sajaba el físico las espaldas, ¡cuánta galanura!

Si eran tantos sus dolores que tenian que beber agua con vino ó azúcar, ¡qué venturosos!

Y al propio tiempo gozábanse las cariñosas é inocentes damas en arrojarles á la espalda vidrio molido, que con este objeto se vendia á par de las confituras. ¡Dulce y cristiano divertimiento!

Solo un físico llamado Felipe II halló modo de curar de una vez estas llagas de la iglesia.... con fuego y con sangre.

¡Estaba tan atrasada la medicina!

Vése, pues, que no siempre es justo decir como el epitafio del conde Ansurez:

Porque en este claro espejo
veamos cuánta mancilla
es lo que encierra hoy Castilla,
segun lo del tiempo viejo.

. . . .
. . . .

En la ocasion á que nos referimos sucedió menos..... y sucedió más.

Menos, porque no era todavía la hora de la procesion, ni de las estaciones, sino la de las Tinieblas, que se cantaban mas temprano para que pudiese el cabildo asistir á la procesion, como ya hemos dicho.

Más, porque no era costumbre que aconteciese nada á mediodia.

Pero los toledanos, y en particular las toledanas, hallábanse anhelosos de fiestas y regocijos, que la guerra de la comunidad los traia llenos de sustos y temores, conque no faltó quien al verse en la puerta de la catedral acompañando al obispo Acuña aprovechára tan escelente ocasion para hacer antes lo que despues haria.

Y hubo quien compró matracas, y quien se proveyese de confituras, como si fueran ya las nueve de la noche, la hora de la vela.

Así se desparramaron por la anchurosa y lúgubre catedral, vitoreando al obispo de Zamora, agitando con furia las matracas, y comiendo con escandaloso crujir de dientes. Algunos iban armados, que eran comuneros en faccion, ó se hallaban ya apercibidos para la religiosa fiesta de la tarde.

Los pulmones del odrero Pedro Rivas lucian grandemente en la plenitud de su soplar. Los fuelles de entrambos órganos juntos no arrojaban mas aire que aquella boca.

Amigos oficiosos que corriesen desde la plaza de Zocodover á dar parte al cabildo de lo qne acontecia, no faltaron como era de inferir; pero hallarónle ocupado en rezar las lamentaciones del profeta, y ninguno osó á penetrar en el coro, aunque Domingo Céspedes no lo hubiera cerrado todavía con la magnífica reja que dice en carácteres góticos.

Procul esto, profani.

Agolparónse pues los devotos á las puertas, sin que dejáran algunos de invadir el crucero, deteniéndose únicamente por el altar de nuestra Señora la Blanca, que estaba sin reja todavía, pues no fué labrada hasta 1564, y por las magníficas estátuas, á la sazon yacentes, sobre las losas sepulcrales de los arzobispos D. Gomez Manrique, D. Gonzalo y D. Blas de Toledo, estátuas que fueron de allí quitadas en 25 de setiembre de 1539; siendo por último, el principal obstáculo que á la bárbara invasion se opuso, el magnífico facistol labrado en los últimos dias de Cisneros.

Representa un castillo de planta exágona, compuesto de tres cuerpos coronados de almenas.

En los dos primeros, sobre las repisas de las partes salientes de las ochavas, se vé esculpido un apostolado, que algunos viajeros celebran mucho, y que en verdad no presenta aquella perfeccion y gallardía que tanto en otras obras de la insigne basílica lucen, como tampoco las presentan las seis estátuas de arzobispos toledanos, que ocupan la parte superior del segundo cuerpo.

La suntuosa águila que hoy sirve de corona á este suntuoso atril no estaba construida en el tiempo de nuestra historia, pues la hizo Vicente Salínas en 1646.

Difícil cuando no imposible será que á describir acertemos el

tremebundo espectáculo que presentaba la catedral en aquella solemne hora. La lengua latina solamente halla palabras que pinten un lugar lleno todo del espíritu de Dios, del *omnium centrum et locus rerum*, un lugar á oscuras lleno del *lux mundi*.

Préstase por otra parte de tal modo á lo patético, á lo terrorífico, á lo lúgubre, sus góticos muros sobrecargados de follaje espiritual y severo, como los rasgos de la fantasía poética de un San Agustin ó un San Bernardo, respiran tanto sentimiento religioso, tanta y tan pura uncion, que apenas es posible encerrar el pensamiento en el vaso mezquino y ruin de las humanas formas, que mas no quiere que vagar y perderse en los espacios infinitos, como los rayos de la luz que flotan á merced de las brisas elevándose en espiral á su excelso foco, como los vuelos del alma que se desprende de la tierra al sentir la atraccion de Dios.

Dos gigantes figuras cristianas se disputan la gloria de su fundacion, San Eugenio y Recaredo; mas no es fácil conceder al uno ni al otro la palma, que está por demas oscuro lo que á tan remotos tiempos se refiere.

Ornada y embellecida de la manera sensual que usan los árabes, se convirtió en sultana despues del Guadalete, hasta que Alonso VI en 1085 echó sobre sus hombros la púrpura cristiana seguida luego del manto imperatorio, si bien no estuvo en su mano apartar de sus ojos enteramente las nieblas del error, que siguió siendo mezquita hasta que una reina aventurera, Doña Constanza, y un arzobispo audaz, D. Bernardo, aprovechando una ausencia de Alonso, robaron en lo oscuro de la noche su mezquita á los infieles. Un sábio Alfaquí aplacó el enojo del rey, que determinaba de castigar tremendo aquella traicion. Así cargada de profanos atavíos siguió la mezquita siendo catedral, hasta que en tiempo de San Fernando el docto arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada, echó los cimientos del edificio que hoy existe, trazado por Pedro Perez. Como la copia de este inmenso libro duró mas de doscientos años, cada una de sus páginas, cada una de sus peregrinas iluminaciones, es la historia de una edad del arte.

Importa primeramente advertir que la capilla mayor de Toledo, se halla elevada sobre el pavimento de la catedral, así como la de Sevilla, su hermana, y ocupa un espacio enteramente cerrado en las bóvedas tercera y cuarta del edificio, gracias al genio del carde-

nal Cisneros que la ensanchó, destruyendo la antiquísima capilla de los Reyes viejos, fundada por Sancho II, pues veinte y seis años antes comprendia solamente la cuarta bóveda.

El retablo, obra maestra de Diego Copin y de Felipe de Borgoña Amberes, es de alerce como el de Sevilla, y tan gigantesco, que ocupa toda la primera bóveda, rematando en un Calvario colosal, que como obra de arte pasma, y mirado con espíritu religioso aterra.

Sus espacios y compartimentos se hallan adornados de medallones, que representan pasajes del Nuevo Testamento, con tanto genio y osadía esculpidos que rayan en maravilla, y tememos agotar aquí las espresiones del entusiasmo, para otras muchas partes de aquel famoso todo necesarias.

Las columnas que dividen estos compartimentos se hallan decoradas de bellísimas estatuitas de patriarcas y arzobispos coronadas de doseletes, cuajados de figuras y grotescos, que hacen por su tamaño y delicadeza un agradable contraste. Sobre el pié del altar descuella una vírgen que el entusiasta Blas Ortiz, coronista latino de la catedral, coloca entre las esculturas que parecen á *Phidia elaboratas*, y en el compartimento que encima de esta vírgen resulta, una custodia de madera, inventada por Peti Juan, que no tiene semejante entre las obras de tallado que á la edad media debemos.

Entre el retablo y las columnas divisorias de la segunda bóveda, miránse los primitivos enterramientos de los Reyes viejos, formando dos cuerpos de arquitectura gótica. El primero se compone de un arco abierto, ornado en crestones y filetes de oro, en cuya clave asientan las urnas cinerarias; y de éste nace como un suspiro escapado del pecho, como nace una flor de una planta, otro arco que abriga amorosamente á los ilustres difuntos, con resaltos y crestones de gracioso ver. Las estátuas yacentes de los Reyes tienen todas *ropas largas y capillejas ó capiruccetas en la cabeza, y delante sus espadas que asian con las manos*. Solo el infante D. Pedro, que murió niño, cubre su frente con guirnalda en vez de capiruceta.

La estátua de Sancho el Bravo es sin duda la mejor.

Asi las archivoltas de los arcos, como los florones, repisas y pirámides, que embellecen toda esta peregrina labor, sirven de asiento á graciosas estátuas de distintos tamaños, como otras tantas flores de aquel jardin artístico.

Sobre las columnas que dividen las dos bóvedas ocupadas por esta capilla, álzanse airosamente las estátuas de Alonso VIII el católico, del Alfaquí que aplacó el enojo de Alonso VI, cuando *tan rabiosamente vino, que en tres dias llegó de Sant Faagund á Toledo, é era su voluntad de poner fuego á la reina é al electo D. Bernaldo, porque quebrantaron la su fé é postura* arrojando á los moros de sus mezquita contra lo estipulado con ellos al rendirlos; así como tambien la estátua del pastor de las Navas de Tolosa, que se cree fuera San Isidro; y decimos que se alzan airosamente, no porque en la informe escultura del siglo XIII, con sus ropajes monstruosos, con sus rudos pliegues, con sus estremos groseros todavía, merezcan tal calificacion, sino porque en la córte de reyes, santos y ángeles de pequeños tamaños que las rodean, brillan sin par.

Las de Alfonso VI y el Pastor están al lado del Evangelio: la del Alfaquí en el de la Epístola.

Bajando las seis gradas del presbiterio, hállase en el mismo lado del Evangelio el suntuoso enterramiento del gran cardenal Mendoza, antes debido á la indomable energía de la reina Isabel, que á la propia voluntad del difunto en su testamento espresada, pues se opusieron los canónigos á que se enterrase allí, siendo vano el fallo del tribunal, en que la misma Reina litigó como albacea de Mendoza, hasta que cansada de contemplaciones, un dia que fueron á su iglesia los canónigos, hallaron obstruido de materiales el altar mayor y puestos á la obra los alarifes.

Vuela por todo el mundo la fama de este enterramiento, que hay quien le ha llamado en sus escritos admiracion del Orbe. Peregrina es con efecto la labor, y tan delicada que no parece salida de manos de hombres. ¿Ni qué menos merecia el que llaman todas las crónicas de su tiempo tercer *rey de España,* porque D. Fernando y su esposa partian con él su trono, el ilustre hermano de Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, padre de Doña María Pacheco?

Dos cuerpos de estilo plateresco forman el conjunto; el primero es un arco figurado que se apoya en un zócalo, y cuyo centro ocupan las figuras en relieve de San Gerónimo, San Juan y San Bernardo, prolongándose á sus lados otros dos arcos practicables con esbeltísimas pilastras y labores, en cuya clave descuellan dos escudos de armas sostenidos por graciosos niños; confundidas, reclinadas y adormecidas todas las figuras en un mar de follaje, en

un cielo de nubes tan peregrino y delicado que á toda ponderacion escede.

Contiene el segundo cuerpo la urna cineraria, con su estátua yacente de precioso tallado en mármol blanco, que se adorna á un lado y otro de diminutas hornacinas, decoradas de seis pilastras, donde se abrigan apóstoles de raro mérito. En los estremos del edificio arrancan del cornisamento otros dos cuerpos casi iguales en tamaño, con dos estátuas de apóstoles, y cierran el conjunto y lo rematan flameros y candelabros de elegante forma.

En tan grande monumento faltar no podia la dedicatoria al Hacedor de todas las cosas grandes. Encuéntrase en el centro de la urna cineraria con estas palabras por las tradiciones del cristianismo consagradas:

INMORTALI
XPO. SACRUM.

Desde el lugar que ocupa el famoso tercer rey de España, hasta el remate de la segunda bóveda, donde veintiocho años despues de los sucesos que referimos colocó Francisco Villalpando la reja que hoy existe, una de las mas famosas y mejores que ostentan los monumentos cristianos de todo el mundo, álzanse dos cuerpos sobrepuestos en el pilar que la bóveda del crucero sostiene, y que dan una idea del estado en que se hallaba la capilla antes que Cisneros la ensanchara y la reina Isabel enterrase á Mendoza en ella.

Está calado el primero para dejar espacio á la luz y á la vista de los devotos, calado de manera que las suaves auras del incienso suspiran en el follaje como si fuera el de un jardin, y se estiende hasta el púlpito, apoyándose en diez ysiete columnas, tan aéreas y esbeltas, que enturbian los ojos y el espíritu al mirarlas, como las de la catedral de Córdoba. El segundo cuerpo lo componen cuatro estátuas de reyes, y en las salientes de las palmas, sombreadas de graciosos doseletes, otras varias figuras de pontífices y prelados. Allí pueden estudiarse como en un libro los primeros albores del arte cristiano; allí se oyen en la oscuridad de los tiempos los pasos de los hijos del Cid, que vienen disfrazados de moros á convertir en templos las mezquitas.

Igual en su primer cuerpo el muro de la derecha al de la izquierda, diferénciase no obstante en el segundo, compuesto de

trece hornacinas de bellos relieves decoradas, donde se abrigan santos, reyes y prelados de tamaño natural. Cinco de estas hornacinas las forman interiormente diez estátuas diminutas, que van dando la vuelta hasta cerrar el semicírculo, semejando en su gallardía y gentil colocacion arcos de herradura sarracénicos.

Coronan este cuerpo dos hileras de santos y estátuas, colocadas en casetones y en microscópicos arcos trasparentes, cuyas claves rematan unos angelitos que parece que ván á volar.

Donde hoy existen los magníficos púlpitos que labró Villalpando, existian en los tiempos de Padilla otros dos, notables solamente por haber sido hechos del bronce del primer sepulcro de D. Alvaro de Luna.

La barbarie artística que con la degradacion de la casa de Borgoña vino sobre nuestro país, cortó en mal hora el *Respaldo* de esta incomparable capilla mayor, construida por Cisneros, para hacer lugar al churrigueresco y ridículo Transparente, construido por Tomé en 1732, y que diga lo que quiera D. Pedro José Pidal en sus *Recuerdos de un viaje á Toledo*, es y será siempre un padron

de la infamia del arte y de los hombres.

Lleva el señor Pidal la exageracion de su eclecticismo artístico, hasta holgarse de que exista el Trasparente, para muestra de aquella arquitectura. Tanto valdria pedir al cielo que anduviesen por el mundo locos de todos linages y manías para muestra de todas las formas que puede tener en sus trastornos el cérebro. Tanto valiera que en medio á una reunion de cultas y virtuosas damas, se admitiesen algunas meretrices para muestra de lo que es el vicio en toda su desnudez y desenfado. ¡La doncella *no tocada* del arte cristiano cubierta de afeites en una mejilla! ¡y hombre tan presumido de docto como el señor Pidal, tolera cuando no aplaude el Trasparente!

Para tener en la basílica toledana tan vil representante, tan baja muestra de sí, nosotros preferiríamos que en el siglo XVIII hubiera muerto el arte de todo punto. Bien hacen el papel que el señor Pidal les señala an su eclecticismo artístico, la fuente de Anton Martin y la portada del Hospicio madrileño. A la puerta de monumentos tan peregrinos y venerables como la catedral primada de las

Españas, debieron las ilustres sombras de los Borgoñas, Berruguetes, Villalpandos y Monegros, escribir con carácteres de fuego para la canalla artística de los Churrigueras, lo que Céspedes escribió mas cuerdo:

Procul esto, profani.

Hoy solamente se puede juzgar del *Respaldo* antiguo por el pequeño trozo que existe y que se compone de tres cuerpos de arquitectura gótica, donde brillan algunos escelentes medallones, altos relieves atrevidos, y arquitos apuntados de airosísimas labores, que encierran toda la historia artística del renacimiento. Ya aquellas figuras se mueven, aquellos ropajes oscilan, tienen aquellos rostros espresion, aquel conjunto verdad, y en las perspectivas circula el aire y el aliento de la naturaleza. Igual carácter presenta el tercer cuerpo del Respaldo, decorado de tantas figuras puestas en repisas y cubiertas de guarda-polvos, de tantas estátuas colocadas en los doseletes, junquillos y crestones, que parece un mundo de perlas, en conchas abiertas unas, otras en conchas á medio abrir, y todas reposadas en el fondo de un mar rico en maravillas y preciosidades.

Tócanos ahora rematar la pintura del coro, que ocupa las bóvedas sesta y sétima, ó sea un espacio exactamente igual al de la capilla mayor, cerrándolo tres muros de los mas antiguos y primorosos de la fábrica.

Son las dos sillerías alta y baja los mas preciosos objetos que encierra sin duda, pero la alta de hoy no existia en los tiempos de nuestra historia: la hicieron en competencia Felipe de Borgoña y Berruguete á mediados del siglo XVI, competencia que el cabildo patrocinó entre artistas tan famosos, pronosticando lo que ha sucedido y lo que dice la inscripcion que al lado del Evangelio ostenta.

... certaberunt tunc artificium ingenia,
certabunt semper spectatorum judicia.

(Compitieron los ingenios, y siempre competirán las opiniones de los inteligentes.)

La sillería baja es mas antigua y su mérito menor por consiguiente, que los artistas no habian bebido aun en las copiosas fuen-

tes de inspiracion de Miguel Angel. Hasta Borgoña y Berruguete estaba en mantillas el arte del tallado.

Puesta su cruz arzobispal en la mezquita de Granada, y sintiéndose por momentos morir, quiso el arzobispo Mendoza dejar á su querida iglesia un grato recuerdo, así como dejaba al mundo por herencia su parte en el descubrimiento de Colon, y en 1494 encargó á maese Rodrigo la sillería baja del coro.

Lleno el buen maese, que quizás habia peleado en Andalucía, del legítimo orgullo de vencedor, grabó en los respaldos de los cincuenta asientos de que se compone, toda su época, viva, palpitante. es decir, toda aquella magnífica Iliada, que empieza en el marqués de Cádiz, inspirando á los moros el famoso romance:

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarrambla.
¡Ay de mi Alhama!
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada,
las cartas echó en el fuego
y al mensajero matára.
¡Ay de mi Alhama!

epopeya que concluye en el suspiro de Boabdil, eco del *Tedeum* que se cantaba en la mezquita granadina.

Pero en la historia de las artes lo que hace y hará siempre la principal figura, son los detalles de menor cuantía, los brazos de las sillas, los reversos y los frisos, rayos de civilizaciones mas adelantadas, que el genio de aquella civilizacion caballeresca entreveia. Acá se endereza un perrero de la catedral con su látigo, su maza y su túnica de terciopelo á manera de rey de armas; allá una pomposa col, símbolo acaso de la vanagloria eclesiástica, cobija entre sus fornidas hojas á una alimaña que parece un mico, ó á lo menos un ser intermedio entre el hombre y el bruto, que á uno y otro dá la mano; y acullá otra cualquiera edificante alegoría por el estilo, revela palmariamente la tendencia que ya empezaban á sentir los espíritus; era el crepúsculo abigarrado, tímido y sutil de las ideas

modernas, como al por menor esplicamos en el capitulo VII del tomo primero de *Juan de Padilla.*

Los órganos que hoy existen reemplazaron á los mas modestos que entonces habia, el primero, llamado del *arzobispo*, y de mal gusto por lo que toca al arte, allá por los años de 1754 á 57, y el segundo, llamado del *Dean*, que es de los mejores de España, en 1797; pero ya existia en aquellos tiempos, junto al órgano del arzobispo, la estátua arrodillada de D. Diego Lopez de Haro, primer combatiente de las Navas de Tolosa, y despues justo repartidor del botin. El cabildo le tiene en lugar tan eminente, porque donó á la santa iglesia la villa de Cubilet con sus molinos y pesquerias. *Per cuantum vos contribuisti*....

La sillería alta de entonces, hecha en tiempo de D. Pedro Tenorio, nada tenia de notable puesta en símil con la baja. Los canónigos, que se sientan arriba, hallábanse por esto tan enojados con los prebendados y racioneros, que abajo tenian asiento mejor, que hasta los oidos de la reina Isabel llegó el fragor de la guerra civil que en el coro ardia; pero cuando el cardenal Cisneros meditaba eclipsar á su antecesor, haciendo una sillería que á la baja se aventajase, ocurrióle el pensamiento de la conquista de Orán, y ya no supo gastar un solo doblon de las rentas de su mitra, dejando tan bella empresa al cardenal Tavera, que en 1545 la llevó á cabo.

El sillon del arzobispo, que mira al altar mayor, hallábase cubierto con un paño negro bordado en cruces de oro, en señal de sede vacante. Hoy es una obra maestra de tallado, acaso la mejor de Berruguete, con dos magníficos bajo-relieves que representan la *Descension de la Vírgen* y *el Purgatorio*; y puesta sobre la silla como imperial corona la célebre *Transfiguracion*, cincelada en una sola y colosal piedra de las canteras de Cogolludo.

Los canónigos en su mayor parte dormitaban reclinados en sus asientos, ó inclinadas las cabezas sobre las manos en actitud devota, cuando en tumulto penetró en la catedral el pueblo. Mirábanse vacíos ocho ó diez sillones, los de los canónigos que se hallaban encerrados en la sacristía, el de D. Baltasar Nebrija, ausente en Lisboa, el del escritor y anticuario Juan de Vergara, Inquisidor general del reino de Toledo, que acababa de morir, y el de otros dos ó tres, enfermos, impedidos ó caducos que no asistian á la iglesia.

En cambio los cincuenta sillones de la sillería baja estaban todos ocupados.

El facistol se hallaba rodeado de capellanes, que hacian coro al que en el crucero cantaba las lamentaciones. Uno de los monaguillos, encaramado en un banco de madera, semejando otra de las cien mil estátuas de aquel Museo cristiano, volvia las hojas del primoroso libro de rezo ó daba vueltas al pesado facistol, que necesitaba para ser movido de hercúleas fuerzas. Cada vez que sobre sí mismo giraba, aturdia la inmensa catedral el chirrido de su torno, que consume en reblandecerse muchas libras de aceite.

Nada mas fantástico y misterioso que el aspecto que á la sazon presentaban el coro, el crucero, y la capilla mayor.

Al comenzar este verdadero libro, apuntamos que todas las ventanas, medias-naranjas y claraboyas se hallaban cubiertas de sendos tafetanes negros, por el luto que la cristiandad hacia á su Redentor Divino.

Sin embargo, el sol de abril, inclinándose á Occidente, penetraba por los pintados vidrios, y en las negras telas reproducia con indecibles colores, con ademanes que la pluma no acierta á bosquejar, en lúgubre panorama, ora escenas del Calvario, patéticas y tiernísimas como las de las santas mujeres, ora cuadros del martirologio que espeluznan los cabellos; santos en el Circo á medio devorar por las fieras, vírgenes con el pecho desnudo, la cabellera flotante, los lábios ensangrentados y los ojos puestos en el cielo, tendidas sobre hogueras cuyo fuego empieza por lamerlas para acabar por tragárselas; ancianos á quien arrancan los sayones las uñas, y los ojos y los cabellos y las barbas, sin arrancarles un gemido, ni una maldicion, ni una blasfemia, sin cerrar su entreabierta boca que parece que murmura:

— *Miserere mei secumdum magnam misericordiam tuam....*

Y estos reflejos de los pintados vidrios, al reproducirse en las cortinas, como no son los contornos el mérito principal de su dibujo, sino la viveza y brillantez del colorido y la exageracion del sentimiento religioso, timbre principal de las artes del renacimiento, se hacian mas y mas fantásticos al traspasar la urdimbre de los negros tafetanes, y al reflejarse á su vez en los enterramientos, en los pilares, en las estátuas de la capilla mayor, blancas como el ampo de la nieve.

Un Cristo con la cruz acuestas, monstruoso y gigantesco por la reflexion de la luz, se inclinaba sobre la estátua yacente del cardenal Mendoza como para darle un ósculo de paz.

La santa mujer que limpió en la calle de la Amargura á Jesucristo el sudor del rostro, tendia su ensangrentado velo sobre la magnífica estátua de D. Sancho el Bravo, como si le llamara á la vida en nombre de la sangre y del horror.

Y las tibias auras formadas por el incienso, los cánticos y la frescura de las altas bóvedas, hacian oscilar mil y mil veces en un solo minuto aquellas fantásticas apariciones, que entonces danzaban y se confundian, ora en el aire, ora sobre los sepulcros, ora entre las estátuas y el follaje de las paredes, ora en fin sobre el negro terciopelo de que estaban cubiertas las gradas del presbiterio, lo que mas espantoso parecia.

Una sola observacion nos falta hacer:

Las lámparas de plata estaban apagadas. No habia mas luz en toda la inconmensurable catedral que las catorce que en la María quedaban aún encendidas; por cierto que cada vez que, terminada una antífona en el coro apagaba el sacristan una vela en el crucero, parecia que se acercase un siglo el juicio final.

Cuando comenzaron á invadir la catedral los que venian á dar aviso de la llegada de Acuña, empezaba el sagrado cántico del profeta, segun dijimos.

El sacristan que era muy viejo, como las estátuas sordo, y poco menos ciego, pues solamente en Semana Santa solia ya ejercer su oficio, que se negaba en su devocion á cederlo á sus sucesores, siguió sentado en su banco debajo de la María como si nada aconteciese.

No hay entre los cánticos de la casa de Dios ninguno mas patéticos que la voz del hijo de Helcias, el segundo de los cuatro profetas mayores, el sacerdote de Anatot.

Cada acento suyo parece que recuerda al pueblo estraviado los beneficios que le debe; la salvacion del arca de la alianza y del altar de los perfumes, cuando fué destruido el templo de Jerusalen.

Habla un misterioso lenguaje sembrado de llantos, suspiros é imprecaciones; llora, amenaza, maldice, sacudiendo su cana cabeza cargada de desventuras; aquella cabeza que habia visto la destruccion de Jerusalen y de su templo á manos de los caldeos.

Y cuando truena contra las idolatrías de los hebreos su voz inspirada adquiere tanta autoridad como si repitiera lo que el Señor le dijo:

—«Antes que te formara en el vientre de tu madre te conocí; y »antes que salieras de la matriz te santifique y te puse por profeta »entre las naciones.»

Cuando la inmensa multitud que acompañaba al obispo Acuña, abrió con sacrílego estrépito la puerta de la catedral, atropelló á los perreros y derramóse vociferando por las sombrías bóvedas de la iglesia, era el punto en que entonaba el coro:

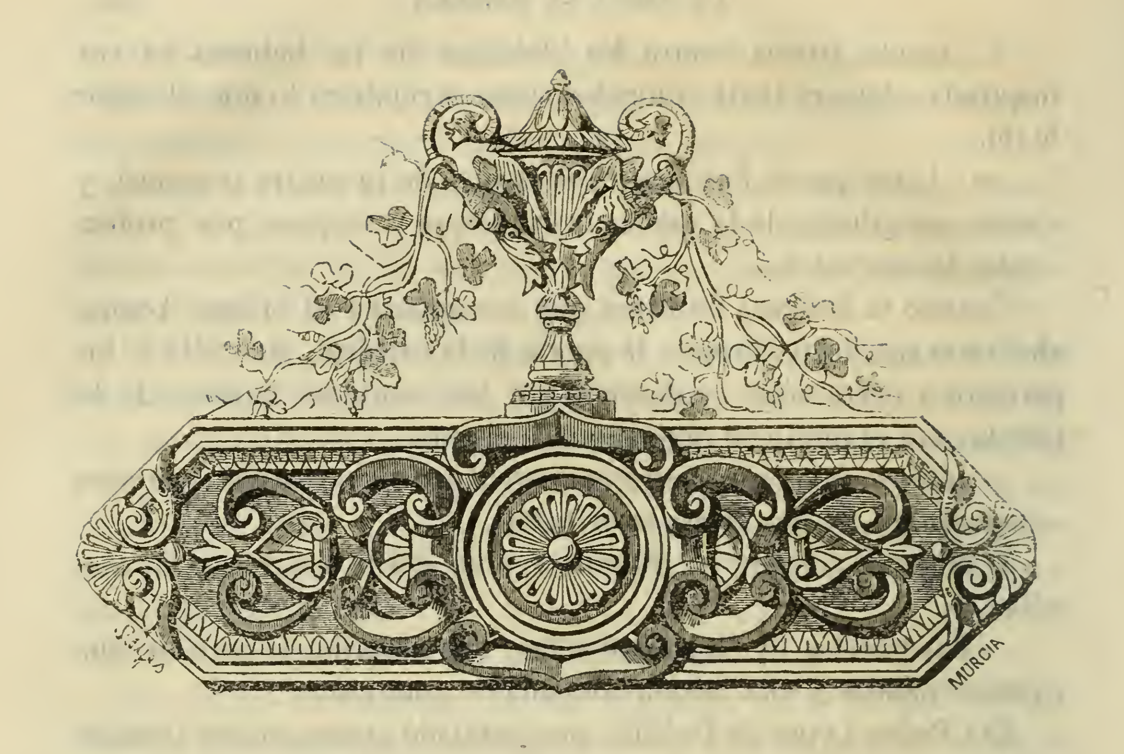
—«*Omnes portæ ejus destructæ: sacerdotes ejus gementes: virgines »ejus squalidæ, et ipsa opresa amaritudine.*»

Y una voz solemne y trémula repitió desde el crucero en castellano:

—Las puertas de Sion destruidas, sus sacerdotes llorosos, sus vírgenes pálidas y ella misma colmada de amargura.

Era Pedro Lopez de Padilla, que enlutado como andaba siempre desde que su hijo marchó á la guerra, yacía de hinojos en el crucero, en devoto éxtasis abstraido, é iba repitiendo en voz que no sabia si era alta ó baja la traduccion castellana del religioso cántico.





CAPITULO X.

CONCLUYE LA VERSION CASTELLANA DE LOS TRENOS DE JEREMIAS, HECHA POR PEDRO LOPEZ, JUNTAMENTE CON LAS GLOSAS Y PARÁFRASIS DEL OBISPO ACUÑA Y DE LOS CANÓNIGOS DE TOLEDO.

os salmistas, que pudieron comprender algo de lo que pasaba, repitieron sordamente en voz distraida:

— *Omnes portæ ejus destructæ*....

— ¡Las puertas de Sion destruidas...! repitió Pedro Lopez, poniéndose en pié como por instinto.

Los salmistas prosiguieron:

— *Peccatum peccavit Jerusalem*....

— ¡Gran pecado ha cometido Jerusalen! repuso el padre de Padilla, volviéndose hácia el coro y dando un paso por el crucero.

El tumulto que hizo en seguida el populacho impidió que se oyera el versículo siguiente.

Pero el sacristan, guiado por la costumbre de que los salmistas bajen el tono al final de cada salmo, apagó otra vela.

Pedro Lopez, que vuelto de espaldas al altar mayor con la mano sobre los ojos, veía avanzar á Acuña en hombros de sus admiradores, dijo lenta y dolorosamente:

—*Mira que estoy como una vil esclava, que se prostituye á todos los que van por el camino.*

En esto los capellanes de coro, que no acertaban á esplicarse lo que acontecia, y que iban llenándose de miedo al ver aquellos rostros, aquellos continentes y aquellos gritos, esclamaron á la par:

—*O vos omnes qui transitis perviam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meum.*

Y tanto creció el tumulto, que aunque seguian los capellanes cantando, solo muy de tarde en tarde se percibia como un ¡ ay ! ahogado entre el fragor de una batalla los crugidos horrorosos de la destruccion del templo, de la ruina de Jerusalen, de la cólera del profeta.

Aturdido y loco el sacristan, que no se atrevia á moverse de su sitio para averiguar lo que pasaba, apagó otra vela.

El pueblo en tanto habia sentido muy diversas emociones.

Primeramente el aspecto sombrío de la catedral, el cántico monótono, el silencio desgarrador, helaron en sus venas toda la sangre Estátuas parecian aquellos robustos mocetones, de los brisos ó de los intercolumnios caidas á la voz estentórea del profeta.

Pero ahuyentados los perreros, henchidas las bóvedas de gente, y exasperados á par los ánimos por las exhortaciones de los devotos acompañados de tal amenaza ó cual insulto, aquellos que tenian verdadero instinto revolucionario, ó que por ánsia de novedad como el odrero Rivas, ó mala fé se iban al hilo de la gente, avanzaron resueltos al coro, y atropellados y frenéticos lo invadieron en monton, á los gritos de:

—¡ Arzobispo ! ¡ arzobispo ! ¡ ya tenemos arzobispo !

En aquel momento justamente se apagaba la voz estentórea de un chantre, voz semejante á todos los bramidos juntos de una tempestad, diciendo que habia caido fuego en sus huesos.

—....*ignem in ossibus meis*, repitió maquinalmente el cabildo todo, poniéndose en pié como un solo hombre y estendiendo al cielo sus brazos.

—*....ignem in ossibus meis*, retumbó por largo tiempo en la majestuosa basílica, como un secreto de horror y pavura que una capilla dijese al oido de otra capilla, y todas al cielo en demanda de socorro.

El sacristan pateaba debajo del candelero triangular, porque ni sus oidos ni sus ojos por mas que los aguzase, le ponian claro aquel suceso.

Como llamado por este inmenso grito apareció en este instante Acuña en hombros de los villanos.

Bien que no pudiera hacer sereno continente en tal difícil posicion, pues ya hemos dicho que iba como alzado en pavés, bien que para sus adentros se doliera de verse en ella, mostrábase cabizbajo, ruboroso, lacio en los miembros y menos vivo y atolondrado en los ademanes que acostumbraba.

Al entrar en el coro, irguió un tanto la calva frente, ya despojada del guerrero casco, y paseando una mirada por los absortos canónigos, que parecian en sus sillones momias negras en sudarios pardos, hízoles con la cabeza y los hombros un ademan que queria decir:

—No he podido remediarlo.

—¡Arzobispo! ¡arzobispo! gritaban sus conductores avanzando al testero del coro donde está la silla arzobispal. Dios la ha dejado vacante para que se la demos á este santo varon.

—*¡Archiepiscopus! ¡archiepiscopus!* decian en latin sus legos encarándose con el cabildo, y ora dirigiendole la palabra en son de convencerlo, ora enseñándole los puños en son de amedrentarlo.

—¡Antonio Acuña! esclamaron todos los canónigos asombrados á la par, como si por debajo de sus sillas los moviera un mismo resorte.

Solo Cosme Gaitan y algun otro prebendado bajaban y subian á sus sillones del coro para vitorear al zamorano, ora para convencer y reducir á sus compañeros.

—¡Profanacion! ¡tú te haces arzobispo! ¡esos te hacen arzobispo! ¡herejía! ¡profanacion de esta santa iglesia! gritaron uno tras otro en confusa alternativa los canónigos.

—¡Arzobispo! ¡arzobispo! repitió el pueblo, arrancando de la silla arzobispal el paño negro que la cubria, y sentando en ella á D. Antonio.

Los chantres del crucero, que no entendian lo que pasaba, y que además por nada del mundo suspenden una ceremonia religiosa, que es de rúbrica, prosiguieron cantando:

— *¡Aperuerunt super te os suum omnes inimici tui!.....*

Pero la invasion de la plebe los hizo perder terreno, retirarse algunos á las sillas, y caer otros en tierra, donde lindamente los pisoteaban.

Los monagos que en el coro prevalecian al lado del facistol, repitieron el cántico *omnes inimici tui.....*

Y Pedro Lopez, que por el crucero adelante avanzaba hácia el coro, pálido como un difunto, con los cabellos erizados, llenos de lágrimas los ojos, tambien repetia sordamente:

— «Abrieron sobre tí su boca todos tus enemigos.....»

— ¡Pobre iglesia de Dios! ¡pobre iglesia! se oia decir en el coro á muchos de los que habian entrado con la plebe ignorantes de su propósito ó anhelosos de novedades.

— *Fremuerunt dentibus et dixerunt.....* prosiguió la capilla un tanto repuesta ya.

— «Rechinaron los dientes y digeron.....» repitió Pedro Lopez.

— ¡Pobre iglesia de Dios!

— *Devorabimus.*

— «¡Nos la tragaremos!»

Y aquel espantoso *devorabimus*, dicho con todo el pulmon de los chantres, como final de versículo que era, y de los versículos mas rotundos y aterradores, cayó sobre los concurrentes al coro como la maldicion del profeta sobre el pueblo precito, como el fuego del cielo sobre la ciudad pecadora.

El sacristan no supo hacer cosa mejor que apagar otra vela.

— *Devorabimus*, repitieron todos los canónigos, clavando sus espantados ojos en la muchedumbre, á quien apuntaban con los convulsos dedos.

— *Devorabimus*, repitió esta, sin saber lo que decia, pero movida por un impulso irresistible, y abriendo tambien la boca desmesuradamente. *Devorabimus.*

Parecia el coro de la catedral toledana uno de aquellos delirios religiosos que ridiculizaron sin piedad los artistas de la edad media, y que inspiraron á los dibujantes de Erasmo las láminas del *Elogio de la locura.*

El pintor francés Callot hizo mas tarde caricaturas que se asemejan no poco á aquellas.

Y el coro quedó en silencio....

Silencio horrible que duró un minuto, para poner en aquel cuadro tenebroso mas y mas colores negros.

Como se acababa la hora de la procesion, y el cabildo no salia, medio Toledo vino á la catedral, ya iniciado del suceso de Acuña.

Comuneros unos, devotos los mas, imperiales los menos, nuevas pasiones, nuevos gritos, nuevo tumulto, trajeron á aquel tumultuoso hervir de gritos y pasiones.

Habia grupos que penetraban con el dedo sobre los lábios, sin tocar sus piés al suelo, sin mirarse tan siquiera, como si entrasen en una tumba.

Otros habia compuestos de mozos y mujeres, que vociferaban y manoteaban al entrar, que entraban acaso comiendo y agitando sus carracas; pero que al verse bajo las sagradas bóvedas del enlutado y oscuro templo, convertian en ahogadas esclamaciones de terror su vocear.

Y en la calle, allá á lo lejos tal vez, tal vez á la misma puerta de la catedral, se oian agudos y destemplados clarines de los nazarenos que se impacientaban.

Y solo habia ya tres velas encendidas en el alto y misterioso candelero.

Mientras esto pasaba allí, una mano delicada y blanca habia abierto la puerta de la sacristía.

Sin duda los canónigos presos se encontraban á la sazon en lo que hoy llaman el pequeño museo los artistas, ó acaso escuchando tras de la puerta el estraño tumulto que aturdia la catedral, pues inmediatamente se desparramaron por sus naves, lívidos y convertidos en espectros como hombres que habian ayunado tantas horas, sin curarse de la mano que tan insigne favor les hizo.

Era Doña María, que en un estado de abatimiento febril, acaso peor que el de los canónigos, metióse luego á orar y meditar en la capilla del Cristo de la columna.

Sola iba con sus profundas penas, pues á Gonzalo Gaitan y á los comuneros les habia el motin impedido el paso por las naves.

A no estar la hija del conde de Tendilla tan preocupada con sus propósitos de impedir la herejía de Acuña, hubiera reparado que

un encubierto muy semejante á su tio el marqués de Villena, atajaba el paso á D. Pedro Tenorio antes que llegase á la capilla mayor.

—Déjeme usarcé buen hombre, dijo el canónigo que iba impaciente respirando el aire fresco de la catedral, bebiendo el ruido y el tumulto que eran la vida de que habia estado privado.

—Tomad, D. Pedro, respondió el embozado alargándole un rollo de pergamino.

—¿Qué es lo que me dá usarcé?

—¿No esperábais que el marqués de Villena os trajese una cédula, que para vos há pedido al Inquisidor general del reino?

—Sí por Dios, repuso Tenorio parándose con vivísimo interés. ¿Quién os envia? ¿de dónde venis? ¿quién sois?

—El que os trae la cédula. Dios os guarde.

Y antes que Tenorio volviese sobre sí, confundióse el embozado con los infinitos concurrentes que atronaban la catedral.

Acuña habia recobrado toda su feroz energía al oir aquel espantoso *devorabimus*, que el cabildo le arrojaba al rostro como un guante de fuego.

—Eso no, Señores canónigos, dijo alzando su poderoso acento, que detrás del canto del profeta parecia la carcajada del soldado. Eso no ¡voto á Sanes! Yo ni ese pueblo de mis entrañas no venimos á devorar la casa de Dios. Contra mi querer me ha traido; contra mi querer me ha proclamado; mas tenedme todos por hermano antes que por arzobispo, que sé lo que se debe á esta silla ilustre de los Eugenios, de los Ildefonsos, de los Mendozas y Cisneros.

—¡Arzobispo tú! repuso entre la muchedumbre del crucero la voz de D. Pedro Tenorio, que se abria paso con mucha dificultad, atropellando y derribando cuantose le oponia. Sentarte tú en esa silla, tú, que te has sentado *in cathedra pestilentiæ*, como el salmista dice! Todos quedaron en silencio de puro cansados, circunstancia que aprovechó el canónigo para decir cuanto en mientes revolvia.

—Piensa ¡impío! que el lugar en que te hallas es una tierra santificada, como Jesucristo dijo á Moisés; piensa que donde pones tu la planta sacrílega, la han puesto Constantino y Santa Elena, cuando en el siglo cuarto vinieron á dividir la España en seis arzobis-

pados, y la ha puesto San Eugenio, nuestro primer arzobispo, y Santa Leocadia y Santa Obdulia, vírgenes y mártires, y San Fulgencio, que despues fué obispo en Africa, y Santa Marciana, que murió á manos de las fieras, y el arzobispo San Montano y el otro San Eladio, y el tercero San Eugenio, y San Ildefonso, nuestro escelso patrono, y San Julian, y el arcediano San Evancio, y el canónigo San Gumersindo, que fué martirizado en Córdoba, y Santa Casilda, la hija de nuestro rey moro Alcmenon, que fué martirizada en 1047, y el otro mártir San Nicolás, hijo de Galafre, otro rey moro de Toledo, y San Giraldo, capiscol de la catedral, despues arzobispo de Braga, y San Pedro, nuestro arcediano, despues obispo de Osma, y mil, y mil y mil.

—¿Qué charla ese mentecato? repuso Acuña, poniéndose de pié como un energúmeno sobre la silla pontifical, para ver mejor á D. Pedro que entre la muchedumbre parecia un náufrago luchando con las olas. ¿Qué dice de cátedra pestilenciada? ¡á mí! ¿Cuándo prediqué yo herejías en Zamora ni en ninguna parte del universo mundo? ¿cuándo mi doctrina mereció á la Inquisicion censura? ¿cuándo dejé de interpretar los sagrados testos con ortodoxa pureza? Dilo, dilo, si te atreves.

—No lo dirá sin que yo le arranque la lengua, repuso Gonzalo Gaitan, que se habia introducido en el coro, y que en su entusiasmo comunero capaz era de hacer lo que decia. Mi señora os ha dado libertad, añadió dirigiéndose al canónigo en voz baja, porque es una bendita, pero yo os juro que si estorbais la santa voluntad del pueblo....

Y con muda elocuencia le enseñó sus crispados puños.

—Medite vuesa paternidad, señor Tenorio, añadió su hermano Cosme, que despues de abrazar á Acuña y hacerle otras mil muestras de agasajo y cariño, pugnaba en el crucero por poner órden en la muchedumbre, y acallar y convencer á los devotos escandalizados; medite vuesa paternidad que el obispo de Zamora es un santo varon; que merece esta silla mejor que todos los flamencos juntos; que el Papa y el Rey se la darán seguramente cuando sepan lo que ha hecho el pueblo toledano, y que entonces puede pasarlo vuesa paternidad muy mal con el arzobispo, mientras puede, si nos presta ayuda, alcanzar....

—¡Amenazas claras á mí! ¡desembozadas ofertas! repuso don

Pedro mirando alternativamente con desden á los hermanos Gaitanes. Tal arzobispo, tal canónigo. ¡Callen los menguados, ó miren con quien hablan!

—¡Voto á brios! dijo el comunero, enristrando el puño.

—¡Señor obispo de Zamora! gritó el canónigo en voz tonante, haga vuesa reverencia como le cumple, respetar á la santa Inquisicion.

—Respeto se le debe, y respeto tendrá donde yo me halle, dijo el obispo bajando un si es no es la cabeza con cierto involuntario temblor; mas en mi presencia solo el Inquisidor mayor de estos reinos puede ejercer su jurisdiccion, y Juan de Vergara ha muerto hace tres meses.

—Pero hay ya Inquisidor del reino de Toledo.

La pavura hizo á todos los concurrentes crecer dos palmos. Veíanse rostros allí de un espantoso mirar, como el de los condenados que en la *Divina comedia* esperan la llegada de Caronte á la orilla del Leteo.

Como las sillas de los canónigos están muy elevadas, sus rostros alegres y satisfechos contrastaban sobremanera con los de abajo, mustios y lívidos

D. Antonio se arrojó al suelo desde el sillon arzobispal, ni mas ni menos que si se arrojara desde la barbacana al foso de un castillo.

—¿Dónde está el Inquisidor? dijo avanzando al sitio en que Don Pedro se hallaba.

—Yo soy, respondió Tenorio, saliéndole al paso. Aquí está el pergamino con el sello de cera encarnada.

Y tremolaba sobre todas las cabezas el pergamino que le dió el embozado al salir de la sacristía.

—En nombre del Santo Tribunal, que en este reino de Toledo represento, añadió luego en voz potente y vanagloriosa, tacho Antonio Acuña, de heréticas y blasfemas *in primo grado*, las palabras que dices, las empresas que acometes, los propósitos que abrigas.

El grito de espanto con que fué esta declaracion acogida por todos los circunstantes, hizo que Acuña se estremeciera hasta la médula de sus huesos, y que su cabeza se inclinara hasta el pecho como en señal de rendirse obediente á los decretos de la Inquisicion; pero estas emociones fueron instantáneas.

Las trompetas de algunos nazarenos sonando en el atrio reanimaron su espíritu belicoso.

Alzó de nuevo la cabeza, y viendo pintada la ansiedad y la indecision en los rostros de sus partidarios, viendo que hasta los hermanos Gaitanes tenian erizados los cabellos y teñida la vista de una aureola de horror, apresuróse á replicar:

— Al Santo oficio someto humilde el examen de mis doctrinas canónicas; que ellas son tales, que antes honor me han de valer que no castigo; mas lo que dices de que no merezco sentarme en esta silla....

— ¡Oh silla de San Eugenio y San Ildefonso! esclamó el sacerdote en tono ardiente de inspiracion religiosa. ¡Oh silla que á tantos ilustres monarcas has visto de hinojos á tus piés! ¿consentirás tamaña afrenta? ¿así te verás manchada? ¿pasarán sobre tí las inmundicias del siglo? ¿piedra serás de escándalo puesta en el camino de la perdicion?

— ¡Voto á Cribas, que esto no puede sufrirse! Repítoos, señores, canónigos que no era mi voluntad, ni mucho menos mi deseo verme adornado con la primera mitra de España y del orbe católico; pero lo ha hecho el pueblo, y yo no soy de ella indigno....

— ¿Qué has hecho tú para merecerla? añadió Tenorio reposadamente, volviendo la cara al obispo.

— ¡Eso preguntas, menguado! ¿Qué he hecho? defender la religion y la libertad de la pátria, mientras tú y tus compañeros gozais regaladamente los sendos doblones de vuestras canongías; lidiar como bueno contra nuestros enemigos, mientras vosotros como flacas hembras, como asustadizas liebres en el campo batido por la trahilla, os ocultais tras estos muros que Wamba edificó; sufrir escarchas, atravesar torrentes, afrontar lluvias y todo linaje de rigores del tiempo, mientras vosotros esperais mi victoria para que la Iglesia alcance el alto lugar que le pertenece, y vosotros á par de ella arciprestazgos, deanatos y abadías, que es el cielo adonde levantais vuestros ojos desde esos sillones para la oracion labrados. Esto he hecho, que es mucho mas de lo que hizo tu ascendiente Pedro Tenorio para ser tambien arzobispo en los dias de Enrique IV.

Golpe era este mortal para el canónigo, pues á lo primero creyó que Acuña iba á echarle en cara sus pretensiones al arzobispa-

do; mas por su fortuna el obispo no tenia conocimiento de ellas.

—No se gana la mitra de Toledo, como ganaste la de Zamora, dijo balbuciente queriendo adelantarse á la acusacion haciendo otra. Ni el rey te propuso, ni tus ovejas te querian.

—Pero el Papa me la dió, y al fin mis ovejas me amaron.

—No te dará esta.

—Me la dará.

—¡Arzobispo! ¡arzobispo! tornó á gritar el pueblo, olvidado ya de sus pasadas emociones, y encendiéndose por lo contrario en mayor ardor comunero, al ver que el cabildo se le oponia.

—Esperemos la decision del Pontífice, dijo humildemente el licenciado Gaitan; y entre tanto, sea D. Antonio administrador de la mitra.

—No lo será mientras yo aliente, repuso Tenorio. Despues del niño flamenco debe de venirnos un santo, sino ha de decir esta santa iglesia con el profeta Jael: *Residuum crucæ comedit locusta, et residuum locustæ comedit brucus, et residuum bruchi comedit rúbigo.*

—¡Ay de mí! balbuceó entre la muchedumbre la voz cascada de Pedro Lopez, traduciendo como á pesar suyo la profecía:—*lo que dejó la oruga comió la langosta, y lo que dejó la langosta comió el pulgon, y lo que dejó el pulgon el gusano se lo come.*

El obispo vertia llamas por los ojos y espuma por la boca.

—Es grande sacrilegio, dijo una voz, que despues de saqueada esta santa iglesia por la mujer de Padilla, venga á administrar sus rentas D. Antonio Acuña.

—¡Miente quien tal dice! gritó Gonzalo Gaitan, que mi señora no ha recibido hasta lo presente un solo marco de plata.

—Conste, repuso D. Pedro Tenorio dirigiéndose al pueblo, que otros canónigos y yo hemos estado encerrados en la sacristía cuarenta y ocho horas sin comer ni beber por oponernos á la ruina y empobrecimiento de esta santa iglesia. Miren vuesas mercedes nuestro aprieto, que solo medio pan de ostias nos ha servido para alimentarnos, de tal modo que el centenario Juan Ruiz y el venerable anciano Mejía, yacen á esta hora medio muertos.

Un murmullo de indignacion entre los devotos, de chacota entre los amotinados, fué la respuesta de estas palabras.

Mas para el obispo fueron un rayo de luz.

— ¡ A mí los comuneros ! gritó en voz estentórea, tornando á ponerse de pié en su silla pontifical.

Y al punto le rodearon algunos hombres armados, que atropellando las pesadas atrileras que habia á los dos lados de la silla arzobispal, en el mismo sitio donde Nicolás de Vergara puso en 1574 las magníficas que hoy existen, llevaban por cabeza á Gonzalo Gaitan.

— Cercad el coro; poned en todas sus puertas centinelas; que no salga un solo canónigo de aquí vivo ni muerto.

Ocasionó tan audaz mandato á todos los circunstantes un silencio fúnebre y frio, solamente interrumpido por las roncas pisadas de los comuneros que á guardar las puertas se dirigian.

Gonzalo Gaitan iba frotándose las manos de placer.

Durante este silencio volvió á oirse á los salmistas que impertérritos continuaban su cántico sagrado.

— *Deduc quasi torrentem lacrymas per diem et noctem.*

Y la voz débil y lastimosa del padre de Padilla, que repitió:

— « Llora noche y dia á manera de un torrente. »

Así apagaba el sacristan velas y mas velas, como en otras ocasiones las despabilaba.

Mas turbóse el glacial silencio en este punto, y todas las miradas se tornaron al crucero de la catedral, por donde avanzaba doña María con régio continente en direccion al coro.

Pedro Lopez exhaló un grito de espanto.

La muchedumbre, dividida en círculos hirvientes y ruidosos, á manera de los del *infierno* del Dante, que mas de una vez hemos traido á la memoria, esperimentó dos emociones contrarias; enojo los devotos; entusiasmo los comuneros.

A cada paso que daba la de Pacheco se volvia al altar mayor, y poniéndose de hinojos se santiguaba.

Al llegar al facistol se detuvo.

Entre los sacerdotes, unos se cubrian el rostro con la manga de sus lobas, como si temieran nuevas profanaciones; otros alzaban los brazos y las miradas al cielo en religioso ademan, y otros en fin comuneros ó amigos de Padilla, como el hermano de Gonzalo y su amigo el maestrescuela, callaban tímidamente sin mirar á sus compañeros.

— ¡ Arzobispo ! ¡ arzobispo ! tornó á gritar la plebe al ver á Doña María.

D. Antonio se adelantó cortesmente hasta el comedio del coro.

—¿En dónde está Gonzalo Gaitan? dijo á media voz la dama sin mirarle.

—Aquí estoy señora mia, respondió Gonzalo, desde la puerta del Evangelio, que con la desnuda espada estaba guardando.

—Venid al punto.

El capitan acudió humilde como un perro.

—Prended al obispo Acuña.

—¡Al obispo! repitió el pueblo todo, con una sola voz.

—¡A mí! esclamó D. Antonio, dándose en el pecho una furiosa palmada. ¡Prendedme á mí!

—Obedeced, dijo sin inmutarse la esposa de Padilla, ni vacilar un solo punto.

Gonzalo se adelantó al obispo con la cabeza baja.

—¡A mí! repitió D. Antonio, en voz atronadora, que tanto de iracunda tenia, como de asombrada. ¡A mí, al capitan de las comunidades, al mejor amigo de Juan de Padilla....! ¡voto á mi nombre! ¡á mí que acabo de salvar á tu hijo á riesgo de mi existencia!

—Y por ello os debo mas que la mia, respondió la Pacheca en seguro y animoso tono. Gratitud eterna os debo; amor como de segundo padre de mi hijo, y mi corazon no acierta á mostrároslo de otra manera que impidiendo esta profanacion, afrenta perdurable de vuestro nombre y de mi ciudad. Cuando el Papa en nombre de Dios, y el rey en nombre del pueblo castellano, os asienten en la silla de San Ildefonso, seré yo la primera á holgarme y regocijarme, á respetaros y bendeciros.

Y como todo quedára otra vez en silencio, gritó en voz mas alta aun, dirigiéndose á Gaitan:

—Prended al obispo Acuña.

—¡Hija mia! ¡hija de mi alma! esclamó Pedro Lopez, viniendo á caer arrodillado junto á su nuera, y apoyando sus canos cabellos en su falda. ¿Te ha iluminado el Señor? ¿estás arrepentida ya de lo que hiciste? ¡Ah! no podia ser de otro modo, que corre por tus venas la sangre del gran cardenal Mendoza. ¡Bien hayas tú que semejante ignominia impides á la silla de tu noble tio, del vencedor de Granada, del que fué rey antes que amigo de los católicos.

—Yo no me arrepiento nunca, señor padre, dijo la dama be-

sando su venerable cabeza, sino de aquello que hago contra mi Dios ó contra mi honra.

En este momento apagaba el sol en Occidente la antorcha de los mundos, que fué parte á aturdir mas y mas al pobre sacristan de allende el crucero.

Una vez perdido el tino, sin curarse de que no se habian cantado completamente los maitines, de que faltaban aun dos nocturnos, el primero compuesto de tres salmos de David, tres lecciones sacadas de San Agustin, y sus correspondientes laudes, que son siete salmos interpolados con los cánticos *Cantemus Domino gloriosæ enim magnificatum est*, de Moises, y el *Benedictus Dominus Deus Israel*, de Zacarías; y el segundo nocturno compuesto de otros tantos salmos, tres lecciones sacadas de la *Epístola de San Pablo á los Corintios*, y el mismo laudes, apagó la vela María, única que ya quedaba en el candelero triangular, como quedará siempre un Dios sobre las ruinas de los mundos.

La oscuridad fué espantosa; el silencio aterrador. El toque de las trompetas de los nazarenos en las vecinas calles traia á la memoria el juicio final.

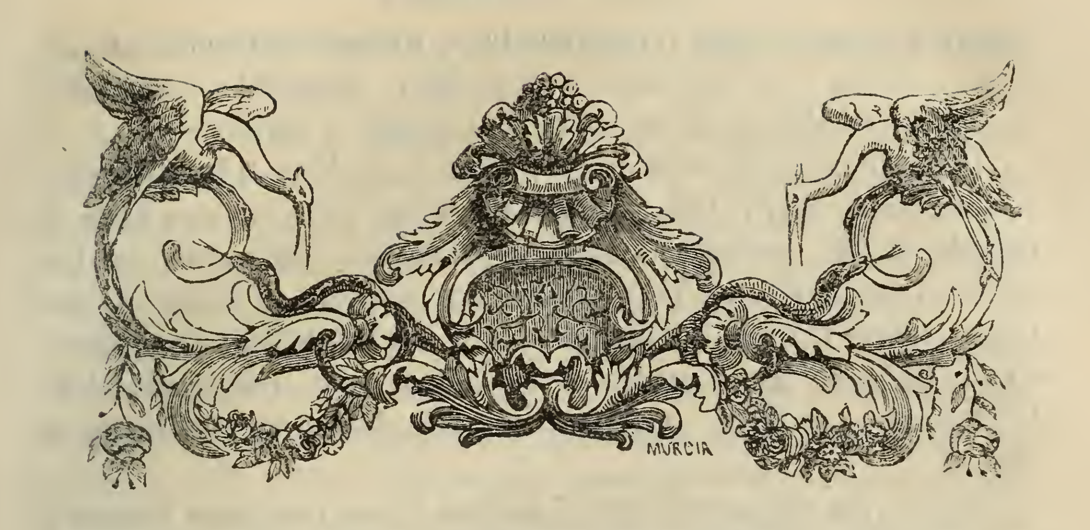
Algunas carracas, que entre la muchedumbre sonaban por acaso, parecian crujir de huesos, choques de cráneos vacíos unos contra otros al levantarse de las tumbas.

No sabiendo qué hacer los capellanes y el cabildo en tan crítico momento, rompieron á cantar:

—*Miserere mei secundum magnam misericordiam tuam....*

La plebe entre tanto salia de la terrible catedral á tientas, silenciosa, bamboleándose, negra y fatídica en sus miradas, como si la seda negra de los altares fuese el cristal de sus ojos.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.



LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

QUE MENDA VUELVE Á MIRARSE EN EL PARAISO PUESTA ENTRE CAÍN Y ABEL.


l domingo siguiente al de Pascua de Resurreccion, que fué el último de abril, presentaban los alrededores de la imperial ciudad un aspecto lúgubre y aterrador. Desiertas yacian las casas de campo, que con el nombre de cigarrales, en todo el mundo son famosas; parados los molinos, abandonadas las labores, y en las ermitas y monasterios de estramuros tocaban á misa vanamente, porque nadie acudia.

Cerradas todas las puertas de la ciudad, guarnecidas de flecheros las torres, y en estado de defensa los puentes y murallas, parecia que recelasen los de Toledo algun imprevisto ataque; y sin embargo, no ya ejércitos, ni mesnadas, pero ni tan siquiera se veian en todo

el contorno mas de diez ó doce hombres, y esos diseminados por acá y por acullá, y en son antes que pacífico, miserable, lastimoso.

Tambien habia en la atmósfera algo estraño y lúgubre.

Cubierto el sol de esos pardos celajes que llaman los labradores mareas de mayo, tibia y húmeda la brisa de la mañana hasta el estremo de que pareciese nuncio de tormenta, sordo como un lamento el murmullo del Tajo, contínuo y pavoroso el ladrar de los canes, solo el trino de los jilgueros de la vega dulcificaba las melancólicas tintas de aquel cuadro de la ciudad, que completaba el de la atmósfera, ó de la atmósfera que completaba el cuadro de la ciudad.

Mas de una vez sucedió que al abrirse la rica puerta de Visagra ó la empinada del Cambron, al compás del monótono chirrido de las cadenas y cerrojos, casi todos aquellos hombres que bajo el muro ó por la orilla del Tajo paseaban tristemente, corrieron al punto allá presurosos y anhelantes; pero en vez de hallar franca la entrada topábanse con algun labrador toledano ó con algun molinero por quien la puerta se abria, volviendo á cerrarse inmediatamente como si estuvieran apestados.

Entonces el de adentro y los de afuera se juntaban; dábanse tal vez la mano y aun los brazos, como si fuesen conocidos, y tales y tan tristes cosas debian de decirse unos y otros, que hasta gemidos y lamentaciones se oyeron, y alguna vez aconteció separarse el toledano de los de afuera con lágrimas en los ojos y torcer su rumbo á la vega, cayendo arrodillado en los altares de sus ermitas.

Ni era solo en las puertas donde este lamentable espectáculo se representaba.

Recorriendo todo el recinto de los muros que Wamba edificó, hallábanse aquí y allí misteriosos hombres de guerra, ora reclinados en el tronco de un árbol caduco, ora sentados en la argamasa morisca de las ruinas del Circo Máximo, ora en los frogones y cimientos de los arcaduces de la Naumachia, ora de hinojos rezando á la puerta de las ermitas ó en las cruces de los humilladeros, ora en fin en las fuentes que por do quiera brotan, ó en las peñas que rodean al castillo de San Cervantes.

Hasta las Covachuelas, barrio estramuros de la parte oriental, edificado sobre las ruinas de la foca de los leones del circo romano, estaba espantosamente desierto, de tal modo, que tres empolvados

atabaleros que por sus calles discurrian no osaban á penetrar en las abiertas y abandonadas casas.

A cuatrocientos ó quinientos pasos del monasterio de la Sisla, cuyas respetables ruinas se ven ahora en las escarpadas eminencias de allende el Tajo, hay una fuente de agua dulcísima, que entonces era inculto venero encauzado entre dos peñas que de asiento servian á los paseantes, para gozar desde allí un espectáculo magnífico.

Enfrente está la ciudad con sus inmensos edificios cuajados de inscripciones latinas, puestas en su mayor parte por el rey Wamba; la insigne basílica, cuyas torres y labradas agujas, á vista de pájaro miradas, como desde la Sisla se ven, no semejan otra cosa que un laberinto de cruces y caprichos arquitectónicos tendidos como una red sobre los tejados; á la parte oriental el alcázar, que puesto en lo mas eminente de la poblacion, alarga sus gigantescos brazos de piedra á San Cervantes, á la Sisla y á todas las eminencias próximas; y á los piés de la fuente de Valdegollada, nombre de la que vamos describiendo, el microscópico arroyo que ella forma y al Tajo envia, ciñéndolo de silvestre musgo y bordándolo de rústicas florecillas, los que forman otros mil veneros entre las breñas perdidos, los diminutos valles que como un liston de verdura se encaminan al Tajo, la pintoresca ermita derecha de Santa Ana solo algunos pasos distante; y á mano en el mas estenso valle que forma el dorso de la colina el magnífico Cigarral de los Trinitarios calzados, envidia de los magnates de aquel tiempo y hasta de las demás comunidades religiosas, con su casa de construccion romana, perla de las artes conquistadoras del mundo, con sus jardines sembrados de pintorescas ruinas, sus corpulentos y añosos árboles, que acaso tienen la misma fecha que el Circo Máximo ó la cueva de Hércules, y su desecho acueducto romano, que pasando por la torre acuaria, que llama el vulgo Horno del Vidrio, á pocos pasos de la fuente de Valdegollada, recoge en su camino para mayor placer de aquellos dichosos frailes, los dulces y copiosos veneros del Roble y del Castaño, preferidos á todas las fuentes toledanas.

La de Valdegollada hace por la misma filtracion de sus aguas una pequeña hondura á manera de anfiteatro, donde se alzaban en los tiempos de Padilla seis corpulentos sáuces, gigantes encorvados por los años y las tristezas, que le prestaban sombra y frescor. Cuatro de estos sáuces, nacidos en torno á las mismas piedras de la

fuente, en tal manera la cubrian con sus caidas ramas, que para echarse de pechos á beber, como el fatigado viajero y los sudorosos labradores hacen, era preciso levantar con la diestra mano su recamada cortina de follage.

Mientras los hombres de que hablamos discurrian por la vega tristemente, mirando á las murallas de Toledo, sordas á sus clamores, Menda y Leonardo salieron de la Sisla trabados de la mano y encamináronse á lentos pasos y tambien con triste continente á los sáuces de Valdegollada.

—No me detengas, Leonardo, murmuró la jóven haciendo como que atrás volvia, al propio tiempo que hácia adelante andaba. Mi señora la condesa acabará pronto sus devotas oraciones en el sepulcro de la milagrosa monja....

—¿Qué por ello tiemblas, hermana mia? repuso Leonardo tristemente. Dices que tambien ha venido á tocar en el sepulcro, para que sea mas milagroso, el clavo de un mártir que la emparedada de la cueva de Hércules le ha dado, y con ese tiempo me sobra para despedirme de tí.

—¡Despedirte! esclamó la doncella perdiendo el color.

—Sí, Menda, determino de partir á juntarme con el obispo Acuña, que me ha tomado aficion. Ahora está cercando, en compañía de Gonzalo Gaitan, el castillo que D. Juan de Rivera tiene en el cerro del Aguila, adonde se han recogido las gentes de Zúñiga, temerosas y acobardadas por su horrible triunfo de Mora. Por eso cuando te vi salir con la condesa por el puente de San Martin, abandoné mi faccion, y tras vosotras vine.

—Pero ¡y tu madre, Leonardo, y tu pobre madre! balbuceó la jóven, clavando en su hermano adoptivo sus grandes ojos azules, y parándose en la vereda que al venero los llevaba.

—¡Pobre madre mia! repuso el mozo ahogando un suspiro.

—¿Asi la abandonarás?

—Ella lo quiere.

—¡Ella! imposible, Leonardo, tú estás loco. Ella, quererlo ella que adora en tí.

—¿Te has olvidado de Lope?

—Es verdad, contestó Menda, bajando los ojos, y poniéndose ora encarnada, ora pálida; pero presumo que no será el inmerecido amor de tu madre á Lope el que te aleje de Toledo.

— No por cierto, que nunca halló la envidia entrada en mi corazon, pero ya me es insoportable su empeño de verme sacerdote, junto con la prisa que tiene de que con mi hermano cases. ¡Ay Menda! añadió el mozo poniéndose la mano sobre el pecho; no ha nacido este corazon para dormir debajo de una sotana.

— Díselo á mi madre así, repuso Menda con los ojos bajos y los lábios temblorosos. Díle que ni aun ser canónigo te place.

— Es que me preguntará la ocasion de mi negativa.

— ¿Y cuál és? dijo sencillamente la jóven.

— ¡Tú tambien me lo preguntas....!

Aunque no lo acertaba, Menda por instinto no se atrevió á replicar.

Y siguieron andando cabizbajos hácia la fuente.

— Hermana mia, esclamó de súbito Leonardo; yo no puedo vivir un dia mas en Toledo.

— Pero ¿por qué? repuso con un ademan de impaciencia la inocente niña.

— Porque tu novio Lope me mata; porque la idea de verle de ti amado y á tí unido me es mas dura que la misma muerte.

— ¿Lo dices en veras? esclamó sobresaltada.

— ¡Qué lo dudas! repuso amargamente Leonardo.

— Pues tiene fácil remedio: no casaré con él.

— ¡Oh! ¡calla! ¡calla! murmuró el jóven pasándose la mano por la frente. Mi pobre madre lo anhela para morir tranquila.... él te adora.

— No lo creas, esclamó la niña con la mas dulce sonrisa del mundo. Lope dice que me quiere.... ¿qué sé yo? por decirlo, por imitar á los otros mozos; pero él no quiere á nadie.

— Sí, sí, te adora. Dios haga que nunca dude de tu cariño, porque acaso te mataria.

— Estoy resuelta. En viéndole he de decirle que no nos casamos ya, porque á tí como vás á ser canónigo, cuando Noguerol vuelva rico, te duele de que los demas se casen, y yo por nada del mundo quiero afligirte.

— ¡Menda! balbuceó Leonardo, mirándola de hito en hito con recelo de que aquella cándida veleidad encubriera femenil malicia.

— ¿Te parece bien?

—¡Menda!

—Aunque Lope es avieso le convenceré, y sino.... que no se convenza, añadió la jóven con un gracioso mohin.

—No hagas tal, hermana mia.

—¿Quieres, Leonardo, desesperarme?

—Déjame callar.

—Pues no partas á la guerra.

—¡Imposible! hoy mismo parto.

—¡Que tú has de hacer lo que te place y yo no!

—¡Que á mí me place esta ausencia dices! murmuró Leonardo con meláncolico acento; ¡oh! no, me mata.

Y acabaron silenciosos de bajar la vereda.

—Siéntate Menda, aquí, dijo el mancebo levantando con su nervudo brazo las ramas del primer sáuce que dejaron al descubierto una piedra mas blanca que el ampo de la nieve, como que el sol nunca la hería con su lumbre, lamida al costado por los apacibles borbotones del venero, que jugueteaban mansa y amorosamente con las puntiagudas hojas entrelazadas de los otros sáuces vecinos.

Remangóse Menda la pulida falda, y sin replicar á su hermano tomó asiento en la piedra, dando el rostro al tronco del sáuce, donde apoyó su contorneado brazo.

Aunque podia por su dimension la piedra prestar asiento á dos personas, vacilante Leonardo y tembloroso lo tomó en el suelo sobre el musgo, á la raiz del tronco, y dejando caer la verde cortina quedaron ambos en aquella jaula de verdura como dos pájaros dentro de un mismo nido, como dos perlas dentro de una misma concha, como dos desposados que yacen por primera vez en un mismo lecho. Pero Menda se estremeció de piés á cabeza al verse allí, porque si no estaba oscuro el sitio ni medroso, estaba imponente y sobre manera estraño.

El pudor, ese instinto celestial, que si es verdadero no tiene esplicacion en la lengua humana, echó un velo sobre sus ojos, en su lengua un nudo, y en su sangre escalofrio, escalofrio ardiente y amoroso.

Cuando á través de los celajes de la mañana salia el sol algun breve espacio, los rayos que sobre el sáuce caian partidos en mil cambiantes, eran verdaderos polvos de oro, que contrastados con el verde musgo, con los pardos brazos del sáuce, con la deslum-

brante blancura de la piedra y con el color indifinible del agua en sus borbotones, recordaban al corazon el tinte fantástico de los sueños de amor y deleite, de las visiones que engendra la calentura de la pasion, llenando el ambiente de la gruta de un vapor y de unas brisas soñolientas, ponzoñosas, mortales de puro gratas.

Allí en fin acababan todos los ruidos humanos y solo el hervir de los sentidos y de la sangre se percibia, pues el alma, flor siempre en capullo á los veinte años, replegábase en sí misma de tal modo, que el Cristo de la Vega tocó á misa, y Menda y Leonardo creyeron que aquellos vagos sones eran suspiros ahogados en sus propios pechos.

Mas aconteció por fortuna que en el primer instante de este parosismo de los sentidos, en el mas peligroso y letal de estos vértigos que causa la naturaleza en primavera, que es su noche de boda, acertó á pasar desde los palacios de Galiana al Cigarral de los Trinitarios una bandada de canoros jilguerillos. Mudo y quizás melancólico y enfermo yacía uno entre las espesas ramas del sáuce; oyó á sus hermanos; los llamó con sus inteligentes gorjeos, y al punto las ramas todas del sauce y toda la verdura de la fuente, se cuajaron de plumas de colores, de diminutos picos, de madroños como la grana, y el ambiente y el espacio de trinos, de aleteos y de música suave.

Menda entonces, mas sobre sí, volvió el rostro á su hermano adoptivo, que se hallaba de espaldas al venero, y exhaló al punto un grito imperceptible en que cierta inquietud se traslucia.

—¿Qué tienes? dijo Leonardo sacudiendo su cabeza cargada de juveniles vapores voluptuosos.

—Mira, contestó la doncella, señalando con su imperceptible dedo índice, que parecia un listoncillo de marfil, la otra parte del venero, donde á través de las ramas del vecino sáuce se vislumbraba la cabeza de un hombre, que yacía muerto ó dormido sobre la fresca yerba.

Púsose Leonardo inmediatamente de rodillas, pues de pié no era posible en aquella deliciosa gruta, y apoyando una mano en el tronco y otra en la piedra, alargó la cabeza sobre el venero para introducirla despues entre las entrelazadas ramas de uno y otro sáuce.

— ¡ Mi tio Martin ! dijo en alta voz lleno de asombro.

—¿Martin Aguirre? repuso Menda incorporándose tambien con

ansiedad y sobresalto. ¿El que partió para el real comunero con los cinco mil ducados de Doña María?

— ¡ Estará muerto ! repuso Leonardo estremeciéndose.

—Echale agua en el rostro, añadió Menda, que ya se habia puesto de rodillas sobre el venero juntando sus dos manos como una concha abierta para sacar agua.

—¿Eres tú, Lope? dijo el de la otra parte de la fuente despertando al rumor de las palabras.

Menda saltó como una corza, separando con su cabeza las ramas del saúce, y fué á esconderse en las de otro no menos copudo y frondoso, que á pocos pasos de allí guiaba el camino de la fuente al Tajo.

Por instinto lo hacia, mas fácil es comprender que siendo Martin Aguirre avieso y receloso de suyo, temió ella que pensára al verla allí cosas distantes de la verdad.

Entre tanto el hermano de la campanera restregábase los ojos, y puesto á su vez de rodillas, separaba las ramas á uno y otro lado para mirar de hito en hito á su sobrino.

— ¡Tio Martin ! volvió á esclamar el jóven, como quien duda de lo que vé. ¿Usarcé en la Valdegollada?

—¿Y tu hermano? repuso cariacontecido Martin, mirándole de través con las trabadas niñas de sus dos ojos, pues como digimos en *Juan de Padilla*, al contar que hirió de muerte á fray Antonio de Guevara, junto á la iglesia de San Vicente de Avila, era de feroz catadura, miembros de hierro, traidor mirar y en sus costumbres, ademanes y palabras descubria uno de aquellos seres embrutecidos que nacian, vivian y morian en la edad media como plantas ó como animales.

Ahora que conocemos á un sobrino Lope el tuerto, con quien tenia mas de un punto de semejanza, por confesion de la pobre Joaquina Aguirre, nos es mas hacedero formar idea de su condicion y catadura.

—¿Espera á Lope ¡usarcé? le preguntó Leonardo lleno de recelos.

Martin hizo un ademan afirmativo.

— Pues ¿él sabe de su vuelta?

—Víle ayer.

—¿En dónde?

— En la ermita de San Lázaro. Los de Toledo á la cuenta dejais salir á todo el mundo, pero entrar en la ciudad, á nadie.

—Y Doña María ¿la sabe?

— No, respondió secamente Martin.

— Pues ¿no le ha enviado usarcé ningun aviso?

— Ninguno.

— Daréselo yo.

Aguirre miró estúpidamente á su sobrino; pero de mala manera.

— Ansiosa está con estremo, añadió Leonardo.

—¿Por qué?

—¿Usarcé me lo pregunta? ¿Pues los dineros que llevaba para el señor Padilla....

— Me los han robado.

—¡Dios de Dios!

—Sin blanca torno.

—¡Qué desventura tan grande!

—Y además....

— ¿Qué mas puede haber...?

— Dejáronme por muerto.

— ¿Quienes?

— Los imperiales.

—¿Dónde?

— A legua y media de Torrelobaton.

—¿De manera que á D. Juan de Padilla...?

—No le he visto.

— ¿Ni llegó usarcé á su real?

—Sí, respondió en voz ahogada Aguirre, como si la tristeza le dominase.

— Y habiendo llegado ¿no le vió usarcé? repuso Leonardo mas y mas lleno de recelos y de asombro.

—Era el punto en que se trababa la lid, entre Torrelobaton y Villalar.

—¿Con qué es cierta? esclamó dolorosamente el jóven, ¿con qué es cierta la lid, y todos esos hombres de armas que andan por la vega vienen con efecto fugitivos?

— Yo ví caer á Padilla....

— ¿Muerto?

— Prisionero.

— ¡Harto lo sospechaba ayer Doña María! ¡harto su amoroso corazon se lo anunciaba ayer!

— ¿Cuéntase en Toledo ya?

— Hubo que cerrar de repente las puertas todas, porque vimos venir desbandados los hombres que digo, y pudieran ser imperiales encubiertos; mas con lastimosas voces decian á los centinelas del muro que son comuneros en Villalar derrotados. Porque no introdujesen en la poblacion mas alarma y sentimiento del que á lo presente hay, les veda la entrada mi señora hasta que la verdad del caso sea de todo punto conocida por mensajeros de D. Juan ó de los otros capitanes.

— ¡Pobre D. Juan! murmuró Aguirre, estrujándose con el dedo un ojo, que por señas no se humedecia, para que pareciese que lloraba.

— ¡Cayó el triste! ¡tan bizarro! ¡tan generoso! ¡tan libre de pecho!

— Tambien cayó Juan Bravo.

— ¡El capitan de Segovia!

— Y Maldonado.

— ¡El de Salamanca!

— Y otros muchos que no se me acuerdan.

— ¿Los castigarán?

— Con muerte, dicen los imperiales.

— ¡Imposible! arderia toda Castilla como una zarza seca. ¡A tan bravos y nobles caballeros! ¡á tan celosos defensores de su rey castigarlos con muerte!

Martin Aguirre se sonrió de una manera significativa.

— Pues yo pienso, dijo afectando tono de indiferencia, que han de degollarlos. Pongo al tiempo por testigo.

— Haga Dios que le falle.

— Quizás llegue mañana la triste noticia.

— ¿Y usarcé se tornó al punto?

— ¿Qué hacia yo en Villalar?

— ¿Solo?

— Con muchos fugitivos.

— Mas ¿no quedaban capitanes que los rehicieran para proseguir la campaña?

— Solo queda el obispo en el reino de Toledo, y el conde de Salvatierra en las Merindades; mas Acuña ha perdido ya todo el amor de los pueblos por haberse hecho arzobispo.

— ¡ Ay ! ¡cuánta desventura!

— En cambio Doña María lo ha ganado, porque, segun cuentan, le puso preso y le echó de la ciudad.

— Es una brava hembra.

— Tambien comienzan las ciudades á rendirse.

—¿Eso mas?

— Ya no tienen defensores.

— ¡Pobre Toledo! esclamó Leonardo cayendo sobre la yerba y mirando enternecido, á través de las hojas del sáuce, las gallardas cúpulas y soberbios torreones de la ciudad, que á los piés de la Valdegollada se estiende.

— Si á Padilla matan, dijo Aguirre, por Toledo será.

— ¿Por Toledo? no alcanzo la razon.

— Contábase en Villalar la noche de la batalla, que Hernando de Vega habia dicho en el consejo de los imperiales..... ya me entiendes, en la junta que hicieron para sentenciar.....

— ¿Qué habia dicho?

— *Si á Padilla dejais vivo, Toledo quedará con cresta.*

— ¿Por su mujer lo diria?

— ¿Quién lo duda?

— ¡Ah si no estuviera tan doliente y apesarada!

— Cuando á su marido le degüellen, recobrará todo el brio. Marido de su marido la llaman por Castilla, y bien demuestra su hombruna condicion lo que en la ciudad ha hecho. Yo tengo para mí que ha de ponernos á dos dedos de la rnina.

— Si no la mata el dolor.

Y dobló el mozo la cabeza sobre el pecho, y una lágrima largo tiempo reprimida, rodó sobre el verde musgo.

— Oye, dijo Martin, separando mas las ramas del sáuce y dándole en el hombro una palmada. Oye aquí para entre los dos. ¿Has pasado por la Sisla?

— De allá vengo.

— ¿Reparaste si junto á la pila del agua bendita yacia arrodillado un peregrino?

— Sí por cierto.

— Y él, ¿reparó en tí? preguntóle Aguirre con misteriosa ansiedad.

— Lo ignoro.

—¿Pasastes muy cerca de él?

—Rozando su sombrerillo de anchas alas.

—¿Y no dijo palabra ni hizo ademan alguno?

—¿Por qué tenia de hacerlo?

—Pudiera ser.

—¿Me conoce acaso?

—¿Quién tal dice?

E incorporándose de repente, como si no quisiera hablar mas de aquello, abandonó la sombra del sáuce.

Leonardo hizo lo mismo, lleno de asombro y de tristísimas sospechas.

—Adios, le dijo su tio, sin saltar siquiera el chorro del venero que los separaba.

—¿Va usarcé á entrar en Toledo?

—No haré tal, aquí para entre nosotros, hasta que sepa Doña María de la batalla, pues como es tan arrebatada y voluntariosa, capaz la juzgo de arrancarme la lengua.

—A sabiendas, tio, la calumniais, dijo severamente el mancebo. Ella es la misma justicia.

—Por si acaso no entraré en la ciudad hasta mañana. Tendria que ver que tras apaleado y robado y fatigado, saliera de esta empresa deslenguado.

Y esto diciendo, separóse de su sobrino en direccion al Horno del Vidrio y la ermita de Santa Ana, por donde sin duda habia de venir Lope Noguerol.

—¡Ay! ¡tio! ¡tio! murmuró el mancebo mirándole alejarse; haga Dios que sean delirios mis pensamientos; haga Dios que los cinco mil ducados....

Y se le puso en la lengua un nudo.

Luego quedó abismado en profundas meditaciones, hasta que oyó un ténue respirar que parecia nuevo murmullo de la fuente.

—¡Menda! dijo en voz muy baja mirando á través de uno y otro sáuce.

—¿No le has visto? esclamó la jóven saliendo del que la ocultaba.

—¿A quién? le preguntó confuso el comunero.

—A Lope.

—¡Lope está aquí!

— Por la vereda ha pasado.

— ¿Para abajo ó para arriba?

— No se me acuerda bien, que me turbó su presencia.

— ¡Mal haya tu turbacion!

— Sin duda subió á la Sisla.

— ¿Estás segura de que era él?

— Como de que á tí te veo

— En confusion me pone este suceso, dijo Leonardo, que jurara haber visto en mi tio Martin.....

— ¿Por qué torna?

— ¡Ay Menda! esclamó el jóven tristemente; porque era verdad la rota de los comuneros.

— ¡Era verdad! Por fuerza habia de serlo. Va para tres noches que no duerme Doña María, que vienen los buhos á graznar en su tejado y los perros á gruñir sordamente bajo su ventana.

— Y el señor Padilla ha caido prisionero.

— No me des tan mala nueva; ¡calla! ¡calla!

Y rompió á llorar la gentil niña!

— Mas te afligirá, hermana mia, añadió Leonardo tras un instante de silencio, mas te afligirá el saber que me están destrozando el alma sospechas terribles. Dice mi tio que le han robado los dineros de la señora que llevaba.....

— ¡Miente! ¡miente!

— ¿Lo sabes tú? esclamó el jóven absorto y confuso.

— Tienes razon. No lo sé; pero se me ha venido al pensamiento y á la boca el decir que miente.

— ¡Ay! tambien lo sospecho yo. Está esperando á mi hermano, y jurara que entre los dos algun horrible misterio.....

— Sí, sí.

— Lope anda estos dias muy rozagante y ensoberbecido, porque, sin que yo sepa cómo ni cuándo, ha trabado grandísima amistad con el canónigo Tenorio.

— ¿Con el enemigo de Doña María?

— Y pasa con él horas enteras en la cueva de Hércules. En cierta ocasion bajé tras ellos, y estaba la penitente sola.

— Se habrian marchado ya.

— ¡Imposible! no me moví de la puerta. Además, hermana mia, y esto, añadió el jóven melancólicamente, no te lo he dicho hasta

ahora por no afligirte: cuando con Garcilaso y conmigo fué al real del prior á rescatar á D. Gonzalo Padilla, perdiósenos en tal manera que no dimos con él en media mañana.

—¿Dónde estuvo?

—¿Quiéres que te diga lo que sospecho?

—Sí.

—Mira que es horroroso.

—No importa. Dímelo.

—Pues sospecho que estuvo platicando secretamente con Zúñiga.

—¿Le conoce acaso?

—No en verdad, y eso me prueba su traicion. Están tramando, hermana mia, no lo dudes, el entregar la ciudad á las gentes del rey.

— Cuando lo sepa Doña María les dará su merecido.

—Mucho temo que no pueda.

Y quedaron en silencio entrambos, como dos estátuas puestas entre los sáuces.

—Adios, dijo luego Leonardo, trabando á Menda del brazo junto á las ajorcas de hierro labrado que llevaba.

—¿Qué te irás á la guerra al fin?

—Es ya mi esperanza sola.

—¿Quiéres que te maten?

—Sí.

— ¡Y antes me matas!

—No llores, hermana mia.

—¿Qué no llore, si me ahogo? ¡Cruel! ¡qué no llore y me estás haciendo llorar!

— ¡Menda! por los clavos de Cristo, calla ó perderé el valor, dijo Leonardo.

—Estoy resuelta, repuso la jóven levantando los ojos y secándoselos con el pañizuelo de linomple que de su cintura colgaba.

—¿Qué vas á hacer? no me asustes.

—Vete á la guerra, vete; pero tendrás el gusto de que tu madre.....

— ¡Mi madre! acaba por Dios.

—Se enoje para siempre de mí.

—¿Por qué?

— Porque no caso con Lope, no, no..... le aborrezco, le detesto, le ódio. Por èl huyes de Toledo.

—No lo creas.

—Te conozco bien. Disimula, disimula.....

—Yo te juro.....

—Es inútil.

—Pero Menda, esclamó el jóven radiante de placer, aunque como ella decia, lo disimulaba; si aborreces á mi hermano.....

—Mortalmente.

—No lo digas. Él te ama.

—¿Amor aquel montaraz, sándio, intonso y salvaje?

—Si no temes enojar á mi madre.....

—Que se enoje.

—¿A quién amas en el mundo?

Alzaba Menda sus hermosos ojos humedecidos para contestar á aquella pregunta hecha en voz misteriosa y baja, cuando al final de la vereda que de la fuente va á la Sisla, apareció la condesa de Monteagudo.

Leonardo la vió tambien, y apretando á hurtadillas la cariñosa mano de la jóven, tomó la vereda opuesta que conduce al Horno del Vidrio, determinado de aclarar los tenebrosos misterios que en el proceder de su tio Martin Aguirre y de su hermano Lope vislumbraba.

No bien habia descendido la pequeña colina de la Valdegollada, y cuando la jóven, secándose apresuradamente los ojos, se disponia á correr al encuentro de Doña Casilda, salió de entre los sáuces del venero Lope, é iracundo y ceñudo se le puso delante.

—¿Con qué me aborreces, hembra ruin? ¿con qué soy montaraz, sándio, intonso y salvage? ¿con qué si mi hermano se ausenta de Toledo no casas conmigo? ¡Pues vive Dios que ahora lo vas á decir en veras y en razon!

Y asiendo fuertemente de su torneado brazo alzaba el suyo nervudo para abofetear aquellas mejillas de azucena, cuando á los gritos de la jóven bajó á todo correr la condesa y tornó Leonardo á subir la colina, lanzando votos y ternos.

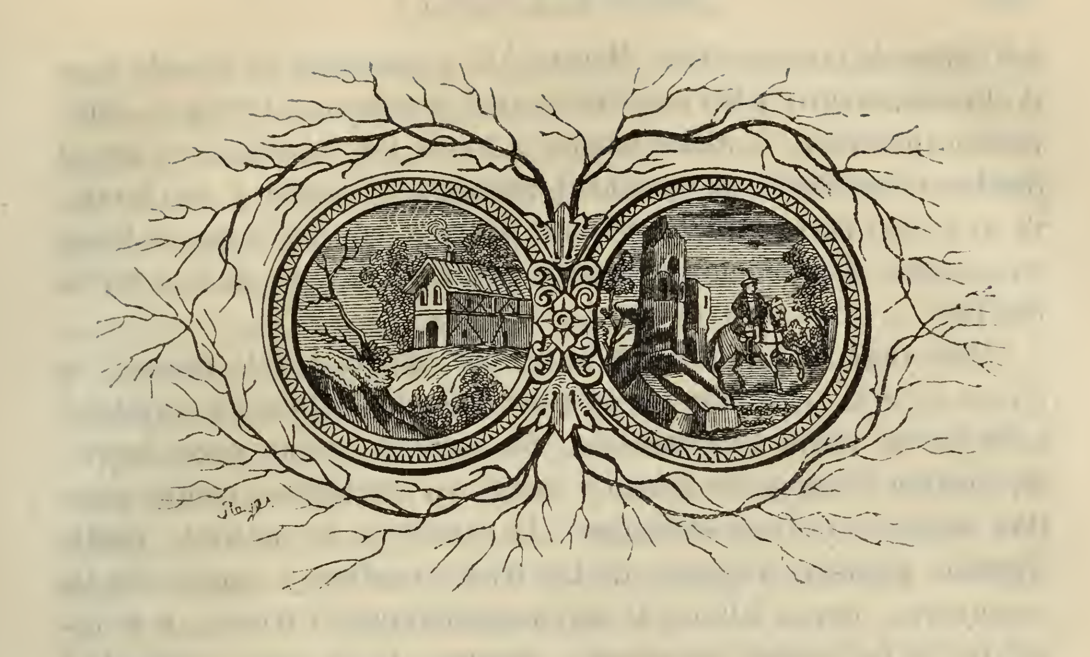
—¡Tu hermano!..... murmuró Menda cayendo sin sentido á los piés de Noguerol, que ya vibraba su puñal sobre la cabeza del villano amante.

—¡Mi hermano! repitió sordamente el comunero dejando caer el puñal. ¡Mi hermano! ¡el constante enemigo de mi ventura!

— ¡Es Lope! repitió la condesa muda de terror. ¡Es Lope él que la abofeteaba! Yo te juro en Dios y en mi ánima que no has de casar con ella mientras yo viva.

Leonardo, que se habia inclinado hácia su hermana para socorrerla, alzó los ojos á Doña Casilda con tal espresion de júbilo y gratitud, que la beata bajó los suyos ruborosa.





CAPITULO II.

DONDE EMPIEZA Á HACER MUY PRINCIPAL FIGURA EL CLAVO DEL MÁRTIR GODO, QUE GUARDABA COMO UNA PERLA DOÑA CASILDA PACHECO.

A medida que avanzaba el dia íbase poblando la vega y todas la inmediaciones de Toledo de hombres semejantes á los que vimos en el capítulo anterior.

Y ya nadie puso en duda que viniesen fugitivos de una gran derrota, porque su estado mísero y lamentable lo decia claramente.

Guardado entre Menda y Leonardo el secreto de las tristes nuevas de Martin Aguirre, poco tardaron en traspirar contadas con muchísimo secreto á los principales, amigos de una y otro, con que abultadas al punto y desfiguradas acrecieron la zozobra y el duelo en la poblacion. Parecia Toledo una familia que ve agonizar á su padre.

Con esto la casa de los condes de Tendilla se veia llena de gentes de todo linaje y condiciones, que esperaban saber la verdad de

los lábios de la triste Doña María. Allí se juntaron en un solo bando los comuneros y los imperiales, que la desgracia iguala las diferencias políticas, é ibales mucho á todos los toledanos en que el pendon imperatorio de su ciudad prevaleciese entero y con honra. Si en alguna parte empezó entonces á tomar cuerpo lo que se llama en nuestros dias opinion ó espíritu público, fué sin duda á orillas del Tajo.

Pero Doña María ignoraba la verdad, ó por decirlo mejor, no queria saberla, cerrando los ojos del entendimiento á las certidumbres que su razon le presentaba. Su espíritu, como pocos fuerte, su corazon como pocos brioso y enérgico, revelábanse contra aquellos rumores ya casi elevados á la categoría de noticias, contra aquellos fatídicos augurios de las tristes madres y esposas de los comuneros, nunca fallidos si son verdaderamente tristes, y se revelaba en fin contra los propios temores de su alma, apenada y dolorida sobre toda ponderacion.

Mas de una vez por acallar los llantos y lamentaciones de las hembras, así como los gritos y enojos del pueblo, que no contento con invadir su casa poblaba tambien la calle, salió al labrado balcon principal, y dijo desde allí á todos palabras enteras y de eficaz consuelo; pero si al apartarse del balcon la hubieran visto las toledanas caer moribunda en los brazos de Menda, con los ojos mortecinos, tintos en sangre los lábios, y punto menos que apagado su corazon; si la hubieran visto arrastrarse luego de rodillas hasta su oratorio, y allí en prolongado éxtasis faltarle aliento para despegar su boca de la tierra donde la ponia, menos, mucho menos precio dieran las toledanas á sus arranques de bravura y á su aparente serenidad.

Así pasó medio dia de angustiosa calma, de cruel incertidumbre.

Hubo, sin embargo, mas de una ocasion en que embravecidas las pasiones comuneras por la desgracia, y las realistas soliviantadas por la victoria, faltó poco para que produjesen chocando algun desman, con que estimaron prudente los servidores de Doña María cerrar la casa y prepararse á cualquiera evento.

Prudencia fué en verdad, y como nunca oportuna, que por todas partes empezaba á levantar cabeza la parcialidad enemiga, y los que un mes antes eran quizás comuneros furibundos, ó á lo menos entusiastas admiradores de Padilla y de su mujer, no se contenta-

ban ahora con vituperarlos y atribuirles todos los males que la ciudad padecia, sino que predicaban su esterminio, querellándose de que suelo tan leal como el toledano, produjese aquellos traidores. Así acontece cuando la miseria de los tiempos dá calor á la miseria de los hombres.

Y los enemigos de la comunidad que temblaban de miedo poco antes, se apercibian en sus casas de hierro y de acero, braveando y jurando que como á ellos los dejasen obrar mas lucida andaria la fama de los buenos servidores de Cárlos V.

El cabildo catedral, que tan solapadamente habia hostilizado á Doña María cuando vió de nuevo vacante la silla del arzobispo, quitóse ya la máscara, y organizó públicamente lo que desde muchos dias atrás estaba organizando en secreto: un cuerpo de tropas que él llamaba su parcialidad á boca llena.

Corren dias tan menguados para los descendientes de Padilla, que ni aun la verdad histórica podemos decirla en público como en algun modo rebaje lo que las gentes irreligiosas creen que ofende á la religion, porque ellos obran con mas secreto; y pues del cabildo toledano se trata, y pues otras verdades semejantes nos han merecido largas censuras de intonsos Arístarcos, bueno será remitir á nuestros lectores á todas las historias de Toledo, donde verán mil veces citada la parcialidad del cabildo, y no lo que hoy se entiende por parcialidad en la esfera política, sino una especie de guardia pretoriana, que no solo defendia á los canónigos, sino que heria á sus enemigos, y que llegó á atacar la casa de Padilla, como veremos adelante y lo probaremos.

En la comunidad, es decir, en el ayuntamiento, donde siempre hubo algunos jurados imperialistas, empezaron estos á prevalecer con la derrota de los comuneros; mas redújose su triunfo á meter en la guardia del Alcázar algunas gentes maleables de condicion, que en un momento crítico pudieran alzar la bandera del rey; pues en cuanto á las puertas, desde que marchó Padilla estaban guardadas por sus parciales mas seguros, que á la de Pacheco solo obedecian.

Rematado ya un ligero esbozo de la situacion de la ciudad, rematemos el de la revuelta casa del héroe toledano.

La condesa de Monteagudo, que desde su vuelta de la Sisla permanecia rezando en el oratorio, acercaba cada momento á ojos y lábios de su infeliz hermana el clavo del mártir godo que le diera

la penitente de la cueva de Hércules, y como esta accion y el amoroso cuidado, volviesen á la de Pacheco toda su energía recordándola quizás otros deberes, en dar gracias á Dios por aquel bendito y milagroso hallazgo no cesaba un punto.

Con la ternura esquísita que solamente atesora el corazon de la mujer, se habia dado maña la marquesa de Villena á llevarse de allí á D. Gonzalo, y á distraer sus infantiles sinsabores de varios modos. Era ella, como el lector habrá advertido, muy dada á los mancebos imberbes, acaso y sin acaso, porque D. Diego Pacheco peinaba canas.

Contóle primeramente los amores de Boabdil, último rey de Granada, con la hermosa hija del conde de Cabra, en cuyo castillo de Baena habia pasado parte de su juventud prisionero. Agotada muy en breve esta materia, hízole un cuento peregrino de su abuelo el conde de Tendilla, cuando era alcaide de Alhama, que faltándole dinero para pagar á sus soldados, escribió en pequeños trozos de pergamino, aquí «*vale una dobla*» allá «*vale veinte doblas*» y acullá «*ciento*,» que como él gozaba tanto renombre de honrado y poderoso, valieron y pasaron como dinero contante, de donde vino despues la invencion de las tarjas, que tanto á la sazon contribuian á los hurtos de los flamencos. Agotada tambien esta materia, como el niño se aficionase á las gallardas acciones de su abuelo, contó Doña Ana la historia no menos peregrina del nacimiento de su tia la condesa, obra de una casualidad inesperada, pues siendo Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, adelantado de la frontera de Jaen, supo en cierta ocasion que los moros, con Boabdil á su cabeza, acababan de apoderarse de un convoy que iba á Alcalá la Real. Salió inmediatamente el bravo caballero á esperarlos en el barranco de Barcina, y quitándoles el convoy con muerte de muchos de ellos, lo custodió hasta Alcalá, donde hallóse por fortuna suya con su esposa y señora, la hija del marqués de Villena, de quien la guerra le tenia largamente separado. Iba la noble señora en peregrinacion á una ermita de la sierra de Córdoba á ofrecer á la vírgen su hija primogénita, Doña Maria Pacheco, que trescientos dias despues, tuvo, gracias al dichoso encuentro, una hermana llamada Doña Casilda.

No son para dichos los imponderables estremos de júbilo y asombro con que oyó D. Gonzalo aquella estraña relacion, que nunca su recatada madre ni menos su devota tia la condesa le permitieron ave-

riguar. Estremecióse todo involuntariamente, como si su razon empezara á comprender que aquella historia era un génesis humano, la eterna fuente de vida de donde él como una gota habia manado.

Mas no bastando tampoco á ocupar todo el tiempo estas niñerías, contóle Doña Ana de Guzman que Garcilaso, y Leonardo Noguerol, y Lope, y Rivas y otros mancebos amigos suyos, hubieran salido de la ciudad el mismo dia de su vuelta con Acuña, determinados de rescatarle caballerescamente; que hallaron al prior de San Juan en las eras de Villasequilla; que á son de clarines echaron un pregon diciendo que habia allí once mozos toledanos capaces de lidiar de bueno á bueno con todos los mozos imberbes que en el real hubiera; que salieron doce al trance, y contra lo que esperaban en su ignorancia del feliz suceso de Acuña, no salió el niño Padilla á completar el número de los toledanos, que era el propósito que los llevaba, para huir todos luego, dejando vencidos á los imperiales, por cuya razon se contentaron con ginetear y romper media docena de lanzas; pero que á la vuelta, habiéndoles cogido la noche en el camino, perdieron el rumbo, yendo á dar en una emboscada del prior, que los llevó fugitivos hasta Mora, donde encontraron á sus vecinos preparándose como buenos comuneros á una resistencia desesperada, contra cierto capitan de Zúñiga que á sujetarlos venia.

Refirió la marquesa de Villena esta última parte de la historia con reprimida emocion, porque lo cierto del caso era que el hijo de Doña Sancha, se habia encendido del tal modo en el bélico ardor de los vecinos de Mora, que se quedó con ellos allí mientras volvian sus amigos á la imperial ciudad. Tan apretados se vieron los de Mora que no contentos con barrear las calles, y meter en la iglesia sus mujeres, caudales y ganados, habian pedido ayuda á Toledo, que les envió al obispo Acuña y á Gonzalo Gaitan, pero era tarde; la villa estaba arruinada y la iglesia ardiendo con todos sus vecinos y riquezas. Garcilaso y algunos otros escaparon por milagro, descolgándose de la torre en lo mas recio del incendio y de la pelea.

Pero acontecia que todos estos cuentos solo gastaban algunos minutos, que callaba la dama falta de aliento, y que ya no hubo modo de tener á Gonzalo Padilla lejos de su madre; pues ni súplicas ni engaños le impidieron correr al oratorio, en tan buena sazon, que estaba lleno de gente, cariacontecida toda y cabizbaja.

Corrió su tia tras él, y tambien entrara en el oratorio si no viese llegar á la boca de la escalera á Doña Teresa Martinez, seguida de un paje que llevaba un pliego en la diestra mano, ayudando con la izquierda á su señora á sostener el exagerado tonto de su atavío.

Era el tonto una saya de mucho bulto y balumba, que las mujeres se endosaban debajo del vestido para hacer mas persona. Despues se llamó tontillo, luego tonton, y en los presentes tiempos se llama á Dios gracias miriñaque, pues eso de llevar las damas sobre sí tonto, tontillo ó tonton, es decir, toda la gran familia de los tontos, media humanidad, era cosa harto pesada y desenvuelta.

Exageraba mucho la de Laso sus *tonterías*, porque era flaca y huesuda, y acaso tambien por parecerse á la de Pacheco, que era mas gruesa que ella.

—Pasmada me tenia vuestra ausencia, díjole con satírico acento Doña Ana, que en las menguadas horas nunca faltais vos á quien os quiere bien.

—Eso no lo niego, contestó la envidiosa dama en el mismo tono, haciendo á su tia todo el agasajo que la balumba de su tonto le toleraba; y eso prueba que mas me place acudir al desvalido que al venturoso.

—¿Por esa razon sin duda, repuso la de Villena, dísteis al marqués mi marido la nueva de mi llegada? ¡Habia menester tanto consuelo!

—Aun me debe las albricias.

—Yo os las daré en cariño, sobrina mia.

—Sois tan cariñosa como buena.

—¿Y qué os trae en este momento por acá?

—Un mensaje que he recibido de Pedro Laso.

—¿Será triste? se apresuró la de Guzman á preguntarle.

—No es muy alegre; pero como importa á Doña María saberlo....

—¿Os apresurais á venir?

—Cumplo un deber de amiga y deuda. ¡Harto pronostiqué yo la suerte que á los comuneros esperaba!

—¿La pronosticarias despues....?

—¿Despues de qué, señora tia?

—Despues que vuestro marido los abandonó.

—Antes, mucho antes, dijo Doña Teresa mordiéndose los lábios, que aunque no está la ciencia vinculada en mi familia como en otras, se me alcanza lo bastante....

—¿De astrología? sin duda alguna, pues leeis en las estrellas. ¿De mágia? tambien puede ser.....

—¡Libreme Dios, que ahora tenemos Inquisidor nuevo! ¡Y qué Inquisidor! Don Pedro Tenorio.

—Vamos. Decid de dónde habeis sacado ese fatídico augurio.

—La razon basta para comprender las innumerables faltas que los comuneros han cometido.

—Innumerables, teneis razon.

—¡Apoderarse de la reina!

—Entonces era comunero vuestro marido, ¿no es verdad? ¿y presidente de la santa Junta?

—Sí, repuso la dama queriendo parar el golpe; mas desaprobó altamente aquella empresa, y desde entonces se empezó á enojar de los que con tanto desacato ponian la mano en el trono.

—Yo me huelgo de su prudencia, que así no le acontecerá nada malo cuando los comuneros sean vencidos.

—Ya lo fueron, señora tia, dijo Doña Teresa aparentando sentimiento.

—¿Será eso lo que venís á anunciarnos?

—Eso es. Doña María no ha recibido hasta lo presente nueva alguna, porque Padilla está prisionero en Villalar, segun me participa mi marido. No mas que por prevenirla vengo aquí. Anda envalentonada con estremo la gente del cabildo, y si ella es prudente, debe ausentarse de la ciudad.

—Mucho vá á agradeceros ese cuidado.

—Harto me cuesta afligirla.

—Yo os ahorraré ese dolor.

—¿Cómo, señora tia?

—Trasladándole vuestro amistoso aviso.

—Haced lo que mas os plazca; pero hacedlo sin que se aflija mucho que á mí me dolerá.

—Ya está afligida, mas cuando sepa que venis á consolarla....

—Juzgo inútil ofrecerla el valimiento de nuestra familia....

—¡Oh! creed, sobrina, que si ella necesitára de alguno, recurriria inmediatamente á los Lasos de la Vega, que habiendo sido

comuneros antes que imperialistas, tendrian doble interés en defenderla con su espada de dos filos.

Esta cruelísima y desembozada sátira acabó de desconcertar á Doña Teresa, que bajando los ojos al suelo, y deshaciendo con la mano las arrugas de su tonto, dijo despues de una pausa:

—¿Sabeis, tia y señora, si tornará pronto mi cuñado?

—Como no soy regidor, ni capitan comunero, contestó Doña Ana serenamente, lo ignoro.

—¿Qué no teneis nuevas de él?

—Soy harto jóven para que por madre me tengan los mozos.

Y clavó en Doña Teresa una mirada de víbora, esperando que le replicase con la sangrienta sátira que su respuesta pedia.

Pero la de Laso se contentó con preguntar:

—¿No ha recibido Doña María ningun mensaje de Acuña?

—Ninguno.

—El loco de Garcilaso es tan aventurero y fantaseador, que no parece sino que algun ángel malo le turba el sentido.

—No se ocupan los ángeles en eso, dijo Doña Ana con soberano desden, ni la sangre jóven necesita de lumbre para hervir.

—Ya dos veces se ha puesto en trance mortal. Primero, cuando retó en compañía de sus amigos á los mancebos imperialistas del prior, despues cuando le halló en la torre de Mora el incendio de su iglesia, y á lo presente juntándose con el obispo Acuña para atacar el castillo del cerro del Aguila. Locuras tales si no le tienta el enemigo...

—Quizás le tiente.

—Mi marido trata de ponerles fin.

—Hace muy bien.

—Y le manda....

—¿Qué le manda á Garcilaso? dijo con sorna Doña Ana.

—Marchar á la córte, donde le alcanzará un buen oficio de guerra.

Y calló mirando á su tia fijamente.

—Enviadle un aviso para que torne, se apresuró á decir la de Villena sin manifestar alteracion alguna. Es cosa el mandamiento de D. Pedro que no debeis retardarla.

—¿Juzgáislo así?

—Asi lo debeis hacer.

La de Laso comprendió su derrota, y apresuróse á partir, rei-

terando á su tia que no afligiese mucho á la de Pacheco al darle la mala nueva.

De lo que menos se cuidó la marquesa de Villena fué de llevar el mensaje á Doña María, pues justamente por no desconsolarla mas y mas, habia impedido la visita de Doña Teresa.

Ni para mujeres de su carácter tenia atractivo á la sazon el oratorio.

Cuando entró D. Gonzalo en él, hallábase en silencio y triste por demás.

—¡Señor maestro! dijo el niño desde la puerta, corriendo á besar la mano á un hombre de beatífico aspecto, vestido con loba y capuz de viaje, y cubierto de polvo. ¡Loado sea Dios que de Portugal os trajo!

—Callad, hijo mio, replicó el canónigo Nebrija, que vuestra señora madre está doliente.

Revolvió el niño los ojos adonde estaba Doña María, y la vió con efecto, antes que sentada caida en su sillon, como si le faltase el aliento. Semivelados sus ojos, tenian la espantosa fijeza que les dá el dardo del dolor clavado en el pensamiento.

De pié á la izquierda de la de Padilla, alargábale Menda un cordial en un vaso de plata.

—Besad la santa reliquia, hermana mia, esclamaba la condesa de Monteagudo, puesta de hinojos á su derecha mano, y acercando á su rostro el clavo de la penitente de San Ginés. Besadla, besadla con fervorosa fé, y Dios hará que por su intercesion Padilla sea salvado, y vuestra casa prospere.

—¡Oh si estuviera aquí Juana! murmuró Doña María en voz débil, introduciendo por debajo del tocadillo la convulsa mano en el pecho, sin duda para apretárselo con fuerza. Juana me hacía gustar el zumo de una yerba asiática que le daba la hija de un judío, bálsamo deleitoso para los males del corazon. ¡Dios mio! ¡Dios mio! yo me ahogo. Parece que la vida me falta.

—¡Señora madre; gritó el niño arrojándose sobre ella y cubriéndola de besos.

—¡Gonzalo....! balbuceó Doña María ahogada por los sollozos, y por sus tristes pensamientos.

—Dios es padre amoroso, Doña María, dijo Nebrija en voz consoladora y grave.

— El me fortalece, repuso la dama. Sin duda penetra en mí su espíritu divino, prestándome fuerzas para soportar tamaños males, que de otro modo moriria.

— El clavo.... el clavo.... balbuceó la condesa. A esta santa reliquia le debeis la resignacion.

— Cúmplase la voluntad del que todo lo puede.

— Amen, murmuró el canónigo.

Y quedó en silencio otra vez la estancia.

Solo se oia allá á lo lejos el sordo rumor de las pláticas de los villanos debajo de los balcones de la casa.

— ¡Torpe rey de Portugal! dijo entre dientes la dama, como dando vueltas en su pensamiento á una tenaz reflexion.

— No torpe, repuso Nebrija, en tono de bondadosa reconvencion; no torpe, sino muy buen caballero para rey. Vos, señora, modelo de justicia y de seso, alcanzais que la respuesta de D. Manuel, está en razon, no cegándole, como al parecer no le ciegan, bastardas ambiciones. — «Muévense, dijo contra su rey natural los castellanos, contra el nieto de los católicos reyes, en quien tanto adoraban; ¡y rey estranjero buscan! Peor pago le darán; mas triste fin.»

— Torpeza insigne, D. Baltasar, torpeza insigne, repuso con fuego la dama, incorporándose dolorosamente en el sillon. Si nos alzamos contra D. Cárlos de Gante no es en ódio, bien lo sabeis, al natural señorío que sobre nosotros tiene, señorío, en verdad, que él ha quitado á su madre Doña Juana, si no en ódio á los flamencos que le sirven, atropellando nuestras costumbres y nuestros fueros. Haga otro rey lo contrario, y hallará en Castilla toda la fidelidad de que se precia. Estranjeros los hubo ya, sin que nuestro amor les faltase. ¿Qué era si no aragonés D. Fernando el Católico? Nunca piensan los castellanos en otros reyes, sino cuando los suyos los tratan mal.

— Pero un rey de otra tierra como D. Manuel, repuso Nebrija, debe mirarlo mucho antes de poner su planta en tierra de otro rey, aunque su pueblo le llame, que lo menos guerra civil.....

— ¿Llegára en este caso á encenderse? ¿vos lo sospechais? Andad, señor canónigo, que estudiando á Dios y á la naturaleza, inmaculados é impecables, habeis agrandado vuestros ojos hasta perder de vista al hombre, débil, pequeño y ruin. Lleva D. Cárlos tras si algunos partidarios en Castilla, porque no ven ellos trono mejor que el suyo adonde cobijarse, porque se van acostumbrando á tenerle

por rey, con que le trasladan toda la fidelidad y el cariño que tuvieron á sus abuelos; pero ¿niega alguno la razon de los comuneros para ponerse en armas? El rebajamiento de Castilla, que va á ser feudo del imperio aleman, ¿lo niega alguno? ¿y el agravio de nuestras libertades y costumbres? Elevemos un trono que estienda su cetro desde el Llobregat al Tajo, y todos se apresurarán á robustecerlo y acatarlo, cuando piensen que así lo dispuso Dios en el inescrutable designio con que hizo esta tierra de España.

—Mucho me ha dolido de la repulsa de D. Manuel, prosiguió el canónigo; pero mas me duelen las cosas que veo desde mi vuelta á Castilla. Cuando supe que D. Juan estaba tanto tiempo encerrado en Torrelobaton, perdí el sosiego.

—Yo tambien, señor canónigo.

—Sin negociar con la regencia.....

—Ha negociado vanamente.

—Serian sus proposiciones como las de la junta de Avila.

—Eran las que á su decoro cumplian. ¿Ni cómo fueran mas humildes teniendo á su hijo prisionero del prior? Clamáran los Girones y Lasos de la Vega que compraba la libertad de Gonzalo á precio de la de Castilla.

— No de él sino de sus lados temo.

— Pues él ha obrado solo, tenedlo por seguro.

—El obispo Acuña.....

— No está allí.

— Pues ¿en dónde?.....

— En este reino.

—¿En el reino de Toledo?

—Por desdicha nuestra. Permitid que calle ahora por no aumentar pesares á mis pesares. Diréos solamente que ha derrotado una vez al prior de San Juan, que como caudillo se ha puesto con sus bravuras y correrías mas alto que ninguno, y que á lo presente tiene encerrada á una parte de la tropa imperialista en la fortaleza del cerro del Aguila, para vengar el incendio de la iglesia de Mora, donde han perecido cinco mil vecinos, y la cobarde rendicion de Ocaña, cuyos defensores, en otro tiempo heróicos debajo de la bandera del obispo, han tenido que recogerse en Yepes.

—Yo me huelgo, murmuró Nebrija, de verle alejado de vuestro señor marido.

— Yo me duelo de verle cerca de mí.

— Como que desde el Jueves Santo, dijo la condesa de Monteagudo, van á peor las cosas de los comuneros, sin duda porque Dios está ofendido de Acuña.

— Pues ¿qué hizo el Jueves Santo?

— ¿Lo ignorais aun?

— Lo ignoro.

— La mayor de las herejías.

— ¡Ténganos Dios de su mano!

— ¿Quereis, hermana, matarme? esclamó la de Pacheco torciendo sus dolientes ojos á la condesa. La memoria de aquel dia acaba conmigo antes que mi presente desventura. Ya os lo contarán los canónigos, añadió volviéndose á Nebrija. Es lamentable y largo cuento.

— Sí lo será siendo suyo.

— Pero yo le debo la libertad, esclamó D. Gonzalo, y me duele que le denosten.

— Míroos, señor Nebrija, repuso la dama, de tal modo apesadumbrado y descompuesto, que pienso fundadamente que traeis nuevas peores de Lisboa. Hacedme la merced de decirlas, que hoy es dia de amarguras y no quiero dejar en su cáliz una sola gota para mañana. ¿Se apercibe por acaso el rey D. Manuel á ayudar al nuestro contra nosotros?

— No señora, respondió tristemente Nebrija, ni son de Portugal las peores nuevas que traigo.

— Decid, decid por el cielo. En el camino....

— Tampoco supe nada en el camino, que lo hice por Estremadura, y torcí á la derecha de Talavera de la Reina sin tocar en Madrid. Estas nuevas me las han dado en la misma vega de Toledo mientras esperaba que se abriesen para mí las puertas.

— ¿Hablásteis con esos fugitivos....?

— Sí, señora, con los fugitivos de Villalar.

— Pero ¿son verdaderamente comuneros?

— De los que con Padilla marcharon.

— ¿Y dicen verdad?

— Yo los creo por desdicha.

— Yo no, pero á decir lo cierto.... mi corazon, sí.... los cree.... No he recibido parte ninguno.... ni una mala letra de Padilla.... Esos rumores que entre el vulgo suenan....

El canónigo se volvió disimuladamente á otro lado.

—¿Por qué ocultais el rostro? ¿por qué se os muda el color? dijo Doña María, alzándose dolorosamente de su asiento, como una sombra evocada por un conjuro. Algo me ocultais, D. Baltasar, y Dios sabe que en lo peor me pondré si proseguis callando. ¿Qué ha muerto por desventura Padilla en la pelea?

—No señora, contestó el canónigo.

—¡Morir mi señor padre que es tan valiente.....! murmuró llorando el niño.

—¿Fué grande la pérdida de la comunidad?

—Completa.

—¿Completa decís?

—Tanto, que podeis juzgarlo vos misma. Esos fugitivos que por instantes llegan á las puertas de la ciudad, no han cesado de correr desde su vencimiento.

—Serán cobardes, añadió el niño.

—Tiene razon, repuso la dama.

—No habia tantos cobardes en Toledo, dijo el canónigo lacónicamente.

Doña María tornó á caer abrumada en su sillon, murmurando:

—*Si esto es verdad, yo me contentaria que nos dejasen á Juan de Padilla y á mí salir en sendas mulas del reino.*

—Besad la santa reliquia, dijo su hermana, poniéndole sobre los lábios el negro clavo del mártir godo.

Miró la de Padilla á la condesa con ademan compasivo, y besó el clavo sin proferir una palabra.

—Por fortuna, repuso pausadamente, como si le costara mucho esfuerzo hablar, por fortuna mi marido estará salvo á estas horas, pues los cinco mil ducados que le llevó Martin Aguirre....

—Eso lo puede tener vueseñoría por seguro, dijo Menda apresurada.

—¿Tú lo sabes? ¡habla pronto!

—Martin ha vuelto.

—¿Martin Aguirre?

—Sí, señora.

—¿Cuándo?

—Sin duda ayer, pues le ví junto á la Sisla....

—¿Le preguntaste....

—No pude en modo alguno, replicó la jóven bajando los ojos, pues le ví desde el monasterio pasar entre los sáuces de la Fuendegollada.

Y comprendiendo la pobre niña que por consolar á su señora se habia metido en un laberinto de mentiras, turbóse y calló.

La de Pacheco, que escrutadoramente la miraba, preguntó recelosa:

—Mas ¿cómo no habrá entrado en la ciudad?

—Eso se comprende bien, dijo el canónigo. Solo á los corredores y postas dejais francas las puertas.

—Teneis razon. Abrase al momento la puerta en que se presente Martin Aguirre, gritó Doña María saliendo á la del oratorio y dirigiéndose á sus pajes. Búsquesele incontinenti. Llevad la nueva de su venida al Ayuntamiento, y decid á los jurados que me holgaré de verlos á todos reunidos, pues voy allá á tratar de las cosas que acontecen.

Un espantable coro de alaridos y lamentaciones, que en la calle resonaba, heló de espanto á la mujer de Padilla. Salir quiso al balcon, pero le faltaron las fuerzas y cayó arrodillada con una mano dentro del pecho á través del tocadillo.

—Besad la santa reliquia, dijo la condesa, que habia salido tambien del oratorio, así como los demás personajes de la anterior escena.

—¡Ténganos Dios de su mano! murmuraba el canónigo Nebrija.

Menda y el niño Padilla habian salido al balcon.

—Pero ¿qué acontece? esclamó D. Baltasar, dirigiéndose tambien allá.

—¡Garcilaso! ¡Garcilaso torna! dijo desde el balcon la doncella.

—Y Gonzalo Gaitan, añadió el niño.

—¡Victoria! ¡victoria! murmuró en voz débil Doña María desde la sala. Tornan ellos, es que Mora queda vengada, y el cerro del Aguila por nuestro.

A este punto se oyeron murmurar en la calle voces roncas de pena y de ira.

—¡Todo perdido! ¡todo!

—Y lo peor es la afrenta de la derrota.

—¿No han vencido los imperiales?

—No, sino las vacas que en el castillo habia.

— Las soltaron en la alta noche.....

— Y unos comuneros, de puro medrosos, echáronse á rodar del cerro.....

— Y otros, por robar las vacas, abandonaron el castillo.....

La de Pacheco y las gentes de su casa oian con los cabellos tiesos y mirándose entre sí espantadamente, esta conversacion.

Uno de aquellos sacudimientos nerviosos que su devota hermana atribuia al milagro del clavo, hizo erguirse á la de Pacheco y correr al balcon afectando tranquilidad y confianza.

— Apartémonos de aquí, Doña María, dijo el canónigo lleno de prevision y prudencia. Cada vez que el pueblo os mira, se enciende mas y mas su entusiasmo comunero, con que puede venir á las manos con los parciales del emperador, que en los momentos presentes seria una gran desgracia.

— ¿Qué me aparte? repitió la dama fuera de sí de júbilo; pues ¿no veis allá abajo, al comienzo de la calle?.....

— Un hombre alcanzo á ver.

— Reparadle mejor.

— Mis ojos no alcanzan.....

— Es Juan de Sosa.

— ¿El bachiller? ¿el criado de Padilla?

— Ese, ese.... Amigos toledanos, gritó Doña María inclinándose desde el balcon á mirar al pueblo; abrid los corazones á la esperanza, que allí viene Juan de Sosa, el criado de Padilla, con alegres nuevas de la comunidad.

Un murmullo de duda circuló en todas las bocas de la muchedumbre, como circula el escalofrio por todas las venas de un enfermo.

— ¿Qué dicen? esclamó la dama poniéndose desencajada. ¿Ois lo que dicen?

— Retiráos, señora, retiráos, murmuró el canónigo, que no apartaba sus miradas del que por la calle venia.

— Aquel no es Juan de Sosa, dijo el niño.

— No me desespereis, gritó su madre con la vista clavada en el hombre que proseguia lentamente su camino; reparad su mula; reparad su rostro.

— Que no es Juan de Sosa digo, repitió Gonzalo. Ese en la cabeza trae.....

— Apartémonos de aquí, señora.....

— Apartad vos.

— ¡Por el cielo!.....

— Dejadme.

— Pues Juan de Sosa es, añadió el niño lleno de asombro y confusion; pero trae en la cabeza.....

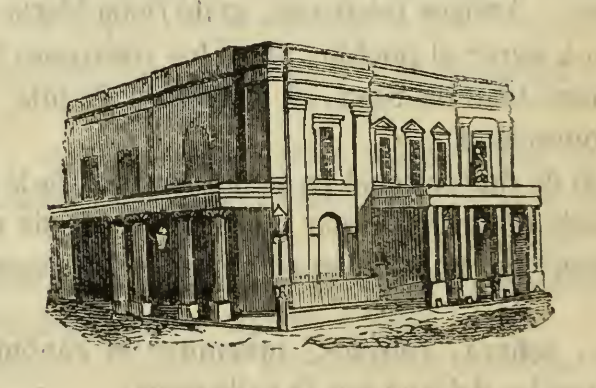
— ¡Enlutado! ¡enlutado viene! gritó su madre con las manos tendidas al aire, erizados los cabellos, seca y contraida la boca y los ojos saltando.

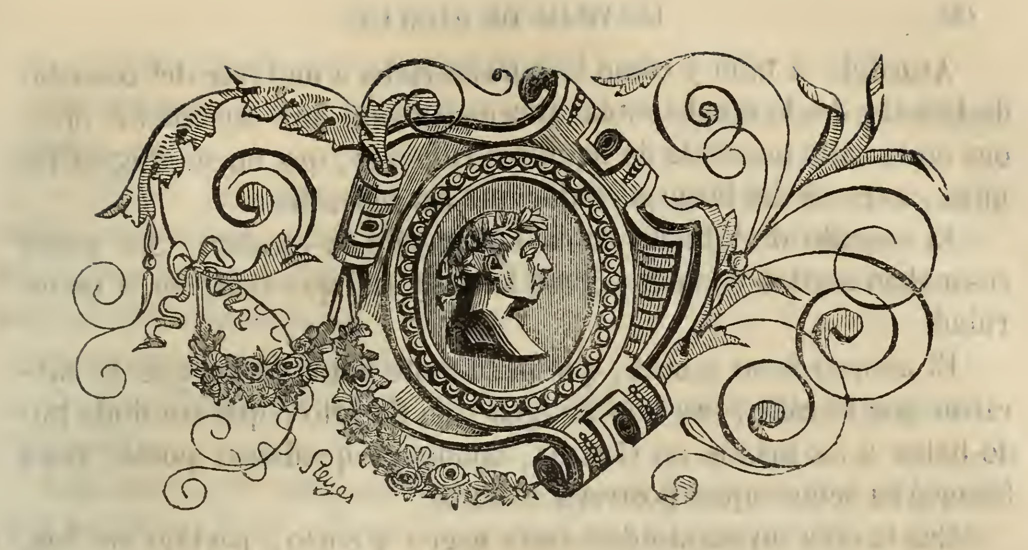
— Besad la santa reliquia, murmuró la condesa de Monteagudo, poniéndole el clavo junto á la barba.

Al mismo tiempo se arremolinó silenciosa y fatídica la plebe en torno al criado de Padilla, que al llegar á su casa hizo ademan como de subir sus ojos hasta el balcon; pero volvió á bajarlos al punto llevándose la mano á ellos.

Un solo grito lanzó la muchedumbre:

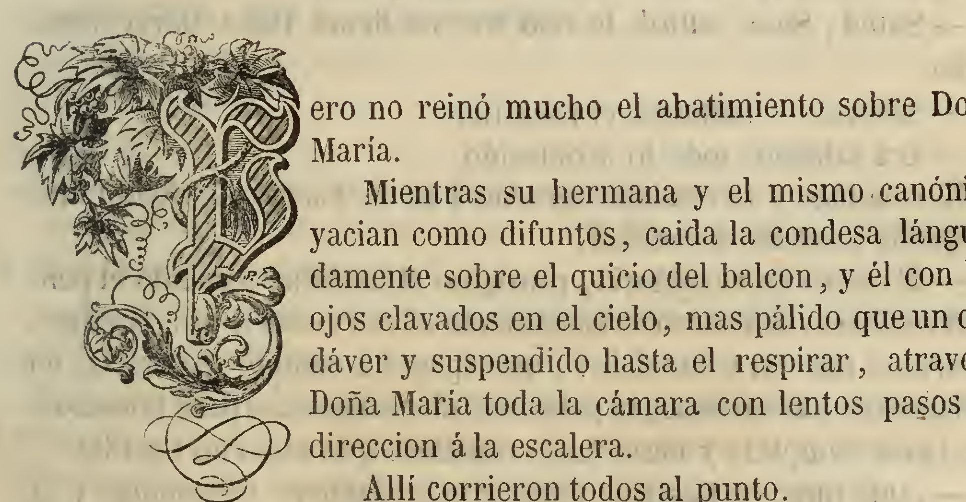
— ¡Llora! ¡llora!





CAPÍTULO III.

DEL MODO Y MANERA EN QUE PROSIGUIÓ LA SANTA RELIQUIA HACIENDO MILAGROS Y DEL NUEVO Y MAS PORTENTOSO QUE HIZO EN EL BACHILLER JUAN DE SOSA.



Pero no reinó mucho el abatimiento sobre Doña María.

Mientras su hermana y el mismo canónigo yacian como difuntos, caida la condesa lánguidamente sobre el quicio del balcon, y él con los ojos clavados en el cielo, mas pálido que un cadáver y suspendido hasta el respirar, atravesó Doña María toda la cámara con lentos pasos en direccion á la escalera.

Allí corrieron todos al punto.

Descendia ya la dama los primeros peldaños, cuando Menda, asiéndola de un brazo la detuvo, que fué notable y amoroso acuerdo, como Doña María lo demostró, volviéndose á mirar agradecida á la doncella, pues el brio la abandonaba al sentir en el zaguan los pasos y la voz lastimosa del criado de Padilla.

Así esperaron: el canónigo y Doña Casilda en la boca de la escalera, Doña María y la novia de Lope en el segundo peldaño.

Aturdido el niño y como loco no acertaba á moverse del comedio de la sala, desde donde ponia alternadamente sus espantados ojos, ora en la calle henchida de lúgubres rumores, ora en su afligida familia, á través del largo corredor que los separaba.

El vencido de Villalar subia lentamente la escalera. Sus pasos resonaban sordos y lentos, como la desgracia que viene en la oscuridad.

El adorno de su cabeza, que puso tanto dolor en los que le miraron por la calle, era una antigua chia de luto, que sin duda pudo haber á las manos en Castilla, donde ya quedaban pocas, para hacer á su señor aquel postrero agasajo.

Era la chia un manto de bayeta negro y corto, partido en dos, que se alargaba hasta las manos uno y otro hasta el pescuezo, pendientes ambos sobre la cabeza de una rosca de cuerno, y en verdad parecia de todo en todo la travea latina donde tomaba su raiz y orígen.

Desde el primer peldaño habia visto el bachiller encima de sí á sus ansiosos señores; pero fuese dolor ó precaucion llevaba los ojos bajos, y en cada peldaño se detenia algun punto.

— Subid, Sosa, subid, le dijo en voz firme Doña María desde arriba.

— Señora..... balbuceó el bachiller.

— Acá sabemos todo lo acontecido.

El canónigo y la condesa miraron á la de Pacheco, asombrados de aquella increible serenidad.

— El rostro de vueseñoría, prosiguió el bachiller ganando el penúltimo escalon, muestra clarísimamente el cierto dolor que la aflige, y ahorra al mio un triste deber, que apenas á cumplir acertaria, no quedándome ya lágrimas, ni palabras, ni sentimientos para holocausto del mas cumplido y desdichado caballero que hubo en Castilla.

— ¡Qué hubo en Castilla! repitieron sordamente el canónigo y la condesa, sin apartar su mirada de la de Pacheco, cuya oculta ansiedad y reprimido dolor no hay pluma que á describir acierte.

— Acá lo sabemos todo, prosiguió Doña María, tornando á apoyarse en Menda y á encaminar sus pasos al oratorio. Hablad, pues, sin rodeos ni temores, Juan de Sosa.

Con que llegaron á la sala, y el niño corrió á abrazarse del mensajero, murmurando:

—¿Cómo queda mi señor padre?

Al canónigo y á la condesa se les partió el corazon de esta pregunta.

—Venid, hijo mio, repuso la de Padilla, trabándole amorosamente de la mano, é inclinando la cabeza sobre él, sin duda con propósito de besarle y desahogar en lágrimas y suspiros su afliccion; pero despues se contuvo.

Y entraron en el oratorio.

D. Gonzalo no hacia sino mirar cándida y desatentadamente en torno suyo.

Los demás por religioso instinto, que el dolor pone en el alma para subirla al cielo, clavaron sus ojos en la cruz que adornaba el oratorio.

—¿Qué os dió para mí Padilla? dijo Doña María, despues de contemplarla con religioso recogimiento un largo espacio.

—Mas sepamos antes.... murmuraron Nebrija y la condesa con discreto empeño.

—Solo importa saber lo que os dió para mi Padilla, repuso la dama interrumpiéndolos.

—Una letra, dijo Sosa brevemente.

—¿De su propio puño?

—Sí, señora.

—Traed.

Y con serenos ojos le alargaba la tranquila mano.

—Cuéntenos antes el buen Sosa.... repitió el canónigo temiendo el fin de aquella violenta escena.

—Nada hay antes que la voluntad de mi marido, replicó en firme tono Doña María.

Doña Casilda y Menda se le acercaron, apercibiendo sus brazos á recibirla, sin duda en la prevision de que perdiera el sentido.

Rechazólas ella blandamente, y volvió á alargar la mano.

Sosa vacilaba. Sus flacas mejillas mudaron mil veces el color, y sus secos lábios parecian carbones hirvientes.

Antes con la voluntad que con sus manos alzó la loba al fin, desciñóse de la cintura el esquero, sacó de él una carta y despues de besarla y mojarla con su llanto, la alargó á Doña María.

El canónigo no pudo ya reprimirse.

—¡La leereis!.... murmuró en voz ahogada.

— Para eso me la escribió mi marido, repuso Doña María serenamente.

— ¡Oh! no por Dios, señora, dijo Menda, pugnando por quitársela de las manos, mientras hilo á hilo caia de sus ojos un mar de lágrimas.

— Hacedme todos la merced de guardar silencio.

— ¡Doña María!....

— Besad antes el clavo, dijo su hermana poniéndoselo en la boca.

La de Pacheco lo besó, y se puso incontinenti la carta sobre la cabeza, señal de respeto y veneracion, que solo se hacia á las bulas del Papa y á las órdenes del rey.

Luego la desdobló pausadamente.

Su mano temblaba ya.

Luego pasó los ojos por la escritura.

Los tenia tan secos que necesitó restregárselos.

Ninguno de los circunstantes, á escepcion de Menda y Gonzalo, habia podido sostenerse en pié.

A Juan de Sosa en particular, le faltaba el sentido, pues yacía en un sillon sin movimiento.

El niño se habia acercado á su madre sin apartar sus espantados ojos del papel, y Menda espiaba una ocasion para arrancárselo á su señora.

Doña Casilda sostenia entre sus dos manos cruzadas el clavo del mártir godo, como sostiene la cruz el moribundo; y D. Baltasar Nebrija rezaba en latin.

En esto resonó la voz nerviosa y entrecortada de la hija del conde de Tendilla, leyendo así:

«*A Doña María Pacheco, mi esposa.*

— ¿Es letra de mi señor padre? dijo el niño.

Doña María siguió leyendo sin responderle.

— »*Señora, si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte.....*

— ¡Muerte! repitió el niño en voz de horror.

Pero sin hacer reparo en ello, tanta era su ansiedad y febril arrebato, prosiguió su madre:

— .....»*yo me tuviera enteramente por bienaventurado, que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de*

muchos plañida y de él recebida en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros alguna cosa para vuestro consuelo; ni á mí me lo dan, ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha y no mi muerte.....

— Cesa, cesa por Dios, hermana mia, dijo la de Monteagudo, abalanzándose á su hermana, hecha una Magdalena en el dolor. Cesa, tente, pára la lectura, hasta que con besar el clavo cobres nuevo esfuerzo.

— No me turbeis, Casilda, repuso melancólicamente la dama. El no hizo tregua en el escribir y le esperaba el verdugo.

— ¿Qué es muerto mi señor padre? esclamó el niño, sin que le bastaran las manos á secar los ojos.

Doña María siguió leyendo con la espantosa calma del que lee su propia sentencia.

— ..... « *Llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada.* Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos; vos, señora, lo haced con ella, como con la cosa que mas os quiso. »

Aquí hizo punto Doña María; callaron todos; no fué silencio lo que reinó; fué muerte.

— ¡Alma de mi alma! ¡esposo mio! gritó la triste lectora sin poder ya reprimirse.

— Besad la santa reliquia, dijo su hermana alargándole el clavo godo, pues al verla arrodillarse, creyó que sin sentido caeria.

D. Gonzalo Padilla se arrodilló al lado de su madre, á los piés de la cruz del oratorio.

En este punto apareció en la puerta el padre del general comunero, con el negro vestido, el triste semblante y las hondas penas en él retratadas, que desde el comienzo de la guerra civil traia.

Con tanto silencio y recato vino que parecia un fantasma saliendo de su tumba para acercarse á otra.

El rezo confortó á la enérgica viuda.

Púsose de pié, secó sus ojos, y nuevamente hizo lectura de la tremenda carta, empezando ahora por el principio, que en verdad lo leyó sin mirarlo, pues se le habia clavado en la memoria como una espada de fuego.

Esto lo leyó tres veces.

— ..... « *Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras ma-*

nos; vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quiso. A Pero Lopez, mi señor, no escribo, porque no oso, que aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura.»

— Ni en la lealtad y religion, dijo una voz turbada en la puerta del oratorio.

Volviéronse todos transidos de espanto y pena, y vieron al anciano Padilla, que se tapaba los oidos y esforzábase á salir de allí, murmurando roncamente:

— ¡Conmigo habla en su postrimería! ¡de mí se acuerda! ¡y yo engendré tal hijo! ¡yo dí al verdugo una presa! No quiero..... no quiero oir mas.....

Y al separar sus piés del suelo, cayó exánime esclamando:

— ¡Hijo de mi corazon! ¡hijo sin ventura! ¿quién me le mata?

— Un rey sin Dios y sin ley, repuso Doña María.

Acudieron el canónigo y la condesa á socorrer al anciano; Sosa no dió muestra alguna de sí, y la viuda, tendiendo en torno la vaga mirada del herido que vuelve en su acuerdo sobre el campo de batalla, remató la lectura de este modo.

— ..... « *No quiero mas dilatarme por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta, y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»*

JUAN DE PADILLA.

De mi última prision de Villalar, á 23 de abril de 1521.

Como si el fin esperara de aquella triste lectura, se arrojó el niño llorando al cuello de su madre, que á todos los niños se les alcanza bien, allá entre los botones y capullos de sus pensamientos, que son ellos el único consuelo á las penas que no lo tienen.

Le estrechó Doña María sobre su corazon; cubrióle con un solo beso prolongado toda la cara, y luego apartándole bruscamente de sí, corrió al mensajero que seguia caido en el sillon.

— ¡Juan de Sosa! dijo trabándole de un brazo y poniéndole en pié. Tened valor, que sois hombre.

Pero Sosa volvió á caer pesadamente, como el cuerpo muerto de que habla en sus lúgubres visiones el autor de la *Divina comedia*.

—¡Juan de Sosa! repitió á gritos la dama como una demente, sacudiendo todo su cuerpo de arriba abajo.

—Tambien se ha desvanecido, dijo Menda, acudiendo en ayuda de su señora.

—¡Faltábame solo que muriese! ¡Oh! no puede ser. Yo he de volverle á la vida; yo he de saber de sus lábios lo *secreto* de aquella voluntad que era la mia, que era el espíritu de mi alma. ¡Sosa! prosiguió cogiéndole con entrambas manos la cabeza, soplándole su aliento, y esforzándose á abrir sus ojos con la energía magnética de su mirada. ¡Sosa! volved en vos.... que habeis de decirme lo que os encomendó Padilla. ¡Dios mio! ¡Dios mio! retarda su muerte una hora.

—Allá voy con el clavo, dijo la Condesa, que ya Pedro Lopez vuelve en su acuerdo.

—¡Pajes! gritó Doña María. Buscad á mi físico. ¡Pronto! ¡pronto! un corcel de guerra para el que primero lo traiga.

—No es menester, añadió la de Monteagudo acercándose á su hermana y al mensajero. Ya ha curado la santa reliquia á Pedro Lopez: á Sosa lo curará tambien.

—No seais sándia, hermana mia, dijo iracunda la de Pacheco, que ya me enojo de vos y de vuestro clavo. Jaropes y medicinas habemos menester. ¡Ah que idea! acaso le faltara alimento.... acaso en el viaje...! Menda, traéle un vaso de vino.

—¿Que eso digais, hermana? repuso la Condesa mas afligida que nunca. Pues no le debisteis ha poco la santa calma, la santa resignacion....

—¿Qué le debo mi resignacion decís? esclamó Doña María exasperada hasta un punto inconcebible. ¡Resignacion! Mirad mi resignacion....

Y rasgándose el vestido, mostró á Doña Casilda la camiseta de linomple manchada en sangre.

Se habia destrozado el pecho.

Menda volvió con el vaso de vino; mas no por eso cesaba la de Monteagudo en poner en los lábios de Sosa el clavo del mártir godo.

Con efecto, el mal que aquejaba al bachiller, era solamente hijo del hambre y de las molestias del viaje, por sus sinceras penas recrudecidas, que aquel antiguo soldado de la guerra de Africa, hoy

inclinado á la iglesia hasta el punto de que en sus ócios estudiaba teología en la universidad de Toledo, tenia puestos sobre las telas de su corazon á los Padillas, que le habian criado amorosamente desde su infancia.

Hiciéronle, pues, tragar un sorbo de vino de Yepes, y aunque no recobrara al punto la razon, volvieron los colores á sus mejillas, el calor á su pecho, y un tanto de vida á sus miembros fatigados.

—Digoos, hermana desdichada, murmuró la condesa de Monteagudo, que la misma leche de la Vírgen que se guarda en el Ochavo de la catedral, es menos pronta y segura en sus milagros que esta santa reliquia de la penitente de San Ginés. Ya el infeliz Pedro Lopez ha vuelto en su cabal acuerdo solo con sentirla sobre sus lábios, y en Juan de Sosa bien mirais vos los efectos que hace. ¡Lástima es que no la hubiera llevado Padilla á la campaña comunera!

—¡Sosa! volvió á gritar la viuda, en viendo que el caminante movia alguno de sus miembros y que temblaban sus párpados cerrados fuertemente sobre los ojos, como una flor que en la madrugada empieza á romper su capullo. Decidme, Sosa, cuáles fueron las últimas voluntades de D. Juan.

—No hableis de D. Juan, murmuró en la opuesta parte del oratorio la voz entrecortada y vieja de Pedro Lopez. No pronuncieis el nombre de aquel desacordado y sin ventura hijo mio, que una por una me rompe las telas del corazon. ¡Un Padilla en el cadalso! ¡un Padilla degollado por desleal!

—*Mientes tú y aun quien te lo mandó decir*, esclamó Sosa, con los ojos cerrados, á medio recobrar el uso de sus sentidos, y desatentadamente braceando, como si alejar quisiera de sí una vision horrorosa. *Mientes tú, que en ser celosos del bien público consiste nuestra sola culpa*. Ea, verdugo.—*Degüéllame á mí primero*, *porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla*.

—Está desvariando, dijo la Condesa.

Y tornó á aplicarle el clavo godo.

—Triste son tienen esas palabras, repuso el canónigo. No parece sino que hayan sido dichas por el capitan de Segovia camino del cadalso.

—*¡Degüéllame á mí.... degüéllame á mí primero !*repetia entrecortadamente el bachiller, dándose en el pecho furiosos golpes.

—¡Degüéllenme á mí tambien, que ya sin vida estoy, que estoy

sin honra! repuso el anciano, mesándose la plata de sus cabellos, como un huracan que arremolina la nieve en la montaña.

—¡Señor padre! gritó la viuda avanzando al comedio del oratorio, con la mano derecha alzada al cielo. Por el alma de Juan de Padilla, os juro que esa es sin razon y apocamiento de vuestra cabeza, que no ha manchado su preciosa sangre los altos timbres de nuestra lealtad, y que antes nos gozaremos yo y mi hijo D. Gonzalo en llevar el nombre de un buen caballero degollado, que no en ayudar á Cárlos V en su obra de tiranía y vilipendio de España.

—¡Qué esto mas escucho! dijo Pedro Lopez, levantándose dificultosamente de su asiento, y corriéndole desde los ojos al jubon dos mares de lágrimas. ¡Qué esta pena y desventura que me mata, ha de coronarse con oir llamar tirano y vilipendioso á nuestro señor y rey! Dios os guarde, Doña María. En busca parto de un convento, de una ermita, de un sepulcro, donde pueda para siempre esconder estas canas mancilladas, esta vejez ofendida, este buen nombre empañado, este corazon como ninguno desecho y afligido. ¿Por qué no me le apagas en este instante, Dios de mis abuelos?

—Mire vuesa merced, señor Lopez..... balbuceó el canónigo esforzándose á detenerle; mire vuesa merced que lo que intenta es sin razon.

—¡Señor padre....! añadió á su vez Doña María, postrada de hinojos á sus plantas. Antes me matarán que yo consienta vuestra partida. Muerto aquel que en el cielo nos aguarda á todos queda sin alma nuestra casa, yo sin vida, sin calor mi hijo. Ved ahora si os sentís con mas crueles ánimos que el verdugo de Villalar.

—¡El verdugo mano á mano con un Padilla! murmuró el triste viejo, llevándose la suya á la garganta, que se retorció fuertemente, como si quisiera apartar de ella el cordel infame.

—Venid, D. Gonzalo, dijo la viuda al niño, que proseguia ante la cruz de hinojos, aturdido por aquel golpe que no acertaba á comprender su infantil inteligencia.

—¡Señor abuelo...! murmuró el niño instintivamente al caer junto con su madre á las plantas del anciano.

—¡Hijo de mi corazon! esclamó este levantándole como una pluma hasta su boca y cubriéndole en su regazo de besos, lágrimas y caricias. ¡Gonzalo mio! un trasunto es de aquel que se lleva al sepulcro todo lo que yo mas quiero. ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!

Y volvió á perder el sentido.

Entretanto Sosa platicaba con la condesa de Monteagudo al otro estremo del oratorio, esforzándose á convencerla que desde el dia de Villalar hizo voto de poner fin prontamente á sus estudios y consagrarse á la vida religiosa.

— No lo creais, señor bachiller, replicaba Doña Casilda en tono de inspirada. No hace tantos dias que concebísteis ese altísimo pensamiento, sino ahora, ahora, gracias á la bendita reliquia que la existencia os ha restaurado. Mañana sin mas tardar he de pedirle otra para vos á la penitente de la cueva de Hércules.

— Sosa, dijo en voz baja Doña María, separándose del desvanecido anciano, ¿cuáles fueron las últimas voluntades de mi marido?

— Estas, señora, respondió el bachiller.

Y alzándose del asiento, desciñó una peregrina espada, que oculta bajo la loba traia en su talabarte, se acercó al niño Gonzalo, púsole de pié, y sin proferir palabra le colgó el acero al lado.

Soltó el niño una esclamacion tan ruidosa de alegría que en aquella estancia lúgubre semejaba una carcajada en el sepulcro.

— ¿Qué ya me arman caballero? esclamó contemplando las miradas de su madre, que se esforzaba á seguir y comprender las acciones de Sosa.

— Tenéos por armado, señor Padilla, dijo gravemente el bachiller, que este era sin duda el propósito de vuestro señor padre, que os deja su espada por herencia.

— ¡Padre y señor cariñoso!

— Rezad, rezad, hijo mio, por su alma y gloria, añadió pensativa la viuda. Hoy perdeis la sombra del árbol de vuestra vida, el calor de vuestro pecho, la guia de vuestro brazo, el espejo de todas vuestras acciones, palabras y pensamientos.... ¡Pobre hijo mio, pobre huérfano de mi corazon!

Y con lánguido ademan abrazó nuevamente á Padilla, que ya se arrodillaba ante la cruz para cumplir su piadoso mandato.

Sosa quedó en medio del oratorio abismado en su dolor y en sus reflexiones.

Doña María le contemplaba con vivísima ansiedad é impaciencia.

— ¿Y para mí? dijo al postre en voz ahogada y temerosa, ¿para mí..... para la mitad de su vida, para el norte de sus pensamientos ¿qué le dió aquel esposo desventurado?

La respuesta de Sosa fué una triste mirada, y un relicario y un mechon de cabellos que sacó del esquero, y despues de haberlos besado fervorosamente, puso en las manos de Doña María.

—¡Ah! esclamó la dama al recibirlos.

Y no hay modo de decir los besos que á todo dió, las lágrimas con que lo regó, las infinitas muestras de cariño, de frenesí, de sentimiento que á todo hizo.

El bachiller repuso melancólicamente:

—Al hijo del marqués de Denia, que en el punto de aquel horroroso trance se hallaba al pié del cadalso, dió D. Juan el escapulario de la fé para que terminada la guerra os lo entregase, y el buen D. Enrique de Sandoval y Rojas, por ahorrar á su pecho el desplacer de hallaros viuda y afligida, envióme el relicario á mí en sabiendo que me tornaba de Villalar.

—¡Ay que dices verdad, Sosa! repuso Doña María sin hartarse de mirar aquellos tristes despojos; ¡ay que este es el escapulario de la fé, donde tenia puesta mi Juan de Padilla toda la suya! Mas ¡cielos divinos, que ahora me iluminais con un rayo de vuestra luz! ¿qué secretos propósitos revelan estas amadas reliquias? Trasládame D. Juan su fé, trásladame la fortaleza de sus cabellos.... el alma del mártir, el espíritu de Sanson.... ¡cielos divinos! ¿qué secreto propósito revelan estas amadas reliquias?

—¡Mártir....! murmuró la condesa de Monteagudo, volviendo el rostro desde el sitio donde yacía aplicando otra vez á Pedro Lopez, el clavo de la penitente. ¡Mártir! no digais, hermana mia, semejante cosa, que es punto menos que blasfemia.

—Vos no entendeis de martirios, le replicó la viuda con enojo.

—*Esta es Castilla*, dijo el canónigo D. Baltasar, recordando en medio á sus profundas meditaciones ciertas palabras de un caballero á quién mató D. Pedro el Cruel; *Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta.*

—Estos son los nobles de Castilla habeis de decir, repuso la viuda. Estos son los nobles, que cuando esperaban ganancia, eran comuneros, y hoy degüellan á mi marido. ¡Ah! ¡cuánto me pesa de llamarme Pacheco!

—Otra voluntad última, dijo Sosa, me dejó D. Juan encomendada.

—Dila, dila pronto.

—Los villanos imperiales habian arrancado de su pecho la banda que vuestra mano bordó, con que no pudo en su última hora....

—Ya te entiendo. Acaba, acaba.

—Al poner sobre el repostero su cabeza, cuando el verdugo levantó la cuchilla, díjome mirando al cielo:—«Que se acuerde mi mujer.... que se acuerde....»

—¿Quizás del mote?

—Si señora.... y cayó la cuchilla.

—¡Ah! esclamó Doña María creciendo dos palmos en estatura. ¡Ah! ¡esposo mio! jamás apartaré de la memoria la misteriosa leyenda que me inspiró tu amor:

Sobran dos: una Padilla,
libertad dará á Castilla.

Sordos rumores que en la calle se escuchaban, y la presencia de Gonzalo Gaitan, pusieron fin á este coloquio desgarrador.

—Hoy es señora, dia de desventuras, dijo el leal comunero, que venia en el semblante dolorido y en los miembros desmayado. La parcialidad imperialista del Ayuntamiento, junta con la del cabildo, alza la cabeza, se pone en armas, y acaso vendrá á atacar al pueblo que bajo vuestros balcones llora la derrota comunera, que es la suya, y vuestra viudez, que es su afliccion.

—¿Qué no me es dado llorar? repuso Doña María entre iracunda y apenada. ¿Qué no me es dado sosiego para exhalar mis quejas? ¡Oh tú esposo mio, que me encomendaste tu ánima! ¡acúdeme! ¡acórreme! ¡inspírame!

—Salgamos de Toledo secretamente, dijeron al unísono D. Baltasár y la condesa.

—¡Salir de Toledo! ¡de esta ciudad donde vió la primera luz el que era la de mis ojos, de esta ciudad donde está el altar en que le rendí mi fé!

—¿Mas no tomábais, señora, á gran ventura, dijo el canónigo que os dejasen escapar del reino con Padilla?

—Con Padilla, sí, porque iria con él mi ventura.

—No tienen ya vuestras penas otro remedio. Por vuestro hijo, por vuestra vida, partamos.

—Partid, partid, hermana desdichada, añadió la condesa. Llevaos la santa reliquia para que os libre de mal.

—¡Mi hijo!... ¡mi Gonzalo! ¿qué va á ser de él? murmuró demayadamente Doña María. ¡Ah tristes abriles!

—¡Viva la viuda de Padilla! gritó el prueblo debajo de los balcones.

—¿Oís, señora, oís? dijo alborotado Gaitan.

—Salgamos, añadió el canónigo.

—¡Salir de Toledo! ¡nunca! repuso Doña María. *Si salgo de la ciudad ó la rindo luego maltratarán al pueblo.* No obraria así el ánima de mi marido, y yo la guardo. Hijo sin ventura, añadió volviéndose al doncel, vestios de luto, calzad espuela, ceñid espada.... Gonzalo, añadió al capitan, apercibid toda nuestra gente sin demora.

Y repitió entre sus lábios, como si fueran pensamientos, no palabras:

Sobran dos: una Padilla,
libertad dará á Castilla.

Afuera empezaron á oirse gritos sediciosos, de todos linajes y políticos sonidos.

—¡Toledo y comunidad!

—¡Muera la familia de D. Pedro Laso!

—¡Viva el rey!

—¡Sigamos la voz de los canónigos!

—¡Viva la viuda de Padilla!

—¡Muera la viuda de Padilla!

. . . .

. . . .

—Yo, yo soy la viuda de Padilla, dijo Doña María acomodándose á la puerta de su casa en una mula, y marchando seguida del canónigo, de Gaitan, de su hijo ataviado ya de luto, y de todos los servidores de su casa. Yo soy la viuda de Padilla. Quien quiera matarme venga á mí, que como el tenga él brazo brioso, yo le presentaré desnudo el pecho.

Pero cesaron las amenazas y las voces, que tan insigne valor fascinaba á sus propios enemigos.

Con sereno continente y en ademan aparatoso salir á la calle en el momento de quedar viuda aquella mujer que en su marido adoraba, como sabia todo el mundo, hecho era para fascinar al pueblo, sin que en él briosamente se despertaran las pasiones comune-

ras, por el dolor y el susto reprimidas, como al punto mismo se despertaron.

—¿Adónde vá? murmuraban los imperiales, que confundidos con la demás gente, henchian todo el contorno.

La respuesta no se hizo esperar mucho.

Llegó el cortejo, seguido de inmensa muchedumbre, al Ayuntamiento, que tenia su antigua casa al lado del palacio arzobispal, en el mismo sitio donde hoy se eleva la que construyó Jorge Theotocopuli, hijo de Dominico, llamado el Greco, en los primeros años del siglo XVII; descabalgó Doña María á la puerta, y acompañada de su hijo, de Gonzalo Gaitan, y de solo seis comuneros, entre los cuales se contaban Garcilaso y Leonardo Noguerol, subió reposadamente la vetusta escalera, deteniéndose un punto en el primer peldaño á contemplar una inscripcion en caractéres germánicos, que hoy se halla en el muro del norte de la nueva media naranja.

¡Cuál no seria la admiracion de sus acompañantes y de los regidores que á la boca de la escalera habian salido á recibirla, al ver que en clara y serena voz los saludaba al llegar con aquella misma leyenda de los caractéres germánicos, de este modo!

«Nobles, discretos varones
que gobernays á Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones
cobdicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
dejad los particulares:
pues vos fizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos.

Los jurados de las parcialidades del cabildo y de D. Pedro Laso, que no eran en verdad tantos como los comuneros, recibiéronla de mal talante, y hasta sus propios amigos la recibieron desmayados y abatidos.

En sesion plena del regimiento dió cuenta Doña María en voz breve y sencillo tono de la rota de Villalar y de la muerte de su marido, entregando por último al corregidor otra letra de Padilla, que tambien habia traido Juan de Sosa.

El corregidor la abrió y leyó con mas desmayo que la misma viuda.

Aquel inestimable documento, que prueba lo que en *Juan de Padilla* espusimos acerca de las altas dotes literarias del héroe toledano, dice así:

A la ciudad de Toledo.

»A tí, corona de España, y luz de todo el mundo, desde los »altos godos muy libertada. A tí, que por derramamientos de san»gres estrañas, como de las tuyas, cobraste libertad para tí é para »tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla, te hago sa»ber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias »antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner tus hechos entre tus »nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha y no en mi »buena voluntad, la cual como á madre te requiero me recibas, »pues Dios no me dá mas que perder por tí de lo que aventuré. »Más me pesa de tu sentimiento que de mi vida; pero mira que son »veces de la fortuna, que jamás tiene sosiego.

»Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los »tuyos muero por tí, é que tú has criado á tus pechos á quien po»dria tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi »muerte contarán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cer»ca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomien»do como patrona de la cristiandad; del cuerpo no digo nada, pues »ya no es mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que esta aca»bo tengo á la garganta el cuchillo con mas pasion de tu enojo que »temor de mi pena.»

Doña Maria, en medio de la sala capitular, con la cabeza doblada sobre el pecho, y teniendo á su hijo de la mano, escuchó esta lamentable lectura, sin otra muestra de debilidad de mujer y afliccion de viuda, que dos lágrimas silenciosas que contínuamente rodaban desde su mejilla al suelo.

Tan levantado era el espíritu de la carta, y tan conmovedor aquel espectáculo de una mujer enferma, jóven, hermosa y triste, y de un niño rozagante, enlutado y atractivo, que las pasiones callaron en el regimiento, enterneciéronse las almas, renació el amor de la ciudad, el espíritu comunero, y los mismos que un momento antes se ha-

llaban á punto de rendirse al desmayo ó acaso de poner manifiesta su traicion, corrieron á consolar á Doña María y alentarla.

— No consuelos ni vanas muestras de compasion, dijo irguiéndose altanera y magestuosa la ilustre viuda, necesita mi lacerado corazon, sino que me hagais, señor corregidor de Toledo, la merced de armar caballero á mi hijo D. Gonzalo, en nombre de la ciudad.

Todos quedaron sorprendidos de la demanda; pero tan sencilla era que el corregidor ni jurado alguno tuvo cosa que replicar en contrario.

— A vos toca, señora, añadió el corregidor, señalar ocasion y lugar.

— Ahora mismo, dijo Doña María.

— ¿Aquí ha de ser? esclamaron todos los circunstantes con nuevo asombro.

— En el alcázar, contestó sencillamente Doña María. Seguidme allá si os place.

No tuvo inconveniente el ayuntamiento en acceder á la nueva súplica, que á los mas recelosos parecia estraño capricho de rica-hembra ó última voluntad de Juan de Padilla á su mujer encomendada; y en lúgubre procesion, cabalgando en sus mulas de corte, que al propósito hicieron de sus casas venir, subieron todos por la calle Ancha y plaza de Zocodover á la fortaleza.

Caminaba delante Doña Maria, llevando á la diestra mano al corregidor, á su hijo y á Garcilaso á la izquierda, y detrás á Gonzalo Gaitan, que no se apartaba de ella precavido.

La muhedumbre que precedia al cortejo silenciosa, al llegar á la plaza de Zocodover se arremolinó bramando en son de ira, que acababa de parecerse allí un ginete cubierto de sangre, fatigado y sudoroso, con el pendon toledano hecho girones, como que venia de la batalla de Villalar.

— ¡Hernando de Ayala! gritó la muchedumbre ¡Hernando de Ayala!

Con efecto, el caudillo comunero, gracias á su poderoso caballo, habia podido librar de la derrota la destrozada enseña de Padilla, arrancándosela de las manos al muribundo alferez que la tremolaba.

Un momento después quedó la plaza en silencio, turbado solo por los suspiros y por las respiraciones que agitaba la ira.

Del cuello de su mula tuvo que asirse Doña María para no caer

cuando vió el pendon; pero repuesta pronto, arrebatóselo á Ayala y siguió el camino de la fortaleza con él en las manos, mientras el pueblo gritaba iracundo:

— ¡Comunidad! ¡comunidad! ¡Padilla! ¡Padilla!

Al trotar de su cabalgadura, desarrollaba á los ojos del pueblo la enhiesta enseña el magnífico emperador con capa pluvial de oro, sentado en su silla, con el cetro en una mano, y en la otra la espada de la ley, gloriosa enseña que le fué dada por Alonso VII cuando se coronó emperador en la catedral.

Tambien usaba la ciudad en tiempos antiguos las armas reales, como consta de un privilegio de 9 de noviembre de 1389, en que dice D. Pedro el Cruel: — *é non les dieron pendon, nin sello, nin han sino el mio é los sellos de los mios oficiales.*

Reinando los reyes Católicos, tan celosos de la real prerogativa, volvió Toledo á usar esclusivamente sus armas particulares.

Difícil es comprender el efecto que en la muchedumbre hacia aquel destrozado giron de Villalar, aquel triste vencido que lloraba sangre por las hebras del tisú, en las manos de la heróica viuda que á uno y otro míraba con ojos de fuego.

En la cuesta del Alcázar, Gaitan que habia estado secretamente platicando con Ayala, se adelantó con algunos comuneros y metióse en la fortaleza.

Tambien quiso entrar mucha parte de los curiosos, hidalgos así como villanos; pero hubo quien reparára que á los que no eran comuneros decididos, se les negaba el paso.

Cuando se apercibieron de estas circunstancias los jurados y el corregidor, se habian cerrado ya tras ellos las puertas y los rastrillos.

Y un momento despues flotaba en la torre del Alcázar el roto pendon imperatorio, aclamado frenéticamente por la muchedumbre, y por Gaitan, Ayala y los soldados comuneros, que gritaban desde las almenas:

— ¡Toledo y comunidad! ¡Toledo por la viuda de Padilla!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.



LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

QUÉ COSAS PASABAN Y QUÉ CRISTIANOS HABIA EN LA CATACUMBA DE LOS MÁRTIRES GODOS.

Lúgubre y silenciosa quedó la imperial ciudad aquella noche, que la triste nueva de la rota de Villalar habia echado sobre todos los ojos un velo, de tristeza en los comuneros, de amarga alegría en los imperiales. El amor á Padilla nunca fué tan vivo como en aquella suprema hora en que otro amor mas puro se le llevaba.

El vacío que en el entusiasmo popular hace el vencimiento lo llena el miedo muy pronto, que son los pueblos niños inocentes, mas que á las grandes pasiones, á los grandes instintos ocasionados. Los que ardian en patrio fuego á la voz sola de Padilla y comunidad, metiéronse en su casa á llorar malogrados sus nobles propósitos, pese

al heroismo y al arriesgado trance en que se puso la viuda, tomando á su cargo la defensa del Alcázar; conque desde bien temprano quedó la ciudad desierta, á lo que tambien fué parte la entrada de los fugitivos, que en el seno de sus familias y de todo el pueblo derramaron el terror y la tristeza.

Barrios enteros habia donde un solo farol ni una sola persona daban muestras de vida, y estos eran los mas bajos, los mas pobres, los habitados de la gente mas comunera de Toledo. La casa que no era mansion del dolor, de la pavura lo era. En las cercanías de Zocodover topábase acaso algun canónigo alumbrado por sus pages con sendas hachas de viento, algun noble seguido de sus escuderos y criados, ó algun bulto misterioso que tornaba de los conciliábulos que en aquella sazon tenian los imperiales para concertar y discurrir el modo de que su bando prevaleciera, una vez hundido el comunero; mas ninguno enderezaba su camino por la cuesta del Alcázar, temeroso de que los soldados de Doña María y los centinelas de los muros diesen pronto buena cuenta de los atrevidos.

De los mas solitarios y silenciosos era sin duda el barrio de San Ginés, que hasta llegar á la misma iglesia no se vislumbraba á través de las rendijas de la puerta de la campanera un rayo de luz dudosa. A cada hora que sonaba lúgubre y pausada en el reloj de la catedral, se entreabria la carcomida puerta, dando paso al ruinoso cuerpo de Joaquina Aguirre, que tendia sus avaros ojos por los oscuros alrededores de la iglesia, aplicaba ansiosa el oido, y tornaba á cerrar luego murmurando palabras de impaciencia.

Al cabo dieron las once, y la asomar Joaquina por la centésima vez, oyó que le decian á pocos pasos:

— Ya estoy aquí, madre, ya estoy aquí.

— ¡Loado sea Dios! esclamó la buena viejecilla, corriendo cuanto pudo á descolgar un negro candil, conque alumbró los pasos de su hijo Leonardo, apresurándose despues á cerrar la puerta.

— Dudaba ya de que esta noche viniese, dijo ayudando á Leonardo á desceñirse sus arreos.

— Milagro es mi venida en verdad, respondió el jóven.

— ¿Eres tú tambien de los del Alcázar?

— Si señora.

— ¡Ay! bien me lo temí.

— Pero hemos salido algunos á recorrer la ciudad, sospechando

que los imperiales movieran esta misma noche á su gente, ó hicieran preparativos para mañana. Por fortuna la ciudad está desierta y en sosiego.

—¿Y cómo va de salud nuestra cuitada señora? dijo con mucho interés la viejecilla.

—¡Ay madre! respondió el mancebo lacónicamente, arrojando su escopeta á un rincon.

—¿Se le agravan las dolencias? repuso Joaquina con cariñosa ansiedad.

—No, señora, no es tanta su ventura, que si al menos el dolor la matára una vez reposaria. Desde que entramos en el Alcázar no la veo, pues quedé en un adarve de centinela; pero Gonzalo Gaitan cuenta que ha llegado á poner miedo en toda la familia la estraña serenidad, el tranquilo continente que muestra, porque no hay duda en que está de dolor traspasada al propio tiempo.

—¡Pobre Doña María! balbuceó la vieja secándose las lágrimas que inundaban todas las arrugas de su rostro. ¡Cuán afligida estará mi buena Menda! ¡y cuán temerosa! ¡ella verse metida en el Alcázar, que es como si dijéramos un campo de guerra!

—Por mí se ve, que á boca de noche la trage, en compañía de la condesa de Monteagudo, que por cierto nos puso con sus esclamaciones y suspiros á dos dedos de la perdicion, pues en poco estuvo que unos soldados del duque de Maqueda, que se han metido en la ciudad sabe Dios cómo, nos conociesen al pasar por las Tendillas de Sancho Minaya.

—¿Y dices que eso fué peligroso? esclamó asustada Joaquina Aguirre.

—¿Quién lo duda? El cabildo y los imperiales están muy enojados de Doña María por lo que ha hecho.

—¿Por meterse en el Alcázar?

—Si señora. Y lo que mas me duele, añadió Leonardo profiriendo un voto, es lo que de público se murmura.

—¿La han escomulgado quizás?

— No señora. ¡Ni que fuera el suceso una herejía!

—Pues ¿qué se murmura?

—¿No ha oido ucé en la vecindad?....

—He pasado la tarde con nuestra vecina y con su hijo, que no le han matado ¿me oyes? no le han matado en Villalar..... ¡Estaba

su pobre madre que podian ahogarla con un cabello!.... pues como te digo, mas de seis horas nos ha estado contando aquella tragedia.... ¡qué trajedia, Leonardo mio! y eso que no vió nuestro vecino degollar al señor Padilla, pues sin saber como, corriendo, corriendo, hallóse junto á Portugal, y corriendo, corriendo ha venido á su casa.

—Y de ánimos, ¿cómo viene?

—Así dice que se volverá á meter en cuentos de la comunidad como en la Judería.

—Siempre le tuve por cobarde, dijo Leonardo. No piensan de ese modo otros fugitivos de Villalar. En el Alcázar se han metido de rondon para ayudarnos, así como el obispo Acuña con sus legos, que corridos de vergüenza por su derrota del Cerro del Aguila, andaban rondando la ciudad sin atreverse á entrar, hasta que vislumbraron una poterna del castillo, cuyo centinela al punto los reconoció. ¡Ay del cabildo y de los imperiales, si mañana, como se murmura, intentan poner presa á Doña María!

—¡Jesus mi Dios! esclamó santiguándose la anciana; ¡presa dices!

—Acaso y sin acaso querrán hacer con ella lo que han hecho con su marido los regentes.

—No lo creas, Leonardo. Eso lo dicen las personas que hay siempre malas por denostar al cabildo. Unos santos de Dios como los canónigos, habian..... ¡qué calumnia! Leonardo, no lo creas.

—Tampoco lo consentiremos nosotros, y si lo intentaran ¡vive Cristo!.... pues á fé que no están por nosotros todos los soldados que el Ayuntamiento tenia en el Alcázar, y los que guardan las puertas de la ciudad, y mucha parte de los rejidores y jurados.

—¿Qué, no son comuneros todos los que en el Alcázar se encerraron con Doña María?

—Algunos hay que murmuran y hasta ofenden y amenazan; pero es tiempo perdido, que nadie los oye.

—¡Hijo de mi corazon! esclamó á este punto conmovida la hermana de Aguirre. Mi único apoyo, mi único consuelo, mi única esperanza eres en el mundo tú; pero si han de matar á Doña María, que maten antes á todos los comuneros, aunque tambien á tí.....

Y los sollozos ahogaron su voz.

—¿Porqué no se ha acostado ucé? le dijo cariñosamente Leonardo por mudar la conversacion.

—¿Quién habia de esperarte? Estaba anhelosa y sin sosiego.

—Lope ¿no ha vuelto por acaso?

—Sí, pero se acostó.

—¿Y ucé á su edad trasnocha mientras él duerme?

—Te diré, repuso la anciana con la amorosa benevolencia de las madres; he dormido un rato en esa silla, presumiendo que de venir no vendrias hasta la alta noche. Por cierto que me despertó alegremente sobresaltada un ensueño.....

—¡Madre mia! ¡siempre lo mismo! dijo el mozo en tono de cariñosa reconvencion.

—Ahora jurára....

—Siempre lo jurára ucé.

—Como te estoy viendo frente á frente, he visto á tu padre con un talego de oro debajo del brazo. Tú no me crees; nadie me cree; pero yo sí creo en las cosas ocultas. Á Dios no le vemos y no hay quien le niegue. Todavía ha de volver tu padre, y anda, hijo mio, que si vuelve mejorado y arrepentido, yo seré la primera á perdonarle y abrirle mis brazos, como tú tambien harás. ¿Eh? vamos que si le vieses entrar rico y honrado por esa puerta..... ¡Cuántas gracias le daríamos á Dios, aunque solo fuese por tu hermano, que está anheloso por casarse y el triste no puede!

—¡Qué locura! murmuró Leonardo sonriéndose. Yo me holgara de su vuelta, aunque torne pobre y desvalido, que el calor de un padre siempre á los hijos hace en el mundo falta; pero ay que temo que vuelva peor que se fué, que á un árbol viejo nadie lo endereza.

—¡Dios, hijo mio! Dios, que lo puede todo.

—Trabajo le ha de costar.

—No juzgues mal de tu padre, ni desconfies de Dios.

—Voy allá adentro, dijo el jóven levantándose.

—No hagas mucho ruido, que no despierte tu hermano.

—Pues á despertarle voy.

—¿Para qué?

—Madre mia, añadió el jóven en tono solemne, para ahorrar á ucé un grandísimo dolor.

—Pues ¿que acontece, Dios mio? ¡habla! tu hermano....

—Sospecho que si mañana cometen los imperiales con Doña María algun desman, él....

—Acaba por Dios.

—Se hallará entre ellos.

—¿Y tú? repuso Joaquina Aguirre temblando de ansiedad y zozobra.

—¿Yo, madre?.... enfrente de ellos hasta esterminarlos.

—¡Ah! ya comprendo tu idea. ¡Qué horror, Dios mio! Despiértale pronto.... ruégale.... mándale.... que no vaya.... á mí no me obedece.... á tí como te tiene miedo... Ven, vamos pronto... ¡Dios mio! un hijo comunero.... otro imperialista.... si me los matan á los dos....

Y la triste madre descolgó azorada el candil, y vacilando y gimiendo se dirigió á la estancia de Lope.

Pero al llegar á la puerta se detuvo.

—Se vá á enojar si le despertamos, dijo tímidamente.

—Que se enoje, madre.

—Llámale tú.

—No señora. Llámele ucé, que es la persona á quien él debe mas obediencia.

Joaquina vacilaba todavía.

—Señora madre, repuso en tono sério Leonardo, mucho me duele de que á ucé inspire tanto respeto quien á ucé debia guardarlo.

—¿Lope? dijo en voz temblorosa Joaquina, entreabriendo la puerta.

Pero Lope no respondió.

—¿Lope? dijo por segunda vez.

Tampoco respondió.

Creyendo Joaquina que aquella calma de su hijo auguraba tempestad, no pudo menos de retroceder.

—Entremos, dijo Leonardo empujando mas la puerta.

—Vé delante.

—No se le oye roncar.

—Júzgole despierto; pero no hagas mucho ruido, murmuró la vieja, queriendo apagar hasta el rumor de los pasos.

—Levante ucé la luz, repuso el mancebo entrando en la alcoba, que nada veo.

—Temo que le dé en el rostro y le despierte.

—¡Si está la cama vacía! esclamó Leonardo.

— ¿Qué dices?

— Lope no está aquí.

— Míralo bien, dijo con susto la anciana, acercando el candil al lecho. Há mas de una hora que me dió las buenas noches.

— Pues mire ucé.

Joaquina devoró con sus cansados ojos el lecho y toda la estancia.

— Ni sus ropas están aquí tampoco, dijo entre dientes.

— La cama, añadió meditabundo Leonardo, está tibia aun.

— ¿Adónde habrá ido? ¡si yo no estuviera segura!....

— ¿De qué? preguntó con recelo su hijo.

— De que vino á acostarse....

— Solo por engañar á V.

— Leonardo, que es tu hermano.

— ¿Estaba abierta la puerta?

— No en verdad.

— Pues él ha salido.

— Por la puerta, no.

— Entonces.... registremos las estancias.

— ¿Qué vas hacer? ¡se enojará si le encontramos!

— ¡Madre!

— Yo estoy tranquila. De casa no ha salido.

— Yo estoy desasosegado, porque está en casa.

— Pues ¿qué piensas?

— Que no es cosa buena lo que le ocupa.

— ¡Qué mal le quieres!

— ¡Qué bien lo merece!

— Si no fuera tu hermano.....

— Registremos.

— ¿Habrá subido á la torre?

— ¡Hum! refunfuñó Leonardo. ¿Qué habia de hacer á estas horas allí?

— Como es su genio tan singular....

— Pero á oscuras.... ¡ah! subamos á la torre.

— ¿Qué presumes?

— Madre, no se enoje ucé de mí cuando sepa que presumo....

— No pienses mal.....

— Siempre acierto.

—¡Ay de mí!

—¡Ojalá me equivoque! pero mi hermano mantiene inteligencia secreta con el prior. Acaso habrá subido á la torre á encender alguna fogata, á hacer alguna señal....

—Hijo mio.... balbuceó la anciana mirándole con amorosa ternura, parte porque le veia desconfiar de su hermano, parte porque ella misma en el fondo de su corazon desconfiaba tambien. Hijo mio....

Y no acertó á decir mas.

—Subamos á la torre.

La anciana se puso en camino.

El candil temblaba en su mano, como todo su cuerpo.

Al remate del oscuro y lúgubre corredor, habia, como en otro lugar indicamos, dos puertas enfrente una de otra. La de la izquierda subia á la torre, la de la derecha comunicaba con el templo.

Cuando entre las dos se hallaron, una bocanada de aire apagó el candil.

Leonardo arrojó un voto, y la anciana se estremeció toda, presintiendo lo que acontecia.

—¿Estaba cerrada esta puerta? le preguntó su hijo.

—¿Cuál? repuso Joaquina con el aturdimiento del reo delante del juez. ¿La de la torre?

—La de la iglesia.

—No recuerdo bien....

—Ucé acostumbra cerrarla.

—Sí, pero esta noche....

—Está abierta. Por aquí ha salido mi hermano.

—¿A rezar?

—Mucho me holgára de que así fuese; pero no le creo tan devoto.

—Pues la llave de la iglesia la tengo yo en mi cuarto.

—¿Está ucé segura?

—Como que me tengo de morir.

—¡Ah! dijo el mancebo, dándose en la frente una palmada. Lope ha bajado á la cueva.

—Tú estás loco. ¡A la cueva á esta hora!

—No haga ucé ruido.

—¿Qué intentas?

—Venga ucé, dijo Leonardo trabándola de la mano y entrando

casi á tientas en la capilla, pues la mortecina lámpara de la nave principal alumbraba con tibios resplandores toda la iglesia, que no era grande.

—Reparemos primeramente, murmuró la anciana, si en alguna capilla rezando....

—No hay que reparar tal cosa, dijo en tono seguro el jóven. Está en la cueva.

Y sin dar tiempo á que su madre replicara la condujo á la escalera de los enterramientos.

— Pero ¿qué ha de hacer aquí? balbuceó la anciana, resistiendo todavía por un vago presentimiento.

—Sábelo Dios, contestó Leonardo.

Y bajaron los primeros escalones.

El espectáculo que presentaba la bóveda, aterrára á otros que no fuesen los campaneros, familiarizados ya con él.

La vida de la naturaleza es de noche diferente. Así como las flores se cierran y exhalan mas intenso aroma, los cadáveres, como si tambien reconcentraran su putrefaccion, como si la nada ejerciera en ellos sus estragos con mas energía, exhalan un hedor mas nauseabundo. La muerte es el alma de las tinieblas.

Los gusanos roen rechinando mas los dientes, que como no turba su atencion el mundo vivo, se entregan con mas reposo y holgura á su obra providencial de destruccion del mundo muerto.

Insectos y sabandijas que no tienen nombre, que de nadie son conocidos, que nunca han visto no ya la luz del sol, pero ni tan siquiera un rayo del crepúsculo, abandonan en la alta noche sus mefíticas guaridas, zumbando, gruñendo, chillando; son los ciegos y los locos del mundo animal; los obreros del último tramo de la torre de Babel, que ni ellos mismos se entienden, ni son de nadie entendidos; viven una vida que es aborto de la naturaleza, capricho de Dios, misterio insondable que no parece vida.

Soplan además en semejantes lugares á la alta noche, vientos que no se sabe de dónde vienen ni adónde van, impregnados de átomos mortiferos como los últimos que se estraen de la campana neumática, vientos pegajosos, que azotan la cara y parece que la cubren con una careta de plomo, en invierno húmedos y calientes como el soplo de los volcanes submarinos, frios y secos en verano, como la respiracion mortífera del caiman. Dá un reloj en las ve-

cinas calles, toca una campana, ladra un perro, canta un gallo, y al punto mismo en aquel sepulcro sin salida, en aquel sudario de piedra del galvanizado cadáver de una naturaleza singular, que solo muriendo vive, penetra una ráfaga de aire que repite lentamente la hora como si fuera la última del mundo, que dobla ó repica como aquellos campaneros de la edad media que eran el diablo disfrazado, que ladra como el cancerbero de dobles fauces que acompaña á Pluton, y que al gracioso quiquiriquí del ave madrugadora, presta un son de augurio fatídico y espantoso como debió hacerlo el gallo de San Pedro, cuando su infamia y su cobardía le recordaba.

Esta noche del mundo tenebrosa, este cuadro horroroso y negro, mirado desde la espiral escalera por donde bajaban madre é hijo, era aun mas horrible de ver, salpicado de singulares estrellas, no fugitivas, sino vacilantes, no resplandecientes, sino opacas, no como si fueran luz, sino como si fueran vapor. Y abundaban tanto, que á trechos aparecian juntas como el cráter de un volcan envuelto en humo, como la boca de un horno á través de las tablas con que se cubre.

Y estos resplandores estraños dejaban ver en el suelo en un diminuto rádio, pues como su luz no era viva no era tampoco estensa, los huesos, los cráneos, las cajas, las corrompidas vestiduras de los difuntos, y la gruesa capa de polvo que á medias lo cubria, como la ola del mar cubre á medias el cuerpo de un ahogado.

Tiempos de ignorante fanatismo como los de entonces caen fácilmente en la impiedad y la herejía, con que era voz comun que aquellos resplandores de los cementerios los producian las almas que á flor de tierra esperaban la resurreccion, convertidas en imperceptibles átomos del supremo foco de la luz divina, y como al contacto de la mano ó del pié del hombre repentinamente se apagaban, tornando á aparecer en otro lado, ni mas ni menos que si con superior instinto huyesen el humano aliento, afirmábanse mas y mas en su opinion los sábios de aquella época, contaban que el pecado mortal producia el eclipse de aquellos resplandores, y así tuvieron llena á la plebe de fantásticos delirios, de quiméricas creencias, hasta que un tiempo mas adelantado vino á probar que el fosfato de cal, que entra por mucho en la composicion de la tierra y por consiguiente en los huesos humânos, es una sustancia inflama-

ble y luciente, acaso el gérmen del calórico de la vida universal, que es el fuego invisible, alma de los seres y de los mundos; y esto lo ha probado la ciencia sacando de los cadáveres, es decir, de la nada, es decir del caos, lo que acaso sacó Dios del mismo modo, la luz, el fuego, el alma de la materia, el primer principio del principio, es decir, la misma vida universal, la misma causa y efecto de la muerte.

¡Estraño misterio! ¡inconmensurable medida de la grandeza de Dios! ¡eterno símbolo de su voluntad omnipotente! ¡de su infinita sabiduría?

La destruccion es la creacion, y la creacion la destruccion; la nada es el todo, y el todo la nada; la tierra es el hombre y el hombre la tierra, y destruccion y creacion y nada y todo y tierra y y hombre son fuego, es decir impalpabilidad, incomprensibilidad, incomensurabilidad, eco miserable y atronador al propio tiempo de una palabra que Dios dejó caer de sus lábios, destello de la antorcha que Dios encendió sobre el caos y que apagará sobre los mundos, poniendo tinieblas donde estuvieron las tinieblas, poniendo la nada donde nada hubo.

No por saber, ni tan siquiera por instinto, sino superiores por costumbre Joaquina y Leonardo al terror que inspiraba al vulgo el fósforo de los cementerios, santiguarónse devotamente en la mitad de la oscura escalera, y prosiguieron bajando.

—¿Te convences ya, dijo la vieja en voz baja y medrosa, de que no está Lope en el subterráneo?

—¿Por qué he de convencerme? replicó el mancebo.

—¡Ah hijo mio! no pienses de tu hermano malamente. Solo el pecado mortal pudo traerlo á este sitio, y á ser así, ¿brillaran tanto esas lucecillas?

— Haga Dios que no se equivoque ucé.

— Ténlo por seguro.

— Oiga, madre, oiga, dijo Leonardo, que tocaba el último escalon y allí se habia quedado suspendido con un pié en el aire. Parece que platican.

—Rezo será de la penitente, respondió la hermana de Aguirre, aplicando el oido con menos interés que su interlocutor, pues creia firmísimamente que de hallarse allí su hijo en pecado mortal, estarian apagadas las fosfóricas luces.

— Dos voces distingo claras, dijo Leonardo.

— Tu fantasía te las finge.

— Y de la cueva ¿no sale un rayo de luz dudosa?

— Eso sí, contestó la anciana, llena de pesar disimulado.

Haciendo todo su poder porque no rechinaran bajo sus plantas los huesos y tablones de que estaba poblado el suelo, avanzó Noguerol á la puerta de la cueva, aunque su madre hacia tambien todo lo posible por detenerle.

Mas desde la entrada de aquel antro ni se descubria á los interlocutores, caso que los hubiera, ni tampoco se escuchaba mejor su voz, si bien los rayos de la luz eran mas vivos. Avanzar intentó Leonardo llevando á su madre á remolque; pero de repente se detuvo y quedóse arrimado á la pared, imperceptible como una sombra.

— ¿Qué pasa? dijo la esposa de Mendo Noguerol.

— ¡Silencio! respondió Leonardo. Ha habido quien delante se nos puso.

— ¿Qué es lo que dices?

— Allá en el recodo veo un bulto como en acecho, y debe de ser la penitente.

— Volvámonos pues á casa. De ser esa la reclusa te convencerás de que Lope no habla con ella.

— ¡Volver! al contrario, repuso el jóven. De aquí no tengo de moverme hasta averiguar quiénes son los que hablan.

— Serán espíritus divinos que á la penitente visiten, dijo la vieja con fanática sencillez.

— Lenguas humanas tienen por lo menos.

— ¡Leonardo! tú rayas en la impiedad muy amenudo. ¿No conoces que han de ser forzosamente espíritus divinos, quizás ángeles? si no lo fueran ¿por dónde habrian entrado?

— Eso es lo que yo averiguaré.

— Las llaves de la iglesia están guardadas.

— Pero mi hermano está despierto.....

— ¡Siempre das en tus malos pensamientos!

— Le conozco mejor que la madre que le ha parido.

— ¿A dónde vas?

— Sígame ucé si quiere.

Y deslizándose como una sombra pegado á la pared del muro, con el aliento reprimido, porque hasta el aliento tenia eco en aque-

lla bóveda singular, llegó á pocos pasos del recodo que ocultaba el lecho de la reclusa.

Entonces pudo ver mas claro, pues los rayos de la luz eran mas vivos.

Marta con efecto estaba puesta en escucha pegada á la pared.

Y mas allá se oia perceptible, sonoro, distinto, el rumor de una acalorada plática en que terciaban algunas personas.

Dominada su sorpresa, prestaron atencion Joaquina y su hijo.

— Dale cien ducados, Mendo, dijo una de las misteriosas voces secamente.

— ¡Mi hermano Martin! murmuró Joaquina sin poderse contener.

— ¡Silencio por Dios! repuso su hijo tirándole con fuerza del brazo.

Por cierto que era vano el temor de Leonardo, pues como el aire venia buscando la salida, nunca el rumor de sus propias voces llegara á los de adentro, así como llegaban las suyas casi de claro en claro á los de afuera.

Por cierto asímismo que la respiracion de la reclusa era tan agitada y ardiente, que alguna vez les abrasó el rostro,como habia hecho el aire de la otra bóveda.

— Cien ducados no me bastan, replicó otra voz con la misma sequedad. Yo quiero casarme, y pues ayuda presto á vuesas mercedes para quedarse con los cinco mil ducados de Doña María Pacheco, justo es que me toque mayor parte.

Joaquina Aguirre se estremeció de dolor hasta el fondo del alma, pero su hijo le puso una mano en la boca y la detuvo.

El que habia hablado era Lope.

— ¡Mancebo! gritó una tercera voz mas vieja y dura que las anteriores, voz que tambien hizo á Joaquina estremecerse hondamente y esforzarse á exhalar un grito, que ahogó Leonardo por fortuna.— ¿Con qué derecho pides parte en lo que no es tuyo?

— Con el derecho con que vuesas mercedes se quedan con el todo, siendo ageno. Si Doña María llegara á saber que yo ayudo á vuesas mercedes, no hay duda en que lo menos cien palos me tocarian en parte. ¡Buena es la dama para que la burlen! ¿Qué han hecho vuesas mercedes en este negocio? Traer el dinero desde Villalar, segun cuentan. Yo les doy entrada en Toledo, yo se lo pongo á seguro,

yo ayudaré todavía en lo que sea menester, con que hago mas que vuesas mercedes.

— Para ladron te crias, mancebo, dijo la tercera voz.

— Vuesa merced me gana por la mano, que ya está criado, ya es ladron hecho y derecho.

— ¡Ira de Dios! no me irrites. Solo de noche te he visto; mas ahora columbro que tienes un ojo seco y tentaciones me vienen de secarte el otro.

— Irrítese vuesa merced cuanto quiera, que á mí se me dá una higa. Con que despachemos pronto, que á la madrugada espero á una persona muy alta, nada menos qne á un canónigo con quien tengo de platicar.

— No será de cosas santas, dijo la voz bronca.

— ¿Santas? sí en verdad, pues será del modo y manera de ahorcar á los comuneros. O yo podré poco, ó Toledo ha de rendirse por gracia mia. Ya metí en la ciudad al duque de Maqueda con sus doscientos peones, disfrazándolos á unos de frailes y peregrinos, y convirtiendo á otros en mujeres de las que salian á recibir á los vencidos en Villalar; mañana estará en la Sisla el prior de San Juan con otros capitanes que envian los regentes, y solo me falta.... pero no quiero decir lo que me falta.

Leonardo Noguerol dejó caer la cabeza sobre el pecho, sin cuidarse de que la vida de su madre pendia de su buen ánimo.

— No haya enojos, murmuró Martin Aguirre, que al parecer estaba espantado. Por mas de una razon no debe haber entre nosotros reyertas. Dénsele doscientos ducados y finiquitemos.

— Quiero mil, dijo secamente Lope. Despues que ahorquen á Doña María voy á ser caballero principal, que me lo tienen prometido, y he menester riquezas.

— Mil puñaladas primero, murmuró la otra voz.

— Vuesas mercedes no miran una cosa, repuso Lope en voz infernal, y es que están ciegos.

— Abre tú ese ojo que tienes hecho en Tortosa y dila prontamente. Vamos. Dila.

— Si yo cantara á Doña María Pacheco que su marido no recibió.....

— Tú no puedes cantar, muchacho.

— ¿Por qué?

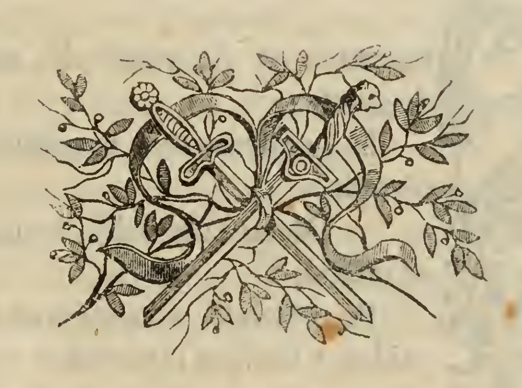
— Porque va á faltarte el tono.

Y sonó en el silencioso vacío una tremenda puñalada.

Siguieron cuatro gritos horrorosos, penetrantes; pero al de Martin Aguirre lo acompañaron estas palabras:

— ¡Mendo! ¡Mendo! ¡has matado á tu hijo!

Leonardo, que con la daga desnuda se lanzaba sobre un ermitaño hercúleo, que era el tercer personaje de la anterior conversacion, quedó como herido de un rayo en aquel momento; Joaquina Aguirre, fuera de sí de dolor, cayó sobre el cuerpo de su hijo bañado en sangre, maldiciendo á su marido con cierta horrible alegría, y la penitente de la cueva de Hércules, de pié en medio de todos, con la linterna en la mano, los ojos fuera de las órbitas y los cabellos tiesos, parecia una esfinge ó una endemoniada.





CAPITULO II.

REFIÉRESE QUE CAYERON EN BANDADA SOBRE TOLEDO VENCIDOS Y VENCEDORES DE VILLALAR.

Imposible es describir esta escena de horror y de crímen.

La penitente fué la primera que rompió el silencio.

— ¡Mendo mio! dijo tendiendo los brazos al ermitaño.

Pero Mendo, con la cabeza baja, los brazos caidos, y los ojos inyectados en sangre como una pantera, no veia ni entendia lo que pasaba en torno suyo.

— ¡Tú eres la devota! gritó Joaquina Aguirre, levantándose con rara presteza y cogiendo por el cuello á Marta. ¡Tú eres la devota, y llamas á mi marido Mendo mio!

Mendo alzó una cabeza semejante á la de Medusa, y vibrando el puñal, clavó en su mujer los ojos.

— Vámonos de aquí, señora madre, dijo Leonardo, que iba re-

cobrando poco á poco su tranquilidad. Llevémonos á mi hermano, que segun parece, no está muerto.

— A buena parte venia su merced, repuso Lope en voz de burlas. Apenas me habrá rozado una costilla, pues en la cara conocí á su merced que era capaz de matarme; no le quitaba ojo y hurté el cuerpo. No llegará mi sangre al Tajo.

Torció el ermitaño la cabeza para mirar á su hijo de tal modo, que los demás interlocutores, inclusa la penitente, retrocedieron espantados, y Lope tembló como un pajarillo que descubre á una culebra entre las ramas.

—Vámonos, señora madre, repitió sordamente el comunero.

—¡Y he de dejarle aquí con otra mujer! dijo la anciana, que estaba á punto de volverse loca.

—Ese hombre no es mi padre; ese hombre no es el que me enjendró.

— ¡ Ojalá fuera verdad!

Otra mirada de Mendo á su primer hijo acabó de horrorizar á todos.

—Marcháos, dijo despues, vibrando el puñal como un energúmeno; marcháos, ¡ó vive Cristo!....

—Pero esa mujer..... murmuró Joaquina; esa mujer.....

— Es la sola que yo en el mundo amo; es Satanás que viene por mi alma, pues sin esa mujer..... sin esa mujer.....

Y rechinaron sus dientes, y derramó por todo aquel antro una mirada salvaje, frenética, indescriptible.

Joaquina lloraba como una Magdalena.

—Idos pronto, repitió el bandolero, idos ú os mato á todos aquí. Necesito hablar con Marta. ¡Y ay del que llame á la justicia! ¡ay del que descubra á un ser viviente, que Mendo Noguerol está en Toledo!

—No seré yo, señor padre, contestó cariñosamente Lope, que bien reparado en esta ocasion, se le hallaba tanto parecido con Mendo como una gota de agua con otra gota. No seré yo el que á la justicia avise, que además del amor y obediencia de hijo, me obligan los mil ducados que ucé seguramente me dará.

— ¡ Mil! repitió el bandolero, apretando los dientes.

—Yo no me voy, dijo á este punto Martin Aguirre, sin llevarme los dineros que son mios.

Mendo vibró el puñal, sin poder en su ira pronunciar una palabra.

—¡Hermano mio! gritó Joaquina, interponiéndose entre Martin y su marido.

Habian llegado las pasiones á un estremo de sobrescitacion que no tiene otro límite que el llanto, el crímen ó el silencio.

Cogió Leonardo á su madre por la cintura, y seguido de Lope, que amenudo se volvia á mirar atrás, como si vacilara entre salir y quedarse, ganó al punto la puerta de la cueva.

Martin Aguirre los seguia con la cabeza baja.

Iba temblando de miedo.

Pero ninguno tuvo fuerzas para subir el caracol de la capilla, y en la bóveda se detuvieron.

La anciana, á quien Dios le daba mas que á los otros, sin duda porque necesitaba mas, cayó de hinojos llorando y rezando; Martin Aguirre sentóse en la oscuridad sobre la caja de un muerto, y su sobrino, que recorria la habitacion como una fiera enjaulada, haciendo crujir bajo sus piés los huesos calcinados y las tablas carcomidas, acercósele blandamente, sentóse á su lado en la misma caja mortuoria, y en voz baja y cavernosa le preguntó:

—Ucé que mejor le conoce, señor tio, ¿será capaz mi padre de llevarse todos los dineros sin darnos nada?

—Y de matarnos tambien, respondió Martin secamente.

Lope arrojó una blasfemia horrible.

Pero no se hizo esperar mucho el castigo de Dios.

Habia con efecto hurtado el cuerpo al puñal de su padre, que verdaderamente apenas rozó su epidermis entre la sesta y sétima costilla; pero fué sin embargo tan furibundo el golpe, que bastó á hacerle perder mucha sangre, sin que en la sobrescitacion de sus aviesas pasiones él lo reparara, hasta que corriendo como un loco por el subterráneo al oir la respuesta de su tio, perdió el conocimiento y cayó sobre las losas.

Su madre y Leonardo acudieron inmediatamente en su ayuda, mas cuando se trató de subirle á su alcoba, tuvo Martin que reemplazar á Joaquina.

En el mismo momento llamaban arriba con desaforados golpes á la puerta de la campanera, golpes que se oian desde el subterráneo como un hombre enterrado vivo, debe oir los pasos de los que huellan su tumba.

Mientras tio y sobrino se llevaban por la escalera á Lope, la anciana, que toda oidos y ojos se hacia mirando á la cueva, corrió allá sin poderse contener, y en ella se introdujo rápida como en la suya la leona.

El comunero y Martin acabaron de subir.

Pese al interés que la situacion de su hermano le inspiraba, como seguian llamando furibundamente, dirigióse Leonardo á abrir con mucho enojo.

Tan breves son las noches de primavera, que ya flotaban prendidas del campanario de San Ginés las primeras ráfagas de la aurora, como un velo de gasa.

—¿Quién es? preguntó de mal talante Leonardo del lado adentro de la puerta.

—Abre, Noguerol, respondió una voz por demás estraña.

—Diga primero quién es.

—¿No conoces Juana?

—¿Juana?

— Esclava su merced Doña María.

—¡La esclava negra! esclamó Leonardo abriendo.

—Misma soy, repuso la voz en el abigarrado lenguaje que ya nos es conocido.

— Entra, pues, dijo Leonardo saliendo al átrio de la iglesia, donde solo acertaba á ver dos ó tres bultos en la oscuridad.

—No entraremos, buen hombre, dijo una voz varonil, que lo que mas nos importa es platicar con vuesa merced.

—Marquesa Villena, dijo la esclava, mandó acá, pues merced D. Luis Ronquillo necesita ver punto Doña María.

—¿Vuesa merced es Ronquillo? esclamó el comunero dando un salto hácia atrás y registrando presurosamente todo su cuerpo en busca de un arma.

—Nada tema usarcé, buen hombre, añadió en la oscuridad otra voz argentada y dulce.

—¿Vuesa merced es el alcalde Ronquillo? repitió Leonardo lleno de ira.

—No en verdad. Soy hijo suyo. Aquel se llama Rodrigo. Apartaos un poco aquí.

Hízolo Leonardo, si bien receloso, y el caballero le dijo en voz baja:

—Para que de mi fieis, señor Noguerol, pues no os basta verme con Juana, y con esa niña infeliz que es tan comunera como vuesa merced mismo, he de fiaros yo el secreto de mi venida de Villalar.

—¿De Villalar venís todos?

—De donde los afligidos vienen.

—¿Y no hay esperanza alguna? ¿todo es verdad?

—Todo.

—¡Pobre Doña María!

—Escuchadme pues. Derechos hemos llegado á casa de Padilla, mas no hallándose allí la triste viuda, hános dicho Doña Ana de Guzman, que vuesa merced, si le encontrabamos en su casa, que lo dudaba, podria introducirme en el Alcázar, donde tengo que aconsejar á Doña María que cierre inmediatamente las puertas de Toledo y con nadie en el mundo platique de solo á solo, pues los imperiales han determinado asesinarla, si no entrega la ciudad.

—¡Asesinarla! esclamó lleno de horror el jóven. ¿Asesinarla ha dicho vuesa merced?

—Esa es la verdad, y acaso á la presente hora se hallará dentro de Toledo el asesino, pues su viaje habrá sido menos penoso que el mio, que vine acompañando á esa triste dama y á la negra.

—¿Y vuesa merced le conoce?

—No por cierto.

—¿Ni sabe quién es?

—Tampoco. Perdone vuesa merced si callo lo demás de este horroroso secreto, que solo he de decirlo á Doña María.

—¡Oh! ¡cómo yo en mis manos le cojiese....! esclamó el jóven pateando de rabia; aunque fuera....¿quién diré yo?.... aunque fuera mi padre....

Pero un temblor involuntario, una idea horrible paralizó su voz y hasta su pensamiento.

Habia recordado qué hombre tan vil era su padre.

—¿Qué tiene vuesa merced? dijo Ronquillo, recelando de aquel silencio.

—Nada, nada, respondió Leonardo en voz cavernosa. ¿Quiere vuesa merced que bajemos al Alcázar incontinenti?

—Incontinenti, repuso D. Luis.

—Juana, dijo el comunero volviéndose á la negra; en buena oca-

sion vienes. Doña María no te aparta un punto de su memoria, ni tu nombre de sus labios, que hoy mas que nunca necesita de tus servicios y de tu ayuda.

—¡Pobre ama! esclamó llorando la negra. ¿Padece mucho? ¿llora mucho?

—No hay manera de decirlo.

—Siglos instantes tardo.

—Bajemos, pues, al alcázar.

D. Luis y Juana, por estremo impacientes, dispusiéronse á emprender su camino.

—Sí por amor de Dios, dijo la voz sonora de la que habia llamado Ronquillo pobre niña, sí por amor de Dios quisiera vuesamerced prestarme amparo en su casa esta noche....

—Amparo y cuanto anhele vueseñoría, noble dama, respondió Noguerol, que ya empezaba á distinguir un tanto cuanto en la oscuridad los objetos.

—No por mí lo pido, por mi triste hijo, que yo conozco á Toledo como á mi propia casa, y no me faltaria donde pasar la noche; pero es tan tarde y traemos sobre nosotros tanta fatiga, tanta y tan amarga pena...

—No se aflija vueseñoría, esclamó Leonardo conmovido, que con efecto aquella jóven de singular hermosura traia en sus brazos un niño, resguardado del sútil viento de la noche por la toquilla que su madre se habia quitado de la cabeza.

—¡Ay Toledo! ¡no esperaba yo volver á verte con tanta amargura! ¡no esperaba yo volver á tí sin casa, sin familia, sin amores!

—¿Vuesamerced es de la ciudad? dijo Leonardo.

—Sí señor: aquí con mi mala estrella nací.

El comunero indicó que lo sospechaba con un momiviento de cabeza.

—Le han matado á su padre y á todos sus deudos en Villalar, se apresuró á responder Ronquillo.

—¿Quiénes eran?

—No ponga vuesamerced el dedo en las llagas de su corazon, le dijo D. Luis en voz baja.

Y tras esto, meditabundos y silenciosos, penetraron en las habitaciones de la campanera, precedidos de Noguerol.

Durante este tiempo Martin Aguirre habia cuidado de su sobrino

que ocupaba su propia alcoba, con que no se apercibieron de la gente que entró en la de Joaquina.

—¿Madre? gritó Leonardo en el corredor, creyendo que la anciana se hallaba cerca de allí.

—No en modo alguno, dijo la niña que empezaba á restaurar sus fuerzas en un viejo sillon del cuarto de Joaquina; en modo alguno despierte vuesamerced á su madre.

—Despierta y levantada está, dijo Leonardo.

—No por mi la moleste, ó me obligará á dejar su casa, que á lo presente seria mi desconsuelo mayor. Demas que estoy tan avezada á verme sola, á padecer y sufrir tantos trabajos, que lecho de pluma y cortesano estrado me parecerán este sillon y vivienda hasta que torne Juana en busca mia. Lo único que ya en el mundo lleva tras sí mis ojos y mis pensamientos es mi hijo, y ese está bajo techado y seguro.

Habia en aquella mujer tanto donaire melancólico, tan peregrina belleza marchitada, tanto y tan omnipotente atractivo, que el campanero silencioso no acertaba á apartarse de ella ni á resolver cosa alguna.

—Jurára yo, dijo lentamente al cabo de un rato, jurára yo haber visto á vueseñoria en Toledo años atrás; mas no se me acuerda en donde, y ora pienso que fué en Judería, ora en la catedral, ora en la Alcana, ora en la funcion del Cristo de la Vega.

La jóven bajó los ojos estremecida y ruborosa.

—Entonces era vueseñoria mucho mas niña, prosiguió el hijo de Noguerol, por lo cual pienso que debe de hacer muchos años que la ví.

—No mas niña, sino menos desventurada; que solo un año ha durado mi ausencia de Toledo.

—Mire vuesa merced que el tiempo vuela, dijo D. Luis Ronquillo, como por sacar á la jóven del crítico trance en que la curiosidad y el interés de Leonardo lo ponian. Si por tardanza nuestra acaeciese algun desman á la triste viuda.....

—¡No lo permita Dios! esclamó fervorosamente el comunero. Vamos al punto al Alcázar; mas por cierto me duele dejar tan sola y afligida...

—Ella no gusta de mas compañía que sus pensamientos y sus penas, interrumpió D. Luis, mirando amorosa y melancólicamente á la dama, que al punto bajó los ojos como ofendida.

Y se dispusieron á partir los tres.

—Sosiega, Sara, dijo la negra acercándosele, mientras salió Noguerol á ver á su hermano. Estos deben todo casa Padilla. Son buena gente. Aqui segura, respetada, querida estarás. Volveré á buscarte mañana, mas no vuelvo, sosiega.

Y dándole un beso cariñoso, salió detrás de D. Luis, á quien llamaba desde el corredor Leonardo.

Brava lucha habia tenido que sostener con su propio corazon el campanero. La ausencia de su madre le inquietaba, la venida de su padre le ponia susto, y el vil secreto del robo de su tio, en que era cómplice su hermano, pesaba sobre su carazon y su cabeza como un mundo de plomo.

Aturdido, confuso, vacilante, gran trabajo le costó darse cuenta del nuevo y mas horrible secreto que D. Luis le habia confiado; pero una vez comprendido el inminente peligro de Doña María, una vez resuelto á bajar al Alcázar en aquel mismo instante, si bien su corazon desasosegado le detenia en su casa, el sentimiento del deber, el amor á la viuda, el espíritu comunero, y la sensata idea que le cruzó como un relámpago por la confusa mente, de que descubierto el disfraz de su padre no habia ya que temer desgracia alguna, movieron sus piés, maquinalmente en verdad, á cumplir la promesa hecha á Ronquillo.

Mas fuese voz del cielo, propósito determinado, ó inesplicable instinto, corrió por de fuera al partir el cerrojo del cuarto de su hermano, dejando encerrados á Lope y á Martin Aguirre, y la puerta de la calle la dejó de par en par, con la mira de que los vecinos del barrio, que no tardarian en levantarse, penetráran en su casa alarmados de verla abierta.

La soledad y el silencio de la noche recobraron su perdido imperio.

Cuando se vió sola con su hijo en aquella nauseabunda estancia, opacamente alumbrada por un asqueroso candil que despedia una luz cavernosa, como la del amianto que tal vez se halla en las antiguas sepulturas, pareció que la jóven se encontrase mas á su placer, pues puso mano en ciertas cosas que revelan tranquilidad en el corazon de las madres.

Pardas de polvo y sudor venian las blancas vestiduras del niño; lo primero que hizo ella fué desnudarle en su regazo, inclinando amo-

rosamente el pecho sobre él para que no faltara á sus miembros abrigo, sacudir trabajosamente en aquella postura los manteos de jerga, que así se llamaban entonces las que hoy llaman las madres mantillas; quitarles ora con las manos, ora con los dedos, alguna vez hasta con la boca, hasta el último átomo de polvo que no estaba ya adherido á la urdimbre, y luego, no sin besar repetidamente al niño en todas las partes de su cuerpo con melancólica ternura, que los continuos suspiros revelaban, tornar á envolverle en sus manteos; y por último, desabrochar un pecho blanco como la nieve, torneado á los estremos y sonrosado como la manzana que los bosques vizcainos crian, y entre lábio y labio de coral ponérselo, mientras el niño la miraba sonriéndose con los ojos y con las manos, misterio hermoso de la naturaleza que del hambre del niño hace brotar la fuente del infinito amor maternal del hombre.

Mas ¡ay! que aquella fuente, á imitacion de las que en arenal inculto ahoga el sol estivo, ó en la pendiente de la sierra obstruye la maleza, gota á gota solamente destilaba su dulce bálsamo, con grande enojo del niño que como una culebra se enroscaba al cuerpo de su madre para hacer desesperados esfuerzos.

Y sin embargo, cada vez que Sara sentia desprenderse de sus entrañas una gota de leche, iluminaba su rostro melancólico una sonrisa de júbilo, y se estremecia de amor y de gratitud al cielo recordando aquellas horas crueles de la plaza de Villalar, aquellas horas de agonía en que miraba morir á su hijo en sus propios brazos, asido á su estéril pecho, como un caminante que en las arenas del Africa se arrastra moribundo hasta lo que presume fuente y es una peña dura.

Así fueron dibujándose en su agraciado rostro las contrarias ideas, los opuestos recuerdos que la asaltaban. Púsola horror la crueldad de las villalarinas, que se negaron á amamantar al hijo de una hebrea; horror mas y mas grande cuando recordaba que aquel niño habia bebido en vez de leche la sangre de Abacuc, y como era natural, trás estos horrorosos pensamientos, dibujóse en su fantasia con los vivos colores de la muerte, aquel cuadro que contempló desde la plaza de Villalar; el rollo, el verdugo, Juan de Padilla, y la cabeza palpitante de Juan Bravo, que habia querido morir primero por no ver la muerte del mejor caballero de Castilla.

Entonces dobló la suya sobre su hijo, cubriéndole con sus mus-



Aquella cabeza debia petrificar á todos los que la mirasen...

tios cabellos como oculta la fuente el desmayado saúce, y allí se deshizo en llanto y en suspiros, que no parecia sino que aquella angelical criatura estaba por el cielo predestinada á beber lágrimas y sangre solo.

Diós sabe cuanto tiempo hubiera pasado así, lejos del mundo y de la vida, si cuando empezaban á penetrar en aquel ántro los rayos de la aurora no hubiese oido en el estrecho corredor pasos quedos y al parecer medrosos que en las puertas de cada habitacion se detenian.

El candil estaba apagándose.

Recogió Sara el aliento, replegóse de susto en la silla para cubrir al niño con su pecho, y entretanto no acertaba á apartar los ojos de la entornada puerta, adonde ya se dirigian los misteriosos pasos.

Con efecto, poco despues una mano negra y velluda acabó de abrir con precaucion la puerta.

Sara solo en los ojos tenia vida.

Detrás de la mano apareció en el quicio de la puerta una cabeza nervuda y desencajada cuyos ojos se revolvian apresuradamente en todas direcciones, cuyas barbas negras y espesas parecian erizadas puas del puerco-espin, y cuyos dientes por último podian contarse uno tras otro, pues llevaba la boca abierta en ademan estraño, como el lobo que va de caza.

La jóven perdió ya el dominio sobre sí. Aquella cabeza debia petrificar á todos los que la mirasen como la esfinge.

Faltóle por fortuna voz para gritar, faltóle aliento para caer á tierra mortecina.

Y el hombre, que no la habia visto, sin duda porque estaba ciego, se llevó la mano derecha á la boca, quitóse de ella un puñal ensangrentado que guardó apresuradamente, y al proseguir su camino á la puerta de la calle, pudo Sara reparar que debajo del brazo izquierdo llevaba un talego mayúsculo, esforzándose á ocultarlo con los pliegues de su larga vestidura.

Un instante despues volvió el silencio mas espantoso á reinar en aquel ántro.

La jóven no acertaba á convencerse de que vivia. Con la cabeza clavada en las rodillas para ocultar á su hijo, con las manos tiesas caidas á lo largo del cuerpo como las de un cadáver, y con los ojos

clavados en la puerta, permaneció hasta que la luz del claro dia, penetrando por la angosta ventana del zaquizami hizo temblar de escalofrio su entumecido cuerpo.

Ya el céfiro de la mañana le trajo el espíritu de la vida, repitiendo los murmullos de la ciudad despierta, los cantos de las aves madrugadoras, y el toque de la misa de alba en los cercanos templos.

Todavía, sin embargo, no se atrevió á mover pie ni mano, y quizás permaneciera en la misma postura largas horas, si no hubiese aparecido en aquella puerta donde tenia sus ojos un hombre vestido de negro.

—¿Anda ucé por aquí, hermana Joaquina? dijo en voz reposada, adelantándose á la jóven para verla mejor.

Desahogó en un grito Sara todos los terrores, todas las angustias, todos los sollozos que habia reprimido tanto tiempo, y cayendo de hinojos á las plantas del recien venido, murmuró en voz moribunda presentándole el niño en sus levantados brazos:

—¡Por la vírgen!... ¡que no le maten!... ¡mátenme á mí!... ¿qué culpa tiene ese inocente de ser hijo de D. Juan Bravo?

Tan difícil como el asombro del caballero es pintar las diversas emociones que en un mismo punto reveló su semblante.

—¡Hijo de D. Juan Bravo!... repetia mirando á todas partes y tocándose la frente para convencerse de que aquello no era un sueño. ¡Hijo de D. Juan Bravo!

—Ya pagó su padre su culpa, repuso la jóven sin alzarse del suelo. Yo estoy pronta á pagar el haber nacido judía; pero esta criatura es inocente... es inocente... ¿por qué han de matarla?

—¡D. Juan Bravo tiene un hijo de una judía!

—¡Qué no le maten! ¡qué no le maten!

—¡Hijo de judía! ¿para qué? murmuró el caballero distraido, sin parar la atencion en sus palabras.

—¡Oh! si yo hallase quien me abriera con una divina palabra las fuentes de la vida murmuró la pobre jóven un tanto mas tranquila; ¡quién sobre mi frente y la de mi hijo derramára el bálsamo de la redencion! Cuando se pose una mano sagrada sobre nuestras cabezas, vertiendo sobre los dos la copa de los consuelos eternales, nacerá en este campo estéril una flor pura, ni de las brisas tocada tan siquiera, y una planta melancólica que solo anhele vivir para

prestarle un poco de sombra y de fecunda savia. Moramos él y yo con la muerte, añadió en un arrebato de sentimiento estrechando al niño en sus brazos; hemos visto su rostro cerca, cerca, tan cerca como vemos el vuestro en este instante; y nos horrorizaba la muerte, caballero, porque no poseemos aun la llave de la segunda vida, porque yo quiero ver á mi amado y él quiere ver á su padre en otro mundo mejor, en otra esfera mas pura, donde no hay verdugos ni sangre, donde nuestro amor eterno encontrará su propia eternidad. ¡Oh Dios mio! ¡qué no le maten ahora! ¡qué no le maten!

Y con otro arrebato nervioso, mas fuerte que cuantos hasta entonces habia sufrido, estrechó á la infeliz criatura en sus brazos, y como si algun peligro le amenazára enarcó el cuerpo sobre ella á semejanza de la leona que defiende sus cachorros.

—¡Matar al hijo de Bravo! repitió el caballero tan absorto que no habia parado su atencion en la palabras de la desconsolada jóven.

—¡Oiga yo la palabra de Dios, antes que las iniquidades de los hombres me cierren las puertas de la vida! Como cadáver podrido me arojaron á un muladar; pero en vez de los grajos se me aparecieron allí las visiones de Jacob, y bajó del cielo á mi alma la verdad envuelta en la blanca túnica de los dolores.

Pero era inútil que Sara hablase, el caballero habia desaparecido.

Su asombro fué tan grande como su alegria.

Se hallaba sola otra vez....

Sola con sus pensamientos y sus dolores.

Semejante á esas rosas que crian los cementerios, la desgracia aborrece la voz del hombre, porque sabe que con él va la planta que ha de hollarla indiferente.

Entonces volvió á caer de rodillas con su hijo en los brazos.

—¡Gracias Dios mio! balbuceó. ¡Gracias! ninguna mirada fria hiela ya mis lágrimas en mi rostro.

Un momento despues volvió á oir la voz del caballero detrás de ella.

Y volvió á temblar.

—¿Dónde se oculta ese menguado de Lope? decia en tono de enojo. Ya es de dia y no parece.

—En vano le hemos buscado, respondieron algunas voces.

Unicamente la puerta de su alcoba está cerrada, señor Tenorio.

La jóven no se atrevia á volver la cabeza.

—Esa es, dijo D. Pedro entrando en la estancia.

—¡Una mujer! respondieron las voces.

—Llevadla.

Entonces miró Sara hácia atrás.

—¡Ay! esclamó estrechando á su hijo en los brazos.

Cinco ó seis hombres vestidos tambien de negro la rodeaban.

Un grito de angustia horrible espiró en sus lábios.

Silenciosos, impasibles, acompasados como autómatas acercarónse á la niña, que con espanto los miraba, y cogiéndola por debajo de los brazos la alzaron del suelo.

Al sentir sobre sus carnes aquellas manos descarnadas y frias, hizo la leona el último esfuerzo de desesperacion.

Revolvióse contra ellos y derribó por tierra á uno, rápida como el huracan que troncha la caña.

Pero en este movimiento, su brazo se habia aflojado, y uno de los sayones le arrebató al niño.

Entonces creyó que todo habia acabado para ella; hasta creyó oir el grito de muerte de su hijo.

Tapáronle la boca, y casi á empellones, como un reo que se resiste á marchar al patíbulo, sacáronla de allí.

En el corredor, gracias á la oscuridad, logró Sara separar un tanto la mano que le sellaba la boca, y exhalando un grito de horror, dijo:

—¡Por Cristo crucificado! ¿adónde me llevan?

—Al taller del Moro, respondió cerca de allí una voz serena de mujer.

Sara exhaló otro grito mas horrible aun.

Aquella mujer era Doña Catalina Ronquillo, la enamorada de su amante D. Juan Bravo.

—Venid, señora, dijo Tenorio, indicando á la que acababa de hablar el camino de la cueva de Hércules, en el mismo momento en que Lope y Martin Aguirre llamaban desaforadamente á la puerta de su ratonera.

Ni la viuda ni sus acompañantes se cuidaron de abrir á los estraños presos.

Lope estaba desesperado.

Su herida ya no sangraba.

Martin estaba desesperado tambien.

—Nos robará el dinero tu padre, decia algunas veces en medio de sus horribles meditaciones.

— ¡ Voto á la sordera de mi madre ! murmuraba el tuerto. Va á hacerme perder la admistad de Tenorio.

Hasta muy entrada la mañana nos le abrieron la puerta los vecinos.

La campanera no parecia.





CAPITULO III.

CÓMO SE REALIZARON CUMPLIDAMENTE LAS HALAGUEÑAS ESPERANZAS DE JOAQUINA AGUIRRE.



espues de platicar á solas con el mancebo Ronquillo, y con otro personaje que en son no menos misterioso la demandára, salió Doña María Pacheco acompañada de Menda y Juana de las habitaciones de la Raquel donde tenia su vivienda, por ser las mejores y mas defendidas del alcázar, tan ruinoso á la sazon, que Cárlos V tuvo que reedificarlo poco despues casi de nuevo.

Estas habitaciones, como es sabido, se hallan en el patio grande á la mano izquierda, subiendo por dos estrechos caracoles paralelos y unidos entre sí como dos perlas en una misma concha. Perlas del arte son con efecto, que difícilmente se encontrará en el mundo labor mas peregrina y estraña. Por ambos se sube á un mismo lu-

gar, de un mismo lugar parten ambos, platicando pueden ir los que por uno y otro suban, y sin embargo los divide una gruesa pared de piedra, y solo tienen de diámetro cinco piés.

Parece indudable que esta maravilla trae su fecha desde que Alonso VI edificó sobre el castillo árabe de Tolaitola el castillo *defendedero* de que habla el cronista Ayala, pues San Fernando y Don Alonso el Sabio, que terminaron el Alcazár, y luego D. Juan II y los Reyes Católicos, que lo adornaron y embellecieron, limitáronse á las habitaciones donde por lo comun residian los reyes en sus viajes á Toledo.

Aun el *haz de saetas* y el *tanto monta* descubren al viajero y al anticuario las estancias en que vino al mundo, en 6 de Noviembre de 1479, Doña Juana la loca.

Es fama que por los mencionados caracoles arrastró el pueblo á la hermosa querida de Alonso VI, y aun hay quien piensa ver en ciertas manchas de la piedra, asi en las escaleras como arriba en los salones, sangre de la infeliz judia. No nos toca á nosotros discutir aquí la verdad de esta tradiccion, que es por lo menos dudosa, pues no está bien averiguada la existencia de la Raquel; pero sí nos viene al propósito decir que sus habitaciones caen á la bajada del Alcázar, junto al arco que vá á la plaza de Zocodover, y que por esto justamente las habia preferido la viuda de Padilla, pues desde allí estaba sobre la ciudad sin descuidar un punto la vigilancia de su fortaleza.

En aquellos tiempos el muro occidental del edificio, que es el que nos ocupa, tenia estrechas y enrejadas ventanas á la Cuesta del Alcázar; pero varió de forma casi completamente cuando Covarrubias, Villalpando y Juan de Herrera lo reedificaron en tiempo de Cárlos V y Felipe II.

Al cruzar el suntuoso patio grande, que entonces no embellecian las sesenta y cuatro columnas ni la nunca vista escalera que hizo esclamar á Cárlos V:—solo aquí recuerdo que soy emperador;—al cruzar el patio grande, repetimos, salió un pajecillo al encuentro de Doña María, avisándola á nombre del obispo Acuña y de Gonzalo Gaitan de que habia llegado ya la persona á quien esperaban.

No sin estremecerse hasta el fondo del corazon volvióse al paje Doña María, y le preguntó en alterado acento:

—¿Dónde está el obispo?

—En el muro del mediodia, respondió el paje, apresurando las obras de defensa y las aspilleras que están haciéndose.

—Menda, dijo la viuda á su doncella, en tono al parecer natural. ¿No has visto esta mañana á Leonardo?

—No señora, contestó la jóven poniéndose encarnada.

—En la guardia de la puerta estará. Dile de mi órden que en modo alguno vaya con Garcilaso á la cueva de Hércules, como tenian con mi beneplácito resuelto, para ver si por aquella parte está segura la ciudad, que si bien los alenté á semejante empresa, pienso que ahora no es la ocasion oportuna.

—Pero ¿no necesita de mí vueseñoría?

—En este momento, no.

—Como la veo tan abatida y melancólica....

—Eso no te apesadumbre, que es añejo.

—¿Dónde encontraré despues á vueseñoría?

—No me busques, repuso cariñosamente la dama. Yo volveré al patio grande.

Y Menda salió al principal vestíbulo, donde está la bajada á los subterráneos y la llave y guarda de todo el edificio, mientras Doña María, sostenida por Juana, subia la antigua escalera de dos ramales, que despues Herrera destruyó en parte para colocar la que Felipe II habia imaginado.

—¡Pobre niña! murmuró la viuda cuando dejaron de verla. Pláceme ahorrarle un sinsabor, que ella mira á los Aguirres y Nogueroles como su sangre propia. ¡Ay Juana! añadió reclinándose con cariño en el brazo de la negra. ¡Cuánto me duele el alma y el cuerpo! En este batallar contínuo, en esta desesperada lucha, voy dejándome rotas á girones las esperanzas de mi triste vida, como un pájaro que preso en una red, por salir de ella se despluma vanamente. Trás una pena otra pena..... Ahora verás la que me aguarda, que es sin par. Sóbrame valor para todo menos para sufrir ingratitudes, menos para que me quiten la honra y la vida los que han comido mi pan.

En esto habian llegado, atravesando toda la alta galería meridional á una puertecilla por donde salieron al muro que cae á la parte del rio, no lejos de la puerta de Doce Cantos, á la sazon poblada de curiosos, que iban á esparcirse en la primaveral mañana, viendo las obras que en la fortaleza se hacian.

Para subir al contrafoso interior habia una rampa, en cuyo remate distinguieron al obispo Acuña y á Gaitan, rodeados de tres ó cuatro ballesteros y algunos alarifes á quien daban órdenes y trazas para su labor.

Recobróse Doña María, irguió la cabeza, y con magestuoso continente y rápido andar, subió la rampa.

Salióle Gonzalo al encuentro, volvieron á su tarea los alarifes, y los demas circunstantes, menos uno, que era villano al parecer, se apartaron de allí respetuosos.

La mirada que el villano dirigió á los ballesteros que se marchaban, parecia indicar que le hubiesen traido preso.

Acuña, á quien vemos por vez primera despues de su derrota, se hallaba tan abatido y avergonzado, que apenas se atrevia á alzar del suelo los ojos. El platicar sobre todo con Doña María lo evitaba cuidadosamente, bien porque fuera mayor su confusion en presencia de una dama, bien porque ella le hubiese dicho cuando entró en la fortaleza, que su presente desgracia era providencial efecto de las escenas ocurridas en la catedral.

Holgóse, pues, en que la viuda se dirigiera al villano disparada, y él se puso á dar vueltas y mas vueltas en torno á los alarifes, como vigilándolos.

— Adios, Aguirre, dijo la dama tendiendo al villano una mirada de reconcentrado enojo, que él no reparó, porque tenia, segun su costumbre, la cabeza inclinada sobre el pecho. Pláceme que vengas, pues ya tenia perdida la esperanza de verte; pero ¿cómo vienes solo? tambien ordené que viniera tu sobrino Lope.

— No estaba en San Ginés, señora, contestó reponiéndose Martin, como si hubiera esperado que en otra cosa le hablase. Un caballero y una dama se le llevaron de allí al romper el dia....

— Basta; basta. ¿Cómo te ha ido en tu viaje?

— Mal, señora, contestó en voz firme el jayan.

— Lo sé, lo sé por desdichá nuestra. Y ¿cuándo has tornado?

— Anoche.

— ¿Despues que los fugitivos de Villalar?

— Sí, señora.

Doña María se mordió iracunda los labios.

— ¿Con que anoche dices?

— Anoche di la vuelta.

— ¡ Y yo te culpaba !

— ¡ A mí, señora, á mí! esclamó Aguirre, estremeciéndose imperceptiblemente.

— De mal criado, que no venias á darme cuenta.....

— Vine afligido, señora, y presumí que tambien lo estuviese vueseñoría.

— Y no te equivocabas.

— ¡Ojalá me equivocára!

— Mírame frente á frente. ¿Por qué no levantas la cabeza? ¡ Qué mal te he juzgado ! No temas afligirme. El dolor ha cedido en mi pecho su lugar al enojo. ¡ Ay de los que ofendieron á mi triste marido! ¡ay de los que á su muerte coadyuvaron !

— ¿Por qué me dice esas palabras vueseñoría? murmuró Martin balbuciente.

— Para que cobres valor y fuerzas. Sin duda presumiste hallarme desalentada. No cabe en mí desaliento.

— Pero eso de ofender al Sr. Padilla....

— Bien está, dijo interrumpiéndole en otro tono la viuda. Cuéntame tu viaje.

Aguirre la miraba con ojos desatentados.

Tambien esta vez se estremeció, pero mas perceptiblemente.

— ¡ Pobre Martin ! dijo la dama sonriéndose de un modo que aterraba y entristecia. Cuenta, cuenta....

— Es cuento desventurado, se atrevió el infame á murmurar.

— Yo me huelgo de que no hayas perdido en esta ocasion la vida, como pudo ser.

— Y debió serlo.

— No quedará sin paga este servicio:—cuenta.

— Como sabe vueseñoría, dijo en voz no muy segura Martin, marché con los cinco mil ducados á Valladolid á tomar lenguas de donde se hallaba el Sr D. Juan. En Valladolid me encaminaron á Tordesillas, adonde, segun de público se contaba, el señor venia muy á menudo á tratar de paces con los gobernadores.

— ¿Cuánto tiempo estuviste en Tordesillas?

— Medio mes, respondió balbuceando Aguirre.

— ¿Por qué tanto? repuso Doña María sin poder ya reprimir su enojo.

— Porque de un dia para otro esperaba....

—¿La venida de D. Juan? dijo la de Pacheco arrancándole de la boca las palabras.

—Justamente.

Martin respiró mas desahogado.

—¿Y no vino?

—No señora.

—¿Estás seguro?

—Como de que ahora es de dia.

—Otras eran mis noticias. Adelante.

—¿Sospecha vueseñoría de mí? dijo el jayan bajando los ojos y estremeciéndose.

—Adelante.....

—Es que mi honra.....

—¡Ah! tu honra....

—Me doleria....

—Digo, necio, que prosigas, esclamó la viuda irritada de tanto doblez.

Alzó tímidamente Aguirre la cabeza y repuso:

—Viendo que no era posible entregar á D. Juan el dinero en Tordesillas, partí en mal hora para Torrelobaton.

—¿En mal hora?

—En hora triste.

—¿Por qué?

—Vueseñoría lo sabe, tartamudeó Martin.

—Tú lo sabrás mejor.

—Pero es en vano....

—Prosigue.

—Unos trás otros iban acudiendo los gobernadores.....

—¿Los gobernadores?

—Y los próceres.

—¿A qué?

—A cercar la villa.

—¡Ah! mira como sabes mas que yo.

—¿Vueseñoría lo ignoraba?

—Completamente, dijo la viuda en tono sarcástico.

Martin bajó otra vez temblando la cabeza.

—Quizás, murmuró, mi rebelde memoria..... ¡estaba ya tan aturdido y apesadumbrado con aquel tesoro!

— Continúa.

— Quizás me habré olvidado....

— Repito que continúes.

— Dí vista á Torrelobaton en el momento en que atacaban la villa.....

— ¿Qué fué atacada?

— Sí, señora.

— Tampoco eso lo sabia yo. ¿Con que atacaron la villa?

— El conde de Haro.....

— ¡Ah! ¡el conde!....

— Por la parte del castillo...

— Me parece que ya lo veo por mis propios ojos. Por la parte del castillo el conde...

— Y por otras partes...

— ¿Los demás caballeros?

— Justamente.

— Eso es. Aunque mis noticias eran otras...

— Pero ¿es posible que vueseñoria ignore...?

— Me ha dado un necio la noticia, dijo la viuda mirando fijamente á Martin, y los necios ni saben lo que dicen, ni saben tan siquiera encubrir sus mentiras.

— ¡Mentiras..! murmuró instintivamente Aguirre.

— Dígolo por el necio que me trajo la nueva.

— ¿Quién sabe? acaso yo me equivoque...

— ¡Imposible! tú llegaste á Torrelobaton en el mismo punto en que atacaban la villa. ¿Cómo has de equivocarte?

— Sin embargo...

—Nada, nada. Tú eres hombre de verdad. Continúa, y alza la frente.

— Pues llego, prosiguió Aguirre, pasándose la mano por los ojos y haciendo un supremo esfuerzo, llego al punto en que he de dar á vueseñoría nuevas mas tristes.

— Claro está. Que salió mi marido con su gente.

— No es eso; no señora.

— ¡Ah! ¿no es eso?

— Es tocante á los cinco mil...

— ¿Al tesoro que te apesadumbraba?

— ¡Nunca me diera vueseñoría tal comision!

— ¿Estás arrepentido de haberme hecho servicio tan grande?

— Con toda el alma estoy arrepentido.

— ¿Por qué? ¿te ocasionó algun pesar?

— Vueseñoría lo sabe.

— ¡Todo dices que lo sé! yo necio no sé nada.

— ¡Ah! ¿vueseñoría ignora?... esclamó Aguirre con cierto gozo interior inesplicable.

— ¿Adivino yo tus cuitas?

— Pero las sabe Leonardo Noguerol.

— Veamos cual fué tu pesar.

— El mas grande de mi vida.

— Habla.

— Con los proceres venia, capitaneando una tropa de bandoleros, un ermitaño ya famoso por sus horrores...

— ¡Un ermitaño! murmuró con rara sorpresa la viuda.

— Un fingido ermitaño de Segovia. Asaltóme con su gente en la vereda por donde yo caminaba....

— ¿Te vió sin duda?

— Era el terreno escueto.

— Ya lo presumo.

— Todos me dispararon sus espingardas....

— ¡Pobre Aguirre!

— Caí de la mula...

— ¿Herido?

— No señora, pero el terror, el sobresalto...

— ¡Ya!

— Cuando volví en mi acuerdo...

— ¿Qué lo perdiste?

— Así lo creo, pues al cabo de poco...

— ¿Estabas maniatado?

— No señora.

— ¿Prisionero?

— No en verdad. Ni eso me importára. El tesoro....

— ¿Te lo habian robado?

— Vueseñoría lo acierta.

— ¡Ah! esclamó Doña María con un rugido de tigre.

— ¡Antes me hubieran muerto!

— ¡Cuánta paciencia! esclamó contemplando á la viuda Gonzalo Gaitan, que se paseaba desde los interlocutores al muro.

— ¡Antes me hubieran muerto! repitió Aguirre.

— Me lo figuraba, esclamó Doña María en indescriptible tono, mirando al villano de una manera tal, que antes parecia asombrada de verle en su presencia, que dolorida de la pérdida del dinero. Me lo figuraba desde que empezaste tu relacion.

— ¿Por qué me dió vueseñoría semejante misiva? repuso Aguirre poco menos que llorando. ¡Tengo mala ventura! Para mí solo estaba guardada aquella tragedia. ¡Perros bandoleros! ¡Ladrones sin corazon! Ni los ablandaron mis lágrimas.... ¡Y esos se llaman soldados del rey! Como la comunidad llegue á salir vencedora, déjeme vueseñoría que los degüelle á todos. No han de gozarse mucho con los dineros.

—Consuélate, hombre, le dijo la viuda en tono grave y al propio tiempo burlon; pero ya te consolarás; ya te irás consolando; ¿no es cierto?

— Sí, señora, respondió el sándio restregándose los ojos. Me consuela el hallar en vueseñoria tan noble compasion.

— Castigaremos á los culpables; te lo juro. ¡Quitarme de las manos aquel tesoro que tanta falta le hacia al señor Padilla!

— ¡Digo otra vez que ojalá me hubieran quitado antes la vida!

— ¿Sabes lo que digo yo, Martin?

— ¿Qué dice vueseñoria?

— Mírame frente á frente

— ¡Señora!....

— ¿Por qué bajas los ojos? ¿sabes lo que digo?

Y calló un punto para respirar, porque le ahogaba la ira.

— Que estoy cansada ya de tu fingimiento.... que mientes como un bellaco....

— ¡Señora! murmuró Aguirre, quedándose convertido en estátua.

— Antójaseme ordenar que te ahorquen de una almena.

—Eso, eso, dijo Gonzalo, parándose otra vez en frente de los interlocutores.

— ¡Ahorcarme! repitió Aguirre con tanta boca abierta y los ojos en blanco.

— ¡Villano ladron! voy á satisfacer mi antojo. Prepárate á morir al momento. Hasta la fortuna tienes de que te confesará un obispo, pues ni Nebrija ni Cosme Gaitan se hallan en el alcázar, que acaba de llamarlos D. Pedro Tenorio.



..... lo arrojó de la muralla como si fuese una piedra.

—¡A mí, pobre inocente...! murmuró Martin, doblándosele las rodillas para caer á las plantas de Doña María.

—¡Inocente! has mentido en lo de los gobernadores; has mentido en lo del cerco de Torrelobaton, en lo del dinero, y en lo del ermitaño. Voy á decirte yo la verdad, para que veas que Dios no deja oculto ningun crímen. Ibas rehacio por el camino, como quien imagina una empresa traidora y no se atreve á ejecutarla; á Torrelobaton llegaste con efecto el mismo dia de la salida de Padilla; pero en vez de apresurarte á entregarle el dinero, viendo coronadas las alturas de soldados imperiales, te aconsejó Satanás caminar zaguero hasta ver en lo que paraba la contienda, y luego que la viste parada en nuestra derrota, has tornado á Toledo hace dos dias con los cinco mil ducados, que guardas en la cueva de Hércules, y esos dos dias los pasaste ordenando, en compañía de tu sobrino Lope, el cuento de tu robo que acabas de hacerme. No los gozarás, Aguirre.

—¡Perdon, señora, perdon! esclamó el villano cayendo de rodillas.

—No hay perdon. Has perdido á la comunidad y á Padilla. Tu delito merece horca.

—Merece más, ¡voto á tantos! dijo el Gaitan sin poderse ya contener. Merece esto.

Y cogiendo á Martin Aguirre por la cintura lo arrojó de la muralla, como si fuese una piedra.

La viuda se tapó los ojos, al oir el grito de muerte que hendió los aires.

Los villanos que debajo del muro miraban trabajar á los alarifes se arremolinaron en derredor del destrozado tronco.

—¡Hijos mios! ¡buenos vecinos de Toledo! les gritó desde el adarve el obispo Acuña, que habia trepado para ver caer á Martin. El castigo de ese infame es un decreto de Dios. Ha robado á la comunidad cinco mil ducados. El tiene la culpa de la muerte de Padilla.

—Pide confesion, murmuraron los de abajc

—¿No hay entre vosotros clerigo ninguno?

—No en verdad.

—Pues allá voy, dijo el obispo.

Y arrojando bruscamente su casco y su armadura al terraplen

saltó como un corzo á los andamios de los alarifes, y ora deslizándose por los maderos que lo sujetaban, ora corriendo peligros mayores, prontamente se puso en el suelo.

Y lleno de caridad cristiana y de religiosa uncion, ayudó á bien morir á Aguirre.

¡Estraño carácter! ¡estraña época!

La viuda permaneció sobrecogida de terror y quizás de remordimiento con la mano sobre los ojos, inclinada la cabeza y el pecho oprimido, sin hablar á la negra que á su lado habia corrido á colocarse, hasta que vino á sacarla de aquel estado la llegada de Menda, de Leonardo y sus inseparables amigos Garcilaso y Rivas.

—Tornaban ya de la cueva, murmuró la jóven, cuyo alterado semblante era copia del dolor.

—¡Justicia, señora, justicia! esclamó Leonardo cayendo á los piés de Doña María.

—¿Qué acontece? balbuceó la viuda, poniéndose mas lívida si era posible.

—¡Asesinada.... ! ¡asesinada..... !

Y se le trabó la lengua.

Con la vaguedad de un cerebro que empieza á trastornarse, miraba la viuda á uno y otro lado sin fijarse en objeto alguno.

—¡Asesinada! repitió el jóven entre sollozos.

—¿Quién?

—Su madre, dijo Garcilaso.

—¡Joaquina Aguirre!

—Ibamos á reconocer la cueva de Hércules, cuando por desventura topamos con su sangriento cadáver.

—¡El corazon me lo anunciaba anoche al apartarme de ella! ¡Oh señora del alma mia! Dios me ha estado llamando desde el alba á San Ginés. ¿Por qué no fui mas pronto?

—¡Ah! esclamó la viuda radiante de inspiracion. Ya sé quien la ha matado. Bien decia el ermitaño. Es capaz de asesinar á su propia hermana por encubrir el hurto.

—¡Un ermitaño! murmuró Leonardo fuera de sí.

—Un hombre vestido de ermitaño, que ha venido á descubrirme la mas negra traicion. Alégrate Leonardo, alégrate.... mira al asesino de tu madre....

Y le arrastró al muro.

—¿Es ese el falso ermitaño? esclamó el jóven con los cabellos erizados, y señalando con su lívida y temblorosa mano el grupo de gente que en el foso rodeaba al obispo y al moribundo.

—¡Ese es Martin Aguirre! dijo la viuda. Ya mi conciencia está tranquila. Su muerte es obra de Dios.

—¡Mi tio! ¡el hermano de mi madre...! ¡ah señora! ¡que pensamiento tan horroroso! pienso que mi tio era inocente de ese crímen.

—¡Santo Dios!

—Junto al cadáver, dijo Garcilaso, habia un saco de dinero.

—¡Ah!

—Pienso que el asesino.... repuso Leonardo.

—Acaba.

—Era ese ermitaño, era.... ¡mi padre...!

—¡Mendo Noguerol....! ¡y me delata á su cuñado y á su hijo....!

—Para robar mejor el dinero....

—¡Pronto! ¡pronto! gritó Doña María bajando á la fortaleza por la rampa; que le busquen por todas partes; que salgan corredores á los caminos; que no dejen en Toledo piedra sobre piedra, y que le ahorquen donde le encuentren.

—¡Ah señora! murmuró Leonardo, corriendo tras ella, y postrándose de hinojos á sus plantas cuando la alcanzó. ¡Ah señora...! es mi padre... ¡Piedad para mi padre! ¿Ha de acabar en un solo dia toda mi familia tan desastradamente?





CAPITULO IV.

DONDE METE LA PATA EL DIABLO.

Una hora despues de los sucesos que acabamos de referir, salia del alcázar la viuda, acompañada de buen golpe de gente bajo el mando de Gonzalo Gaitan.

Como quedaba D. Antonio allí, pudo atreverse á abandonar sus muros.

La situacion de Toledo era tal que no se ha visto semejante en Castilla. Por milagro de Dios no venian á las manos imperiales y comuneros de calle á calle, de casa á casa; por milagro de Dios que no habia dado á uno de los bandos fuerzas bastantes para rematar al otro.

Allí donde se elevaba una torre, allí habia un nido de imperiales fabricado por los que dirigen las campanas, y de estos nidos salian talvez á formar en las calles líneas defensoras.

Pero estas líneas, y el lector lo adivinará fácilmente, no eran las del Rubicon ni mucho menos, pues á sus defensores se les alcanzaba poco en cosas de guerra.

Sin embargo, desde el Alcázar hasta la calle Ancha topó el cortejo de Doña María con una avanzada que se atrevió á decirle improperios al pasar; pero media docena de saetazos comuneros encerraron en las torres á aquellos valientes, dejando las calles limpias.

Tambien tenia sus defensores la casa de D. Pedro Tenorio, en la esquina de las Cuatro calles; si bien de estos respetables milites, solo nos cumple decir que eran bravos como leones y que obraron como tales.

A la puerta descabalgó Doña María, y acompañada solamente de Gaitan penetró en la casa.

Los imperiales se miraron con asombro entre sí.

Era la segunda mujer que atravesaba aquel dia los umbrales de D. Pedro.

A poner sin duda el suceso en noticia de éste quiso adelantarse uno de sus guardadores; pero la dama le ganó por la mano penetrando resueltamente en la cámara de Tenorio.

La concurrencia era muy grande.

A los respetables amigos de D. Pedro y de Nebrija, no necesitamos nombrarlos. El lector adivinará que estaban todos.

Tambien estaban allí Doña Catalina Ronquillo y fray Antonio de Guevara, el sábio cronista del emperador Cárlos V.

No hemos podido averiguar cómo entraron en Toledo; pero consta en antiguas escrituras, que habian venido con protestas é intimaciones para que se rindiese la ciudad.

Otro personaje se hallaba allí, que causó profundo asombro á Doña María.

El noble marqués de Villena.

De pié junto á Doña Catalina, obsequioso con ella sobre toda ponderacion cuando nadie lo reparaba, y cuando lo reparaban frio, perecíase el buen D. Diego Pacheco por quedar bien con todos.

Es probable que cuando entró su sobrina se manifestára obsequioso con ella, y el curso de estos sucesos probará que tiene algun fundamento nuestro vaticinio.

De los amigos Nebrija y Cosme Gaitan solo debemos citar al último, porque estaba tan mudado que ni una sola vez defendió á Doña María.

Por señas que su hermano Gonzalo tuvo de ello grande enojo, y en alguna ocasion le enseñó los puños.

El aposento que ocupaba tan ilustre asambleaaunq, ue inmenso de proporciones diminuto parecia, que estaban las paredes cuajadas de estantes de cuerpo entero llenos de libros enormes, y los escaños convertidos en estantes, y hasta el suelo sembrado de libros en altos montones á granel, que gracias á las arrugas del pergamino, á tal ó cual volúmen aforrado en baqueta negra, y á las profundas roeduras de ratones que ostentaban algunos, parecian gigantescas osamentas humanas puestas á secar en el patio de un cementerio.

Unicamente el sillon puesto delante de la mesa de pino de Balsain en que trabajaba D. Pedro Tenorio, veíase libre de recien nacidos hijos de la imprenta.

Un gato disecado, un tintero de plomo, algunas yerbas secas pertenecientes á un tiempo en que se aficionó á la botánica, un crucifijo pintado de negro con los letreros blancos de las indulgencias que por los arzobispos tenia concedidas, un vaso lacrimatorio estraido de una sepultura romana que se halló junto al Circo máximo, y que aquí servia de bolsa para el eslabon, el pedernal y la yesca, un velon de lata con un solo mechero y una armadura colosal de alambre que sostenia su inmensa pantalla de negruzco pergamino, los libros del rezo diario, y algunas hojas de papel, amarillas como la cera, gordas como la corteza del árbol, bastas como una pared sin encalar, completaban el adorno del bufete.

Notable contraste hacia la estraordinaria concurrencia con los tapices de polvo y de telarañas, que desde el techo hasta el suelo murmuraban claramente: — « Aquí vive la soledad en compañía de la meditacion. »

Siendo por demás árdua empresa el desocupar en breve espacio las sillas de los libros, los concurrentes habian hecho con los libros sillas, á fin de proporcionarse asiento.

La aparicion de la viuda de Padilla fué la del milano en un palomar.

Lo que hablaban á la sazon, no ha llegado á nuestra noticia; pero los resultados constan en las historias y por el hilo sacaremos el ovillo.

Grandísimo enojo respiraban contra la viuda todos los concurrentes.

Habia encendido en Toledo la guerra civil; habia armado á los villanos para defenderse de los señores; habia resistido la autoridad

del emperador como hicieron meses antes casi todos los que estaban allí; pero los tiempos andaban mudados, y lo que entonces pareció heroismo, ahora se apellidaba traicion y deslealtad.

Y sobre todo esto negábase á entregar á D. Antonio Acuña al brazo del alcalde Ronquillo, que lo pedia para escarmentarle con su acostumbrada dulzura.

De todo esto resulta que Doña María debió mirarse entre la espada y la pared.

Nebrija le aconsejaba que rindiese la fortaleza en el altar de la paz, que á ella sola y personalmente le brindaban los imperiales, pero ella se resistia á entregar al pastor de Zamora, que bajo de su proteccion se habia puesto.

—Pensadlo bien, señora, decia D. Baltasar; por vuestro hijo, por vuestra vida, ¿qué vais á hacer?

—Resistir, contestóle la viuda.

—Pero es resistencia inútil.

—No lo creo.

—Nuestro bando desmaya.

—Le despertaré.

—Fáltanos dineros.

—Nos sobrarán. Por lo pronto ya he recobrado los de Martin Aguirre.

—El Alcázar está desguarnecido.

—Haremos cañones y arcabuces.

—¿Cómo? balbuceó D. Baltasar asombrado.

—Ya lo vereis. Lo que importa es resistir.

—Los soldados del prior y del alcalde son muchos.

—Pero las murallas de Toledo son.... como hechas por el rey Wamba. Bien lo saben ellos: por otra parte quieren entrar.

Y volviéndose á todos los circunstantes, añadió en alta voz:

—Que no vengan traidoramente por la cueva de Hércules, que no vengan, pues los dejo entrar, y quemo San Ginés.

— ¡Lo hará como lo dice! ¡qué horror! esclamaron todos.

Llegadas las cosas á este estremo, la concurrencia de casa de Tenorio no veia medio posible de sacar partido de Doña María, y prorumpia en estas ó parecidas quejas:

¡No quiere la paz! ¡no quiere volver á la gracia de Cárlos V, que generoso le brinda perdon por nuestra boca! ¡quiere la ruina

de Toledo, el esterminio de sus moradores, la miseria y la horfandad de sus mujeres é hijos! ¡es un mónstruo!

Así juzgaban á la viuda, y acaso algunos creian, sino mas prudentes, al menos mas eficaces, otros medios; pero se detenian á la vista de Gonzalo Gaitan, hombre de acreditado valor, y que además habia dejado á la puerta una docena de comuneros, armados hasta los dientes, que serian capaces de pegar fuego á la casa con solo que la viuda les dijera: —á ello.

Viendo la dureza del carácter de aquella muger, renunciaron á hacerla oir la voz de la razon, y tambien renunciaron los que creian mas seguro el apoderarse de ella, porque ella no se dejaba coger.

Cerrados ambos caminos, era natural que recurrieran al artificio; pero no sabian que con obrar así abrian un ancho campo al diabólico, al infernal talento de la viuda de Padilla...

Viendo tendidas á sus plantas por aquellos ilustres varones, y sobre todo por Doña Catalina Ronquillo, las redes de la astucia, ella, que como mujer, entendia algo en esto de redes, volvió la oracion por pasiva, é hizo cuanto pudo por imitar á sus inimitables modelos.

Este hecho es tanto mas cierto, cuanto que consta en las historias,

Que llamó aparte al cronista de Cárlos V, y despues de hacerle muchos encomios de las *Vidas de los doce Césares*, que acababa de publicar, le habló largamente en secreto.

Que llamó aparte á Tenorio, y que le habló en secreto tambien.

Eran inagotables los diabólicos enredos de aquella mujer.

Terminadas sus significativas pláticas con Guevara y Tenorio, dirigióse con magestuosa planta al marqués de Villena.

—Tio y señor, le dijo misteriosamente; oid aquí para entre nosotros una palabra.

—Hablad pronto, sobrina mia, respondió el prócer, que la de Ronquillo pondrá en duda mi afecto al emperador....

—Estoy determinada por momentos á partir á Valencia.

—¡A Valencia! repitió D. Diego cariacontecido.

—Ahora necesito de las lanzas francesas.

—Hablad mas bajo por Dios.

—Hablaré como querais, dijo la viuda mirando significativamente á los circunstantes, que tampoco apartaban de ella sus ansiosas miradas.

—El mensajero habrá partido ya de Valencia, prosiguió temblando su tio.

—Le seguiré al fin del mundo.

—Estará peleando en Navarra.

—Tanto mejor. Iré á verme con mosen d'Asparros en persona. Vuestra carta de creencia, caro tio, me asegura el buen fin de este propósito.

—¡Mi carta! murmuró el marqués mas muerto que vivo.

—Y pues á cuento viene, hacedme la merced de prestarme para el viaje algunos ducados....

Al marqués le dió el mal de sordera, que tan frecuentemente padecia.

—Me bastan dos mil, repitió la viuda.

—¿Qué deciais?

—Dos mil ducados.

—Estoy sin blanca, sobrina.

—De los que os dió el francés.

—¿Quién dice que el francés me diera.?....

—Dícelo mi tia vuestra esposa.

—¡Ah torpe mujer y fementida! miente como bellaca.

—¿Me los prestareis?

—Dígoos que miente....

—Pues haced de modo que en una semana me dejen en paz los imperiales. Arreglaos vos allá con esa dama y con el duque de Maqueda. A los demás ya los tengo convencidos.

—¿Estoy soñando?

—Muchas cosas mas sabreis, que de vos solo puedo fiar.

—¡Oh!

—Hay aquí, añadió la viuda ahuecando la voz, profundos misterios politicos que vuestra ciencia sin duda adivinará.

—Sí, sí.... ya adivino.

—Espera á todos mis deudos grande alteza y renombre, si gozo de paz una semana. Ayudadme vos, que no os pesará de ello.

—Sí, lo haré, sí lo haré, sobrina mia. Con eso podeis contar sobre seguro.

—De lo contrario ya conoceis que tendré que demandar ayuda á los franceses.

—¿Cómo he de consentirlo yo? doliérame en el alma de ver

tomar parte en nuestras empresas á un solo estranjero.

Doña María se sonrió contemplando al ilustre prócer de Castilla, que asi variaba de opiniones.

Era Doña Catalina Ronquillo demasiado sagaz para que no descubriese algo de este juego, que tenia á los demás circunstantes embobados.

Como espiaba á los jugadores con mirada recelosa, cuando terminó la viuda su plática con Villena, preguntó impaciente á D. Pedro Tenorio:

—¿Dejais arreglado ya el cómo y manera ha de rendirse la poblacion?

— Dejámoslo aplazado, respondió vivamente Doña Maria con una sonrisa de mónstruo.

— ¡Aplazado! ¡qué habreis consentido en plazos, Sr. Don Pedro!

—De ocho dias, repuso la viuda.

—Tenemos profundas razones.... añadió el marqués en tono doctoral.

—Por evitar sinsabores y trajedias.... murmuró Guevara. La paciencia es alta virtud.

—Pláceme en verdad, dijo demudándose de cólera la viuda del diputado segoviano; pláceme de que todo se ordene sin derramamientos de sangre ni trastornos nuevos. Yo partiré con vos al real de mi tio á esperar el cumplimiento del plazo.

—Perdóneme vueseñoría si no parto, repuso Guevara.

—Pues ¿qué os detiene en Toledo?

—Me detiene.... el buscar para cierto libro ciertas noticias del rey Wamba....

—Buscadlas, pues, dijo Doña Catalina con tanto furor reconcentrado que temblaba de piés á cabeza.

Y luego se acercó á Tenorio para decirle balbuciente:

—Entregadme la judia.

— ¡Señora! murmuró D. Pedro.

— Entregádmela al momento.

— Pero ¿qué intentais?

—En nombre del cardenal de Bari y del alcalde Ronquillo, entregadme á esa criminal para que sea juzgada y castigada por nosotros, ya que en Toledo quedan impunes crímenes como el suyo.

—¿Cuál es su crímen? preguntó la viuda de Padilla.

—Ha asesinado á la campanera de San Ginés, y tambien probablemente á la santa reclusa de la cueva de Hércules, pues ha desaparecido.

—¡Ah! si con efecto poneis claro como el sol que ha cometido esos crímenes....

—La quemaremos por judía.

—Quemadla.

—¿Aunque sea hija bastarda de Juan de Padilla? repuso Doña Catalina acercándose ferozmente á la viuda.

—Aunque sea hija de Juan de Padilla.

Y salió de la estancia seguida de Gonzalo Gaitan.





CAPÍTULO V.

QUE ES EL MAS CURIOSO Y ENTRETENIDO DE LA NOVELA, PORQUE HAY EN ÉL UN MARIDO QUE PARECE DE ESTOS TIEMPOS.



lgo de buho tenia indudablemente D. Diego Lopez Pacheco, marqués de Villena, pues esperó la caida de la tarde para dirigirse con cierta estraña presura y ansiedad á la casa de los condes de Tendilla, donde habitaban aun Pedro Lopez y la marquesa de Villena.

El padre de Juan de Padilla no habia querido abandonar un solo instante aquella mansion ilustre, donde vivia encerrado con la memoria de su hijo y con sus dolores.

Cubierta su cámara de terciopelo negro, y elevado un altar en el comedio, ardian continuamente en torno á un crucifijo de marfil, puestas en altos y macizos candeleros de plata, doce de aquellas velas de cera amarilla que inventó la edad media para que armonizasen con la triste gravedad de los templos góticos.

La vida del anciano iba gastándose devorada por el dolor, como la cera se consumia devorada por la luz.

Desde la marcha de la viuda estaba la casa abierta de par en par á toda hora, con que pudo el descendiente de D. Enrique el Hechicero penetrar en ella sin que nadie se lo estorbase.

En las habitaciones bajas que al jardin caian, oyó la voz de su mujer y de Garcilaso de la Vega y se detuvo.

—Me place, dijo para sus adentros, sonriéndose de gozo. Me place en verdad.

Y empujó la puerta que estaba entornada.

Pero con grande asombro suyo, una mano sujetó por dentro la puerta para que se abriese.

—¿Quién va? dijo una voz varonil, que no era por cierto la de Garcilaso.

—El marqués de Villena, respondió el magnate.

Y oyóse un crugir de hierro, como de piezas de armadura presurosamente movidas.

Un caballero armado de punta en blanco le abrió la puerta.

De pié en medio de la habitacion, dominada por una vivísima ansiedad que no pretendia encubrir, la marquesa de Villena alargaba el brazo aun, como si ella hubiera sido la que impidió abrir la puerta.

—¡Esposa y señora!.... murmuró galantemente D. Diego, quitándose el bonete.

—Dejadme, dejadme, respondió Doña Ana, yendo á reclinar en un sillon su cuerpo mortecino. ¿A qué venis aquí? ¡buena ocasion habeis elegido! un mes hace que me hallo en Toledo y hasta ahora....

—Un mes he necesitado, respondió con estraña dulzura Pacheco, para dominar mi justo enojo.

—Enojaos cuanto os plazca, desamorado y descortés esposo mio; mas no vengais á interrumpir las graves meditaciones que me ocupan.

—A cosa mejor vengo, Doña Ana.

—Dejadla para otra vez.

—¡Imposible!

—Imposible es que yo en este momento os escuche. Sr. Don Luis Ronquillo, añadió luego dirigiéndose al caballero armado; acercaos, si os place.

—¡D. Luis Ronquillo! repitió el marqués con asombro.

—¿Qué me ordenais? le preguntó el jóven, acercándose tanto á ella, que el prócer quedó en tercer término.

—Partid, partid inmediatamente al Alcázar, le dijo Doña Ana. Paréceme que como tenemos pensado la negra es la única que la puede salvar.

—Parto, pues, repuso el caballero. Ordenad que tengan con secreto apercibida una habitacion, pues yo he de perder la existencia sino la salvamos esta noche del poder de Tenorio y de mi prima.

—¿Y esa es la mujer con quien vuestro padre quiere casaros?

—Si, señora. La tiene en mucho, no solo porque en carácter se le asemeja, sino tambien por razones mas bajas, que me impiden los respetos filiales descubrir. Desde que murió Juan Bravo, en quien ella adoraba, parece que no se muestra dura á los deseos de mi padre, con harto sentímiento mio.

—Dama tan aventurera y corredora necesita marido.

—Pues no lo hallará en mí.

—¿Tanto la aborreceis?

—No la aborrezco; pero ¡es tan frio su corazon! ¡se ensaña tanto con la pobre Sara, solo porque fué su rival!

—¡Ah! dijo la marquesa, como si hubiera penetrado hasta el fondo del alma del jóven.

Y quedaron en silencio, pensando quizás los dos una misma cosa.

Quiso D. Diego aprovechar esta ocasion para introducir su plática, mas vióse atajado por su mujer, que le hizo un gesto soberano de desprecio.

¡Cosa estraña! la conformidad envidiable con que en otras ocasiones recibia estas pruebas de conyugal cariño, trocábase ahora en una sonrisa sarcástica y á veces de satisfaccion interior.

D. Luis no abandonaba á la de Guzman.

—¡Dios mio! ¡Dios mio¡ balbuceó esta, olvidándose de que estaba presente el marqués. Nunca os reconoceré bastante este servicio. ¡Pobre niña!.... ¡sola en el mundo y tan desdichada y tan jóven! ¡Ah! la providencia guió mis pasos á Toledo y los vuestros á esta casa. ¿Pero estais seguro, estais seguro de que es ella la hija....

—Sobre que mis sospechas han sido confirmadas por las relaciones de mi padre, que era entonces corregidor de Segovia, repuso el caballero mirando al marqués de Villena de reojo, y asombrado á par de que su mujer hablára aquellas cosas en su presencia, el dia que degollaron á Padilla, un judío que estaba espirando en la plaza de Villalar al lado de Sara, las confirmó tambien con sus gritos de venganza. Para nadie era ya un secreto en Villalar la historia de Sara. Ese pretesto, en sentir de algunos, tenian las traiciones de Pedro Giron.

—¡Un judío! ¿el judío toledano que hablásteis?

—Si señora. Y después que á la luz del dia he podido ver vuestro hermoso rostro, añadió el jóven bajando la voz, las he confirmado mas y mas, si era posible.

—¡Mi rostro! esclamó sorprendida la marquesa.

—No puede ocultar la triste niña que corre por sus venas la sangre de los Guzmanes. Se os parece como un capullo se parece á una flor.

—¡Ah Dios mio! ¡qué placer me dais, Sr. D. Luis! Amaba tanto á mi pobre hermana, añadió en voz imperceptible, que por ella lo sacrificaria todo, sin descontar la honra. Corred, corred al Alcázar, y decid á la negra que si necesita oro á manos llenas lo derrame, y si necesita de ayuda le daré todo un pueblo, todo mi pueblo de Escalona.

—Eso no, Doña Ana, dijo el marqués de Villena, que aunque sumergido en sus profundas y sábias meditaciones con los ojos en el techo, se esforzaba á no perder una frase de aquel coloquio. Eso no, Doña Ana. Escalona es pueblo mio y lo tengo ya abanderado como sabeis para esta guerra.

— Si, repuso Doña Ana, con impaciencia y enojo; pero no se lo enviais al rey ni á los comuneros hasta saber quien vence. Para nada quiero vuestros pueblos. Mal hice en acordarme de Escalona.

—Otros teneis en vuestro patrimonio y señorío....

—Bien, bien, callad y no me aburrais.

El caballero armado miró silenciosamente al marquès y á la marquesa, y saludando á esta última, salió de la estancia.

—Mirad que os aguardo impaciente, le dijo la dama.

—Aunque tarde sea, no he de volver solo, tenedlo por seguro,

respondió Ronquillo desde la puerta, saludando cortesmente á los nobles consortes.

Al punto se levantó Doña Ana de Guzman y aun hizo ademan de salir de la habitacion; pero sin duda pensó que era demasiada aquella descotersía, y arrojándose nuevamente en el sillon puso la cabeza entre las manos como si meditara.

—Por mi alcurnia, dijo el marqués, acercándose á ella y haciendo esfuerzos para besarle una mano, admirado me tiene vuestra mudanza, esposa y señora mia.

—¿Qué quereis decir con eso? replicó Doña Ana siempre de mal talante. Yo no mudo jámas.... siquiera sea por no parecerme á vos.

— ¡ Cuán enojada estais y cuán injustamente! mas permitid que os pregunte ¿qué nombre he de dar á lo que veo sino el de mudanza? La presencia de un Ronquillo en vuestro retrete, aunque por la traza ni debe ser ni puede ser el alcalde, que se halla en el real de Zúñiga esperando que se le entregue la ciudad para hacer en ella sus alcaldadas, prueban que tomais alguna parte en las cosas públicas, siempre de vos odiadas, y que os tira ya menos la malandante comunidad que el victorioso bando imperialista.

—No os mostrais en eso, marido mio, digno sucesor de D. Enrique de Villena, replicó la de Guzman. A él no se le ocultaria que ese mozo que acabais de ver, aunque hijo del alcalde Ronquillo, es mas comunero que imperialista en el fondo de su alma, ni tampoco se le ocultaria que el negocio que tratábamos nada tiene que ver con las cosás públicas. Esto os baste saber, Sr. D. Diego Pacheco, y dejadme en paz, que harto la necesito.

—Pues ¿qué os acontece, Doña Ana? yo quiero en vuestras penas la parte que de derecho me toca, como á buen marido.

—Esta pena con nadie la quiero partir, ¿lo entendeis? y con vos menos que con nadie.

—¿Conmigo que tan blando soy para las vuestras?

—Dejadme con mi pena os digo, dejadme.

— Yo adivino algo de ella, esclamó el marqués maliciosamente. Sobre que á mí no se me oculta nada, sobre que por un abrir de labios, por un mirar de ojos, comprendo yo las mas secretas cosas, habeis cometido la imprudencia de hablar en voz perceptible....

—¿Qué adivinais? ¿qué habeis oido? murmuró la dama llena

de terror. No podeis haber oido nada. ¡Impertinencias vuestras! ¡imaginaciones locas!... Siempre decís que adivinais, que comprendeis, que presumis, y nunca adivinais ni comprendeis nada que el mismo sol no vea. Eran cosas.....

—Cosas de una niña, que se os parece como una flor á un capullo.

—¡Dios mio! esclamó la marquesa con profundo despecho.

—Y que tiene en sus venas sangre Guzmana....

—¡Estais loco, D. Diego!.... ¡sangre de los Guzmanes!.... ¡es decir que se trata de una deuda mia! ¡donosa ocurrencia! ¡peregrina invencion!

—Lo he oido, esposa y señora.

—¡Lo habeis oido! ¡lo habeis oido¡ por fortuna os equivocais del todo al todo, que de ser así.... ¿no sabeis caballero, que pone mengua en un Villena, en un hombre que se pica de venir codo á codo de D. Enrique el Nigromante, sorprender traidoramente los secretos de una dama, y de una dama que es su esposa? Vamos ¿y qué imaginais? ¿qué entendeis de todas esas absurdas quimeras que os habeis forjado? tanta malicia os sobra como edad y como ciencia. Apostára á que ya os habeis imaginado en vuestra piadosa condicion que esa doncella es hija mia, añadió con espantosa veleidad é indudablemente sin medir sus palabras; apostára....

—¡Doña Ana! murmuró el marqués frunciendo el ceño como á pesar suyo. ¡Decís las cosas con tan envidiable aplomo!.... ¡y me las decís á mí!.... No, yo no imagino semejante disparate, porque como habeis dicho muy bien, me sobran años y ciencia, y sin contar la confianza que vuestras virtudes y vuestros cristianos pensamientos me inspiran, recuerdo perfectamente que vuestra hermana Doña Mencía, antes de casar con Pedro Giron, cuando vuestro padre el duque de Medinasidonia se hallaba preso en el Alcázar de Segovia, tuvo ciertos amorios con un estudiante toledano que se llamaba Juan de Padilla....

—¡Ah! repuso la marquesa estremeciéndose hasta el fondo de su corazon, y poseida de una generosidad cuya grandeza es imposible juzgarla ahora. ¡Ah¡ ¡y cómo la esperiencia engaña, y los años engañan y la malicia engaña! ¡tal desliz imputais á la memoria de mi pobre hermana Mencía, que está en el cielo! Mejor quisiera que me le imputárais á mí, porque habeis de saber, Sr. Diego Lopez, que

si yo tengo virtudes, mas virtudes tenia ella, y si mis pensamientos son cristianos lo eran los suyos más.

El marqués se sonrió casi imperceptiblemente.

Aunque Doña Ana hizo reparo en esta sonrisa, sin duda no osó reconvenir á su marido, contentándose con morderse los labios de ira, de despecho, y acaso de vergüenza.

—No me engaño, Doña Ana, no me engaño, dijo el marqués en amable tono.

—Esa niña es una triste y desvalida huérfana.

—Que tiene en sus venas sangre de los Guzmanes.

—Así lo ha dicho Ronquillo para que yo la otorgue mi proteccion; pero no creais que es cierto. Pruebas tengo de daros tan palpables....

—De ninguna necesito, que tengo en vos tanta confianza puesta como en mi persona misma. ¿Se la otorgareis?

—Sí por cierto. Le otorgaré mi proteccion; ¡y ay del que á mis intentos se oponga! ¡ay del que la tiene aprisionada!....

—¿Aprisionada habeis dicho?....

—¡Eso dije! murmuró la marquesa, quizás arrepentida en el fondo de su corazon de haber revelado aquella parte del secreto.

—¿Quién es el que la encadena?

—No os lo diré, que sois capaz de poneros en contra mia, solo por manifestarme el amor de esposo que me teneis.

—Hoy os domina como nunca la sinrazon, Doña Ana. Decidme quién aprisiona á esa niña, y yo os daré ayuda, si la habeis menester, para su libertad.

—Nadie, nadie, esclamó impaciente la de Guzman embebida en sus pensamientos. El tiempo vuela. Necesito estar sola; dejadme sola.

—¿Para qué? ¿dónde está mejor una dama que al lado de su marido?

—Pues á mí me es enojosa vuestra presencia.

—Yo sé que mudareis de opinion cuando os diga....

—Nada podreis decirme vos que me plazca.

La noche iba cerrando tan aprisa que estaba la habitacion de todo punto oscura.

En esto se entreabrió pausadamente la puerta del jardin, y asomando en ella una cabeza imberbe, dijo en misterioso tono:

— ¿Estais ya sola, señora tia? ¿se fué ya ese mal caballero follon de Villena?

— Entrad, entrad, Garcilaso, querido sobrino mio, dijo el marqués levantándose en direccion á la puerta del jardin. Entrad que me huelgo de veros, no solo para que mudeis la opinion que de mi formásteis cuando nuestra venida de Escalona, sino tambien para que le hagais á mi esposa y señora una merced que seguramente le plazca mucho.

El poeta quedó inmóvil y confuso en la puerta del jardin, como un pájaro preso en la liga; y la marquesa llena de enojo, detuvo por un brazo á su marido, que á encontrarse con el mancebo se disponia.

— ¿Qué vais hacer? le dijo en voz baja.

— Agasajar á Garcilaso, respondió el magnate.

— Pero no os entiendo. Sin duda que estais loco.

— Yo os entiendo menos á vos. ¿Por qué le hicisteis huir cuando yo vine?

— Mirad que me ofendeis.

— Que aquí se hallaba no hay duda. Escuché su acento.

— Huyó por su propia voluntad.

— ¿De veras?

— Os aborrece.

— Pronto me amará.

Doña Ana soltó al punto el brazo de Villena, mirándole con regio desden.

Sin duda habia temido que aquella calma encubriera algun siniestro propósito, y el desengaño la enojaba mas y mas.

Las mujeres nunca perdonan, ni aun á sus maridos, el que no tengan celos.

Los celos son el triunfo de todas las malas pasiones de la mujer, empezando por el orgullo.

— Mucho me place de veros, sobrino mio, dijo el marqués, acercándose al poeta.

— A mí no, respondió seca y descortesmente Garcilaso.

— ¿No os place de verme?

El mancebo repitió su rotunda negativa.

— Dígoos que vais á mudar incontinenti de parecer, y ya me gozo en vuestra confusion. ¡Niño que sois Garcilaso! Cuando los

hombres como yo, y tened mucha cuenta con lo que digo, hacen ciertas cosas, algun alto y profundo pensamiento los guia. Lo que parece locura acaso es razon superior á la vuestra. ¿Pensásteis que yo desdeñaba á vuestra hermosa tia porque la dejé en el real del prior? ¡qué niñada! Importábame que estuviese en parte segura, y me holgué de dejarla allí. Ahora me encuentro en igual caso, y en prueba de mi cariño quiero ponerla tambien á seguro.

—¿Qué decís? esclamó Doña Ana, acercándose á los interlocutores con sobresalto.

—No seais curiosa, amada mia, dijo en son galante el marqués apartándola blandamente con su brazo; y dejadme que os sorprenda con una alegre nueva.

—¿De quién ha de venir? ¿de vos?

— Sin duda alguna.

— Pues no me importa de ella.

— ¡Doña Ana!

— Segura estoy de que os la habrá inspirado vuestra convenencia antes que la mia.

— Y yo lo estoy de que os holgareis al saberla. Dejadme hablar con Garcilaso.

— Pero ¿os marchareis inmediatamente?

— Inmediatamente.

—Ved que mi paciencia es corta.

— Alargadla un poco.

— Me impondré ese nuevo sacrificio; pero cuenta que ha de ser el último.

—Todos apuran hoy conmigo su descortesía, todos, esclamó el marqués cruzando las manos como un buen hombre; y sin embargo, yo por todos me sacrifico. A fé que en breve mudarán de opinion, trocando en vivo afecto sus desdenes.

Garcilaso estaba avergonzado de aquella reyerta conyugal, en que tan humilde y malparado quedaba su tio.

Los niños tienen tan recta conciencia, que ciertas miserias humanas les son insoportables.

—Se trata, sobrino mio, le dijo el marqués en misterioso tono y misteriosa voz, de regocijar á vuestra tia que anhela hace mucho tiempo retirarse algunos meses á Madrid, en compañía de su madrina Doña Beatriz Galindo, que vive en el hospital de la calle de To-

ledo. La ocasion me parece de perlas para que Doña Ana salga de esta ciudad, donde podemos de momento á momento correr los varones grandes peligros.

—¡Ah! esclamó dolorosamente Garcilaso.

El marqués no apartaba de su rostro la mirada.

—¿Qué significa esa esclamacion, sobrino?

—¿Quereis que mi señora tia se ausente de Toledo?

—Mañana al rayar la aurora.

—¿Para Madrid?

—Para Madrid.

—¡Qué lejos, Dios mio!

—Mientras mas lejos, mejor.

—¡Marqués de Villena! esclamó el jóven en furibundo tono.

Y tomaba una actitud digna de aquellos héroes de Homero que entraban en el combate pronunciando sus nombres y los de sus antepasados.

—¿Qué quereis? le dijo con cierta sorna su tio, poniéndole la mano sobre el hombro.

—Quisiera deciros que la vergüenza me ahoga. ¡Y sois mi sangre!

—¿Se vuelven locos los que entran en esta casa? repuso el caballero bondadosamente.

—Mal entendeis y estimais la alteza de vuestra fama creyéndome loco porque os creo miserable.

—¡Rapaz! ¡cuenta con lo que dices!

—¡Mientras mas lejos, mejor! repitió Garcilaso ronco de ira ¡Lejos quiere tener á su esposa y señora!

El marqués soltó una carcajada franca y natural.

—Por verdad tomaba yo lo que de vuestro ingenio cuentan; pero ya lo dudo. No me habeis entendido.

—Harto bien.

—¿O acaso os duele hacerme esta merced?

—¡Merced yo! repuso el jóven todo confuso, y poniéndose como la grana.

—Ya veo que me desairais, y desisto de mi empeño. No quiero causaros enojo.

—¡Señor tio!.... ¿nos hemos vuelto locos los dos?

—Nada, nada. Quedad en paz. No han de faltar caballeros que acompañen á mi mujer á Madrid.

— ¡Gran Dios! esclamó Garcilaso temblando de pies á cabeza ¿Es verdad lo que escucho? ¿os estais burlando de mí? ¡acompañarla.... yo!.... pero ¡esto es posible Dios mio!....

— Pensad que no he dicho nada.. Presumí que os agradase ver la villa de Isidro, el labrador de las Navas de Tolosa, cuya estátua teneis en la catedral, villa peregrina por todo estremo, que en un lugar que llaman el Pardo, en la ribera del Manzanares, tiene espesísimos sotos, ricos en venados, osos, jabalies, conejos, perdices, y todo género de caza mayor y menor; presumi que el acompañar á Doña Ana por ser ella quien es y por pedíroslo yo, os fuera grato; pero ya conozco que me equivocaba, y repítoos que desisto de mi empeño. No temais que me enoje.

— ¡Señor tio de mi alma! balbuceó el mancebo. Yo no habia entendido vuestra propuesta, que ella es tal, que no esperaba que me la hiciérais nunca. ¡Negarme yo! ¡pues si ardo en deseos de servir á mi tia y señora! ¡Si el mayor don que pudiera hacerme el cielo es presentarme esta ocasion! ¡Oh que ventura me aguarda tan subida!....

Y antes de concluir la frase, trabósele de repente la lengua y enmudeció.

Recordaba qué persona era la de su interlocutor, lo que tenia olvidado en su entusiasmo juvenil.

A su tio, que en estas cosas era ducho, no pudo ocultársele el motivo de aquella turbacion; pero quiso prontamente disiparla buscándole por sí mismo disculpa.

—¿Os ha ocurrido alguna idea? le preguntó aparentando la mayor candidez del mundo.

— Un recuerdo, dijo Garcilaso.

—¿Qué se os acuerda? dijo el marqués frunciendo el ceño.

— No me es posible acompañarla.

—¿Por qué?

—¡Soy muy desgraciado! esclamó el niño casi rompiendo á llorar.

—¿Qué os aqueja, sobrino querido?

— Tengo que partir forzosamente.

—¿Adónde?

— A Valladolid, ó adonde esté la regencia.

— ¡A la córte!

— Mi hermano me lo manda.

-¿Vuestro hermano D. Pedro?

—Si señor.

—Debéisle obediencia al punto, dijo el marqués con impasible calma.

—Sin embargo....

—No, no. Vuestro hermano es primero. No faltará quien acompañe á mi mujer. Duéleme que vos no seais.

—Más me duele á mí, y os juro, que aunque mi madre y mi cuñada se enojen....

—No seais loco, Garcilaso. Os prohibo como deudo volver á pensar en semejante cosa.

—Ellas anhelan porque parta pronto. Puedo ir por el camino de Madrid.

—Eso.... bien pudiera ser.

—Acompaño á mi tia....

—Al propio tiempo....

—Y obedezco á mi hermano.

—En todo teneis razon; pero vuestra familia tomará enojo de que hagais el viaje tan pesadamente. Dígoos que no se hable mas en ello. Doña Ana buscará....

—¡Oh! no se lo digais.

—Las mujeres, sobrino mio, se dan mejor traza que nosotros para estas cosas. Yo me veo en este apurado trance, porque todos los caballeros toledanos están apercibiendo sus armas por la comunidad ó por el rey, que si así no fuera, ciento habria que la acompañaran. El mismo Juan de Padilla, Gonzalo Gaitan mismo.... Ya vereis como ella lo discurre. ¡Oh las mujeres...! ¡las mujeres!

Y añadió volviendo la cabeza:

—Podeis acercaros, Doña Ana.

El silencio y la quietud que en la oscura estancia reinaba, hizo que se mirasen asombrados tio y sobrino.

—No está aquí, dijo el mancebo gozoso.

—¿Habéisla visto marchar?

—No por cierto.

—Ella tornará seguramente.

—¿Qué falta nos hace? resolvamos....

—Es cosa resuelta ya que no la acompañeis, y que ella misma busque otro caballero.

—¡Oh no! señor tio.... yo no puedo consentir.... porque buscará.... de seguro buscará á ese D. Luis Ronquillo, que ha estado hablando con ella secretamente..... ¡maldito D. Luis! ¡tan mañoso!.... ¡tan lisonjero!!.,. no se hartaba de llamarla hermosa.

El marqués se sonrió.

Habia comprendido lo que pasaba en el corazon del poeta.

—¿Y por qué no ha de acompañar Ronquillo á Doña Ana? dijo acabando de clavarle el puñal. Al contrario pienso yo. No hay caballero que mas al propósito nos venga. Su nombre de Ronquillo los salvará en cualquier trance en que pudieran verse.

—¡Oh! ¡qué recuerdo! esclamó de súbito Garcilaso, como quien recibe una mortal herida. ¿No ha vuelto Doña Ana? repuso penetrando en la habitacion como un loco. ¿Doña Ana? ¿Doña Ana? gritó á la puerta en voz ansiosa, sin que nadie le respondiese. ¡Ha partido! ¡ha partido, no lo dudeis, señor tio de mi alma! ¡y en busca de D. Luis!

—¡D. Luis! repitió el magnate asombrado de aquella singularísima peripecia.

—¡Linda mujer es la vuestra! ¡peregrina condicion y caracter! Apostára que se ha ido en busca de ese galan á quien ve por primera vez, y que de tal modo le ha sorbido los sesos, que en mas de dos horas que juntos platicaron, ni reparó tan siquiera en mí.

—¿Qué me contais, Garcilaso? dijo el marqués empezando á dar importancia á aquel suceso. ¿Es posible que Doña Ana....

—¡Maldita Doña Ana! ¡Maldito D. Luis Ronquillo! le ha sorbido los sesos. ¡Ah! pues y ¿qué os diré de su plática? añadió dándose una palmada en la frente. Aquello era cosa de matarlos á los dos de ira. El solo le hablaba de una peregrina hermosura, que seria Doña Ana, me atrevo á jurarlo, y ella repitió mas de mil veces:

—«Quisiera ir con vos, quisiera ir con vos, Sr. D. Luis Ronquillo.»

—¿Eso decia?

—¡Pues! ¡y al fin ha ido! tenedlo por seguro, tio. Ya me admiraba yo de que hubiese renunciado á su primer propósito. ¡Buena es Doña Ana! ¡oh, cuando vuelva á verla!....

—Pero, sobrino.... dijo el marqués á medias palabras, callando en seguida como si no hubiera acabado de pensar.

Esto bastó para que volviese el jóven en sí, creyendo que le re-

convenia, y se avergonzára y confundiera por haberse dejado llevar de aquel arrebato.

—Pero, sobrino, repitió el marqués, lo que me estraña en esta ocasion es que fuérais tan torpe que no oyéseis adonde queria ir mi esposa y señora.

—No pude entenderlos. ¡Si me tenia apartado de sí! Cada vez que intentaba acercarme, una mirada suya.... Alguna vez hablaron del taller del Moro....

—¿Del taller del Moro? repitió el marqués, iluminado por una idea.

—Eso nada nos descubre, ni nada nos importa. El taller como sabeis....

—Es un caseron que tiene el cabildo en la calle del Moro, hecho por el tio de Doña María Pacheco....

—Para labrar las piedras de las obras de la catedral.

—Pero allí viven gentes....

—Gentecilla ruin....

—Servidores del cabildo; sacristanes viejos; renteros empobrecidos; huérfanos de alarifes y artesanos, que han hallado la muerte en las obras de la catedral; pero aun quedan habitaciones, que están destinadas.... ¿no lo sabeis?

—Sí, á guardar muebles de la catedral; las colgaduras de semana Santa, los armarios viejos....

—Y los presos de la Inquisicion.

—Es verdad.

—¿Y no creeis posible que en el taller del Moro halláramos en este instante á Doña Ana?

—Pero ¿qué habia de llevarla allí?

—¿Quién sabe? ¡son tan misteriosas y antojadizas las mujeres!

—¿Como no esté alojado Ronquillo en el taller....

—¡Qué locura! dijo Villena frunciendo el ceño. Ni mi mujer es capaz de ir á la posada de otro hombre, que yo no sea, ni allí se alojan caballeros principales como D. Luis.

—Pues entonces, ¿qué pensais?....

—Poco perdemos en ir allá.

—¡Oh! no, esclamó Garcilaso con el miramiento de un amante imberbe. Ella se enojaria mucho y muy justamente si supiera..

—Echadme la culpa á mí.

—¿A vos?

—¿Qué os importa?

—Razon teneis.

—Decidle que yo os llevaba.

—Su proceder merece....

—Eso y mucho mas.

El jóven vaciló todavía.

—Mirad: ya es noche muy cerrada. Nos arrebozamos en los tabardos, cubrimos el rostro, por allí no hay altares ni farolillo alguno, pasamos á la deshilada, y si es en valde, ¿qué habremos perdido?

—Digo que teneis razon.

—Pues venid.

—Es el caso, murmuró el poeta, que no tengo aquí tabardo, y mi casa está lejos.

—No faltará alguno en las habitaciones de Padilla.

—Razon teneis otra vez.

—Y siempre, murmuró muy horondo el marqués de Villena, viendo alejarse en la oscuridad al gentil trovador, que no se hizo esperar mucho, pues bajó provisto de un tabardo mayúsculo propio de Juan de Padilla, que le cubria hasta los talones.

Embozáronse cuidadosamente, como si en el embozo les fuera la ventura, y burlando las miradas de los canónigos y vecinos que entraban y salian á ver al enfermo Pedro Lopez, ganaron en un momento la calle del Arco de Palacio, desde donde por la del Nuncio Viejo y el callejon del mismo nombre, salieron á la plazuela de San Juan Bautista.

Allí los detuvo una ocurrencia singular.

A la boca de la calle de Jesus y María, un embozado y una dama cubierta, que caminaban precedidos de pajes con sendas hachas de viento, habian hecho alto mientras que los pajes apagaban las hachas, y proseguian su camino en la oscuridad.

—¡D. Pedro Tenorio! murmuró Villena, reparando el semblante del caballero á la luz de la última hacha.

Y mientras el embozado y la tapada pasaban de la calle de Jesus y María á la de la Trinidad, ganóles por la mano metiéndose con su compañero en esta, desde donde pasaron á la calle del Moro por la del Pastor.



CAPITULO VI.

LO QUE NO PUEDE SER (BAJAR TRES PERSONAS POR UNA ESCALA). LO QUE NO DEP SER (ESPIAR UN MARIDO Á SU MUJER).

No se habia equivocado el marqués de Villena.

Los misteriosos personajes que rondaban por las inmediaciones del edificio, le indicaron que su mujer no estaria muy lejos.

Enfrente de la magnífica portada que acababa de labrar el cardenal Mendoza, habia dos bultos inmóviles, negros como las sombras de la noche que los envolvia.

Y mas allá otro, puesto como de escucha, en la esquina de la calle de los Descalzos.

Poco despues llegaron otros dos por la misma parte por donde el marqués habia venido; pero con grande asombro de este y de Garcilaso, dirigiéronse resueltamente á la puerta del taller del Moro, donde resonó un furibundo golpe, dado sin duda con el puño de una daga.

—¡Esta mujer mia es incomprensible! murmuró el marqués en-

tre dientes. ¿Qué vendrá á hacer aquí con Doña Catalina Ronquillo y D. Pedro Tenorio?

—No lo creais, señor tio, dijo Garcilaso, que estaba de lo mas impaciente é iracundo que pueda imaginarse. No creais que con esas personas venga á platicar, sino con el mancebo Ronquillo, que por las señas debe de ser aquel que la acompaña.

—¿No los veis juntos allí, enfrente de la puerta?

—¿Juraráis vos que son ellos?

—Lo jurára. Me parece que hasta el rostro le he vislumbrado á mi tia.

—Mucho vislumbrar es para tan oscura noche.

—Yo soy un lince.

—Acércaos un tanto cuanto; pero pronto, pronto, no se metan en el taller detrás de los que ahora entran.

—Sí, correré con mil amores, mas no se meten, como veis, que la puerta se ha cerrado quedando los otros dentro.

—¡Engañárame yo! dijo entre dientes Villena, mientras el celoso mancebo se acercaba á los dos personajes. Aunque mi mujer lo niegue, y aunque alguna otra aventura aquí la traiga, va á hacerse imperialista, pues eso de acudir á una misma parte con los Ronquillos y los Tenorios.... ¿Cuánto vá que he juzgado de ella siempre mal, y que donde pensaba tener una loquilla sin seso, tengo una María Pacheco ó una marquesa de Moya? ¿Cuánto vá que arregla mejor ella nuestros pleitos y diferencias que todo el cabildo junto? ¿Si tendré que arrepentirme de mi propósito? ¿Si haré mal en divorciarme?.... pero, no.... ¡desvarío!.... la conozco mejor que su padre, el duque de Medinasidonia.... Lo he pensado mucho, añadió luego, clavando en las estrellas su mirada.... El César la estima.... fray Antonio lo dice.... ¿Si yo pudiera hacer que mis gentes y las del duque de Maqueda saliesen de la poblacion, sin quedar mi persona al descubierto? ¡Diablo!.... ¡diablo! es muy difícil.... el duque respira ódio á los comuneros.... ¿Quién sabe?.... cuando me retire á casa he de leer otra vez la vida de mi ilustre ascendiente D. Enrique.... sobre todo aquello.... cuando se divorció de Doña María de Albornoz.... Ahora lo que importa es que mi mujer y Garcilaso hagan alguna locura.... ¡oh! como tomen el camino de Madrid....

Cuando mas engolfado estaba el buen marqués en sus profundas

reflexiones, tornó presuroso su sobrino, todo lleno de confusion y asombro.

—¿Qué acontece¿ le preguntó Villena apresurado.

—¡Ay señor tio! dijo el mancebo, ¡un hecho nunca visto, nunca!

— Pero ¿es D. Luís aquel?

— Como yo soy Garcilaso de la Vega.

—¿Y es aquella Doña Ana?

—En persona.

—¿Me engañaria yo? ¡Las mujeres!....

— Pero está tan disfrazada....

— Esplicaos.

— Alguna cosa muy grave intentan los dos.

—Pues ¿qué disfraz....

—Trae guantes negros.

— ¡Mi mujer!

—¡Con mis propios ojos los he visto!

—¿Estais loco, rapaz?

—Los he visto. Sacaba la mano del embozo.

— Si no hay en nuestros tiempos guantes negros.

—Ella los tiene, y además....

—¿Otra locura?....

— El rostro lo trae tambien cubierto con un antifaz negro.

— El manto seria.

—No lo era.

—Todo lo veis negro esta noche.

—Viene tapada de medio ojo.

—¿Le habeis visto la frente?

—Como os veo á vos.

—¿De veras?

— Os lo juro.

— Mucho disfraz es ese.

—Sin duda lo tenia ya imaginado, cuando estaba en vuestra compañía, pues no hubo tiempo para que se proveyera de tantas sargas.

—¿Y qué deducis de eso?

—Que desde ayer tiene preparada esta empresa, desde ayer que platicó por vez primera con Ronquillo y que no se le cae su nombre de la boca.

—¿Qué mas dá?

—¡Señor tio! murmuró el mancebo, que á cada rasgo de indiferencia conyugal se enojaba nuevamente. ¿Creeis que no importa esta aventura, si nos ha engañado en lo tocante á la ocasion?

—¡Engañarnos! respondió meditabundo Villena.

—Todo lo que delante de vos platicaba era mentira.

—¿Así lo pensais?

—Y lo jurára.

—Bien puede ser.

—Vos decís que las mujeres....

—¡Oh! ¡las mujeres, sobrino!.... como no tienen seso, á cada hora nos lo hacen perder.

—¡Ay! ¡que verdad decis! esclamó Garcilaso en lamentable tono.

—¿Por qué no le alzásteis el velo?

—¡Señor tio!

—¿Os doleria de andar á cuchilladas con D. Luis?

—Eso no; pero su enojo....

—¿El de Doña Ana?

—Fuera accion vil.

—Yo diria que os lo aconsejé.

El jóven no acertaba á esplicarse tanta indiferencia conyugal, pero como ya se iba acostumbrando á ella, se atrevió á decir misteriosamente:

—Otra cosa temo, tío.

—¿Cuál?

—Que si no la engañamos nosotros esta noche....

—¿Nos engañará otra vez ella?

—Seguramente.

—Bien puede ser.

—O por lo menos perderemos el tiempo. Al pasar oí que Ronquillo decia:—Si estos importunos rondadores no abandonan la calle....

—Retirémonos....

—¿Adónde no nos vean?

—Por supuesto.

—Esa es justamente mi opinion.

Y diciendo y haciendo, tomaron la calle en sentido opuesto al taller del Moro, y perdiéronse de vista.

Iban á dar la vuelta para colocarse en la esquina de la calle de los Descalzos.

La tapada que en ella vimos de acecho al principiar este capítulo, acercóse á los otros dos personajes al punto mismo en que la del Moro quedó solitaria.

—Démonos prisa, D. Luis, dijo con viva ansiedad, porque el embozado de enantes era Garcilaso.

—Pareció mí, repuso la otra tapada que estaba enfrente de la puerta.

—Me ha dolido, señora, de vuestra venida á par del alma, repuso el caballero, que si os conociesen....

—Nada os importe.

—Aunque está la noche oscura, como es temprano....

—¡Vive tanta gente en esta casa maldita! prosiguió la marquesa. El cabildo tiene bien guardadas sus alhajas; pero por las señas lo que es familiares de la Inquisicion no hay ninguno.

—Dáme la escala, dijo el caballero.

Y plantándose los tres en el comedio de la calle, descubrieron sus rostros que ya el lector sin verlos ha conocido.

Sacó la negra debajo del manto una escala de fuerte soga, de las que en el Alcázar habia, y D. Luis arrimóse inmediatamente á la puerta del edificio.

El taller del Moro se hallaba en aquella época en un estado de esplendor artístico que no es sombra siquiera del presente.

Edificado, segun los cálculos mas verosímiles de inteligentes escritores, á mediados del siglo décimocuarto, bajo la direccion de alarifes moros, que eran en aquella época los preferidos en Castilla para todo linaje de obras, tiene en su estilo no poco del suntuoso Alcázar de Sevilla y de la Alhambra de Granada, si bien al primero se acerca mas que al segundo.

Aunque no importa al presente caso que en sus primitivos dias fuera palacio de algun magnate de Castilla, como piensa el autor de la *Toledo pintoresca*, parécenos sin embargo, que su nombre, indudablemente tradicional, y su posterior dedicacion, en que por fuerza ha de haber influido tambien no poco la tradiccional costumbre, indican y casi dan por seguro que debió de edificarlo algun acaudalado artista moro en época mas remota que la indicada arriba, lo cual no contradicen en absoluto los carácteres de su estilo arquitectónico,

pues él, acaso mas que todos los munumentos árabes de España, ha sufrido tantas y tan radicales trasformaciones, que es aventurado señalar el estilo que presidió á su labor primera.

Dos acababa de sufrir que le dejaron completamente desfigurado.

Fué la primera en los primeros años del siglo XV, para convertirse en iglesia de Santa Eufemia. Entonces se le agregaron algunas casas contiguas, que grandíssimamente lo afeaban.

Mas inteligente y mas docto el gran cardenal Mendoza, echó por tierra el convento, edificando en su lugar el grandioso salon del taller, que entonces tomó este nombre, segun la *Toledo pintoresca*, pero que indudablemente debió de haberlo tenido antes, pues no es de inferir que el tercer rey de España diese apellido de moro á una obra como la suya. Ni tampoco en los tiempos de Mendoza eran ya árabes los alarifes y artistas de las construcciones castellanas, pues el renacimiento habia mejorado grandemente la condicion de nuestro pueblo para las artes.

De la portada que á la sazon existia, el mas insigne monumento artístico que legó Mendoza á su arzobispado, no es posible juzgar hoy sino por algunos informes trozos que los hombres, mas destructores que el tiempo mismo, han respetado; pero su esquisito follaje y sus graciosas molduras, así como el ajimez que la coronaba, eran perlas artísticas de subido precio.

En la habitacion que de este ajimez recibia la luz, hallábase la triste amante de D. Juan Bravo, segun Ronquillo á fuerza de oro habia podido averiguar entre los viejos sacristanes y míseras viudas que habitaban las otras habitaciones; pero ni un rayo de luz, ni signo esterior alguno, permitia esperar que estas noticias se convirtiesen en realidades.

Sin embargo, ni él ni la negra habian perdido sus esperanzas por eso.

Arrimáronse como digimos á la portada, y alzaron sus ojos de consuno al ajimez, buscando sin duda asidero para la escala; mas ninguno habia, que á la ventana faltaba reja, y las peregrinas labores del mármol no permitian que en el alfeizar se confiase.

Entonces D. Luis, que como doncel criado en Segovia, gran cazador de nidos en la Fuencisla y en el Alcázar, era valeroso para afrontar peligros naturales, desciñóse de los pies las grevas, soltó

el tabardo con parte de la armadura que lo abrumaba, y por las labores de la portada misma, asaz salientes para servir de punto de apoyo, trepó con la escala en la boca como un gato.

Doña Ana y la negra desde abajo le encomendaban á Dios y á todos los santos del cielo.

— ¡Silencio! decia Ronquillo á cada instante.

La empresa era con estremo difícil. La misma menudez y delicadeza del follaje, en el tercer período de la arquitectura arábiga á que su estilo pertenecia, presentaba obstáculos insuperables al pié de D. Luis para introducirse y asegurarse en las que pudiéramos llamar repisas de las labores. Lazos, fajas, laberintos, cruzados entrelazados, confundidos como la idea en la imaginacion de un sábio loco, dán á entender al lector bien claramente lo que en vano el lenguaje intenta describir.

Pero al cabo de media hora habia llegado Ronquillo á la calada franja que servia como de turbante á la portada, y allí pudo ganar en menos tiempo mas terreno, con ayuda de unos versículos hebreos, profundamente esculpidos en la piedra, que le permitieron agarrarse y seguir trepando con cierta difícil facilidad.

Quedaba solo el ajimez, cuyas dificultades parecian á primera vista mayores, pues en su parte baja solamente los remates contorneados de las dos columnas que á cada lado ostentaba, podian servir á sus manos de asidero; mas afortunadamente en las peregrinas labores que servian como de plinto á las columnas, halló grabadas tambien inscripciones hebreas, y entonces pudo enderezarse poco á poco y hasta ponerse de pié en la pulida ventana.

Habia vencido.

Su pecho se dilató en medio de la noche, como un volcan que arroja el fuego que en sus entrañas hierve.

La marquesa y Juana exhalaron á su vez otro grito mas perceptible aun.

—¡Silencio! dijo D. Luis inclinando el rostro hácia abajo con un dedo en la boca.

Y se puso á reconocer las puertas de la ventana.

Pero solo tenian treinta años, pues las construyó el cardenal Mendoza, cuando rehizo el edificio, y los carpinteros de aquella época trabajaban de modo que aun viven en las catedrales sus armarios, sus mesas, sus bancos y hasta sus atriles.

Juana con su instinto africano adivinó la desesperacion de Don Luis.

— Con daga agujeros, le dijo en voz queda.

Y efectivamente, pocos minutos despues introducia el jóven su daga á través de la puerta, logrando afianzar la escala en el agujero por el garfio de hierro que á la punta tenía.

Pero de lo mas importante de su atrevida empresa nada se habia conseguido.

¿Estaba Sara allí?

El caballero se cansó de llamar misteriosamente á la ventana, y de introducir su voz por el agujero como por un conducto: no se abria.

Y el tiempo volaba con sus alas de aire.

—¿Por qué no subes tú? le dijo la marquesa á Juana.

— No espanta altura, respondió la negra, mas será valde.

—Quizás conozca tu voz.

— Niño Dios quiera.

— Bajaos, D. Luis, repuso Doña Ana en la misteriosa voz que desde el principio venian usando. Juana es mas astuta, y ella alcanzará por ventura lo que no podeis vos.

Sin replicar una palabra deslizóse el caballero por la soga, dejando clavada la daga en la puerta del ajimez, para que los agujeros fuesen dos.

Subida Juana, empezó por dar vueltas á la daga dentro del agujero, con que lo hizo tan grande al cabo de poco que podia introducir por él casi toda la mano.

Entonces aplicó el oido y percibió una voz débil y medrosa que gritaba:

— ¡Socorro! ¡socorro!

— ¡Silencio, niña Sara, silencio! dijo metiendo sus labios en forma de trompeta.

Y se puso tan desaforadamente á dar vueltas á la daga con todas sus fuerzas, que la madera crujía cayendo hecha polvo como despedazada por una sierra.

Pero los gritos continuaban tambien, y cada vez mas robustos, como si el terror de la persona creciese.

Cuando pudo meter la mano por el agujero de la ventana, cuando se cercioró de que tocaba el cerrojo por la parte de adentro, y

de que con un pequeño esfuerzo podria abrirlo, descolgóse rápidamente por la escala, y quedándose á la mitad de ella suspendida para no perder tanto tiempo, dijo á la marquesa:

—¡Manto! ¡manto!

Doña Ana, que la habia entendido, desembozóse inmediatamente y le dió el manto.

Al saltar la negra en la habitacion era tanta la ansiedad de Villena y de Ronquillo, que nada vieron ni oyeron.

Pocos minutos despues se abrió la puerta del ajimez, y una cabeza pálida, desencajada, trémula, que apenas se distinguia entre el follaje del labrado mármol, ápareció murmurando en reprimidos gritos:

—¡Aire!.... ¡libertad! ¡bendita seas, Juana! ¡bendita seas!

No se detuvo la negra un solo instante; echó el manto á la jóven por la cabeza, oprimiéndola fuertemente para que no gritara, y alzándola por debajo de los brazos como una pluma, la cargó sobre el hombro derecho y se dispuso á bajar la escala.

Mas dificil que todas las anteriores era esta empresa.

Volvió las espaldas á la calle, reprimió el aliento, agarróse convulsivamente á una hoja de la ventana, y doblando la rodilla buscó el primer escalon de soga con el descalzo pié.

La impaciencia de Ronquillo no le permitió permanecer mas tiempo inmóvil.

Cuando Juana empezó á bajar, un grito ahogado de terror inmenso probó á D. Luis el peligro de lo que acababa de hacer. Habia subido á ayudarla, y la tenia cogida por las espaldas para que no cayera; pero como la negra no le veia, su inculta imaginacion llena de visiones creyó sin duda hallarse en las garras de Satanás, y perdiendo el dominio que sobre sí tenia, olvidada de su situacion y de la triste hebrea, gritaba y manoteaba como un condenado.

—¡Silencio por Dios! le dijo D. Luis, tirando hácia abajo de ella, á riesgo de que la escala ó la puerta se venciese y cayeran todos rodando á encontrar mas triste fin.

Juana se tranquilizó instantáneamente, y puso ya los pies en los escalones con entero aplomo; pero cuando llegaba á pocos pasos del suelo, cuando ya tanto á ella como á D. Luis iban las fuerzas abandonándolos, y sudaban á mares en medio de la noche, una voz agitada y estridente dijo sobre sus cabezas:

—Dejadla, señor Tenorio, dejadla escapar que aquí nos deja á su hijo.

El grito de Sara, el esfuerzo supremo que hizo para arrojar en pedazos el manto que la envolvia, la incomprensible vuelta que dió en el aire para asirse de la escala, y la rapidez con que en un abrir y cerrar de ojos subió por ella hasta la ventana, son cosas que nadie acertará á describir y que solamente la palabra milagro pudo entonces esplicar.

Aturdido por aquel inesperado lance alzó Ronquillo los ojos al ajimez, profiriendo una maldicion, que á todos sus antepasados debió enojar en sus tumbas.

Maldicion de su raza, porque su prima Doña Catalina estaba puesta de pechos en el mármol del ajimez.

En esto oyó que decia la marquesa de Villena:

—Huyamos.

Y se arrojó al suelo maquinalmente, y corrió como un loco sin saber adonde.

Al propio tiempo se abria la puerta del taller del Moro, y los familiares de la Inquisicion, así como los criados y vasallos del cabildo, se hallaron frente á frente con dos caballeros embozados que se miraban uno á otro cariacontecidos.

Eran el marqués de Villena y Garcilaso de la Vega.





CAPITULO VII.

DONDE SE VÉ Á LOS TONTOS OBRAR COMO SÁBIOS Y Á LOS SÁBIOS COMO TONTOS. ES CAPÍTULO DE MUCHA FILOSOFÍA.



asta muy entrada la mañana no se apercibieron los vecinos de la calle del Moro de los sucesos anteriormente referidos, y si de ellos se apercibieron fué porque algunas viejas moradoras del taller los habian presenciado entre las tinieblas de la noche, y porque desde la madrugada mirábase abierto el magnífico ajimez que corona la puerta, y en él de pechos apoyado un imberbe mozo que á la presa reemplazaba.

Las ventanas de la vecindad estaban cuajadas de jente, que en son misterioso departia.

Cuando ya los rayos del sol iban subiendo de punto, subieron tambien los rumores y la curiosidad, con la aparicion de dos embozados que paseando de estremo á estremo de la calle, al pasar enfrente del taller clavaban con vivísima ansiedad los ojos en la abierta ventana.

No se ocultó á la perspicacia de los vecinos que mientras ellos estuviesen á la husma no sucederia en la calle nada.

Diéronse pues de ojo, y en cierta ocasion y punto convenido se fueron uno tras otro retirando.

En el mismo instante uno de los rondadores, parándose enfrente del ajimez, lanzó una esclamacion y dijo:

— ¡ Garcilaso !

— ¡ D. Gonzalo ! respondió el mancebo de arriba en voz alegre. Subid.

— Pero ¿el sitio dónde os hallais?....

— Es una singular prision.

— Entonces ¿ cómo entraremos en ella?

— Abriéndoos la puerta yo.

— ¿Os lo consienten ?

— No hay quien me lo impida.

— Subamos, pues, señor Sosa, dijo á su compañero el mozo de la calle.

Y penetraron desenfadadamente en el taller del Moro, que estaba abierto como casa de vecindad que era.

Bien hubieran dado su mejor ajorca algunas vecinas, que tornaron á sus ventanas incontinenti, por oir lo que platicaban los dos mancebos, que en el marco de la ventana asomaron distraidos; pero aunque no es ancha la calle bajaban tanto la voz que no habia manera de entender sus secretos.

Ambos por niños y graciosos interesaban á las vecinas, sin contar que algunas reconocieron en el del ajimez al hijo del embajador de Roma, Garcilaso de la Vega, y en el enlutado de la calle al huérfano del general comunero Juan de Padilla.

Sin duda Sosa no terciaba en la conversacion, pues permanecia apartado de ellos.

Y que eran misteriosas y peregrinas sus pláticas nadie lo dudaba, pues alguna vez llegaron hasta hablar el uno al oido del otro.

— ¿Juana os lo ha dicho? preguntaba el preso al huérfano. ¿Vos en el real comunero la conocisteis?

— Y en ansias vivas me pone, respondió Padilla, el no encontrarla aquí, como creia.

— Hermosa es, en verdad, así como su hijo, que al salir ella de

esta cámara cuando entrábamos nosotros el aire le alzó el velo.

—¡Su hijo decís! murmuró D. Gonzalo, poniéndose pálido. ¿Hablais en burlas?

—Dígoos que llevaba en sus brazos un infante.

—¡Ah! ¡no es ella! ¡no es ella! Juana ha querido burlarse de mi ansiedad.

—No os comprendo á fé mia, amigo D. Gonzalo. Por las señas la mujer que aquí se hallaba presa es la misma que buscando venís, la misma que Ronquillo y Juana querian robar por el ajimez, y aun pienso haber oido á Doña Catalina decir á D. Pedro Tenorio no sé que cosa del real comunero y de Juan Bravo, por el tenor de lo que vos decís....

—Pues no es ella, Garcilaso amigo, no es ella. Vestida andaba de hombre, veces de paje hacia con el capitan segoviano cuando yo la conocí.

—¡Ah! esclamó Garcilaso loco de placer. ¿Es fruta de cercado ajeno? ¿teneis la misma aficion que yo? componiendo estoy unas trovas hace dias, que empiezan

Flerida, para mí dulce y sabrosa
mas que la fruta del cercado ajeno....

pero no sé pasar de aquí, pues no hay nada que mas me agrade que la fruta del cercado ajeno. Añadir he pensado algunas veces para complemento de la cuarteta

Mas blanca que la leche y mas hermosa
que el prado por abril de flores lleno;

pero ¿qué vale para mí el prado, ni la leche, ni las flores, ni toda la primavera con sus atractivos todos, despues de mentar la fruta del cercado ajeno?

—Ni el ser escudero de D. Juan Bravo, dijo de mal talante el niño Padilla, arguye el ser fruta de cercado ajeno.

—Bien puede ser, mas lo dudo.

—Nunca la creyera hembra, á pesar de su peregrina hermosura, si no me lo dijese Juana; prosiguió D. Gonzalo engolfándose en sus sabrosos recuerdos; pero un hijo.... ¡tener ella un hijo! ¡imposible!.... ¡tan niña!.... hermano suyo será....

—Al pecho lo amamantaba.

—No es ella.... ¡desvarío! no es ella. ¡Maldita Juana que me llenó la mente de ilusiones!

—Yo sí que debiera de maldecirla, dijo sonriéndose Garcilaso, que por ella y por D. Luis nos vemos aquí encerrados mi tio y yo. Y lo mas chistoso del lance es que presumo que tanto Doña Catalina como Tenorio saben certísimamente que no fuimos nosotros los robadores.... pero ¿no me escuchais?

—¿Será ella?

—¡Vive Dios que pica en historia vuestra curiosidad, amigo Padilla!

—¡Es tan hermosa! ¡es tan hermosa la que yo conocí disfrazada de escudero!

—Yo nunca me he topado con aventuras por el estilo; y por cierto que me duele, pues á deciros verdad, no hallo hembra que no me agrade, tal por los ojos de endrina, cual por la boca de perlas; por lo gallardas unas; por lo encogidas otras; y mas que todas las que son fruta de aquella que sabeis, pero á todas las tengo un miedo, un no se que me inspiran, que voy á decirles agasajos, y las palabras se me hielan.

—¿Adónde la llevaron?

—¿A quién?

—A ella.

—No pensais sino en ella.

—Vamos decid.

—Lo ignoro.

—Pues ¿no salia de esta cámara, cuando vos....

—Sí por cierto, y Tenorio y la viuda hablaban de la catedral, de la cueva de Hércules, ¿qué se yo de cuántas cosas mas? pero no pude colegir ciertamente adónde la llevaba Lope....

—¡Lope Noguerol! esclamó Padilla alborozado.

—El mismo.

—Yo lo averiguaré.

—Cuenta con la Inquisicion. Ya veis lo que nos pasa á nosotros siendo inocentes. Vuestro tio el marqués se querellaba enantes de su mala ventura, en tono por señas no muy doliente ni apesarado, diciendo: — Bien se me emplea. Yo hice Inquisidor á D. Pedro Tenorio.—Ya veis: si al que le hizo Inquisidor de esta manera le trata....

— Adios quedad, amigo.

— ¿Qué os vais tan presto?

— Voy á San Ginés.

— A la cueva, lo adivino.

— En busca de Lope.

— Tened mis palabras por no dichas....

— ¿Por qué?

— Ahora se me acuerda que en lo que hablaban de la cueva el canónigo y la viuda se referian en mi entender al prior de San Juan, de quien tambien hablaron.

— ¡Ah! del prior.... decidme, decidme, que á mi señora madre la tiene sin sosiego.

— ¿Qué he de deciros? vá á caer sobre la ciudad.

— Venga en buena hora.

— Por cierto que yo de vos, Padilla amigo, me guardaria mucho de sus gentes.

— Me son conocidas.

— Por eso mismo; pero estan llenas de enojo porque huisteis de su real.

— El obispo me libertó.

— Mas ellas dicen que un caballero.... ja, ja, ja.... reid conmigo: dicen que un caballero, como vos, no debia de escaparse con ayuda ni sin ella.

— ¿Eso dicen?

— Y deslealtad lo apellidan.

— ¡Desleal yo!

— Reid conmigo, ¿no os reis?

— Pero ¿lo sabeis seguramente?

— Los mozos del prior con quien jineteamos en Villasequilla, cuando les preguntamos «¿No se encuentra Gonzalo entre vosotros?» — nos respondieron: — «Gonzalo es un desleal, y así el prior lo publica en todas sus pláticas.» — Testificaros pueden lo que os cuento Leonardo y Rivas, y nuestros amigos todos. Hasta ahora no os lo dije porque no hacia al caso.... ¡y es tan singular locura! ¡peregrino modo de entender las leyes de caballería! Ja, ja, ja.

— ¡Me habeis deshonrado con vuestro silencio! esclamó Padilla poseido de un enojo y de una afliccion, que merced á sus pocos años hacia reir.

—¿Así lo tomais? ¡Ja, ja, ja!

—¡Yo no me rio! ¡desleal yo!....

—Y bien mirado, y con calma pensado, murmuró el poeta, cierta sombra de razon tienen.

—La tienen.

—Solo por canje ó por la propia fuerza de vuestro brazo debísteis de escapar; pero ya esas rigurosas leyes de los caballeros van cayendo en desuso....

—¿Qué me importa á mí que caigan? Dios os guarde.

Y se retiraron del ajimez.

—Adios pues, D. Gonzalo. ¿Vereis, por ventura, añadió corriendo á alcanzarle, vereis por ventura á vuestra tia la marquesa? Decidle.... mas no, no.... nada le digais.

Y sus ojos relampagueaban de iracundos celos.

—¿Juan de Sosa? dijo Padilla volviendo apresurado al fondo de la estancia.

—Hacedme la merced de esperar, sobrino del alma, contestó desde la próxima el marqués de Villena.

—¡Ya se ha despertado el bueno de Diego Lopez! murmuró Garcilaso.

—¿Pues dormia?

—Como un muerto. No tiene sangre en las venas. Yo en toda la noche he podido cerrar los ojos.... ¡Verme preso por la primera vez, y tan sin razon, y cuando mas necesitaba de la libertad!.... pero él, sandio y desalmado, contentóse con proferir algunos, si bien pocos lastimeros ayes, con acusar de ingrato á Tenorio, y con tenderse incontinenti á dormir en esa vecina estancia.... Júroos por mi nombre que no sé cómo le sufre vuestra señora tia.... ¡Hermosura malograda!

Y quedóse meditabundo, porque le cruzaron por la imaginacion sus dos consabidos versos:

Flérida para mí dulce y sabrosa
mas que la fruta del cercado ajeno....

Entretanto seguia D. Diego Lopez Pacheco en plática con el bachiller Juan de Sosa, á quien habia llamado misteriosamente á su habitacion á hurtadillas de sus sobrinos.

—Ninguno de los recados olvidaré, le decia Sosa en voz muy recatada.

—A ella, decídselo á ella, no al obispo, ni á nadie del mundo, replicaba el prócer, que injusta y villanamente me han preso, sin duda para que no le preste ayuda, porque saben el profundo amor que le tengo; pero que esta prision no será parte á que yo deje de cumplir como quien soy. Pronto verá Doña María pruebas grandes de mi amor; y en cuanto á la gente que traje, ha de salirse de la ciudad antes de muchas horas.

—Todo se lo diré punto por punto á Doña María.

Y con esto despidió á Sosa.

El y D. Gonzalo salian sin hablar palabra del taller del Moro un momento despues.

Al tornar Garcilaso de la Vega á su prision se halló frente á frente con el marqués.

—¿Partió ya mi sobrino que Dios confunda? preguntóle éste.

—¿Acaso por él os recatábais de salir? dijo asombrado el poeta.

—Me es enojoso todo lo que me recuerda ciertas cosas repuso el marqués. Su madre tiene la culpa de todas mis malandanzas. Por el deudo que tenemos, hoy me veo como me veo. ¿Y no ha venido Tenorio á ponernos en libertad?

—No por cierto. La que ví ha poco alojada en una habitacion del taller, es á Doña Catalina.

—Hagamos una prueba, sobrino mio.

—¿Cuál?

—Veamos hasta donde alcanza la estension de nuestras cadenas.

—No por Cristo.

—¿Qué os detiene?

—Me dará enojo de ver á la viuda segoviana.

—A ella le debemos este encierro.

—¡Qué rencoroso sois!

—Y vos ¡qué cachazudo!

—La vida, sobrino mio, dijo el marqués en tono sentencioso, es así, un libro que no tiene dos hojas iguales, con que de igual modo debemos mirar á los que escriben las alegres que á los que escriben las tristes.

—Yo aborrezco lo que me enoja.

—A mí todo me es igual.

—Ya lo veo repuso el jóven acordándose de la marquesa. ¡Dichoso vos!

—¿Quién sabe si este encierro nos ahorrará alguna pena?

—Por lo pronto nos la dá.

—Si vuestra salida del taller fuera para marchar á Madrid...

—En ese caso.... murmuró el jóven con chispeante mirada.

Y vencido de tan profunda filosofía, ó acaso del recuerdo del marqués, resignóse á acompañarle.

Y con mucho tiento y mesura, adoptando á veces el aire de presos que van á escaparse, y otras el de caballeros que tranquilamente pasean, salieron al corredor del taller, donde no tardaron en ser vistos de la vecindad.

Nadie les preguntó adonde iban.

Bien hubiera querido el marqués llegar hasta la puerta de la calle, pero Garcilaso le dijo que entonces acababan los miramientos, pues desde el ajimez habia visto cierto familiar de la Inquisicion que estaba allí sin duda para cerrarles la puerta.

Muy poco le dolió al buen marqués este contratiempo, ya porque en sus años estimara la libertad menos que en los del poeta, ya porque se hallaba en el caso de aquellos que se consuelan cuando padecen otros de su propio mal, cosa muy verosimil en su sapiencia y filosofía.

Entonces pasaron á la habitacion de la viuda segoviana, que era la mas preciosa de cuantas componen hoy aquel monton de preciosas ruinas. Tiene la entrada por un tabique que cierra el muro oriental, adornado de peregrinas labores de almocárabe, atravesadas de arriba abajo en sentido opuesto por gallardos festones, que con su ondulacion y enlace aumentan la gracia de labor tan ingeniosa.

En torno á este ornamento corre un friso de delgada alharaca que trae á la memoria el salon de embajadores del Alcázar de Sevilla.

La cámara que por aquí tiene su ingreso acababa de ser sacristía del convento de Santa Eufémia, y sus paredes de admirables relieves revestidas, así de atanrique como de almocárabe, y los preciosos artesones de su techo ostentaban frescos y vivos como si acabaran de pintarse el dorado y otros colores no menos preciosos.

Hoy los trabajadores y dependientes del cabildo de Toledo, que habitan en el taller del Moro, han convertido en cocina la perla de las artes españolas, y el fuego y el hollin y la mano estulta del hombre, destruyen y ennegrecen y estropean en en minutos lo que la ciencia de todo un siglo embelleció.

La viuda de Ronquillo parecia una reina en aquella sala digna del Alcázar de Segovia.

No se manifestó en su rostro la menor sorpresa al ver á los dos reclusos, ni salió de sus labios reconvencion alguna porque hubieran abandonado su encierro, lo que junto á la increible paciencia con que el marqués lo sobrellevaba, subió á tal punto el asombro de Garcilaso que á cada instante se creian víctimas de una pesadilla.

Pero no sucedió lo propio á D. Luis Ronquillo, que con ella se hallaba á la sazon platicando.

—Bien venidos seais, nobles señores, dijo haciéndoles el mas cortés agasajo. De vuestras ilustres personas y de vuestro singular suceso me ocupaba en este instante. Y volviéndose á Doña Catalina añadió vivamente.

No desconocereis prima y señora, ni menos negareis que esto es forzoso que acabe. Tan cumplidos caballeros como el marqués de Villena y el hijo del comendador de Castilla no han de proseguir aprisionados por un crímen que he cometido yo.

El marqués hizo un gesto de pesar. Garcilaso acabó de confundirse y de creer que soñaba.

—Repítoos, primo D. Luis, repuso despechada la viuda, que vos no podeis ni deudo alguno mio, imaginar tan loca empresa como la de anoche.

—Pues yo á la faz de todos lo declaro. De mio, por mi propia voluntad determiné y determino arrancar á la triste Sara de manos del Inquisidor.

—Pues yo á la faz de todos repito que delirais. Arrancar una judía del poder del Inquisidor general del reino de Toledo, es cosa que ningun caballero cristriano la intenta. Vos á mas de caballero cristiano sois Ronquillo.

—Me enloqueceis, me confundís, Doña Catalina, esclamó esasperado el jóven. No acierto á esplicarme la razon de vuestra negativa, pues vos misma, así como D. Pedro Tenorio vísteis desde el ajimez que era yo uno de los robadores.

—Generosa es vuestra conducta, primo; pero os sale vana.

—Está resuelto, dijo el marqués de Villena, exhalando un profundísimo suspiro, que los justos paguemos por los pecadores. Nosotros penamos solamente porque el demomio quiso traernos en aquel punto á las puertas del taller.

—Pues yo no lo he de consentir, dijo el mancebo.

—Pues ved cómo habeis de hacerlo, repuso su prima. La Inquisicion es un Argos, y os puede costar la vida á mas de la honra....

—No obrarian mas desaforadamente con nosotros nuestros enemigos los comuneros, dijo el marqués de Villena en lamentable tono.

—Bien mereceis este premio añadió Ronquillo, por haber hecho á Tenorio Inquisidor segun se cuenta; y en cuanto á vos, prima mia, si proseguis tiranizando á esa inocente niña, aunque mi nombre y mi sangre queden manchados, haré saber á todo el pueblo de Toledo la razon que os mueve; haré saber que no es su naturaleza de judía, sino de mujer hermosa y de amante infeliz de Don Juan Bravo....

—¡Señor primo! balbuceó la dama interrumpiéndole con enojo.

—La verdad iba á salir de mi boca.

—Venid acá, añadió la viuda en tono mas blando, llevándole aun estremo de la pieza. No caigais en ningun desvarío, no cometais ningun desacato....

—No seais desalmada vos. Esa jóven no es judía.

—Lo sé.

—¡Ah! ¿lo sabeis? repuso D. Luis con pesadumbre, y como asaltado de una alhagüeña idea, añadió en diverso tono.—Me place que lo sepais.

—Ninguno de los que estuvieron enVillalar lo ignora.

—Entonces la Inquisicion nada tiene que ver con ella.

—Eso.... ya lo resolverá.

—¿Quién?

—El Inquisidor.

—¡El Inquisidor!

—¡Ah prima! ¡cuánto me duele de hallar en vos crueldad!

—Vos la dulcificais con vuestras acciones generosas.

—Su robador era yo.

—Y yo os ví.

—Pues víve Cristo! Los pobres presos.

¡Silencio! esto importa hacer.

—¿A quién puede la injusticia importar?

—A ellos mismos.

—¿Qué decis?

—¿No os admira la resignacion de Villena?

—¡Resignado le creeis!

—Como que él se place en su prision.

—¿Será posible?

—Por nuestro nombre os lo juro.

—Jurára yo que de mí os burlais.

—Mas necias y estrañas cosas vereis en él, dia por dia.

—¿Pues qué intenta?

—Sábelo Dios.

—Aire de deslealtad tiene el encierro.

—No osaré negarlo. Rodeada estoy de traidores y miserables que con la Comunidad y con el emperador comercian. Del mismo Antonio Guevara desconfio. Ese Pacheco es un portento de astucia; pero no me vence, no. Aunque pierda la vida en la demanda, permaneceré en Toledo hasta que se rinda. Si el pueblo me hace pedazos.... En buen hora sea. En cambio desbarataré las tramas de los traidores.

—No acierto á olvidarme de Villena. ¡Que quiere seguir preso! ¡pobre Garcilaso!

—No le compadezcais, porque á ese vamos á darle suelta.

—¡Oh! sí; hacedlo pronto. ¿Y á la pobre niña?....

—De esa no me hableis, esclamó con ódio la viuda.

—Al contrario, hablemos de ella dijo gravemente Ronquillo.

—Es mi ángel malo.

—Sed vos su ángel bueno.

Y permaneció un instante silencioso como si luchara consigo mismo.

—Doña Catalina, dijo despues de esta pausa, bien sabeis que mi señor padre, tiene el propósito....

—¡Silencio! adivino lo que vais á decirme, esclamó la viuda con enojo mezclado de incomprensible terror. Lo adivino.

—No podeis adivinarlo.

—Mirad mi rostro: Ya la sangre se me enciende en ira y vergüenza.

—¿Porque os prometo?....

—¡Callad! ¡callad! hasta ahora os he estimado, mas aun que como deudo os he querido, pero si proseguis ofendiéndome, si pensais que yo admita vuestra mano de esposo, á trueque de.... la

vergüenza me ahoga, á fé de Catalina, callad he dicho, no quiero pensarlo tan siquiera.

—Prima mia, repuso el mancebo tomándole una mano á pesar suyo y á hurtadillas del marqués y del poeta que con curiosidad lo contemplaban; prima mia, yo solo me negué á casar con vos por creeros de pecho empedernido . de pasiones fieras; mas si mostrais la amorosa blandura, si cambiais ese mortal ódio en indiferencia á la mujer mas triste....

—¿Pensais engañarme á mí? dijo con altivez Doña Catalina, callar por siempre mejor os estaria. Ha mucho tiempo que he leido en vuestro corazon. Estais de Sara enamorado.

—¡Prima!

—Negadmelo D. Luis, negadmelo, y acabaré de perder la estimacion en que os tengo.

—Pues bien, sí: allá en el fondo de mi corazon han escitado las desventuras de Sara tan vivo interés....

—Tan vivo amor.

—Pero seguramente adivinareis que ni un solo momento hago punto en apagar esa naciente llama. La amante de D. Juan Bravo...

—Basta D. Luis, dijo con régio ademan Doña Catalina. Silencio para siempre.

—¿Cesareis en vuestra enemiga con esa jóven?

—¿No he dicho que basta? ¡Ah! no sé cómo no conseguis que os aborrezca. Ya me es imposible esterminarla; ya vengarme de ella es imposible. Podia disputarle el amor de un muerto, añadió con melancólico orgullo; el de un vivo no se lo disputaré jamás. Alzo la mano en esto; podeis vivir tranquilo desde ahora.

—¡Prima del alma!

—En la catedral la teneis bajo la llave del Inquisidor. Y dirigióse al marqués y á Garcilaso.

—¿Cuándo acabais de soltarle? preguntó el prócer en voz baja á la viuda señalando al poeta.

—D. Pedro lo ha de hacer, y tarda mucho; si yo fuera Inquisidor....

La mirada oblícua conque acompañó esta frase hizo bajar los ojos á Villena.

—Haga Dios que venga pronto, pues nos importa platicar. Me ha cruzado por la imaginacion una idea.... añadió poniendo los ojos

en el techo, como hacia cuando recapacitaba profundamente. Vos, señora, que habeis estado en Castilla ¿sabeis al pormenor la historia de esa jóven....

—¿Tambien vos?.... esclamó con despecho la viuda. ¡Maldita jóven!

—Me importa, algunos hechos....

—¿Quién los ignora?

—Es un fidelísimo trasunto de mi mujer Doña Ana de Guzman á quien inspira un interés tan vivo....

—Como que es hija de su hermana Doña Mencia.

—¿Estais segura de ello?

—Asi lo contaban en Villalar.

—¡Hum....! ¡hum....! refunfuñó el marqués con los ojos clavados en la techumbre.

—¡Ah! dijo para sí Doña Catalina, como si tambien le hubiera cruzado por la mente una idea. ¿Pensará este necio que Sara es hija de su mujer? todo puede esperarse....

Lo restante de la plática hasta la llegada del Inquisidor general que tardó por cierto bastante, no hace á nuestro propósito; y solo diremos que Ronquillo se ausentó mas placentero que habia venido; que Doña Catalina siguió lanzando miradas de desconfianza al marqués de Villena, y Garcilaso viendo visiones.

Sin embargo, el que atentamente hubiera podido observar al poeta, reparara que tal vez ponia sus ojos con misterioso afan en la viuda, cuya edad era la que mas place á los donceles imberbes, casi el doble que la suya, la edad de las pasiones desenfrenadas, de la redondez de los miembros, de la tersura y solidez de las carnes, y que allá para sus adentros lamentaba acaso la muerte de Rodrigo de Tordesillas, pues se veia en sus lábios cierto movimiento como si murmurára.

Flerida para mi dulde y sabrosa
mas que la fruta del cercado ageno....

La aparicion del Inquisidor puso punto á los pensamientos y á las palabras de los tres.

Venia el bueno de Tenorio tan abstraido, tan meditabundo que la espresion de desconfianza del rostro de Doña Catalina llegó á mudarse en ira y hasta en furia.

—¿Qué ha contestado el prior? preguntóle haciendo esfuerzos para disimular.

—Que esperará ocho dias, dijo Tenorio laconicamente.

—¡Él tambien! repuso á media voz la viuda.

—La razon es como el sol, que alumbra á todos.

Doña Catalina se mordió los lábios. Los nervios de su rostro se contrajeron como si ahogase una imprecacion ó un insulto.

—¿Partió Guevara al fin con el mensaje?

—No señora. No quiere en modo alguno salir de Toledo.

Esta vez Doña Catalina hizo un ademan de cólera y tambien el Inquisidor.

—Yo partiré esta tarde al real, dijo la primera.

—¡Vos señora! esclamaron D. Pedro y el marqués en un mismo tono.

—Ya es forzoso.

—Arriesgais la existencia. Los comuneros están muy sobre sí.

—Tambien la arriesgo en Toledo. Quiero ver por mí misma esa entrada que tiene por Añover la cueva de Hércules. Mengua seria que pudiendo tomar la ciudad incontinenti....

—Ved que es seguro el fin de los que lo intenten, esclamó con fuego el Inquisidor.

—¿Dais crédito á las bravatas de Doña María? Conservarme vosotros guardas fieles en San Ginés....

—Ya es imposible.

—¿Qué decís? gritó levántandose la viuda.

—Se ha apoderado de la iglesia Doña María.

—Pues ¿y las gentes del marqués de Villena que la guardaban?

—Sí... sí... ¿dónde están mis gentes? añadió el marqués con aplomo.

—Camino de Escalona.

—¡Se han marchado! balbuceó ahogándose de rabia Doña Catalina.

—En guisa de fugitivos..... faltóles su señor, faltóles ánimo sin duda.....

—¡Traidores! ¡cobardes! ¡villanos! decia el marqués á voz en grito, corriendo como un loco por la estancia. ¡Abandonan á su señor natural! ¡le dejan en poder de los comuneros! ¡Vive Cristo! ¡Juro por la memoria de Don Enrique de Villena, que los he de

ahorcar á todos, aunque me quede sin vasallos, aunque pierda mis caudales y mi pueblo de Escalona!

Doña Catalina le contemplaba atentamente, y por eso no pudo vislumbrar una imperceptible sonrisa de satisfaccion en los lábios de Tenorio.

—Pero nos quedan por fortuna, dijo despues de un instante, los doscientos vasallos del duque de Maqueda. Con ellos recobraremos á San Ginés, pese á quien pese, mueran los que mueran.

Don Pedro enmudeció, y de un modo muy significativo, Don Diego acercóse á él desalado.

—¿Le acontece tambien al duque alguna desgracia?

—Yo lo barrunto, dijo Don Pedro en tono afligido.

—Esto es ya por demas, esclamó la dama.

—Pasé por Zocodover habrá una hora, y hallábanse allí reunidos los de Maqueda en son poco menos que de motin.

—¡Voto á mi ilustre abuelo Don Enrique! esclamó Villena.

—La partida de vuestros vasallos los desalentaba.....

—¿Conque estoy rodeada de traidores? dijo con voz ronca. ¿Conque la Magestad Cesárea no tiene un servidor leal y desinteresado? ¿Conque los embelecos de Doña María triunfan al fin de los derechos de nuestro rey y natural señor? ¡Ah! qué dichosa es ella! su parcialidad es vil, es despreciable plebecilla; pero en cambio defiende su pendon hasta verter la última gota de sangre, y muere con un nombre en los lábios, y se contenta con amor por toda paga; mientras al rey le piden derechos y riquezas los próceres, altos puestos los otros.....

—¡Doña Catalina! esclamó en tono de resentimiento el Inquisidor.

—No lo digo por vos, lo digo por el de Mondoñedo.

—¡Doña Catalina! dijo á su vez el prócer, creyéndose precisado á protestar tambien contra sus palabras. Los próceres.....

—No lo digo por vos, repuso con desprecio la viuda; lo digo por Pedro Giron.

—¡Ah! eso es otra cosa.

—¡Don Pedro! dijo la viuda de Tordesillas, cogiendo fuertemente á Tenorio por un brazo. ¿Sabeis si está en la ciudad aquel Mendo que andaba disfrazado de ermitaño?

—Lo ignoro, señora, respondió el erudito. Y como asaltado de una repentina idea, prosiguió:

—Mas ¿no le buscareis seguramente para realizar aquel propósito?

—¿Cuál?

—La muerte de Doña María.

Y callaron todos como si les faltara tiempo para entregarse á sus meditaciones.

—Podeis salir cuando os plazca, dijo Tenorio volviéndose á Garcilaso, que durante la conversacion habia permanecido un tanto apartado de los interlocutores.

—¿Estamos libres? esclamó el poeta.

— Y me duele de que hayais estado presos, pues no hubo en verdad razon.

—Partamos, dijo el marqués. Y añadió acercándose á Tenorio.

— Ahora necesito de libertad.

—No, vos no salis de aquí, señor Diego Pacheco, marqués de Villena, dijo Doña Catalina. Quedaos preso hasta que entren en la ciudad las tropas del rey.

El asombro del buen magnate era tal, que sus cejas parecian arcos y sus manos llegaban al techo.

—Pero ¿Qué crimen he cometido? murmuró.

— El que cometísteis ayer cuando os placia la prision.

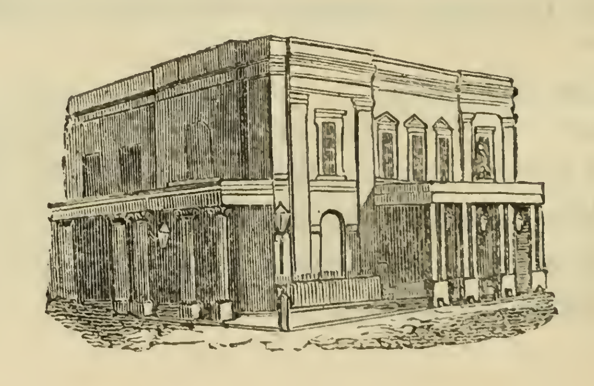
— ¡ Qué injusticia, qué iniquidad! esta señor Tenorio, es cárcel de la Inquisicion, es casa del Cabildo; aquí solo vos mandais.

—¡Ah! dijo Doña Catalina rechinando los dientes. Ya se vuelven contra mí.

Tenorio vacilaba: en sus ojos se leia.

—Los fueros de la Inquisicion, señora, no pueden ser atropellados. El marqués de Villena está inocente. Yo le devuelvo su libertad.

El grito de rábia de Doña Catalina estremeció el inocente corazon de Garcilaso. Los otros personages le oyeron casi indiferentes.





CAPÍTULO VIII.

QUE EL PARAISO DE LAS MENDAS SUELE SER EL INFIERNO DE LOS MENDOS.



ientras esto pasaba en el Taller del Moro, el ermitaño de la Fuensisla de Segovia, á quien vimos salir de la cueva de Hércules, con su talego debajo del brazo y todas las angustias del infierno retratadas en su horrible rostro, subia á saltos de pantera la verde colina de la Valdegollada, devorando con sus chispeantes ojos los sáuces y escondrijos de la silvestre gruta.

—¿Mendo? dijo desde la fuente la voz de la hermana Urraca.

Pero él que ya la habia visto, se plantó de un salto á su lado.

—Mucho tardaste, murmuró la mujer en voz pausada y temblorosa, como el que física ó moralmente padece.

—No me permite el prior descanso alguno, respondió Mendo. De Añover, del jadeante Tajo vengo. Avisan de la ciudad que se di-

late la entrada de la cueva de Hércules, y torno de reconocerla ahora, pues como tú no habitas ya allí, y en tus buenos servicios confiaba....

—¿Entrareis pronto en la ciudad?

—Dicen que dentro han pasado traiciones peregrinas; pero.... ¿has cavado la tierra?

—No, Mendo, no. Aquí desde ayer por la mañana en que me pusiste vivo, y duermo y me alimento con las provisiones que me dejaste, para que no te roben los soldados que tienen todo el contorno invadido. Gracias á mi atavío me respetan; pero tambien les inspiro doble curiosidad, y hube menester de mucha presencia de ánimo para esquivar sus indiscretas preguntas. Luego no falta alguno que á sus cabos haya oido decir que una penitente de la cueva de Hércules vá á abrirles la puerta de la ciudad... ¡Ay! ¡Mendo! te repito que á mi alma cansada, le es ya insoportable esta triste vida. Pasar creí lo que me resta en brazos de la soledad, y si bíen no pude vencerme y los engaños y momerías de mi vida de Segovia prosiguieron en la cueva donde tengo dados mas nécios consejos que dá golpes un batan, en la jornada eran mis horas un tanto tranquilas, y el puñal de mi conciencia no se me atravesaba en los ojos durante las eternas velas de la noche.

—¡Calla, calla hembra ruin! dijo el falso ermitaño que junto á la piedra famosa en que se sentaron Mendo y Noguerol pocos dias antes, se habia puesto á remover ansioso la tierra con su puñal. ¡Hembra apocada y ruin! Dices ahora semejantes fruslerías porque estás segura de que vamos á ser poderosos y felices con el dinero de la viuda de Padilla, que no las dijeras en verdad si un futuro tan negro como el de los tiempos pasados nos amagara. Y por Dios que siento apartarme de esta vida en la ocasion presente, que el padre Guevara me tiene prometida la alcaidía de una fortaleza real, cuando la guerra acabe; y como acaso no me negaria el rey un buen señorío, que pocos soldados le sirven tan bravamente como yo, pero mas vale pájaro en mano que ciento volando, y mas vale un toma que dos te daré. Aunque pudiera hacer fortuna en la córte y hombrear con los poderosos, y hasta añadir á mi escudo pendon y caldera, aunque pudiera verme señor de un castillo roquero y de algunas docenas de vasallos, á mis cinco mil ducados me atengo, á mis cinco mil ducados de mi alma, que dineros son calidad, y ellos á

donde quiera que los lleve me harán tener y pasar por honrado y caballero.

— Pero en la noche, murmuró mas y mas temblorosa la penitente, cuando al matar la candela y al meterse en el lecho, empieza para la fantasía una cosa semejante á la otra vida, y habla el silencio con nosotros en la oscuridad, recordándonos lo malo y lo bueno de nuestras obras.....

— Dígote que cayes ¡nécia! esclamó el bandido cesando un punto en su labor de mal talante. ¡Mal hayan tus recuerdos de la oscuridad y de la fantasía.

— Temo á la noche, Mendo, como á la muerte.

— En mis brazos dormirás sin temor alguno.

— ¡Mendo mio! balbuceó Urraca, volviendo tiernamente los ojos al falso ermitaño, como viajero fatigado que en el desierto el mas ténue rumor entre la arena le suspende creyéndolo murmullo de un arroyo. ¡Mendo mio! Cuando me dices palabras de miel todo lo olvido en el mundo, todo, hasta mis remordimientos. Obras y reinas en mí, como dicen los magos que obran los génios ocultos sobre los mortales. Si de tu compañía me aparto respiro mas libre, pero mas acongojada, puedo rezar, pero mis rezos son impíos, y me parece que el infierno me contesta con carcajadas atronadoras; vivo mejor pero con una vida mísera y triste; mas cuando te veo.... ¡oh! cuando te veo.... libertad, conveniencia, vida.... todo lo desdeño, todo lo maldigo.... y voy tras ti como la sombra vá tras el cuerpo arrastrada, seducida....

— ¡Mal tu grado! gritó el ermitaño interrumpiendo su labor ansiosa, entre dientes y acabando la frase de la emparedada. ¡Mal tu grado! ¡contra tu voluntad! lo sé: en el paraiso de Segovia me lo dijiste.

— ¡Ah! no me recuerdes aquellos dias.

— Nada quieres que te recuerde ¡voto al diablo!

— ¡Quién pudiera olvidar!

— Desde entonces me miras con horror.

— ¡Era mi pobre marido tan honrado! ¡tan inocente!

— Si mil veces resucitara, mil veces le mataria; esclamó Noguerol, arrancando su puñal de la tierra y vibrándolo en el aire.

Dobló Urraca la cabeza sobre el pecho y enjugó á hurtadillas con la punta de su toca dos lágrimas que de sus ojos se deslizaron.

—Mas á la flor de tierra estaba el dinero, dijo el bandido con la mirada chispeante de avaricia, inclinado sobre el hoyo que acababa de hacer, con toda la sangre de sus venas y todas las malas pasiones de su corazon reconcentradas en su cerebro.

—No, Mendo, te equivocas, repuso humildemente la reclusa. Recuerda que hiciste un hoyo muy profundo.

—¡Ay de tí si te has dormido! ¡ay de tí si me han robado!

—Te juro que desde ayer no se han cerrado un solo instante mis ojos. ¡Dormir!... ¡dormir!... ¡ojalá!... Aquella sangrienta sombra de Joaquina...

Cayósele á Mendo el puñal de las manos; pero pronto se repuso y esclamó.

—No hables de mi mujer ¿entiendes? no hables...

—¿Cuál era su culpa? ¡amarte mucho!... como yo... Y ayer á la madrugada ¿qué pretendia? impedir un crímen... un robo... Ella, la triste acataba tu voluntad... ella, la triste resignábase á que la olvidaras, á que huyeras conmigo de Toledo... á que la odiaras... á que la maldijeras... y las lágrimas al decirlo se le caian... pero los cinco mil ducados de la viuda...

—¡Voto á cinco mil diablos! esclamó el ladron vibrando nuevamente su arma homicida. ¿Cuánto va que me arrepiento de no haberte matado tambien á tí?

—¡Mendo! quizás te lo hubiera agradecido.

—¡Silencio ó mueres hembra menguada! si alguien pasa por la vereda... si acuden los soldados del prior... mi tesoro... mi tesoro... mi tesoro... ¿Y queria la necia de mi mujer que lo devolviese á su dueño? ¿sabes tú los años, los trabajos, las angustias que yo he pasado, persiguiendo al dinero que siempre se me huia como una sombra? Desde corsario hasta ermitaño, desde renegar de Dios hasta servirle, todo lo que puede hacer un hombre en el mundo, todo lo he hecho yo con la esperanza de allegar riquezas. ¡Vana esperanza!... El dinero es como las mujeres, que al que mas las ama le huyen mas. Y cuando Dios ó el demonio pone al alcance de mis cinco dedos, cinco mil ducados, ¡ahi es nada! un tesoro, un verdadero tesoro, lo que un pirata puede ganar en diez años de penalidades, de correrias, de peligros, de luchas con la muerte y con los hombres; lo que un falso ermitaño puede robar á las lámparas y á las limosnas de los santos en toda una vida de hipocresía, de humilla-

cion y de horrible soledad; cuando Dios ó el demonio satisface en un instante esta ambicion eterna de mi alma, ¿he de ir como un mentecato á postrarme á los piés de Doña Maria Pacheco y decirle: —Aquí están los cinco mil... —¡Eso nunca! ¡primero mil puñaladas en cada tela del corazon! Cuando ayer á la luz del alba salí de San Ginés con mi tesoro y el puñal, apercibido á partir todos los corazones que se me opusieran, cuando vine aquí, donde tú me esperabas, y entre las sombras del crepúsculo, con la ansiedad y la precipitacion del asesino que entierra á su víctima, enterré el saco debajo de este sáuce; ¡Urraca! esclamó el bandido, castañeteando los dientes de emocion, y fulminando á la reclusa miradas de loco; Urraca ¡entonces nací!; entonces se despertó en mis venas la sangre, y el corazon en mi pecho, y cayó de mis ojos la negra venda que me hacía ver negro el mundo, y desde entonces quiero vivir, y viviré, y seré poderoso y feliz, pese á quien pese...

—¡Calla! ¡calla por Dios! dijo la reclusa asustada por los gritos de Noguerol. Pudieran oirte. Ha poco bajó de la Sisla á tomar el fresco de la mañana en el cigarral de los trinitarios, el alcalde Ronquillo seguido de otro hombre negro y tenebroso como él, pero... murmuró Urraca.

—No mas: no mas. Acuérdate de mi mujer. A ella por ódio... á tí por amor...

Y trabándosele la lengua, concluyó su frase vibrando el puñal. Urraca lloraba silenciosamente bebiendo sus lágrimas para que no las viera.

Pasado un instante de aterrador silencio, púsose á cabar con nuevo brio el ermitaño.

—¡Bendito sea aquel necio de mi cuñado Aguirre! murmuró lentamente limpiándose el sudor copioso de su rostro. A él le debo el haberte hallado y ser rico...

Miróle Urraca de reojo mas muerta que viva.

—¡Ah! esclamó juntando las manos en actitud devota. ¡ah Mendo! pero tambien le debes un crímen.

—¡Calla!

—Y por él estuvo en poco que mataras á Lope... á tu hijo... tú ignorabas sin duda que lo fuese... como yo lo ignoraba tambien... ¡Ah! su condicion abiesa pudo revelármelo.

—¡Urraca, vive Cristo!

— ¡ En que trance tan cruel nos puso Aguirre!

— Le prohibí que á mi familia diera noticia de mi retorno, y como le importaba tambien mucho el secreto... ¡ Merecida le está su suerte! añadió meditabundo y ceñudo el ermitaño. Aconsejábale yo que marcháramos con el dinero á Portugal; pero él sándio, y neciamente aficionado á esta tierra, donde nació, obstinóse en venir á Toledo. A su demanda cedí seguro que Doña María perderia la vida en esta empresa; mas hemos venido harto pronto, harto pronto, que vive aun. ¡ Ah! si Lope no fuera tan necio, otro gallo nos cantaria á todos.

— ¿Te arrepientes?... dijo con amorosa pena la emparedada.

— Por el peligro que corre mi tesoro, me duele, que no por la venida, pues á ella le debo el haberte hallado, y el completar mi ventura.

— ¿Vendrá Aguirre con nosotros á Portugal? preguntó Urraca mirándole recelosamente.

— No le esperes.

— ¡Mendo! repuso aterrada. ¿Acaso....

Y se le helaron las palabras en la boca.

— Doña María le ha pedido cuentas.

— ¡ Ah!

— Y á estas horas probablemente las estará dando.

— ¿ Dónde?

— En el tribunal de Dios.

Y se puso á cavar con doble ahinco.

La reclusa lloraba silenciosamente. De momento á momento se ponia mas y mas contristada, mas y mas temblorosa. Luego le asaltó otra idea tremenda.

— ¿Vendrá Lope? dijo en medrosa voz.

— Tampoco, respondió Mendo.

Entonces ya no pudo reprimir sus lágrimas ni sus dolores.

— ¡ A él tambien....! á tu hijo.... ¡ ah!.... nos espera el infierno.

— ¡ Calla, nécia! mi hijo tiene en la ciudad ocupaciones que mas le interesan.

— Júrame que no le has asesinado.

— Te lo juro.

Y callaron los dos.

Solamente se oia en aquella deliciosa gruta para los cándidos

amores edificada por las manos del Supremo artífice, el ténue golpear del puñal que cavaba, y la agitadísima respiracion del cavador.

—¡Marta! el saco no parece, dijo el ermitaño rechinando los dientes, y apoyándose en el puñal clavado en tierra.

—Cava, cava, que le enterraste mas hondo.

—¡Ay de tí si me has robado!

—¡Robarte yo, Mendo mio!

El cansancio y la ansiedad, y la horrible desconfianza que hasta fiebre atroz le producían, hicieron á Mendo soltar el puñal.

Saca tierra con las manos, dijo volviéndose á la reclusa.

—Mendo no tengo fuerzas.

—¡Ah! tú me has robado: tú has estado cavando toda la noche por eso te faltan fuerzas.

—No, no, ¡Ay de mí! las del alma he perdido.

—¡A Mendo vienes con esas momerías! malos años para el que te crea, falsa penitente, ruin vendedora de reliquias falsas....

—¡Ay! trabajaré.... cavaré.... todo lo que quieras. Ya debe faltar poco.... dame el puñal....

—¡El puñal!.... repitió Mendo mirándola con negra desconfianza, que ella en verdad inspiraba, pues aquel esfuerzo supremo, aquella ficticia energía, y todos aquellos pesares reprimidos la habian extraordinariamente exaltado.

—¡El puñal! cava con los dedos.

Marta le comprendio, y ahogando un suspiro, se puso á arrancar la tierra húmeda con el vapor de la fuente. Pero el saco no parecia. De la boca de Mendo llovian blasfemias sacrílegas, imprecaciones.

—Cada instante que tardo en recobrar mi dinero, murmuró en voz entrecortada, me pone la cólera en el corazon nuevas ganas de acabar con todos los vivientes.... ¡Oh! si perdiera mi tesoro.... mi tesoro....

—Ya está aquí, dijo con melancólica alegria la reclusa.

—¿Estas segura?

—Si lo estoy.

—Cava mas aprisa.

—¡Ay! me canso de cavar.

—¡Ahora te cansas hembra ruin....! Tentaciones me asaltan de que por siempre descanses.

—Mira.... mira.... repuso con sonrisa de alegría la penitente, el saco descubierto....

—Cava.... cava.... ¡el saco!.... ya vuelvo á ver el saco....!

—Dame el puñal para que mas aprisa....

—¿El puñal? con los dedos.... con los dedos....

—¡Chorrean sangre!

—¿Qué me importa?

—No puedo mas:...

—Cava ó te mato.

—El saco está clavado en la tierra.

—Abréle... que vea yo mi tesoro.... que mis ojos se recreen una vez en la vida.... ¡tantos ducados juntos....! maldita noche....! en la cueva no pude contar.... maldita Joaquina.....! Quiero meter la mano y revolverlos y desparramarlos.... no, desparramarlos no, que puede perderse alguno.... déjame, apártate de ahí.... yo abriré el saco.... no quiero que gastes tus fuerzas, pobrecita, hija mia, alma de mi alma.... Déjame.... ¿No te apartas?.... vas á robarme.... en tus ojos leo tu intencion traidora.... ¡Ay de tí! y apartándola con vigorosa mano, se arrojó sobre el hoyo que su riqueza encerraba.

La reclusa no hacia punto en llorar. Sus lágrimas habian humedecido la tierra tanto como el vapor del venero.

—Mira, mira dijo en voz indescriptible Noguerol, tropezando al fin con la boca del talego y desatando la cuerda que le cerraba. Míra!.... tú no habrás visto nunca tanto dinero junto.... espera, ya se abrió.... ¡ah! mi mano torpe no acierta.... casi me dá miedo.... ¡que niñería! voy á sacar un puñado de oro.... Mira....

Y cerrando los ojos y estremeciéndose metió la mano en el saco.

Los latidos de aquellos corazones ahogaban el murmullo de la fuente.

Mendo sacó la mano.

—¡Ah! gritaron los dos de una manera horrible....

—¡Condenacion de Satanás!....

—¡Mendo mio! dijo la emparedada queriendo evitar con su ternura que perdiera el juicio.

—¡Clavos! ¡clavos son mi tesoro!

—Trocaste el saco en la cueva.... ese saco es mio....

—¿Tuyo?.... y el dinero.... el dinero... ¡ah! me lo has robado.

—No, no, sin duda lo dejaste allí.

—¡Mientes! gritó Noguerol arrojándole á la cara los clavos, que cada uno le hizo una profunda herida, ¡mientes! ¡me has robado el dinero!.... ¡tú trajiste los clavos!.... Tú, falsa penitente, impía vendedora de reliquias.

—Por mi salvacion te juro....

—Piensa en ella, que vas á morir

—¡Mendo!

—¡Pronto! ¡pronto! ¿dónde guardaste el dinero?

—¡Ay! ¡mira que te engañas! ¡mira que soy inocente! mira que te adoro mas que á mi vida.... Yo no sé.... no sé.... como ha sucedido.... ese saco es mio.... lo que guardaba yo en la cueva.... sin duda te equivocaste al tomarlo....

—No, no.... yo no equivoco el dinero.... ni con la sangre de mis venas.... Prepárate á morir....

—Acaso Martin Aguirre....

—¡Ah!.... ¿Qué dices?....

—O Lope....

—Sí.... mi hijo es capaz....

—El sabia.... que este saco....

—¡Ah! ya lo comprendo todo.... tú sabes tambien el trueco.... tú se lo aconsejarias.... acaso le amas.... seguramente le amas.... es un galan digno de tí.... por eso quisieras que viniese á Portugal con nosotros.... No hay remedio.... tienes que morir.... necesito de tu sangre para que no me ahogue la cólera.... y en cuanto á tu amante, á ese hijo sin corazon que en mal hora engendré.... sábelo ya.... le he delatado á Doña María.... y á lo presente él y Martin cuelgan de las almenas del Alcázar....

—Pero yo soy inocente.... no me mates.... quiero vivir para llorar, para padecer, para desagraviar al cielo que tanto he ofendido.

—¡El cielo!.... Desagrávialo al punto.... te queda un solo instante....

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué merecido tengo este castigo!.... Aquella triste niña que vendí en esta misma ciudad á los judios....

—Ya no espero mas.... en el medio del corazon he de darte la puñalada....

—¡Socorro!....

—¡Calla!

—¡Socorro!

Mendo la habia cogido con una mano por el cuello, y con la otra vibraba su puñal, apuntándole en el corazon, que ella encubria retorciéndose y enroscándose en el suelo.

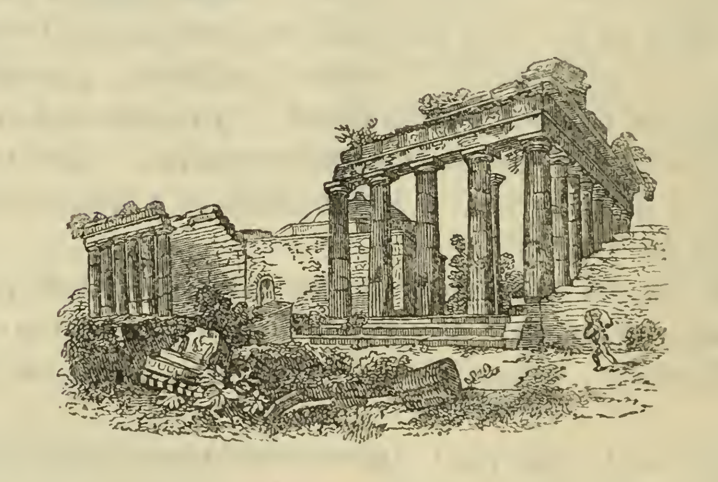
—¿Qué pasa aquí? dijo una voz por la parte de afuera.

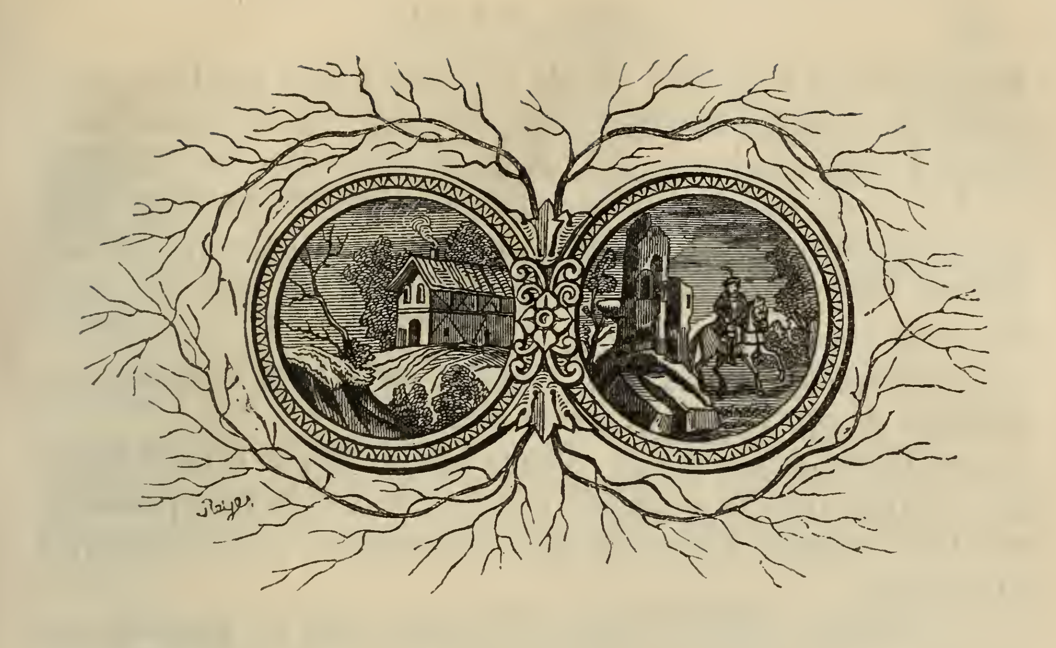
Y entreabrióse la cortina de follaje, dando paso á una cabeza horrible de ver.

Ni la vieron, ni oyeron su esclamacion los dos amantes.

—¡Ah! que es mi padre.... murmuró el recien venido. ¡Señor padre!.... poco á poco.... no hay que morir ni matar hasta no cumplirme la promesa de los mil ducados....

—¡Lope! gritó Noguerol saltando del suelo como una hiena. ¡Lope! me alegro de que vivas, para matarte yo.





CAPITULO IX.

QUE D. GONZALO PADILLA SE TOPÓ DE MANOS Á BOCA CON UN AMIGO DE SU PADRE

Lope quedó petrificado.

Aquel grito y la actitud de Noguerol eran para espantar á un hombre de hierro.

Quiso apartarse de allí; pero tenian sus manos convulsas tan fuertemente asidas las ramas del sáuce, que el mismo temor clavaba al suelo sus piés.

—El ladron es vuesa merced, atrevióse, sin embargo, á murmurar; vuesa merced, que se ha traido el dinero de la cueva sin darme parte alguna.

—¡Ira del cielo! ¿te atreves á decirlo? Tú, tú me lo has robado todo.

—¡Yo! repuso Lope sonriéndose de una manera torcida. ¡Linda disculpa da vuesa merced para apropiarse lo mio!

Noguerol tenia perdida ya la paciencia y hasta la sombra de razon que le quedaba.

—¡Ladron! gritó apretándole el cuello y haciéndole retroceder

hasta la vereda de la Sisla, donde se hallaba parada una litera, conducida por cuatro hombres vestidos de negro, que al parecer obedecian á Lope. ¡ Ladron! ¿qué has hecho de mis cinco mil ducados?

Al ver salir puñal en mano de la espesura de Valdegollada aquel estraño personaje, apartáronse de la litera los conductores, en son no muy bravo en verdad, y formaron un corro, sin duda para vender caras sus vidas.

— ¡ Silencio, señor padre, silencio! decia Lope batallando por desasirse de aquella argolla que le ahogaba.

— ¿Dónde está mi dinero, villano ladron? repetia el bandido ciego y sordo de ira. Tú cambiaste mi saco por el de la falsa penitente, que Dios confunda. Clavos me dejas en su lugar, y con ellos voy á crucificarte.

— ¡ Clavos! repitió el tuerto sonriéndose mal su grado de una manera que descubria su infame condicion. ¡ El saco de los clavos por el otro!.... Lucido queda vuesa merced en el cambio....

— ¿Te burlas, ira de Dios?

— ¡ Miren mi tio Martin, que parecia un sandio, cómo supo mas. Suélteme por Cristo vuesa merced, señor padre, que me ahogo.... Demás que Doña María le ha vengado á estas fechas. Mi tio Martin pasó á otra vida.

— ¡ Mientes! ¡ Mientes! Si él hubiera muerto tambien tú.... Eso lo dices para que no te mate.... ¡ El saco del dinero!.... ¡ Pronto, vive Cristo!

— Repare vuesa merced que los familiares del Santo Oficio nos escuchan, y las gentes del prior acudirán á nuestra reyerta.

— Cuando acudan te habré muerto.

— Yo no sé del dinero.

— Pero bien que de los clavos sabias.

— Como que yo los compré en Zocodover para la hermana Marta.

— ¡ Pues ira del cielo, voy á matarte por mercader de clavos.... Yo necesito matar alguno.... ¡ Vil ladron, muere!....

Y dándole una tremenda sacudida, hízole arrodillarse á sus plantas, y vibró el puñal sobre su frente.

— Ténganle.... ténganle.... gritó en voz debil Urraca, que cubierta de sangre todo el rostro salia penosamente de la gruta, con los cabellos erizados y los ojos descompuestos como de loca.

— Ténganle, ténganle, que va á matar á su hijo.

—¡Su hijo! repitieron los familiares corriendo hácia Noguerol denodados, pero al llegar á él no se atrevieron á tocarle al pelo de la ropa, como hacen los pilluelos de las aldeas cuando lidian vacas en sus calles.

—Ténganse al Santo Oficio, gritó el mas valeroso temblando de miedo, único que se atrevió á desplegar sus lábios.

Pero un mozalvete, en quien nadie habia reparado, que subia del Horno del Vidrio á toda prisa, metióse por entre los familiares, como se mete el cazador entre la jauria acorralada por el jabalí, y dando un tremendo mandoble á Noguerol en el brazo, que ya descargaba para herir á su hijo, hizo saltar el puñal á veinte pasos de allí.

Hubo un momento de confusion. Los familiares se arrojaron inmediatamente sobre el bandido y le sujetaron en el suelo, poniéndole casi todos sobre el pecho sus rodillas.

Lope se restregó el ojo que le daba luz, para cerciorarse de que no era muerto, y de que su padre no tenia ya el puñal para herirle, y el rapaz le alargó la mano para que se alzara del suelo.

—¡Señor Padilla! murmuró confuso el hijo de la infeliz campanera de San Ginés.

—¡Lope! repitió Gonzalo lleno de asombro.

Un penetrante grito salido de la litera aumentó la confusion de D. Gonzalo y de la penitente. Ambos volvieron el rostro, y como arrastrados maquinalmente fuéronse acercando á la litera.

—Señor padre, dijo el tuerto en voz misteriosa al ermitaño, que con una rodilla y una mano apoyada en la tierra, á mordiscos y á puñadas habia conseguido que los familiares le temiesen.

—No te acerques que te ahogo, respondió á su hijo en voz cavernosa.

—Escuche vuesa merced, añadió el tuerto acercándose mas aun.

—¡Ah! si te hubiera matado en la cueva.

—Nos importa á los dos.

—¡Apártate!....

—Pudiéramos allegar dineros.

—¿Qué dices de dineros? esclamó Noguerol saltando nervudamente, como una barra de acero por largo tiempo doblada.

—¿Quién me ha robado? Habla. ¿Dónde está? ¿Por qué no lo mataste? ¿Es tu hermano Leonardo? Le mataré: te lo juro.

— ¡Calle vuesa merced por Dios! No es eso lo que digo. Podemos allegar dineros fácilmente: en la litera llevo una garrida hembra presa por la Inquisicion de Toledo, que me encargaron condujese á la catedral; pero yo presumo que Zúñiga me pagará mejor la presa....

— ¡Una mujer! ¿Qué vale eso? Otra hay mejor y no quisiste matarla cuando mas importaba. Hoy mismo ofrecen dar doble dinero....

— Ya hablaremos en ese asunto, respondió pensativo Lope: yo negué mi ayuda, porque los mil ducados de vuesa merced parecian mas seguros; pero una vez que me faltan....

— ¿Y dices que esotra mujer puede valernos dinero?....

— Como que es hija de Padilla, segun cuentan.

— ¡Ah! esclamó el ermitaño.

Otro grito salido de la litera hizo á los interlocutores volver el rostro.

— ¡Maldicion! esclamó Lope. ¡D. Gonzalo me la roba!

— ¡No me la arrancareis, villanos! gritaba el niño Padilla puesto con la espada desnuda delante de la litera.

— ¡Hija mia! balbuceaba en la puerta del carruaje la penitente con los brazos estendidos hácia dentro. ¡Hija de mi corazon! ¡Al fin te hallo!

— ¡Mi puñal! ¿Dónde está mi puñal? dijo el bandolero lanzándose contra D. Gonzalo.

— ¡A él, familiares, á él! repuso el hijo de Joaquina encarándose con los familiares, que con ojos estúpidos contemplaban aquella escena.

Solo dos de ellos osaron tomar parte en la lucha.

Lope los azuzaba desde una eminencia adonde no alcanzaban los aceros.

D. Gonzalo se defendia como un leon; pero sin arte y con mucha desventaja, pues sus enemigos eran mas altos de cuerpo que él.

— ¡Un arma! un arma decia el bandido echando fuego por los ojos, y amenazando con el puño á los de la litera.

— Mátame á mí, le gritó Urraca volviendo á ponerse delante. Ya muero contenta; ya muero tranquila. He recobrado á la que crié á mis pechos.... á la que vendí por culpa de mi primer amante al judío toledano.... ¡Hija mia! ¡hija de mi alma!.... la amo tanto como si la hubiese parido.... ¡Dios eterno! ya puedo morir, pues

ella vive. El alma de mi marido no tendrá qque acusarme en tu presencia de este horroroso crímen.

—Sí, sí, dijo Noguerol, destrozando el macilento cuerpo de la penitente á sus rodillas abrazada; sí, sí, regocíjate cuanto quieras mujer bellaca; la has recobrado cuando va á quemarla la Insicion.

—¡Dios mio?

—¡Aparta que yo me apodere de ella y la salvaré!

—¡Nunca! ¡nunca! en el Paraiso de Segovia te fascinó su belleza.... no has de tocarla con tu mano maldita.

—¡A él, familiares, á él! repetía Lope azuzando á los combatientes.

—¡Villano ingrato! gritaba Padilla defendiéndose, recuerda que tus deudos han comido mi pan.

—Tu madre mató á mi tio.

—Lo mató Gonzalo Gaitan.

—Es lo propio.

—Yo soy tu amigo.

—De mi aborrecible hermano.

—¡Téngase, téngase á la Inquisicion ó le costará caro! decian los familiares, así los que peleaban con Padilla, como los que mas prudentes permanecian apartados de la lucha.

—Pero ¿qué delito ha cometido la hija de mis entrañas? gritaba como una loca la pobre reclusa de la cueva de Hércules. ¡Ella! una inocente de quince años, una flor que solo anhela brisa de amores, rayos de sol de primavera que la fecunden, gotas de rocío que vivifiquen su cáliz, ¿qué delito puede haber cometido?

—¿Qué murmuras ahí vieja ridícula y visionaria? respondió uno de los familiares del santo oficio. Flor inocente que ya dió fruto, niña de quince abriles, que por cierto no los emplea mal, esa ha asesinado á la campanera de San Ginés.

—¿Justicia divina! esclamó Urraca levantando los ojos al cielo. ¡Qué es lo que escucho!

—¡Condenacion! gritó abalánzandose á ella el ermitaño.

—¡A la campanera de San Ginés decís que ha asesinado! repetidlo, repetidlo.

—A Joaquina Aguirre, sí.

—Mentís todos como villanos que sois.

—¡Calla! dijo Noguerol, cogiéndola por la garganta, como un gigante coge á un niño.

—¡Lope! ¡Lope! si tienes sangre en las venas, si tienes corazon en el pecho, desnuda tu puñal; este es el que mató á tu madre.

—¡Mi padre! balbuceó el tuerto con los cabellos erizados. ¡Mi padre la mató! su merced es capaz de las mayores infamias.

—Sí, sí.... apoderaos de él.... que la Inquisicion lo queme por asesino.... por impío.... por bandolero.... ¡ah! que me ahoga porque digo la verdad, repuso la pobre Urraca, luchando entre las manos de su amante como un reo entre las del verdugo. ¡Que me mata! ¡socorro....! ¡el cielo me ampare! y asi me dejan morir á la luz del dia los hombres honrados.... Lope.... ¡Caín....! hijo desnaturalizado.... ¿consientes que yo muera á manos del asesino de tu madre?.... no hay justicia en la tierra.... el cielo.... el cielo....

Y calló falta de fuerzas; casi moribunda, al propio tiempo que acudian en tropel muchos soldados del prior de San Juan por la parta de la Sisla y dos hombres vestidos de negro por la parte del horno del vidrio.

Acorralado contra la litera el hijo de Padilla, seguia defendiéndose bravamente de los familiares de la Inquisicion, que al ver acercarse los soldados, menudearon sus golpes y redoblaron su ficticio esfuerzo.

Mas astuto el ermitaño de Segovia habia hecho una seña á su hijo Lope, seña que nadie advirtió en aquel hervidero de pasiones y cintarazos, y deslizándose ambos por detras de los familiares y de D. Gonzalo, dieron vuelta en torno á la litera, abrieron la portezuela contraria á la que el hijo de Padilla defendia, y antes que la jóven reuniese fuerzas para dar un solo grito, arrastraronla entre los dos por la vereda del cigarral de los Trinitarios.

Habia sido tan rápida esta escena, que cuando los lamentos débiles de Urraca, que yacía en el suelo caida, revelaron á D. Gonzalo el robo de la judía, ya se hallaban Noguerol y su hijo detenidos á pocos pasos de allí por dos hombres vestidos de negro, que subian á la Valdegollada.

En este momento llegaron los soldados de Zúñiga.

—¡Favor á la Inquisicion! gritaban los familiares, acosados por Padilla, que aunque flojos y desmañados repartian sus mandobles á diestro y á siniestro.

—¡Favor al rey! dijeron los soldados, empuñando sus espadas.

Y creció la confusion, y se embrabació la lucha.

Padilla sucumbía.

Sus ojos empezaban á perder el fuego, temblaba en sus manos el estoque, y la palpitacion de su pecho era tan agitada que su cuerpo se estremecia como el junco en que se estrella un torrente.

—¡Valor, mancebo, valor! decia la hermana Marta, revolcándose en el suelo medio muerta. ¡Valor....! ¡ay...! será inútil, que el infierno ayuda á los malos.... Vedle, vedle.... allí acude Satanás, allí viene á darles ayuda....

Con efecto uno de los hombres vestidos de negro, el de mas feroz y mas fea catadura, subia precipitadamente á la Valdegollada, gritando:

—Ténganse, ténganse al alcalde Ronquillo.

Los familiares de la Inquisicion retrocedieron.

—¡Miren el rapáz! dijo el alcalde contemplando á D. Gonzalo con desdeñosa admiracion. ¡Miren el rapáz y cómo pelea! Hace bueno á mi hijo D. Luis. ¿Habré de creer al postre que estos muchacos de ahora son de otro temple que nosotros? ¡con todos los familiares del santo oficio se atreve!

—¡Justicia, señor, justicia! gritó Urraca arrastrándose hasta el alcalde, cuyos pies abrazaba con sus manos. El cielo trae á la justicia á este lugar. Aquel hombre que me roba á mi hija, á la que he criado á mis pechos, es un ladron, un bandido, un renegado. de la ley de Jesus, que acaba de asesinar á su mujer.... y ella, la triste niña, está inocente, señor, está incente y pura como los ángeles.... El Inquisidor general la encarcela Dios sabe por qué.... Dios lo sabe....

—¡Ah! ¡el Inquisidor....! murmuró meditabundo el alcalde.

—Pero yo se la llevo al prior, repuso Lope acercándose á Ronquillo para que esté mas segura.

—Basta, basta, señores plebeyos. Se hará justicia como Dios manda.

—Pero vil ladron, la ha robado... aquel vil foragido se la lleva...

—No hay tal, y calle he dicho, repuso el alcalde de córte en el tono de imperio que usaba con los villanos. Harto sabe Mendo Noguerol con quien se las há.

Y asomándose á la vereda del Horno de vidrio, gritó á su com-

pañero que ya subia lentamente á la Valdegollada seguido de Noguerol y de la jóven que en su brazo se apoyaba falta de fuerzas.

—¡Maese Antolinez! ¡maese Antolinez!

—Allá voy señor alcalde, respondió el hombre vestido de negro. Esta rapaza me dá que hacer mas que Padilla y que todos los comuneros juntos.

—¡Villano! gritó D. Gonzalo corriendo hácia él y quitándole de un bofeton la caperuza. ¡Osas hablar de Juan de Padilla con la cabeza cubierta!

—¡Eh! vos, seor doncel, que así maltratais á la justicia, lo que merece pena de horca, dijo el alcalde cojiéndole por un brazo ¿quién sois para atreveros á Maese Antolinez?

—Quien quiere y puede, contestó el niño con arrogancia. Quien hará que el mismo rey pronuncie con respeto el nombre de Juan de Pádilla.

—¡Comunero y tan mozo! murmuró el alcalde Maese Antolinez, mucho trabajo va cayendo. Esta tierra está infestada.

—Es hijo suyo, añadió Lope sonriéndose con feroz complacencia.

—¡Hijo de Juan de Padilla! gritó el alcalde dando un rugido de tigre.

—Y de Doña María Pacheco, repuso Gonzalo mirándole frente á frente.

—¡Ah! dijo uno de los soldados del prior. Tú eres el desleal mancebo que antes de ser armado falta á las leyes de caballería, y con ayuda de vecino recobra su libertad.

—¡Tente, villano! que á entregarme voy al prior como á un caballero le cumple.

—Para justicias basta y sobra con el alcalde Ronquillo.

Y volviéndose á su compañero que ya llegaba á la eminencia, le gritó de mal talante.

—¿No acabais maese Antolinez?

—¡Ah! gritaba Sara luchando con Antolinez..... este hombre me asusta mas que el ermitaño de la Fuensisla..... no te acerques..... no me toques..... tu mano me abrasa.....

—¡Cojedla, cojedla! maese Antolinez. Para vos será probablemente, que huele de á legua á judía, así como este mancebo que es hijo de Juan de Padilla.

— ¡ Para él !.... gritó la reclusa volviéndose á una y otra parte desatentada, su rostro lleno de heridas, sus ojos tintos en sangre..... ¡ para él !....

Pues ese hombre..... ese maldito sayon..... cuando Ronquillo le regala..... ¿Quién es?

— El verdugo de Valladolid, respondió el alcalde impávido.

— ¡ Cielos !

—Llevadlos Antolinez á los dos, y que empiece el proceso Roque Gallifa.

— ¡Gracias, Dios mio! dijo en dulce tono Gonzalo Padilla..... sufriré con ella..... moriré con ella.

— ¡ Esto mas ! repuso el alcalde sonriéndose ferozmente. ¡ Devaneos amorosos tan temprano ! flores de almendro que pronto nacen y pronto mueren:

— ¡ Rodrigo Ronquillo ! gritó la reclusa de la cueva poniéndose en pié y levantando al cielo su brazo. ¡ Rodrigo Ronquillo ! si eres cristiano, si temes á Dios escucha.

El alcalde quedóse un tanto sobrecogido de aquel tono, y del traje que la penitente vestia.

—Esa mujer no es hebrea, es de sangre cristiana como tú.

— Quiere decir que le daremos soga en vez de fuego, respondió Ronquillo reponiéndose.

— Si, si..... añadió Sara en voz lamentable desde su sitio; cristiana como su esposo Don Juan Bravo.

— ¡ Ah ! murmuraron á un tiempo el alcalde y el verdugo, mirándose uno á otro con fiera satisfaccion.

— ¡ Esta es la famosa judía del capitan comunero ! añadió Ronquillo mirándole con curiosidad.

— Si, si, Rodrigo Ronquillo; pero escucha, repuso la penitente arrastrándole hácia sí con fuerza sobre natural, y poniéndole su boca en el oido, sin perder por eso su actitud solemne. Si, pero escuche..... no la juntes en la prision con el mancebo..... no quiero perder dos almas y la tuya, Rodrigo Ronquillo..... porque esa jóven.....

— ¡ Ah ! esclamó el alcalde dándose en la frente una palmada. Teneis razon.

— ¿Tú sabes?

—Si.

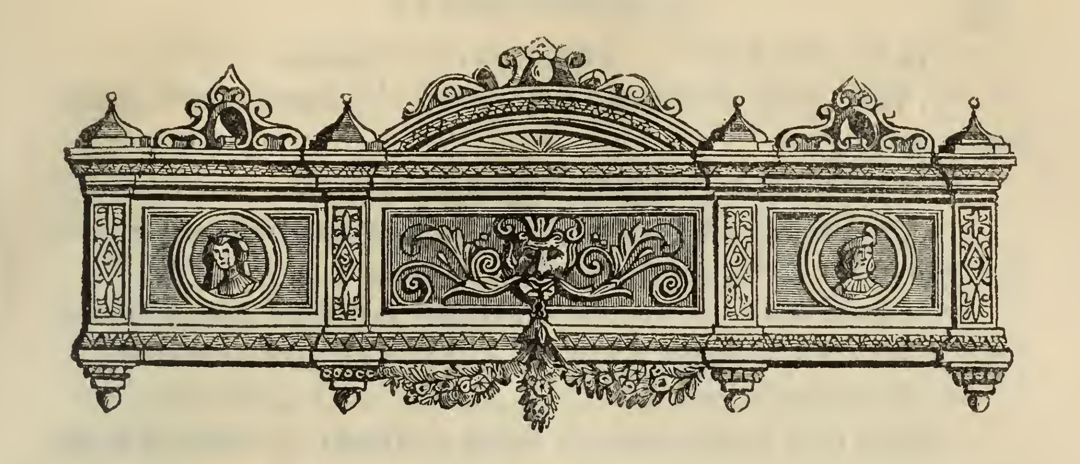
— Esa jóven es tambien hija de Juan de Padilla.

—Digo que teneis razon, repuso friamente el alcalde. Cortaremos de una vez todas las ramas de ese árbol podrido, pero sin cargar la conciencia.

Y volviéndose á los circunstantes añadió en el mismo tono:

—Maese Antolinez, soldados y familiares, á la Sisla.

FIN DEL LIBRO TERCERO.



LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

DONDE SE VE UNA COSA NUNCA VÍSTA; UNA MUJER QUE NO QUIERE CASARSE.



e la capilla del Alcázar de Toledo, á la siguiente mañana que era domingo, salia la devota condesa de Monteagudo, acompañada de Menda.

Leonardo Noguerol habia salido antes y las esperaba á la puerta.

—Hermano, le dijo la jóven en tono de reconvencion y bastante bajo, para que no lo oyese la condesa que se habia quedado un tanto atrás tomando agua bendita; hermano, ya sabes que en misa no quiero mirar á nadie.

—¿Por qué lo dices? esclamó el comunero melancólicamente. ¿Me has mirado acaso á mí?

—¿Pude hacer otra cosa?

—Yo no te he mirado.

—Pero yo te he visto.

Y no se atrevió á proseguir.

—Te he visto llorar..... dijo luego entre dientes.

—¡Ah! ¡cómo te engañas! murmuró el jóven confuso. ¡Ojalá fuera cierto!

Un profundo suspiro levantó la tabla de su pecho.

—¿Qué tienes? dijo cariñosamente su hermana adoptiva cojiéndole una mano. Estás pálido y triste.

—No puedo dormir, no puedo sosegar. A pedirle resignacion al cielo he venido á la capilla.

—¡Pobre madre nuestra!

—Harto bien comprendes mi dolor profundo: la sombra de mi madre no se aparta un momento de mi lado. ¡Pobre madre mia! salió del mundo sin ver realizada la mas alhagüeña de sus esperanzas.

—¡Ah! ¡qué dices! esclamó la jóven adivinando su pensamiento.

—Menda, repuso Noguerol como si aquellas palabras le quemaran los labios, Menda es preciso.....

—Te comprendo, hermano mio.

—Pero.....

—No digas mas. Harto bien conoces tú que es imposible. Ella misma si viviera se opondria á mi boda.

—Sin embargo..... no vive..... no puede oponerse.....

—¡Ah hermano mio! ¡qué horrorosa situacion la nuestra!

—La voluntad de los muertos es sagrada.

—Y yo la cumpliria si en mí estuviese.

—Está en ti.

—Mi señora se opone.

—Yo la convenceré.

—La condesa aborrece á tu hermano.

—Pero es una santa: la convenceré tambien.

—Yo.....

—No me lo digas.

—Le detesto.

—¡Calla! ¡calla!

—Con todo mi corazon.

—Lo sé por desdicha mia.

—Amo á otro.

—¡A otro! respondió en voz vibrante de ansiedad y júbilo el comunero.

—A otro, sí.

—¿Desde cuando?

—Desde siempre.

—¡Ah!

—¿Por qué me has arrancado este secreto?

—¿Y él te ama? le preguntó Leonardo con ansiedad.

—No lo sé, dijo la jóven bajando la vista.

—Pero tú lees en su corazon.

—Está su corazon reñido con sus palabras.

—¿Qué dices? ¿de qué le acusas?

—De tener el alma de hielo.

—¿Porque te recuerda un deber?

—Porque me pide un imposible.

—¿Y si él cumpliera otro mas triste aun?

—¿Cuál?

—Hacerse sacerdote.

—Me moriria de pena.

—El tambien, y sin embargo....

—Dímelo todo.

—Quiere verte morir.

—¡Ah!

—Y moriria él.

—¡Horroroso destino!

—Dios lo quiere. Menda, prosiguió el jóven en voz tranquila, si no cumples al momento la voluntad de mi madre, tendré que maldecirte, porque serás la causa de mi condenacion eterna.

—¡Tu condenacion! me horrorizas.

—¿Quieres evitarla?

—Habla.

—Júrame lo primero....

—No, no....

—¡Ah! tu anhelas la perdicion de mi alma.

—No por Dios, Leonardo. Habla: mi voluntad es la tuya.

—Esta noche....

—¡Esta misma noche....! ¡Dios mio....!

—No.... me olvidaba de que mi hermano.... ¡ah cuántos tormentos, horrorosas sospechas....! no puede mi hermano venir esta noche al alcázar.... Yo quise.... pero él.... tiene una ocupacion.... Dios sabe cual....

— ¡ Si no me ama !

— Sí, Menda, sí, aunque tambien ama otras cosas en el mundo.

— Malas serán.

— No son muy buenas; pero á nosotros nos toca desconocerlo.

En este punto salió Doña Casilda de la capilla santiguándose.

— Buenos dias, señor Leonardo, dijo al llegar á la puerta donde estaban parados los dos jóvenes.

— Dios guarde á vuesa señoría, contestó Noguerol.

— ¿Se ha descubierto ya la mano que hirió á la pobre Joaquina?

— No señora. Como el deber me detiene en el alcázar, y San Ginés está convertido en un campamento.... ¡ pero yo descubriré al asesino.... yo le descubriré aunque me cueste la vida....!

— Doña Teresa Martinez, dijo la devota, vino ayer á revelarme un horroroso secreto. La santa Inquisicion se ha apoderado de una muchacha judía que aparece criminal.

Leonardo meneó la cabeza tristemente.

— No lo crea vuesamerced.

— No señora.

— Sin embargo de una judía todo puede esperarse.

— Yo la ví un momento antes de la trajedia.

— ¿Con que hay verdad en el cuento de la Martinez?

— Es una inocente niña.

— Pero judía, señor Noguerol, enemiga de Dios y de los cristianos.

— Jurára yo que no es criminal.

— Pues ¿de quién sospechais? ¿no será de la penitente?

— Dicen, añadió Menda, que ha desaparecido de San Ginés.

— No pienses mal hija mia, esclamó asustada la condesa de Monteagudo. Forzosamente habia de desaparecer aquella santa reclusa cuando entró en su cueva el demonio.... Quizás la habrán asesinado á ella tambien.

Leonardo se sonrió.

— Pero lo que me trae sin sosiego, repuso misteriosamente la condesa, es otra cosa que de la judía me ha contado la de Martinez. Desvarío de los mas locos me parece; pero si fuera cierto.... ¡ Dios nos libre! ¡pobre hermana mia! yo no lo puedo creer.... no puedo creer que Juan de Padilla....

Y se detuvo pensando sin duda que no debia revelar aquel secreto.

— Señora del alma, dijo gravemente Leonardo en el momento en que saliendo de la capilla se dirigian los tres al patio grande; señora del alma, una merced vengo á pedir á vuesa señoría, para Menda.

— No se la otorgue vuesa señoría, dijo la jóven presurosa.

— Por Dios, sí: es desvarío suyo esta resistencia.

Menda rompió á llorar.

— ¿Qué es esto? dijo Doña Casilda asombrada.

— ¿Es verdad señora, murmuró la niña, que no debo casarme con Lope?

— ¿De Lope se trata? repuso con asombro la beata.

— De Lope el inicuo y desalmado que me ha hecho verter tantas lágrimas.

— No en modo alguno. Yo no lo consentiré ni mi hermana tampoco, que ya de su empeño la hice desistir delatándole, como te quiso abofetear en la Sisla el otro dia; no debes casarte hija mia.

— ¿Lo oyes, cruel? ¿lo oyes? dijo Menda volviéndose á su hermano con celestial sonrisa.

— ¡Ah! murmuró el jóven á pesar suyo con profunda alegría.

— Para mejor marido te guarda el cielo.

— Pero la voluntad de mi madre.... repuso Leonardo con una insistencia que le era sin duda muy penosa, pues cada palabra le costaba un suspiro; la voluntad de mi madre.... ella se perecia por verla casada....

— Eso es verdad; dijo la beata vacilante.

— Y para nosotros es sagrado aquel deseo.

— No digo que no.

— ¡Señora! esclamó afligida Menda, acaso si viviese Joaquina renunciaria.

Pero tampoco digo que sí. Igualmente se perecia por ver á vuesamerced sacerdote....

— Y me verá desde el cielo esclamó fogosamente Leonardo.

— No es lo uno como lo otro, señor Noguerol.

— A mí me va en ello la vida, murmuró Menda al oido de la beata.

— En ese caso....

— A mí me va en ello la salvacion, dijo Leonardo en voz baja tambien.

—Pues entonces.... ¡oh....!

—Si caso con Lope moriré en verde juventud, añadió Menda.

—¡Pobrecita mia!

—Eso nunca.

—Yo le detesto, dijo Menda.

—Y haces muy bien.

—Yo la adoro, dijo Leonardo.

—¡Jesus mio!

—¿Qué le dice á vuesa señoría ese cruel? esclamó la jóven apercibiéndose de aquel curioso juego de palabras.

—Nada, nada.

—Algo decía....

—Que es forzoso que cases....

—¿Con quién? esclamó la niña con ansioso júbilo.

—Con Lope,

—¡Gran Dios!

—Él lo ha dispuesto así. Es decreto supremo que no debes desobedecer. La pobre Joaquina que te sirvió de madre.

—¿Ha de servirme de verdugo despues de muerta?

—¡Niña! ¿qué dices? esclamó con enojo la condesa: ¡á quien te impone un deber sagrado llamas verdugo!

—¡Cruel! dijo Menda, mirando á Leonardo á través de sus lágrimas.

—No se hable mas en esto. Yo convenceré á mi hermana María que estaba determinada á no consentir la boda. Al punto ha de hacerse.

—¡Al punto! murmuraron á un tiempo los dos jóvenes.

—Sí, sí, al punto, repitió Leonardo.

—Ya mirais, hijos mios, lo ocasionada á desdichas que es nuestra situacion. Aunque se goce mi hermana con esperanzas de triunfos y fortunas, yo no las abrigo en modo alguno, que tengo en Dios puesta toda mi fé entera y no puedo presumir que á Dios le plazca de estos desacatos contra el rey que es en el mundo su semejante. Además tenemos en nuestra propia mansion al hereje y desalmado Antonio Acuña, que está atrayendo sobre nosotros las iras del cielo por sus pasadas impiedades y blasfemias.

—No puede vueseñoría decir nunca otra cosa, respondio Leonardo, que sin embargo habia torcido el gesto al oir aquella filípica

contra Don Antonio. Esta misma noche pensaba yo que casaran; mas no es posible.

Menda se deshacia en lágrimas sin despegar sus lábios.

— ¡Pobre niña! murmuraba la condesa.

— Me parte el corazon, dijo Leonardo.

— ¡Malograda juventud! murmuró Menda.

— ¡Malogrado amor! murmuró Leonardo.

— Dejadnos partir, dijo la condesa colocándose entre los dos, como el deber implacable se interponia entre sus deseos y sus corazones. Yo la convenceré que es buena cristiana. Vuestra presencia la entristece mas y mas.

— ¡Imposible, señora, imposible! Cuando tan cerca estoy de perderla, menos que nunca me canso de mirarla.

— ¡Señor Leonardo! murmuró ofendida la devota. No pronuncieis jamás tales sinrazones en mi presencia. Como sacerdote debeis ya de miraros, que quien tan buen camino sigue, buenamente debe andar; vuestro desvarío es pecaminoso; vuestro amor sacrílego.

— ¡Ah! no, el cielo no puede pensar así: el cielo no puede arrebatarme todas las esperanzas de mi triste vida de ese modo.

— Hermana vuestra ha de ser, que no otra cosa.

— ¡Ay! ¡si pudiera impedirlo!

— ¡Señor Leonardo!

— El infierno es quien me la roba; el infierno es quien me condena á eternal desdicha. ¡Y yo le ayudo!

— ¡Dios mio! ¡tales despropósitos escucho de vuestros lábios! Partid: os lo mando: estais á dos dedos de la condenacion: respetad un alma que no ha sido como la vuestra manchada por el demonio.

— ¡Señora!

— Partid os digo: no provoqueis mi justo enojo. ¡Que se haya apoderado la heregía de todos los corazones comuneros!

Y como en esto llegaban á el pátio grande, le señaló imperiosamente las arcadas por donde se baja á los subterráneos.

La exaltacion del triste mancebo era tal, que en vez de ausentarse quedó clavado allí.

Las descompuestas palabras de la beata le exaltaban en vez de aplacarle. Menda seguia maquinalmente á su señora con la mano sobre los ojos.

— Adios pues, dijo Leonardo haciendo un supremo esfuerzo

y dirigiendo su despedida á la jóven antes que á la beata.

—Dios os guarde, contestó esta.

—¿Te vas? repuso Menda corriendo desalada á su hermano adoptivo. ¿Te vas con tu deseo logrado, y decretada mi muerte?

—¡Menda mia! balbuceó el jóven mirando alternativamente á la condesa que estaba de rubor y enojo como la amapola, y á su hermana que la desesperacion la tenia como demente. ¡Menda mia! si me miras así, acabaré por renegar de todo el mundo.

—¡Oh! yo no puedo resignarme á llorar toda mi vida, repuso la jóven desahogando sus sollozos en el seno del mancebo. Es preciso que sepas.... ¡Oh Leonardo! ¿qué te he hecho yo para que así me trates? mira, tengo tantas cosas que decirte..... esta noche..... antes de las doce, porque la condesa á las doce en punto sale á rezar el viacrucis, espérame desde el retrete de Doña María hasta el ajimez de la escalera, por donde pasaré con mi señora que vá todas las noches á dar un beso á su hijo dormido.

—¡Ah! ¡qué me pides!.... venir yo.... ¡á verte!... á la media noche.... como un amante.... como un galan, que espera amorosas palabras....

—¿Me niegas este último consuelo?

—¡Menda!

—¡Cruel! ¡esto mas!

—¡Menda! mírame ¿no adivinas?....

—Nada adivino, nada quiero saber, puesto que te niegas á recibir la mitad de mis pesares. ¡Ni hermano mio quieres ser siquiera! ¡Ah Leonardo! no esperaba de tí tal desamor.

—Vendré.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¿Por el alma de tu madre?

—Por el alma de mi madre, respondió solemnemente el comunero.

—¿Antes de la media noche?

—Antes.

—¿Recuerdas?

—Desde la puerta de Doña Maria hasta el ajimez.

—Gracias, Leonardo.

Y estrechándole estremadamente la mano, bajó los ojos ruborizada.

La condesa habia seguido su camino por el patio grande sin que lo repararan ellos.

Escandalizada iba y llena de enojo.

—Señora.... dijo acercándose Menda.

—¡Aparta infeliz, aparta! repuso la devota alejándola de sí con la mano sin mirarla al rostro. De satanás te veo pronta á ser presa. Nada mis consejos pueden, nada mis religiosas exhortaciones, nada tu propio interés y cristiano espíritu.

—Mas yo señora ¿qué hago, pobre de mí?

—¿Qué haces? despertar al que duerme en el sueño de la virtud; encender en Leonardo unos deseos que perderán su alma para mejores fines nacida. ¿No sabes que se inclina á la Iglesia?

—Inclinacion llama vueseñoría....

—¡Calla!.... no quiero oirte una palabra mas. De mí no vuelvas á hacer memoria hasta que estés con Lope casada. Bien te prediqué, y bien mal lo aprovechas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué desdichada nací!

—Y á mi hermana que en tanta estima te tiene, yo le diré las prendas que halló en tí, yo le diré como anhelas por desviar á Noguerol del camino de la virtud.

—Pero señora....

—Trabucándole el sentido....

—Yo no hago tal.

—Aquí viene. Dios me la trae. ¿Hermana María? ¡Qué pálida está y qué desatentada! ¡Ah cielos! no solo ha de poner en peligro su salvacion, sino tambien su vida. Mucho tiemblo por ella á cada instante, que ni duerme, ni reposa, ni goza buena salud.

Con efecto, por la parte opuesta desembocaba la viuda en el patio grande, seguida de Gaitan y de Nebrija.

Traia desordenado el traje, suelto el cabello, desencajados los ojos, y en todo lo demás de la persona horrorosamente alterada.

Miraba á una y otra parte desatentadamente como loca.

Nebrija y el caballero parecian no menos asustados.

—¿Hermana María? le dijo la condesa corriendo á su encuentro.

—¡Ah! esclamó la viuda corriendo tambien á ella, y dándose un golpe en la frente, como si entonces la viera ó la conociera por primera vez. Tú podrás decírmelo. ¿Sabes dónde está?

—¿Quién? repitió la condesa con asombro y susto.

—El.... por todas partes le he buscado....

—Pero ¿quién es?....

—El ¡imbécil! ¡él! solo en tus beaterios entiendes. Anoche no vino al Alcázar; yo le creia con los defensores de San Ginés.... por eso tuve casi algun sosiego.

—¡El! repitió la de Monteagudo cada vez mas confusa.

—¡Gonzalo, imbécil, Gonzalo! ¡Mi hijo! ¡que no parece! ¡que no se le halla en ninguna parte!

—Vueseñoría se atormenta con sus propias imaginaciones, dijo D. Baltasar, con aquel semblante y aquel acento de profunda calma cristiana que le hacian parecer un mártir en medio del mundo. ¿No le dejó en San Ginés Juan de Sosa?

—Sí, Nebrija; sí, repuso llorando la viuda; pero aquella separacion ocultaba un siniestro propósito, no lo dudeis, como yo no lo dudo ya. Ahora lo comprendo. ¡Separarse él de Juan de Sosa! En el momento que este le advirtió que tenia que traerme un recado del marqués de Villena, le dijo Gonzalo que restaba en San Ginés algunas horas, pues ya sabeis todos, señores, cómo le place en sus verdes años de estar en faccion, de hacer la centinela, de la vida de soldado.... ¡Ah Dios mio! ¡Dios mio! ¿Quién me dirá dónde está?

—Yo bien sé la ocasion, dijo Gaitan, de que se atribule tanto vueseñoría; mas no es posible que los imperiales se hayan apoderado de él, pues ninguno queda en la ciudad. Los de Villena marcharon ayer, como vueseñoría sabe, y los de Maqueda anoche, que me lo acaba de participar el odrero Rivas.

—Esos son los leales, amigo Gaitan, los leales, que traidores quedan muchos de las murallas adentro. Tú los conoces como yo.

Gonzalo bajó los ojos.

Habia creido entrever en los lábios de Doña María el nombre de su hermano, próximo á pronunciarse.

—Además, prosiguió esta, no sabemos si ha marchado la viuda del procurador Tordesillas, político con haldas, el mas temible y revoltoso de todos los imperiales. ¡Oh! ¡Como se realizaran mis sospechas!.... ¡Como estuviera preso mi hijo y ella en Toledo todavía, yo juro!....

—Hermana, murmuró la condesa, yo espero en Dios que nada hareis contra una dama principal.

—Con un niño se ensañan ellos.

—Donde menos lo penseis estará Gonzalo.

—Mucho me temo....

—Haced un voto.

—¡Siempre votos!

—¿Os ha ido tan mal con el clavo?

Doña María calló por toda respuesta.

—Tomadle, dijo su hermana sacándole de la escarcela; tomad el clavo del mártir godo; rezadle con fervor un padre nuestro y vuestro hijo parecerá incontinenti.

De la puerta vino en este momento un soldado de los guardas en el Alcázar, á decir que la mujer de D. Pedro Laso pedia venia para entrar.

—¡Oh! murmuró Doña María apoyándose en su hermana para no caerse, y tapándose los ojos con la mano. ¡Doña Teresa Martinez! ¡Alguna mala noticia viene á traerme! ¡Dios mio! ¿Qué le habrá sucedido al hijo de mis entrañas? ¿Le habrán asesinado como al de Guzman el Bueno?

—No ofendais á Dios, hermana, que aquel está tenido por santo en toda Castilla.

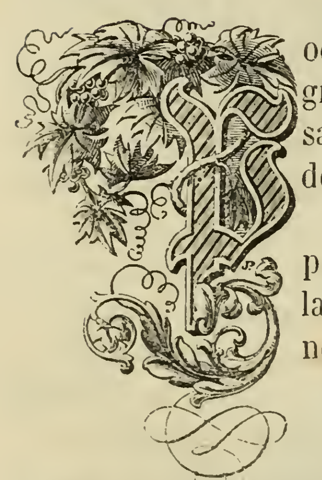
—Y el mio ¿es algun diablo? esclamó frenética la viuda. Me haceis decir disparates con vuestro insulso beaterio.





CAPITULO II.

CURIOSÍSIMO EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS CAMPANAS.



ocos momentos despues apareció en el patio grande la dama del ridículo tontillo, la envidiosa y vengativa mujer del presidente de la junta de Avila, Doña Teresa Martinez.

Venia de misa, pues la acompañaba un paje portador de un cojin de terciopelo y del libro de las devociones, aforrado en pergamino con manecillas de oro.

La viuda serenó su semblante.

Doña Casilda arrugó el suyo.

No sabia disimular como su hermana.

Mucha parte del continente victorioso que reparamos en Doña Teresa cuando fué á llevar la noticia de la derrota de Villalar, lo habia perdido á la puerta del Alcázar, trocándolo por un despecho mal disimulado.

Le enojaba que Doña María viviese á la sazon como una reina, rodeada de soldados y servidores, mientras ella, la mujer de Pedro Laso, del antiguo presidente de las comunidades, hoy convertido á

la amistad del Emperador, vivia como una simple hidalga, con dos ó tres pajes y doncellas por toda córte.

Como las mujeres juzgan y obran por impresiones momentáneas, ni siquiera pensó que un soplo podia desbaratar el poder de la viuda de Padilla.

Ni siquiera pensó que su envidia era infundada.

Si lo hubiera pensado, si hubiera comprendido que aquella rival que tanto la humillaba podia verosimilmente pasar de un momento á otro desde el Alcázar al patíbulo, seguramente que respirara su corazon mas desahogado.

—Mucho me place de veros en mi casa, dijo Doña María leyendo en su nebuloso rostro las emociones que la agitaban. Sin duda que vuestra venida será ocasion de saber cosas que ignoro.

—¡En vuestra casa! replicó Doña Teresa con refinada ironía. ¿Pues no la teneis en la calle de los Tendillas? allí vivió siempre el conde vuestro padre, mi ilustre pariente, que por lo menos era tanto como vos.

—Aquella, repuso la viuda tranquilamente, es la de mi familia.

—Y esta... la del rey si no lo tomais á enojo añadió sonriéndose con afectada inocencia.

—Que yo en buena guerra le he ganado, con que es mia.

—No la juzgo yo ganancia.

—Pues así teneis vos los Cármenes de Granada.

—Esos se los ganó mi suegro á Boabdil el Chico.

—Que era otro rey.

—De los moros, que no de los castellanos, repuso vivamente Doña Teresa.

—Y Cárlos de Gante, mientras huella los fueros de Castilla, es para los castellanos como un rey moro.

—Los mas lo acatan y reverencian.

—Los mas; teneis razon, porque los traidores y los cobardes son los mas.

—Y los que tienen casas como estas son los menos.

—Sí, prima, sí, dijo en voz vibrante la viuda; porque es necesario mucho valor para ganarlas.

Doña Teresa no supo ya qué responder.

Púsose á desarrugar el tonto, que era el supremo recurso de su inteligencia.

—¿Qué nuevas teneis de D. Pedro Laso? le preguntó Doña María para sacarla del apuro.

—Con estremo satisfactorias, repuso irguiéndose la dama. Todo lo que de él llega á mis oidos me place tanto como me honra....

—Ya lo creo: como que medra mucho en caudales.

Doña Teresa no lo entendió.

—¿Vendrá al postre de corregidor á Toledo?

—Si él quisiera.... mas ya sabeis que mi marido pica muy alto.

—Lo sé: lo sé. En los comuneros picó en ser presidente de la Junta, y ahora en los imperiales picará en ser del consejo, ó acaso Regente como el condestable, y el almirante y el cardenal Adriano.

—El rey le estima sobremanera.

—Hace muy bien, que encontrará pocos hombres como Don Pedro. Hay pocos, muy pocos, Doña Teresa.

—Mucho se duele de vuestra situacion en una letra que para mi acaba de enviar á Ronquillo.

—Obligada me deja y agradecida.

—Ya sabeis que á Padilla le estimaba en mucho.

—Sí.... antes de que fuese capitan general.

—Por cierto que esa letra es la que me trae aquí.

—¡Ah! esclamó gozosa la viuda, creyendo infundadas sus sospechas. ¿Venis á darme noticias?

—Si por cierto.

—¿De allá.... de la córte?

—No, de acá....

Doña María se estremeció horrorosamente.

—¿De Toledo?

—Del real.

—El alcalde ha recibido algun....

—No se trata del alcalde.

—¿Del cardenal de Bari?

—Tampoco.

—Vamos: será del prior.

—No os canseis prima.

—Pues ¿de quién se trata?

—De vuestro hijo.

Doña María quedó como quien recibe en el pecho una puñalada.

—¿Le habeis visto, dijo vivamente la condesa de Monteagudo?

Hablad pronto en nombre de Dios.

— Mal pudiera verle.

— ¿Por qué?

— No esta en Toledo.

— Pues ¿dónde está?

— Mi corazon lo presumia, esclamó la viuda. Está en el real de los imperiales.

— Así es lo cierto.

— Pero cómo ¡ Dios mio! cómo.... ¿quién me lo ha robado?

— Ha ido él mismo.

— ¿Por su propia voluntad? repuso la condesa.

— ¡ Imposible! dijo Doña María. ¡Mienten si dicen que mi Gonzalo se ha hecho imperialista.

— No dicen semejante cosa.

— Pues entonces, repuso la beata, cómo él mismo....

— Se ha entregado al prior.

— ¡ Ah !

— Parece que le vituperaban la manera en que recobró su libertad.

— No prosigais. Lo creo. Todo lo adivino. ¡ Maldita sea la hora en que su padre le enseñó á ser tan buen caballero! se habrá entregado al prior.... lo creo. ¡ Ah leyes fatales de caballería! le matarán ahora, sí que le matarán.... ya no temen á su padre....

— Ofendeis al prior, hermana mia; dijo la condesa gravemente, ¿cómo tan cristiano caballero habia de proceder así?

— Vos no conoceis, hermana mia, la tierra que pisais. Callad por amor de Dios.

— Dice, señora, muy bien la condesa de Monteagudo; repuso el canónigo Nebrija, vuestra afliccion natural toca en lamentable estremo, que Dios quiere demasiado bien á Castilla para permitir nuevamente las violencias y catástrofes que ensangrentaron otros tiempos. No, no. Yo no temo por la vida de D. Gonzalo. Viles sobre toda ponderacion serian, y herejes y enemigos de Dios, los que en la cabeza del hijo castigaran las culpas del padre.

— Pero esa es razon, y ellos no la tienen, es conciencia y no la conocen, es virtud y del todo al todo les falta, gritó Doña María dominada por todos los horrorosos furores de Medea. D. Baltasar. ¿Fiaré mis esperanzas del alcalde Ronquillo, que abrasó á la pode-

rosa Medina como un hereje? ¿del otro, que abrasó la iglesia de Ocaña con todos sus santos, altares y vestiduras? ¿de los regentes, que han degollado á mi marido y á Juan Brabo.. . ¡Oh! si yo pudiera vengarme....! ¡si yo pudiera cojerles todos sus hijos y hacerlos pedazos! abrasarles todas sus casas.... no dejar en sus castillos piedra sobre piedra....

¡Por la memoria de Juan de Padilla! esclamó Gonzalo Gaitan llevando la mano á la empuñadura de su espada. Si me lo permite vueseñoría, en este mismo punto salgo de Toledo con la gente comunera, rescato á D. Gonzalo, ó quedamos todos allí.

—¿Te atreves? dijo Doña María poniéndole la mano sobre el brazo y mirándole con ojos centellantes de gratitud y de heroismo.

—¡Esta es mi respuesta! ¡Comuneros! gritó volviéndose á los que discurrian por las arcadas del patio. ¡Al arma! ¡al arma!

—¡Corre! valiente capitan, corre! le dijo Doña María empujándole con varonil delirio. No me dejes un solo peon en la fortaleza. Yo la defenderé sola. Nada temas. ¡Ay de Tenorio y de sus gentes si aprovecharan la ocasion! ¡Ay del que intente probar mi enojo! ¿Pero no corres....? mira.... ¡ay de tí si vuelves sin mi hijo....! ¡oye! espera.... si le vés. .. y no puedes traértele para que no le mate Zúñiga, para que no le maten esos bandoleros.... ¡Gaitan! gritó con voz de loca: mátale tú.

Todos los concurrentes exhalaron un grito de horror.

—¡Dios mio! esclamó la de Monteagudo, tapándose los oidos y los ojos. Bien la castigas por no besar el clavo del mártir.

—Deteneos Gonzalo, deteneos, dijo el canónigo Nebrija deteniendo al capitan comunero, que ya platicaba con sus soldados en son de marcha. Me es harto conocida y segura la sana razon de Doña María para que no espere mudanza, y mudanza pronta en su opinion.

—¡Yo mudar! esclamó desesperada la viuda mesándose los cabellos. ¡Vos tambien me ofendeis señor Nebrija! ¡Ah! ¡que desdichada soy! ¡todos me abandonan! todos.... todos hasta los mas honrados de la tierra.... Que espere.... eso se dice muy bien.... ¡esperar cuando está próximo mi hijo por segunda vez...! ¡esperar cuando se halla frente á frente de los asesinos de su padre...! ¡Si yo fuera hombre....! ¡Dios mio! ¿por qué no me hiciste hombre?

—Besad el clavo, hermana, por el amor de Dios, besad el clavo.

— En vuestra vida volvais á hablarme del clavo, ¿lo entendeis? habladme de guerra, de sangre, de venganzas....

— ¡Jesus mi Dios!

—Señora del alma mia, dijo dulcemente el canónigo, acercándose á la viuda que empezaba ya á caer en el período de abatimiento que sucede á la última exaltacion de las pasiones; oid la voz de un amigo, de un hermano, que nunca os abandonará, señora del alma mia. Acalle vuestra acrisolada prudencia la voz del mas justo enojo, y ved que la perdicion puede estar mas fácilmente donde los afectos maternales piensan hallar la ventura. Cayendo ahora sobre el campo del prior, pondríamos á un dado toda la suerte. Si nos derrotaran.... si nos derrotaran....

Doña María se estremeció.

La luz de su entendimiento penetraba ya en el oscuro abismo de sus desatadas pasiones.

— Entonces, prosiguió Nebrija lentamente, seria mas seguro el sacrificio de D. Gonzalo.

— Pero si venciéramos.... balbuceó la viuda con la cabeza baja.

— Si venciéramos, como él no viniera á nuestro poder, cosa por demás difícil, como el prior se le llevara consigo al abandonar nuestras tierras....

— ¡ Ah que teneis razon, señor Nebrija! ¡Deteneos Gaitan, deteneos por los clavos de Cristo! ¿Qué iba yo á hacer? esclamó poniéndose ambas manos en la cabeza y mirando al suelo con desatentados ojos. ¿Qué iba yo á hacer? vencida ó vencedora, la perdicion de mi hijo era segura ¡ Qué horror Dios mio! ¿cómo he podido pensar yo esto? ¡Y tú pensabas obedecerme Gaitan! Dígote que tenias menos seso que yo.

— Lo mejor que podeis hacer, hermana, dijo la de Monteagudo, es echaros en brazos de Dios, y ablandarle con preces y rogativas, que harto ofendido estará. Esta tarde iremos á la catedral á visitar las reliquias, mañana besaremos la canilla de San Ildefonso, pasado á la basílica de Santa Leocadia, al otro á la Sisla á adorar el sepulcro de María de Aljofrin....

— ¿Os habeis olvidado, prima, añadió la de Martinez, con su habitual sonrisa de placer maligno, de que no podeis salir de la poblacion sin caer en manos de los imperiales?

— ¡ Ah! ¡ cuánta razon teneis y cuánto me duele! repuso la con-

desa, sin que esto sea decir que las reliquias de la catedral pueden poco, el sepulcro de la monja seguramente haria cuantos milagros le pidiéramos.

— Pienso que lo primero de todo, dijo el canónigo Nebrija, es saber cómo ha sucedido la prision de D. Gonzalo.

Y se volvía hácia Doña Teresa.

La viuda y su hermana hicieron lo propio con vivísima ansiedad.

Tosió la mujer del presidente, arreglóse el tonto, y dijo satisfecha de dar por menor malas noticias.

— Vais á saberlo, señores, pues no es secreto tan profundo como otros que de mi marido guardo. Receloso de que no llegaran á mi poder las letras que me dirigia....

—¿Pues quién hay que lo impídiera? esclamó la viuda con enojo.

— ¡Ay prima! repuso mañosamente la de Laso. En Toledo sabemos harto bien que sois buena por demás, que no cometeis ningun género de tropelías con sus honrados vecinos, que os basta y contenta defender á la comunidad mal su grado, pues ella no quiere ya defenderse, pero en esas tierras de Dios cuéntase de vuestra persona y lados los mas estraños, los mas horrorosos, los mas aborrecibles hechos. Hasta por bruja ó por endemoniada os tienen, con que mirad si mi marído....

— Vuestro marido que sabe quién es Doña María Pacheco, obra como torpe ó como fementido, recatando de mí sus letras. ¡Miren que esos secretos de D. Pedro Laso de la Vega, son para mí de vida ó de muerte: que voy á olvidar mi decoro para violarlos! ¡Ah! yo me tengo la culpa de estas afrentas. Yo he tratado á los imperiales como á mí me cumplia, no como merecen ellos.

— Seguid, señora, seguid, dijo el canónigo á la de Martinez tras una breve pausa.

— El cuento es breve, prosiguió Doña Teresa. El alcalde tenia en su poder una carta para mí, y el mensajero que por ella envié, llegó en tan buena sazon, que pudo ver á vuestro hijo braveando en presencia del prior y de todos los capitanes, como el mas forzudo caballero. Porfiaba que á él no le habian cojido los soldados ni el alcalde, sino que iba á rendirse hasta que el esfuerzo de su propio brazo le libertara.

— ¡Ah nunca vista lealtad y bravura! esclamó su madre llorando de dolor y de entusiasmo.

—Pero lo mas peregrino, repuso la de Martinez, es que tambien se hallaba en presencia de los cabos una mujer hermosa y jóven, y que Padilla no hacia punto en mirarla amorosamente, hasta que cierta vez esclamó:

«Como á ella me castigais, y con ello me enloqueceis, pues su-
»frir por ella es un don del cielo para mí.»

—¡Una mujer! repitió confusa Doña María. ¡Una mujer hermosa y joven!

—El mensajero dice que oyó á los soldados apellidarla judia.

—¡Ah! esclamó la viuda.

—¡Ah! esclamó el canónigo á su vez.

Y se miraron los dos con ansiedad.

En los lábios de Doña María se ahogó una palabra ininteligible.

Los de Nebrija se contrajeron para pronunciar un nombre.

—¡Mujer! ¡y judía! ¡y mi sobrino la miraba amorosamente! murmuró la condesa de Monteagudo brotando de sus ojos torrentes de fanatismo. No necesito saber mas. Condenados estamos. La maldicion divina pesa sobre nosotros. ¡Amorosas miradas á una judía! si digo que el infierno entero se ha apoderado de nosotros....

—¿Quereis hermana callar? esclamó esasperada la viuda. No inventais cosa ni proferis palabra que no sea para atribularme y enloquecerme.

—¡Ay hermana! que ya te ofende la voz de la conciencia.

—¡Ay hermana! que ya me tienes aburrida con tus voces.

—Por tu salvacion lo hago..

—Dios me salvará que es omnipotente. ¡Calla!

—Pienso, Doña María, dijo Nebrija en blanda voz, mientras la de Laso consolaba á la condesa, deslizándole al propio tiempo algunas palabras que introdujesen discordia en la familia, pienso que importa mucho libertar á D. Gonzalo, pues se halla junto con esa mujer.

—Pero esa mujer.... murmuró la viuda.

—Acaso sea la hija de Padilla.

—¿Quereis volverme loca, D. Baltasar? ¿dais crédito á las patrañas de la de Ronquillo? eso lo ha inventado para amedrentarme, para amenguar el buen nombre de Padilla. ¡Qué habia de tener una hija hebrea! eso es imposible.

—¿Quién sabe?

—Yo sé que es imposible. Conocí harto bien á mi pobre marido. Si él fuera menos cristiano ¿inventaran ellos tan ridícula patraña?

—Adios quedad, prima, dijo Doña Teresa perfilándose el tonto y haciendo una seña al paje para que se acercara. Torno con prisas porque está sin sosiego nuestra familia toda desde que Garcilaso desapareció.

—¡Qué ha desaparecido! murmuró la condesa. Otro mancebo imberbe queda en la perdicion. ¡Miren que estan buenos los tiempos!

—Hoy mismo iba á marchar á la córte, adonde su hermano le llama; pero desde anteayer no parece.

—¿No está con el prior?

—Ni hay de él noticia alguna.

—Dichosamente no ha habido ningun encuentro, que si no.... repuso la devota. Estos muchachos los trae desatentados la guerra, ¡Ah! ¡que tiempos tan ruines son los que corren! Ya podia en mi edad un mancebo salirse de su casa sin la vénia de sus padres.

—Esperad un poco, dijo Doña María como asaltada de una idea, y queriendo realizarla antes que se ausentase la de Martinez, y volviéndose á Gaitan, repuso.

—Haced vos, Gonzalo, que se ejecute inmediatamente la órden que antes dí.

—¿La de las campanas? esclamó con asombro Gaitan.

—La de las campanas. Quiero tener sobrados cañones y arcabuces.

—Pero, señora, dijo el canónigo en voz baja, ¿insistis en ese fatal propósito?

—Yo necesito cañones. ¿Quién me los ha de dar?

—Pero las campanas....

—Luego á mi costa volveré á fundirlas.

—¿Qué vas á hacer? dijo la condesa de Monteagudo, á quién por lo bajo habia repetido la de Martinez las palabras de Doña María ¿qué vas á hacer con las campanas?

—Cañones, respondió la viuda.

—¡Jesus!

—¿Tienes mas que preguntar?

—A Dios, sí, á Dios tengo que preguntarle cuándo nos aniquila á todos por tu culpa.

—Muy injusto le consideras, si crees que las mias vas á pagarlas tú.

—Pero hermana.

—Déjame de una vez.

—Pensadlo mejor, señora, dijo el canónigo.

—Lo tengo bien pensado.

—Una momentánea exaltacion.

—¡Momentánea! toda la noche la pasé de claro en claro, pensando que debia de obrar asi. Luego os lo esplicaré mejor. No me volvais loca.

—Pero....

—¡Hermana!

—¡Condesa!

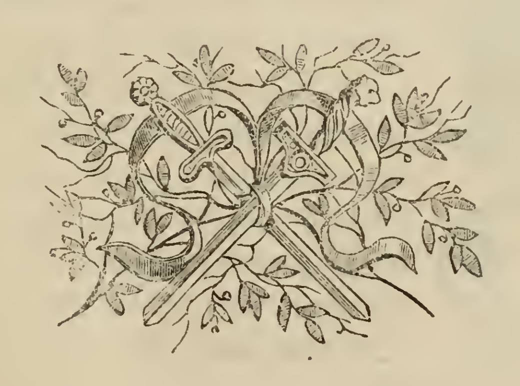
—Dejadme, dejadme. No me volvais loca.

Y volviéndose á Gaitan por última vez, repitió.

Al punto.... ya sabes.... doce han de ser.... yo iré a presenciar la operacion.

No temas á mis enemigos. Los desafió.

Y haciendo seña á Menda de que la siguiera, dejó á los circunstantes entre el terror y el asombro.





CAPITULO III.

INTERRÚMPESE EL CURIOSO EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS CAMPANAS, POR UN SUCESO NO MENOS CURIOSO DE LA HISTORIA DE LOS JUDÍOS.



oca está, dijo á su paje Doña Teresa Martinez cuando salian del alcázar.

— ¡Loca! repuso el paje. No piensan así sus gentes ni las de Toledo. Bien ha podido ver vueseñoría á los soldados comuneros saltando de placer. Demas que cuando el alcázar tenga doce cañones mas, y medio ciento de arcabuces, ni los gatos suben á él. Hay tanta campana inútil que ensordece á los vecinos....

— ¡ Calle el deslenguado! A estos villanos les place toda novedad.

— Si á vueseñoría le quitan aquella campana que al amanecer la despierta, mucho que se holgará.

— Anda, anda, murmuró, y siguió andando.

La viuda mirando á la de Martinez, á través de los hierros de

su ventana, que caia como hemos dicho á la bajada del alcázar; anda, y dile al prior lo que has oido, lo que has visto, para que comprenda la horrible lucha que le aguarda si quiere vencer por fuerza.

—¿Pero de veras vueseñoría manda echar abajo las campanas preguntóle tímidamente Menda, que detrás de ella habia penetrado en la habitacion para ataviarla.

—Si hija, doce nada mas, respondió la viuda.

—Que no echen por amor de Dios á ninguna de las campanas de San Ginés.

—Te comprendo. No las echarán.

—Gracias señora.

—¿Tienes puesto tu amor en ellas?

—Las miro como á hermanas mias. Ellas son mis primeras memorias. Apenas hablaba yo y ya las oia desde la cuna. Luego mi madre y Leonardo las han repicado tantas veces....

—¡Pobre niña! yo tambien quiero mucho á ciertas campanas de Toledo, á algunas porque doblaron melancólicas por la muerte de mi buena madre, á otras porque repicaron de júbilo el dia de mi casamiento, y á otras y á otras porque son para mí placeres ó dolores pasados que me han dejado en el mundo esa voz viva; pero hay horas supremas en que pide la necesidad el sacrificio de todo lo que mas en el mundo se quiere; ¡y esa hora suprema ha sonado para mí! ¡Qué desdichada soy! ¡Menda! ¡Menda! me he puesto á la boca de un abismo que forzosamente ha de tragarme. Si soy vencida como parece natural, mi hijo, mi pobre hijo, tan bravo, tan gallardo, tan jóven, tan rico de esperanzas, quizá me acompañará á la muerte....

—¡Señora! murmuró Menda enternecida.

—No lo dudes. La regencia es capaz de todo. Por agradar al rey son capaces los regentes de dejarle sin vasallos. Y si venciera, lo que no lo espero, que no lo juzgo posible, ¿qué habré ganado en la partida si tengo ya perdida la existencia? Si, Menda, si hija mia. Conozco que mi vida se acaba. Siento dentro de mí una cosa como el frio de la tumba. Cada esfuerzo que hago para sacudir los males que me aquejan, los pies me clava en ella mas y mas. Toca mi mano....

—¡Helada! murmuró la jóven, tambien helada de terror.

—Toca mi sien.

—¡Ardiente como un volcan!

—Calentura en la cabeza; en el pecho hielo.

—¡Ay señora del alma mia!....

—No te asustes: no te espantes. Mientras no haya en la cabeza hielo, como en el corazon, yo venceré á la muerte. Vamos. Este sacrificio será quizás el último. Quiero presenciar la caida de las campanas y encender el aliento comunero ya casi apagado, para que el prior y el Alcalde me den á mi hijo.. Luego visitaré un momento á mi padre Pedro Lopez, cuya salud me trae desasosegada. Es mucha tenacidad la del ilustre viejo! Solo, solo en aquel caseron con sus años y con sus pesares.... Despacha Menda, despacha. Tengo anhelo por respirar el aire libre, por beber el aliento de las calles, negado como me está el de los campos.

Menda lloraba silenciosamente al contemplar los febriles arrebatos de su señora, mientras ceñia á sus brazos las ajorcas de hierro que en señal de luto debian adornarla.

En este momento entró en la habitacion una mujer desalada, jadeante.

Los pajes, los monteros, y aun algunos soldados del Alcázar, la seguian con una curiosidad mezclada de respetuoso temor.

Pero la condesa de Monteagudo en particular venia tras ella con los ojos desencajados, con la boca entreabierta, con la respiracion suspendida, como el que bajar vé del cielo un ángel que pronuncia una sentencia misteriosa.

Fué tan imprevista y movió al mismo tiempo tal ruido la llegada de aquella gente, que Doña María se irguió y rehizo como una reina que se vé en sus sueños interrumpida.

Su primer movimiento, pues el asombro la impedia despegar los labios, fué estender la mano hácia la puerta en ademán de ordenarles salir á todos.

—¡Es la santa, hermana mia! ¡es la penitente de San Ginés! esclamó la de Monteagudo acercándose á la dama en son de convencerla. Sus razones bajan del cielo. Dios la inspira. Escuchadla. Quizás os trae la salvacion.

—¡La santa! repitió Doña María vibrando rayos de cólera, como si acabara de cruzar un pensamiento por su mente. No creo en la santidad de esa mujer con quien ha cruzado sus palabras el asesino de Joaquina Aguirre.

—No blasfemes, hermana, por el amor de Dios, que van á caer rayos del cielo sobre nosotros.

—Los imperiales me la envian en son de fatídico mensajero. Habla, mujer engañosa y vil, añadió la viuda cojiéndola violentamente por un brazo. ¿Vienes á amedrentarme, invocando sacrílega el nombre de Dios? ¿vienes á anunciarme horrores y desventuras para que penetre el terror en mi pecho? Despacha tu mision y vete pronto.

—¡Dios mio! esclamó la condesa, mirando al cielo á través de los barrotes de la reja. ¡Semejantes improperios dirijes á una santa!

—No soy santa, dijo á este punto la penitente alzándose el velo y avanzando al medio de la cámara. No soy sino una mujer tan criminal como infeliz.

—¡Ah! gritó el canónigo Nebrija, corriendo hácia ella. No me equivocaba. Eres la emparedada de la Fuencisla de Segovia.

—¡La emparedada! repitió Doña María ¡Oh! el cielo te trae. Dime, dime, por el amor de Dios... una jóven que acaba de caer prisionera del Alcalde juntamente con mi Gonzalo....

—Es la hija de Doña Mencía.

—¡Ah! ¿de veras? tú mientes. ¡A tí te envia el propio Ronquillo para que me digas eso! Tiembla, mujer infame. Pues no nos dijiste en la Fuencisla al canónigo y á mí que la hija de Doña Mencia andaba por el mundo vestida de varon....

—Era el escudero de Don Juan Bravo el de Segovia. Yo entonces no lo sabia.

—¡Ah?.... sí, el escudero de Bravo.... tienes razon. Pero yo sueño ¡Dios mio! yo estoy á punto de volverme loca.... pero esa mujer.... esa prisionera del Alcalde ¿no es judía?

—Por tal la tiene el mundo, pero Dios y yo sabemos la verdad.

—No quiero saberla. Vete, vete. Acaso tu propósito será engañarme otra vez. En la Fuencisla no nos dijiste eso.... ¡Oh furor! tú puedes mas que todos los imperiales juntos.... ya has conseguido que el miedo penetre en mi corazon.... ¡Gonzalo preso con esa mujer!.... quizá en su mismo calabozo.... ¡Hola! no pudiendo vencer á mis soldados quieres vencer á mi conciencia!... quieres atormentar mi alma!.... ¡Hola! ¡hola!.... yo perderé el juicio pero tú perderás la vida.... Ahora mismo, en este instante voy á ordenar que te ahorquen de una almena.

— ¡Ojala! murmuró sordamente la reclusa.

—Señora, dijo el canónigo Nebrija, ordenad ante todo que despejen.

— Al punto salid de aquí.... salid todos, gritó Doña María.

—Yo tambien repuso la condesa.

— Tambien tú.

—¡Hermana!

—No me repliques.

—¿Qué intentas? ¿qué vas á hacer con esa desdichada? ¿quieres condenarte, María?

—¡Calla y vete!

—¡Por el amor de Dios!

—¡Déjate de momerías, Adios, y adios.

Y empujándola ella misma, porque estaba fuera de sí, cerró la puerta tras ella, pues fué la última que salió de la estancia.

Al volver Doña María al fondo encontró á la reclusa arrodillada á los pies de D. Baltasar.

—Alza del suelo, le dijo, que no mueres ahora.

—No es la muerte la que temo respondió Urraca en voz tranquila, sino la condenacion eterna. De aquí no me alzaré hasta que este santo sacerdote me absuelva en nombre de Dios por quince años de crímenes é iniquidades.

—¡Cielos! balbuceó el canónigo.

—Pues ¿quién eres? dijo la viuda de Padilla retrocediendo horrorizada.

—Soy la mujer del copero de la condesa de Chinchon.

—¿La que fué encargada de criar al hijo de Doña Mencía? dijo Don Baltasar.

—Sí, repuso la devota sordamente.

—Mas entonces, añadió Doña María, entonces ¿cómo se esplica.....

—¿Mi estado actual?

—Si por cierto.

—Abandoné á mi marido.

—¡Ah!

—¿Y la inocente criatura?.... murmuró Nebrija.

—Ese fué mi crímen, murmuró Urraca, tapándose los ojos.

—Pues ¿no dices que vive? repuso la viuda.

—Pero ¿cómo vive?.... pasando por judía.....

—Y ¿no lo es?

—Yo la vendí á los judíos.....

—¡Gran Dios!

—¡Mujer inícua! balbuceó Doña María.

—El amante por quien abandoné á mi marido era un hombre desalmado, y cuando pasamos por Toledo..... estaba sin blanca.....

—¿En Toledo fué?

—En la Judería, enfrente de donde hoy está Santa María la Blanca.

—¡Oh Providencia! esclamó el canónigo.

—¿Quién se lo hubiera dicho á Padilla? añadió su viuda.

—Habla, habla.

—Una noche, prosiguió en voz balbuciente la emparedada de la Fuensisla, una noche de horror que mi amante habia perdido á los dados todo el dinero que yo por la mañana habia reunido pidiendo limosna á la puerta de la catedral, una noche de horror que la soledad en que me hallaba en mi casa empezaba á inspirarme ideas de arrepentimiento, vino mi amante desesperado en ocasion en que la niña lloraba de hambre y de frio.

—¡Pobre niña! murmuró la viuda llorando tambien.

—Lo que pasó por la mente de aquel hombre al oirla llorar, yo nunca lo he comprendido.

—¡Infame! esclamó la de Padilla.

—Sacóla de su humilde cuna por un brazo y desnudando el puñal.....

—¡Ah! repuso la viuda, indicando que habia esperado otra cosa.

—¡Asesino! añadió el canónigo.

—Iba á matarla, prosiguió la penitente. «No es hija tuya ni mia, me dijo, en voz ronca, y come tanto como nosotros y nos turba el sueño.» Yo me arrojé á sus piés, y á fuerza de súplicas y de lágrimas logré que no la matase.

—Entonces..... dijo Don Baltasar, devorando las palabras de la penitente.

—Yo misma, prosiguió esta, le propuse que la abandonáramos á la puerta de una casa rica.

—¿Por qué no la llevastes á la mia? esclamó la viuda.

—Otra cosa estaba decretada por el cielo.

Y enjugándose las lágrimas, y haciendo un supremo esfuerzo,

pues sin duda lo que iba á decir era lo mas horroroso, prosiguió la la penitente.

— Estábamos cerca de la Judería, donde tenia mi amante muchos amigos.

— ¿Era judío?

— De alma.

— ¡Horror! ¡horror!

— En vano me negué á penetrar en ella. Era tarde, la noche fria y destemplada; un solo marrano nos salió al encuentro en aquellas estrechas y tortuosas calles. No nos conocia; pero oyó la conversacion que llevábamos, y quedóse parado junto á nosotros. — ¡Darla de balde! refunfuñó aquel malvado, perdicion de mi alma y de mi vida.

— ¡Hija de mi corazon! repuse yo gozosa; de balde la daré á trueque de que viva, aunque lejos de mi sea.

— ¿Es esa niña lo que se vende? nos preguntó el judio, restregándose las manos, como ellos hacen cuando comercian.

— Si señor, le dije yo, temiendo que por instantes se arrepintiera de no matarla..... Si señor, se vende ahora mismo y barata.

— Por cien ducados la doy, añadió mi amante.

— Cincuenta ofrezco, repuso el judio, restregándose otra vez las manos.

— Allá va.

Y como el buhonero arroja sus mercancías á la falda de la mujer que las compra, arrojóle aquel hombre, que en mal hora fuese mi amante, á los brazos mi pobre Mencía.

— ¡Mencía se llamaba! esclamó la viuda.

— Como su madre, que así la bautizó fray Juan de Tordesillas.

— Pero tú, mujer infame, tú que á tus pechos la habias amamantado, tú, que como á tu propia hija le mirabas ¡consentiste en tan vil accion! Mas criminal eres tú que tu amante. Si mi marido viviera no escaparias con la vida.

— Por la suya la hice, señora de mi corazon, por la suya. Aquel hombre infernal la hubiera matado, no lo dude vueseñoria. Yo le conozco mas que la madre que le parió.

— ¡Infeliz! repuso el canónigo Nebrija. ¡Y creiste librarla de la muerte vendiéndola á un judío! ¿Ignorabas las costumbres de estos enemigos de Dios y de su ley? ¿no sespechabas siquiera para qué la comprarian?

— ¡Cómo! repuso la viuda trémula y desencajada. ¿Sospechais vos, Don Baltasar, que compraran á la pobre Mencía para ejecutar en ella la burla de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo.

— Estoy seguro. Por el tiempo de que habla esa infeliz mujer, hallábanse tan rabiosos y desatentados los conversos de Toledo, que hubo que obrar con ellos medidas muy rigorosas. Asi crucificaban niños, y los freian y quemaban en aceite hirviendo, como el campo produce espigas.

— ¡Ay de mí! balbuceó la penitente, humillando hasta el suelo su cabeza encanecida y arrugada como la de un réprobo. Cuando muchos años despues volví á encontrar á Mencía en el paraiso de Segovia, la noche de la batalla que dieron los comuneros al alcalde Ronquillo, de su boca supe horribles secretos de la vida de los judíos. Entonces comprendí que debieron comprármela para crucificarla en sus conciliábulos, como crucificaban á muchos tiernos niños, y entonces admiré los inescrutables designios de la Providencia, que no acierto cómo pudo salvarla la vida. La pobre niña ignora todo esto, así como tampoco sabe que Abacuc á quien cree su padre, es solamente hermano del hombre que la compró.

—Pero lo que mas importa, dijo Nebrija, es saber si esa jóven es la misma que ha preso el alcalde, la misma que estará encerrada con su hermano..... á estas horas.

— La misma.

— ¿Estais segura?

— Por mi salvacion lo juro.

— Pero ¿es tambien la amante de Juan Bravo? añadió Doña María, cada vez mas llena de susto.

—Sí señora. La que iba en el real disfrazada de hombre.

— ¡Oh! pues entonces..... ¡Dios mio! ¡qué situacion tan peligrosa! es necesario salvar á mi hijo..... no podemos dejarle un instante mas en poder de Ronquillo. Don Baltasar, amigo del alma, tiene razon esta buena hembra..... juntos allí..... solos quizás... Dos hermanos..... y él la ama, no lo dudeis, él la ama, á ella como á todas las mujeres de quince abriles..... estaba loco cuando corria con ella el mundo..... mientras no se enamoró en Tordesillas de la infanta Doña Catalina, estuvo perdidamente enamorado del escudero de Bravo. Por eso y porque mi conciencia no me concede instante de reposo, he venido á preveniros, señora mia, añadió la penitente.

Hay mas aun. Gentes malvadas ponen empeño en que Sara siga en poder del alcalde. Un hijo de la campanera de San Ginés.

—¿El tuerto? esclamó Doña María.

—Ese, ese, que es tan malvado como su padre. Ese la llevó al real, no sé si de órden de Tenorio, ó de una viuda segoviana.....

—¡Ah! ¿con que la viuda se entromete á dar órdenes en la ciudad como si en ella dominara?

—Conseguirlo espera muy pronto.

—¡Oh! no lo verá en su vida, esclamó la viuda llena de enojo.

—¿Y qué hacemos? dijo Don Baltasar.

—El tiempo vuela, respondió la reclusa. Don Gonzalo se alegraba mucho de verse preso con ella.

—Yo partiré al real.

—¡Vos, Nebrija!

—A mí me cumple.

—¿Respetarán vuestra corona?

—No lo dudo.

—Mucho os aborrecen.

—Pero soy ministro del Señor.

—Otra idea me ocurre.

—Hablad, señora, hablad, dijeron entrambos interlocutores.

—Si yo me presentára al alcalde.....

—¡Vos!....

—De bueno á bueno, parlamentando.

—Peligra vuestra existencia por el camino.

—Tiene razon, dijo la emparedada.

—Vuestro traje vestiré, añadió la viuda volviéndose á la beata.

—¡Ah!

—¡El mio!

—Mas segura ireis, dijo el canónigo.

—Al contrario, replicó la devota.

—¿Qué decís?

—Que en modo alguno la salvará mi traje.

—¿Por qué?

—Porque hay quien me quiere matar.

—¡A vos!

—Respeten vuesas mercedes los remordimientos de mi conciencia.

— Esto basta, dijo el canónigo. Yo irè Doña María.

— Id, pues.

— Al punto mismo.

Y se dirigió á la puerta.

— Yo entretanto, añadió la viuda, voy á cumplir otra obligacion no menos penosa.

— ¿Es cierto que ha dado órden vueseñoria, le preguntó en voz queda la penitente, de quitar las campanas de las iglesias?

— Si en verdad. ¿Por qué lo preguntais?

— Porque á mi venida el pueblo estaba punto menos qne amotinado.

— ¿Por esa órden?

— Por esa órden.

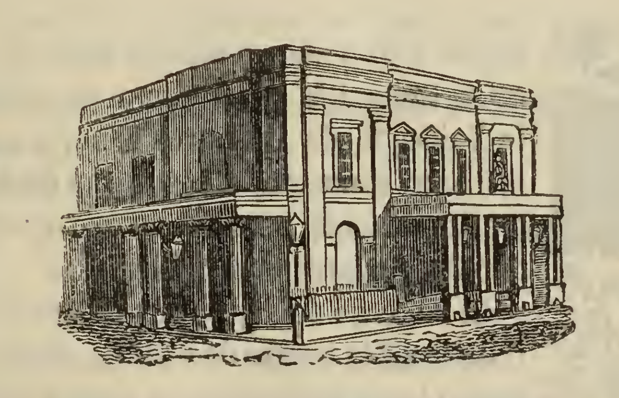
— ¿Defiende las campanas?

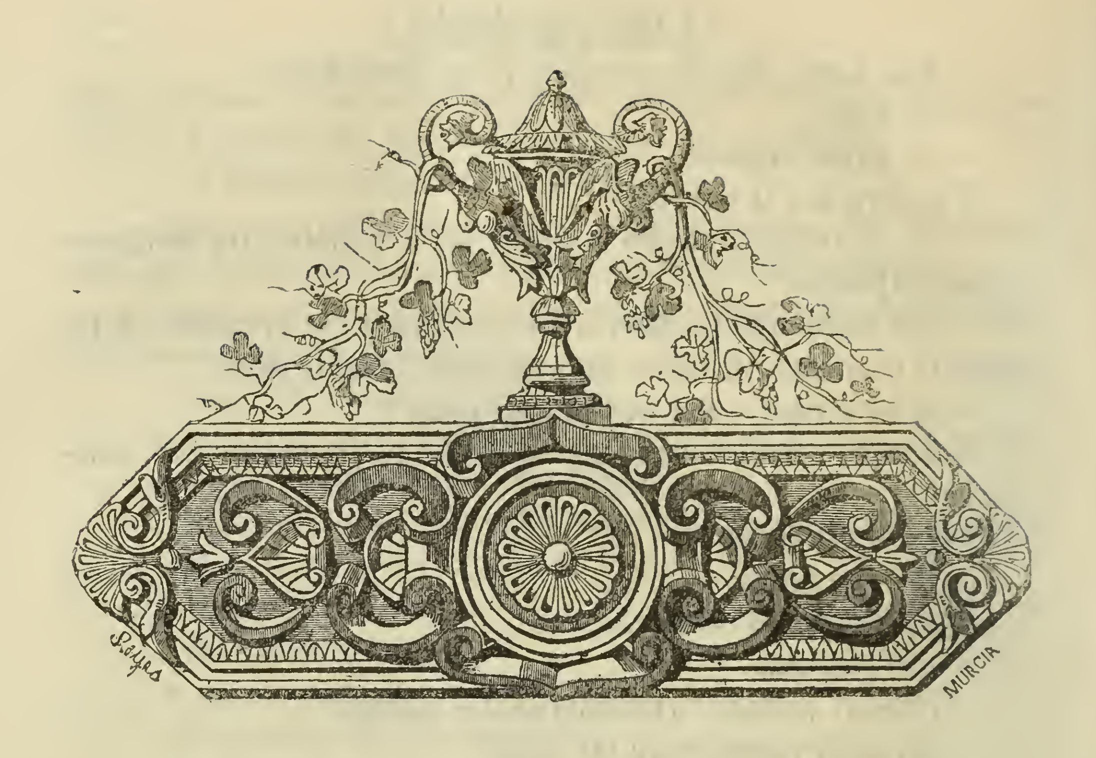
— Eso presumo.

— ¡Necio! ¡estulto! ¡incomprensible pueblo!

— No salga vueseñoría á las calles.

— ¿Qué no salga? ¿sabes lo que dices? Al contrario. ¡Ojalá me maten! así coronarian su necedad y su estultez.





CAPITULO IV.

ARTES Y MANERAS CON QUE EL TIGRE AFILA LAS UÑAS DE SU CACHORRO.

Aunque solo hemos tenido el gusto de ver al Alcalde Ronquillo pasar como un relámpago por la Valdegollada, nuestros lectores que ya le tienen muy conocido, se figurarán desde luego que tan importante persona no dejaria de dar muy pronto mayores muestras de sí.

El regocijo de ver en sus manos á los dos herederos de la sangre de Padilla, ahogó por un momento la espansion de sus suaves pasiones; mas apenas se calmaron un tanto, apenas les dió salida en sonrisas torvas y miradas torcidas, ordenó á sus deudos y muy en particular al verdugo de Valladolid que saliese en busca de Mendo Noguerol.

Volvió á entrar en campaña el incendiario de Medina del Campo

En el Horno del Vidrio halló el bueno de Antolinez al ermitaño de la Fuencisla, platicando secreta y acaloradamente con su hijo Lope.

Al recibir el mandato de Ronquillo por boca del verdugo, volvióse al tuerto con presteza y en voz blanda le dijo:

— Para lo que platicábamos me llama sin duda alguna.

— Mucho me holgara de ello, dijo Lope, sonriéndose traidoramente.

— Ven conmigo.

Y subieron tras Antolinez en amor y compaña por la vereda de la Sisla.

El Alcalde no habia podido refrenar su impaciencia, sin duda esperaba á Neguerol para cosas importantes.

Primero se habia asomado á la ventana de la celda que le servia de habitacion.

Despues bajó á la puerta del monasterio.

Y viendo por último que no llegaba el ermitaño, venia en su busca tambien por la vereda abajo en direccion á la Valdegollada, trayendo en la mano aquel inmenso reloj que ya le vimos cerca de Segovia, y que fué de los primeros que hubo en Castilla antes que Cárlos V generalizara su uso.

— ¡Mendo! dijo al ver al bandido. ¡Loado sea Dios!

— ¡Señor Alcalde!

— Apartaos un poco.

— No es menester, replicó en voz baja; que este que viene aqui es mi hijo.

— No importa, repuso el Alcalde, haciéndole una seña de inteligencia, apartaos.

Blas Antolinez frunció el ceño.

Su honor de verdugo se resentia de la desconfianza del Alcalde.

— Mendo, le dijo Ronquillo al ermitaño, nuestro primer propósito ha de realizarse ahora.

— Ya lo pensaba yo así, respondio Mendo.

— Mucho me place, pues veo que sois hombre previsor.

— De eso le hablaba á mi hijo.

— ¿De veras?

— El nos prestará grandísima ayuda.

Blas Antolinez se iba acercando á ellos como quien no quiere la cosa.

— Puesto que ya tenemos en nuestro poder á los hijos de Padilla, murmuró el Alcalde, importa rematar este asunto.

— Y se rematará.

— Ya me enojo de la tardanza.

— A todos los leales sucede lo propio.

— El cabildo ha cejado sin que yo atine la razon.

— Cuéntase que Doña María tiene la culpa.

— Los habrá envuelto en sus redes, que es mujer enredadora.

— Pronto se le romperán entre las manos.

— Es forzoso que la reclusa torne á la cueva, dijo el Alcalde tras una pausa.

— ¿Para qué? replicó Mendo.

— Para que nos preste ayuda. San Ginés está tomado, como sabeis, por las gentes de Doña María.

— Eso no importa.

— ¿Habeis discurrido algun medio para recobrarlo?

— No hace falta.

— ¿Qué no hace falta decis?

— Mi hijo se basta y se sobra.

— ¿Vuestro hijo?

— Ven acá, esclamó Noguerol, volviéndose al tuerto, que aunque mas alejado que el verdugo de los interlocutores no los perdia de vista.

Antolinez dió con disimulo otros dos pasos.

¿Para que le llamais? dijo el Alcalde á Mendo con misteriosa admiracion.

— Para que vueseñoría le escuche.

Y cogiendo por un brazo á Lope y acercándole mas á Rodrigo, Ronquillo le preguntó en voz baja.

— ¿Es verdad que estás dispuesto á matar á la viuda de Padilla?

— Esta misma noche, respondió el tuerto en voz firme.

— ¿Qué estais hablando? esclamó el Alcalde sorprendido.

— ¿Cómo así? esclamó Antolinez á su vez acercándose á los interlocutores con enojo. ¿Quién se atreve á matar á nadie donde estoy yo? pues bueno anda el oficio para que yo ceda una uña del mas vil y menguado de los reos. La viuda de Padilla me pertenece á mí, no solo como verdugo del Rey que soy, verdugo predilecto de su merced el Alcalde Ronquillo, que es el hombre que mejor entiende en esto

de justicia, sino tambien porque yo degollé á su marido, y ella que tanto le queria, segun se cuenta, se alegrará mucho de acabar tambien á mis manos, cristiana y amorosamente. Ni tampoco se trata aquí de una persona cualquiera, sino de un traidor que se ha alzado contra su Rey y que no debe de morir á puñaladas sigilosamente, sino en alto puesto de horca ó de picota, en mi honrada compañía, para escarmiento y ejemplo de traidores y rebeldes.

—Basta, Antolinez, basta, dijo el Alcalde alzando la mano con suma gravedad y gesto supremo. Todas esas razones son harto poderosas y valederas en derecho. Yo te aseguro y fio de aquí para dentro de poco tiempo que nadie sino tú degollará á la viuda de Padilla, que de hecho y derecho cae bajo tu jurisdiccion, como has dicho muy bien. Estos honrados amigos en su leal entusiasmo por el Rey nuestro señor, han entendido mal los deseos de los buenos. ¡Dios los libre de arrebatar una presa á nuestra ejemplar y nunca desmentida justicia! los que obran como estos traidores comuneros, no deben morir como cualquier desdichado, á quien hiere por la espalda su asesino ó su enemigo, sino en medio de la luz del dia, al golpe del cuchillo de la ley, que representa la venganza de toda Castilla ultrajada en su dueño y natural señor Cárlos de Gante.

—Eso no será, por vida mia, dijo el tuerto, subiéndosele toda la sangre á la cabeza. Mi padre me ha ofrecido en nombre de vuesas mercedes los señores leales, mucha cantidad de ducados por matar á Doña María Pacheco, y yo la habré de matar mientras no se me nieguen los ducados.

—Buen servicio seria sin duda alguna, repuso el alcalde, para la noble causa que defendemos; pero la justicia, que es la palabra de Dios sobre la tierra, ahorcaria al asesino aunque lo hubiese premiado el mismo rey.

—¡Cuerpo de Dios con la justicia! esclamó Lope, acompañando estas palabras con una blasfemia. ¿Conque vuesa merced me apretaría el gaznate? Digo á vuesa merced que su justicia es de lo mas peregrino....

—¡Calla, hombre! murmuró su padre en voz baja.

—No quiero callar, que eso es un desaguisado.

—Ordénele vuesa merced, señor alcalde, dijo Antolinez, que estaba muy dolorido todavía, ordénele vuesa merced que respete mis fueros y jurisdiccion. Ese hombre quiere dejarme por puertas.

—Maese Antolinez, contestó el alcalde con su gravedad acostumbrada, yo en eso ni entro ni salgo. Indigno de mi seria aconsejar á semejante hombre. Si comete el crímen le ahorcaré y laus Deo.

—Pero ¿es posible....? murmuró Lope, que habia oido estas palabras, y que no las tenia todas consigo. ¿Es posible que entiendan asi la justicia....?

—¡Calla! repitió su padre tirándole del tabardo.

—Apártate, Blas, dijo el alcalde.

—¿Vuesa merced vela por mis derechos?

—Apártate y no repliques.

El verdugo se retiró un tanto mohino, dirigiendo á los Nogueroles miradas de recelo.

—Mendo escucha, dijo el alcalde.

—Ordene vueseñoría.

—Yo no os hablaba de eso.

—¿De la muerte....?

—Os hablaba de la entrada en la ciudad.

—Es imposible, esclamó presuroso Lope.

—No hay imposibles en el mundo, respondió el alcalde con desden.

—La reclusa no está en la cueva.

—Buscadla.

—No parecerá.

—El niño perdido pareció.

—Y aunque parezca....

—¿Qué?

—La iglesia está ocupada.

—Los comuneros no son hombres de guerra.

—Pero sí de brios.

—Salidas tiene la cueva.

—Ninguna.

—Mientes.

—¡Calla hombre! le dijo su padre.

—Tiene una por Añover del Tajo.

—Si señor, respondió Mendo. Por allí teníamos pensado la reclusa, yo y mi hijo meter á los imperiales en la ciudad.

—Pues es forzoso hacerlo.

—¡Imposible! repitió Lope de mal talante.

— No puede haber en San Ginés muchos comuneros.

— Habrá mil.

— Mientes, repuso con frialdad Ronquillo. Ni ciento habrá. Deben hallarse desguarnecidos todos los puntos, y si el nécio del marqués de Villena no nos hubiese enviado sus cincuenta lanzas, cosa cuya razon no atino, pues mejor estaban allí que aquí, cosa fatalísima, pues ha servido de ejemplo á las del duque de Maqueda para que tambien se viniesen; el dia menos pensado con un golpe de mano conseguíamos el triunfo.

— Matando á Doña María es el triunfo mas seguro. De lo contrario no.

— A mí no se me hable de matar.

— Calla, hombre, dijo Mendo, tirándole por el tabardo, y procurando disimular su mal humor. Luego te esplicaré yo cierta cosa....

— Vosotros que sabeis las entradas y salidas de San Ginés, así como las de la cueva, haced de modo que podamos realizar nuestro antiguo proyecto, cuando termine la tregua concedida por el prior, y el rey os lo premiará con mano larga y generosa, yo lo fió. ¡Es una lástima, es una cosa que parte el corazon, pensar que teniendo en nuestras manos al hijo y á la hija de Padilla, que es como tener atadas las de Doña María, no nos atrevamos á rematar esta empresa de un buen golpe! Dios os guarde.

— Espere vuesa merced un momento, señor Ronquillo, dijo el atravesado campanero deteniéndole; pues de la hija de Padilla hablamos, que es sin duda la que yo traje al real ¿no me pagará el rey tan buen servicio?

— Pero ¿fuiste acaso tú quien la hizo prisionera?

— Fué la Inquisicion.

— Pues entonces....

— Pero D. Pedro Tenorio me la entregó para que la llevara á encerrar en la catedral, porque habian querido robarla del taller del Moro; y yo en vez de obedecer aquella órden, pensando que serviria mejor al rey poniéndola en vuestras manos, aquí la traje, y aquí está.

¿Y seré pagado?

— Yo procuraré que lo seas.

— ¿Pronto?

—Jayan, eres impaciente y descarado. Servicios que así se tasan, muy pronto deben ser olvidados por el que los recibe.

—¿Me responde vuesa merced de la paga?

—Yo no mas respondo que de los criminales que en mi mano pone el rey. Vamos, Antolinez. Mendo procurad hacer lo que os digo de la cueva, que es lo que mas importa.

Y habiendo mirado su descomunal reloj subió por la vereda hácia la Sisla.

Antes de seguirle el bueno del verdugo de Valladolid, se acercó misteriosamente á Lope, y cogiéndole el brazo como con una tenaza de hierro le dijo en voz cabernosa y tono de burlas.

—Ya lo oyes, mancebo. Todas tu artes no alcanzarán á hacerme en el oficio mala obra, pues si me quitas una cabeza, el Alcalde que bien me quiere, me dará la tuya en desquite.

—¡Cuerpo de Dios! gritó el tuerto, avinagrado el rostro y esforzándose á soltar el brazo.

—¡Calla hombre! le dijo su padre.

El verdugo siguió tras de Ronquillo.

De intervalo en intervalo se volvia á mirar sarcásticamente á Mendo y á Lope.

—¡Cuerpo de Dios! repitió este, cuando ya no podia oirle. Tentaciones me han dado mas de una de clavarle mi puñal.

—¿Por qué no lo hiciste? respondió su padre, que empezaba á dudar de su valor y queria ponerlo á prueba, por lo mucho que le importaba conocerlo.

—Por respetos á Ronquillo, replicó el tuerto.

—¿No quieres habértelas con la justicia?

—Y porque se envilece la mano que toca al verdugo, aunque sea con un puñal.

Los dos tras esto quedaron pensativos.

Ambos con la cabeza baja.

El uno en frente del otro.

Parecia que de cabeza á cabeza una corriente eléctrica comunicaba pensamientos infernales.

Lope á veces pateaba de rabia y Mendo de impaciencia.

—¡Medrados estamos! esclamó el primero despues de un instante, amenazando con el puño y con los dientes á los dos miembros de la justicia que á la sazon llegaban al termino de la vereda.

¡Medrados estamos! el servir al Rey con lealtad que le servimos no nos produce al presente un solo real, ni nos lo producirá en lo futuro. Perdi lo que me ofreció Tenorio, perdí los de mi tio Martin Aguirre, á la dama de ayer, por culpa vuestra, señor padre, me la arrebataron de las manos los soldados del prior, cuando era yo el que presa la traia, y ahora que estaba esperanzado de que la muerte de la viuda me valiera algunos dineros, viene con repulgos de empanada el Alcalde á decir que me ahorcará lindamente si lo ejecuto. ¡Qué no hay manera de que un hombre honrado se enriqueza! yo creí que en estas revueltas, como dicen los viejos, el pobre se hace rico y el rico queda pobre.

—Calla, inocente, calla, respondió su padre pasándole la mano por la barba, como la pantera acaricia á sus cachorros. Tu no entiendes á estos señores, ni sabes lo que son guerras y disturbios.

—Ya lo sé por desdicha mia. De cada vez estoy mas mísero. Ni una blanca he ganado con servir tan lealmente á los imperiales.

—¿Que creerás cómo artículo de fé en lo que Ronquillo ha dicho?

—¿De que me ahorcará?

—Sí hombre.

—Pues no he de creerlo. El nunca miente cuando habla de horca. Pues si me echaba unos ojos, que no parecia sino que ya me viera patalear en el aire.

—El dijo eso como lo dicen todos los señores, porque despues no fueras tu á pregonar en tabernas, plazas y mercados:—«Maté á Doña María porque me lo ordenó el Alcalde Ronquillo;» pero si la matas, repuso Mendo en diverso tono, acariciándole otra vez, si la matas..... él, ese justicia tan negro y temeroso que has visto, será el primero.....

—Si, sí, á ahorcarme.

—A colmarte de oro y de alabanzas, y aun á pedir al Rey un buen cargo para tí.

—Ba, ba. Eso es imposible.

—Tu no conoces el mundo, inocente.

—Pero conozco mucho mi pescuezo.

—Ni sabes como se hace fortuna.

—Eso si que lo ignoro segun veo.

—¿Crees en mí?

—Segun y conforme.

—Esplícate.

—Creo que vuesa merced sabe donde le aprieta el zapato, aunque hasta lo presente no he sabido yo que tenga juntadas muchas riquezas.

—Porque no se me han venido á las manos tan buenas ocasiones como á tí. Pero todavía no es tarde. Verás cuando concluya la guerra....

—¿Esta es buena ocasion?

—Peregrina.

—Para subir á la horca, acompañado de ese Antolinez, que Barrabás confunda.

—Para hacerse rico.

—Repito que no lo creo.

—Para entrar á la parte en los despojos de la ciudad que se rendiria inmediatamente que estuviera muerta la viuda.

—Eso lo creo mejor, pues aunque no me la den yo tomaré una buena parte del saqueo.

—Para recibir del Rey larga recompensa.

—¿Cuál?

—¿Quién sabe? una alcaidia, un alguacliazgo, quizás un adelantamiento.

—¿De veras?

—Pero ven acá, inocente. El que matára á la viuda de Padilla, ¿no acabaria la guerra?

—Sin duda alguna.

—¿No haria mas que todos esos capitanes, cardenales, caballeros y canónigos que se despepitan dentro y fuera de Toledo por verla rendida?

—Tampoco lo dudo.

—Pues ven acá, inocente, esclamó con aire triunfal Mendo, tornando á mesarle la barba á su hijo; ven acá inocente, á tí que de un golpe acababas, á tí que mas que todos hacias, el Rey, lo aseguro como si lo estuviera viendo, te daria.... te daria....

—Pero el Alcalde.....

—El Alcalde te abrirá los brazos.

—Hum....

—Te llamará su amigo.

—Hum.....

—Te sentará á su mesa.

—No me sentaria yo.

—Y no veria por fin en tu persona, sino el favorecido del Rey, el colmado de mercedes, el leal entre los leales.

—Y ¿si me viera de otro modo? porque el tiene un mirar muy atravesado.

—No seas necio. El solo mira atravesado á los que el Rey mira torcido.

— Es muy duro de corazon.

— Para los pobres.

— La justicia.....

—Hay dos justicias, hijo de mi alma. No te las quiero pintar ahora con sus pelos y señales, porque el tiempo se encargará de mostrártelas. Si á lo presente matases á cualquiera de tus vecinos, á un labrador, á un menestral, te ahorcarian sin remision y *laus Deo*; pero si mataras al rey de Francia que es enemigo del nuestro; mas leal que Guzman el Bueno, mas valiente que el Cid, te apellidarian.

— Estoy ya del todo convencido, repuso Lope con sonrisa maliciosa, estoy convencidisimo.

—¿Matarás á la viuda?

—Pero me ocurre un pensamiento.

—Habla.

—¿Por qué no la mata vuesa merced, y gana para sí todas las honras y los dineros que á mi me esperan?

—Ya te he dicho que á mi no me es posible.

—¿Por qué?

—Te lo confesaré tambien. Porque me conoce Doña María.

—¡Calle! ¿Pues cuándo ha visto á vuesa merced? En catorce años que falta de Toledo....

—Me ha visto ahora.

—¿En estos dias?

—Hace tres ó cuatro.

—¿Cómo así?

—Eso.... no te.... no te lo puedo esplicar.

El hijo lanzó al padre una mirada de desconfianza, y al propio tiempo de inteligencia indescriptible.

Creyó que habia ido á proponer á la viuda de Padilla alguna traicion, semejante á las que en aquella hora le ocupaban.

—Entiendo, entiendo, murmuró tranquilizándose.

—Ya ves.... repuso Noguerol á medias palabras, porque habia comprendido tambien el pensamiento de Lope, y temia que de desconfianza en desconfianza llegara á adivinar que habia ido á descubrir á la viuda el robo y la vuelta de Martin Aguirre.

Hubo otra pausa.

—Estoy determinado, dijo Lope resueltamente.

—¿La matarás?

—Esta misma noche.

—Mejor que mejor.

—Así como así ya lo tenia pensado desde ayer.

—Los buenos pensamientos han de ejecutarse pronto.

—Mi hermano necesitaba de mí para cierta cosa esta noche, y le avisé que no podia.

—Precavido fuiste. ¿Podrás entrar en el Alcázar?

—Leonardo y Menda están allí.

—Pero guarde el cuerpo, hijo mio, repuso el ermitaño pasándole con mas ardor que nunca la mano por la barba. Si los comuneros te cogiesen....

—Yo sé que Doña María á media noche pasa por cierto corredor.... Desde allí á cierta poterna que conozco perfectamente....

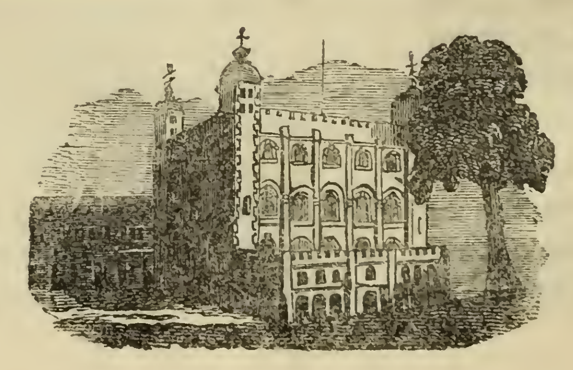
—Basta lo dicho. Eres valiente, precavido y resuelto. ¿Tienes puñal?

—Una daga muy vieja y herrumbrosa.

—Toma el mio, que solo con dejarlo caer sobre una piedra se clava hasta la cruz.

Y cambiaron sus puñales.

Lope se restregó las manos de alegría, porque ganaba mucho en el cambio.





CAPITULO V.

CÓMO HAY CACHORROS DE TIGRE QUE TIENEN PIEL DE CORDERO.



El alcalde habia subido á la Sisla horrorizado de que existieran tales padres en el mundo, y sobre todo tales hijos.

En la puerta del monasterio le esperaba el suyo.

Todo el contorno estaba lleno de soldados del prior, que jugaban al par, á la sombra del edificio.

Era ya medio dia.

—¡Don Luis! esclamó gozoso Ronquillo corriendo á abrazarle con verdadera efusion.

—¡Señor padre! respondió el jóven abrazándole tambien amorosamente.

—¡Gracias á Dios! ya os creia perdido. De mí os apartais como si estuviese apestado. Desde el dia que degollamos á Padilla no he

vuelto á veros ni á recibir de vos nuevas algunas. En cambio vuestro hermano Don Gonzalo, aunque sigue al Emperador y no tiene en su córte momento de reposo, con todos los correos que de allí vienen me envia sus buenas nuevas.

— Mi hermano es mas afortunado que yo.

— ¿Por qué?

— Porque le alumbra mejor estrella.

— Ya se me pasó el enojo que me causásteis en Segovia y en Villalar, murmuró el buen Ronquillo sin desasirle de sus brazos todavía, y vos por vuestra parte venís á que os perdone.

— No os he ofendido, padre y señor.

— Pero me habeis enojado.

— Compadezco á los comuneros.

— Que son traidores.

— Que son infelices.

— Que merecen serlo.

— Que no lo merecen.

— Que se alzan contra su Rey.

— Que defienden los fueros de Castilla.

— Basta, Don Luis, dijo Ronquillo enfriándose un poco en sus abrazos.

— ¡Ah, señor padre!

— ¿De dónde venís?

— De la ciudad.

— ¡De Toledo! esclamó Ronquillo rechazándole ya bruscamente.

— De Toledo, repitió con dignidad y calma su hijo.

Lleno de susto el alcalde, viéndose rodeado de gentes estrañas que ponian los ojos en padre é hijo y podian escuchar su conversacion, trabó del brazo vigorosamente á Don Luis y llevóle detrás del convento.

— Venid acá, hijo desnaturalizado y avieso, le decia por el camino. ¿Teneis hecho voto de perderme?

— ¡Yo, padre y señor!.... repuso el jóven.

— Donde hay rebeldes allí estais vos.

— No siempre.

— ¿Qué os han dado los comuneros?

— ¡Padre, no me ofendais!

— ¡En Segovia! ¡En Villalar! ¡En Toledo! murmuró Ronquillo

poniéndose las manos en la cabeza. Donde yo sirvo bien á mi rey allí venís al punto vos á oscurecer mis hechos.

— No es posible que se oscurezcan, padre y señor.

— ¿Qué dirán de un padre que consiente tamaña deslealtad de un hijo?

— No soy desleal, no desnudo mi espada por unos ni por otros.

— Pero los servís á ellos.

— Porque los veo necesitados.

Ronquillo, que tenia cruzados los brazos sobre el pecho, alzó la chispeante cabeza, hermana de la de Medusa, y midiendo á su hijo con una mirada atroz, repuso en grito ronco:

— ¡Y unís á la injuria el descaro! ¡Siempre que mal obrais venis á verme!

— ¡Señor padre!

— Valiera mas no acordaros del santo de mi nombre. Si sois indigno, hijo mio, ¿por qué acudís á vuestro padre?

— Porque necesita de mí.

— ¡Yo! ¡Yo necesitar!....

— Vos.

— Es cosa peregrina. Tambien os habeis vuelto loco. ¿Venis acaso, añadió Ronquillo con sorna, á hacer que me perdonen la vida vuestros amigos los comuneros?

— Vengo á mas, respondió con calma su hijo.

— ¡Hola, hola!

— En comparacion de otras cosas, ¿qué vale la vida?

— Ya me poneis en cuidado.

— Encontraros pensaba lleno de ellos.

— ¿Atañe á la honra lo que venís á decirme, hijo mio? repuso el buen alcalde cogiéndole con interés y amor por el brazo.

— A la conciencia.

— ¡Oh Dios! ¿Qué me decís?

— Apartémonos de este sitio, dijo el mancebo llevando á su padre á lo largo de la pared de la Sisla, casi enfrente de la solitaria vereda de la Valdegollada.

— Aquí estamos bien, Don Luis, respondió Ronquillo parándose debajo de una ventana del convento que estaba entreabierta. Hasta aquí no llegará soldado alguno. Ya sabeis que soy buen cristiano. Tengo el corazon lleno de recelos. ¿Habeis oido á algun canónigo de

la arzobispal iglesia quejarse de mí? Pudiera inadvertidamente haberle hecho algun agravio. Dios me libre de que así sea. ¿Ha robado la gente de curia que conmigo viene alguna cosa sagrada? Ahorcaré al criminal antes que se ponga el sol. Decid, decid, hijo mio. La religion y el rey se reparten mi vida por igual.

—Me asombra, señor padre, dijo Don Luis en tono reposado, que vuesa merced no adivine.... miento.... no sepa sin que yo se lo diga el peso enorme que sobre la conciencia tiene.

—¡Un peso! ¡Dios mio! Tú te gozas en atormentarme. Habla, habla pronto sin rodeos.

—¿No sabe desde antaño vuesa merced que Juan de Padilla tenia una hija?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿De la mujer de Giron?

—Y yo estuve á punto de cortar aquel devaneo. ¡Cómo que era yo entonces corregidor de Segovia! por cierto que á la presente la tengo entre mis manos.

—Ese es el cargo de vuestra conciencia, esclamó con fuego Don Luis.

—¡Ese! repitió con asombro su padre.

—Está presa la hija de Padilla juntamente con el hijo.

—Nada mas natural.

—El hijo no sabe el secreto....

—¿Qué importa?

—Y es mozo.

—Y de bríos.

—Pero ¿no adivinais, señor padre?

—Estoy como quien sueña.

—¿Nada vuestra conciencia os dice?

—Absolutamente nada.

—¡Dos hermanos!

—Dos hijos de un rebelde.

—En fin....

—En fin, comprendo vuestra intencion. Estais loco de remate.

—¡Padre mio!

—¿Os duele que yo pretenda estirpar de una vez toda la mala semilla?

—No me habeis entendido.

—Sí, os entiendo, os duele de que la viuda, á quien estimais en mas que á vuestro padre mismo, gracias á esos devaneos que en la universidad os enseñaron, os duele, torno á decir, que la viuda vea perdidas de una vez todas sus esperanzas.

— Mucho me duele, pero....

— ¿Y habeis creido que el amor de padre se sobrepondria en mi corazon á los afectos de vasallo leal? ¿habeis creido que vuestro padre el Alcalde de Córte, Rodrigo Ronquillo, el mas firme sosten del escelso trono del Emperador, llevara su flaqueza hasta faltar al servicio del Rey, alejando la cuchilla de dos gargantas que han nacido para ella?

— ¡Padre! esclamó Don Luis, traspasado de dolor. Se trata de un niño.

— Que es rebelde ya.

— Y de una mujer.

—Que es hija de un rebelde, amante de otro y por contera judía.

—No lo es, su corazon es cristiano.

—La bautizaremos antes de ahorcarla.

—¡Tan jóven! ¡tan bella!

—¡Hola! ¿habeis reparado que es bella?

—Veo la luz, señor padre.

—¿Apostara á que os ha enamorado? Si... vuestro semblante lo descubre.... ¡Os ha enamorado!.... ¡una judía!.... ¡Oh! por esto los hombres como yo que anhelan poner remedio á los males de Castilla, no piensan mas que en la horca. La Inquisicion anda perdida desde que murió fray Tomás de Torquemada. ¡Aquel si que era un buen cristiano! Ahora no se quema á nadie. ¡La Inquisicion anda perdida.... como todo! ¡Qué tiempos Dios mio, que tiempos! ¿Esto mas, Don Luis? ¡esta nueva pesadumbre!.... no pareceis de la sangre de los Ronquillos! si vuestra madre resucitara.... Pero desde el cielo me aconseja. Yo evitaré vuestra perdicion. Tenia pensado no sentenciar á los hijos de Padilla hasta ver si se arreglaba con la viuda una capitulacion honrosa, pero ya no gasto contemplaciones. El servicio del Rey y vuestra alma son primero. Ella se rendirá aunque estén ahorcados sus hijos.

—¡Ahorcados!

—Delante de la Sisla, para que los vean todos los vecinos de Toledo.

—Señor padre, me horroriza el ser hijo vuestro.

—Y á mí me envilece.

—Pero, por Dios, padre mio, esclamó de súbito el jóven quitándose el bonete, pues sudaba gota á gota un mar por cada cabello, por Dios, padre mio, cada instante que pasa aumenta mas y mas el peso de vuestra conciencia.

—Ea, dejadme, respondió Ronquillo interrumpiendo á Don Luis, dejadme y no volvais en mi busca hasta que os llame yo. ¡Qué deshonra! ¡qué verguenza! ¡qué hijo!

—¡Y que por no entenderme vos suceda esto! Yo no vengo á pedir su vida, ni su libertad, ni el amor de Sara me mueve.

—¡Tambien mañoso y artero!

—La verdad os digo. Hasta venia resuelto á empeñar mi fé para casarme.

—¿Con vuestra prima?

—Sí, señor padre.

—¿Hé oido mal? ¿Con Doña Catalina?

—Si señor.

—¿Qué decís, hijo mio? venid acá; yo no os rechazo. ¿Cuándo un padre dejará de ser padre? pero me sacais de quicio con vuestro fantasear desatentado y loco. Vamos á ver.

—Casaréme si vuesa merced sigue en su empeño.

—¡Oh que bien que harias! No puede haber en Castilla mejor boda para vos. Vuestra prima es una perfecta dama; y os quiere, yo os lo aseguro, que la conozco muy bien.

—Eso no, señor padre. Ella solo amó en el mundo á Don Juan Bravo.

—No la ofendais. Además, como ha hecho tantas valentías en esta guerra, el Rey la estima con todo estremo. A los castellanos que de allí vienen, en todas las letras que escribe á su consejo de regencia, pondera entusiastamente los servicios de Doña Inés Barrientos, la que envenenó á los comuneros de Cuenca, y de vuestra prima, que ha corrido todos los azares y riesgos de esta menguada guerra en su servicio. Mas os tengo que decir aun para que os regocijeis. Cuando supo Su Majestad Cesárea que habia quedado vuestra prima viuda, dijole á un deudo de Yevres, que venia á Valladolid con un alto cargo.—«Si quiere casar de nuevo la sobrina de Ron-«quillo, de mi mejor Alcalde de Córte, yo le daré tal esposo, y le

»colmaré de tales mercedes y tantas que pocas ricas hembras de »Castilla puedan competir con ella.

— ¡ Ah ! esclamó Don Luis, con irresistible tono de satisfaccion. A ser así querrá S. M. C. darle marido de su mano. ¿Qué soy yo para aspirar á tanta alteza?

— Sois hijo mio. No se hable mas de esto. Lo demás de la boda yo lo arreglaré cuando en Toledo entremos. El Cardenal de Bari os casará, y en nombre del Rey será vuestro padrino el prior de San Juan.

— ¡ Tan pronto, señor padre !

— Las cosas de justicia y de iglesia deben de hacerce al punto.

— Bien, bien; pero oid....

— ¿Quereis algun cargo antes de casaros?

— No por Dios. ¿Qué me importan á mí grandezas?

— ¡ Cómo ! ¡ siendo hijo mio rehusais los favores!....

— Ni pido ni rehuso. Lo que anhelo es haceros entender la voz de la conciencia en el caso de los hijos de Padilla. No pueden seguir presos de este modo.

— ¡ Ya me pedís blandura porque me ablandé un momento !

— ¡ Señor padre ! están juntos y son hermanos.

— ¡ Ah ! ¿quién tal cosa os dijo?

— Y el mancebo ama á su hermana....

— Pero vos soñais: ¿Quién os dijo tal disparate? No están juntos porque pensamos ponerlos esta noche á cuestion de tormento.

— ¡ Ah ! gritó en la ventana de la Sisla, que estaba entreabierta, una voz débil de mujer. ¡ Tormento !

Alzaron padre é hijo la cabeza, para ver cerca del tejado una, que podia ser imágen del dolor.

Era Sara.

Sus lágrimas caian gota á gota sobre el rostro de Ronquillo, que esclamó lleno de ira, limpiándose los ojos con la manga de su loba.

— ¿Qué desacato es este? ¡ me escupe en el rostro ! Ya lo veis ...

— Es llanto, padre mio.

— Los hebros no lloran nunca. Es que se mofa de mí porque me ha visto blando y compansivo.

— Pero, señor padre....

— Nada, nada. Esta noche tormento y mañana horca.

Por rebelde y por impía la condena la ley.

— ¡Ah! pues os juro que si obrais así, esclamó el mancebo fogosamente, renegaré de mi nombre y de mi tierra.

— ¡Vive Dios! ¿con qué el cuento de la boda era solo cuento? ¿con qué estais enamorado de una infiel vos, el hijo del alcalde Ronquillo? Daos á prision.

— ¡Señor padre!

— ¡Pronto! vuestra espada.

— ¡Señor padre! no me hagais olvidar que esta sangre que en mi hierve es la vuestra. Yo no merezco castigo por lo que hago; si lo mereciera humildemente lo recibiria.

— ¡Y no está aquí Antolinez! esclamó el alcalde pateando. Ni el verdugo, ni escribanos, ni alguaciles están aquí.....

— ¿Me entregareis á ellos? ¡vive Dios! Ya no puedo soportar tantas injurias. Ni boda ni vida quiero de vuestra mano. ¿La espada me pedís como á un criminal? tomadla.

Y demandándola rápidamente apoyó la cruz en el suelo é iba á precipitarse sobre la hoja para acabar su mísera existencia, cuando su padre le detuvo presuroso.

— ¡Qué vais á hacer, hijo de mi alma! esclamó sin poder reprimirse.

Y arrojó la espada de allí.

Luego, quedándose ceñudo, varió de tono completamente.

Su hijo permanecia delante de él con los brazos cruzados y la cabeza baja.

— Don Luis, le dijo secamente; esta accion merece ejemplar castigo. Ni sois cristiano, ni sois noble, pues quereis acabar con la existencia que Dios y vuestros padres os dieron. Yo que os armé caballero en San Vicente de Avila, os declaro indigno de la caballería, y en nombre mio juntamente con el de vuestra madre que está en el cielo, os desheredo y arrojó de mi casa y familia.

Esto diciendo puso el pié sobre la hoja de la espada, levantó con las dos manos las dos puntas, que saltaron en mil pedazos, y sin mirar siquiera á Don Luis volvió lenta y melancólicamente al monasterio.

Un momento despues corria el jóven por aquellos campos como un loco, erizado el cabello, estraviada la vista y con toda la sangre agolpada al rostro.



CAPITULO VI.

DA FIN Y POSTRE EL PEREGRINO EPISODIO DE LA HISTORIA DE LAS CAMPANAS.



uando llegó Doña María á las calles inmediatas á la iglesia de Santo Tomé, hallábanse pobladas de inmensa muchedumbre.

El ruido era atroz.

Menestrales, rufianes, labriegos, mujeres, niños, viejas, confundian en uno sus interminables gritos, como si cantasen un vivo coro infernal.

Por el aire se oia tambien un rumor sordo, estraño, pavoroso, de mazas y de picos, de bronces heridos, de maderas desgarradas, semejante al que al decir de las gentes hacen las brujas de Barahona en las noches de sábado al son de sus tabletas, de sus cencerros y cascabeles.

La muchedumbre miraba al espacio con semblante inmoble, con oido atento, con los ojos dilatados, como si esperara ver bajar una legion de ángeles cabalgando por los aires.

La llegada de la viuda de Padilla no fué en un principio reparada porque todos, como hemos dicho, tenian los ojos y la atencion fuera de la tierra.

Pero cuando su comitiva empezó á codear para abrirse paso, y la gente á arremolinarse, apercibióse la viuda del mal recibimiento que se le hacia.

Unos cerraban los ojos como ante una aparicion sangrienta.

Otros la miraban desdeñosamente.

Huian otros de su lado como del verdugo.

Y las mujeres..... ¡oh! las mujeres que son el alma de los motines, la voz de las turbas desenfrenadas, las serpientes de todos los paraisos, y el instrumento destemplado de todas las armonías, estallaron á la par en un diluvio de vociferaciones, que bajaban y subian de tono repentinamente como los diversos bramidos de la catarata del Niágara.

Unas solo decian:

— ¡La viuda! ¡la viuda!

Otras:

— ¡Se atreve á venir aquí!

Otras!

— ¡Es un demonio encarnado!

Las viejas por su parte replicaban:

— ¡Qué cara de bruja!

Las jóvenes:

— De lo que es.

Las beatas.

— ¡Hereje! ¡mala mujer! ¡endemoniada! ¡esclava de Satanás! ¿quién diria que la parió aquella buena condesa de Tendilla, que era una santa?

La ilustre rica-hembra, que con el corazon desgarrado escuchaba al pasar aquellos improperios, revistióse de firmeza, y volviendo el magestuoso rostro á una y otra parte de aquella desatentada muchedumbre, esclamó en voz melancólica:

— ¿Por qué me mirais, por qué me llamais, por qué me denostais así, buenas vecinas de Toledo?

En el primer momento ninguna respondió.

Aquella blandura las confundia.

Se arremolinaron, gruñeron, trabáronse de las manos las que

mas cerca de ella estaban, y con los ojos en el suelo quedáronse cariacontecidas.

Pero detrás de ellas, en la segunda fila, sonó mas de una voz, refunfuñando palabras entrecortardas.

—Las campanas..... las campanas.....

—Es una herejía quitarlas.

—Es un dolor.

—Dios abandona á Toledo.

—Y la religion.

—¡Ya no sabremos la hora de misa!

—¿Quién toca las oraciones?

—¿Y las ánimas?

—Ya no repicarán el dia del *Corpus*.

—Ni doblarán cuando nos muramos.

—¿Ni nos encomendarán á Dios?

—¡Para eso sirven los comuneros!

—¡Y se llaman padres de la pátria!

—Y además nos traen desasosegados.

—¿Y nuestros hijos que sin necesidad ninguna van por ellos á la guerra?

—¡Sin necesidad! repitió Doña María sin poderlas ya resistir. ¡Sin necesidad!

—Tiene razon, repitieron á coro todas las mujeres, poniéndose de parte de la que habia herido con aquellas palabras las mas sensibles fibras de su corazon. ¿Qué nos importa á nosotros de los fueros municipales? ¿qué nos importa de que el rey ponga sus justicias en el pueblo ó la ponga la comunidad? Y sobre todo, ¿qué importan los fueros y las justicias, si nuestros hijos tienen que ir á la guerra, y nosotras hemos de perder la religion?

—Hermanas mias, dijo con mansedumbre la viuda, comprendiendo que se trataba de una cosa que podia dar con todos sus proyectos al traste; habeis entendido mal, hermanas mias, lo que quieren los comuneros. No es solo que se respeten nuestras libertades, y que nuestras justicias sean puestas por el comun de vecinos, sino tambien que seamos todos felices....

—¡Felices, y empezamos á perder las campanas! dijo una vocinglera, alta, desgreñada y de luengo cuello, síntoma infalible de carácter díscolo. Era sobrina de un cura.

— ¡ Felices y el Papa nos excomulgará ! añadió otra.

— ¡ Felices sin religion no puede ser !

— Entonces son felices los herejes, añadió una beata.

— Lo de las campanas, vecinas mias, dijo la viuda agotando su mansedumbre, es solamente interino y transitorio, mientras allegamos dineros y metales para hacer cañones.

— ¡Van á desbaratarlas ! esclamaron unas.

— ¿Pues no lo sabiais? replicaron otras.

— ¡ Desbaratar las campanas !

—Para hacer cañones y moneda.

— ¡ Venden á Dios como Judas !

— Eso solo entre judios se vé.

— Para defenderos, dijo Doña María.

— De ese modo no queremos que nos defiendan.

— Saquearán nuestras casas los imperiales, añadió la viuda con la misma mansedumbre.

— Que los hombres lo impidan.

— No tienen cañones, dijo la dama.

— Pero tienen hierros.

— Los imperiales tienen cañones y arrojarán á la ciudad pelotas encendidas. Esto sin contar que los dineros son de todo punto necesarios.

— ¡ Los dineros ! respondieron á coro las mujeres, suspendiendo su charla una idea maliciosa.

— ¡ Dineros de las campanas ! repitió la sobrina del cura.

— La ciudad las compró cuando se pusieron en las torres, dijo Doña María. La ciudad puede usar de ellas ahora, volviéndolas luego á su sitio.

— Pero la ciudad no es quien las quita.

— Es la viuda....

— Sois vos....

— Y los dineros....

— Los dineros....

— Acabad, gritó Doña María.

— Sabe Dios.... repuso la sobrina del cura.

— Sabe Dios esos dineros.... dijo otra mas atrevida....

— Para quién serán....

Doña María no pudo resistir este golpe

Una lágrima de pena y coraje brilló en sus mejillas pálidas.

Sin embargo se contuvo.

Era la situacion demasiado crítica para que diera rienda suelta á sus emociones.

Paseó por el femenil tumulto una mirada magestuosa, y dulcificando la voz cuanto le era dable, dijo tranquilamente:

—Los dineros de las campanas, vecinas mias, son para mantener á nuestros valientes defensores en el Alcázar y en los muros, pues á mí ya sabeis que me ha dejado por puertas el defenderos. Mas de veinte mil ducados llevo gastados.

—¡Veinte mil ducados! repitieron las mujeres.

—Y tambien sabeis que no quiero cobrar mis juros sobre las alcabalas de la ciudad, por favorecer á los pobres.

—Tiene razon, dijeron algunas.

—Ha empobrecido á su hijo.

—Es mala madre, esclamó triunfalmente la sobrina del cura.

La amarga sonrisa que entreabrió los lábios de la viuda no puede pintarse.

Aquella acusacion era la mas horrible que puede inventar la malicia de una mujer y herir el corazon de una madre.

Entre tanto un grupo de viejecillas, que no apartaban sus despestañados ojos de la torre de San Ginés, donde un buen golpe de comuneros con picos y hachas se ocupaban en desclavar de su sitio las cabezas de madera de las campanas, iba punto por punto relatando entre denuestos y maldiciones los progresos que la estraña labor hacia.

—Mirad, mirad cómo arrancan cascotes de la pared, dijo una santiguándose. ¡Jesus! así le arrancarán á ellos los demonios pedazos de carne con garfios de hierro.

—¿Pues no habeis reparado en el que dirige la operacion? replicó otra. Es Gonzalo Gaitan, el hermano del canónigo.

—Desde niño era atravesado.

—Era un Barrabás.

—Y desde que se ha metido á comunero, solo trata con judíos y renegados.

—El fué el que puso presos á los canónigos en la catedral.

—Por mandato de la viuda maldecida.

—Calla, hermana, que puede oirte.

—Que me oiga. Eso quiero.

—Golpea, golpea, hijo, gritó como una energúmena la mas vieja de aquellas viejas, amenazando con el puño y con los ojos y con todos los contraidos nervios de su cara á los comuneros que dirigidos por Gaitan iban á desprender ya la campana. Golpea, golpea, hijo de Lucifér, que por cada golpe te darán un tizonazo en las calderas de Pero Botello.

—¡Silencio, hermana! dijo otra vieja que se habia apartado un poco del grupo y vino corriendo. ¡Silencio! que está ahí Doña María. Vedla.

Siguiendo la indicacion del rugoso dedo de la vieja, seis ó siete manos de esparto seco apuntaron al lugar en que se hallaba la viuda de Padilla.

Doña María lo observó

—Buenas comadres, dijo avanzando hácia ellas con sonrisa bondadosa, decid á estas inocentes que no conocen á mi familia tanto como vosotras, si los Pachecos han dejado alguna vez de cumplir como cristianos sus palabras.

—Es que ahora se han metido á judíos, replicó detrás de Doña María la sobrina del cura.

—Yo os juro por Dios santo que á no faltarme la vida pondré en las torres campanas nuevas, tan pronto como haya paz en estos reinos.

—No la habrá nunca, dijo una vieja, porque en ti consiste y no la quieres.

—No la quiero porque seria afrentosa para nuestra ciudad. En prenda de la paz exigen los imperiales que les entreguemos al obispo Acuña.

—¿Y qué tardas en entregar á ese hereje maldecido? si lo queman, que lo quemen.

Un inmenso murmullo se levantó entre la muchedumbre.

—¡Por el obispo Acuña nos perdemos todos! ¡por ese hereje, mal nacido, ambicioso y ruin, que solo anhela el arzobispado de Toledo!

Doña María conoció que el asunto estaba perdido.

Habia errado el cálculo.

Las campanas debieron de caer de noche sin saberlo nadie.

Una vez exasperado el fanatismo religioso de las mujeres, no habria habia remedio humano para la causa comunera

Creyó Doña María que aquel ostensible alarde de fuerza aumentaria la suya dentro y fuera de Toledo, y lo que hizo fué quitársela.

El desengaño la dejó abrumada.

La mancilla de su nombre, el suplicio de su hijo, la ruína de las públicas libertades, se agolparon en un punto á su imaginacion, llenando su garganta de suspiros, que tuvo que reprimir y sus ojos de lágrimas que tuvo que ahogar.

Pero nadie lo conoció.

Era una mujer de hierro.

Antes de un minuto se rehizo, y brillando en sus ojos el fuego de la inspiracion, que la hacia levantarse sobre las demás mujeres como un árbol entre malezas, dijo:

—Mas que á vosotras, vecinas mias, me duele, de verme obligada por la necesidad á hacer á la religion este que yo tambien llamo agravio, y que pesa sobre mi conciencia como la torre de la catedral pesaria, pero amen del juramento que tengo hecho de volver las campanas á sus torres, tengo en el fondo de mi corazon prometido, y para vuestra tranquilidad os lo declaro, subir de rodillas á la Sisla desde la plaza de Zocodover, con un cirio en la mano, una soga á la garganta y cilicios en todos los miembros, para desagravio de la justicia divina.

Los murmullos de asombro y satisfaccion reemplazaron á los de enojo. Doña María acababa de vencer con el arma que la heria: con el fanatismo popular.

Algunas de las mujeres la abrazaban y besaban como si acabase de regalarlas un tesoro; otras ponian los ojos y las manos en el cielo, aspaventeando, y otras en fin esclamaban:

—¡Pobrecita! no la conocíamos bien.

—Eso se llama religion.

—Al fin hija de la condesa de Tendilla, que era una santa.

—¡Subir desde Zocodover á la Sisla!

—De rodillas que es mas duro.

—Y con una vela en la mano.

—Y cilicios en los miembros.

Saboreaba Doña María su triunfo, dirigiendo á un lado y otro miradas humildes que en el fondo rebosaban satisfaccion, cuando resonó en los aires un grito lastimero, que helaba de espanto á todos los concurrentes, aun antes que alzaran la cabeza.

Un sentimiento instintivo, una especie de adivinacion de sus males, hizo que la viuda la alzara primero que las demás mujeres.

La campana de Santo Tomé se habia desprendido ya, y bajaba por los aires dando monstrusos saltos, que hacian resonar el badajo de una manera no menos monstruosa.

Pero al compás de aquellas estrañas y lúgubres campanadas resonaba tambien un prolongado grito humano no menos estraño y lúgubre.

Los comuneros que habian quedado en la torre asomaban en el abismo sus rostros lívidos, sus erizados cabellos, sus ojos saltando de las órbitas.

Arremolináronse de horror los que henchian la calle, como presintiendo una inmensa desgracia.

Los ojos que estaban clavados en la campana no veian.

Duró un instante esta ansiedad.

En el rápido momento en que la campana cruzó á la altura de los ojos, el grito que exhaló la muchedumbre no hay manera de espresarlo.

Un hombre caia de la torre asido á la campana.

Inmediatamente sonó un espantoso ruido, y todos los circunstantes, los de abajo y los de arriba quedaron mudos y ciegos.

La campana se hincó en tierra, y desde entonces aquella calle se llama de la Campana.

El comunero saltó hecho mil pedazos, como si hubiera salido de un cañon.

Mas de un minuto estuvo lloviendo sangre sobre los concurrentes.

Hubo pedazo de cráneo que fué á parar á la calle próxima.

En los tejados vecinos se encontraron pocos dias despues, dientes, huesos triturados y dos dedos de la mano engarabitados aun como por el aire venian.

La viuda de Padilla, que se habia cubierto el rostro con su manto, alzó resueltamente la cabeza, como un general que se queda solo en medio del campo de batalla.

—¿Quién ha sido el desdichado? preguntó en voz temblorosa de ansiedad.

Pero no obtuvo respuesta.

Ni las mujeres ni los hombres se atrevian á mirar frente á frente la verdad.



..... y cayó con la campana, lanzando un grito de muerte.

—¿Quién ha sido?.... volvió á preguntar la viuda cada vez mas pálida y temblorosa.

Y viendo que nadie respondia, que todos los rostros estaban vueltos atrás como si á todos los hubiera petrificado una misma maldicion, avanzó vacilante la viuda hácia la campana, pasándose la mano por los ojos, como si los tuviera bañados en sangre.

Su servidumbre la dejó sola.

Con gran sorpresa de la dama, ni un solo charco de sangre habia en torno de la campana.

Ni un solo miembro destrozado.

Pero la espada del infeliz comunero, desasida sin duda del talabarte en el espacio, se habia clavado en tierra tambien á pocos pasos de allí.

Al reparar en ella Doña María, púsose mas y mas desencajada, y corrió á desclavarla.

En el mismo instante, los que habian quedado en la torre convertidos en estátuas del espanto, comprendiendo sin duda ó adivinando con esa intencion horrorosa que en las grandes catástrofes tiene el hombre, lo que pasaba en la sangrienta calle, asomaron sus lívidos rostros sobre el abismo para decir en voz hueca que parecia bajar del cielo:

—Es Gonzalo Gaitan.

El pobre caballero habia sido empujado por una mano invisible, y cayó con la campana lanzando un grito de muerte.

Doña María llevóse la mano al pecho, como si hubiera recibido en el corazon una herida mortal.

— ¡Gonzalo! murmuró levantando al cielo los ojos, en que brillaba una lágrima de sangre hirviente. ¡Gonzalo! ¡mi último amigo! ¡mi último defensor! el cielo me deja sola, como si estuviese maldita, como si le hubiera ofendido..... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿es que obro mal? ¿es que me castigas? ¿es que me avisas?

Mientras esto decia, se acercaba lentamente la arremolinada multitud al sitio en que yacia la campana, murmurando:

— ¡Agüero! ¡agüero! ¡mal agüero!

Parecia una bandada de grajos, que graznando y batiendo las alas anuncian la tempestad.

— Ella pierde á Toledo, gritaban unos.

— Porque ofende á Dios, añadian otros.

— El cielo nos castiga.

— El cielo se venga.

— ¡ Otro muerto !

— ¡ Otra víctima de esa mujer !

— Matémosla.

— Aplaquemos al cielo.

— Entreguémosla al Alcalde Ronquillo.

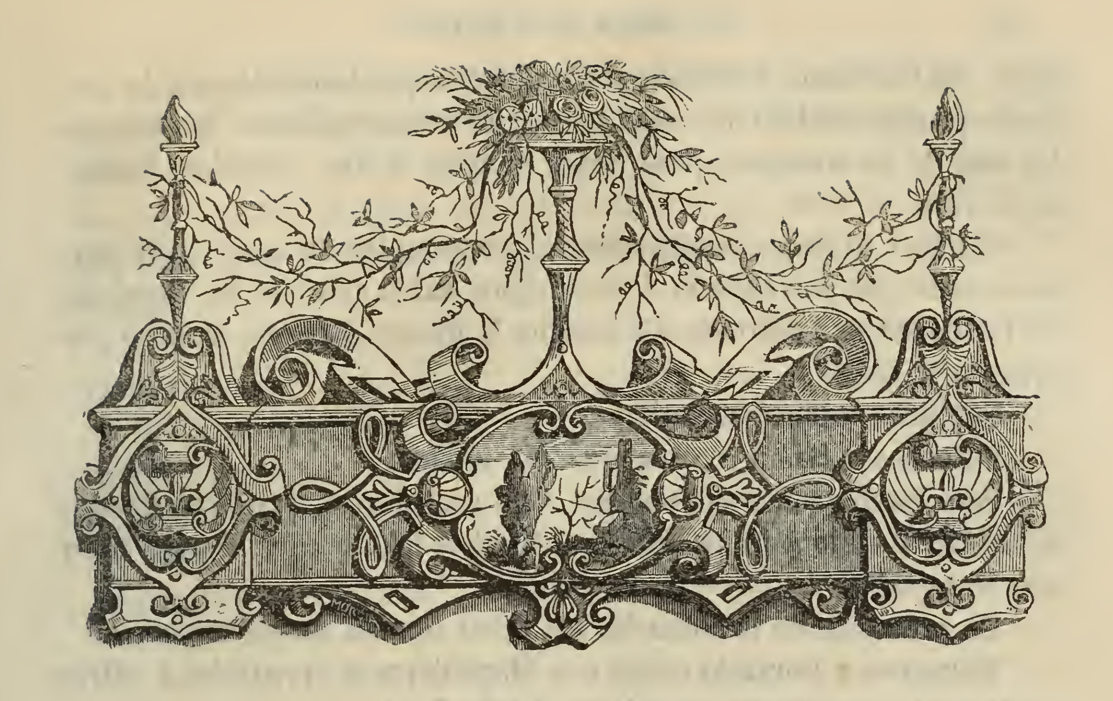
— Aquí estoy , gritó Doña María irgüiéndose sobre la muchedumbre para que la viera bien. Aquí me tienes, pueblo tornadizo , pueblo veleidoso , pueblo sin memoria para el bien , que olvidas los beneficios que me debes en presencia del primer mal, que sin quererlo te causo. Contra los imperiales me defenderé hasta verter la última gota de sangre; contra tí no me defiendo que fuera indigno de los dos. Erré en amarte, porque no he triunfado, y tú no estimas sino á los que te ciñen el laurel, aunque sean sus intenciones menos puras que los de aquellos que persigue la desdicha. Aquí me tienes. Ea. Dame el consuelo de morir á tus manos, que así tendrá mi vida fin mas noble.

— No la mateis, no la mateis, gritó una voz femenina entre la muchedumbre, que aun tiene que apurar las heces de su amargo cáliz. Su suegro Pedro Lopez está espirando, y quiere verla..... para maldecirla.

— Coged á esa mujer, gritó Doña María fuera de sí. ¡ Cogedla! ¡ ahorcadla..... ! pronto..... Gonzalo..... Gonzalo Gaitan..... traéme la cabeza de esa mujer, que es la sobrina del Alcalde-Ronquillo.

El pueblo respondió con una carcajada á aquella infeliz que esperaba ayuda de un muerto.





CAPITULO VII.

DEL REMEDIO QUE ENCONTRABA EL MARQUES DE VILLENA PARA LOS MALES DE LA VIUDA DE PADILLA.

Sin ver por dónde caminaba, sin darse cuenta de lo que habia pasado, sin esplicarse como huyó de Santo Tomé, hallóse Doña María, sola, enteramente sola, en la calle de los Tendillas, en aquella misma calle que debia su nombre á su ilustre casa.

Hasta verla no volvió en su acuerdo.

Le parecia un sueño horrible cuanto acababa de suceder.

Pero el aspecto grave y silencioso de aquella casa que tantos recuerdos despertaba en su destrozado corazon, aquellos lugares que le traian á la memoria, uno por uno, con insistencia en aquel momento terrible, todos los sucesos prósperos de su vida, y en particular su boda, allí celebrada, el nacimiento de su

hijo, allí bautizado y criado, y las alegrías produducidas por la anterior prosperidad de los comuneros, fueron sacudiendo lentamente las alas de su corazon, para ceder el paso á los violentos latidos de la vida.

Siempre le habia enternecido el contemplar su casa solariega, dulce nido que por espacio de tres siglos habia criado á las hembras de los Pachecos; pero en esta ocasion la misma ternura empezó por arrancarle llanto.

Entonces volvió á ser ella.

Entonces volvió á reconocerse á sí misma.

Pero estaba sola: sus amigos, sus servidores, hasta sus deudos la habian abandonado, y esta ingratitud la hizo perder el poco valor que le restaba.

En presencia de la cobardía era débil aquella fuerte mujer.

Silenciosa y llorando como una Magdalena se preparaba á entrar en la casa, cuando oyó un sollozo detrás de sí.

Volvió el rostro asombrada y exhaló una esclamacion.

—¡Juan de Sosa! dijo tendiéndole los brazos.

—¡Ah señora mia desdichada! respondió el bachiller estrechándola en los suyos.

—¡Aun me queda un amigo!

—¡Siempre os quedará! ¡siempre!

—Si supieras.....

—Lo sé todo.

—¡Tambien Gonzalo Gaitan ha caido!

—Cuéntase que le empujaron los que en la torre estaban.

—¡Infames!

—¡Yo ví á Lope Noguerol pegado á él.....

—¡Ah infame! ¡tambien infame!

—Eso es lo que mas abunda en nuestra ciudad ahora.

—¿Y es cierto que Pedro Lopez se muere?

—Sí señora. A buscaros iba, cuando me impidió el tumulto llegar hasta vos. No penetreis en esa triste casa. Os espera una desdicha mas.

—¡Me maldice!

—¡Sí señora! dijo el bachiller bajando los ojos.

—¡Vaya por Dios! repuso Doña María con sublime sencillez y resignacion.

—Corred, encerraos al punto en el Alcazar, y con los pocos defensores que os quedan exigid que á vos y vuestro hijo os dejen marchar sanos y salvos á Portugal. Cada momento que tardais crece de una manera indecible vuestro peligro. Anda entre la muchedumbre una mujer diabólica sembrando contra vos ódios y rencores á porfia.

—¡Ah! ya sé quien es. No me digas mas. Pronto la haré arrepentirse.

Y sobrescitadas de nuevo sus pasiones, iba apresuradamente á entrar en su casa.

—Pero ¿adónde vais señora del alma mia? dijo Sosa tirándole del manto. Eso es correr á la desdicha, quizás á la perdicion. El moribundo os maldice..... está la casa llena de canónigos....

—No importa....

—¡Doña María!

—¡Suéltame!

—No os soltaré.

—Yo te lo mando.

—Pero reparad, señora.....

—Tú sí debes reparar que Padilla me mira desde el cielo.

—Y os compadece.

—Y me ordena acudir á su moribundo padre.

—Pero os rechazará.

—Yo á pesar suyo estaré allí cuando espire.

—La ciudad entre tanto será tomada.

—Que lo sea.

—Vuestro hijo degollado.

—¡Pobre Gonzalo mio! No importa. Será mártir como yo de santos deberes.

—¡Ay señora! dijo el bachiller soltándole el manto con pesadumbre y desaliento.

Doña María penetró en su casa como una flecha.

En un instante la recorrió toda.

—¡Padre! ¡padre mio! iba gritando sin aliento por las desiertas cámaras.

La casa parecia tambien un moribundo; oscura, destemplada, inerte.

En la puerta de una habitacion que caia al jardin, en el ángulo

opuesto al que ocupaba la marquesa de Villena, asomó una cabeza calva mirando á un lado y otro con vulgares ademanes de curiosidad.

—¿Quién llama á su padre en este sitio? dijo viendo una mujer que envuelta en un manto andaba de aquí para allá como una loca. Pedro Lopez no tiene hijos. Pedro Lopez está encomendando su alma al criador. Déjenle morir en paz, ya que le han envenenado sus últimos dias.

La viuda sin decir palabra atropelló al que habia hablado, que era el secretario del cabildo, y entróse en la habitacion resueltamente.

—¡Padre mio! esclamó al entrar.

Pero se le helaron las palabras en la boca.

Terrorífico era el aspecto de la habitacion.

El lecho del infeliz anciano hallábase rodeado de sacerdotes, que murmuraban en latin sagrados rezos.

A la cabecera, un crucifijo negro sobre una mesa en que ardía una sola y moribunda luz, llenaba de vacilantes resplandores la triste estancia.

Petrificada la viuda ante aquel espectáculo, alzó maquinalmente la cabeza sobre los hombros de los sacerdotes para mirar al lecho, y al punto volvió á bajarla horrorizada; pero no tan pronto que su suegro no la hubiese visto.

—¡María! murmuró en voz apagada.

—¡Padre! repuso la infeliz mujer.

—Acércate.

Los sacerdotes volvieron con disgusto el rostro.

Al ver á la viuda mostraron su desagrado de una manera ostensible.

Doña María, sin embargo, irguió la cabeza para acercarse con aire altanero, con que los canónigos fuéronse replegando detrás de la cama, cuyas corredizas cerraron por aquella parte.

Don Pedro Tenorio se colocó junto al mástil de la cama, á dos dedos de la cabeza del moribundo.

—¿Qué ha hecho de su hijo? murmuró en voz baja, colocado ya junto al mástil como hemos dicho.

Notóse en el moribundo un estremecimiento galvánico, que contrastaba grandemente con la espresion de ternura y tranquilidad que todas sus facciones rebosaban.

Levantó un tanto la cabeza de la almohada, y cogiendo de la mano á Doña María, que á sus piés se habia arrodillado, le dijo en voz temblorosa é iracunda:

—¿Qué has hecho de mi nieto? ¿qué has hecho del último vástago de la ilustre sangre de los Padillas? ¡Te atreves á venir sola á esta casa donde Dios te concedió un esposo y un hijo!

—¡Ah padre mio! esclamó la triste viuda arrojándose á sus brazos deshecha en lágrimas. ¿Por qué me martirizais así en vuestra última hora? ¿por qué desconoceis así el corazon de una madre? Seguramente habrá llegado á vuestra noticia la locura que Don Gonzalo ha hecho entregándose al prior.....

—¡Ese es el amargo fruto de la leche que ha mamado! murmuró el agonizante, volviéndose hácia el ángulo aquel de las corredizas que ocultaba á Don Pedro Tenorio.

—¡Padre! repuso Doña María con mal reprimido enojo. La leche que mamó Don Gonzalo es semejante á la que mamó Juan de Padilla de vuestra esposa. Vos erais tan libre de pecho como vuestro hijo, como yo, como toda nuestra familia.

—¡Aparta! ¡aparta! ¡tú has sacrificado á mi hijo y á mi nieto! Tú los has hecho traidores.

—Aunque así fuera, replicó Doña María conteniéndose al pensar la situacion en que se hallaba, y las gentes que la oian; aunque así fuera, desde el borde de la tumba debe mirarse con piedad á los que son tan desdichados que aun arrastran por el mundo su cadena.

—Tú te la pones al cuello.

—¡Perdon, perdon, padre mio, para la viuda de Padilla!

Y volvió á caer de rodillas, ocultando el rostro en el lecho.

—Entrega la ciudad al Rey á quien se la has usurpado, murmuró el anciano volviéndose quizás por no verla.

—¡Padre!

—Entrégasela al punto.

—¡Padre! el honor me lo impide.

—¿El honor comunero? repuso el anciano con sarcástica sonrisa.

—El honor de nuestro nombre.

—Ya está mancillado.

—Mas lo estaria si entregara al obispo Acuña, que bajo mi amparo se ha puesto.

—¡Un hereje!

—Un hombre, replicó Doña María.

—¡Y por él dejas sacrificar á mi nieto!

—No por él, por mí, por vos, por el alma de Padilla.

El anciano calló.

Sin duda las honradas razones de su nuera le habian convencido, que él era tambien honrado y generoso y buen caballero, capaz de comprenderlas.

Pero en el ángulo de la cama que ocupaba Tenorio se notó un leve movimiento, como si su cabeza, á través de la colgadura, buscase la cabeza del moribundo.

La dama no dejó de repararlo.

—¿Me perdonais, padre mio? dijo al ver que sus ojos se cerraban y sus lábios se contraian, como si llegase ya al punto de espirar.

—¡No! ¡nunca! esclamó el anciano revolviéndose pesadamente en el lecho.

—¡Por Cristo, padre mio! ¡por Dios trino y uno! Vos habeis sido siempre generoso; vos siempre me habeis amado..... el buen cristiano perdona.... al morir el buen cristiano olvida....

—¡Nunca! ¡jamás!... No te perdono.... entrega la ciudad.... vuelve las campanas á sus iglesias.... humíllate ante Dios y el Rey que tienes ofendidos....

—¡Ah! vos no podeis pensar así.... alguien os aconseja en mi daño.... Yo le perdono desde ahora, pero me asesina.... ¡me asesina!... ya no puedo sufrir mas.... ¡Dios mio! voy á volverme loca. ¿Hay mas penas para una pobre mujer? Mi esposo me lo matan, mi hijo me lo roban, mi padre me maldice....

—Sí.... sí.... ¡maldita!... ¡maldita seas!.... esclamó el anciano estirando su cabeza desencajada para acercarla al ángulo en que Tenorio yacía.

—¡Ah! esclamó la viuda cayendo desplomada. ¡Se muere sin perdonarnos! ¡se muere!

Un hombre la recibió en sus brazos.

—¡Sosa! murmuró Doña María. ¡A tí siempre te encuentro donde he de llorar! ¿Has visto una mujer mas desdichada que yo? ¿qué me espera á mí? ¿qué puede ya sucederme?

Juan de Sosa le señaló el cielo por toda respuesta.



— ¡Se muere sin perdonarnos!

—Sí.... repuso la viuda, mirando arriba con inefable espresion de melancólica ternura. Sí.... allí me serán perdonadas todas mis faltas, empezando por las mayores, por las que hallan aquí mas dureza y mas castigo.... allí no hay ódios, ni venganzas....

—¿Me absolvereis padre mio? dijo en voz baja el moribundo. ¿He hecho ya bastante para que me absolvais?

Doña María se puso en pié rápida como un rayo.

Tenorio habia descorrido las corredizas del lecho y miraba con aire de satisfaccion al moribundo.

—¡Ah! esclamó la viuda desprendiéndose de Juan de Sosa que la detenia. Dejame, que me está pesando de no haberle ahorcado como debí.

Y salió de la fúnebre estancia, frenética y desatentada como habia venido.

Sosa vió correr nuevamente las corredizas, y comprendió el justo enojo de la viuda.

El secretario del cabildo corrió inmediatamente á cerrar la puerta.

Y siguieron rezando en latin.

Largo tiempo anduvo como atontada la ilustre rica-hembra por los estrechos y oscuros corredores de su propia casa, que le parecian de todo punto desconocidos, tal era su situacion angustiosa y horrible.

Mas de una vez le sucedió salir y entrar en una misma cámara sin apercibirse de que entraba ni de que salia.

Atraida sin duda del iman de los recuerdos, superior á su voluntad en el febril estado en que se hallaba, subió la ancha escalera sin pensamiento alguno, y sin reparar tampoco en las voces que allí cerca se oian, pues ignoraba que la marquesa de Villena hubiese trasladado su habitacion, vino á caer en su reclinatorio como una cierva que herida en medio de los campos corre entre las matas espesas desangrándose y llevada por el instinto va á parar en su cueva moribunda.

Imposible seria esplicar si permaneció mucho tiempo asi, en ese estado de abatimieuto que es un limbo entre la vida y la muerte, ó si inmediatamente despues de su llegada se le puso al lado sonriendo afablemente su noble tio el marqués de Villena.

Estaba el prócer radiante de júbilo.

En sus ojos, dilatados por un pensamiento, cosa de que no te-

nian costumbre, se leia una esperanza próxima, feliz y grande.

Cada vez que sollozaba ó suspiraba Doña María, antes que en él reparára, le hacia sonreir con esa sonrisa profunda y compasiva del hombre que contempla las aflicciones del niño y está en su mano el consolarlas.

Otras veces se impacientaba de que tardase tanto en reparar en él.

Pero sus pensamientos le distraian, y esperaba con resignacion casi alegre.

Al cabo la dolorida dama, que en ayes, suspiros y oraciones habia desahogado su corazon hasta el punto de que sus últimos balbuceos fuesen ininteligibles de puro desmayados y débiles; al fin repetimos, sacudió la cabeza para alejar las últimas sombras de sus dolores, y volvió el rostro á una y otra parte como un corazon partido que busca su mitad.

Entonces su noble tio le puso la mano sobre el hombro familiar y afablemente.

—¿No me habeis visto? le preguntó acercando su cabeza al reclinatorio.

—¿Quién sois? dijo impasible Doña María sin volver la suya. ¿Qué me quereis? ¿Venís á participarme alguna nueva desdicha? Idos. Nada me importa ya.

—Volved en vos.

—Que se apoderen de Toledo los imperiales; que la saqueen; que la destruyan; que me degüellen á mí.... nada me importa ya.

—Volved en vos, sobrina, dijo dulcemente el prócer, trabándola de un brazo para hacerla volver el rostro. Soy el marqués de Villena, vuestro amado tio. No soy nuncio de mal, sino de bien, de nuevas alegres, de risueñas esperanzas.

—¿Que decis? esclamó la viuda levantándose rápida y poniéndole á su vez las manos sobre ambos hombros. ¡Nuevas alegres! hablad. ¿Vienen las ciudades en mi ayuda? ¿viene Madrid? ¿viene Segovia? ¿sacuden los comuneros su desmayo?

Su tio calló.

Pero pasado un instante repuso:

—El remedio os traigo de todos vuestros males.

—¡Y no lo decís!

—Calmaos, calmaos, que me asusta vuestra agitacion.

—¡Ah! repuso Doña María quedándose de pié y con los brazos caidos delante de Villena como la estátua muda de dolor. ¡Ah vos sois mas cruel que los que me atormentan, porque me decís cosas imposibles. ¿Qué nueva habrá para mí alegre, cuando lloro mi viudez horrorosa, la ausencia imposible de olvidar de mi único hijo, del pedazo de mi corazon, y mil y mil desventuras eternas, irremediables, que solo con mi muerte acabarán? No, no. Ya solo espero descanso y paz en otra vida.

—Teneis deudos poderosos que pueden ayudaros, replicó el marqués en tono significativo. Solo por seros amable hice salir de la ciudad mis gentes, como sabeis.

—Vuestras gentes... que se unieron á las del prior en la Sisla, replicó la viuda.

—Yo no pude remediarlo; y supongo que no pensareis....

—¿Qué he de pensar? repuso de mal talante.

—Que lo hicieron por órden ó voluntad mia, dijo el marqués descubriendo torpemente su doble juego.

—Sí, en verdad, esclamó con enojo Doña María. Porque vos lo negais, yo lo presumo.

—¡Sobrina!

—Nunca negais cosa que no sea verdad.

—Y vos nunca habeis de ser justa conmigo.

—Os conozco bien.

—Al contrario, muy mal.

—Ahora añadis la burla al desamor.

—¿Por qué?

—Porque me brindais alegres nuevas....

—¿Y no os las traigo?

—No lo creo.

—¿Quereis ver libre á vuestro hijo?

—Al instante, esclamó exaltada la viuda.

—¿Y por ello hariais....?

—El sacrificio de mi vida.

—¿De vuestra vida?

—Véale una vez y muera al punto. De todos modos mi muerte se acerca á grandes pasos.

—Sois jóven y hermosa todavía.

—¡Hermosa! replicó la dama con amargura.

—Por todo estremo.

— ¡ Ese lenguaje....!

Villena calló conociendo que habia cometido una torpeza.

—Pero soy muy desdichada, repuso la viuda, y las desdichas matan muy pronto.

—No necesitais de tan grande sacrificio para alcanzar la bienandanza que os anuncio.

—Hablad pues. ¿Venís enviado por los imperiales? ¿qué exigen de mí? ¿qué quieren?

—Vengo, y no vengo, dijo el prócer poniendo los ojos en blanco cual si meditara profundamente. Personas de mas valer que el prior y el alcalde....

—Acabad por Dios. ¿Qué exigen de mí, que exigen á trueque de mi hijo?

—Ya sabeis que el Emperador estima vuestros grandes hechos, aunque sean en su agravio, porque estima todo lo grande.

—Lo sé, lo sé. A fray Antonio de Guevara, escapósele mal su grado esa confesion delante de mi en casa de Tenorio.... pero acabad.... que me teneis sin sosiego....

—Se ha holgado mucho de la muerte de Juan de Padilla....

— ¡ Se ha holgado el infame! esclamó llena de horror Doña María.

—Digo que se ha holgado, repuso el prócer, queriendo enmendar lo que habia hecho, porque gusta de veros viuda.

— ¡ Callad! ¡ callad! no hay en el mundo hombre mas cruel ni mas villano.

—Tampoco me habeis entendido.

— Ni quiero entenderos.

— Se place de vuestra viudez....

—¿Por verme sola?

—Para veros mejor acompañada.

—¿Mejor que con Padilla? ¡ Horrible idea! no quiero escucharos. ¡ Callad! ¡ callad!

—¿Tendré que deciroslo mas claro aun? replicó el marqués sospechando torpemente torpeza en Doña María; estais desmintiendo la sangre de Pacheco, la sangre ilustre del marqués de Villena. Siendo como sois viuda, podeis tomar otro marido que al Emperador le plazca.

—¡Otro marido! esclamó Doña María, estremeciéndose de tal modo, que no parecia sino que caminaba á ciegas y hubiese abierto los ojos al borde de un precipicio. ¡Otro marido! ¡yo! ¡la viuda de Juan de Padilla, del mas amante de los maridos, y el mas leal de los caballeros!

—Pudiérais casaros con un prócer no menos ilustre, que alcanzara perdon para vos y para la ciudad, que os reconciliase con el Rey, que os sacara de la pobreza en que os tienen los empeños de esta guerra desastrosa....

—Ni necesito ni demando perdon del Rey.

—La ciudad lo pide á voces.

—Mendigaré el pan de mi boca, si quedo empobrecida.

—Pero vuestro hijo....

—¡Mi hijo!

—¿No recordais cómo se halla?

—En poder de los imperiales.

—Habeis malgastado su patrimonio.

—Es tan noble como su padre, y no le importa.

—Le importará mañana, cuando viva en otras tierras desterrado.

—Yo no viviré.

—Maldecirá vuestra memoria.

—¡Mi hijo,...! ¡maldecirla mi hijo....! no le conoceis.

—La pobreza en el destierro es mas amarga que el acibar.

—Hay lábios que saborean el veneno como si fuera miel.

Hubo un instante de silencio.

Estaba Doña María tan desatentada, que unas veces retrocedia como huyendo con horror de D. Diego, otras se acercaba á mirarle fijamente para arrancar de su cabeza hasta el mas recóndito pensamiento, y otras en fin, permanecia estática, inmóvil, inerte, de pié, con los brazos caidos y la cabeza baja.

Su tio se sonreia imperceptiblemente.

—Ni es cosa esta, dijo levantándose, para que su movimiento trajera la vida á la memoria de la viuda; ni es cosa esta para pensada así.... de repente, en un dia, en una hora. Yo por mi parte, como deudo, como cabeza de nuestra ilustre familia, os aconsejo que mediteis, que estudieis las ventajas que se os brindan, el hermoso porvenir de vuestro hijo, la reconciliacion y ventura de estos reinos....

—¿Qué me importa Castilla? murmuró breve y sordamente Doña María.

—Os importa, porque en ella vivirá D. Gonzalo.

—¡Siempre mi hijo, y nunca le veo!

—¿Quereis verle?

—Al instante.

—El prior os admite en su real, porque sabe los deseos del Emperador....

—¡Ah! ¿sabe que quiere casarme?

—Sí por cierto.

—Ya no voy.

—¡Sobrina!

—¡Qué ojos! ¡qué miradas serán las suyas! No voy, no voy... mirará en mí la infiel consorte, la viuda desleal.... repitoos que no voy. Dejadme sola.

—Mirad que de lo contrario atacarán mañana la ciudad.

—Mañana tendré cañones.

—¿Y vuestro hijo....?

—¿Qué harán con mi hijo? ¡Dios mio! Vos quereis volverme loca. Sois mas cruel que mis propios enemigos.

—Porque todo lo veo con mejores ojos que vos. Si sois vencida en el combate, morireis sin ver á vuestro hijo, y si sois vencedora, le matarán en su despecho los imperiales.

—¿Creeis que se atreverian? dijo la viuda con los ojos secos estremadamente abiertos.

Su tio no se atrevió á responder, porque un dardo clavado en su conciencia le decia que era muy cruel y muy horrible aquella farsa que inventaba.

—¡Se atreverian! ¡sí! respondió sordamente la viuda. No quereis decírmelo, y acaso ha llegado ya á vuestra noticia.

—Pues bien, sí, repuso haciendo un penoso esfuerzo Villena. Le degollarian, tenedlo por seguro.

—¿Con qué de todos modos pierdo á mi hijo?

—De todos modos.

—¿Vencida ó vencedora?

—Vencida ó vencedora.

—Me casaré.

—¡Ah!

—Al momento, si al Emperador le place.

—Lo mas pronto mejor.

—Yo tambien lo quiero así.

—¡Qué placer para D. Cárlos!

—Venderé mi conciencia para comprar á mi hijo.

—No penseis de tan triste modo.

—¡Otro marido yo!

—Elejidlo bien, dijo misteriosamente Villena, entre los mas nobles de Castilla, para que al Rey le plazca mas y mas. Aunque sea casado, añadió bajando la voz y adoptando un tono cada vez mas misterioso y signficativo, aunque sea casado....

—¡Casado! repitió Doña María llena de asombro.

—Nada os importe.

—Vos delirais.

—El Rey lo puede todo; el Papa divorcia....

—Eso no.... ¡nunca!

—Acordaos de nuestro ilustre abuelo, D. Enrique el Nigromante, que se divorció de Doña María de Albornoz.... Aquel debe ser siempre nuestro espejo....

—¿Don Enrique? repitió maquinalmente la viuda. ¿El que vos imitais en todo?

—Ese, ese. Acordaos que se divorció de su mujer.... Por cierto, repuso bajando la voz en tono mas significativo aun; por cierto que yo voy á divorciarme ahora....

—¡Vos!

—Yo. Mañana mismo escribiré al Papa

—¿Estoy soñando? murmuró Doña María tentándose repetidamente todos los miembros de su cuerpo. ¿Es delirio esto que veo, esto que escucho hace una hora? ¿Quereis divorciaros de Doña Ana de Guzman?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me es infiel; porque ama á nuestro sobrino Garcilaso de la Vega. Tan cierto es lo que os digo que van á partir juntos á Madrid con grave afrenta mia. En vano he procurado impedirlo.

—Si eso es verdad, matadla.

—¡Qué locura! Me conviene mas divorciarme.... ¿no me entendeis?

— Haced, dijo serenamente la viuda, lo que yo haré con mi segundo marido.

—¿Qué decís? balbuceó el prócer, quedándose estupefacto. ¿Pensais.... teneis el proyecto.... discurris.... con vuestro segundo marido?.....

— Asesinarle la primera noche.

— ¡ Cuerpo de Dios ! ¡ voto á Cristo ! esclamó Don Diego apartándose como horrorizado de su sobrina. Ya no me divorcio..... ya no.... buena iba á hacerla.... ¡ Jamás ! ¡ jamás !....

— ¡Ah! dijo Doña María dándose una palmada en la frente. ¿Luego sois vos?.... ¿luego pretendiais vos?....

— Por reconciliaros con el Rey..... por salvar á vuestro hijo..... pero.....

— ¡ Vos ! repitió estupefacta Doña María.

— Pero ya no quiero....

— ¡ Vos ! ¡ mi tio ! ¡ el marqués de Villena !.... ¡ el jefe !....

— Ya no.... ya no....

— ¡ El hermano de mi madre !

— De ningun modo.... contad que no he dicho nada.... ¡ Qué mal os conocia ! ¡ y sereis muy capaz de matar á vuestro segundo marido! Sí, lo sereis.

— ¿Eso dige? esclamó la viuda, compadecida del aterrado aspecto que presentaba su ilustre pariente, ó intentando quizás hacerle creer lo contrario de lo que veia. Paréceme imposible ; mas tal me pone la amargura que no es mucho pierda hasta el juicio. ¡ Yo asesinar á mi segundo esposo !

— Y fuérais sin duda capaz de ello, dijo el prócer que no acababa de dominar su terror.

— Mal rato debo haberos dado, pobre tio, repuso la viuda tendiéndole la mano.

— Como que yo pensaba.... mas ya de ningun modo.

— No me estimareis en mucho cuando por un imprudente arrebato....

— Eso sí. Como vos no penseis en semejante cosa....

— Dejaré de pensarlo sin duda alguna....

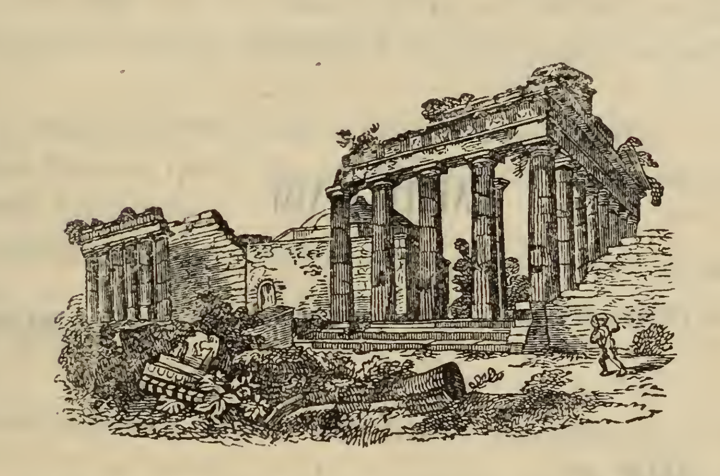
— ¿Cuándo?

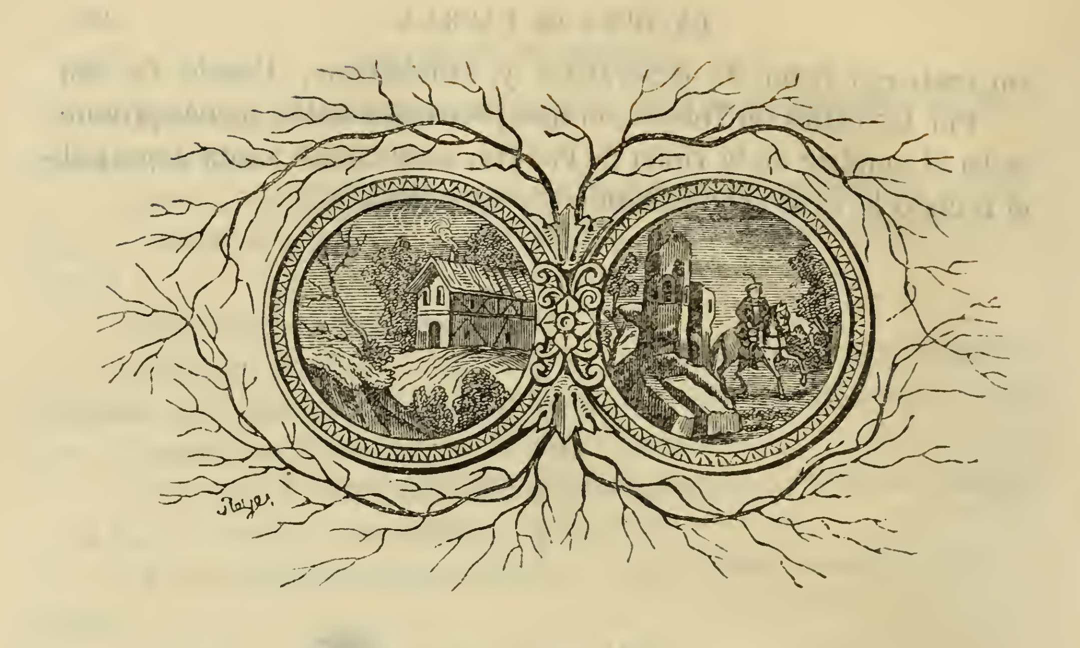
— Acompañadme al Alcázar, querido tio.

E imponiendo silencio con un gesto á su novel galan, que iba

sin embargo lleno de esperanzas y satisfaccion, llevóle de allí.

Por las calles de Toledo, el que pocos dias antes apenas pronunciaba el nombre de la viuda de Padilla, esforzábase ahora á que todo el mundo le viese acompañándola y agasajándola.





CAPÍTULO VIII.

DONDE SE PRUEBA QUE LA ESCLAVA JUANA TENIA BUEN OLFATO Y BUENOS DIENTES.

Mucho tiempo hacia ya que se habia escuchado el toque de la vela en la torre del Homenaje del Alcázar de Toledo, y las moribundas lámparas de los corredores, y el silencio de los cuerpos de guardia, y el graznido de los buhos y de las lechuzas anunciaban la media noche.

Todas las cámaras estaban mudas; todos los lugares desiertos.

Solamente en los muros se escuchaban tal vez los acompasados pasos de los centinelas, que algunos entretenian las horas de su faccion cantando trovas populares.

En las habitaciones de la Raquel, que por el muro del mediodía comunican con los corredores del patio grande, tampoco se escuchaba rumor alguno; pero las lámparas encendidas, las puertas abier-

tas, y el ambiente impregnado de alientos humanos daban á entender bien claramente que no dormian sus moradores.

Con efecto, en la habitacion que ya nos es conocida, y que servia de retrete á la viuda hallábase esta platicando en voz muy baja con el obispo Acuña.

La negra Juana y Menda, en la antecámara, dormidas al parecer en sendos sillones de cuero pardo con las armas de Padilla, abrian á menudo los ojos, recatándose una de otra; Menda para mirar un reloj de arena que en la cercana mesa habia, y Juana para escudriñar por la entornada puerta el oscuro corredor del patio grande.

Pocos momentos despues el obispo se despidió de la viuda, y precedido de un paje que le alumbraba con un hacha de viento, perdióse en el largo corredor, mirando á un lado y otro con misterioso recelo.

Menda y Juana hicieron como si despertáran al ruido.

—Es Don Antonio que á sus habitaciones se retira, dijo la doncella estirando los brazos.

—No habitaciones, no, repuso Juana, acercándose de puntillas á la puerta.

—¿Qué quieres decir?

—Mira.

—Busca la salida al muro, dijo Menda asomada en la puerta tambien.

—No, no, añadió la esclava meneando la cabeza.

—¿Qué no va al muro?

—No.

—Pues ¿adónde?

—Poterna, respondió Juana con su habitual laconismo.

—Es verdad. No ha tomado la primera puerta, que sale al muro, sino la segunda que sale al campo.

—Equivocado habrá.

—Tal vez.

—Imperiales pueden cojerle.....

—Corramos, dijo la jóven, disponiéndose al punto á salir al corredor.

—No te muevas, dijo una voz detrás de ella.

Ambas se volvieron en ademan humilde, porque habian conocido la voz.

Era Doña María.

—No penseis que el obispo se haya equivocado, les dijo en voz baja y misteriosa, indicándoles con la mano que cerraran aquella puerta.

—Pues si vá al campo, dijo la jóven.

—Va á Portugal.

—¡A Portugal! repitieron las dos criadas con asombro.

—¡Silencio! es preciso que esta partida sea ignorada hasta mañana. Junto al muro le esperan dos poderosos caballos. Cuando amanezca no podrán alcanzarle ya los imperiales.

—¡Se va! dijo Menda, observando atentamente el rastro de Doña María.

—El lo ha querido, y Dios sabe cuanto se lo agradezco. Parece que mi buen tio, el marqués de Villena, contra mi voluntad y mi deseo, le ha hecho entender que él es el único obstáculo al recobro de mi tranquilidad y de mi hijo.

—¡Vaya con Dios! esclamó la doncella juntando las manos en accion de gracias. Ese hombre tiene la culpa de todos nuestros males.

—¡Calla! ¡calla, que tambien salvó á mi hijo!

—Media noche, murmuró Menda mirando al reloj, y quizás contestando á sus propios pensamientos.

—¡Ah! es verdad, dijo Doña María. A esta hora atravesaba yo todas las noches ese corredor para ir á darle un beso..... ¡Estaba siempre dormido!.... nunca me sentia..... á su edad se vela poco. . ¡Pobre hijo mio! por fortuna le veré mañana.

—¡Mañana! repitió alegremente Menda.

—Si Gonzalo estuviera, no iria vueseñoría noche verlo, dijo la negra, chispeándole los ojos de misteriosa malicia.

Doña María se quedó parada y absorta.

—¿Porqué? le dijo mirándola atentamente. ¿Por qué si estuviera Don Gonzalo esta noche en el Alcazar no habia yo de ir á darle un beso como acostumbro?

— Porque hombre traidor anda corredores.

—¡Un hombre! murmuró Menda poniéndose pálida.

—¿Qué dices? repuso la viuda, que habia reparado en la turbacion de Menda. ¿Por qué supones en él aviesa intencion?

—Anda como culebra pegado pared; mira ojos torcidos acá; recata persona....

—¿Le has visto tú? preguntó Doña María á la jóven.

—No señora, dijo Menda con los ojos en el suelo.

—¿Ni presumes quién pueda ser?

—Tampoco.

—¿Has visto á Leonardo esta noche?

—No señora.

—Pudiera ser él.

—Quizás.... aunque yo no....

—Leonardo es, dijo para sí Doña María.

La negra meneó la cabeza.

—¿No es Leonardo? le preguntó su ama.

La negra volvió á menear la cabeza.

—¿Qué nos importa? á decir verdad á nadie temo, que sin duda aquel aviso que D. Luis Ronquillo me dió, ningun fundamento tenia.

Juana miró á la viuda con ojos radiantes de malicia, de cariño y de recelo.

—¡Cómo! dijo la dama que se fiaba mucho de su perspicacia y su lealtad. ¿Presumes que intenten aun asesinarme?

—Sí, respondió Juana con la cabeza y con los ojos antes que con los lábios.

Doña María se quedó meditabunda.

Pero en un momento en que miró de reojo á la hermana adoptiva de Leonardo pudo reparar que se sonreia cándidamente con aire incrédulo, y ya no tuvo la menor duda de que Juana estaba engañada.

—No te cures mas de ese hombre, le dijo con sencillez. Acuéstate y duerme que Dios vela por nosotros.—Menda, ven á desnudarme.—¡Qué hermoso dia me espera mañana! Mi hijo, la paz de la ciudad.... ¡Haga el cielo que viva Pedro Lopez hasta mañana! haga el cielo que su perdon nos alcance.

La negra se quedó en la antecámara meneando la cabeza con aire de duda y de compasion al propio tiempo.

—Menda, hija mia, dijo la viuda á la doncella que iba ya á correr las corredizas de su lecho, si no es Leonardo el que nos ronda, guárdate bien de quién sea, pues la astuta Juana vé venir el mal desde muy lejos.

—¿Presume vueseñoría?.... murmuró la jóven, que estaba á punto ya de decir la verdad á su señora.

— Nada presumo. Ten en cuenta lo que te he dicho y adios. Si puedo dormir, que no lo espero, despiértame á la madrugada. ¡Dios mio! que llegue salvo á Portugal Don Antonio Acuña.

Cuando volvió Menda á la antecámara la negra Juana habia desaparecido.

Como era ya la hora de la cita, y dormia la negra en una habitacion lejana, pensó la jóven ó quiso pensar sin duda que se habia ya acostado.

Disminuyó notablemente la luz de la lámpara, de modo que la estancia quedara á menos de media luz, envolvióse en su manto de piés á cabeza, y persignándose devotamente abrió con precaucion la puerta que daba al corredor.

Como estaba tan agitada y temerosa, mas de una vez volvió el rostro, creyendo que los latidos de su corazon eran pasos de una persona que detrás de ella venia.

Al verse en el corredor, que estaba oscuro como boca de lobo, pues todas las lámparas se habian apagado ya, tuvo miedo, y se arrebujó en el manto mas y mas.

Las lechuzas, ahitas de aceite, agitaban sus fatídicas alas en las ventanas del patio, por donde se distinguian algunas estrellas colgadas del manto azul de la noche.

— ¡Dios mio! balbuceó Menda, apoyada con fuerza á la pared. ¡Dios mio! haz que no me encuentre á la condesa de Monteagudo, cuando vaya á rezar el *via-crucis*..... Justamente es la hora.....

Y animada por este temor atrevióse á dar algunos pasos.

— ¿Dónde estará Leonardo? murmuró parándose otra vez y dejando vagar sus ojos en las tinieblas. ¡Si me atreviera á llamarle!.... pero no..... Juana ó la condesa me oirian.....

A este punto, entre el rumor del aleteo de las lechuzas y el monótono canto de los buhos moradores de las ruinosas murallas, llegó á sus oidos un rumor de pasos.

Sujetóse el corazon, porque sus latidos la ahogaban, y avanzó resueltamente, ya sin miedo.

Era sin duda Leonardo el que venia.

Mas cuando pudo convencerse de que era Leonardo con efecto, sintió otros pasos misteriosos detrás de sí, juntamente con una pesada mano que le caia sobre el hombro.

— ¡Cielos!

— ¡Calla por siempre!

Y sonó una puñalada y un cuerpo que caia.

— ¡Asesino! gritó Leonardo lanzándose con furia sobre el bulto misterioso.

— ¡Silencio! respondió el hombre. ¡Silencio! ó te mato á tí tambien.

— ¡Lope! ¡has matado á Menda!

— ¡A Menda!

— ¡Socorro! ¡confesion! gritó la moribunda desde el suelo.

— ¡Huye infeliz, si no quieres que yo te mate! dijo el comunero fuera de juicio empujando á su hermano tan violentamente que le hizo dar con la cabeza en las ventanas del patio.

A los gritos, cada vez mas apagados de Menda, viéronse aparecer en el otro estremo del corredor tres pajes con sendas hachas que alumbraban á Doña Casilda.

— Paréceme la voz de Menda, murmuraba jadeante la beata, corriendo al sitio de la catástrofe.

— Allí hay un cuerpo en tierra, dijeron los pajes que caminaban delanteros.

— Señora condesa, gritó Leonardo en voz turbada, acérquese vueseñoría sola.

— Noguerol es el asesino, dijo al punto la devota á sus pajes. Prendedle.

— Yo soy, repuso el comunero adelantándose á ellos.

— ¡Y no lo niega el menguado! ¡el follon! ¡el hereje!

— Yo la he asesinado, porque no queria casar conmigo, sino con Lope.

— ¡Ah traidor! ¡el demonio se ha metido en tu cuerpo! Quemado morirás.

— Socorra á Menda vueseñoría.

— El clavo. ... el clavo milagroso ..... dijo la beata, abriendo apresuradamente su escarcela, y arrodillándose á los piés de la jóven que se revolcaba en un mar de sangre. Aquí lo tengo..... No morirá si Dios me ayuda..... ¡Menda! ¡hija mia!

— ¿Qué acontece? dijo una voz femenil, desde la puerta de las habitaciones de la Raquel.

— ¡Doña María! contestaron los pajes. Leonardo Noguerol ha asesinado á Menda.

— ¡Leonardo! repuso la viuda, saliendo al corredor envuelta en su manto y descalza, pues venia del lecho. ¡Leonardo! ¡eso es imposible!

— Es la verdad, señora, dijo la voz del comunero.

— ¡Y está de hinojos ahí! ¡pidiendo á Dios que le salve á Menda la vida!

Con efecto, Leonardo se habia arrodillado al pié de la ventana, y mirando al cielo á través de los cristales con las manos cruzadas, rezaba y lloraba.

— Es que junta la maldad á la hiprocresía, repuso desde el suelo la beata. No creais en él, hermana mia. Es un foragido. Estaba determinado contra Dios y contra ley, á casar con Menda que amaba á Lope....

— No delireis, hermana, que si lo oye esa infeliz se muere mas pronto. ¡Oh Juana! ¡Juana! ¡qué bien sospechó! pero ¿dónde estará, Dios mio, dónde estará? Si aun tiene Menda vida, ella sabe encontrarla en el corazon....

Y quedaron todos en silencio.

Doña Casilda, arrodillada junto á la doncella, le metia en boca y narices el clavo del mártir godo.

La viuda, de pié junto á Leonardo, parecia entregada á una profunda y triste meditacion.

Rodeando los pajes este cuadro lúgubre, lo iluminaban con sus hachas.

— Leonardo, preguntó en voz baja Doña María al jóven, poniéndole la mano sobre el hombro. Dime la verdad.

El jóven no respondió. Estaba petrificado en el suelo.

— El golpe que hiere á Menda....

— Es de mi brazo.

— ¡Mientes!

— Señora....

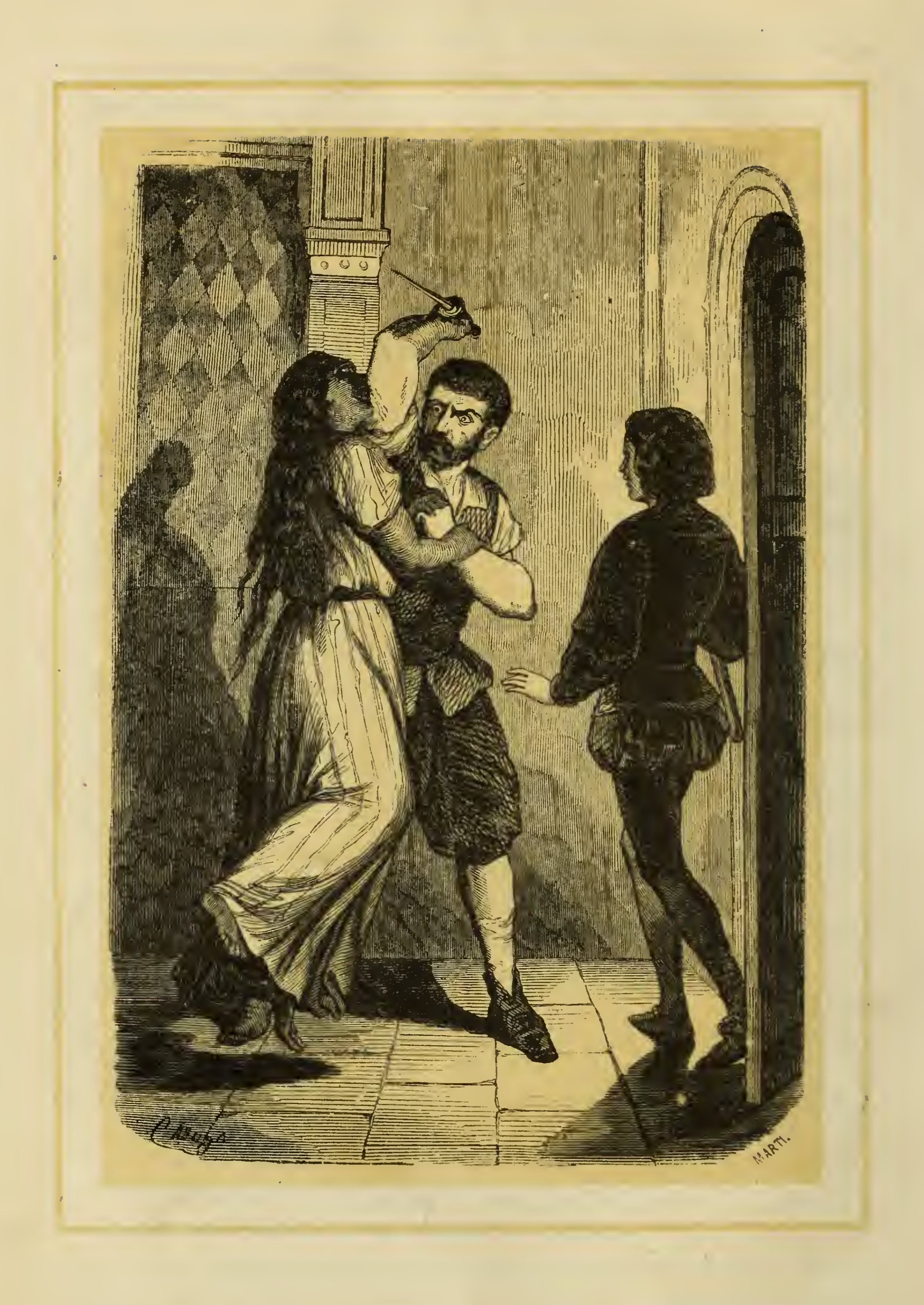
— Venia dirigido á mí.

— ¡Ah! piensa vueseñoría....

— Por tu padre.

— ¡Gran Dios! ¿sospecha vueseñoría de mi padre? murmuró el jóven mas abatido aun que antes lo estaba.

— Sí, repuso la viuda con entereza. Sospecho la verdad. Te sacrificas por tu padre. Si fueras otro hombre te amenazaria con la



Dos personas luchaban en un rincon oscuro, sin proferir un ay, sin lanzar un grito, sin perder una linea de terreno..

muerte. A tí, dígote solo que Menda vivirá, vivirá porque el corazon me lo dice, y yo sembraré en el suyo tal y tanto aborrecimiento hácia tí....

—¡Ah señora....! murmuró el jóven cogiendo las manos de Doña María y besándolas.

—Si tú eres su asesino debe maldecirte y aborrecerte....

—¡Piedad, señora, piedad!

—Nada quiero saber. Eres inocente.—¿Juana? gritó Doña María encaminándose á sus habitaciones. ¿Juana? ¿Es posible que no se haya despertado, ella, que tiene el oido y la mente sútil de las hijas de Africa?

A la puerta de su habitacion se detuvo.

Creia percibir allá á lo lejos un rumor sordo.

Paró mas la atencíon y lanzó un grito.

—¡Pajes! ¡aquí! dijo lanzándose al opuesto estremo del corredor.

Siguiéronla dos pajes con sus hachas.

—¡Juana! gritó otra vez en medio á su carrera.

—Se.... se... ñora.... contestó una voz balbuciente.

Cuando llegaron los pajes al estremo del corredor, un espectáculo horroroso se presentó á los ojos de Doña María.

Dos personas luchaban en un rincon oscuro, sin proferir un ay, sin lanzar un grito, sin perder una línea de terreno.

Parecian las estátuas de Hércules y Anteo.

Sobre sus cabezas descollaba un brazo nervudo y fiero con un puñal ensangrentado en la mano; pero aquel brazo y aquella mano, estaban inmóviles, agarrotadós, porque una cabeza negra como la de Lucifer colgaba de ellos de una manera estraña.

Enderezóse Doña María, y no sin pena arrancóle el puñal á aquella mano.

—¡Lope! gritó en voz de trueno. Ríndete á mi esclava, ó te mandaré hacer pedazos.

Despues un paje separó á ambos cuerpos, que estaban unidos violentamente, y quedó Juana colgada como un racimo del brazo de Lope, hasta que apoyándose en los piés, y dando una sacudida horrorosa al pecho de su contrario, vino á caer á los piés de Doña María con un pedazo de carne entre los dientes.

Lope se desmayó de dolor.

FIN DEL LIBRO CUARTO.



LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO I.

DONDE SE APUNTAN Á LA LIGERA VARIAS COSAS PEREGRINAS QUE HABIAN PASADO EN TOLEDO Y EN TODA CASTILLA, DESDE LA FUGA DEL OBISPO ACUÑA.

Al dia siguiente de los sucesos que acabamos de referir, la ciudad de Toledo fué rendida y entregada á Don Antonio de Zúñiga, prior de San Juan.

De la catedral y de los asuntos eclesiásticos se posesionó en nombre de Su Santidad Leon X y del emperador Cárlos V, Don Esteban Gabriel Merino, cardenal de Barí y obispo de Leon.

La viuda de Padilla no pudo trasladarse desde el Alcázar á su casa como era su propósito y deber hasta el dia siguiente, por impedírselo el entierro de Pedro Lopez de Padilla.

Hé aquí como habian pasado estos notables acontecimientos.

Una vez puesto en salvo el obispo Acuña, la viuda del héroe toledano que veia á la ciudad imposibilitada de defenderse por cansancio, por falta de medios, por el decaimiento del espíritu popular, y sobre todo por las tenebrosas intrigas de Don Pedro Tenorio y de sus compañeros, no tuvo ya inconveniente en rendirla al rey con honrosas condiciones.

Llamó, pues, á su tio el marqués de Villena, y le dijo que era llegada ya la hora.

El marqués puso los ojos en el techo de alegría.

— La que así obra, dijo para su capote hinchado de gozo, se casará resueltamente cuando haya ocasion.

En el mismo instante partió al real de la Sisla á establecer las condiciones de la capitulacion.

Doña María le habia dado una minuta de su puño y letra.

Eran tan prudentes, que los imperiales no pusieron obstáculo en firmarlas, tanto mas cuanto que se reservaban el derecho de no cumplirlas.

Por ellas se establecia:

Que Toledo conservára su título de *muy noble y muy leal ciudad*;

Que sus moradores y los de toda su comarca serian generosamente perdonados.

Que de daños y perjuicios no se trataria hasta que Don Cárlos tornase á Castilla.

Que entonces no se obligaria civil ni criminalmente á personas particulares al resarcimiento de los daños y perjuicios, sino que responderia á la demanda un procurador por la ciudad nombrado, entre sus vecinos de mas saber y conciencia;

Que en caso que saliera condenada, se satisfaria la indemnizacion de los propios de la ciudad ó de algun otro arbitrio que se imaginase, salvo que el Rey la remunerara por otra vía;

Que lo tomado de las rentas reales se habia de dar por nulo y no tomado;

Que á la hacienda de Juan de Padilla se le quitaria inmediatamente el embargo, aun no bien cumplido, pero ya puesto;

Que si su viuda pidiese, como era natural, la rehabilitacion de su honra y fama, el Rey estaria obligado á nombrar juez competente y nada sospechoso que le administrase justicia;

Que entonces el prior de San Juan interpondria en favor de ella todo su valimiento;

Que no sufririan el menor menoscabo los privilegios, libertades y franquicias que gozaba Toledo desde tiempo inmemorial, por merced de sus emperadores y reyes;

Que en el término de cuatro meses presentaria la ciudad los documentos que la hacian tenerse y darse por horra y libre del pago de alcabalas;

Que la guarda del Alcázar, puentes y puertas se confiaria á vecinos de la ciudad no sospechosos;

Que los susodichos vecinos al tomar las susodichas guardas harian pleito homenaje á la reina Doña Juana y á su hijo;

Que hasta que estos en definitiva resolviesen, los diputados de de las parroquias tendrian el derecho de nombrar por el mes de abril procuradores generales del pueblo, por igual entre los tres estados de caballeros, ciudadanos y oficiales;

Que el corregimiento y la alcaldía mayor serian dados á personas que ni por una ni por otra parte escitaran sospechas;

Que el alcalde de las alzadas seria nombrado por sus magestades ó por la regencia, y no por el corregidor;

Que pasados ocho dias de la capitulacion empezarian á entrar en Toledo los desterrados ó ausentes, á escepcion de los que el corregidor creyera que podian ser causa de nuevos disturbios;

Que si sus majestades creian esta prohibicion injusta podrian alzársela luego que se informasen de las razones que el corregidor tuviera;

Y por último:

Que el prior de San Juan se comprometia pública y solemnemente á trabajar con toda instancia y buena fé cerca de los reyes, de los gobernadores y del Consejo Real, y donde mas conviniere, para que á la mayor brevedad se hiciera justicia sobre el otorgamiento de los capítulos conferidos y concedidos por los grandes en Tordesillas á favor del reino.

Además se habia tratado particular y secretamente la devolucion á la viuda de Padilla de su hijo Don Gonzalo, y de cierta mujer llamada Sara, que yacian prisioneros en el real de la Sisla.

Así como Doña María, que las escribió de su puño y letra, segun digimos, el prior de San Juan se daba por satisfecho con estas con-

diciones, prudentes y razonables en verdad; pero el obispo de Leon, hostigado por Tenorio y los de adentro, exigió que se añadiese una cláusula.

Decia así:

« De esta capitulacion y de todos sus beneficios quedará escluido » *ad perpetuum* Don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, por su » conducta herética y su infame proceder. »

—Hasta aquí, dijo la viuda de Padilla, cuando su tio se lo leyó, no tengo inconveniente en firmarlo y asentarlo en la capitulacion, porque Don Antonio Acuña ni puede ni quiere estar comprendido en ella.

—¿Que no puede? repuso el marqués.

—Ya lo vereis, señor tio. ¿Dice algo mas esa postiza é importuna cláusula?

—Sí dice, tocante á vos.

—Me lo temia.

—¿Prosigo?

—Proseguid.

Y el prócer siguió leyendo:

« Doña María Pacheco, viuda de Juan de Padilla, se compro- » mete por su parte á entregar á la justicia del rey, en la misma » puerta por donde la ciudad fuere entrada.... »

—Basta, dijo Doña María levantándose con magestad de reina. Adivino lo demás.

—¿Lo adivinais? repuso el marqués, que como lo sabia se asombraba de que otro lo adivinara.

—No puedo cumplir esa condicion.

—¿Por qué?

—Primero porque os dige que no se habia de añadir una letra á la minuta mia; segundo, porque lo añadido me deshonra, y tercero, porque no puedo cumplirlo.

—Entendámonos, dijo de mal talante el marqués. ¿No podeis ó no quereis? ¿tenemos nuevos inconvenientes, nuevas dilaciones? Mirad que el prior se cansa muy pronto, pues la regencia y el Alcalde le incitan á tomar la ciudad, vé apagada la rebelion en toda Castilla, y á vos os vé sola, sin defensores, sin amigos, sin dinero y hasta sin partidarios.

—Mucho podria sobre eso deciros, pero me basta conque se-

pais que no puedo entregar á Don Antonio Acuña porque no está en Toledo.

—¡No está en Toledo!

—Desde anteayer.

—¿Os ha abandonado cobarde?

—Me ha dejado en libertad prudente.

El marqués se quedo meditabundo, en aquella actitud heróica que ya nos es conocida.

Doña María mintió en la fecha de la fuga del obispo, creyendo acertadamente que así la facilitaba mas.

Al cabo de cuarenta y ocho horas era probable que el prior creyese inútil hacer pesquisas.

—En mi entender, como en el suyo, prosiguió la viuda, no atinando las causas de las meditaciones de su tio, la ausencia de Don Antonio facilita la capitulacion en vez de estorbarla.

—No lo dudo, respondió con ceño el magnate; pero quisiera yo que hiciéseis á la causa del rey este sacrificio.

—¡Señor tio! esclamó la dama levantándose otra vez, pues habia vuelto á sentarse. Ni antes, ni ahora, ni nunca os he dado ocasion á pensar que por mi hijo ni por la libertad de Castilla, ni por nada en este mundo, cometiera yo semejante felonía. A ser capaz de ella, hace mucho tiempo que viviría mas feliz y mas tranquila. Esto es cuanto acerca de esa malhadada capitulacion puedo deciros. Llevadla, pues, en mi nombre si quereis; acéptenla, si les place, que de lo contrario Dios y mi derecho estarán conmigo.

—Bien, bien, no os enojeis.

Como ibamos diciendo la capitulcion se firmó al fin, y entraron los imperiales en la ciudad.

¡En la ciudad! No; no presentaba entonces Toledo aquel vivo y animado cuadro de placer y satisfaccion que tantas veces hemos descrito.

Presentaba un contraste muy comun en las revueltas populares y siempre triste.

Mientras unos, que eran los menos, se entregaban al júbilo, encerrados otros en lo mas profundo de sus casas, gemian de tristeza y de recelo.

Ninguno creia que sin derramamientos de sangre, sin desventuras ni persecuciones, pudiera darse por vencedor aquel partido que

en Villalar no habia quedado satisfecho aún. Los que presienten el mal se equivocan muy rara vez.

Así con efecto sucedió.

Rafael de Vargas, Antonio de Comontes y Clemente Sanchez, diputados por las parroquias de Santa María Magdalena, San Andrés y San Lorenzo, que juntamente con la ilustre viuda habian firmado la capitulacion, fueron procesados en los primeros dias de noviembre, es decir, una semana despues de la rendicion de la ciudad.

Juan de Sosa, que por órden de Doña María y del ayuntamiento, se ocupaba con otros jurados y regidores en registrar el archivo de la Casa Consistorial en busca de las reclamaciones y protestaciones hechas en lo antiguo contra la alcabala, fué requerido por el alcalde Ronquillo para que diera de mano á aquella tarea. Protestó sin embargo Sosa de aquel desman; pero al ir al siguiente dia al ayuntamiento encontróse el archivo sellado con las armas reales y custodiado nada menos que por Blas Antolinez, el verdugo de Valladolid.

La capitulacion estaba, pues, quebrantada en las personas y en las cosas.

Hubo mas aun:

A los últimos dias de noviembre, el marqués de Villena, cuya posicion de galan aspirante á marido era cada vez mas crítica y visible, dió secreto aviso á la viuda de que la Inquisicion iba á apoderarse de Sara nuevamente. A la sazon trataba la triste familia de que fuese bautizada en la catedral, sin hacer público su nacimiento y condicion por respetos á la memoria de Padilla.

Con esto apresuró la viuda sus preparativos, y llevóla á la pila bautismal á tan buen tiempo, que á su vuelta encontraron la casa llena de familiares del Santo Oficio.

El nombre que se le puso fué Mencía.

No acabaron aun los sinsabores.

Cuantos préstamos habian hecho el cabildo y la ciudad á Juan de Padilla, á su mujer, y hasta á Laso de la Vega, y á Hernando Dávalos, tuvo que pagarlas Doña María vendiendo á vilísimo precio la mayor parte de su hacienda, porque la amenazaron los acreedores con nuevo embargo.

Algunos hombres prudentes por su parte, y entre ellos el mismo cardenal, que si á veces se arrebataba del ódio á los comuneros,

era en el fondo del alma un bendito, esforzábanse á calmar las pasiones, á predicar union y concordia á los dos bandos que cada dia se enconaban mas y mas.

Pero era imposible sostener una situacion que los historiadores muy razonablemente llaman *paz armada*. Ni los vecinos fraternizaban, ni los pasados sucesos caian en olvido, ni los vencedores se hallaban á sus anchas mientras quedase en Toledo otra autoridad enfrente de la suya.

A este tiempo iban tornando á la ciudad los que en el curso de la pasada revuelta habian escapado temerosos ó precavidos, y los que dentro sufrieron todo género de penalidades y sobresaltos los miraban de mal ojo, como era natural, arguyéndoles que venian á disfrutar sabrosamente las franquicias que á precio de su sangre, de sus dineros y sosiego habian ellos conquistado.

Por contrarias razones, algunos comuneros que tornaban fugitivos de Villalar ó de otras ciudades hallaban cerradas las puertas de la suya propia, porque á todos los creia sospechosos el corregidor puesto por los imperiales, á quien daba la novísima capitulacion este derecho.

De los ademanes de mofa, de los gestos de desden, de las murmuraciones en voz baja pasábase á las disputas, en que de una parte se denigraba á Padilla y á su viuda, mientras de la otra se les sublimaba y ponia en los cielos. Decir que tal vez á puñadas, mogicones y cintarazos solian rematarse estas controversias, parece cosa escusada.

La justicia al punto acudia en son de poner paz, y torciendo su vara al lado de los imperiales exacerbaba mas y mas los ódios de unos y otros, poniendo en gravísimo aprieto á cuantos de buena fé deseaban que la tranquilidad se restableciera en Toledo de una vez para siempre.

Prudente la viuda y fiel á sus compromisos pasaba encerrada en su triste mansion los eternos dias del invierno, sin mostrarse apenas en público porque el ardiente amor de sus parciales la aturdia con vítores y muestras de placer, y sin dar oidos á las instigaciones que unos de buena y muchos de mala fé le hacian para qne volviera á tentar fortuna, ayudada de los bastimentos y cañones conque habia provisto su casa cuerdamente. Dábala tambien cuidado no poco la situacion de su familia, que era grave, como luego veremos. Bástanos

ahora decir que tenia bajo su propio techo á la recien cristiana Mencía, sin descubrir á las gentes, repitámoslo, el secreto de su nacimiento, y sin osar tampoco descubrírselo á Don Gonzalo, en quien crecia de hora en hora el mas profundo amor. Aquella buena cristiana no habia querido separar á los dos hermanos para tenerlos siempre bajo sus ojos, para poder vigilarlos desde cerca, y para procurar en fin mas á placer, que en el niño y voluntarioso galan cediese el inocente fuego de la juventud su plaza al tranquilo amor fraternal.

Como si no fueran bastantes tantas inquietudes para consumir el alma desgarrada y enferma de la hija del conde de Tendilla, su ilustre tio la apretaba á que diese el consentimiento para pedir la dispensacion al Pontífice, temeroso de que su mujer volviera de Madrid.

Como recordará el lector este viaje habia de ser pretesto para el divorcio, dándole color de fuga de la casa marital.

Y si á todos estos motivos se agrega, que la condesa de Monteagudo, cada vez mas fanatizada, no habia vuelto á dirigirle la palabra; si se agrega que la pobre Juana andaba en lenguas de todo el mundo, por haber tendido los imperiales la voz de que habia dado hechizos á su señora, y si se agrega en fin que de toda su córte y esplendor antiguo solamente le quedaba el canónigo Nebrija, pues los demás habian muerto ú olvidado sus beneficios, como Cosme Gaitan, podrá formarse una idea del melancólico estado en que pasaba sus dias la inolvidable viuda del héroe comunero.

Cada paso que daba en aquella mansion tenia el eco en un sepulcro. En menos de un año sus dos jefes habian muerto; en menos de un año Pedro Lopez, el primer capitan de las libertades de Toledo, y Juan de Padilla, el primero de las del reino, habian recibido en la tumba el generoso galardon que el cielo guarda á las vírtudes.

El hijo habia dejado desierto el corazon de María, y el padre habia amargado para siempre su existencia.

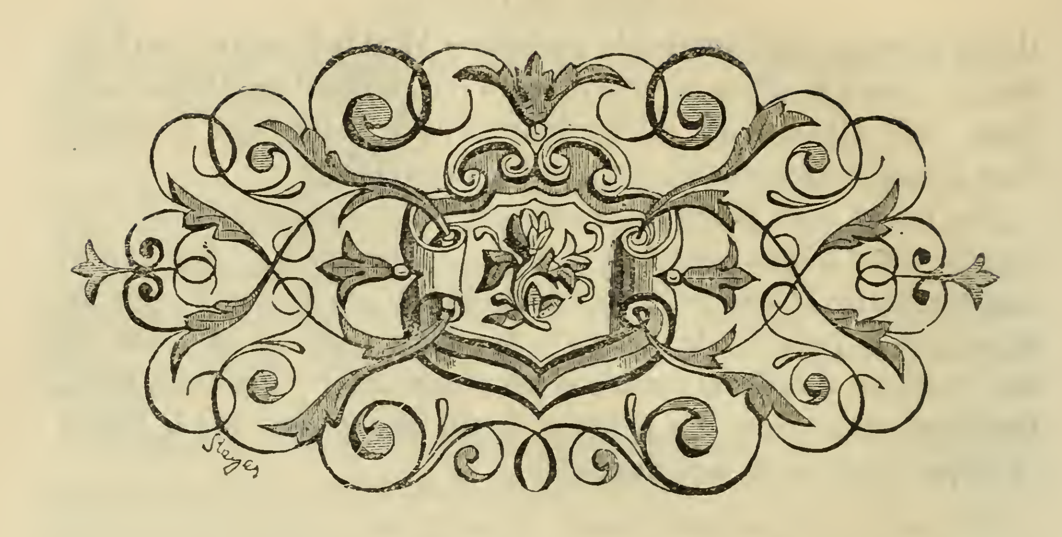
Un solo placer gozó aquella triste señora despues del rendimiento de Toledo; mas tambien aquel placer le recordaba sangre, pues fué la boda de Leonardo Noguerol con Mencia.

En cuanto á Lope, cogido infraganti por Juana y entregado á la justicia imperial por la viuda, no pudo ser perdonado en modo alguno.

Horca merecia, pero queriendo premiar el Alcalde Ronquillo sus buenos servicios á la causa comunera logró del cardenal, que tenia por la Santa Sede atribuciones estraordinarias, que le ordenase sacerdote para galardonarle despues con una buena prebenda.

No nos es dado poner fin á esta sucinta y desaliñada reseña sin agregar como última pincelada de tan nebuloso cuadro, que aún la capitulacion de Toledo no habia sido aprobada por Cárlos V; que los imperiales se jactaban de que no la aprobaria; que en el fondo de sus corazones deseábanlo tambien los comuneros; y que Doña María fluctuando entre estos dos peligros, á cual mas graves, era la piedra de toque de todas las pesadumbres.





CAPITULO II.

CURIOSA PLÁTICA QUE TUVIERON EL ALCALDE DE CÓRTE RODRIGO RONQUILLO Y EL MARQUÉS DE VILLENA, SOBRE PUNTOS MATRIMONIALES.



olo un hombre era completamente feliz en Toledo, porque aquella situacion se adaptaba de tal modo á su carácter, á sus gustos y aun á su conveniencia política, que parecia nacido para ella.

Este hombre era Rodrigo Ronquillo.

Aposentado en el Taller del moro, en la misma cámara donde vimos un tiempo á su sobrina la viuda del procurador de Segovia, que allí permanecia acompañándole, rodeado de presos, pues tenia convertido aquel edificio en una espantosa cárcel, sepultado entre libros en pergamino, de religion y de leyes, teniendo por diario comensal y único amigo á Blas Antolinez, á quien habia hecho alcaide de las prisiones para vivir mas seguro, el buen

Rodrigo Ronquillo pasaba los dias y las horas entregado á sus únicos placeres, que eran el estudio y la interpretacion de la ley escrita, juntamente con los interrogatorios, careos y declaraciones de los procesados.

Dos solos pensamientos mundanales venian á turbar de vez en cuando la tranquilidad de su alma apergaminada.

Despues de la rota de Villalar habia formado el propósito de unir á su sobrina con su hijo, casamiento de alto interés de familia, pues sobre ser Doña Catalina muy estimada en la córte por los hechos de su marido, éste la habia dejado al morir razonablemente acomodada, amen de ennoblecida, cosa que necesitaban no poco los Ronquillos.

Por dar fin á su falsa posicion, y ver si apagaba del todo la hoguera que en su pecho dejó encendida D. Juan Bravo, habia accedido la viuda á los proyectos de su tio, no sin exigir que su primo y futuro esposo la galanteara y festajara de antemano porque las gentes no murmurasen; pero tan pronto como el alcalde entró en Toledo, tan pronto como se juntaron tio y sobrina en el Taller del Moro, declaróle ésta resueltamente que no casaba ya con D. Luis, sin que el alcalde pudiera atinar la causa.

Desde entonces, aunque con dolor, habia renunciado á su buen propósito.

Este era, pues, el pensamiento que mas preocupado tenia al Alcalde de córte.

De un lado la convenencia de su hijo y el deseo de apartarle de aquella senda, en su sentir fatal, por donde le llevaba su educacion, y de otro el fundadisimo recelo de que el dia menos pensado contrajese un matrimonio con mujer plebeya, cosa no del todo imposible en un mancebo cuyo primer amor era una judía, contrariábale grandemente, y en mas de una ocasion le hizo olvidarse de sus presos, sus latines y de su amigo el verdugo vallisoletano.

El otro pensamiento le roia mas profundamente las entrañas, por lo mismo que lo ocultaba á todos, y que aun á sí propio temia darse cuenta de él.

Como cortesano y plebeyo el buen Ronquillo era insaciable ambicioso, á la manera de los hombres de aquel tiempo.

Desde muy jóven habia empezado á sonreir la fortuna á su mérito indisputable.

Corregidor de Segovia á los treinta años, cosa en aquellos tiempos nunca vista, oidor de los primeros que hubo en la recien fundada Chancillería granadina, alcalde luego de córte y alcalde halagado por Cisneros, por Felipe el Hermoso, por Cárlos V, y últimamente por la regencia, que para todos los casos graves echaba mano de él, sobre todo si habia que ahorcar alguno pronto y sin ruido; creyóse en el fondo de su corazon, con muchísimo fundamento, la perla de los hombres de ley, como lo era en realidad, dados aquellos tiempos, aquellas circunstancias y aquellas costumbres; y de aquí á poner sus ojos en las mayores alturas, solo hubo un paso para Ronquillo.

Vióse constituido en piedra angular de la magistratura castellana; vióse él, oscuro y plebeyo, que solo habia podido salir á la superficie social en los paternales dias de los Reyes Católicos, predestinado á fundar una noble familia, creándose mayorazgos y rentas cuantiosas y posicion semi-cortesana y semi-feudal, como la de cualquiera rico-hombre de Castilla.

Mientras vivió su mujer, que se llamaba á secas Doña Teresa Briceño, y que ni una barra hidalga ostentaba en su escudo, porque no lo tenia, contentóse con atesorar riquezas en sus hijos, y aun amayorazgó no poca parte de sus tierras y olivos de Salamanca para su primogénito don Gonzalo, que iba á entrar, como entró al fin, en la córte y séquito de Cárlos V; pero cuando aquella mancha plebeya de su mujer hubo desaparecido de su nombre, creyó el buen alcalde llegado el cumplimiento de sus profecías ambiciosas, y con nuevo ahinco y nueva fé consagróse á allanar los caminos que á su ya anciana planta le faltaba recorrer.

Retrasado y perdido creyóse despues del incendio de Medina del Campo, sospechando que el jóven emperador tomaria enojo de que le destruyese tan rica villa por defender su autoridad; pero cuando fugitivo y execrado de Castilla conoció en Alemania todo el apego que Cárlos tenia á su autoridad y el ningun amor que á sus vasallos profesaba, entonces sus decaidas alas tendieron nuevamente el vuelo á la deseada cumbre.

La cumbre era para él una plaza en el Consejo, que lo componian las dignidades mas altas de la Iglesia y los grandes mas grandes de Castilla.

Entonces no era posible ambicionar mas.

Teníase el Consejo por el último escalon de la fortuna política.

Solo en un caso estraordinario, que podia ser muy comun reinando Cárlos V, pues ya demostraba su aficion á las guerras estranjeras, á la vida de caballero andante y á los imperios lejanos, como que acababa de conseguir el mas preciado de Europa; solo en este caso, repetimos, podia algun consejero ascender á regente.

Mas no soñaba tanto Ronquillo, porque era plebeyo.

Se necesitaba ser condestable ó almirante de Castilla para representar al Rey en su reino, bajo el mando y presidencia de Adriano de Utrech, dean de Loveyna, cardenal del Sacro Colegio de Roma, y Pontífice presunto, segun habian dado las gentes en decir.

En la ocasion en que volvemos á hallarnos frente á frente con el buen alcalde de córte, su ambicion se habia embravecido mucho y apenas la disimulaba ya.

Como que á sus gloriosos timbres y buenos servicios de magistrado implacable, podia añadir dos hechos tan escelentes como la degollacion de Juan de Padilla y Juan Bravo y la pacificacion de Toledo.

Esto sin contar que allá en el fondo de su pensamiento tenia determinado agregar á la cuenta algunas cabezas toledanas de las que aun vivian y gemian en el Taller del Moro.

Hallábase, sin embargo, embarazado en la eleccion, pues verdaderamente no habia en aquella atestada cárcel cabeza que valiese un cornado, y él tenia puestos sus ojos en la de Doña Maria Pacheco y en la del obispo Acuña, que indudablemente debian de ser mas gratas á la Cesárea Magestad; pero por lo presente se le escapaban de las manos las dos con harto sentimiento suyo.

Tal era la situacion moral del alcalde de córte un dia de los primeros del mes de noviembre, en que se vió visitado por D. Diego Pacheco.

Cabizbajo y taciturno el marqués, empezó por pedirle nuevas de la córte, sin duda porque no se atrevia á entrar de lleno en el asunto de su visita.

—Mota, el obispo de Badajoz, dijo el alcalde, me escribe menudamente todas las cosas del gobierno. Despues de Valladolid, Salamanca, Toro, Zamora y Leon, quedan rendidas y avasalladas á la autoridad real. El conde de Salvatierra, que tanto ruido nos movia á la parte de las Merindades, ha sido derrotado completamente en

el puente de Durana por el capitan Ochoa de Asua, salvándose como por milagro él solo con un paje, y dejándonos seiscientos prisioneros, entre ellos el capitan Barahona, que fué al punto degollado. Esto por lo tocante á la baja Castilla. Cuando á la alta caminaban los gobernadores en direccion á Segovia, persistente en no rendirse al conde de Chinchon, hánles salido al camino á pedir el perdon humildes, los mensajeros de Medina del Campo, Avila, Soria, Cuenca y Murcia. Alcalá de Henares queda otra vez reducida á la obediencia del dupue del Infantado, cuya ayuda poderosa ha tenido buena parte en que sujete á Madrid Juan Arias de Avila, el primer conde de Puñonrostro. Si á esto agrega vuesa merced, prosiguió el alcalde, la rendicion de Toledo, que habrá llegado ya á noticia de los regentes, verá que solo nos turba la sabrosa paz el malaventurado suelo de Navarra.

—¿Y cómo va aquella guerra? preguntó el marqués estremeciéndose hasta el fondo de su corazon, cosa que no se le podia ocultar al perspicacisimo alcalde Ronquillo.

— Va hasta lo presente bien, le contestó restregándose las manos. El duque de Nájera ha tomado ya el desquite de la rendicion de Pamplona y del sitio de Logroño. En la llanura de Esquiros, que se estiende junto á la primera de estas ciudades, han sido los franceses derrotados en campal batalla, arrojándolos mas allá del Pirineo, donde al parecer se rehacen y fortifican ahora. Por cierto que entre los despojos y el botin de la batalla se han cojido á un capitan papel es.....

—¿Papeles? esclamó Villena sin poder disimular su vivísima emocion.

— Documentos peregrinos.

—¿Acaso herejías, libros de esos que ahora corren por la Flandes contra la religion y sus misterios?

— No en verdad, repuso el alcalde sin mirar frente á frente al prócer, aunque con el rabo del ojo no le perdia de vista. Háse probado que al ejército francés le ayudaban muchas gentes de Castilla.

—¿Gente ruin y plebeya por supuesto? dijo el marqués haciendo el disimulado, pero descubriéndose mejor.

— No se sabe. Segun me cuenta el obispo Mota, se ha encontrado en poder de un cierto capitan que tiene un nombre muy revesado....

Villena puso los ojos en el techo.

—Una letra del rey de Francia que le decia: —*Mucho placer hemos tomado de la toma del reino de Navarra, y de haber pasado el ejército el rio Ebro. Prosigue tu empresa, y siempre ten inteligencia con la gente de Castilla, que no te podrá faltar.*

—Eso es muy grave, con efecto, dijo el marqués en tono tambien grave.

— Gravísimo.

— Traicion inícua.

— A la patria.

—Y al Rey.

—Y al Dios del Cielo.

—¿Que era revesado el nombre de ese francés? se atrevió á decir el imprudente Villena.

—Como pocos, respondió el alcalde.

—¿Se llamaba..... Jacqueminot?

—No en verdad.

—¿Estais seguro?

— Sí por cierto.

El marqués respiró tranquilo.

—Se llamaba Alcaparra.... ó Calasparra.... una cosa por el estilo..... ¿qué se yo?

— Alcaparra es castellano....

— Sí.

—Y Calasparra un pueblo junto á Murcia.

—Es verdad.

— Pues entonces.....

— Digo que por ese tenor era su nombre.

—¿Seria mosen de Asparros?

—Esperad.

—Mosen......

—¿Cómo habeis dicho?

—Asparros.

—Eso es, mosen de Asparros. Ya veis, de Asparros á Alcaparra no hay gran diferencia.

—¿Y ese ha caido en el campo?

—Muerto.

—Era el capitan.

—¡Qué enterado estais!

—Lo he oido... lo he sabido... no sé cómo, repuso el marqués disimulando lo mejor que pudo su torpeza.

—Siempre creí yo, dijo el alcalde, que era de poca cuenta esa algarada. Así acabáramos tan pronto con esta gente comunera, que todavía se revuelve como la culebra furiosa pisada por el medio del cuerpo.

—No os cureis ya de ella.

—Si no existiesen la viuda ni el obispo, no me curaria; pero son taimados y astutos como ellos solos.

—El obispo en Portugal ¿qué puede hacer?

—¡Oh si estuviera en Portugal mas cuidado me daria!

—¿Creeis que ande oculto por estas tierras?

—No lo creo, sino que ciertamente lo sé; pero si ellos son astutos, tambien lo soy yo, y he averiguado que no salió del Alcázar cuando dijo la viuda, sino la noche antes de la entrega de la ciudad. Afortunadamente estaba entonces en el Alcázar, Lope el campanero de San Ginés, que es un perro de buen olfato, y todavía he tenido tiempo para poner en su huella perseguidores listos. Indudablemente se encamina á Roma, á pedir la absolucion de sus pecados, ó á Francia con cuyo rey debe de tener secretas inteligencias para la invasion de Navarra. En ambos casos habrá ido primero á su diócesis á proveerse de dineros para el viaje, con que he despachado al alguacil Retuerta para Toro y Zamora, y al alferez Perote para Navarra, que me le traerán muerto ó vivo, si ya no se halla, que en verdad no lo creo posible fuera del reino.

—Por la viuda no pase pena vuesa merced, señor Alcalde, dijo el marqués en tono amistoso. Yo la tengo bien aleccionada y dispuesta, y antes que prestar mano á nuevos disturbios y alborotos se dejará arruinar su casa.

—Que tiene apercibida de pertrechos de guerra, contestó Ronquillo.

—Sus parciales se la apercibieron, y ella en su afliccion no lo pudo impedir.

—Lo podrá aprovechar.

—Nunca.

—No os fieis, marqués.

—Debo fiarme.

—Las mujeres revoltosas.....

—Son siempre menos temibles que los hombres.

—Yo pienso lo contrario.

—Yo lo pruebo.

—Pero esto no puede continuar. Mientras tenga en su casa un solo cañon la autoridad del rey está ofendida y amenazada.

—Pronto no inspirará recelo alguno.

—Temo que solo con la muerte ceda, que es mujer vivaz y testaruda.

—Yo he imaginado de servir al Rey con ella, para coronar mi obra de pacificacion de Toledo.

—¿Con ella propia?

—Sí en verdad.

—¿Qué vais á hacer?

—A casarla.

—¡Casarla! repitió asombrado el Alcalde. ¿Y ella de suyo consiente?

—Soy su deudo principal, la cabeza de su casa.

—Buen servicio seria ese y mucho lo estimaria el Emperador, marqués.

—Asi lo pienso.

—Es tan generoso y tan magnánimo que la tiene en grande aprecio.

—Ya lo sé.

—Su secretario Idiaguez me escribe sobre este punto cosas peregrinas.

—Sobre todo, repuso Villena, si la caso con un prócer leal y buen vasallo, que estirpe en su corazon las malas semillas comuneras. de un marido.

—Dudo mucho que encontreis ese fénix, dijo Ronquillo con maliciosa intencion.

—¿Qué decis, señor Alcalde?

—No hay prócer leal que pueda serviros para el caso. Giron que está viudo, es artero hasta dejárselo de sobra....

—Ni ella lo admitiria en modo alguno.

—El condestable es casado.

—Y tambien el almirante.

—El conde de Haro....

—Es mujeriego, vicioso y harto jóven.

—Chinchon....

—Casado tambien.

—El duque del Infantado....

—Es viejo.

—El duque de Nájera....

—Mas aun.

—Los condes de Oñate y Osorno....

—Son muy pobres.

—Lemos y Benavente.....

—Son estultos.

—Los marqueses de Falces y de Astorga.....

—Hidalgos de gotera.

—Pues ¿con quién diablos pensais casar á vuestra deuda? esclamó el alcalde cada vez mas lleno de sospechas maliciosas.

—En ocasion mas oportuna lo sabreis.

—Reparad que si no es de los que han tomado gran parte en la defensa del Emperador, no le será muy grato el casamiento.

—Ya lo tengo reparado.

—Y ¿reune tambien esa condicion?

—Mejor que ninguno.

—¡Hola!

—Ya vereis.

Echóse atrás el alcalde en su sillon de cuero y se quedó pensativo con la barba sobre la mano.

—¿Contais con ella sobre seguro? preguntó á Villena al cabo de un rato.

—Sobre seguro, dijo el marqués.

El alcalde reparó lo horondo que se ponia.

—Mirad que las mujeres estudian con el diablo.

—¿A quién se lo decís?

—¿No os engañará?

—Me llamo Villena.

—Esa no es razon. Vuestro ascendiente Don Enrique fué engañado por su esposa Doña María.....

—Que pagó bien caro su engaño.

—Lo cual prueba solamente que era el marqués tan ambicioso como ella taimada.

— A propósito de mujeres, amigo alcalde, una merced vengo á pediros.

— Hablad, dijo el alcalde, repantigándose en su sillon con las manos cruzadas sobre el pecho.

— ¿Conoceis al corregidor de Madrid?

— Mucho. Estudiamos juntos en Alcalá.

— Despachadle un propio al momento.

— ¿Para qué?

— Para que detenga á mi esposa, si quiere tornar á Toledo, como presumo.

— ¿Vuestra esposa está en Madrid?

— Escapóseme con un galan.

— ¡Así lo revelais, marqués! esclamó el alcalde asombrado y confundido.

— Toda la ciudad lo sabe. Aprovechando la confusion de los pasados dias, juntamente con mi forzosa ausencia de la casa de Padilla, donde ella moraba, partió á Madrid secretamente con Garcilaso de la Vega.

— Callad, callad, dijo el alcalde. ¿A Garcilaso no le llama á la corte su hermano Don Pedro?

— Así es la verdad.

— Como que por mis manos han pasado letras suyas para su mujer Doña Teresa Martinez; mas ese Garcilaso ¿no es un niño?

— No tan niño, que ya le apunta el bozo.

— ¿Y se habrá separado en Madrid de vuestra esposa?

— Lo presumo.

— ¿Conque pretendeis que el corregidor no la deje tornar á Toledo?

— Cumple así á mi decoro.

— ¿Os apartais de ella?

— Para siempre.

— Mirad que el asunto es grave.

— La honra de los Villenas no se empaña impunemente.

— ¿Publicaréislo vos?

— Lavándola al propio tiempo.

— ¿Son fundadas vuestras sospechas?

— Casi, casi me coje de medio á medio una ley de Toro que vuesa merced conocerá.

—Sin embargo, un niño.....

—Las mujeres de los viejos, amigo alcalde, siempre se enamoran de los niños.

—Delatadla á nuestra justicia. Todavía no he sujetado á ningun reo á la antigua prueba del fuego, mas eficaz á mi ver y mas segura que el mismo juicio de Dios, y solo por la miseria de estos tiempos caida en desuso. Yo sentenciaré á vuestra mujer á llevar en sus desnudos brazos una barra de hierro hecha ascua desde la catedral hasta Zocodover, ó desde la Sisla hasta la Valdegollada, y si se quema podeis tener por seguro que es adúltera. ¡Vive Dios que ardo en deseos de restablecer esa prueba, tan sin razon olvidada!

—Yo aseguro que me place de todo en todo, y que me holgaría muchísimo de sujetar á mi mujer á ella, dijo D. Diego Pacheco sonriéndose de una manera particular; pero tengo ya pensada una cosa mejor.

—Yo os digo que no la hay mejor en nuestra justicia.

—No recurriré á la vuestra.

—Pues ¿á cuál? le preguntó el alcalde un tanto amostazado.

—A la del Papa.

Ronquillo se quedó mudo como un muerto.

Empezaba á brujulear entre los tenebrosos pensamientos del marqués.

Sin embargo, quiso echar una sonda mas segura.

—¿Vais á pedir el divorcio? le preguntó devorándole con sus miradas.

—Lo habeis acertado, repuso Villena con la candidez de la ignorancia. Solo el Pontífice puede desatar el lazo que á mi mujer me une.

—¡Cómo! ¿quereis quedar enteramente libre?

—Enteramente.

—¡Hola! dijo el alcalde poco menos que entre dientes. Ese proceder se parece como una gota de agua á otra gota, al de vuestro ilustre progenitor D. Enrique. Como él rompeis vuestros lazos mundanales, mas presumo que no será como él para alcanzar un maestrazgo, pues hoy los tiene todos la Corona. ¿Vais quizás á encerraros en un cláustro?

—Ja, ja, ja, esclamó sandiamente D. Diego. ¡Ordenes y tonsuras á mis años! Mas halagüeños propósitos son los mios, que aun

me place la vida. No me pregunteis, amigo alcalde; es un secreto que no puedo revelaros; pero que os dará placer cuando no lo sea. Hacedme entre tanto la merced de escribir al corregidor madrileño, pues me urge su buen servicio.

—¿Tanta prisa os aqueja en veros libre de vuestra mujer, Don Diego?

—Pienso que á cualquiera marido le sucederia lo propio, señor Alcalde.

—Contad que voy á escribir la letra ahora.

—Ostigadle mucho.

—Así lo haré.

—Que le ponga guardas de vista.

—¿Como si fuera criminal?

—¿Y no lo es?

—A la justicia no le consta.

—Mi palabra de rico-hombre debe al corregidor madrileño bastarle.

—No hablemos mas en ese punto.

—Que si Doña Ana de Guzman se obstina en partir de Madrid...

—Decís bien: supongamos que se obstinára.

—Entonces.....

—¿Qué ha de hacer?

—Que la encarcele.

—¿A una dama tan ilustre?

—Mas ilustre es el marido ultrajado.

—Pero como aun no formalizais vuestra queja....

—Mejor remedio me ocurre. Doña Ana está en San Pedro el viejo con su tia Doña Beatriz Galindo, la que fué maestra de latin de Doña Isabel la Católica. Que el correjidor encomiende á Doña Beatriz la guarda de su sobrina.....

—¿Con qué pretesto?

—Declarándole mi resolucion.

—¿Por qué no lo haceis vos mismo?

—¿Por qué?

Villena se quedó traspuesto y cariacontecido.

La conversacion le llevaba mas allá de donde queria ir.

Para tantas preguntas no tenia respuesta, ó no queria darla categórica.

Habia pensado á bulto, y era llegada la hora de precisar sus pensamientos con un hombre dificilísimo de engañar.

Sin embargo, tuvo una idea digna de él y se creyó salvado.

—No quiero que sepa de mi boca el asunto, hasta que me dé la razon el Sumo Pontífice.

Ronquillo guardó silencio á su vez.

Estaba ya fatigado de aquella enojosa conversacion, que hacia germinar en su cabeza mas de un pensamiento.

Además sospechaba que hubiese mas de una mentira en sus palabras.

— ¿Escribirá vuesa merced al correjidor? le preguntó D. Diego en son de despedida.

—Al punto, respondió el alcalde secamente.

—Me hareis merced.

—En hacérosla me plazco.

—Dios os guarde.

—Guárdeos Dios.

Una vez solo Ronquillo, abrió un apergaminado librote y se puso á hojearle con ansiedad.

—Bien decia yo que no tiene derecho, murmuraba poco despues cerrando el libro. Las leyes de Toro exijen que el marido coja *infraganti* á su mujer, y aun así dudo que el Papa Leon desatára el lazo conyugal.

Royóse un momento las uñas y echándose de espaldas en su sillon, repuso:

—Has errado el golpe, marqués de Villena, has errado el golpe; no te puedes casar con la viuda de Padilla.

Y cerró los ojos como si fuera á dormirse.

Mucho se hubiera engañado el que tal creyera.

Estaba pensando en que él era viudo y hombre récio y casadero todavía.





CAPÍTULO II.

DE LOS MALOS ENCUENTROS QUE TUVO EL MARQUÉS DE VILLENA AL SALIR DE CASA DEL ALCALDE RONQUILLO.

Apenas habia puesto el pié en la calle D. Diego Pacheco, cuando tuvo que hacerse á un lado para dejar pasar una turba multa de estudiantes, que salian de la Universidad voceando y alborotando como acostumbraban.

Por sus pecados iba entre ellos Juan de Sosa, que á la sazon estudiaba cánones, y que aunque hombre hecho y grave, perdia la chaveta cuando se juntaba con su estudiantina.

Embozóse, pues, Juan de Sosa en su manteo, y acercándose al marqués con aire de maton, dijole en voz hueca por detrás:

—*Garcilasus venit.*

¡Tú que tal digiste! Al momento rodearon al marqués todos

los estudiantes, y gesticulando y saltando como demonios, repetian:

—*Garcilasus venit.*

No fué este solo su mal. Como llovido del cielo apareció junto á las Cuatro Calles el mismísimo Garcilaso.

Venia empolvado en traje de camino.

—*Ecce*, *ecce*, gritaron los estudiantes.

El doncel se apercibió muy pronto de la presencia del magnate, y viniéndose disparado, paróse enfrente de su persona como un perdonavidas, y quitándose un guante se lo arrojó á la cara, sin despegar sus lábios porque la cólera no se lo permitia.

Llegó á tal estremo el tumulto y la algazara de los estudiantes, que Juan de Sosa, su primer provocador temió por el marqués, y arropándole con su manteo y poniéndole su bonete, hizole escabullirse entre la turba multa.

En aquel momento gritaron mil voces.

—Ronquillo viene contra nosotros.

Y los estudiantes desaparecieron como conejos de un bosque en que suena un tiro, quedando solo uno muy embozado en su manteo, que ora andaba de acera á acera, ora se detenia, ora en fin meditaba como irresoluto.

Ronquillo habia sido con efecto avisado del escándalo estudiantil, y temeroso de que subiera de punto hasta llegar á motin, salió al momento con sus lebreles.

Como hombre que no se anda por las ramas encaminóse apresuradamente á Zocodover, donde le importaba hacerse fuerte.

Sus colegas apenas podian seguirle.

Uno de ellos, que vió hacer eses y zetas á aquel estudiante, acercósele muy quedito y por detrás, y echándole al cuello ambos brazos gritó:

—Ya te pesqué.

—¡Atrás villano! dijo el estudiante revolviéndose con brío.

—Si no se reporta ¡ira de Dios!

—¿No ves que yo no soy estudiante?

Y desembozó el manteo.

—¡Ah!

—¿Te convences?

—Señor....

—Soy rico-hombre.

—Perdone vueseñoría.

—¿Qué pasa Gonzalez? esclamó Ronquillo apercibiéndose de la plática de su comensal.

—Ha pescado á un estudiante, dijo otro de los corchetes que le rodeaban.

—¿Un delincuente? que lo agarre bien.

—Señor..... balbuceó el corchete Gonzalez adelantando algunos pasos.

—Llévale al Taller del Moro.

—Dice.....

—Todos dicen algo.

—Señor alcalde..... añadió Villena adelantándose tambien.

—En la calle no escucho nada.

—Mirad que soy.....

—Luego en la cárcel podreis decirme cuanto os plazca.

—Soy el marqués de Villena.

Ronquillo vaciló un instante.

—No mintais para desarmar á la justicia, dijo volviendo la espalda.

—¡Ira de Dios! esclamó Pacheco, arrojando el manteo y el bonete. ¿Negareis que soy el marqués de Villena, vuestro amigo, vuestro compañero?

Ronquillo seguia impasible andando.

El marqués pateaba de furia.

—Al Taller, al Taller, dijo el alcalde volviéndose á sus corchetes.

—¡Ah! replicó Villena, tú abrigas algun propósito contra mi, alcalde feroz.

Los corchetes le impidieron acabar.

Rodeáronle mal su grado, asiéronle entre todos, y no sin que jurase y perjurase á grito herido que era el marqués de Villena y el alcalde un felon, desleal, taimado, lleváronle públicamente en medio del dia por las calles mas concurridas al Taller del Moro, que iba á servirle de cárcel otra vez.

Pero ahora no lo habia pedido él mismo para hacer mejor su comedia con la viuda de Padilla.

Ahora iba á confundirse con los comuneros y gente popular á quien Ronquillo encarcelaba faltando á la capitulacion.

Para mayor afrenta suya, topóse en la escalera misma con Doña Catalina Ronquillo, que bajaba con sus pajes, sin duda á la iglesia.

En vano se cubrió con el embozo hasta la frente; en vano se hizo el distraido al pasar á su lado.

Como era un preso mas, llamóla la atencion.

—¿Traeis otro comunero? dijo á los corchetes.

— Es un buen perillan, respondió Gonzalez.

— Parece que cursa en las aulas.

— Engaños y mentiras.

— Pues ¿cómo así?

— Dice que es el marqués de Villena.

— Ja, ja, ja.

— Sin duda está loco.

— En eso se pareceria al marqués.

Pacheco, que iba ya á desembozarse con magestuosa gravedad, se quedó helado.

— Compadre, le dijo otro de los corchetes poniéndole con familiaridad la mano sobre el hombro, ya ves que no ganabas nada en llamarte Villena.

El marqués no estaba todavía en situacion de contestar.

— Poco me ha hecho reir mi buen tio á costa suya, prosiguió Doña Catalina. Dice que no ha visto mas nécio ni mas ridículo pernaje que el marqués.

—¿Eh qué tal, compadre?

— Quiere divorciarse de su mujer por imitar á su abuelo D. Enrique el Hechicero.

— Pues este no tiene hechizo alguno.

— Y por otra razon mas ridícula.

— Puede saberse cuál ¿señora mia? preguntó Gonzalez.

— Por casarse con la viuda de Padilla.

— Ja, ja, ja. ¡Qué donosa locura! esclamaron los alguaciles.

D. Diego debajo del manteo se mordia los lábios hasta hacerse sangre.

— ¡Como si no tuviera el Rey servidores mas leales que pudieran casar con la viuda, sin necesidad de divorcio! Pues miren que ha procedido bien el tal Villena en la presente ocasion. Tan pronto imperialista, tan pronto comunero.....

Villena pateaba.

—¿Qué hace, buen hombre, con los pies? le dijo con sorna un corchete.

— Sin duda tiene frio.

— O prisa de que le metais en un calabozo, dijo la viuda. Estos comuneros son muy singulares.

—Si fuera el marqués de Villena, como dice, ya hubiera contestado á vueseñoría.

—Tampoco, que él no es hombre de decirme frente á frente que miento. Mi tio dice mas verdad que él.

Pacheco se volvió furioso.

No podia soportar tamaños ultrajes.

—¡Ah que él es! prorumpió Doña Catalina, que á través del embozo le habia reconocido.

— ¿Es él? esclamaron todos.

—Yo soy el marqués de Villena, dijo D. Diego desembozándose con magestuoso ademán.

Todos guardaron silencio.

Los corchetes miraban confusos á Doña Catalina, como deseando verla salir de aquel aprieto.

Ni se inmutó siquiera la dama.

—¡Gracias á Dios que os hice perder los estribos! esclamó acercándosele afablemente. Desde el principio os conocí, pero como vos no os dabais por entendido quise ofenderos....

— ¡Señora!

—¿Me perdonais, marqués?

— Lo que habeis dicho....

— Es pura falsedad.

— No por cierto.

—¡Cómo! esclamaron los corchetes.

—¿No es falso? añadió la dama haciéndose cándidamente de nuevas.

—Os lo ha dicho vuestro tio, que obra como villano que es.

—Cuenta con lo que decís, D. Diego. Sin duda os acontecen cosas que turban vuestra razon. Ni vos pensais en divorciaros de vuestra esposa....

— Si, pienso, esclamó exasperado el marqués.

— ¡Piensa! añadieron los alguaciles con asombro.

—Ni vos quereis casaros con la viuda de Padilla....

—Sí quiero.

—¡Quiere!

—Ni vos estais loco...

—Sí estoy.

—¿Cómo? ¿qué decís?

—¡Ah!

—¡Se confiesa loco!

—Y acabarais por volverme, ¡ira de Dios!

—Reparad, marqués....

—Yo no tengo que reparar sino que vos y vuestro tio y hasta estos villanos estais burlándoos de mí. El alcalde me niega en medio de la calle como si nunca me hubiese visto, y me envia al Taller del Moro juntamente con los comuneros y foragidos mas villanos; vos su sobrina....

—Yo, replicó la viuda sonriéndose con fingida amabilidad, no he hecho otra cosa que herir vuestro amor propio para que descubrierais el semblante. Desde el primer momento repítoos que os conocí, y como estabais obstinado....

—Sí, sí, para que yo lo crea.

—Mirad que hablais, señor marqués, con una dama muy dama que nunca miente.

—Pues ¿cómo habeis acertado?....

—No os chanceeis.

—En todas las cosas.

—¡Imposible!

—Dígoos que sí.

—Dígoos que no puede ser. Mis palabras fueron inventadas una tras otra.

—Si no fuerais hija de Eva....

—Lo primero que pensé os dige.

—¿Y pensasteis lo del divorcio?....

—Sí....

—¿Cómo por azar?

—Exactamente.

—¡Hum! ¡hum!

—Yo os lo fio.

—¿Y lo de la boda?..

—Tambien.

—¿Lo pensasteis?....

—Por azar.

—¡Hum! ¡hum!

—No refunfuñeis.

—¡Ah mujeres!

—Es lo cierto.

—Aunque lo jurára....

—¿Quereis una prueba?

—Algun secreto propósito abrigais vos y vuestro tio.

—¿Quereis una prueba?

—¿Cual?

—Oid.

Y volviéndose á los alguaciles hízoles seña imperiosa de que se apartaran.

Los alguaciles subieron la escalera, colocándose á su fin en espectativa.

La viuda prosiguió:

—Si Ronquillo abrigara contra vos algun siniestro propósito....

—No dudeis que lo abriga.

—Dejadme acabar.

—Soy mudo, noble dama.

—¿Qué haria yo en este momento?

—¡Vos! esclamó asombrado el marqués.

—Sí, yo, su mas querida sobrina, la poseedora de sus mas profundos secretos.

—¿Qué hariais?

—Sí.

—¿Qué habiais de hacer?

—Con vos.

—¡Conmigo! dijo Villena, retrocediendo un escalon.

—¿No me entendeis aun?

—Pero ¿qué habiais de hacer, vos una dama tan ilustre, tan bondadosa?....

—Veo que no me entendeis.

—Es muy posible.

—Si mi tio abrigara algun secreto propósito, en vez de dejaros salir de la cárcel, como voy á hacerlo, daria órden á los corchetes

de que os aprisionaran bien, ó en último estremo los dejaria libremente obrar.

—¿Luego vais?.... esclamó gozoso el marqués.

—No, vos sois el que vais....

—¿A qué?

—A darme el brazo.

Villena obedeció como un autómata.

Sin embargo, aun vacilaba.

—¿Para qué?

—Para salir del Taller del Moro.

—¿En plena libertad?

—En plena libertad.

—¿Vamos, pues?

—Vamos.

—Sois tan bondadosa como bella.

—Y vos tan malicioso como galan.

—¿Dudais aun de mi tio?

—No en gracia....

—¿De quién?

—De la sobrina.

Y bajaron los escalones.

Los alguaciles bajaron tambien silenciosos uno á uno.

—Alejaos, les dijo en tono de autoridad la dama, volviéndose desde la puerta.

Y una vez en la calle del Moro, añadió soltando el brazo del caballero:

—Ya estais libre, marqués de Villena. Podeis ir adonde os plazca.

No se hizo el prócer repetir el consejo.

Al verle alejarse la viuda murmuró en tono triunfal:

—Te equivocas, mi buen tio, te equivocas. ¿Cómo he de consentir yo tu casamiento cuando te tengo reservado para mí? Puedes mas que toda Castilla, pero no mas que yo.



CAPÍTULO III.

DE CÓMO DOS PERSONAJES DE LA PRESENTE HISTORIA PENSABAN, POR CONTRARIAS RAZONES, DE IDÉNTICO MODO QUE EL REY DE FRANCIA FRANCISCO I, ACERCA DE LAS MUJERES.

No faltaba razon al parecer á Don Diego Pacheco para sospechar del Alcalde Ronquillo.

Cuando se encontraron en las Cuatro Calles iba tan pensativo y ensimismado el buen jurista que á cualquiera hombre menos malicioso que el marqués diera mucho que pensar.

Desde allí se habia dirigido á la casa de los Padillas.

Sus alguaciles se quedaron á la puerta.

Grande asombro y no menos terror causó á la viuda su llegada, que era la primera vez que pisaba aquellos humbrales; pero su carácter y sus desgracias la habian hecho artificiosa, con que puso en su rostro una mentida serenidad y en sus lábios una falsa dulzura para recibir al magistrado.

Aunque tenia de cortesano mucho menos que de verdugo, Ronquillo la saludó sonriéndose; pero su sonrisa dejaba al descubierto sus dientes de yena.

Empezó por holgarse de ver frente á frente á la famosa enemiga

de Cárlos V, que en tan duro aprieto habia puesto á sus servidores todos, y acabó por revelar paladinamente que el Rey se hacia lenguas de Doña María.

— Ya ha llegado á mis oidos lo que decís, repuso la viuda en tono amable, y quedo profundamente agradecida á la Majestad Cesárea por su bondad; pero mas se la hubiera estimado en otro tiempo, antes que mi marido Juan de Padilla....

— ¡Oh señora! esclamó el alcalde temiendo pasar á aquel terreno sangriento. No se hable de Juan de Padilla entre nosotros. Fué rebelde y pagó su culpa.

— Sea pues. No despertaré yo dormidas ofensas; mas no me negareis que Don Cárlos podria, si en tanto me estimara, proporcionarme alguna sombra de bien aprobando al punto la capitulacion de Toledo.

— ¿Y quién duda que la aprobará?

— Yo lo dudo, señor alcalde, que van pasados muchos dias vanamente.

— Al Rey le ocupan mucho sus cosas de Alemania..... pueden haberse estraviado los correos..... además el estado del Sumo Pontífice, que no da esperanzas de vida, y su propósito decidido, segun cuenta el secretario Idiaquez, de que tenga un sucesor afecto á su persona.....

— Mucho me holgára de que tuviérais razon y viniese al fin aprobado nuestro pacto; pero otra cosa no me negareis.

— ¿Cuál, noble dama?

— Si me estimase Don Cárlos no me causarian tantas pesadumbres las justicias de Toledo.

— ¿Qué ocurre? preguntó con vivísimo interés el alcalde.

— Cada hora me temo ver llegar á los familiares del Santo Oficio en busca de esa desdichada jóven, que mora conmigo. Don Pedro Tenorio es implacable. Sé que no olvida su orígen hebreo.

— ¿Quereis que le ablande yo?

Doña María se quedó muda de sorpresa.

Tanta amabilidad, tanta dulzura en el alcalde Ronquillo, no acababa de creerlas, ni mucho menos de comprenderlas.

Sin embargo, no quiso darle á entender su asombro.

— Quisiera yo, repuso, que le ablandara quien debia de hacerlo, el Rey, si en tanto me estima.

—¡Oh señora! la Inquisicion es independiente del Rey.

—Pero el inquisidor es canónigo de Toledo.

—Yo haré que no os ocasione nuevas pesadumbres.

—Mas no lo hagais de modo que él comprenda..... se apresuró á replicar la viuda.

—Todo lo contrario le haré comprender. A mí me importa mucho que no padezca esa judía.

—¡A vos, señor alcalde!

—Tengo un hijo mancebo que por ella suspira.

La viuda no pudo ya disimular su sorpresa.

Aquel no debia de ser Rodrigo Ronquillo.

Creyóse dominada de una fascinacion, de un vértigo, de una manía, y para convencerse tuvo que mirar con detencion aquel rostro tétrico y plomizo, del color de los calabozos, aquellas uñas famosas en toda Castilla, porque decian que con ellas daba tormento á los reos, sin necesidad de borceguíes, de maromas ni tenazas, y por último aquel traje singular, aquella loba negra, que en él parecia mas fatídica que en cualquier otro magistrado.

El giro que á la conversacion habia dado Ronquillo la convencia por otra parte de que abrigaba algun secreto propósito.

¡Hablar á la viuda de los amores de Don Luis!

¡Hablar de la judía en son bondadoso y hasta paternal!

La Pacheca tuvo que reconcentrarse mucho y pensar bien las palabras, porque la situacion era sin duda muy grave.

—Ignoraba yo, le dijo en tono inocente, que en Sara hubiese puesto los ojos mancebo alguno, que ella es harto recatada y ha vivido asaz tristemente.....

—Viene muy de antiguo este devaneo, repuso el alcalde en tono paternal y bondadoso.

—¿Vos lo habreis impedido sin duda alguna? añadió con malicia Doña María.

El alcalde se vió cogido en el lazo.

Aquella pregunta exigia una respuesta categórica, y la respuesta era imposible de dar.

Pero la religion sacaba de muchos apuros á los hombres de aquella época, tan celebrada por religiosa.

—Mientras la tuve por judía, murmuró el alcalde arrugando el ceño, no debo negaros que procuré apartar á mi hijo de tan vilipen-

diosos amores; pero una vez averiguada en Villalar su ilustre cuna, y en Toledo su conversion á la fé cristiana.....

—¿Le habeis inducido quizás?....

—Tanto como inducirle.....

—Le habeis escitado.....

—Tanto como escitarle.....

—Pues ¿qué habeis hecho?

—No he vuelto á tildar su conducta por lo que toca á la religion, ni al linaje, sino por lo que toca á la lealtad. Mudados hoy los tiempos.....

—¿Qué decis? esclamó Doña Maria con asombro.

—Prestado por vos pleito al Rey.....

—Acabad.

—Mudaria yo tambien.....

—¿De opinion respecto á Sara?

—Sí, señora.

—¿Y consentiriais?....

—Hasta en el matrimonio.

—¡Señor Ronquillo!

—Si no os desplace á vos.

—¿Sabeis tambien que Don Juan Bravo?.....

—Tambien lo sé.

—¿Y que tiene un hijo?

—Sí señora.

Doña María no pudo menos de callar.

El asombro la embargaba.

—¿Es este Rodrigo Ronquillo, el feroz alcalde de corte? tornó á preguntarse á sí misma.

Pero harto sagaz para no adivinar que algun interés le movia, anhelaba por ponerle mas al descubierto.

—Dias hace que no veo á mi hijo, añadió el alcalde, que las cosas de la guerra nos tienen acostumbrados á frecuentes separaciones; mas desearia que llegase á sus oidos.....

—A los nuestros ni llega su nombre tan siquiera, lo que me duele en el alma, porque yo le vivo muy reconocida.

—Acaso Doña Mencía.....

—¡Ella! la triste solo vive entregada á su dolor.

—¿Aún suspira?

— No es fácil olvidar un amor muerto.

— ¡Ah! vos me recordais que D. Luis há poco tenia celos de ella.

— ¡Celos! murmuró Doña María comprendiendo el asunto de que iba á tratar el alcalde.

— Enamorado y celoso van parejas, y cuando la edad es corta, el entendimiento es flaco.

— ¡Celos! ¿de quién?

— Paréceme que eran de vuestro hijo.

— El vuestro no conoce á los niños, ni menos á las mujeres. A mi Gonzalo, como sabeis, no le apunta el bozo todavía, y tuvo aficion á Sara un tiempo, como se la tuvo en Tordesillas á la infanta Doña Catalina, y se la tendrá mañana á la mas hermosa que vea. Descubierta la cuna de esa infeliz, yo puse remedio, y ya de quien menos se acuerda D. Gonzalo.....

— Debeis, sin embargo, vivir precavido, pues los donceles son audaces sobre toda ponderacion.

— Mi hijo es diferente.

— Poned mas eficaz remedio.

— De ninguno necesito.

— Sacadla de esta casa.

— ¡Imposible!

— ¿Por qué? y permitid que me atreva.....

— Ni ella ni yo queremos separarnos, perpetuando la memoria de su padre.

— Veo que solo un remedio hay.

— ¡Uno!

— Sí.

— ¿Cuál?

— Casarla.

— ¡Casarla! repitió Doña María sonriéndose interiormente con satisfaccion.

— Debeis vivir en tortura, vigilando á uno y otra.

— Ya os dije que pasó aquel desvarío de Gonzalo.

— Con todo.....

— Mucho me holgára en casarla, si ella quisiera y encontrase un hombre capaz de olvidar su historia y sus primeros amores.

— Mi hijo es muy capaz de eso.

—¿Hablais en verdad?

—Mas no sospecheis que yo... ni que por él responda... ni que en su nombre venga...

—¡Oh! eso ya lo sé. Ni podria ser de otro modo, señor alcalde Ronquillo.

—Hablo así porque le conozco. Piensa de una manera tan estraña... se atreve á tanto... Señora mia, la educacion que dan ahora en las universidades hace unos hombres muy diferentes de nosotros.

—¡Oh! sí.

—Pensadlo bien, añadió Ronquillo tras un momento de silencio, no encontrará marido...

—Es que no lo busca ella, señor alcalde.

—Pensaba añadir: si no se le buscamos nosotros.

—¡Nosotros!

—¡Vos y yo!

Este plural, esta confianza íntima que Ronquillo se tomaba, hizo sonreir nuevamente á Doña María para sus adentros.

—Y en mi entender, añadió el alcalde, que no era hombre para andarse por las ramas, una vez tomada una resolucion, en mi entender no debe perderse tiempo.

—Yo pienso lo mismo, pero ella...

—Como á madre os mira.

—Por eso justamente no quiero hostigarla.

—Hacedle ver la conveniencia que á vuestro linaje...

—¡Oh! ¡jamás!

—¿No creeis que os importe? esclamó Ronquillo un tanto picado.

—Un espíritu tan entero como el de Mencía tiene en poco el interés.

—Pues entonces... despertad su conciencia.

—¡Su conciencia!

—Sí: ella se habrá apercibido...

—¿De qué?

—Del galanteo de D. Gonzalo.

—Repítoos que ese temor ni á ella ni á mi nos asalta.

—Hay sin embargo peligro...

—Ninguno.

—La juventud... la impetuosidad de los verdes años...

—Es sumiso á su madre como pocos.

—No os fieis, Doña María.

—Cuanto á mí me plazca hará él.

—¡Ojalá!

—¡Hermana! ¡hermana! dijo á este punto la devota Doña Casilda entrando en el retrete desalada y con el rostro del color de la amapola. ¡Hermana María! ni un solo momento he de vivir de hoy mas bajo vuestro techo. D. Gonzalo está provocando la cólera celeste. ¡Dios bondadoso! ¿pues no le he visto correr por el jardin persiguiendo á Mencía, ni mas ni menos que lo que cuentan esos libros de los caballeros andantes, cuando persiguen á sus damas desdeñosas? ¿Y sabeis por qué ese escándalo, hermana María? ¿sabeis por qué? porque ella no quiere tomar una liviana flor que él se empeña en ofrecerle. ¡Oh buen Dios! mira con ojos de piedad esta casa que en tanto abandono tienes. ¡Si nuestros cristianos padres resucitáran! Yo me voy á un convento, me voy al punto, al instante. No quiero ver por mis ojos semejantes cosas.

—Hermana, respondió gravemente Doña María, no abulteis los sucesos de tan estraño modo, ni deis á un inocente jugueteo infantil ese color tan subido de pecado. ¿Paréceos en verdad que pueda merecer una rosa tan risible sobresalto?

—¿Risible le llamais, hermana? ¿y aun tendreis por inocente y bueno á vuestro hijo D. Gonzalo, que lo tiene cogido Satanás por los cabellos? Digo que estais perdida irrimisiblemente, pues no veis con los ojos como las demás criaturas. Digo en fin, lo que dicen los canónigos, que Dios quita la razon á los que quiere perder. Me voy, me voy á un convento. Yo no debo autorizar con mi presencia tales y tantas demasías. Ya tengo á mis pajes avisados.

—Al contrario, señora condesa, dijo Ronquillo adelantándose cortesmente; pues tan buena cristiana sois, como pregonan esos escapularios y reliquias que llevais al cuello, la santa religion os aconseja seguir prestando ayuda á vuestra hermana...

—¿Y hacerme cómplice de su ceguedad? replicó Doña Casilda volviéndose vivamente, pues no habia reparado en el alcalde. Poco se os alcanza de casos de conciencia, aunque pareceis hombre letrado.

—Yo tengo puesta mi confianza en Dios y en Mencía, dijo la viuda. Con esto me basta para estar tranquila.

—Pues yo mas de mil veces he hecho besar á vuestro hijo el clavo del mártir godo, y todas fueron en balde.

—Pues ya veis como le huye Mencía.

—Ciertamente; pero...

—Eso, señora, es peor, dijo el alcalde rebosando por todos sus poros satisfaccion. A la edad de D. Gonzalo nada pone tanto deseo como la fruta prohibida.

—Adios, hermana, adios! esclamó Doña Casilda., tapándose los oidos.

—¿Qué al cabo os vais?

—Al punto.

—¿No os ablanda mi soledad ni mi sentimiento?

—Es ya caso de conciencia y no me es dado proseguir en vuestra mansion.

Y salióse de la estancia.

—Teneis razon, señor Ronquillo, dijo Doña María inmediatamente que se quedaron solos. Debo casar á esa jóven sin perder un momento.

—¡Cuánto se holgará mi hijo!

—Hay situaciones en esta triste vida, en que todo sacrificio es pequeño. Yo haré ver á Mencía...

—Y vos misma, señora, dijo el alcalde deseando llegar de una vez al punto adonde se dirigía, vos misma debeis apresurar cierto propósito que segun dice el marqués de Villena...

—¡Ah! ¿os ha contado mi tio?... murmuró la viuda bajando los ojos.

—Mas creo que vais descaminada...

—¡Descaminada! ¿en qué?

—En la eleccion.

—No la hice todavía.

—¡Cómo! dijo estupefacto el alcalde. ¿No habeis prometido al buen marqués?...

—Nada prometí.

—¡Qué bien que hicisteis, señora! Es imposible el divorcio de Villena.

—Ni yo quiero ofender á mi tia Doña Ana.

—Buscad otro hombre mas afecto al Emperador, mas querido de su persona, mas nombrado y probado en su servicio: un hombre

que para casarse no necesite escandalizar á Castilla, que sea soltero ó viudo... viudo mejor, para que se adapte bien á vuestro estado y condiciones...

—Asi pienso buscarlo, señor alcalde. Necesito un esposo que empiece por arrancar al Rey Cárlos aprobada la capitulacion de Toledo.

—¡Oh! qué fácil me seria á mí... Ofrézcoos mis servicios... para este asunto.

—No lo olvidaré.

—¿No lo olvidareis? ¿de veras?

—Por mi nombre de María.

—A propósito de Villena, añadió el alcalde, como si se le hubiera acordado un pensamiento. ¿Sabeis una cosa, Doña María? tengo para mí que el nombre del buen Don Diego ha de sonar en unos papeles cogidos en la batalla de Esquiros, á cierto capitan del ejército francés....

—¡Ah! se han cogidó papeles..... murmuró la viuda.

Aquí le refirió el alcalde todo lo que sabia y que ya nos es conocido, procurando que apareciese, aunque indirectamente, algo complicado en el asunto el marqués de Villena.

Doña María no descubrió su emocion, que era por cierto grandísima.

—¡Ah! como sea traidor á su pátria y Rey..... murmuró Ronquillo, inyectándosele en sangre los ojos.

—¿Y se lo habeis contado? repuso Doña María.

—Todo.

—¿Y que dijo?....

—¡Cómo! ¿pensais que él pudiera?.... ¿sabe acaso?.... ¿conoce algun pormenor de este asunto?

Y la malicia con que hacia el alcalde estas preguntas rebosaba por sus ojos.

—Lo ignoro, contestó Doña María con indiferencia. Ni creo que á su noticia haya llegado.....

—Es que tengo yo razones para presumir.....

—¿Razones habeis dicho?

—Poderosas.

—Hablad.

—Su turbacion cuando le contaba la derrota de Esquiros..... lo

vago de sus respuestas..... el afan con que fijaba sus ojos en el techo.....

— ¡Oh! aquí viene. Callad.

Con efecto, á pasos precipitados, y con ademanes de loco, penetró en la estancia el marqués de Villena.

Pero sin duda alguna no esperaba encontrar allí al alcalde, pues al verle retrocedió tres pasos y se puso lívido de cólera.

— Me place de veros, dijo en voz entrecortada, pues venia pensando en vos.

— Y yo de vos hablaba á vuestra sobrina, contestó con sorna el alcalde.

— Sí por cierto, se apresuró á decir la viuda. Contábame la conversacion que acabais de pasar acerca de la derrota de los franceses.

— ¡De los franceses! esclamó Villena, poniéndose mas lívido aun. ¡De los franceses! ¿quién se acuerda ya de semejante cosa? ¡Malditos franceses! todo el mundo habla de ellos. Estoy cansado... aburrido.....

El alcalde arrugó las cejas.

—¿Pues que han de hacer los buenos castellanos, dijo, sino ocuparse sobre todas las cosas de ese nuevo triunfo que su Rey acaba de conseguir? Mala y villana sangre será la que por ello se altere. Si no fuerais vos, señor marqués de Villena, añadió con marcadísima intencion, sino fuerais vos el que ha pronunciado esas palabras, como buen justicia del Rey ya os hubiera puesto preso.

El magnate se estremeció y acabóse de aturdir.

Esto, junto con el despecho que le habia causado ver á Ronquillo mano á mano con Doña María, y el tono familiar que entre los dos reinaba, turbaron su razon, tan fácil de turbar.

Acercóse pues impetuosamente á la viuda, y apartándola un tanto del comedio de la habitacion, le dijo en voz nó muy baja:

—¿Le habeis revelado, traidora hembra, mi asunto de aquel mosen?.....

— ¡Señor tio! esclamó la dama ofendida.

— ¡Mosen!.... repitió para su sayo el alcalde, que procuraba no perder palabra de aquella conversacion.

— No finjais enojo, prosiguió el marqués, que se me alcanza mucho de las artes femeniles.

—¡Silencio os digo, señor marqués de Villena!

—¿Le habeis hablado de la carta que escribí á mosen Jacqueminot?

—¡Carta! añadió Ronquillo frotándose las manos altamente satisfecho.

—Quizás la tenga en su poder.

—Basta, esclamó Doña María volviéndole la espalda. Pues en tan poca estima me teneis, no volvais, señor tio, á dirigirme en vuestra vida la palabra.

El marqués se quedó helado.

—¿Qué es lo que os causa enojo, noble señora? dijo el alcalde, que estaba ansioso por mezclarse en la conversacion.

—Otro de mis males, que es acaso el mayor, repuso con profunda indiferencia Doña María.

—Harto bien lo sabeis, dijo el prócer imbécil, harto bien lo sabeis, vos, en quien tiene puesta toda su confianza.

—¡Ojalá fuera así! esclamó el alcalde haciendo el doncel; y nadie gana en ello tanto como vos, marqués altanero, pues aun sin profesarme Doña María la estimacion de que la acusais, os respeto y considero como á deudo suyo.

—¡Respeto decis! ¿es respetar á un rico-hombre de Castilla encerrarle en el Taller del Moro como si fuera criminal?

—No os entiendo.

—¿Es respeto, es consideracion enviarle entre corchetes por las calles de Toledo?

—Ahora os entiendo menos.

—¡Y negarse á reconocerle y hasta á oirle!

—¿Qué quereis decir?

—No os hagais el inocente. Há poco en las Cuatro Calles... en el sitio mas público...

—He enviado preso á un estudiantillo...

—Que era yo.

—No os chanceeis.

—Bien me conocisteis, bien me visteis.

—Vuestra presencia en este sitio prueba que no érais vos.

—He aceptado la libertad de manos de vuestra sobrina, plebeyo altivo, para venir á esta casa donde se manifiesta vuestro ruin proceder.

— ¡Marqués de Villena!

— Ya comprendo por qué me prendisteis.

— Hice mal, no en prenderos, sino en no enviaros inmediatamente al tormento.

— ¡Tormento á mí, á un rico-hombre de Castilla!

— Rico-hombre traidor, que ha escrito cartas á los capitanes franceses.

— ¿Qué decís, señor alcalde? esclamó Doña María interponiéndose entre los dos interlocutores.

— ¿Lo veis? ¡lo veis! añadió su tio desesperado.

— Sin duda os engañaron, señor Ronquillo. Los Pachecos son harto leales. Mi buen tio en particular ama á su Rey y á Castilla sobre todas las cosas.

— Sois harto noble, Doña María, para confesar lo que acaso mejor que yo sabeis. El marqués de Villena ha escrito á mosen de Jacqueminot...

— ¡Ah hembra traidora! dijo el prócer pateando. ¡Ah que mal hice en fiarme de mujeres!

— El mismo lo descubre, añadió el alcalde.

— ¿Qué estais diciendo, señor tio? repuso la Pacheca. Sin duda que algun grave acontecimiento está turbándoos la razon. ¿Sabeis ya la llegada de mi tia?

— ¡De vuestra tia!

— ¡De la marquesa!.... ja, ja, ja, añadió el alcalde riéndose á carcajadas.

— Nada me importa de su venida, repuso el marqués exasperado hasta un estremo inconcebible; nada me importa pues ya no me caso con vos.

Y esto diciendo se cuadraba en frente de Doña María.

La viuda bajó los ojos encarnada cómo la amapola, y apoyóse en el respaldo de un sillon que estaba próximo para no caer al suelo muerta de vergüenza.

— De mis lábios, dijo luego con voz serena y vibrante, no ha salido, señor tio, una palabra que autorice las vuestras. Yo nunca he pensado firmemente en casar con vos.

— ¡Ira del cielo! esclamó el marqués paseándose como un loco por la cámara. ¡Cómo varían las mujeres! Me desdeñais ahora para casar con el alcalde Ronquillo.

Doña María volvió á ponerse encarnada.

—No desvarieis, no me ofendais, dijo alzando la cabeza con regia majestad. Ni por vos, ni por Ronquillo, ni por nadie en el mundo, ultrajo yo la memoria de mi buen Juan de Padilla.

El alcalde se puso verde.

—Señora.... balbuceó mordiéndose los lábios; señora.... yo no os he dicho....

—Por supuesto, repuso Doña María en tono jovial; nada me habeis dicho tocante á boda; pero puesto que mi tio, que es el mayor mal de mis males lo cree así, cúmpleme haceros entender á todos que con estas tocas y estos lutos he determinado que me entierren.

Ahogó el alcalde su enojo y su vergüenza con no poca dificultad, y afectando una calma que no tenia, y revistiéndose de su lúgubre carácter, dijo:

—No es para nosotros esta liviana plática, que á mí como buen servidor de la imperatoria majestad menos que á nadie me cumple. Hála sin duda introducido el ilustre marqués de Villena, para que yo me olvide de mi deber de magistrado, cosa imposible en modo alguno.

—¿Qué intentais? esclamó Doña María adivinando su atroz intencion.

—Intento averiguar si el que ha escrito á mosen Jacqueminot...

—Yo no he sido, apresuróse á replicar el marqués, ni mas ni menos que un niño haria.

—¡Imbecil! murmuró la viuda entre dientes.

—Eso me prueba que habeis sido vos.

—Mi honrada palabra empeño....

—Vais á empeñármela, si, pero es de no ausentaros de la ciudad hasta que yo reciba órdenes de la regencia.

—¿Luego estoy preso?

—Llamadlo como querais.

—¡Doña María! vuestra ceguedad me pierde.

—No veo perdicion alguna en lo que os pasa....

—¡Ira de Dios!

—Siendo inocente....

—¡Callad! ¡callad!.... y vos quedais riéndoos de la fiesta.... ¡vos, que me hicisteis escribir aquella maldita carta!

—¡Ah! esclamó Ronquillo, enseñando los dientes en su sonrisa como un tigre.

—Sin duda que ha perdido la razon, dijo serenamente Doña María.

—¡Loco!.... ¡loco!.... vos me volveis.... vos me volvísteis cuando escribí contra mi voluntad aquella maldecida carta, pidiendo dineros al emisario del rey de Francia....

—¿Qué escucho?

—Contra mi voluntad.... recordadlo bien, hembra traidora bastarda de mi sangre.... Fiel vasallo como pocos, como pocos amantísimo del Rey nuestro señor, yo resistí.... resistí mil veces.... pero al cabo me pusisteis en la mano la pluma....

—¡Qué hombre tan miserable! esclamó Doña María secamente: —¡Qué hombre!

—Creedme, señor Ronquillo, creedme; por ella la escribí, que no cabe en mi noble pecho semejante deslealtad. Por servirla, por ayudarla, por socorrerla, como buen deudo, pedí al francés....

—¡Callad, que me sonrojo de escucharos! dijo Doña María sin mirarle á la cara. Cierto es que escribisteis á ruego mio, no lo oculto, no lo niego; cierto es que yo guardo aquella carta para vivir contra vos prevenida, que os conozco bien....

—Dádmela, señora, esclamó Ronquillo mirando á su rival con chispeantes ojos.

—¡Nunca! ¡jamás! fuera igualarme en villanía con el marqués de Villena.

—¡Ah! ¡no quereis perderle! murmuró el alcalde en voz baja.

—Es que no quiero deshonrarme.

—Seguramente que vos abrigais todavía aquel antiguo propósito, repuso el alcalde siempre en voz baja, pero irritadísimo. Hablad, ¿pensais casaros?....

—Ni con él ni con nadie, respondió la viuda en alta voz.

—¿Es decir que os habeis burlado de mí!

—¡De vos! no os comprendo.

—Es decir, que la proyectada boda de mi hijo....

—Estoy dispuesta, si Mencía quiere....

—Yo no. Pésame ya de haber perdido el tiempo en esta ridícula plática. Dios os guarde.

Y salió brusca y descortesmente de la estancia.

Hasta entonces, aunque con trabajo, habia podido reprimir su violento carácter.

—Vá á tomar una venganza horrible de vos y de mí, dijo Villena al verse con su sobrina solo.

—Poco me importa, respondió Doña María. Salid tambien vos.

—¿Qué habeis dicho?

—Que salgais.

—Eso es arrojarme....

—Sí.

—De vuestra casa....

—De mi casa.

—Como á un villano....

—Vos lo habeis dicho.

—¡Villano me llamais!

—No yo, sino vos.

—¡Qué ingratitud! cuando por vuestra causa me veo perdido...

—No mas pláticas, no mas razones. Salid.

—Por Dios habeis de pedirme....

—Bien. Idos con él, señor tio.

El marqués salió paso entre paso y con la cabeza baja.

Doña María estaba deseando quedarse sola, para desahogar sus profundas y siempre reprimidas penas, con que le miraba impaciente alejarse con tanta calma.

Don Diego se detuvo al llegar á la puerta.

Doña María meneó la cabeza de enojo.

En esto volvió el marqués y en tono humilde y encarnado de vergüenza el rostro, le dijo alargando la mano en actitud suplicante:

—Bien podiais devolverme aquella pecadora carta....

—¡Ah! esclamó la viuda, poniéndose tambien como el carmin. ¿Desconfiais de vuestra sobrina, mi noble tío?

—Yo no.... de ningun modo.... pero....

—Confesadlo.

—No lo creais.... os la pido....

—Por desconfianza.

El marqués no se atrevió á replicar ya.

Doña María entre tanto iba acercándose á su bufete, donde habia

un cofrecillo encarnado tachonado de clavos amarillos, como era costumbre de aquel tiempo.

Su tio observaba todos estos ademanes con mirada ansiosa y actitud humilde.

Al verla abrir el cofre, respiró tan fuerte que la viuda no pudo menos de sonreirse.

— Aquí está, dijo sacando un papel con imperturbable calma.

El marqués miró en torno suyo, como un bandolero que espía las encrucijadas.

La viuda con el rabo del ojo no le perdia de vista.

—¿Me la dais? esclamó Don Diego en voz bronca abalanzándose á ella.

— ¿Pues no he de dárosla, señor tio? respondió la dama volviéndose magestuosa y serena.

— ¡ Pronto ! ¡ pronto !

—Tomadla, para que no cometais un crímen en la mansion de mis abuelos.

Y se la arrojó á la cara hecha pedazos.





CAPITULO IV.

DONDE SE PRUEBA QUE LOS NIÑOS Y LAS MUJERES NO PERDONAN OFENSA ALGUNA.

Tan horondo salia el buen marqués de Villena con su recobrada epistola, que ni las humillaciones que le habia costado, ni los desdenes que habia sufrido, ni los antiguos pensamientos matrimoniales y ambiciosos que antes le dominaban, se le acordaban ahora.

Bajó la escalera á saltos sin ver por donde iba, y al cruzar casi á carrera el oscuro corredor que al zaguan conducia, sintióse detenido por el jubon. Creyendo sin duda que algun clavo de la pared le habia preso, llevó la mano prontamente y con enojo á aquel obstáculo; pero ¡ cuánta no seria su admiracion al tropezar con otra mano finísima, como el marfil torneada y como el mármol impasible!

Quedóse el buen marqués estuperfacto.

En el primer momento su acalorada cabeza creyó ser víctima de alguna fascinacion, de algun delirio.

Pasóse la mano por la frente, que estaba en sudor bañada, y miró con avidez en torno suyo.

La oscuridad era completa.

Pero una voz dulce y enérgica, entrecortada al parecer por la risa y por la cólera, le dijo casi al oido:

—¿No quereis hablar á vuestra amada esposa, esposo y señor querido?

Villena se quedó como si acabasen de sumergirle en medio del Tajo.

Despues de lo que acababa de pasar, la presencia de Doña Ana no podia ser mas inoportuna.

Hizo como si nada hubiese oido, y tirando del jubon siguió adelante.

Pero á los pocos pasos volvieron á detenerle.

Allí habia mas luz.

—¡Doña Ana!.... murmuró el marqués volviéndose con ridícula y afectada gravedad.

— Aquí me teneis en carne y hueso.

—¿Osais dirigirme la palabra?

—Como vos á mí.

—¡Despues de lo pasado!

—Despues de lo pasado.

—¡Ira de Dios!

Y no supo proseguir.

Queria traer á su mente y á sus lábios mucho enojo y no acertaba.

—Entrad en mi retrete, le dijo su mujer, volviendo el cuerpo en ademan de seguir adelante.

—¿Para qué? preguntó Villena en tono sándio.

—Para que no os afrenteís delante de la gente.

—¡Afrentarme yo!....

—Si os resta algo de honra.....

—¡Doña Ana!

—¡Don Diego!

—Cuenta con lo que decís.

—Entrad de una vez, no seais menguado.

Y llevóle, casi á rastra, á su habitacion.

El marqués iba como niño á la escuela, refunfuñando y restregándose los ojos.

Con varonil continente, y mirándole con un desprecio que le baru-

maba, una vez entrados, cerró la de Guzman la puerta, y le dijo en tono imperioso:

—Sentaos.

El marqués obedeció humildemente.

Doña Ana se sentó á su vez.

—¿Estais enojada conmigo? murmuró el prócer sin saber que decir.

—No seais nécio por vuestra vida, respondió sonriéndose su esposa. ¡Bien sabeis que es imposible que yo me enoje con vos!

—¡Ah! repuso boquiabierto el marqués.

—Tampoco debe admiraros, pues vuestra conciencia os dice que ni siquiera mi enojo mereceis.

—Eso es otra cosa ¡vive Dios!

—Vive la Vírgen que acabé ya de conoceros, repuso Doña Ana sonriéndose.

—¿Veis como vuestro enojo se descubre?

—¿Sabeis con quién estoy enojada?

—¿Con Doña María?

—¡Quiá! Como nunca la estimo.

—Conmigo, pues; confesadlo.

—Mucho menos. Seria yo tan nécia como vos.

—Pues entonces.....

—Conmigo misma.

—¡Ah! ¿de veras?

—Sí, porque siendo menos estulta que vos no se me ha ocurrido hasta lo presente que debíamos divorciarnos.

—¿Quién piensa en semejante cosa? murmuró el marqués acercándose amoroso á su consorte.

—Vos.... y yo.

—¡Vos!

—Sí.

—Yo os juro que por mi parte....

—Pues por la mia júroos que lo pienso y que lo haré.

—¿Qué Lucifer os ha inspirado esa fatal idea?

—Vos.

—No os comprendo.

—Sí me comprendeis, pero os importa mentir.

—¡Señora mia!

— Lo dicho. No se conciben impunemente pensamientos tan menguados como los vuestros. Me habeis enseñado el modo de abandonar para siempre la compañía de un hombre tan ruin, tan nécio, tan ridículo, tan miserable como vos.

— ¡ Doña Ana !

— Silencio os digo. ¿Pensabais quizás que porque soy una mujer aturdida y cándida iba á desesperarme vuestra conducta? ¿Esperabais quizás que os pidiese compasion? ¿Creiais que por ahorrar á mi ilustre escudo una mancha, que no es mancha sino alteza viniendo de vos, iba á arrojarme á vuestros piés, iba á trocar en cariño mi ódio, mi profundo é inestinguible ódio, iba en fin á ser vuestra esclava, yo que soy y que debo ser vuestra reina, porque valgo mas que vos, puedo mas que vos y merezco mas que vos? ¡Cuánto os engañabais, Don Diego Pacheco, marqués de Villena, mi ilustre, mi nobilísimo, mi sin par marido!

Esta lluvia de insultos y sarcasmos dejó aturdido al buen marqués.

— Pero ¿quién me ha calumniado? murmuró entre dientes con vaga mirada.

— A vos es imposible calumniaros; de vos todo cuanto se diga es poco, muy poco.....

— Yo no quiero.....

— ¡Ah! ¿no quereis? ¿lo decís ahora? ¿no os conviene ya divorciaros?

— Nunca he querido.....

— Mentís. A mi tia la de Galindo escribisteis que me detuviera en San Pedro el viejo de Madrid.....

— Por vuestra conducta liviana.

— Por vuestros propósitos miserables.

— ¿Me negais que Garcilaso?....

— Desde que vos lo pensasteis fué mentira.

— Con vos huyó.

— Mentís, que vos se lo aconsejasteis.

— ¡Yo se lo aconsejé!

— Y por favor se le pedisteis.

— ¿Dónde?

— En este mismo sitio.

— ¡Qué desvario! nadie os creerá....

— Vos mismo habeis de confesarlo.

— Eso, nunca.

— Garcilaso, salid.

Y esto diciendo asomábase la marquesa de Villena á una habitacion contigua.

— ¡Ah! dijo Don Diego levantándose ofendido. ¿Teneis á vuestro amante bajo el mismo techo?....

— No aparenteis un rencor y una vergüenza que sois incapaz de sentir.

— ¡Aquí el villano marqués! esclamó el jóven, que en este momento salia de la habitacion confuso, como quien ignora el objeto para que se le llama.

— ¡Infame seductor! dijo Villena, estendiendo sus brazos hácia él como horrorizado.

— Ja, ja, ja, repuso la marquesa riéndose á carcajadas. ¡Seductor le llamais!

— ¿Me negareis ahora?....

— No niego nada. ¿Quereis divorciaros? Yo tambien.

— Yo no quiero.

— Pues yo sí.

— Os engañais. Vivireis conmigo encerrada sin ver la luz, como cumple á una esposa adúltera.

— Ya habeis divulgado vuestro divorcio y yo tambien.

— Pero no lo he pedido al Papa.

— Yo sí.

— ¡Vos lo habeis pedido! esclamó el marqués de Villena retrocediendo.

— Sí, no os asusteis de vuestra propia obra; no os arrepintais de lo que una mujer no se arrepiente. Ya está hecho. Si despues de haberme deshonrado, pregonando por todas partes que vais á pedir e divorcio, habeis mudado de parecer, yo no, yo no puedo mudarlo, porque tengo en mucho mi decoro, y he venido á Toledo á alentar á mi sobrina, que por cierto no lo necesitaba, á teneros engañado hasta el dia en que sin ella y sin mí juntamente os vierais.

— ¡Y bien hecho que todo ha estado! esclamó Garcilaso palmoteando, como si á través de las pasiones del hombre asomaran las infantiles venganzas del niño.

— ¡Calla tú, rapaz insolente! replicó Don Diego cogiéndole un brazo de una manera brusca.

—¡A mí no me toqueis! ¡á mí no me pongais la mano! repuso el poeta llevándola á la cruz de su espada.

—¿Qué te atreves á mirarme airado?

—Me atrevo á mucho mas.

—Tú tienes la culpa de nuestra deshonra.

—Deshonraros á vos es imposible.

—Tú me has calumniado con tu tía.

—¡Callad ó vive Dios!...

—¿Me amenazas?

—Há tiempo que estoy haciéndolo.

—Si no tuviera tus años en cuenta...

—Si yo no mirára vuestras canas....

—¿Qué harias?

—No me lo pregunteis.

—Basta, Garcilaso, dijo Doña Ana metiéndose entre tio y sobrino en son de paz. No ofendais á vuestro deudo, que harto castigo tiene.

—Le he de arrancar la lengua á ese mentiroso, añadió el marqués mirándole por cima del hombro de su esposa.

—¿Ahora braveais, cobarde?

—¡Cobarde me llama, ira de Dios!

—Salid.

—¡Garcilaso! dijo otra vez la marquesa.

—No escucho nada.

—Agradeced á vuestros cortos años....

—Venid á que os pruebe mi agradecimiento.

—No mas, no mas, repuso Doña Ana. Estas voces me enojan y me ofenden. Marchad al jardin, Garcilaso.

—Pero....

—Marchad.

Y de buen ó mal grado le condujo á la puerta del jardin.

El jóven se resistia.

—No repliqueis, que yo os lo mando, le dijo la marquesa en tono cariñoso.

Entonces salió humilde como un cordero, no sin lanzar por despedida á su tio una mirada furibunda.

—¡Qué audaz y que insolente! murmuró Villena.

—No conoceiás los niños, le replicó Doña Ana. Tiene muy

buena memoria, y como le pedisteis por favor que me acompañara á Madrid para luego calumniarme....

—Os juro....

—No jureis en falso.

—Si él dice....

Nada dice. Yo soy la que os pregunto ahora. Señor Don Diego Pacheco, marqués de Villena, ¿pensais permanecer mucho tiempo en esta habitacion?

—¿Por qué? dijo el magnate asombrado.

—Porque si vos permadeceis, yo me voy.

—¿Que decis?

—Esta es la última vez en nuestra vida que platicamos y que nos vemos juntos.

—Es que...

—No repliqueis.

—¿Insistís?

—Solo digo una vez las cosas. Yo no soy como vos.

—Pero Doña Ana...

—¿Partís ó parto?

—No partireis por mi vida.

—Si partiré por la mia.

Y salióse de ta habitacion como disparada.

Don Diego salió corriendo tras ella; pero los corredores estaban harto oscuros, y sus pasos y sus voces fueron inútiles.

En honor á la verdad debemos añadir que renunció muy pronto á su deseo, temiendo que le oyera ó le ancontrara Garcilaso de la Vega.





CAPITULO V.

DE UNA PEREGRINA MASCARADA QUE HUBO EN LA IMPERIAL CIUDAD DE TOLEDO, Y DE LOS TREMENDOS AZOTES QUE COSTÓ Á UN MUCHACHO.



randisima sorpresa mezclada de no poco sobresalto, sintieron á la siguiente noche los buenos vecinos de Toledo gracias á un repique general decampanas que semejante á un toque de rebato se dejó á las altas horas oir en todas las iglesias.

Particularmente las campanas de la catedral parecia que se propusiesen dejar sordos á todos los vecinos. Repicaban con una insistencia, con una alegria, que ningun corazon verdaderamente toledano pudo menos de palpitar entusiastamente.

Aunque apenas rayaba el dia todos saltaron de sus camas.

Pero no todos, sino muy pocos osaron abrir sus puertas y ventanas, pues era tan angustiosa la situacion de la ciudad que todos temian.

Los comuneros una añagaza de los imperiales.

Los imperiales una añagaza de los comuneros.

Y por momentos creian escuchar arcabuzazos, fragor de hierro contra hierro y gritos de alarma por la comunídad ó por el Rey.

Las mujeres se deshacian en lágrimas, porque sus tiernos corazones, que ya se dilataban al calor de las dulces esperanzas, volvian á presentir la guerra con todos sus horrores.

Abriánse las llagas mal cerradas, despertábanse los sentimientos mal dormidos.

Y como entre los hombres de verdadera pasion política, así del uno como del otro bando, se agitaba inquieto y mas que nunca el vivo deseo de meter mano otra vez á los aceros, para salir de aquella equívoca situacion que á todos los tenia exasperados, en lo secreto de las casas hubo quien afiló montantes, ó apercibiese de pólvora, ó limpió de orin alguna vieja armadura que desde siglos atrás pendia de su clavo algo mas gordo y mas godo que la reliquia de Doña Casilda.

Pero cuando, al ver llegar el alba sin oir tiros ni detonaciones, atreviéronse á abrir sus ventanas los honrados toledanos, y mas distintamente percibieron el vocerío, subió de punto su asombro, al reparar que el júbilo mas vivo y el mas frenético entusiasmo lo causaban solamente.

Así como la tiniebla huia se aclararon al fin las dudas, desvaneciéronse las sospechas, y disipáronse los temores.

Era que en el Vaticano habia sonado la voz sacramental:—*Papam habemus.*

Hé aquí como refiere el caso nuestro historiador Sandoval:

«En fin de este año (1521) fué la muerte, que digo, del Papa »Leon X, y la eleccion de Adirano, cardenal de Tortosa y goberna»dor de Castilla.

»Llególe la nueva estando en la ciudad de Vitoria con el condes»table, almirante, y otros señores, los cuales le besaron luego el »pié, y dentro de pocos dias llegó el nombramiento de la eleccion »hecha.

»El Emperador envió luego á Lope Hurtado de Mendoza, caba»llero de su Consejo, con una larga instruccion del parabien que »habia de dar á Su Santidad por la dignidad en que Dios le habia »puesto.»

Hasta aquí la historia.

Fácilmente adivinará el lector discreto que aquellos repiques y aquella algazara eran honras que el cabildo de Toledo hacia al nuevo Pontífice.

El pueblo tomó en ellas no poca parte, pues si bien como estranjero no era querido, por su piedad sincera y profunda sabiduría como sacerdote y por sus buenas prendas de Regente le tenian muchos guardado en su corazon.

Otros, los mas en verdad, celebraban tan glorioso acontecimiento porque se le llevaba de Castilla.

Y no eran justos con el buen Dean de Lovayna, con el sapientísimo y bumilde maestro de Cárlos V.

Lo cierto que aparece en las historias, es que á los castellanos que en el Consejo de regencia habia, se debieron todos los desmanes cometidos, todas las violencias, todos los ultrajes hechos á Castilla, pues débil de suyo el buen cardenal Adriano, que habia nacido solamente para alabar á Dios, bendecirle y estudiar como sábio profundo sus inimitables obras, prestó su respetable nombre á muchas cuyo perjuicio y maldad no reparaba.

Junta la adulacion al verdadero júbilo, convirtieron las fiestas del cabildo en regocijos públicos.

Con las zambras moriscas, y las cristianas hogueras, debia de altenar una mascarada, cosa poco vista entonces y muy de ver siempre.

El pueblo palmoteó frenéticamente al saber tan agradable y estupenda noticia.

Desde luego empezó á discutirse en todas las casas, en todas las conversaciones y en todos los corros, á quien se honraria con el importantísimo papel de botarga, que era para la fiesta indispensable en aquellos tiempos.

Ha de saber el lector curioso que el vulgo apellidaba entonces botarga á cierta especie de director de la mascarada que, disfrazado en la manera mas estraña posible y subido en elevado puesto, ora tonel, ora tinaja, ora pavés, ora simple carro de bueyes, presidia la fiesta coronado de flores con un tirso en la mano ceñido tambien de flores.

Como su posicion habia de ser alta y por el busto respetable, solian los elegidos para el caso reunir á una gran barriga un cuerpo

descomunal, de donde probablemente les habrá quedado el apodo de botargas.

De aquí viene, á no dudar, la ilustre estirpe de los bastoneros, que en nuestras mascaradas modernas hacen tan grandísimo, aunque mas bajo papel.

En el altar de la buena nueva, iluminado por la alegria y el jolgorio, olvidáronse muy en breve los resentimientos políticos, é imperiales y comuneros designaban de consuno candidatos á la botarguía sin cuidarse de recordar si habia peleado por Cárlos V ó por Padilla en la pasada revuelta.

Así pueden esplicarse los historiadores concienzudos, el estraño fenómeno de que estuviese admitido y casi proclamado botarga por espacio de muchas horas un barrigudo perrero de la catedral, furibundo imperialista, comensal en todos tiempos de Juan Ruiz y de Tenorio, corre-ve-y-dile ahora del alcalde Ronquillo, quien era en verdad muy hombre para el caso, pues en hacerse un ropon invertía media pieza de terciopelo morado de Lombay, tanta y tan estremada era la balumba de su persona.

Pero la condicion mudable y tornadiza de las muchedumbres, se puso en esta circunstancia manifiesta, pues estando ya tácitamente reconocido el perrero por un sin par botarga, fijaron su atencion algunos descontentadizos en el odrero Rivas, que pronto se llevó tras sí todas las opiniones.

Y aquí no podemos menos de insinuar que debió entrometerse algun tanto en el asunto la política, pues el hecho solo de haberse lanzado al palenque, como hoy diríamos, candidatos tan opuestos y enemigos en ideas como Rivas y el perrero, parece probar que viéndose derrotado el bando del comun, hizo un esfuerzo supremo para volver la cara á la victoria.

Porque sin que nos ciegue la pasion de autores á nosotros, cúmplenos confesarlo: Rivas no reunia para botarga tan altas prendas como su rival.

Ganábale en estatura cosa de un geme ó dos: su cabeza, aunque un tanto acalabazada, no era tan sinuosa ni prominente en partes distintas; su cuello, casi flexible, podia moverse aunque con trabajo, á un lado y otro; y en cuanto á su panza, siempre contendria un par de cuartillos de gases y líquido menos que la descomunal panza del perrero.

Dos solas ventajas llevaba á este: una muy grande, pero pequeña la otra.

Su pulmon y su oficio.

Del primero ya hemos hablado con alguna estension en el comienzo de esta verídica historia: comprimia con tanta violencia el aire, que al pasar por los bronquios y la garganta daba á su voz toda la salvaje majestad del estampido del arcabuz, del bramido del toro, del choque de la catarata; mientras su rival, menos mimado por la natura, ni siquiera para sochantre habia podido servir cuando en los primeros años de su vida pensó dedicarse á las reposadas tareas de la iglesia.

En cuanto á su oficio, fácilmente se comprende con cuanta razon lo hemos llamado pequeña ventaja. Si el perrero era el coco de los perros y de los muchachos, que desde la cuna se acostumbraban á mirar con horror su inmensa porra de plata y su birrete encarnado, mientras los canes desde Zocodover le gruñian y enseñaban los dientes al verle subir barrigueando por la calle Ancha, en cambio el odrero se parecia servilmente á una odre, hasta el punto de ser comparado con ellas por las mujeres.

No le faltó sin embargo oposicion en esta débil mitad de la especie humana, pues brujuleando sin duda las viejas que la política tenia alguna parte en aquella honra, dieron en hacer agüeros y fatídicos pronósticos, recordando su aficion á la comunidad, y aquel famoso decir del tiempo de Pedro Sarmiento, que ya en otra ocasion hemos oido en mujeriles bocas: —*Soplará el odrero y arderá Toledo.*

Algo de esto á decir verdad se les ocurria tambien á los hombres, principalmente al alcalde Ronquillo, que como ducho y maestro en populares fiestas, al saber la eleccion del botarga comunero sonrióse de través, como solia, pensando que podian las bromas acabar en veras.

Los que ni en una ni en otra contingencia ponian mientes, que eran los mas, solázabanse cándidamente, como el pueblo se solaza, entregábanse por calles y plazas á todos los estremos de la mas ruidoso alegría, y preparaban en fin delante de la catedral, del Ayuntamiento, del Alcázar y de las iglesias, las magníficas luminarias en cuyo torno habian de pasar danzando algunas noches.

Escusamos repitir que las campanas repicaban sin cesar, como

lenguas de charlatanes por la locura y el placer movidas, no faltando devoto mal intencionado que echase de menos entre suspiros y lamentaciones las que Doña María quitó de algunas iglesias, sazonando sus tristes ayes con este beatífico buen deseo:

—¡Cuándo querrá Dios que el buen alcalde Ronquillo obligue á Doña María á devolverlas, ó la ahorque para escarmiento de profanos y descreidos!

Al dar la media noche el reloj de la catedral, seis comuneros de los que habian de formar al siguiente dia la mascarada, diputados en toda regla por sus restantes amigos, llamaban con fuertes golpes á la puerta del odrero Rivas, que sin duda esperaba la visita, pues no se habia acostado.

La puerta se abrió por una mano invisible, sin que apareciese luz alguna.

Sin despegar tampoco sus lábios los diputados, colocaron detrás de la puerta un magnífico tirso que llevaban ceñido de flores y cintas.

Despues volvieron á llamar con mas desaforados golpes y saliéronse á fuera.

Entonces se vió bajar al odrero con una luz en la mano, trayendo á la derecha á su mujer, á la izquierda á su hijo Pedro, y detrás á la restante familia.

Todos venian vestidos de domingo, y andaban con ademan y aire magestuoso.

—¡Ah de casa! dijeron los de la calle á una voz.

—¿Qué se ofrece? respondió la señora Rivas adelantándose á la puerta.

—Tirso en casa.

—¡Tirso en casa! repitió la odrera en alegre tono. Por muchos años.

—Por muchos años, repitieron los comisionados.

—Buenas noches, vecinos.

—Buenas noches.

Y pasaron un largo rato haciéndose cortesías los de afuera y los de adentro.

Cerrada luego la puerta, cogió Rivas el tirso que sus vecinos le regalaban, y acompañado siempre de su familia, llevólo procesionalmente á su habitacion.

Nadie pudo cerrar los ojos aquella noche en la casa, pues antes de amanecer ya estaba el odrero aderezado con el traje que para botarga habia elegido.

Era precioso, como que estaba imaginado y hecho por la marisabillida de su mujer.

Sujetas por debajo de los hombros con sendas correas unas enormes alas de águila real, y ceñida su abultada cabeza con una corona de flores naturales, indicaban clarísimamente el profundo pensamiento de la señora Rivas.

Su marido representaba un ángel, el ángel de la paz, el nuncio de la alegría de Toledo.

El resto de la máscara se reducia á un vestido de color de carne ceñido completamente al cuerpo, de manera que recordaba la manera de vestir de Adan en el paraiso.

Figúrense nuestros lectores la colosal barriga del buen maese envainada en un calzon tan estrecho y maleable, que á un lado y otro la permitia ir dando tumbos, figúrense sus enormes pechos, algo mayores que los de una mujer y tan altos que le llegaban hasta la nuez de la garganta, figúrense, en fin, sus brazos y sus piernas, que aunque redondas y gruesas, parecian alambres comparados con el inverosimil volúmen del resto de su humanidad, y tendrán una idea del botarga que iba á presidir la mascarada de Toledo.

A no desmentirlo el color, diríase que era un murciélago de los que los muchachos de aquella época clavaban por las alas en la pared para castigo de los hechizos mágicos que les atribuian.

Empezaba á despuntar el alba de un dia frio y nebuloso, como primero de febrero que era, cuando salió á la calle el vistosísimo botarga á dar envidia á sus vecinos, colocándose junto á la pilastra del arco de Zocodover que daba sombra á su casa.

Ya le esperaban allí muchos de los que por la noche habian de enmascararse, con que al punto le formaron un lucido acompañamiento, en cuyo centro descollaba como sol entre estrellas.

No son para dichos los estremos de loco júbilo que su traje ocasionó, ni las merecidas y retumbantes alabanzas que á su mujer fueron prodigadas.

Hasta entonces los disfraces se habian limitado á la mitología, porque llegaban muy rara vez las ocasiones de usarlos. Solamente los viejos recordaban que en la mascarada hecha por el nacimiento de la

princesa Doña Juana, hija de los Reyes Católicos, un sochantre de la catedral, elegido para botarga, habia lucido un vistoso traje de Júpiter.

El de Rivas era pues un grandísimo progreso, tanto mas grande cuanto que el resto de la mascarada habia de ir á la usanza morisca, que ya entonces era vulgar por todo estremo, á causa del trato contínuo que el comercio tenia con los moriscos valencianos y granadinos.

Remontarse á Grecia, á Roma ó á los pueblos de la antigüedad para vestir sus trajes, era cosa que á ninguno pasaba por las mientes, pues solo los letrados en aquella época sabian que el mundo era algo mas que Castilla.

Así, pues, la invencion del ángel pareció tan peregrina y estupenda, que en todo el dia no se habló de otra cosa en Toledo.

Mas como no hay dicha cumplida, ni gozo en que no caiga alguna gota de acibar, descubrió el ofendido perrero de la catedral, revolviendo en su caletre venganzas y despechos, que en el traje angelical del buen Rivas habia no poco de blasfemo con sus puntas de herético y aun de luterano, pues eso de representar un hombre, feo y ridículo de su persona, á una cosa tan beatífica y santa como un ángel, trasciende á burla insolente digna de la hoguera.

Este descubrimiento, que era en verdad razonable aunque sobrado malicioso, dejó boquiabiertos y cariacontecidos á los defensores del botarga, que como la lógica es inflexible, tras aquel desacato veian ya prepararse para todos castigos, horcas y hogueras.

Entibióse pues el entusiasmo bastante, y se hizo cuestion de comuneros y de imperiales, lo que en su principio fué solo un oportuno pensamiento de la mujer de Rivas.

Pero ya la cosa no tenia remedio, pues iba avanzado el dia, y nadie ignoraba en el pueblo que el botarga de la mascarada saldria vestido de ángel.

A la puesta del sol, que apenas se habia dejado ver cortos intervalos, pobláronse las calles de una multitud curiosa, que anhelaba sacrificar en aras del placer hasta el menor recuerdo de sus pasadas penas.

Nadie recordaba ya á comuneros ni imperiales, ni se curaba tampoco de si la ocasion de aquel festejo era injuria para Castilla ó grande honra. La eleccion del papa Adriano quedó eclipsada por la mascarada que en su loor habia dispuesto el cabildo.

Quizás entonces olvidaron los comuneros por la vez primera sus desconfianzas por tener dentro de casa á sus enemigos, que ya se iban cansando de tratarlos con la suavidad por la capitulacion exigida. Allí mezclados, como dice un historiador, los incendiadores de Mora y los que en el Romeral ganaron el triunfo, y los que en el cerro del Aguila burlaron á sus enemigos, y los que en la catedral colmaron ilegítimamente el deseo que de arzobispar tenia Acuña, confrontaban todos, desmemoriados de las antiguas enemistades y de las provocaciones recientes.

Rompió su marcha en buen órden la comitiva desde la plaza de Zocodover á la catedral, capitaneada por el odrero, que cabalgaba en un humilde rocin, llevándole las riendas mas de trescientos muchachos de la hampa. Seguíanle caballeros en sendos jacos los moriscos con sus sábanas por alquiceles, sus fajas morunas por turbantes y sus cimitarras de palo pintado que daba pavura el verlas; y entremezclados acá y acullá, con sendas hachas de viento, que soplaba ciertamente no poco agitándolas y aun apagándolas tal vez, los alguaciles y corchetes de la ciudad servian de pretesto á los del alcalde Ronquillo para mantener, no con muy buenos modos, el órden y compostura de la fiesta.

Párece escusado añadir que por cabecera y cola una inmensa multitud ébria de placer ponia sus gritos de alegría y su algazara por encima de las estrellas.

Un jinete, que caminaba zaguero, misteriosamente embozado en su capuz, y en quien solo al parecer reparaban los alguaciles que venian de momento á momento humildes á hablarle en voz baja, debia de dirigir, antes que el odrero, la curiosa ceremonia, pues oyósele decir en su plática con un corchete,

— Por San Roman:

Y á la derecha torció sin réplica la comitiva, yendo á pasar justamente delante de los balcones de Doña María Pacheco.

Por desventura de la ilustre dama, su tia la de Guzman, curiosa como hembra, y menos precavida de lo que en su estado pudiera esperarse, abrió uno de los balcones para ver pasar la mascarada, como cualquier doncella desenvuelta haria.

Lo oscuro de la noche, lo elevado del balcon, las deslumbrantes luces de las hachas que herian sus ojos tan de cerca, hicieron figurarse á algunos comuneros que la asomada era la propia viuda, lo que



Rompió su marcha en buen órden la comitiva.



bastó para que en secreto se digesen unos á otros palabras misteriosas, que sorpendidas por los imperiales, avinagraron sus ánimos de suyo rencorosos.

—¡Chist! ¡Doña María!

—¿La has visto?

—Jurára que es ella.

—¡Pobre señora!

—Sale al balcon á esparcirse.

—Gritad y alborotad para festejarla.

—Su vida es un dolor perpétuo.

—¡Viva, viva Adriano, Pontífice máximo!

—¿Quién vertiera su sangre por consolarla?

—Es la joya de Toledo.

—¡Ah! decian los imperiales mordiéndose los lábios de ira, sale á insultarnos, á escarnecernos. Su presencia es para nosotros un padron de infamia, porque menos ella bravearía si nosotros supiéramos vencer mas.

El jinete embozado que caminaba zaguero, como dejamos dicho, al pasar por debajo del balcon alzó los ojos y aun se puso la mano sobre las cejas para ver mejor.

—No es ella, dijo para su sayo frunciendo el ceño; pero ¿qué importa? estos villanos lo creerán firmísimamente.

En esto se le acercó uno de los jinetes negros que andaban en el concurso mezclados con los alguaciles.

—Con perdon de vueseñoría, le dijo llevándose la mano al birrete; pienso que hemos hecho mal en venir por este sitio.

—¿Qué sabes tú, Antolinez? respondió con desagrado el jinete.

—Este es el barrio mas comunero de toda la ciudad.

—Lo sé.

—Aquella es la casa de los condes de Tendilla.

—Tambien lo sé.

—Traer á la mascarada por aquí....

—Por eso la traigo.

—La viuda se ha asomado al balcon.

—No es verdad por desdicha nuestra.

—¿Vueseñoría lo deseaba?

—Sí, Antolinez.

— ¿Para qué?

—Para.... para que nos viera.... ¿qué te importa?

—Perdone vueseñoría, replicó humildemente el verdugo de Valladolid; pero si el pueblo á quien su vista sola enardece, se desmandára....

— ¡ Ojalá!

— ¡Oh!

Y como si hubiera adivinado el profundo pensamiento del misterioso personaje, no solo selló sus lábios el verdugo, sino que al volver luego á confundirse con la comitiva, hizo reparar á los mas fogosos comuneros que era un dolor ver cerradas las puertas de la triste viuda de Padilla en ocasion tan alegre para Toledo y para el reino todo.

No necesitaban en verdad los buenos comuneros de semejantes escitaciones, que ya tenian toda la mente llena de los recuerdos que acababan de asaltarla, y en Dios y en su ánima sentian que no participase su señora de aquellos regocijos.

En la plaza de la catedral, delante del suntuoso pórtico del templo, debia danzar por primera vez la mascarada en loor del cabildo.

Formóse pues un corro de alguaciles, que despavilaron sus hachas para que mejor alumbrasen, y en su centro se colocaron las máscaras que habian descabalgado, bajo la direccion y manejo del ilustre botarga Rivas.

El personaje que los habia seguido á caballo arrimóse meditabundo á un rincon del pórtico, donde pronto vino á unírsele Blas Antolinez.

—Y bien, señor verdugo, le dijo dándole una palmada en el hombro, mientras la morería preparaba su danza á la luz de las antorchas; y bien, Antolinez; ¿qué piensas tú de todo esto?

—¿Cómo me hace esa pregunta vueseñoría? respondió el verdugo en tono zumbon rascándose la cabeza. ¿En veras ó en burlas?

—¿No tienes tú buen olfato?

—Vaya si lo tengo. Bien sabe vueseñoría que antes que venga un reo á la cárcel huelo yo su pescuezo á soga.

—No tanto, no tanto, maese, que el amor propio te ciega. Hoy por ejemplo, no has olido que el obispo Acuña....

— ¡El obispo! esclamó Antolinez, restregándose las manos y chispeándole los ojos.

—El alferez Perote ha hecho una hombrada.

—¿Le ha cogido?

—Allá junto á Navarra, en un pueblo que llaman Villamediana. Iba, segun me escriben de la córte, disfrazado de vizcaino, con calzas, un jubon largo de paño blanco y armado con su azcona.

—¿Y lo ahorcaremos pronto? esclamó el verdugo, mirando de través á su interlocutor.

—Eso será si la regencia nos lo encarga, amigo Antolinez, como yo pienso fundadamente que debe suceder, por lo cual deseo que despachemos pronto aquí.

—¡Ah! repuso el verdugo exhalando un suspiro lamentable. Aquí no cae ningun trabajo. Esa capitulacion maldita....

—Vas perdiendo el olfato, buen maese.

—¿Qué dice vueseñoría?

—Que antes de una hora...

—¿De veras?

—Ya lo verás.

Y apenas le oia embebecido en la contemplacion de los bailadores.

—¡Calla! esclamó el verdugo, mirándolos tambien. ¿Qué hacen aquellos villanos de moriscos?

—Danzar y gritar, que es su obligacion.

—No, no, que algo mas hacen.

—En Dios y en mi ánima, que solo vitorean á Cárlos V y al Papa Adriano.

—Mucho me parece se engaña vueseñoría. Yo he oido el nombre de Padilla.

—Pudiera ser.

—¡Ah! ¿vueseñoría lo cree posible?

—¿Quién sabe si algun muchacho travieso....

—Ya, ya.

Callaron ambos, y entre el rumor de las alegres voces, desentonadas á puro desgañitarse, llegó á su oido una voz tiple que al compás de los vítores al Emperador y á Adriano, gritaba:

—¡Viva Padilla!

El alcalde y el verdugo lanzáronse como flechas en medio del corro.

—¡Aquí de la justicia! gritó Ronquillo.

Al momento le rodearon presurosos sus alguaciles y corchetes.

—Coged al que ha gritado.

El tumulto fué horrible.

Los corchetes querian apoderarse de todos y de cada uno de los circunstantes.

—Yo no he sido, yo no he sido, se oia decir por todas partes.

—Un muchacho fué, gritó el alcalde.

—Por señas que era tuerto, añadieron muchos.

—Lope, el hijo de la campanera.

—No tal, villanos, repuso el Alcalde. Fué aquel que está allí junto al botarga.

Los alguaciles se lanzaron sobre él como el milano sobre su presa.

—¡Miente quien tal dice! gritó el odrero Rivas, poniéndose con su tirso en actitud majestuosa delante del muchacho, que temblaba como la hoja en el árbol. Mi hijo no se ha apartado un punto de mí desde que empezó la fiesta, ni ha abierto su boca sino para vitorear al Papa.

—El fué, él fué, replicaron en confusion algunos imperiales, que deseaban venir á las manos.

—Cojedle, dijo el Alcalde.

—No le entregues, Rivas, no le entregues, gritó su madre, abriéndose paso entre la multitud como una leona.

Pero ya era tarde, porque aturdido y amedrentado Pedro Rivas se habia dejado coger como un cordero, á pesar de la resistencia de su padre.

En medio de la plaza, donde se habia situado Ronquillo en compañía del verdugo, formóse un corro de alguaciles, al que se allegaron tambien algunos imperiales amigos ó ganosos de parecerlo.

Como los corchetes llevaban las luces, y se habian agrupado en un solo punto, el resto de la plaza quedó á oscuras.

La muchedumbre silenciosa y amenazante en su actitud humilde se fué replegando á las paredes y á las bocas-calles próximas, donde la oscuridad la hacia parecer un mar negro y petrificado.

El botarga y su mujer permanecieron en la penumbra inmóviles de ansiedad.

Ni una de las alegres voces de la fiesta resonaba.

—Maese Antolinez, dijo el alcalde empujando al verdugo hácia el comedio del corro: haced vuestro oficio.

—¿Con soga ó con cuchilla? preguntó Blas impasible.

— Con penca.

Sin replicar, sin decir una sola palabra, acompasados como autómatas, cogieron dos alguaciles al muchacho por debajo de los brazos.

—¿Qué van á hacer conmigo? esclamaba el triste en voz ahogada y llorando de terror.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! decia en el otro estremo la señora Rivas, arañando y abofeteando á su marido como una furia. ¡Cobarde! ¡por ti me le matan! no tienes sangre en las venas. Vé, arrancáselo á esos verdugos, aunque te cuerte la vida.

Antolinez desenvainó con mucha sorna su penca, y acercándose al muchacho desatacóle las calzas, y le puso entre los dos alguaciles, sujeto como en un yunque, con toda la parte posterior desnuda.

—¿Cuántos? preguntó volviéndose á Ronquillo.

—¿Resistirá cincuenta?

— Pienso que no.

— Dále treinta y cinco.

El verdugo volvióse á sus ayudantes.

—Sujetadle bien.

Los corchetes se afirmaron en su postura, porque el pateo y la resistencia de Pedro Rivas les habia hecho mas de una vez perder el equilibrio.

—Villanos y vecinos de Toledo, dijo el alcalde en alta voz é imperativo tono mirando á la silenciosa muchedumbre con desprecio; sabed, villanos y vecinos que en nombre de la Cesárea Majestad de Cárlos V, nuestro señor y Rey, hacemos esta justicia para escarmiento de alborotadores públicos, y para que nadie sea osado en lo futuro á turbar la dichosa paz y ventura que gozan estos reinos por la imperial clemencia.

Todo quedó en silencio.

—Pero ¿qué van hacer con nuestro hijo? esclamó la mujer de Rivas, separándose violentamente del botarga, y aplicando el oido al aire, como la leona que espía desde la puerta de su cueva los pasos del cazador.

—Uno, dijo la voz de Antolinez, resonando hueca y lúgubre en la silenciosa plaza.

Y siguió un tremendo azote, acompañado de un horroroso grito lastimero de Pedro Rivas.

—¡Lo azotan! esclamó á un tiempo la multitud separándose de los estremos de la plaza, como una marea que sube, como un ejército que acomete.

—Dos, repitió el verdugo descargando otro azote.

La muchedumbre avanzaba entre iracunda y vacilante.

—Tres.

—¡Cobardes! gritó ya ronca y moribunda la mujer de Rivas.

—Cuatro.

—¡Padilla y comunidad! dijo el odrero, precipitándose á la justicia con la cabeza baja como un toro.

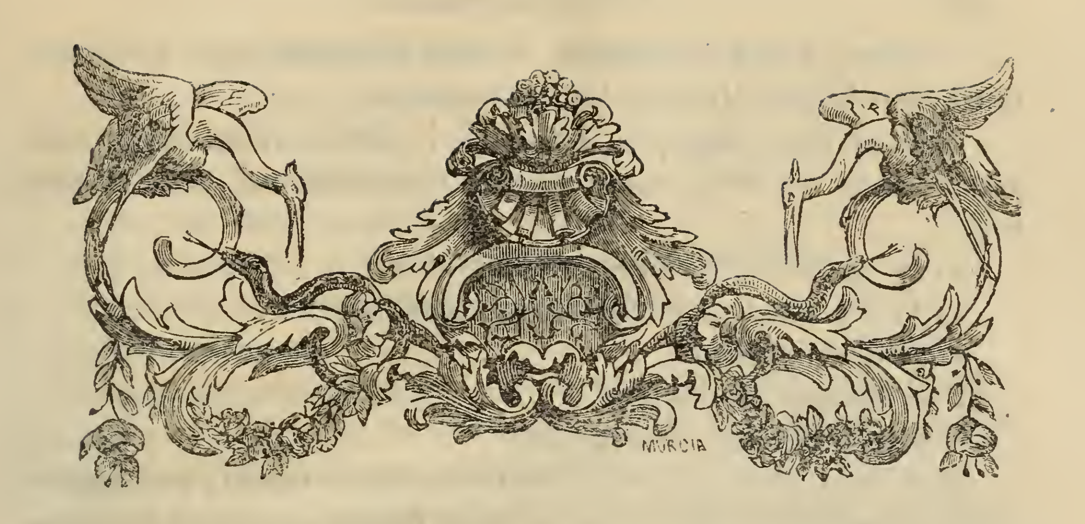
—¡Favor al Rey! gritó el alcalde en mal hora, disponiéndose á montar en su caballo.

En mal hora, repetimos, porque gracias á su voz apercibióle el botarga, que daba vueltas como una hiena en torno á los alguaciles, y cogiéndole por el pescuezo con sus nervudos brazos dió con él en tierra, donde lo pisoteó, lo mordió, y arrancárale sin duda alguna la vida, á no impedírselo el choque de la inmensa muchedumbre contra los alguaciles, que unos y otros pasaron por encima de los dos, pisoteándolos tambien y estropeándolos.

En el mismo instante, el resto de la poblacion, como si estuviera esperando una señal de antemano convenida, tanta era la inminencia del combate, salióse de sus casas, y dividida en los dos bandos que desgarraban á Castilla, corrieron unos en busca de la viuda del héroe comunero, y los otros en ayuda del cardenal de Bari, que vivia junto á la iglesia de San Vicente.

Hasta entonces todo habia sido vocear, abofetearse, morderse, trabarse de mogicones y puñadas; pero sin saber cómo aparecieron de la una y de la otra parte hombres armados, con que se ensangrentó la contienda horriblemente.





CAPÍTULO VI.

DONDE LLEGAN Á SU MAS ALTO PUNTO LAS PESADUMBRES Y DESVENTURAS DE DOÑA MARÍA PACHECO.

Allanada su casa por el tumulto, refugióse la viuda de Padilla á su oratorio, no porque no pudiese resistir, que harto apercibida la tenia de armas y pertrechos, sino porque deseaba acabar su miserable vida sin defenderla en modo alguno á los piés del Redentor de los hombres.

—Nada temais, señora madre mia, deciale Don Gonzalo desnudando su acero, nada temais, que estoy aquí yo.

Pero los gritos de Padilla y comunidad que en la escalera resonaban, confortaron su abatido corazon, y aunque habia perdido ya toda esperanza y todo deseo, como el instinto domina casi siempre á la razon, levantóse alborozada para salir al encuentro de sus parciales.

El primero que penetró en la habitacion hízola exhalar un grito de asombro.

—¡Vos con la plebe comunera! le dijo.

—Venid, mujer desatentada, venid á remediar todos los males que habeis hecho calmando las iras populares.

—Yo no las he desatado, señor tio, replicó la viuda con aire altanero; ni de vos deben nunca venirme reconvenciones, si no vienen mal.

—¡Ay de vos, si no calmais el tumulto!

—¡Ay del que lo haya movido en contra mia!

—¡Callad! ¡callad!

Y se embozó nuevamente.

Era que entraban los populares.

Miró Doña María de arriba abajo á su ilustre deudo, y comprendiendo su miserable ardid, que se habia fingido partidario de la comunidad para moverla en favor del Rey, dejóle á un lado desdeñosamente, y se dirigió á los que acababan de entrar.

Mas cuando hubo comprendido el suceso de la plaza, cuando vió que los comuneros pretendian nada menos que volver á empuñar las armas, estremecióse al ver los peligros que amenazaban á todos y trató de calmar su justa ira.

Entre tanto Ronquillo y los imperiales habian organizado su fuerza con prevision y espacio, esperando los acontecimientos.

Una vez terminado el primer choque de la plaza, los comuneros se habian apoderado de una cureña y la subian á Zocodover con intencion de armarla con una culebrina y dominar desde allí los barrios bajos de la ciudad; pero en las Cuatro Calles saliéronles al encuentro algunos alguaciles á caballo, que á la primera carga los hicieron desalojar el campo dejando algunos tendidos.

Por desgracia suya y de todos, magullado por una coz en los hijares que le hizo sudar en la fria noche, cayó tambien el pobre botarga en poder de los alguaciles, que se lo llevaron en triunfo al Alcalde Ronquillo.

El alcalde se sonrió de una manera, que hizo guiñar entrambos ojos de alegría al verdugo.

—Tú fuiste.... murmuró el Alcalde ahogado por la ira.

—Yo fuí el que pateó á vuesa merced, y el que le hubiera muerto á estar en mis manos, respondió Rivas con brío.

—¡Ira de Dios!

—No menos merece el que azota al hijo de un hombre honrado por un delito que no ha cometido.

—Y tú ¿qué mereces ahora?

—Ni lo sé ni quiero saberlo.

—Antolinez te lo dirá.

Y le volvió la espalda.

—Yo, dijo Blas acercándose.

—Y ¿quién eres tú? preguntóle con desenfado Rivas.

—El verdugo de Valladolid.

—¡El verdugo!!

Y aquel Hércules atrevido, que afrontaba la muerte con la sonrisa en los lábios, y que derribaba un toro de una puñada, echóse á temblar y á sollozar como un cobarde.

Poco tiempo despues desembocó en las Cuatro Calles, precedida de un heraldo con bandera blanca, una inmensa muchedumbre en cuyo centro descollaban la viuda de Padilla sobre una mula gualdrapeada de negro, y sobre otra su hijo, vestido de luto, respirando ambos humildad y afliccion en todos sus ademanes.

—*Paz, paz*, decia la de Pacheco dirigiéndose á sus parciales. No olvideis que sois hermanos; no olvideis que á todos os crió esta buena tierra de Castilla.

—Paz, paz, repetian los comuneros todos, arrojando las armas al medio de la calle, en lo que eran imitados por algunos, aunque pocos de sus enemigos; mas como la noche estaba por demás oscura, y solo alumbraban el lugar de la escena las hachas de los alguaciles, acá y acullá esparcidas, y la mayor parte de ellas apiñadas en torno al alcalde Ronquillo, no podian verse los soldados del prior ni los jinetes que ocultaban las bocas-calles próximas.

Sucedió con esto, pues, que apaciguada un tanto la contienda por parte de los comuneros, no habia que hacer sino proseguir la mascarada ó retirarse todos á descansar, que harto lo necesitaban; con que Doña María se vió perpleja en medio de la oscuridad, rodeada de informes bultos, que no sabia si eran amigos ó enemigos, y deseando por momentos poner fin á una situacion que solo por muy difícil lo tenia.

A esto se juntaban las súplicas, los consejos, las escitaciones y las quejas que á un lado y otro de su persona oia sin cesar.

—¿Dónde está el alcalde? dijo por último, deseando asentar la paz con Ronquillo boca á boca para que mas durára.

—Allá abajo, respondió un comunero que acababa de preguntár-

selo á un corchete; allá abajo donde se ven tantas luces juntas y tantos bultos negros.

Sin replicar, ni precaverse en modo alguno, contra la opinion de los que la rodeaban, que en todo veian traiciones, enderezó Doña María su mula adonde se hallaba el alcalde, y anduvo en la oscuridad un buen trecho; pero de repente, cuando llegaban ya á punto en que se distinguian mas claramente las personas á la luz de las hachas, tanto ella como D. Gonzalo y la inmensa muchedumbre que los seguian, quedáronse petrificados, exhalando un grito de horror.

De los balcones de la casa cuya pared prestaba al alcalde abrigo, hallábase pendiente una soga con fuertes nudos corredizos á su estremo, y por una escalera junto á la soga colocada, subia con mucho trabajo Blas Antolinez, arrastrando pesadamente tras sí al odrero Rivas, que ponia los gritos en el cielo diciendo que le llevaban á la horca.

Encaramados en las ventanas próximas y desde la calle alumbraban los alguaciles esta aterradora escena.

Antes que la viuda y sus compañeros pudieran darse cuenta de lo que veian, antes que su corazon horrorizado palpitára una sola vez, metió Antolinez la cabeza del botarga en el lazo de la soga, y dando á la escalera un fuerte puntapié, quedó encaramado sobre sus hombros y suspendidos ambos en el aire.

Tras un momento de solemne y horroroso silencio, de ese silencio indescriptible que producen las grandes catástrofes, petrificando las inteligencias, sucedió un grito de ira indescriptible tambien.

El pueblo se arrojó como un solo hombre sobre el alcalde y los alguaciles, que acababan de ahorcar al odrero Rivas.

Una descarga inmensa le contestó.

Todos los soldados del prior de San Juan, del marqués de Villena y del duque de Maqueda, estaban ocultos en la sombra.

La dama y Don Gonzalo volvieron grupas, pasando por encima de los cadáveres y de los heridos.

Un ay lastimero que oyó á sus piés hizo al niño Padilla estremecerse hasta el fondo del alma. Detúvose al momento con intencion de descabalgar; pero la carga de los jinetes enemigos y las voces de su madre le obligaron á proseguir su carrera.

La pobre Sara habia salido tras ellos de su casa, y acababa de caer....

. . . .

Cuando volvió fugitiva y desesperada á su casa la triste viuda del héroe comunero, halló cerrada la puerta.

Llamó y nadie le respondia.

Dueños los imperiales del campo de batalla, la iban persiguiendo á ella y á su hijo, que se habian quedado solos.

Gracias á la oscuridad y al empeño que ponian en alejarse de las hogueras, hiciéronles perder su pista.

Pero ya se oian en las calles próximas á la casa los gritos, los arcabuzazos y los relinchos de los caballos.

Redobló sus golpes desesperada á la puerta, con la muerte en el corazon, con los ojos escandecidos de llorar, y atribulada sobre todo por el peligro que su hijo corria.

Al fin se abrió el principal balcon de piedra.

—¿Quien llama? dijo una voz de hombre.

—Abrid, abrid, señor tio.

—¡Ah! ¡sois vos! ya recibísteis el premio de vuestras locuras... ¿venís acaso á resistir desde vuestra honrada mansion á las tropas leales?

—Abridme por el cielo, que es lo que importa.

—No os abro.

—¿Què escucho, Dios mio?

—Soy un vasallo leal de la Majestad Cesárea, un prócer de lo mas ilustre de Castilla, y no puedo consentir que mis propios deudos....

—Mirad que mi pobre hijo....

—Nada escucho.

—¡Ah que infame y que villano sois! ¡Maldígaos el cielo! esclamó Doña María, que apeada ya de su mula y con la brida en la mano, apoyó su abrasada frente en las piedras de su casa.

—Venid, venid, dijo abriendo la puerta Doña Ana de Guzman. Al lado de vuestro tio puso Dios para su castigo una mujer noble y leal, que le desprecia tanto como le aborrece.

Ya era tiempo.

Cerrarse la puerta y henchir la calle los soldados del Emperador todo fué un punto.

—¡Mis criados! ¡mis deudos! ¡mis amigos! gritó Doña María en voz ronca de fiebre y de ansiedad. Defendámonos hasta verter la

última gota de sangre. Probemos á ese villano de Ronquillo, que no respeta la capitulacion que él propio ha hecho, probémosle que sabemos morir abrazados á nuestra bandera. Registrad las puertas; cerradlas bien; sapercibid los arcabuces, encended las mechas...... ¡pronto! ¡pronto!

—Si, sí, ¡al arma! ¡al arma! ¡guerra! ¡guerra! gritó desnudando su acero Don Gonzalo Padilla, que tembloroso hasta entonces como la hoja en el árbol, no se habia atrevido á abrir la boca.

—Yo ayudo, dijo la negra, que corria como un tigre de aqui para allá.

—¿Qué vais á hacer, hembra desatentada? esclamó Don Diego Pacheco, precipitándose por la escalera. ¿Vais á perderos y á perderme? ¿vais á dejarme encerrado en vuestra casa maldita?

—¡Ah! señor tio, señor tio, repuso la viuda rechinando los dientes de rabia. El infierno os ha traido á la perdicion. Vais á ser el capitan de mis defensores.

—¡Yo el capitan!

—Pronto, pronto, desnudad el cobarde acero y atravesadme con él, porque júroos que de lo contrario habeis de blandirlo en mi defensa. Pero ¿dónde están mis amigos? ¿dónde están mis parciales y mis criados?

—¡Ay Doña María! murmuró la marquesa tristemente.

—¿Dónde están?

—Nadie, repuso el prócer, nadie os presta ayuda. Vuestros criados huyen de vos.....,

—¡Dios mio!

—Vuestros parciales habrán sido muertos.

—¡Ah! Gonzalo..... hijo de mis entrañas..... ya descargan los arcabuces contra la puerta..... no tiembles..... ten valor.. .. á mi me matarán primero.....

—No osarán, mientras yo viva, señora madre.

—Voy á abrir la puerta, murmuró el prócer dando un paso.

—Abrid, traidor y cobarde, abrid.

Pero un tiro que sonó junto á la puerta le hizo retroceder amedrentado.

—¡Sola! ¡sola en esta casa que un tiempo fué de mis amores! esclamaba la viuda en lágrimas deshecha y recorriendo como loca todas las cámaras.

Y oíase saltar hecha astillas á los tiros la férrea puerta de la maciza casa.

Al llegar la viuda á la del jardin entraba apresurado un hombre.

— ¡Juan de Sosa! esclamaron á un tiempo Doña María, su hijo y la marquesa.

— ¡Pronto señora mia! ¡pronto! aquí vienen á defenderos vuestros parciales en armas. Há una hora no les quisieron abrir la puerta principal, mas como saben que vuestra casa comunica con Santo Domingo el viejo por un pasadizo, se vienen por allí á toda prisa. Yo estaba rezando.....

— ¡Ah Sosa! ¡Sosa! Dios os lo pague.

En este momento se precipitó por la puerta del jardin una multitud armada y ébria de ira.

— ¡Leonardo! ¡Rivas! ¡Garcilaso! murmuró el niño abrazando á los que entraban. Llegad pronto, que corre prisa la defensa.

— A los balcones, ¡ira de Dios!

— ¡A las ventanas!

— ¡Al tejado!

Y se repartieron por la casa instantáneamente.

La viuda iba de un lado para otro para ayudarlos y fortalecerlos, seguida de Juana, que enseñaba de cólera sus blancos dientes.

Pero la puerta empezaba á ceder, y habia amanecido, y el número de los adversarios se vió que era tan grande como exíguo el de los defensores.

Cuando las primeras descargas de los comuneros contestaron á las de los imperiales, tuvieron estos que cejar, porque habian avanzado mucho.

Pero replegándose á las bocas-calles y á las casas próximas tuvieron parapetos y defensas que antes no tenian; sus tiros fueron mas certeros; su ataque mas sostenido y eficaz.

Y empezaron á caer parciales de Doña María.

La casa fué muy pronto un campo de batalla.

Así pasaron algunas horas, que trajeron refuerzos á Ronquillo y pérdidas á la viuda.

El pobre Rivas murió de los primeros, maldiciendo á los verdugos de su padre y vitoreando á la comunidad.

Este momento aguardaba Ronquillo para despachar un heraldo con bandera blanca, que iba diciendo al son de clarin:

—Paz y perdon en nombre del Rey para todos los comuneros...

Un grito de júbilo resonó dentro de la desolada casa.

Pero el heraldo prosigió:

—... Para todos los comuneros, menos para la viuda y para el hijo de Padilla.

El enojo sucedió á la esperanza.

Entonces Doña María, fuese á confesar y comulgar en Santo Domingo con el canónigo Nebrija, que por allí habia entrado á socorrerla, y luego llamó á sus tios los de Villena y á Leonardo Noguerol á su oratorio, y bañadas las mejillas en el llanto de la amargura, les dijo:

— He determinado de abandonar para siempre la ciudad y la casa que nacer me vieron....

— No, ira de Dios, gritó Leonardo.

— Ensangrentada la ciudad por mi culpa, renegará de mi memoria si nuevos hijos le arranco. Demás de esto, yo puedo entregar mi vida á los imperiales luchando hasta lo último con ellos; pero la de mi Gonzalo.... ¡oh! ¡no! ¡jamás! Esto ha de ser y no me repliques, Leonardo amigo. Sosten tú breves instantes la defensa, mientras yo disfrazo á mi hijo y me disfrazo á mi propia de aldeana para huir.

— Pero, Doña María....

— No me repliques. Haz esta última merced á quien por no arriesgar tu vida y la de esos bravos, pasará de hoy mas la suya en tierras estrañas llorando y suspirando por su Castilla.

Leonardo se puso de hinojos para besarle las manos.

— Levanta, mi buen amigo, y abrázame hasta la eternidad.

Salió Noguerol del oratorio con la resolucion firmísima de dejarse matar en la refriega; pero ya no peleaban imperiales y comuneros.

El perdon real habia producido el efecto que Ronquillo se propuso.

Los que habian perdido ya hasta la mas remota esperanza de vencer por su corto número y desventajosa posicion, empezaban á dar oidos á las halagüeñas voces del deseo

Quedar con honra, con libertad y con vida, era mas de lo que debia esperarse en trance tan apurado.

Entre tanto la viuda habia cogido de las manos al marqués de Vi-

llena, y poniéndosele de hinojos, con manifiesta repugnancia de Don Gonzalo, en voz lastimera y capaz de ablandar los bronces, le decia:

—Mucho os he ofendido, señor y deudo, porque vos tambien me habeis ofendido mucho á sabiendas y deliberadamente; pero aquí acaban los rencores, pues ya no hemos de volver á vernos, si Dios me ayuda. Una merced muy alta me resta que pediros....

—¿Cuál, sobrina, cuál? esclamó sollozando la marquesa, levantándola del suelo para estrecharla en sus brazos.

—No tengo un solo maravedí para esta larga y triste peregrinacion, dijo la viuda bajando los ojos.

Pero despues alzándolos con altanería repuso:

—He gastado mi caudal, el de mi marido y el de mi hijo, en defensa de las libertades castellanas.

—Notable insensatez ha sido, bien os lo advertí, contestó el marqués volviéndola la espalda.

—¿Qué no le dareis medio millar de ducados? esclamó la marquesa con enojo.

—Ni medio, ni uno, replicó Don Diego desde la puerta. *Váyase en buen hora donde fuere mas de su agrado, que abastan el peligro y trabajo en que me ha puesto, teniéndose por sospecha que ha sido con mi consejo todo cuanto ha maquinado, y bueno es que sufra por haber desoido mis instancias, cuando quise asentar con ella la paz y asiento de estas cosas.* ¡Cuerpo de Dios! ¡Habia de emprestarle dinero, cuando me deja encerrado en su casa siendo yo vasallo tan leal y tan firme de mi señor Cárlos V!

Y salió del oratorio.

—¡Miserable! esclamó su mujer queriendo seguirle.

—Teneos, dijo Doña María con sublime resignacion. Pediré limosna por el camino.

—¡Nunca! ¡nunca! tomad estas ajorcas, tomad esta cadena; venid conmigo á mi cámara y os daré el resto de mis joyas.

Y despues de desceñirse las primeras del cuello y de las manos, llevó á su sobrina á su habitacion para entregarle las restantes.

Doña María le besó las manos y el rostro, y el cuello y la frente, dejándole en cada beso un pedazo de su alma.

—¿Teneis ya apercibido lo necesario para el viaje? le preguntó Doña Ana deshecha en llanto.

—Tiénelo el buen Nebrija que es mi salvador, despues del que está en el cielo. Preparada me tiene en la sacristía de Santo Domingo una basquiña forrada de martas, como las que usan las labradoras, saya y sayuelo de buriel para encima, una tohalla de lino y un sombrero viejo para la cabeza.

—¿Y para mí? preguntó cándidamente el niño.

—Para tí, hijo mio, ha dado Juan de Sosa un manteo de estudiante y un bonete.

—¿Y adónde vais?

—A Portugal si Dios me ayuda.

—Ayúdeos como yo deseo.

—Y á vos, señora tia.

Y tornaron á abrazarse.

—Vamos, dijo Nebrija entrando por la puerta del jardin. Vamos, desdichada señora mía.

En aquel mismo instante abria la de la calle el marqués de Villena, gritando como un furioso:

—¡Viva el emperador Cárlos V!

FIN DE LA VIUDA DE PADILLA.

NOTA. *Segun anunciamos á nuestros suscritores al repartir la entrega 16, por causas independientes de su voluntad solo ha escrito el señor Barrantes en esta novela hasta el capítulo 4.° del libro 5.°, que lleva por título* DONDE METE LA PATA EL DIABLO; *perteneciendo todo lo demás hasta la conclusion al señor D. Ricardo Lopez.*

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

Páginas.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

PLANTILLA.

PARA COLOCAR LAS LÁMINAS.

Páginas.

